This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

~~447~~

NP

1145

W.B.CHORLE
LIVERPOO

~~447~~ 2

NPF

W.R.CHOLMLEY

# FLORESTA

DE

# RIMAS MODERNAS CASTELLANAS;

ó

## POESIAS SELECTAS CASTELLANAS

DESDE EL TIEMPO DE IGNACIO DE LUZAN HASTA NUESTROS DIAS,

CON UNA INTRODUCCION HISTÓRICA,

Y CON NOTICIAS BIOGRAFICAS Y CRÍTICAS,

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR FERNANDO JOSÉ WOLF,

SECRETARIO DE LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE VIENA,

Individuo de número de la real Sociedad de la Historia y Lengua danesas de
Copenhague; Correspondiente de la real Academia de la Historia de Madrid,
de la de Ciencias, Artes y Bellas-Letras de Caen, de la real Sociedad
de Anticuarios de Francia, etc.

TOMO PRIMERO.

PARIS,
A EXPENSAS DE ROHRMANN Y SCHWEIGERD,
LIBREROS DE LA CORTE
EN VIENA.

1837

# ADVERTENCIA

## DEL EDITOR.

Podria calificarse de superflua á la par que arriesgada la presente empresa, cuando se considera que dentro y fuera de España se han publicado ya tantas colecciones de poesías castellanas, y entre ellas algunas á todas luces recomendables; pero estas ó contienen exclusivamente rimas *antiguas* (como la *Floresta* del señor don Juan Nicolas Bohl de Faber), ó, conforme á su debida proporcion, solamente un *corto* número de modernas (como la *Espagne poétique* del señor don Juan María Maury, y el *Teatro pequeño de elocuencia y poesía castellana* del señor don Victor Aimé Huber), ó en fin las llevan *mezcladas* con las antiguas, y ordenadas segun sus *diferentes clases*, para el fin de darlas como *modelos de los diferentes géneros de composicion* mas bien que como muestras de los sendos autores dispuestas por órden cronológico y sistemático, de modo que puedan servir de ejemplificacion de la historia literaria (de aquella clase son por ejemplo la *Biblioteca selecta de literatura española* de los señores don Pablo Mendibil y don Manuel Silvela; — las *Lecciones de filosofía moral y elocuencia* del señor don Josef Marchena; — la *Co-*

*leccion de poesías escogidas de los mas célebres autores castellanos*, publicada en Palma año de 1830; etc.).

La segunda edicion de las *Poesías selectas castellanas, recogidas y ordenadas por don Manuel Josef Quintana* es la única coleccion que consigue en parte este último objeto; decimos *en parte*: porque, á mas de no venderse por separado el tomo cuarto, que es el que comprende las poesías modernas, y de ser costosa y difícil de hallar esta coleccion fuera de España, no estan admitidos en ella los poetas aun vivientes que por cierto no son los menos aventajados é interesantes.

Era pues nuestro designio, al publicar la presente coleccion, en parte de suplir esta falta, en parte de proporcionar con ella á los amantes de las Musas castellanas fuera de España, y en especial á nuestros paisanos los medios de estudiar en las fuentes mismas la historia de la poesía moderna castellana, para que se desengañen de que ella, comparada con la antigua castellana, no es destituida de todo mérito, ni indigna de toda atencion, ni en fin muy inferior á la poesía moderna de la mayor parte de las demas naciones cultas de Europa: equivocaciones y preocupaciones harto comunes entre nosotros, las que han nacido principalmente de la dificultad de procurarse libros modernos españoles, pues estos se encuentran fuera de España mucho mas escasos, que no los antiguos que se hallan por lo menos en las grandes bibliotecas.

Añádase á estas miras generales aun la particular de que *sirva nuestra Floresta de suplemento á la sobredicha publicada por nuestro célebre paisano el señor don Juan Nicolas Bohl de Faber;* y se disculpará cuando menos, aun cuando no se apruebe, nuestra empresa.

He aquí los principios que hemos seguido, para desempeñarla de un modo correspondiente á su objeto.

En la *introduccion histórica* hemos tratado de dar una *breve reseña* del desarrollo de la poesía castellana desde Luzan hasta nuestros dias, limitándola á los géneros comprendidos en la obra, y aprovechando, para componerla, los excelentes trabajos de Capmany, Quintana, Martinez de la Rosa, y Angel de Saavedra, los que hemos seguido, aunque no los llevemos citados siempre. Mucho mas habria que decir sobre la materia, si nosotros nos hubiéramos propuesto tratarla á fondo; pero nuestro ánimo solo ha sido, y por eso cuidamos de advertirlo con tiempo, reducirnos á *unos meros apuntes.*

En esta introduccion, asi còmo en la crítica de los autores, hemos dicho nuestro sentir, verdad es, con lisura y conforme á los principios de gusto que profesamos; pero sí esperamos haberlo hecho con la debida modestia y circunspeccion. Pues nosotros no nos jactamos de reformadores ni de dictadores de nuevos preceptos; insinuamos sin arrogancia ni terquedad nuestras opiniones, procuramos apoyarlas con las razones que tenemos por las mejores, para que los sabios las desechen ó rectifiquen con superior discernimiento y autoridad.

En cuanto á las noticias biográficas, hemos tratado de sacarlas de las mejores fuentes que hemos podido procurarnos, las que hemos seguido escrupulosamente; asi que por la mayor parte no son mas que extractos ó digámoslo asi centones literalmente entresacados de nuestras autoridades. Esperamos empero que merecerán la indulgencia de los críticos que sabrán disimular los defectos de estilo y gracia, por la exactitud que contienen, y por la diligencia que se puso en escribirlas. Algunas noticias estan copiadas al pie de la letra de las que van insertadas en la coleccion del señor don Manuel Josef Quintana; ¿ pues que, no teniendo otras fuentes, no seria demasiada presuncion en un extrangero de querer decirlo mejor que un clásico nacional? — Cada vez que esto se ha hecho, lo hemos mencionado expresamente, por no ser tachados con razon de plagiarios. — Hay tambien en nuestra coleccion algunas noticias *originales* extendidas por los *mismos autores*, las que debemos á la obsequiosa diligencia del señor don Pedro Sainz de Baranda, bibliotecario de la real academia de la Historia, quien, ademas de eso y de habernos suministrado un número considerable de los libros mas indispensables para nuestro asunto, se ha servido favorecernos con su consejo y con sus luces en esta para un extrangero asaz arriesgada empresa. Aprovechamos pues con singular satisfaccion esta ocasion para agradecer públicamente á él, y á los poetas que han tenido á bien comunicarnos sus biografías por aquel conducto, su distinguido favor.

Aun resta de sugerir y justificar el plan que hemos seguido en la *coordinacion de los autores*, y en *la* *eleccion de las poesías*. Hemos advertido ya arriba que nuestro intento no era de dar una coleccion de modelos, un apuradísimo extracto de quintas esencias y perfeccion, sino de dar *una idea bastante extensa y cabal de la poesía lírica de la España moderna*, deseando al mismo tiempo que pueda servir de texto al estudio de la historia literaria de este ramo de la amena literatura española. Por eso hemos tenido que colocar las poesías de los sendos autores, aunque de diversos géneros, reunidas en el artículo de cada uno, y no ordenadas segun sus diferentes clases; los autores segun el órden cronológico; y los contemporáneos segun el rumbo que seguian, y segun la escuela á que pertenecian, admitiendo no solo los poetas de marca mayor, sino tambien algunos de menor nota (como por ejemplo Huerta, Arroyal, Sálas, Gonzalez, etc.), cuando han influido considerablemente en el desarrollo de la poesía, ó cuando pueden servir para representar mas completamente los diversos rumbos que se han seguido, y los diferentes géneros que se han cultivado con predileccion en cierta época. Al contrario hemos omitido todos los que, sin tener aquellas relaciones con la historia literaria, no rayaban un punto mas alto de la medianía, ó aquellos quienes, aunque muy señalados en su clase, se han ocupado solo en traducir obras agenas (como por ejemplo el hábil traductor de Horacio don Javier de Burgos; el excelente salmista don Tomas Josef Gonzalez Carvajal; etc.). Pero sentimos mucho de habernos visto precisados á pasar por alto algunos autores que merecen bajo todos respetos un lugar en una coleccion de poetas modernos castellanos, por no haber podido procurarnos hasta aquí sus obras (tales son por ejemplo los señores don Joaquin Lorenzo de Villanueva; don Cárlos de Beña; don Agustin Duran, don Juan Bautista Alonso, etc.).

Conforme á nuestro plan nosotros nos hemos ceñido á la *poesía lírica en el sentido mas lato*, vale decir: abrazamos en nuestra coleccion toda la extension y varias ramificaciones de ella con exclusion de las poesías épica y dramática [1].

No presentamos extractos, sino *íntegras y sin truncar* todas las piezas de nuestra coleccion. Al *elegirlas*, hemos tratado de hermanar la utilidad del público con los respetos debidos á los autores. De aquí hemos evitado de repetir las que se encuentran en las otras colecciones mas conocidas, cuando esto podia practicarse sin perjudicar á los poetas; eligiendo por ejemplo entre las poesías de igual mérito de un autor otras distintas de las que los aficionados de la poesía castellana poseen ya en las colecciones de Quintana, de Mendibil y Silvela, etc. Pero no hemos reparado en repetirlas, si eran las que han dado mas renombre á su autor, ó las que le caracterizan mejor; pues hemos tenido por indispensable de admitir no solo las mejores composiciones, sino tambien todas las que pueden contribuir mas á formar un cuadro completo de la índole de los autores (especialmente en cuanto á los mas señalados); de los diversos rumbos que han seguido; y de los diferentes géneros que han cultivado.

---

[1] En punto de la *poesía épica en sentido mas estricto* nosotros nos hemos permitido una sola excepcion con admitir, segun el ejemplo de Quintana, el *Canto épico* de Nicolas Moratin, por ser la mejor composicion de aquel autor, y por no ser demasiado extensa; pero no hemos creido sernos lícito de dar cabida en nuestra coleccion á aquellos poetas épicos que no han publicado tambien poesías líricas (como por ejemplo don Felix Josef de Reinoso, etc.). — Los *romances históricos*, verdad es, pertenecen por su objeto á la poesía épica; pero por su forma métrica se les puede agregar tambien á los géneros cortos, y por eso comprender en una coleccion de poesías líricas.

Todas las piezas en fin estan copiadas exactamente de las mejores ediciones que hemos podido procurarnos, é impresas con arreglo á la ortografía adoptada por la real Academia Española en su última edicion.

Si á pesar de todos los desvelos nuestros no hemos acertado siempre la eleccion, se nos disculpará con no tener los extrangeros tan fino oido y tanto tino como los nacionales.

No podemos menos de valernos de esta ocasion para tributar con singular satisfaccion nuestra el homenage de nuestra estimacion y gratitud mas profundas al excelentísimo señor don Mauricio conde de Dietrichstein, prefecto de la Biblioteca imperial de Viena, individuo honorario de la real academia de la Historia de Madrid, quien sigue aumentando con una actividad tan incansable como acendrada el riquísimo tesoro que está confiado á su ilustrada superintendencia, y al excelentísimo señor don Joaquin Francisco de Campuzano conde de Rechen, ministro plenipotenciario de la corte de España, quien se ha dignado favorecernos tanto con su proteccion y recomendacion; para profesar en fin las mas vivas gracias á nuestros amigos los señores don Victor Aimé Huber, profesor en la Universidad de Rostock; don Miguel Enk von der

Burg, profesor y conventual del monasterio de monges benitos en Melk; y á don Antonio de Gévay, nuestro docto colega, quienes nos han ayudado tanto con sus luces y con sus consejos en la presente empresa.

¡Ojalá hayamos salido con ella siendo acreedores á tantos favores!

Viena y febrero de 1836.

FERNANDO JOSEF WOLF.

# INTRODUCCION

A LA

# POESIA CASTELLANA DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX.

## ÉPOCA PRIMERA.

### DESDE LUZAN HASTA MELENDEZ.

**Lastimoso estado de la poesía castellana á principios del siglo XVIII; vanas tentativas de Luzan y sus secuaces de restaurarla por la introduccion del clasicismo frances. — Reinado de Cárlos III. — Época señalada de reforma y adelantamiento general. — Mejor éxito de los empeños de Nicolas Moratin y sus amigos en mejorar el gusto nacional por el frances. — Predominacion de este á pesar de la patriótica resistencia de Huerta. — De aquí la poesía castellana no mas que una tímida imitadora de la francesa; nueva decadencia de ella; prosaismo.**

A dos siglos de prosperidad y gloria, en los que la noble nacion castellana y su rica poesía habian subido al mas alto grado de su lustre, sucedió á principios del siglo XVIII un completo marasmo en la literatura española que correspondia perfectamente al miserable estado político en que se hallaba la nacion en los reinados de Cárlos II y Felipe V. Es verdad que ya desde el segundo tercio del siglo XVII empezó á cundir el contagio del mal gusto que es conocido bajo los nombres de *culteranismo* y *gongorismo;* pero las extravagancias, sutilezas, trivialidades y exageraciones por las que los escritores de aquella época afearon sus composiciones, « malgastando sus grandes fuerzas naturales en juegos y saltos de volatines, » fueron en parte compensadas por rasgos verdaderamente ingeniosos, invenciones llenas de fantasía, y formas en sumo grado originales y nacionales. Los escritores del reinado de Cárlos II heredaron el mal gusto, la afectacion y el esmero de sus antecesores; pero no el ingenio, la fantasía y la originalidad de aquellos. « Todo fué miseria y poquedad; en los escritos se reconocian los dejos de la enfermedad que habian padecido los entendimientos; pero no los esfuerzos del enfermizo gusto para recobrarse. Los autores habian nacido y criádose en mal tiempo y escribian en otro aun peor... A los defectos del estilo peinado, como llamaban, del anterior reinado, y á todo lo que se puede llamar espuma de la agudeza se añadió en el siguiente (de Cárlos II) el abuso mas desenfrenado de los hipérboles, paradojas, alegorías, misterios, retruécanos y contrastes, y lo peor aun el visible detrimento de la propiedad y pureza del castizo vocabulario de la lengua [1]. »

Si el estado de enflaquecimiento y letargo en que yació España durante el reinado de Cárlos II, habia sido poco favorable á las letras, no fueron mucho mas propicias á su restablecimiento y mejora las circunstancias en que se encontró la nacion, á principios del siglo inmediato, empeñada en una larga guerra civil y extrangera. Ni el gobierno, ni los establecimientos públicos, ni los individuos particulares pudieron recobrarse tan pronto del letargo y de la fatal atonía en que los habia sumergido aquella desastrosa guerra de sucesion que descargó todas sus plagas sobre una nacion ya debilitada, y que no conservaba mas formas que las de un esqueleto de grandeza. De aquí fué que á principios del reinado de Felipe V, « se remató con él estilo, y con la lengua, y con el mismo ingenio que lo habia pervertido. Desapareció el arte y la gala para escribir bien un libro, y lo que es peor, para sobredorar lo mal escrito en toda materia, de suerte que no pudieron darse ya zelos la prosa y la poesía. Cuando ambas empezaron á corromperse, respiraban fuego y energía las composiciones; mas en el reinado de Felipe V todo anunciaba una cercana muerte, no quedando en casi todos los escritos otra señal de vida que la hinchazon en las frases, y una vanísima pedantería en las palabras[1]. »

---

[1] *Capmany*, Teatro histórico-crítico de la elocuencia española; tomo V, pág. 19-20.

¡ En tan lastimoso estado se halló en el primer tercio del siglo próximo pasado la poesía castellana! ¿Qué rumbo debia, ó, por mejor decir, podia seguir para despertar de su mortal y dilatado letargo, dado que no era fácil, ni acaso posible, tener uno propio? Consideradas todas las circunstancias de aquella época, ¿no tenia que seguir el que señalaba el *ingenio frances?* De Francia vino la nueva dinastía; por una estrecha alianza con ella fué sostenida y reanimada la agonizante monarquía española; de la corte de Versalles, la mas floreciente entonces de Europa, aceptó é imitó la de Madrid las modas, el lujo, los grandes establecimientos de civilizacion y los institutos literarios; las luces del celebrado siglo de Luis XIV deslumbraron entónces á todas las demas naciones de Europa, cuyas literaturas se sujetaron á las leyes del clasicismo frances: ¿ pues, qué es de extrañar que tambien la poesía castellana, si cabe llamar asi lo que pasaba entonces por tal, tuvo que ceder á influjo tan universal y dominante, y tomar paso á paso un carácter verdaderamente frances?

Los primeros ensayos, aunque débiles y aislados, de introducir el gusto frances los hicieron el marques de *San Juan* con su traduccion del *Cinna* de Corneille, que apareció en 1713, y *Cañizares* con su *Sacrificio de Ifigenia*. Mas estaba reservado de dar el primer paso decisivo en esta carrera á un poeta preceptista, que se habia formado en paises extrangeros, y bebido la purísima agua del Parnaso frances á las orillas del Sena mismo. Este dogmatizador de la escuela galo-hispana fué don *Ignacio de Luzan* que en su *Poética*, publicada por primera vez en 1737, trató de erigir un faro que, despues de tantas borrascas románticas, guiase sus compatriotas náufragos en el seguro puerto del clasicismo.

---

[1] *Capmany*, l. c., pág. 23.

De aquella *Poética* harto conocida y decantada por los clasiquistas baste decir que en cuanto á sus principios es una mera copia de las de Aristóteles, Horacio y Boileau, escrita en un tono seco y desabrido. No es de extrañar pues que fuese poco leida entonces, y que por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fuese corto ó mas bien nulo. Pero Luzan no se contentó tan solo de recomendar el nuevo gusto con sus preceptos, sino tambien con el medio mas eficaz del ejemplo, en lo que fué ayudado por algunos amigos suyos. Es á saber que en el año de 1749 se formó en Madrid una academia poética con el nombre del *Buen Gusto*, presidida por la señora condesa de Lemos, en donde se reunieron entre otros ingenios el conde *de Torrepalma*, don *Agustin Montiano*, don *Ignacio de Luzan*, don *José Porcel*, y don *Luis Velazquez*, que por su doctrina y sus composiciones formaron una especie de escuela en que la rigidez mas escrupulosa tomó el lugar del desarreglo y de la descabellada licencia de los cultos y conceptistas: las tres unidades sucedieron á la embrollada multiplicidad de acciones, tiempos y lugares; en fin, la escuela francesa se sustituyó con todos sus preceptos á la abjuracion completa de toda regla y de toda razon [1]. Entre aquellos académicos del *Buen Gusto* se señalaron como poetas el conde de Torrepalma, por su imitacion ovidiana del *Deucalion* [2]; don Agustin Montiano, por sus dos tragedias de *Virginia* y *Ataulfo* [3]; don José Porcel, autor de unas *Églogas*

---

[1] Véase la *Vida de Luzan* que va al frente de la última edicion de su *Poética*, Madrid, 1789, 8°; tomo I°, pág. 19-20.

[2] Publicada por primera vez en el *Parnaso español* de *Ledano;* tomo III. pág. 86 y siguientes.

[3] Véase la crítica que hace de ellas *Martinez de la Rosa* en sus *Obras literarias*; tomo II, pág. 239-246.

*venatorias* aplaudidas mucho entonces, pero nunca publicadas; y en fin el mismo Luzan con algunas traducciones y composiciones líricas. Los laudables esfuerzos de aquellos restauradores se resienten algunas veces de demasiado encogimiento y timidez, y otras descubren cuan difícil fué aun entonces libertarse totalmente del reciente contagio.

Por estar tan escasa de talentos de marca mayor, y por hallarse en total contradiccion con el gusto nacional, aquella escuela no pudo por de pronto ejercer un grande influjo en el desarrollo de la poesía castellana. Cifráronse los efectos de aquella reforma á los estrechos límites de las academias y la corte, mientras el público ó «el ignorante vulgo,» como le llamaban aquellos galicistas, siguió adheriendo al antiguo pero corrompido gusto nacional. De aquí es que á fines del reinado de Fernando VI la poesía se halló casi en el mismo estado que en los reinados de sus antecesores. Aquel no menos lastimoso estado no puede describirse mejor que con las palabras de Leandro Fernandez de Moratin que en la vida de su padre se expresa asi sobre el asunto: «No habia dado en aquel siglo la poesía castellana paso alguno que no fuese encaminado á su decadencia. En vano el benemérito don Ignacio Luzan quiso estimular á sus conciudadanos con la doctrina y el ejemplo. Su *Poética*, impresa en el año de 1737, no se leia en el de 1760, y sus composiciones líricas, en que celebró los esfuerzos que empezaron á hacer las bellas artes, se oyeron con privado aplauso en la academia de San Fernando; pero no sirvieron de otra cosa que de abultar los cuadernos de sus actas. Don Agustin de Montiano, su compatriota y su amigo, con menos ingenio, y no inferior cultura y celo de nuestra opinion literaria, habia publicado dos tragedias arregladas y decorosas que no se han representado nunca, y dos discursos críticos en que, resumiendo la historia del arte, recomendaba los buenos principios que nadie intentaba seguir. El teatro agitado por las parcialidades de Chorizos, Polacos y Panduros, habia llegado á su mayor corrupcion. La poesía lírica toda era paranomasias y equívocos, laberintos, ecos, retruécanos, y cuanto desacierto es imaginable; en el género sublime, hinchazon, oscuridad, conceptos falsos, metáforas absurdas; en el gracioso, bufonadas truhanescas, chocarrerías, chistes obscenos, ninguna imitacion de la naturaleza visible ó patética, ningun precepto del arte que moderase ó dirigiese los ímpetus de la fantasía[1]. »

Este estrago de la literatura española causó tanta indignacion y enfado á un ardiente é ilustrado patriota, que no pudo menos de desahogar su bílis en una ingeniosa *Sátira contra los malos escritores de su tiempo*, la única composicion verdaderamente poética que produjo la España durante la primera mitad del siglo XVIII[2].

Pero en el mismo año en que Luzan habia publicado su *Poética*, nació don *Nicolas Fernandez de Moratin*, como si la naturaleza marcara en aquel nacimiento el mas activo atleta de aquellos principios sentados por su predecesor. Pues Moratin, viviendo en circunstancias mas favorables, y dotado de un talento verdaderamente poético, pudo, al proseguir el mismo rumbo, contribuir con mucha mas eficacia á la reforma de la poesía castellana, y preparar su regeneracion. Es cabalmente á él á quien se puede llamar con sobrada razon el *término medio entre Luzan y Melendez*. Moratin florecia en el reinado de Cárlos III, época señalada de mejora y adelantamiento para España. Aquel monarca supo despertar las fuerzas adormecidas de su nacion, y reanimar el deprimido espíritu nacional. La fórmula mágica desatadora resonó del trono, y como por ensalmo resucitó el « Fenix de España » rejuvenecido de nuevo de sus cenizas. « Desde el advenimiento de aquel príncipe al trono, todo pareció anunciar la restauracion de la literatura: el vuelo que empezó á tomar la nacion con algunas saludables reformas, los establecimientos útiles de todas clases, la publicacion de obras importantes, los periódicos literarios que se imprimian en la capital, la proteccion concedida á las artes y á las letras, todo hacia concebir las mas lisonjeras esperanzas; y si no acabaron estas de realizarse, por circunstancias desgraciadas que sobrevinieron en breve, no por eso cesó de todo punto el impulso dado, ni dejó de producir notables ventajas [1].

---

[1] Obras póstumas de don *Nicolas Fernandez de Moratin*, Londres, 1825, 12°, pág. VII–VIII.

[2] Véase el artículo de *Jorge Pitillas* en nuestra coleccion.

En aquel tiempo de reforma universal nadie contribuyó mas á la de la poesía que don Nicolas Moratin. Una viva imaginacion, un raro gusto y tino en observar lo bello en donde quiera lo encontrara, una infatigable actividad, y sobre todo un ardiente amor á su pais eran las prendas mas sobresalientes de aquel insigne varon. No desconoció el depravado estado en que se hallaba entonces la poesía castellana, trató de restaurarla con introducir el gusto dominante en aquella época en toda la culta Europa en su patria donde no habia ninguno; tenia tambien por el único y mas seguro remedio contra las extravagancias y los disparates acostumbrados la estricta observancia de ciertas reglas y del decoro; pero no desconoció por eso el mérito de los grandes ingenios nacionales; ni quiso trasformar por de pronto y de todo punto los españoles en franceses; ni tenia por imposible de hermanar la gala y bizarría de la antigua poesía castellana con la tersura y regularidad de la nueva escuela francesa. En una palabra era español y muy español. De aquí fué que Moratin, requerido por un amigo suyo con que le indicase, entre los poetas clásicos, de cuál nacion deberia preferirlos para arreglar con ellos una selecta librería, le respondió: *Griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles, franceses y españoles, ingleses y españoles* [2]. De aquí fué que él mismo no solo trataba de imitar lo mejor de los antiguos poetas castellanos, sino tambien no desdeñaba aprovecharse de las formas populares de su nacion. De consigüiente se puede asentar que por lo que hace á la poesía lírica en especial, Moratin adelantó eficazmente sus progresos, « y habiéndola encontrado grosera y trivial en mano de ignorantísimos autores, se la dejó elegante, florida, patética, docta y armoniosa, á los que le siguieron despues[1]. »

---

[1] Obras literarias de *Martinez de la Rosa*, tomo II, pág. 246.

[2] Obras póstumas de don *Nicolas Fernandez de Moratin*, pág. 33–34.

Por aquel tiempo se reunian frecuentemente Moratin, Ayala, Cerdá, Rios, Cadalso, Pineda, Ortega, Pizzi, Muños, Tomas de Iriarte, Guevara, Signorelli, Conti, Bernascone y otros eruditos, en la antigua fonda de San Sebastian: para lo cual tenian tomado un cuarto con cuanto era necesario á la celebracion de aquellas juntas, en las cuales (por único estatuto) solo se permitia hablar de teatro, de toros, de amores y de versos. Allí se leyeron las mejores tragedias del teatro frances, las sátiras y la poética de Boileau, las odas de Rousseau, muchos sonetos y canciones de Frugoni, Filicaja, Chiabrera, Petrarca, y algunos cantos del Tasso y del Ariosto. Leyó Cadalso sus *Cartas Marruecas*, Iriarte algunas de sus obras, Ayala el primer tomo de las Vidas de Españoles ilustres, que se proponia ir publicando, con el título de *Plutarco español*, y las tragedias de *Numancia destruida* y de *Abidis*. Leyéronse conforme iban saliendo, algunos tomos de *El Parnaso español*[2], y la crítica á que dió lugar su lectura inspiró á Moratin y Ayala la idea de escribir y publicar un papel intitulado : *Reflexiones críticas*,

---

[1] Obras póstumas de don *Nicolas Fernandez de Moratin*, pág. 48.

[2] Nuestro célebre paisano *Bouterwek* (en su Historia de la Literatura española, pág. 594) no llama sin razon la publicacion de *El Parnaso español*, y, se puede añadir, la reimpresion que se hizo por aquel tiempo de muchas obras de los antiguos clásicos castellanos, « un acontecimiento muy favorable á la restauracion de la poesía de los siglos XVI y XVII. » ¡Cuando menos una prueba manifiesta del renaciente patriotismo!

*dirigidas al colector de el Parnaso, don Juan Lopez Ledano.* Pero desistieron, á instancias de Moratin, de aquel propósito, aunque fué aprobado por la junta, para no desanimar al colector en una empresa tan patriótica, aunque desempeñada con poco acierto. En suma los mas floridos ingenios de la corte concurrieron á aquella junta para mejorar y restaurar la literatura española con indagar y establecer los principios mas sólidos de la crítica, estudiar las obras clásicas no solo de los franceses sino tambien de las demas naciones cultas, y con aprovechar estos medios en la composicion de sus propias obras[1].

Entre los concurrentes de aquella junta tambien se distinguió como poeta lírico el coronel don *José de Cadalso.* Este amigo, elogiador y sostenedor de Moratin, siguió el mismo rumbo con igual celo y patriotismo, pero con mucho menos talento: por lo cual no tiene ni con mucho la independencia de su amigo; y en él es en quien empieza ya á observarse *una tendencia mas señalada de imitacion extrangera,* aunque no dejó de imitar tambien á los clásicos nacionales, especialmente á Villegas, Góngora y Quevedo.

Por los conatos de estos dos poetas y algunos otros que pisaban sus huellas, arraigóse el nuevo gusto tan profundamente en el suelo español, que un campeon del antiguo gusto nacional tan tenaz y ardiente como el mismo don *Vicente García de la Huerta* se esforzaba en vano de arrancar de nuevo aquella yerba exótica de la patria tierra. Verdad es que la inclinacion del tiempo en que vivia era poco favorable á sus empeños, habiéndose propagado ya con rápidos progresos en España el espíritu reformador y el ahinco de elevarse al nivel de las demas naciones cultas de Europa; verdad es tambien que Huerta echó á perder su buena causa por su arrogancia, parcialidad y poca doctrina. Defendia igualmente y con razones en parte frívolas y en parte absurdas lo bueno y lo malo, á ser ello antiguo, declarando guerra abierta y campal á los inovadores, llamándolos *traspirinàicos*, *follones*, *malandrines*, y disparándoles sonetos, fábulas y octavas rimas escritas, como la mayor parte de sus demas composiciones poéticas, en un estilo campanudo y gongorino. Sus adversarios, los *antihortenses poetas*, como él los llamaba, no dejaron de volverle sus ataques: llovian en daño suyo los folletos, las sátiras y los epigramas de autores conocidos y desconocidos, y todos creian vengar la razon y el buen gusto de los atentados de aquel jayan temerario, que mostraba un desprecio tan solemne hácia las fuentes de instruccion y de crítica en que ellos tan religiosamente bebian. Asi es que Huerta, á pesar de su honorable patriotismo y de sus no comunes talentos, tuvo en fin que ceder á los partidarios de la nueva escuela. El campo quedó por ellos, y Huerta que terminó sus trabajos por una traduccion de la *Zayra*, plegaba la frente, al parecer, al gusto y opinion contra la cual tan largo tiempo y con tanto teson habia combatido. Sin embargo el movimiento literario que excitó al rededor de sí con sus contiendas y debates, compeliendo sus adversarios á probar por sus propias obras que la nueva escuela podria competir con la antigua, no permitirá nunca que se le pase por alto á Huerta en la historia de la poesía castellana.

---

[1] Historia de la Literatura española, pág. 24-30.

« Era entonces el tiempo de esta clase de contiendas. El honor y favores esparcidos por el gobierno de Cárlos III sobre las artes y las letras; el concurso de premios abierto por la Academia Española á los ingenios para obras de elocuencia y poesía, el que abrió la villa de Madrid para solemnizar la paz ajustada en 1783 con la nacion británica; la atencion pública llevada con interes á los productos del ingenio, que en tiempos felices como aquellos ocupan agradablemente y embellecen la sociedad; mil otras circunstancias en suma habian excitado en gran manera la aplicacion y el talento, y despertado tambien la emulacion y la rivalidad. Unos y otros aspiraban á la palma y á la primacía, y en vez de procurársela con obras verdaderamente de ingenio y de saber, se la querian arrancar unos á otros con disputas frívolas, cavilaciones y rencillas.

« Huerta, como hemos visto, estaba contra todos, y todos estaban contra Huerta; Forner contra Iriarte, Iriarte contra Forner; los apologistas de las letras castellanas contra sus censores, y los censores de las letras castellanas contra ellos. ¿Sobre qué no se escribió, y de qué no se disputó? Fatigábanse las prensas, y hervian las gacetas en publicaciones de folletos, sátiras y epigramas que se lanzaban unos á otros los ingenios españoles, sin otro objeto que el de desacreditarse, desdorando el arte y perdiendo miserablemente el tiempo [1]. »

Pero el escándalo y perjuicios que estos interminables debates ocasionaban, eran en parte compensados con la actividad que estas guerrillas daban al espíritu literario, con los adelantamientos que en ellas se procuraban el arte de la crítica y del raciocinio, con las investigaciones en fin y con los descubrimientos que se hacian en el campo de la crítica y de la historia. Pues solamente de los combates sale la victoria, del probar las fuerzas el equilibrio, del acrisolar lo falso la verdad; lo bueno, lo hermoso, todo lo que tenia en sí su principio de vida suficiente ha quedado á pesar de los esfuerzos de la contradiccion y la malicia, al paso que lo malo, lo feo y lo insustancial cayó por su mismo peso, y está sepultado en el merecido olvido.

Entre los poetas de la escuela dominante entonces se señalaron principalmente don *Tomas de Iriarte* y don *Felix María Samaniego*. Sobresalen por su elegancia, claridad, despejo y sencillez, y han enriquecido el Parnaso español con sus *Fábulas*, género de poesía poco cultivado y casi abandonado en España desde la edad media [2].

---

[1] *Quintana*, Poesías selectas castellanas, Madrid, 1830; tomo IV, pág. xxvi.

[2] Desde que estos dos escritores introducieron de nuevo y con tan feliz

Este gusto ligero y llano, introducido y autorizado con las obras de estos dos escritores, fué seguido por los chistosos epigramatistas don *Francisco Gregorio de Salas* y don *Leon de Arroyal;* por don *Vicente María Santibañez,* traductor no harto feliz de la *Heroida* de Pope; por el marques *de Ureña,* autor del poema burlesco de la *Posmodia;* por el conde *de Noroña,* al que algunos llamaban el *Dorat español;* por otros escritores en fin, de mucho menos nota, y tan pronto nacidos como olvidados.

Asi fué que, al proseguir este rumbo, los españoles que tenian una literatura nacional, rica en verdadera poesía, admirada del mundo entero y servilmente copiada por sus vecinos traspirináicos, cayeron de tropezon en tropezon, en una fria imitacion de los autores de la corte de Luis XIV, superiores, es verdad, á los castellanos en pulidez, cultura y un cierto aire de regularidad y llaneza; pero mil veces mas pobres de imaginacion, mas estériles de genio, y faltos de toda originalidad y nacionalidad. De aquí nació tambien en España una crítica, y mas tarde una poesía, autorizada aquella, y estotra correcta; pero incompleta la primera, y tímida imitadora la segunda.

No se puede negar que los que emprendieron la restauracion de la literatura española prestaron en efecto importantes servicios, desterrando el malísimo gusto que á fines del siglo XVII la infestaba. Pero cayeron en un error muy grave y de harto fatales consecuencias. Mas dispuestos á hallar y aun á exagerar los lunares, que á apreciar é imitar las bellezas de sus antiguos autores, los excluyeron de la buena literatura, creyendo que el único gusto susceptible de perfeccion era el clásico-frances,

---

éxito aquel género de poesía, cundia tanto el gusto de fabulizar, que «en unos años reinaba en la corte una plaga de fábulas,» como dice Arriaza (Poesías, Madrid, 1829. — Tomo II, pág. 155). De la grey de sus imitadores que casi apuraron el arca de Noé, baste mencionar á don *Ramon Pison* (Roman de Pinos), y á don *José Ibañez*, los que publicaron por separado colecciones de «fábulas en verso castellano.»

y abandonando los géneros de poesía enteramente nacionales que tan regalados frutos habian producido en el patrio suelo. Tanto fué de aquel pedantismo el empeño de anteponer las reglas al genio, y de oprimirlo y ahogarlo con ellas.

Asi la poesía castellana, siguiendo agenas huellas y andando á paso dê enano, en vez de volver adonde Calderon y Lope de Vega la dejaron, no pudo menos de venir de nuevo al suelo. Ganaba algo en decoro, en correccion y en saber; pero perdia infinitamente mas en riqueza, en halago y en encanto; era mas cuidadosa de evitar defectos que atrevida y ambiciosa de producir bellezas; queria mas bien contentar la razon que regalar el oido y arrebatar la fantasía. Fué libertada, es verdad, de los últimos delirios del culteranismo apadrinados por Huerta; mas se veia expuesta á otros vicios, por ventura mas contrarios á su naturaleza, que eran el prosaismo y la flojedad.

No podriamos concluir mejor los presentes apuntes sobre la historia de la poesía española desde Luzan hasta Melendez, que con copiar aquí la acertada crítica que hace de aquella época don *Angel de Saavedra* (en el muy señalado Prólogo á su *Moro expósito;* tomo I°, pág. 19-20), diciendo asi: « El rayo de claridad que penetró las densísimas tinieblas que cubrian nuestro suelo, y que empezó á desterrarlas y á alumbrarnos, era segunda luz, reflejo de la que brillaba para los franceses. Los llamados restauradores del buen gusto en la literatura castellana á mediados del siglo XVIII, son ciertamente merecedores de tan honrosa denominacion, si se considera cual fué el gusto que combatieron y ahuyentaron; pero no lo son tanto, si se examina cual fué el que le sustituyeron. Si los autores franceses adolecian del defecto de ser imitadores en demasía, los españoles cometieron otro mas grave dedicándose á sacar copias de copias. Agregábase á esto que en los últimos era la imitacion al doble violenta; porque en España habia un gusto y un estilo nacionales ya formados, defectuoso en parte, pero no enteramente falto de méritos y primores. Asi al introducir el *clasicismo frances*, los preceptistas españoles del siglo XVIII lo forzaron todo, lengua, hábitos, ideas; viniendo á ser sus composiciones, sartas de palabras escogidas con esmero, en que nada era inspirado, nada original, nada natural; en que el temor de extraviarse obligaba á marchar á compas, y en que si bien sobresalia la correccion, reinaba el mayor de todos los vicios, á saber, el empeño de encontrar modelos en parte muy diferente de aquella en que conviene buscarlos. »

## ÉPOCA SEGUNDA.

### DESDE MELENDEZ HASTA NUESTROS DIAS.

Esfuerzos de Melendez y la escuela salmantina para dar un nuevo esplendor á la poesía castellana en parte con el estudio y la imitacion de los antiguos y buenos escritores castellanos, y con el aprovechamiento de las formas nacionales; en parte con tratar de hacerla mas profunda y sustancial, imitando no solo y exclusivamente á los franceses, sino tambien y especialmente á los ingleses. — Diverso camino seguido por otros: — la imitacion italiana. — Primeros ensayos de hacer la poesía castellana independiente de toda imitacion: — introduccion del gusto llamado romántico.

Hasta aquí vemos caer la malhadada poesía castellana de Escila en Caribdis: del culteranismo en el prosaísmo. Nicolas Moratin fué el único que trató con algo mas acierto de encaminarla por el solo camino que habia de proseguir para verificar su regeneracion; vale decir el beber la cultura á la moderna Europa, sin renunciar del todo á su antigua originalidad y nacionalidad. No lo logró Moratin; ni lo lograron de todo punto Melendez y sus secuaces; pero estos no solo repararon los atrasos causados por sus antecesores, sino tambien dieron un gran paso adelante en aquel rumbo; y por eso se les puede llamar á ellos con mas fundamento los *restauradores de la poesía castellana*, la que, de consiguiente, entra con *Melendez y los poetas de la escuela salmantina* en una nueva época.

Mientras en Madrid aun se fatigaban Huerta y los galicistas con disputas frívolas y ciega parcialidad, formóse en la universidad de Salamanca, « aquella escuela de literatura, de filosofía y de buen gusto que desarrugó de pronto el ceño desabrido y gótico de los estudios escolásticos, y abrió la puerta á la luz que brillaba á la sazon en toda Europa. La aplicacion á las lenguas sabias, asi antiguas como modernas; el adelantamiento en las matemáticas y verdadera física; el conocimiento y gusto á las doctrinas políticas y demas buenas bases de una y otra jurisprudencia; el uso de los grandes modelos de la antigüedad, y la observacion de la naturaleza para todas las artes de imaginacion; los buenos libros que salian en todas partes, y que iban á Salamanca como á un centro de aplicacion y de saber; en fin, el ejercicio de una razon fuerte y vigorosa, independiente de los caprichos y tradiciones abusivas de la autoridad y de las redes caprichosas de la sofistería y charlatanismo; todo esto se debió á aquella escuela que ha producido desde entonces hasta ahora tan distinguidos jurisconsultos, filósofos y humanistas [1]. » Formóse allí tambien don *Juan Melendez Valdes* bajo la direccion de Cadalso y con los avisos de Nicolas Moratin y Jovellanos. Dotado de todas las calidades mas esenciales de poeta, apasionado á las bellezas de la naturaleza, Melendez cultivó su númen con el estudio de los clásicos antiguos y modernos, y sobre todo de los nacionales, convencido de que la poesía de su patria, sin dejar de aprovechar lo bueno que suministraban la francesa y las de otras naciones, *debia sacar sus principales riquezas del tesoro de los antiguos autores castellanos.* Tampoco desconoció las ventajas que prestaba el cultivo de las *formas nacionales de la poesía popular,* y supo imitarlas con acierto y gusto. Fruto de estos estudios y esfuerzos fué *el primer tomo de sus poesías* que publicó por primera vez en 1785, y el que fué acogido con un aplauso extraordinario y general. Los amantes de la poesía antigua castellana, que vieron tan felizmente seguidas las huellas de Garcilaso, de Leon y de Herrera, saludaron al poeta como el restaurador de las musas castellanas, y vieron con alegría desterrado el gusto prosáico y trivial que generalmente dominaba á la sazon en el Parnaso español. La juventud estudiosa de España tomaba aquel libro por modelo; de modo que apenas publicado y conocido, se le tuvo por un libro clásico, y un ejemplar exquisito de lengua, de gusto y poesía[1]. Asi Melendez fué fundador de una escuela poética que si todavía es tímida y copista, no es ya puramente francesa, sino al contrario *castellana de una época nueva, y del todo nacional en sus formas.*

---

[1] Poesías de don *Juan Melendez Valdes*, Paris, 1832, tomo I°. — Vida del autor por don *Manuel José Quintana*, pág. 32-33.

Entre los discípulos de aquella escuela que por aquel tiempo florecieron, se señalaron mas como poetas el festivo *Iglesias* y el agustiniano fray *Diego Gonzalez*; los dos amigos y compañeros de estudios de Melendez, y como él, imitadores de los poetas y formas antiguas nacionales.

Tambien el insigne *Jovellanos* residente entonces en Sevilla, y á cuya noticia llegaron los trabajos de los poetas salmantinos, aplaudió sus esfuerzos para restaurar la poesía castellana con la imitacion de los grandes modelos nacionales, y siguió el mismo rumbo en sus propios trabajos poéticos. Pero, por carácter y estudios mas inclinado á los géneros nobles y elevados, exhortó tambien sus amigos á empresas mayores. Estas exhortaciones, aunque no surtieron efecto ni por de pronto ni de todo punto, dieron quizá el primer impulso á que Melendez y algunos de sus amigos y alumnos se ensayasen en introducir los géneros *filosófico* y *moral* en la poesía castellana, para darle con eso mas sustancia y profundidad, y levantarla á la altura de su siglo. Contribuyó á eso tambien el mayor conocimiento y el estudio de la *literatura inglesa* de que especialmente Melendez y Jovellanos eran muy apasionados, y cuyo cultivo empezó por entonces á cundir en España y competir con el de la francesa. Asi Melendez trataba de imitar á los ingleses Young, Pope y Thomson; asi Jovellanos tradujo el libro primero de el *Paraiso perdido;* asi otros muchos siguieron su ejemplo. Añádanse á esto los progresos que hicieron á la sazon las ciencias exactas, políticas y filosóficas en España, y no causará admiracion que todo esto abriese un nuevo rumbo á las ideas y máximas literarias, lo que no pudo menos de tener tambien un grande influjo sobre la poesía castellana. Aquel influjo se descubre señaladamente en la *segunda edicion* de las poesías de Melendez, la que publicó en 1797, añadiendo á la reimpresion del tomo primero otros dos que contenian un crecido número de poesías de muy diferente gusto y estilo que las primeras. Los asuntos de aquellas poesías eran grandes y severos, abstractos y metafísicos; trataba en ellas de las grandes verdades de la religion y de la moral, « procurando, » como dice él mismo, « enunciarlas con toda la pompa del idioma; cuidando al mismo tiempo de hacerse entender y ser claro, y de huir de una ridícula hinchazon. » De aquí fué que, para sacar de la lira española acentos no aprendidos antes de ella, tuvo que formarse una diccion y un estilo que correspondiesen á tales asuntos. Pues la lengua castellana, por rica y magestuosa que fuera, y por perfecta que se la encontrase en las poesías sagradas y doctrinales del siglo de oro, era á la sazon todavía poco acostumbrada á sujetarse á la filosofía, ó á la concision de sus verdades. Porque la poesía sagrada y doctrinal de los antiguos era una poesía de sentimiento y de corazon, la efusion del fervor, la elevacion de un ánimo fiel, al paso que la poesía filosófica y moral de los modernos es mas bien una poesía de reflexion (si cabe decirlo asi), el producto de la especulacion y del saber.

---

[1] *L. c.* p. 50.

Por eso las poesías filosóficas de Melendez, á las que él mismo dió con su acostumbrada modestia el nombre de primeras tentativas, tenian un cierto aire de novedad, de extrañeza, y aun de afectacion, asi por los asuntos, como por la diccion; la imitacion de los extrangeros era harto visible en ellas[1]; y comparadas con las de su juventud, no les igualaban ni con mucho en calor, en viveza y en despejo. De aquí no es de admirar que estas poesías no tuviesen una aceptacion tan grande, ni tan general como la que habian logrado las primeras. Sin embargo el efecto que causaban no fué corto; porque participaban de la propension general de su siglo, siglo de especulacion y filantropismo, y por eso conocido con el nombre de *filosófico;* y porque el rumbo seguido en ellas por Melendez iba de acuerdo con la tendencia y hasta la manía que habia entonces tambien en España para la ilustracion y el saber. Asi á pesar de sus defectos, las poesías filosóficas de Melendez, por ser la expresion y el retrato de la época á que pertenecian, no pudieron menos de producir resultados de hecho. Asi, rompida la valla por Melendez, no faltaron quienes pisasen sus huellas, entre los cuales se han señalado mas sus alumnos y amigos, don *Juan Pablo Forner*, don *Nicasio Cienfuegos*, don *Manuel Quintana*, don *Juan Nicasio Gallego* y don *Alberto Lista*. Estos y algunos otros de menor nota, como *Sanchez Barbero*, *Mor de Fuentes*, etc., han tratado con mas ó menos acierto de poner la poesía castellana al nivel de las ideas y del gusto de su siglo, eligiendo por asuntos de sus poesías las verdades de la filosofia, las vicisitudes de la vida humana, los grandes acontecimientos políticos, los sublimes espectáculos de la naturaleza y los progresos de las artes y ciencias, en vez de seguir el camino harto trillado y recorrido por sus antecesores, y de cantar tan solo los arroyuelos murmuradores, la palomita de Fílis, los amores de los zagales y la crueldad de esas sin par hermosas zagalas, las delicias de la vida pastoril, del caramillo, del recental, y otras fantasmagorías por ese estilo.

---

[1] Pero imitaba ya no mas exclusivamente á los franceses, sino cabal-

Por de contado ganó la poesía castellana por aquellos conatos en sustancia y profundidad, adquirió un caudal de

---

mente á los ingleses, y tambien á los alemanes. Asi él mismo cita expresamente á Pope, Thomson, Young, Racine, Roucher, Saint-Lambert, Haller, Utz y Cramer, como los modelos que trataba de imitar.

ideas, de documentos de filosofía y de instruccion que no se encuentra, generalmente hablando, en los poetas de los siglos anteriores; varió y levantó algun tanto el tono; pero perdió en riqueza y lozanía de fantasía, en gala y brio de estilo, en facilidad y armonía de versificacion, y por consiguiente en halago, en efecto, en encanto; perdió en osadía y originalidad, por ser tímida imitadora; y perdió sobre todo en nacionalidad, por haber tenido que formarse con la imitacion de los extrangeros, y por tratar de hacerse cosmopolita.

Por eso aquellos poetas que siguieron este nuevo rumbo, y particularmente Cienfuegos y sus prosélitos fueron tachados por sus émulos y los rigurosos humanistas de escritores extravagantes y contagiosos, de declamadores frios y desmayados, de conceptistas oscuros, de imitadores harto compasados y amanerados; por eso han llamado aquella escuela « una escuela de error, » *una nueva secta de conceptismo y culteranismo*; su tendencia *filosofismo*; su lenguaje « oscuro y bárbaro, compuesto de arcaismos, de galicismos y de neologismo ridículo; » su estilo « lleno de hinchazon y oscuridad; » y su versificacion « falta de artificio, variedad y armonía[1]. »

Aunque esta crítica en parte es exagerada y demasiado severa, en parte vale solo si se la aplica á los rutineros de aquella escuela, al *imitatorum pecus* que siempre y en todas partes ha imitado los defectos, la afectacion ó manera de sus modelos, sin tener ni aun por asomo las ventajas de aquellos; fuerza es confesar que tampoco el mismo Melendez ni los mas aventajados de sus secuaces lograron completamente lo que se proponian, vale decir el levantar la poesía castellana á la altura de su siglo sin perjuicio de su independencia y de su índole. Pues sus composiciones de los géneros templados tienen, es verdad, un colorido bastante nacional; pero lo frívolos, trillados y cansados que son todavía los asuntos tratados en ellas, las hacen poco dignas de la atencion de sus contemporáneos; al paso que sus poesías de los géneros severo y sublime aun no llevan el sello de aquella valentía y frescura que solo tienen las verdaderamente originales y esencialmente nacionales.

---

[1] Obras de *Leandro Fernandez de Moratin*, Madrid, 1830; tomo II, pág. 61-63. — Poesías líricas de don *Juan P. de Arriaza*, Madrid, 1829; tomo I°, pág. 11-12. — *Vicente Salvá*, Gramática de la lengua castellana, Paris, 1830, Pról. pág. 30 y 31.

De aquí un crítico ilustrado al par que patriota imparcial ha llamado no sin razon la escuela de Melenqez *la de Luzan mas españolizada*[1].

Esta escuela, aunque sin contradiccion la dominante, no fué la única que por entonces se formó en España. Pues otros han seguido diverso camino, y han preferido la *imitacion italiana*, cuyas formas tienen mas analogía con las castellanas, y por lo mismo su carácter ha podido parecer mas puro y mas natural. La índole propia de esta escuela es poner todo su esmero en la puntual simetría de los metros, en el halago de los números, en la elegancia y pureza del estilo, en la facilidad y limpieza de la ejecucion. *Las dotes exteriores son su principal cuidado, los asuntos y los pensamientos no tanto*: por manera que no siempre se encuentran en ella la elevacion, la fuerza y el vigor de expresion que serian de desear[2]. Por este retrato de mano maestra se echa de ver que si la poesía castellana ha ganado por aquella escuela en gracia y en halago, ha perdido empero en sustancia y valentía, y en resúmen ha sacado otra vez copias de copias. Entre los que han seguido aquel camino, han sobresalido don *Leandro Fernandez de Moratin*, don *Juan Bautista de Arriaza*, don *Manuel de Arjona*, don *Francisco Martinez de la Rosa*, etc.

Pero aunque es preciso confesar que todos los esfuerzosde aquellas escuelas y de aquellos poetas, por meritorios que sean bajo muchos respetos, no han logrado dar á la poesía castellana su antiguo lustre; no puede menos de percibirse una especie de restablecimiento que no deja de hacer honor á la moderna literatura de España. Aun causa maravilla que con tan pocas causas de estímulo y aliento, y tantas de entorpecimiento y ruina, hayan sobresalido, en los cortos respiros que han dejado los trastornos y desgracias públicas, algunos hombres eminentes que han acrecentado las glorias literarias de la nacion española; y por cierto las hubieran aumentado aun mas, si no se hubieran reunido por su mal tantos y tan tristes acontecimientos como han sobrevenido á esta malhadada nacion desde la muerte de Cárlos III. « Pues la injusticia de la suerte, tan encarnizadamente declarada contra España en estos dos siglos, no ha permitido que aquella aura de prosperidad, que aquel impulso présago de felices resultados, hayan llegado al punto que pareció se debia esperar. Antes del funesto reinado de Cárlos IV, ya en el de su padre se vió al gobierno español volverse atras en la carrera que habia emprendido. Ni el ministerio del ilustre conde de Aranda, ni el establecimiento de los reales estudios de San Isidro, ni los felices ensayos de algunos sabios varones que al favor del primer ensanche prepararon la restauracion literaria, fueron bastantes para que esta se realizase del todo. El tumulto de Madrid cuyas causas no son de averiguar en este lugar, la paralizó, y desde aquella funesta época, sus pasos han sido mal seguros, entre la timidez de un gobierno recien amagado, la corrupcion y los caprichos de una inmediata privanza, el estruendo de una invasion desorganizadora, y los choques de una lucha empeñada para fijar los intereses mas fundamentales [1]. » De resultas de aquellas revoluciones políticas muchos españoles, y en verdad no los menos señalados, tuvieron que emigrar y refugiarse en varios paises de Europa. A pesar de esta nueva desgracia para la nacion y literatura españolas, tambien en este caso se ha verificado lo que dice un antiguo refran castellano : « no hay mal que por bien no venga.» Pues, ademas de lo mucho que ganan los hombres trasplantados de su pais, combatidos por la adversidad ó por las vicisitudes de los acontecimientos, y separados de la monotonía de la vida doméstica, los emigrados españoles aprendieron á conocer los adelantos que el arte crítica habia tenido y estaba haciendo en otras naciones; vieron la revolucion casi general que hicieron en nuestros dias *la crítica y literatura alemanas* en la teórica del buen gusto, y en la práctica de los escritores; descubrieron que en Inglaterra, en Italia y aun en Francia, la patria misma de los clasiquistas, no reinaba mas exclusivamente aquel decantado clasicismo que, durante un siglo, ha aherrojado con los grillos del pedantismo la fantasía de las naciones mas cultas de Europa; fueron en fin precisados á confesar, no sin asombro y vergüenza, que los españoles, otra vez los ingenios mas desembarazados y fogosos, eran casi los únicos, entre los modernos europeos, que aun no habian osado traspasar los límites señalados por los preceptistas de la escuela clásico-francesa!

---

[1] *Angel de Saavedra*, El Moro expósito, Paris, 1834; tomo I°, pág. 21.

[2] *Quintana*, Poesías selectas, Madrid, 1830; tomo IV, pág. 48 y 49.

---

[1] *Ocios de Españoles emigrados*, Londres, 1825; tomo IV, pág. 98.

Librados de sus preocupaciones, algunos empezaron á dudar de aquellas autoridades tenidas hasta entonces por infalibles y obedecidas por mero espíritu de rutina; otros, mas imparciales y osados, adoptaron los sanos principios de la recien promulgada doctrina, convencidos de que las dotes mas esenciales de la buena y castiza poesía habian de ser la *originalidad* y la *nacionalidad;* otros en fin, los mas atrevidos á la par que ingeniosos, trataron de escribir ellos mismos no por recuerdos sino por inspiracion, «de seguir los impulsos propios, de obedecer á las inspiraciones espontáneas, y de hacer, no lo que han hecho, sino del modo que lo han hecho los célebres ingenios extrangeros de la edad presente, tan rica en crítica sana y propia de una generacion filosófica en sus atrevimientos[1].

---

[1] *Saavedra*, l. c., pág. 40.

Asi fué que al volver en estos últimos años á su patrio suelo, estos emigrados introdujeron, ó por mejor decir reintegraron tambien en España aquel gusto que se ha llamado *nuevo* y *romántico,* pero el que en verdad es muy antiguo y el único esencialmente clásico.

Pues este gusto es el mismo al que siguieron un Homero, un Dante, un Shakespeare, un Lope de Vega, un Schiller, todos cuantos fueron románticos y muy románticos, si se quiere llamarlos asi, porque á nadie copiaron, y solo buscaron sus inspiraciones en su propio ingenio y en la naturaleza; mas los cuales en efecto son clásicos y muy clásicos, porque han servido y servirán de modelos á cuantos saben admirar su genio independiente y creador, su índole impregnada del espíritu de su siglo, y su colorido del todo nacional.

Entre los que han contribuido mas á resucitar y propagar en España este gusto tan antiguo como natural, y á combatir las preocupaciones rancias de sus compatriotas, sobresalen don *Agustin Duran* y don *Angel de Saavedra*, duque *de Rivas;* y acometió esta empresa el primero con su *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español*, etc., con sus *Trovas,* y con sus excelentes ediciones de los *Romanceros*, y de la *Talía española ó Coleccion de dramas del antiguo teatro español*; el segundo aun mas eficazmente con sus propias composiciones poéticas publicadas en estos últimos años.

Han seguido y estan siguiendo el ejemplo de estos insignes varones algunos jóvenes poetas de no comunes talentos [1].

Es por tanto de esperar que la juventud española no tardará en reconocer con ellos que las luces y necesidades de la presente época estan clamando porque se sacudan los grillos que el culto ciego del *clasicismo* habia impuesto á sus paisanos; y cuando, á despecho de la escuela del siglo de Luis XIV, logre la independencia del pensamiento, verificará la restauracion de la poesía castellana. Que los españoles pues, que tienen las mas felices disposiciones para la poesía, quieran ser no mas que españoles y muy españoles; y, á pesar de tantos obstáculos políticos y literarios, el Parnaso español reverdecerá, y producirá de nuevo tan regalados frutos como en los tiempos de Cervántes, de Lope de Vega y de Calderon.

---

[1] Asi se han reunido algunos mozos de buenas esperanzas, para publicar el lindo periódico titulado *El Artista,* en el que tratan de difundir en su patria aquel gusto llamado romántico, tanto con la doctrina como con el ejemplo.

# FLORESTA

DE

# RIMAS MODERNAS CASTELLANAS.

# POESIAS

DE

## D. IGNACIO DE LUZAN.

## CANCIONES.

### I.

*A la defensa de Oran.*

Dame segunda vez, Euterpe amiga,
Bien templada la lira y nuevo aliento,
Que alcance á referir nuevas hazañas:
Ya de Oran y de Ceuta las campañas
Ofrecen otra vez alto argumento
Que á renovar aplausos nos obliga.
El Africa enemiga
Ya produce otras palmas y laureles
Para adornar del español la frente.
Tú, divina Piéride, consiente
Que del furor sagrado con que sueles
Grandes héroes cantar, y sus renombres,
A pesar del olvido, entre los hombres
Inmortales hacer, pida hoy no poco:
Es justa la razon por qué te invoco.

Como la generosa águila altiva
Sobre las vagas aves hecha reina,
Y que sirve al Tonante el pronto rayo,
Si de su arrojo en el primer ensayo
Culebra arrebató que escamas peina,
Y erguida la cerviz su furia aviva;
En vano ya cautiva
De la garra feroz silba y forceja
Que el ave, uñas y pico ensangrentada,
No suelta mas la presa, y remontada
Por la region suprema el vuelo aleja,
Hasta que al monstruo el fiero orgullo abate;
Y destrozado en desigual combate,
Palpitando algun miembro en tierra yace;
Lo demas en el aire su hambre pace:
Asi la osada juventud de España
Contra el moro obstinado ahora defiende
Las conquistas debidas á su brio.
En vano el ya perdido señorío
La descendencia de Ismael pretende
Recobrar con la fuerza ó con la maña:
Veráse la campaña
De Marruecos, de Argel y Terudante
De púrpura teñida y rios rojos:
Revolcará los bárbaros despojos
Al mar del mediodia y al de Atlante,
Destinados juguete al Euro y Noto:
Cuando despues sulcare algun piloto
Las playas hasta donde fué Cartago,
Conocerá en los huesos el estrago.
Es difícil empresa al enemigo
La firmeza vencer de tales pechos,
Que honra solo, valor y fé respiran:
Ya vulgares ejemplos no se admiran;
Ya del brazo español no salen hechos
Sin conducir la heroicidad consigo.
Del infeliz Rodrigo
No dura mas el ocio y muelle trato:

Entre noble vergüenza y rabia lucha
Cualquiera de nosotros cuando escucha
El nombre pronunciar de Mauregato.
Ya en defender circunvalado muro,
Con varia muerte es del Ibero duro
Propio, innato el teson, del cual arguyo
Que seria obstinado, á no ser suyo.
¡O Cantabria feroz! ¡O de Sagunto
Inflexible valor! ¡O gran Numancia,
Cuyas pérdidas hoy son nuestra gloria!
Siempre que se renueva la victoria
De nuestra heróica indómita constancia,
Falta voz á la fama en tal asunto.
Cuando el extremo punto
Llegó del hado, el fiero numantino
Al fuego se arrojó de rogos varios,
Dejando admiracion á los contrarios,
Trofeos no; que el vencedor latino,
Cuyo valor no en vano se eterniza,
Solo pudo triunfar de la ceniza:
No haga otra gente de constancia alarde,
Que á esto no llegó nunca, ó llegó tarde.
Nace del fuerte el fuerte, y de la interna
Virtud del padre toma el becerrillo
Que en las dehesas de Jarama pace.
¿Acaso alguno vió jamas que nace
Del águila feroz triste cuclillo,
Nocturno buho ó palomita tierna?
Como en cadena eterna
Se eslabona el valor, y la prudencia
Se infunde al español de sus pasados:
De aquellos ascendientes celebrados
Esta nació valiente descendencia,
De quien ahora tiembla el mauritano:
Despues vendrán, y no lo espero en vano,
Emulándose en glorias y en efetos
Los hijos de los hijos y los nietos.
Cancion, si yo pudiese, bien querria

Hacer de modo que tu voz oyese
La zona ardiente, la templada y fria;
Y que en tus alas fuese
La fama de mi patria y sus trofeos
A los pueblos del Indo, á los Sabeos,
A los de Arauco, Tauro, Ida, Erimanto:
Pero no son tus alas para tanto.

## II.

*Leida en la Academia de las Nobles Artes, año de* **1753.**

Ya vuelve el triste invierno
Desde el confin del Sármata aterido
A turbar nuestros claros horizontes
Con el ceñudo aspecto y faz rugosa
Con que, á influjo de la osa,
Manda intratable en los Rifeos montes
Y en la Zembla polar; donde, temido
Señor de eterna nieve y hielo eterno,
Con tirano gobierno
La entrada niega á todo trato humano:
El piloto holandes se atreve en vano,
Avido pescador del cete inmenso,
A surcar codicioso
El piélago glacial: el frio intenso
Pára su rumbo, y deja riguroso
En remota region lejos del puerto
La quilla inmoble el navegante yerto.
La hermosa primavera
Desterrará al invierno, coronada
La bella frente de jazmin y rosa,
Cual íris que en las nubes aparece:
Se alegra y reverdece
A su vista la tierra; y olorosa
Recrea los sentidos, revocada
La lozanía y juventud primera.
Poco antes prisionera

La fuentecilla de enemigo hielo,
Ya entonces libre fertiliza el suelo
Y nuevas yerbas alimenta y cria:
Robles, hayas y pinos
Vuelven á hacer la selva mas umbría:
En tanto al aire mil suaves trinos
Esparcen las canoras avecillas,
Mas agradables cuanto mas sencillas.
Sucederá el estío;
Y el can fogoso y el leon rugiente
Marchitará la verde pampa y flores,
Y agotará á la fuente sus cristales:
Asi bienes y males
Mezcla próvido el cielo: moradores
Hay en la fria zona, hay en la ardiente,
Sufriendo extremos de calor y frio.
Su vario señorío
Ejerce en todo la inconstante suerte:
Nace sujeta á sucesiva muerte
Cada estacion: murió la antigua gloria
De Roma y de la Grecia,
Cuyas soberbias ruinas y memoria
Tanto la fama lisonjera aprecia:
Que al impulso fatal de las edades
Mueren tambien los reinos y ciudades.
Solo la virtud bella,
Hija de aquel gran Padre, en cuya mente
De todo bien la perfeccion se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna:
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Cual contra firme escollo inútilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas: ella,
Como la fija estrella,
Que el rumbo enseña al pálido piloto
Cuando mas brama el Aquilon y el Noto,
Al puerto guia nuestro pino errante.
¿Quién con esto se acuerda

De envilecer su plectro resonante
Donde de vista la virtud se pierda?
¿O un falso bien, ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto, y mas de estrago?
No, no; lejos aparte
Apolo del Parnaso error tan ciego,
Y en sus sagrados bosques no resuene
Sino pura armonía y casto acento:
Con severo instrumento
Calzado el gran coturno, el aire llene
De trágico terror Leghinto, el griego
Canto emulando en sencillez y en arte:
Yo cantaré de Marte
Las heróicas hazañas, que gloriosos
Acabaron los hijos generosos
De nuestra España, y llenaré la esfera
De aplausos de su fama:
Y sin ser por afecto lisonjero,
Mi voz, creciendo la apolínea llama,
Me oirán remotos climas admirados
Celebrar nuevos hechos ignorados.
Mas Febo en este dia
No me permite que de Marte airado
Cante las obras y el furor horrendo,
Ni estragos tristes de sus armas fieras.
Cedan palmas guerreras
A pacífica oliva, y el estruendo
Militar se convierta mejorado
En apacible métrica armonía;
A tí la lira mia,
Noble Academia, hoy se consagra solo;
A tí me manda celebrar Apolo,
Y que á tus bellas hijas floreciente
Corona teja amiga
La poesía para ornar su frente,
Premio no vil de toda su fatiga:
Lo que no puede el oro el verso puede;
Que el dar eterna fama á todo excede.

La luz y sombras dieron
Feliz principio y ser á la Pintura;
Creció su gracia el vario colorido,
Y el arte del Escorzo y Perspectiva:
Solo el tacto en la viva
Imitacion de objetos lo fingido
Puede reconocer, y la estructura
Que artificiosas líneas compusieron.
Cuanto los ojos vieron,
Cuanto ideó la fantasía, fieles
Imitadores copian los pinceles,
A un lienzo dando bulto, alma y acciones;
Y con arte que admira
Movimientos, afectos y pasiones
De gozo, de dolor, miedo, amor, ira,
Y si le falta hablar, la vista duda
Como tal perfeccion puede ser muda.
  Con cincel primoroso,
Noble Escultura, igual sabes los duros
Mármoles animar; y afecto blando
Diestra inspirar en modelados bustos.
Tus palacios augustos,
O grande Arquitectura, levantando
Arcos, teatros y soberbios muros,
Sabes tu nombre eternizar famoso.
Aun del Rodio Coloso
Dura la admiracion, y la romana
Gente ensalza al autor de la Trajana
Columna: aun vive el nombre de Lisipo:
Aun vive Apeles, claro
Amigo del gran hijo de Filipo;
Y viven, á pesar del tiempo avaro,
Praxiteles y Zeuxis, y el que quiso
Todo el arte apurar en su Jaliso.
  Pero ¿á qué fin la aquea
Fama me acuerda nombres y memorias
De antiguos siglos, cuando ya los cielos
Me ofrecen nuevo asunto en nuestra Iberia?

El arte á la materia
Excede con primores y desvelos
En este real albergue, en quien las glorias
De España cifra una ingeniosa idea,
Tal es justo que sea
La esfera y centro de sus grandes reyes,
Para dar desde aquí suaves leyes
A los dos obedientes hemisferios.
Aquí al vivo esculpidos
Por el cincel de artífices hesperios
Respiran reyes siempre esclarecidos;
Y el primero es Fernando, en cuya guarda
Ruge un leon y su señal aguarda.
Mas ¿cuál tan peregrina
Fábrica suntuosa se levanta
Obra de docta mano? ¿A quién dedica
Un magnífico celo el nuevo templo?
De tan devoto ejemplo
La universal aclamacion publica
El intento piadoso, y de la santa
Educacion los frutos adivina.
A aquel que de la Alpina
Grey fué pastor celoso, al grande Sales
Consagra estas memorias inmortales
De una gran reina la piedad profusa.
Permite que en tus sienes
Entrelace, señora, humilde musa
Esta hiedra á los lauros que ya tienes,
En tanto que con plectro mas sonoro
Se ocupa en tí todo el aonio coro.
Sagrado Evangelista,
Tambien tus aras renovadas veo
Por artífice diestro, que redujo
Lo hermoso y grande á limitado giro.
Allí igualmente admiro
Al pincel español, cuyo dibujo
Ilustre hazaña y militar trofeo
Del gran Felipe acuerda á nuestra vista;

A Samuel y al Salmista
Rey al ungirse otro pincel colora;
Y al santo Apóstol que la España implora
Por su patron, en la feliz orilla
Del Ibero y el sacro
Principio de la antigua alma capilla,
Y el pilar y divino simulacro
Al fresco exprime, y como todo á vuelo
Al suelo aragones se vino el cielo.
  Nieto del grande Albano,
A quien Minerva y Marte belicoso
Guian de la Virtud al arduo templo
De claros ascendientes por las huellas;
Tú tambien á las bellas
Tres nobles artes con ilustre ejemplo
Amparas y proteges, y oficioso
Tiendes en su favor la amiga mano.
Y tú, que pio, humano,
El imperio español en paz estable
Riges, sexto Fernando, admite afable
Agradecidos votos que te ofrecen
Las artes decoradas:
A tí las ciencias, que á tu influjo crecen,
A tí invocan las musas, y alentadas
Con tu piedad, de flores de Helicona
Van tejiendo á tu frente otra corona.
  Suspende aquí tu vuelo,
Cancion, no quieras remontarte tanto;
Es muy débil tu voz, inculto el canto
Para tan alto empeño: al Dios de Delo
Cede la empresa; él solo
Con cítara divina
Sabrá esparcir del uno al otro polo
El nombre de Fernando, y celebrarle:
Tú con respeto humilde te avecina
A su real trono; y pues para elogiarle
Tu amor ni voces ni conceptos halla,
Póstrate á tu señor, ámale y calla.

## SONETO.

### *El no sé qué.*

*Quotiescunque* mi cara Galatea
Con blanda risa y con amor me mira,
De sus ojos parece que respira
Un *nescio quid* que todo me recrea;

Mas luego que de mí (ya desden sea,
Ya descuido) su vista se retira,
¡*Heu!* otro *nescio quid*, sin ser mentira,
Sienten con triste afan *præcordia mea.*

¿*Unde nam* provendrá tan raro é incierto
Efecto de su amor, de sus enojos?
¿Tanto puede un favor y una aspereza?

¡Ay de mí! que no tengo *pro comperto*
Que el *nescio quid* no viene de sus ojos,
Y que el mal está todo en mi cabeza.

# NOTICIA DE D. IGNACIO DE LUZAN.

Nació en Zaragoza á 28 de marzo del año de 1702. Fueron sus padres don Antonio de Luzan y Guaso, señor de Castillazuelo, y gobernador entonces del reino de Aragon, y doña Leonora Perez Claramunt de Suelves y Gurrea. Pero la muerte inopinada de estos y los disturbios que habia en su patria en aquel tiempo con motivo de la guerra de sucesion no le dejaron aprovechar las ventajas de tan distinguido nacimiento: vino á quedar huérfano de edad de cuatro años sin mas arrimo que el de su abuela paternal, á cuyo lado permaneció hasta que, concluido el sitio de Barcelona, donde estuvo de asiento su abuela, en el año de 1715, pasó á Mallorca á reunirse con don José Luzan, eclesiástico, tio suyo, que le llevó despues consigo á Génova y Milan. Aqui fué donde empezó sus primeros estudios en el seminario de Patellani, donde continuó hasta que pasó á Palermo con su tio, á quien se confirió una plaza de inquisidor en Sicilia. Hizo don Ignacio en Palermo sus estudios mayores, y en 1727 se graduó de doctor en ambos derechos en la universidad de Catana, para habilitarse asi á hacer una carrera. Tomó una instruccion muy amplia en humanidades, filosofía, matemáticas, historia, teología moral y derecho público y civil. Pero la literatura y la poesía fueron sus ocupaciones favoritas; y ya en su primera juventud se ejercitaba en componer versos en italiano y en latin, idiomas que poseia como si fueran propios suyos. Tambien llegó á poseer con mucha perfeccion el frances, el aleman y el griego, á que se dedicó despues con grande ahinco. Asi vivia don Ignacio en Palermo entregado enteramente á sus estudios y al trato continuo de todos los eruditos de aquella ciudad, cuando en el año de 1729 asaltó la muerte á su tio que le mantenia; por lo que le fué preciso volver á Nápoles para acogerse á la sombra de su hermano el conde de Luzan, que se hallaba gobernador del castillo de San-Telmo. Cuatro años despues le envió su hermano á España con poderes para administrar sus rentas. Pasó á Zaragoza, retiróse despues á Monzon, contento hasta aquí con las asistencias que le daba su hermano; mas habiéndose posteriormente casado y aumentádose sus obligaciones, tuvo que pensar en aumentar los medios de subvenir á ellas. Por lo que conoció que debia resolverse á pasar á la corte, y correr los ordinarios trámites de pretendiente.

Vino á Madrid, distinguióse por sus talentos, y en el año 1741 fué elegido académico honorario de la real Academia Española: el siguiente pasó á la clase de supernumerario; y un poco mas adelante fué recibido en la de la historia. Supo no solo con sus talentos y su literatura, sino tambien con el conocimiento y tino que hablaba de los negocios públicos, y con su agradable y urbano trato, granjearse tal concepto de capacidad y despejo, que fué sucesivamente nombrado en 1747 secretario de la embajada de Paris; encargado de negocios en aquella corte al año siguiente, y vuelto á España en el de 1750, consejero de hacienda y de la junta de comercio; superintendente de la real casa de moneda de Madrid; y poco despues tesorero de la biblioteca real. Establecido ya con su familia de asiento en la corte, continuó sirviendo al rey y á la patria en los referidos empleos, y trabajando en otros negocios y encargos secretos de la mayor importancia, que se le cometieron por los ministros, y especialmente por el señor don José de Carvajal, que no solo tenia particular confianza en los talentos de don Ignacio, sino que le honraba con una intima amistad. Esta misma le llevó á la academia *del Buen Gusto*, que tenia en su casa la señora condesa de Lemos, entonces viuda, y posteriormente marquesa de Sarria, y con alusion á sus muchos viages, tomó el nombre de *el Peregrino*, y compuso y leyó en ella varias poesías, que fueron recibidas con aplauso de los concurrentes. Cooperó tambien con su amigo Carvajal al establecimiento de la academia de San Fernando, de que fué individuo en la clase de honorario.

Por último, en el año de 1754, parece que el rey pensaba en levantarle á uno de los primeros puestos del estado; pero su muerte prematura lo impidió, pues que falleció en Madrid de una enfermedad aguda en 19 de marzo del mismo año.

Fué don Ignacio individuo de una multitud de academias de la Italia, que puede tambien contarle entre sus escritores; fué amigo de los principales sabios de aquel pais (especialmente del célebre poeta Metastasio) y de los de la Francia. Tambien los mas señalados hombres de letras que habia en España en su tiempo fueron sus amigos, y en gran parte sus discípulos: y atendidos su carácter y prendas virtuosas, sus talentos y sus estudios, el noble uso que hizo de ellos, y sus servicios al estado, es sin duda uno de los hombres que mas bien hicieron en aquella época á su patria y á las letras, y ningun español mienta su nombre sino con aprecio y veneracion.

Entre sus muchas obras, tanto impresas como inéditas, son las mas señaladas: su célebre *Poética*, que se publicó la primera vez en Zaragoza, en folio, el año de 1737, y despues de la muerte del autor dos veces en Madrid, los años de 1783 y 1789, en dos tomos en 8°, y en esta última edicion con considerables adiciones y correcciones y con las memorias de la vida del autor por su hijo menor; — un sistema de política, en varios símbolos ó geroglificos, que intituló *Perspectiva política*; segun el dictámen de su hijo y biógrafo, la mejor y mas bien escrita de todas sus obras, aunque inédita hasta ahora; — las memorias *sobre el orígen y patria de los Godos*, insertas con las del señor don *Martin de Ulloa* sobre el mismo asunto en el tomo primero de las memorias de la real academia de la historia; — sus *Memorias literarias de Paris*, impresas el año de 1751; — la traduccion de una comedia de *Lachaussée* intitulada *La razon contra la moda* (*le Préjugé à la mode*), y las de algunas óperas de *Metastasio* que corren impresas; — un poema jocoso que intituló *La Gatomio-maquia*, y en que satirizó el estilo de algunos predicadores famosos en aquel tiempo, pero nunca publicado; — sus traducciones de algunas odas de *Sapho* y de *Anacreonte*, y del idilio de *Mosco*, Hero y Leandro; sus dos canciones á la conquista y defensa de Oran, y aquella leida en la academia de las nobles artes, año de 1753; su Juicio de Páris, y otras poesías castellanas (canciones, sonetos, etc.), algunas de ellas publicadas en el tomo II y IV del Parnaso español [1]. En las poesías de Luzan, que por la mayor parte son imitaciones y rimas ocasionadas por las circunstancias «hay mas arte que númen,» como dice aun su hijo y biógrafo, y, segun *Quintana*, «sus versos como los de casi todos los preceptistas se recomiendan mas por el artificio, la gravedad y el decoro, que por el fuego, la imaginacion y la abundancia; pero, añade el mismo, comparados con los versos desatinados que á la sazon se componian, tienen por su invencion y disposicion, por su armonía y por su estilo, un mérito bien sobresaliente.» Asi es que Luzan, considerado por lo comun como el principal restaurador de la poesía castellana en mediados del siglo precedente, lo fué «mas bien con sus preceptos que con sus ejemplos.»

---

[1] Véase la lista completa de todas sus obras en las mencionadas *Memorias* de su vida, que se leen al frente de la última edicion de su Poética; de las cuales tambien nosotros nos hemos servido de guia para extender las presentes noticias.

# SATIRA

DE

## JORGE PITILLAS[1]

### CONTRA LOS MALOS ESCRITORES DE SU TIEMPO.

No mas, no mas callar, ya es imposible:
Allá voy, no me tengan, fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.
No censures mi intento, o Lelio amigo,
Pues sabes cuanto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.
Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.
Protesto que, pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de ogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.
Las piedras que mil dias ha que apaño
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,

---

[1] *Jorge Pitillas*, autor desconocido, segun *Quintana*, y cuyo verdadero nombre se dice haber sido el de *D. José Gerardo de Herbas.*

Por desgracia no se conserva de este ingenio fuerte, despejado y agudo mas que esta sola composicion publicada por primera vez en el tomo VI del *Diario de los literatos de España*, y reimpresa otras muchas despues, como parece en el tomo II del *Parnaso español*. Véase tambien la noticia crítica del editor en el índice de las poesías del mismo tomo, p. 21-25). Esta sátira que pertenece á la clase de literarias, es, segun *Martinez de la Rosa* (*Obras literarias*, tomo I°, p. 380 y siguientes), « muy superior á todas las (de la clase literaria) publicadas en época precedente; en todo su contexto reinan la viveza y facilidad, y abundan la sal y el donaire. »

Por vengar el comun y el propio daño.
Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.
He de seguir la senda de los raros:
Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios harto caros.
Y ya que otro no chista, ni se mueve,
Quiero yo ser satírico Quijote
Contra todo escritor follon y aleve.
Guerra declaro á todo monigote;
Y pues sobran justísimos pretextos,
Palo habrá de los pies hasta el cogote.
No me amedrentes, Lelio, con tus gestos,
Que ya he advertido, que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.
En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebata,
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.
¿ Quieres que aguante mas la turba ingrata
De tanto necio, idiota y presumido,
Que vende el plomo por preciosa plata?
¿ Siempre he de oir no mas? ¿ no permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido?
Tambien yo soy al uso literato,
Y sé decir *Rhomboides*, *Turbillones*,
Y blasfemar del viejo *Peripato*.
Bien sabes que imprimí unas conclusiones,
Y en famoso teatro argüí recio,
Fiando mi razon de mis pulmones.
Sabes con cuanto afan busco y aprecio
Un libro de impresion elzeviriana;
Y le compro, aunque ayune, á todo precio.
Tambien el árbol quise hacer de Diana;
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenia vaso, nitro y gana.
Voy á la Biblioteca: allí procuro

Pedir libros, que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguaje oscuro.
Apunto en el papel que pesa el plomo,
Que Dioscórides fué grande herbolario,
Segun refiere Wandenlarihk el Romo.
Y allego de noticias un armario,
Que pudieran muy bien segun su casta
Aumentar el *Mercurio literario.*
Hablo frances aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y á fermentar la castellana pasta.
Y aun por eso me *choca* la leyenda,
En que no *arriva* hallarse en *apanage*
*Bien entendido* que al discreto ofenda.
*Batir en ruina* es célebre *pasage*
Para adornar una española *pieza*;
Aunque Galvan no entienda tal potage.
¿ Qué es esto, Lelio? ¿ Mueves la cabeza?
¿ Que no me crees, dices? ¿ Que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza?
Tienes, Lelio, razon: de este idiotismo
Abomino el ridículo ejercicio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo.
La práctica de tanto error y vicio
Es empero (segun te la hé pintado)
De un moderno escritor sabido oficio.
Hácele la ignorancia mas osado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado.
Y si acaso otra pluma mas dichosa
En docto escrito deleitando instruye,
Se le exalta la bílis envidiosa.
Y en fornido volúmen, que construye,
Empuñando por pluma un varapalo,
Le acribilla, le abrasa, le destruye.
Ultrajes y dicterios son regalo
De que abundan tan torpes escrituras,
Siendo cada palabra un fuerte palo.

En todo lo demas camina á óscuras,
Y el asunto le olvida, ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.
Su ciencia solo estriba en lo que ofende;
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razon ni la busca, ni la entiende.
A veces se prescinde de estas luchas,
Y hace toda la costa el propio Marte,
En que hay plumas tambien que son muy duchas.
No menor ignorancia se reparte
En estas infelices producciones,
De que Dios nos defienda y nos aparte.
Fíjanse en las esquinas cartelones
Que al poste mas macizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.
Un título pomposo y halagüeño,
Impreso en un papel asafranado,
Da del libro magnífico diseño.
Atiza la gaceta por su lado;
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejo amarillo y jaspeado.
Caen en la tentacion los animales,
Y aun los que no lo son, porque desean
Ver á sus compatriotas racionales.
Pero ¡o dolor! mis ojos no lo vean;
Al leer del fróntis el renglon postrero
La esperanza y el gusto ya flaquean.
*Marin*, *Sanz* ó *Muñoz* son mal agüero,
Porque engendran sus necias oficinas
Todo libro incivil y chapucero.
Crecen á cada paso las mohinas
Viendo brotar por planas y renglones
Mil sandeces insulsas y mezquinas.
Toda dedicatoria es clausulones
Y voces de pie y medio que al Mecenas
Le dan, en vez de inciensos, coscorrones.
Todo prólogo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,

Y bachiller por Lugo ó por Atenas.
No menos arrogante é inmodesto
Pondera su proyecto abominable,
Y ofrece de otras obras dar un cesto.
Yo lo fio, copiante perdurable,
Que de agenos andrajos mal zurcidos
Formas un libro injerto en porra ó sable;
Y hurgando en albañales corrompidos
De una y otra asquerosa Poliantea,
Nos apestas el alma y los sentidos.
El estilo y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana,
Que leo enteras sin saber que lea.
No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse, y en las voces
*Derelinques* la frase castellana.
¿Porqué nos das tormentos tan atroces?
Habla, bribon, con menos retornelos,
A paso llano y sin vocales coces.
Habla como han hablado tus abuelos,
Sin hacer profesion de boquilobo,
Y en tono que te entienda Cienpozuelos.
Perdona, Lelio, el descortes arrobo:
Que en llegando á este punto no soy mio,
Y estoy con tales cosas hecho un bobo.
Déjame lamentar el desvarío
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la elocuencia el mayor rio.
Es general locura tan crecida,
Y casi todos hablan cual pudiera
Velloso Geta, ó rústico Numida.
¡Y á estos respeta el Tajo! ¡A estos venera
Manzanares y humilde los adora!
¡O ley del barbarismo agria y severa!
Preguntarásme acaso, Lelio, ahora
Cuáles son los implícitos escribas
Contra quienes mi pluma se acalora.
Yo te daré noticias positivas,

Cuando hable *nominatim* de estos payos,
Y les ponga el pellejo como cribas.
  Mas claro que cincuenta papagayos
Dirá sus nombres mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.
  ¿ La frente arrugas ? ¿ tuerces el hocico ?
¿ Al *nominatim* haces arrumacos ?
Oyeme dos palabras, te suplico.
  Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré que son putos, ni verracos.
  Solo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente,
Al mundo racional le es muy infesta.
  Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cocina
Merecen ser llevados prestamente.
  A que Dominga rústica y mohina
Haga de ellos capaces cucuruchos
A la pimienta y á la especia fina.
  De este modo han escrito otros mas duchos
Satíricos de grados y corona,
De que da la leyenda ejemplos muchos.
  En sus versos Lucilio no perdona
Al cónsul, al plebeyo, al caballero,
Y hace patente el vicio y la persona.
  Ni Lelio adusto, ni Escipion severo
Del poeta se ofenden, aunque maje
A Metelo y á Lupo en su mortero.
  Cualquiera sabe bien, aunque sea page,
Que Horacio con su pelo y con su lana
Satiriza el pazguato y el bardaje.
  Y entre otros á quien zurra la badana
Por defectos y causas diferentes,
Con Casio el escritor no anduvo rana.
  Pues montas, si furioso hinco los dientes
Al culto Alpino, aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes;

El que pintaba al Rhin los aladares
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo *Cañizares*.
Persio á todo un Neron tiró bocados,
Y sus concetos saca á la vergüenza
A ser escarnecidos y afrentados.
Juvenal su labor asi comienza,
Y á Codro el escritor nombra y censura,
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
No solo la Theseida le es muy dura,
A Télefo y á Oreste espiritado
Tambien á puros golpes los madura.
Con esto á sus autores hunde un lado
Si á Cluvieno le quiebra una costilla,
Y una pierna á Mathon el abogado.
Con libertad en fin pura y sencilla
Observa toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á cuantos lee la cartilla.
Y por si temes que me falte asilo
En ejemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en vilo.
Cervantes, el divino viagero,
El que se fué al Parnaso piano piano
A cerner escritores con su harnero,
Si el gran Mercurio no le va á la mano,
Echa á Lofraso de la nave al Ponto
Por escritor soez y chabacano.
De Arbolanches descubre el genio tonto,
Nombra á Pedrosa novelero infando,
Y en criticar á entrambos está pronto.
Sigue el pastor de Iberia, autor nefando,
Y el que escribió la pícara Justina,
Capellan lego del contrario bando.
Y si este libro tanto se acrimina,
¿Qué haria si al Alfonso áspero y duro
Le pillase esta Musa censorina?
Otros mas con intento casto y puro
Ata de su censura á la fiel rueda,

Y les hace el satírico conjuro,
Aunque implícitamente, y sin que pueda
Discernir por la bulla y mezcolanza
Cuál es Garcilanita ó Timoneda.
Bien la razon de su razon se alcanza,
Porque como él en versos placenteros
Intima en el discurso de su andanza;
*Cernícalos que son lagartigeros*
*No esperen de gozar las preeminencias*
*Que gozan gavilanes no pecheros.*
Cesen ya, Lelio, pues, tus displicencias,
Y, á vista de tan nobles ejemplares,
Ten los recelos por impertinencias,
Y excusemos de dares y tomares,
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me como tras ello los pulgares.
Conozco que el fingir me aflige y daña;
Y asi á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña.
No por eso mi genio liso y franco
Se empleará tan solo en la censura
Del escritor que cree cojo ó manco.
Con igual gusto, con igual lisura
Dará elogios humilde y respetoso
Al que goza en el mundo digna altura;
Que no soy tan mohino y escabroso,
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso.
Pero ¡o cuán corto que es el bando ilustre!
¡Cuán pocos los que el justo Jove ama,
Y en quien mi justa crítica se frustre!
Ya ves que impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos
Que escriben á la hambre, no á la fama.
Y asi no extrañes, no, que en mis extremos
Me muestre mas sañudo que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.
La vista de un mal libro me es terrible;

Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.
  Dias ha que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso,
  Si tú en tus cobardías siempre fijo
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.
  De aquí adelante pienso desquitarme,
Tengo de hablar y caiga el que cayere;
Y en vano es detenerme y predicarme.
  Y si acaso tú ú otro me dijere,
Que soy semipagano, y corta pala,
Y que este empeño mas persona quiere;
  Sabe, Lelio, que en esta cata y cala
La furia que me impele, y que me ciega,
Es la que el desempeño mas señala:
  Que aunque es mi Musa principiante y lega,
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
  La misma indignacion me hará hacer versos.

# POESIAS

DE

D. NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

## ROMANCES.

### I.

*Amor y honor.*

De la hermosa Belerifa
Era Benzayde el querido,
Moro discreto y galan,
Pocos años; mucho brio;
El que en las fiestas y zambras,
Dando de su amor indicios,
Bordó la verde marlota
Con cifras de su apellido.
Desembarazar la lanza
Nunca le vió el enemigo,
Sin que sacase del golpe
En el adarga portillo.
Gozábanse dulcemente
De la dama en el retiro,
Sin que tanta posesion
Originase fastidio.
Veinte lunas se pasaron
Sin dar alguno motivo
De recelo en la amistad,
De tibieza en el cariño.
Ya no se ven ni se buscan:

¿Qué causa puede haber sido
La que llegó á separar
Dos corazones tan finos?
La ingrata fortuna sola,
Que por costumbre ha tenido
A quien favorece amor
Mirar con ceños esquivos.
El rey le negó los premios
En la guerra merecidos,
Retirando á la alcazaba
Sus despojos y cautivos.
Triste llega á los umbrales
De su dama y afligido,
Sobre una encintada yegua
Con el bozal de oro fino.
Vióla salir al balcon,
Y con ademan sumiso,
Arrodillando la alfana
Inclinó el penacho altivo.
Humilde, con voz turbada,
Y suspirando la dijo:
Mi linda mora, los cielos
Guarden tus años floridos.
No ignoras que para amor
Ni me sirves ni te sirvo;
Aunque esten los corazones
Recíprocamente unidos.
Para llamarnos esposos,
( El honor asi lo quiso )
Nos debe allanar primero
Suerte feliz el camino:
Y es tan escasa la mia,
Como ya, mi bien, has visto,
Que nada alcanzan mi celo,
Mi valor, ni mis servicios.
Quédate en paz, y á los cielos
Por último don les pido,
Que antes de llegar á Loja

Logre hallar á Don Rodrigo,
Maestre de Calatrava,
Del rey Fernando caudillo;
Pues con su muerte ó la mia
Mis desgracias finalizo.
Si le venzo, volveré
De recompensa mas digno,
Y el rey no sabrá negarme
Las mercedes que le pido:
Y si me vence, la vida
Acaba que desestimo;
Pues no la quiero sin tí,
Desdichado y ofendido.
Belerifa le responde:
No temas, Benzayde mio,
Que mirando al interes
Ponga tu amor en olvido.
Antes saldré de Granada
Huyendo sola contigo,
A que nos den su favor
Los cristianos fronterizos.
Tomóla el moro la mano,
Alzándose en los estribos,
Y arremetiendo la alfana,
La lanza pedazos hizo.
A tu noble amor le toca
Despecho tan atrevido,
Y toca á mi pundonor
Esta accion, el moro dijo.
Y viéndola acongojada,
Con lágrimas y suspiros,
Escaramuzando triste
Siguió de Loja el camino.

## II.

### *Don Sancho en Zamora.*

Por la ribera del Duero
Tres ginetes cabalgaban,
Caballeros castellanos
De gran nombradía y fama.
Trotones llevan ligeros
Y ganosos de batalla,
De acero luciente armados
Desde la frente á las ancas.
El aire manso tremola
Pendoncillos de sus lanzas,
La de enmedio va en la cuja,
Los del lado la enristraban.
Martinetes y garzotas
En las penacheras altas
Coronan dorados yelmos,
Que al rayo del sol brillaban.
Sobre los quijotes penden
De los tiros las espadas,
Y al mover de los caballos
Iban sonando las armas.
Con escarces y bravura
Llegan batiendo la estrada:
Mirando van á Zamora,
A Zamora y sus murallas.
En ellas la plebe observa,
Los ricoshombres y damas
Que quedan, aunque contrarios,
De su apostura prendadas.
De todos son conocidos,
Cuando las viseras alzan,
Que ese noble rey Don Sancho
Es el que en el medio marcha;
Y los que van á sus lados,

Puestos á son de batalla,
Eran la flor de Castilla:
El de Vibar y el de Lara.
De pechos sobre una almena,
Mira y llora Doña Urraca,
Con un delgado alfareme
Está cubriendo la cara.
Por la muerte de su padre,
Que ya en el cielo descansa,
Leonado color se viste
Y negro mongil arrastra.
Sus escuderos y dueñas
Mesurados la acompañan:
Ellas traen ricas patenas,
Ellos flojas martingalas.
Y quitando el antifaz,
La voz un poco levanta,
Y á su hermano le decia,
Que se detiene á escucharla:
Rey Don Sancho, rey Don Sancho,
El ardido en las batallas,
Valiente contra una débil
Muger, sin culpa, y tu hermana:
¿Asi del rey nuestro padre
La disposicion se guarda?
¡Oh mal haya el caballero
Que al finado no le acata!
Sufren Elvira y García
Los rigores de tus armas,
Y allá en Toledo á los moros
Favor Alfonso demanda.
Cuando debiera Castilla
Libertar á toda España,
Con foso cercas mi muro,
Tu hueste mis campos tala.
Y Azarques y Sarracinos
En Segovia juegan cañas,
Y en Zocodover con cifras

Resplandecen sus adargas.
Y guarte, no llegue el dia
Que dándoles tú la causa,
Vengan á beber sus yeguas
Del Duraton y el Arlanza.
Ambicionando lo ageno
Que tu padre nos dejara,
Con los cristianos aceros
Viertes la sangre cristiana.
¡Oh! cuánto fuera mejor
Esas iras emplearlas,
Contra quien viera lo que es
Unido el poder de España!
Eso mismo quiero yo,
Responde Don Sancho, infanta.
Mi padre erró, juzgue el mundo.
Soy rey. Esto digo y basta.
Entonces ella quejosa
Prosiguió con voces altas:
¡Ah! soberbio castellano,
El de la amarilla banda,
El de grabado gorjal
Y rapacejos de plata,
El de la dorada espuela
Que yo le calcé, ¡cuitada!
¿Quién creyera que Tizona
Contra mí se desnudara,
Cuando cabezas de reyes
Pensé me diera por arras?
Esto espere del amor
La muger apasionada.
Bien sé lo que merecí,
Bien sé como se me paga.
Don Rodrigo de Vibar,
Con la color demudada,
Turbado la respondiera,
Formando mal las palabras:
Señora, sirvo á mi rey,

Tu afan me pesa en el alma;
Lo demas hizólo amor,
Contra amor ninguno basta.
Entre multitud plebeya
Bellido Dolfos estaba,
Hijo de Dolfo Bellido,
Muy artero de asechanzas.
Y dijo: á pesar del Cid,
No irá á sus tiendas mañana
El rey Don Sancho con vida,
Si mil vidas me costara.
Oyendo tales razones,
Con semblante y vista airada,
Arremetió su caballo
Don Diego Ordoñez de Lara.
Traidores sois, Zamoranos,
Dice en voz tremenda y alta,
Y os lo haré bueno en el campo,
Cuerpo á cuerpo y lanza á lanza.
Arias Gonzalo al oir
Que á su ciudad denostaban,
Caballeros, los del rey,
Gritó, no digais infamia;
Que hay hidalgos en Zamora
De nobleza tan preciada,
Que ni en virtud ni en valor
Otro alguno los iguala.
Y en cuanto al reto, mis hijos
Viven, y si honor los llama,
Caballeros de mi sangre
Estiman la vida en nada.
Esto dijo Arias Gonzalo:
Y con astucia villana
El traidor Bellido Dolfos
Le apartó de la muralla.

## III.

### *Abdelcadir y Galiana.*

Ya cabalga Abdelcadir,
Cuando Febo se escondia :
Noche en que acuerda el cristiano
El natal de su Mesías :
Y sin temor de rebatos
El fuerte moro se anima,
Contra las leyes de Marte,
A darle á Amor pruebas fijas.
Era el gallardo africano
El campeon de la morisma,
Alcaide en Guadalajara,
Y adalid de su milicia.
Galan danzando la zambra,
Diestro en cañas y sortija,
Y su esfuerzo era el asombro
De entrambas á dos Castillas.
Galiana de Toledo,
Muy hermosa á maravilla,
La mora mas celebrada
De toda la morería :
Boca de claveles rojos,
Alto pecho que palpita,
Frente ebúrnea, que adorno
Oro flamante de Tybar;
Esta, con sus ojos bellos
Y atractivos de su risa,
Tiene el corazon del moro
Y toda el alma cautiva.
Cada vez que á verla va,
Una vereda practica,
Que desde Guadalajara
Hasta su jardin le guia.
Nueve noches vive ausente,

Que las nieves le impedian;
Mas ya no puede sufrir
Zelos que su pecho agitan.
Ese famoso Bernardo,
Que del Carpio le apellidan,
Sobrino del rey Alfonso,
Jóven de grande valía,
A Leon viniera entonces
Triunfante de Francia altiva:
El emperador vencido,
Y arrolladas sus insignias.
Mató á Roldan encantado,
Cuerpo á cuerpo, en lid reñida,
Y la espada Balisarda
Sacó de su sangre tinta.
El rey cristiano su tio
Con embajada le envia
Al Toledano Abencir
Y á Galiana su hija.
Grandes presentes llevaba
De joyeles de alta estima,
Y un rico brocamanton,
Cosa que par no tenia.
El broquel de Durandarte
Con Belerma allí esculpida,
Y la almadana espantosa
Que á Urgel de la maza quita.
Con esto y cien estandartes
De las naciones vencidas,
Sale de Leon Bernardo,
Con muy gran caballería.
Abdelcadir arde en zelos,
Que de ello tuvo noticias,
Y teme que el leones
No le interrumpa su dicha.
Mandó sacar de sus anchas
Y hermosas caballerizas
Su yegua, la mas veloz

Que produjo Andalucía.
Es fama que la alazana
Del raudo céfiro es hija,
Y le vence en la carrera
Cuando al padre desafia.
Dos cristianos curan de ella
Y á recaudo la tenian,
Nuño Fernandez de Salas,
Fortun de Lara García.
Las crines y riendas de oro
Con la izquierda mano asidas,
Sin poner pie en el estribo,
Airoso el bárbaro brinca.
Lanza toma de dos hierros
Que acicalados lucian,
En sangre de sus contrarios
No pocas veces teñida.
Dos alas en el escudo
Pintó que al sol se encaminan,
Con una letra que dice,
Alas mi amor necesita.
El bonete á quien adorna
Tembladora argentería,
Con plumas gualdas y azules,
Al lado diestro derriba.
Debajo del alquifá
Jaco apretó y coracinas,
Que le diera Jayra, hermana
De Abenragel de Zorita.
Desde el hombro pende al lado
De aceradas cadenillas,
Presa con el almaizar,
Cimitarra damasquina.
Y en señal de estimacion,
Se puso la manga rica
Que le bordó Galiana,
De inestimable cuantía.
De perlas y de rubíes

Recamada y de amatistas
Que la aprecia el moro en mas
Que á Zeca y Meca y Medina.
Toma el oculto camino
Por la senda conocida,
De alazor y de carrizos,
De retamares y olivas.
¡Ah! Galiana cruel,
Iba diciendo con ira,
Plegue á Aláh que á tu lindeza
Tu inconstancia no compita.
Bella infanta de Toledo,
¿Porqué á un cristiano te inclinas,
Pagando á tu amartelado
Con rigores y falsías?
Mas ya cierra negra noche
De vendaval y ventisca:
Larga la apetece el moro,
Y oscura la necesita.
¡Ah, míseros amadores,
Que os da el peligro osadía,
Y la esperanza os convierte
Los afanes en delicias!
Ligero, mas que el Henares,
Caminaba por su orilla
En la vega deleitosa
Que sus aguas fertilizan.
Inclina el rostro de lejos
A Meco, la santa villa,
Que le acuerda la que tiene
Del profeta las cenizas.
Pasa en silencio el lugar
Donde el secreto peligra,
Que en sus lomas lo repite
Eco, la parlera ninfa.
Huyó la antigua Alcalá,
Torciendo un poco la via
Por la cuesta de Zulema,

Entre sus breñas erguidas,
Ya de Titulcia atraviesa
Los olivares y viñas,
Donde Jarama á Tajuña
Aguas y nombre le quita.
Vadeando pasa el rio,
Aunque soberbio venía,
Y en medio de sus toradas
Cruza galopando y silba.
Saluda del nuevo sol
La luz que se descubria,
Y durante su carrera
Mas vagaroso camina.
Deja á un lado los majuelos
Que enriquecerán á Esquivias,
Y á otro el inculto Aranjuez,
Hoy jardin de Falerina.
Ya llega á la alta Boroj,
Aire toledano espira,
Y á la yegua el fuerte moro
Mas la acosa y mas la pica.
Las llanuras atraviesa,
Parte á carrera tendida,
Suelta al aire el alquicel,
Da en el codon la mochila.
Jamas olímpico circo
Vió escapada tan lucida;
Si es quien le conduce amor,
Este sí que es buen auriga.
Siguiendo el dorado Tajo,
Entre copadas encinas,
A Moceyo dejó atras
Despues de la árida villa.
La noche su negro manto
Extiende callada y fria,
Y solo el viento se escucha
Que los árboles agita.
Llega en paz, amante moro,

Y el vano terror disipa.:
Que los hechos temerarios
A las mugeres obligan.
Ya está en Toledo, y oculto
Busca entre la sombra amiga,
De su princesa adorada
Los alcázares que habita.
Ella impaciente le aguarda:
Habla á solas y suspira,
Y maldice el temporal
Que asi dilata su dicha.
Por los dorados andenes
Vaga inquieta, y no se enfria:
Quien sabe lo que es amor,
Si esto es imposible diga.
Pomposo zaragucel
De blanco tuan vestia,
Hasta el morado chapin,
Con muchos pliegues y listas.
Labrada con gran primor
Lleva una marlota encima,
La mitad era turquí,
La otra mitad amarilla.
Un velo sobre el tocado,
Que un peine de nácar riza,
Colgando el sutil cendal
Con invencion nunca vista.
Verde liston ó diadema
Su frente hermosa ceñia,
Con záfiros y balages,
Y una media luna encima.
Rojos corales al cuello,
Fragante y sutil camisa,
Y un apretador azul
Con dos lazos que pendian:
Llegando el moro al umbral
Pequeño pito tañia;
Otro le responde adentro

Y el postigo facilitan.
Y atando la yegua al tronco
Que un ancho moral cubria,
Sube por un caracol
Con la esclava Geloira.
Cual fué de los dos amantes
El saludo y bienvenida,
Júzguelo, quien apartado
De sus amores suspira.
Solo la fama contó,
Que asi que llegó á su vista,
Quedó el moro satisfecho
De los zelos que traia.
Vanse á abrigado retrete
De persianas alcatifas,
Dorado guadamecí,
Cañamazos y ataujía.
Oculto perfumador
De mármol, ámbar espira,
Y el alto zaquizamí
Desde el suelo aromatiza.
Hay rico escaño de alerce
Y un blando almadraque encima:
Allí reposan, y en dulces
Miradas su gozo explican.
La esclava se retiró:
Y entre dos almas tan finas,
El amor, la soledad
Y la noche, ¿qué no harian?

## IV.

### *Consuelo de una ausencia.*

Ausentábase Alboraya
De los muros de Madrid:
La mora que mas hermosa
Plegó almaizar tunecí.
Blanca, rubia y colorada,

Con los ojos de zafir,
En la zambra muy maestra,
En el adufe y lilí.
A despedirla salió
El gallardo Abenozmin,
Un morillo que á la bella
La sacó fuera de sí.
En las cañas y sortija
El mas diestro y mas gentil,
El que de un golpe divide
La jarameña cerviz.
Servia á la mora el moro,
Y rendidos en la lid,
Enviaba á sus mazmorras
Los cristianos mil á mil.
Sobre un alazan cabalga
Hijo de Guadalquivir,
Y le fulmina al tocarle
El acicate sutil.
Lleva adornado el bonete
Con hebras de oro de Ofir,
Digo, con rubios cabellos
Que prendió su dama allí.
Las plumas y martinetes
Confunden colores mil,
Y al cielo estrellado imita
Rica marlota turquí.
El corvo alfange suspende
De el bordado tahalí,
Muchas veces vencedor
En el alcance y la lid.
Pintó en adarga de Fez
Un corazon de carmin,
Con un mote que decia:
Hasta el corazon te dí.
Preciosa cadena de oro,
Sobre el pecho, en un viril,
Cuelga el retrato adorado

Entre el diamante y rubí.
Tan bizarro salió el moro,
Que las damas de Madrid
Ni dejan los miradores,
Ni le cesan de aplaudir.
Él, viendo ya de las puertas
Su linda mora salir,
Escaramuzando en torno
La saludaba gentil.
Correspondióle agradable,
Diciéndole: Abenozmin,
Aláh sabe lo que siento
Esta jornada infeliz.
Si sabes corresponder
A lo que verás en mí,
De tu amor el premio puedes
A tu voluntad medir.
Para probar los amantes
(Prueba que nunca temí)
Es oportuna la ausencia;
Ausencia que tiene fin.
Si, como dices, me adoras,
No te debes afligir,
Pues conociéndome mas
Muestras la fé que hay en tí.
Humilde responde el moro:
Gallarda señora, asi
Permita el cielo que venza
En batalla al fiero Cid,
Como yo seré constante;
Aunque lluevan sobre mí
Mas desdichas, que al cristiano
Le causó nuestro Tarif.
Aláh te guie, pues sabes
Con ingenio tan sutil,
Esperando merecer,
Hacer la ausencia feliz.

## V.

### *Empresa de Micer Jaques, borgoñon. Dirigida al duque de Medina Sidonia.*

En la villa que Pisuerga
Con diáfanas ondas ciñe,
Por alcázares reales,
Entre huertas y jardines,
Gran palenque se dispone
De alta barandilla y firme,
Para la sangrienta liza
Que publican los clarines.
Oye, magnífico duque,
A ingenio estéril y humilde,
Las hazañas del linage
De que dichoso naciste.
Está la esparcida arena
Dispuesta á marciales lides:
El pueblo anhelante corre,
Anchos andamios oprime.
Alto solio se levanta
Para el gran rey que preside,
Con manto real que adornan
Esmeraldas y amatistes.
Y don Alvaro de Luna,
Gran condestable, le sigue,
Algo inferior: escarchados
De aljófar los borceguíes.
Y de rica orfebrería
Lleva un collar de oro insigne,
Que el rey de Aragon le diera
Estimado en mil florines.
En su magnífico estrado
De brocados y tapices,
Isabel de Portugal,
Reina de Castilla, asiste.
En dos trenzas alheñadas

La hermosa crencha divide,
Que en los hombros se recogen
Con dos lazadas turquíes.
Muy garrida, al lado suyo,
Color de púrpura viste,
Blanca, infanta de Navarra,
Muger del príncipe Enrique.
Ambas estan rodeadas
De las damas que las sirven,
De meninas y donceles,
Y dueñas con sus mongiles.
Salió la condestablesa
Con preciosos faldellines,
Y una aljuba á la morisca
De cuchilladas sutiles.
El príncipe, en rico escaño,
Entre Cerdas y Manriques,
Y don Beltran de la Cueva
Muy en años juveniles.
Al son de bastardas trompas,
De un pabellon que se erige
En un canton de la plaza,
Con damascos y ormesíes:
De todas armas armado,
Salió un guerrero terrible,
A quien de la frente al pie
Pavonado acero viste.
Era de bronce el escudo,
Y en frances la letra dice:
Que deja el alma cautiva
En los ojos de Amatilde.
A un corpulento frison
Los anchos lomos oprime,
Con paramentos de malla,
Y aun las riendas que le rigen.
Plumage azulado oscuro,
Que sacude si se engrie,
Y al fuerte batir del casco

Dirán que la tierra gime.
El mantenedor valiente,
Despues que el palenque mide,
Alta la visera, al rey
Con voz atrevida diçe:
Rey Don Juan, si mis hazañas
Llegaron á estos confines,
Sabrás quien soy, y si no,
Tú y tus vasallos oidme.
Jaques de Lalaing me llamo,
De antigua prosapia insigne:
Que soy noble y borgoñon,
De mi empresa se colige.
Soy general de las armas,
Y del senado sublime
De Borgoña, y camarlengo
De su gran duque Felipe.
En mil justas y torneos
Logré victoria difícil,
Y á tu corte generosa
Por el lauro último vine.
Concédeme, pues, que en ella
Rete, emplace y desafie
A todos tus caballeros
De los que mas se distinguen.
Esto, en público pregon,
Con trompeta se repite:
Sordo rumor se difunde,
Mucho furor se reprime.
Iba el rey á responder:
Mas por la calle que sigue
Desde el Ochavo á San Pablo
Resonaron ministriles;
Y entre el vulgo que le cerca
Un caballero distinguen,
Que ansioso de pelear
Llega al palenque, y le admiten.
La lanza, asi como entró,

Pasó de la cuja al ristre:
Banderilla verdegay
Tremolan los aires libres.
El generoso caballo
Despunto los tamarices
Del Tajo en la verde orilla
Entre céspedes y mimbres.
Los ojos son de esmeralda,
El color de blanco cisne,
La cola joyante seda,
Y hasta el estribo las crines.
Entró tan galan el jóven,
Que sin poder reprimirse,
Los unos le vitorean,
Y los otros le bendicen.
Va un pagecito delante
Cuyos años no son quince,
De azul, amarillo y plata,
Color del dueño á quien sirve.
Lleva embrazado el escudo,
Y el peso apenas resiste,
Con siete cercos al canto
De acero bruñido y firme.
Todos del aventurero
Alta esperanza conciben,
Y sospechan que secreta
Licencia allí le encamine.
Él poniéndose delante
De los reyes, hace humilde
Arrodillar al caballo,
Y que la cabeza incline.
Las doncellas de la reina
Se alzaron en pie á aplaudirle,
Pero una el rojo clavel
Trocó en blancos alhelíes.
Es fama que era la bella
De los Toledos, insignes
Condes de la casa de Alba,

Con mas encantos que Circe.
Amor descubrió un secreto
Que muchas riendo envidien,
En tanto que los padrinos
A entrambos el sol dividen.
Micer Jaques, borgoñon,
Gaillardo español, le dice,
Alegra vuestra presencia
De tal modo á quien os mire,
Que aun yo, con ser extrangero
Y enemigo que os compite,
Me prendo de ese valor;
Y si gustais de decirme
Quien sois, lo tendré á merced:
Pues sabiendo con quien lidie,
O vencido, ó vencedor,
Será mi suerte felice.
Noble frances, le responde
El español, tú me rindes
Antes con tu cortesía,
Que la dura lanza vibres.
Don Diego soy de Guzman,
De tan generosa estirpe,
Que no es mas ilustre aquella
Que en real dosel nos preside.
Micer que oyó que es Guzman,
Y los conoce, concibe
Gran recelo, el trance teme,
Cauto disimula, y dice:
Hermosísimo garzon,
Cuanto siento, no es creible,
El que exponiéndote asi,
Tan poco tu vida estimes.
Por conservarte á tu rey
Combatiré, y por servirte
Hasta la primera sangre;
Despues te dejaré libre.
Sentido Guzman, responde:

Todo tu esfuerzo apercibe
Hasta matarme ó morir,
Que asi en Castilla se riñe.
Y revolviendo las bridas
Hace al caballo que brinque,
Y con denuedo y braveza
Escaramuzando gire.
A media rienda galopa,
Le sosiega y le reprime:
Tomó gran parte del campo,
Y hace á Micer que le imite.
Don Juan de Guzman, de la alta
Medina Sidonia insigne
Primer duque, y de su casa
Escuderos y adalides,
Con los de su acostamiento,
La valla redonda ciñen,
Levando dobles corazas
Bajo ropas carmesíes.
Y en caso de rompimiento
Procuraron prevenirse:
Que un extrangero en España
Halla siempre quien le admire.
Mas ya el condestable avisa,
Y sonaron añafiles:
Los dos fuertes caballeros
Con ímpetu fiero embisten.
Temblaron ambos caballos,
Y ellos en la silla firmes:
Cerca don Diego á Micer
Y á lanzadas le persigue.
Pero viendo el borgoñon
Que en su caballo consiste
La desventaja, y Guzman
Tanto en el suyo confie,
Matársele pretendió:
Sacó la lanza del ristre,
Que arrojada, al noble bruto

Hijo del viento, dirige.
Pero al ver el castellano
Venir el golpe terrible,
Revuelve el veloz caballo
Con prontitud de una tigre.
Y aunque á su salvo pudiera
Alcancearle y herirle;
Como hidalgo se portó,
Como Guzman y Ramirez.
Jaques quitó del arzon
La partesana que esgrime,
Y don Diego, á cuchilladas
Trabándose, le recibe.
El frances de un solo golpe
Quiso que la accion termine:
Alza los brazos en alto,
Guzman que le aguarda finge;
Pero picando al caballo
Que dé en vacío consigue,
Micer al suelo cayó
Mal asido de las crines.
Ya está el español á pie:
Entrambos á voces piden
Hachetas de desarmar,
Y escuderos se las sirven.
Faltó la esperanza en todos
Cuando notaron que riñe,
Tierno un castellano Adonis
Con un borgoñon Alcides.
Al golpe que da parece
Que Marte la espada vibre,
Despida Belona el asta,
Y Jove el rayo fulmine.
Mas Guzman, ejercitando
Velocidad increible,
Entra y sale, y no hay encuentro
En que el frances no peligre.
El fiero batir confuso

De los aceros que esgrimen,
Hace al mas templado peto
Que se quebrante y se trice.
Asi anduvieron gran pieza;
Pero ¿quién sabrá aplaudirte,
¡ O Guzman ! en esta empresa,
Los hechos de armas que hiciste?
Avergonzado Lalaing
De que dura y no se rinde
El jóven, con ambos brazos
Y cuanta fuerza posible
Le fué, le descarga un golpe,
Que el eco sordo repite,
Haciéndole que un instante
Desatinado vacile;
Y en la despejada frente
Pequeña herida le imprime,
Con que el rostro matizó
Sangre del segundo Enrique.
Mas no la pisada sierpe
Allá en la bárbara sirte,
Ni leon que la saeta
Sintió en las anchas cervices,
Lanzando fuego los ojos
Y precipitado embiste
Por las puntas y los tiros
De fulminante salitre,
Como arremete el Guzman:
Da y hiere y tanto resisten
Las armas, que la segur
En pedazos se divide.
Tira el borgoñon la suya,
Nueva esperanza concibe,
Y entrambos los combatientes
Desiguales fuerzas miden.
La corpulenta estatura
Del de Lalaing se distingue,
Que sobre el campeon de España

La altiva cabeza engrie;
Pero si no hay en Castilla
Luchador que le compite,
¿De qué el cuerpo agigantado
Al mantenedor le sirve?
Los dos á brazo partido
Asiéndose con ardides,
El impulso de sus fuerzas
Hace que en círculo giren.
Saltan piezas de las armas,
Rompen las hebillas firmes,
Nube de polvo los cubre,
De sangre y sudor se tiñen.
Asi como dos montañas
De agua, que en el golfo triste
Noto y aquilon impelen,
Y hacen que se arremolinen,
Que gran tiempo combatiendo
Estremecen todo el linde:
Huyen al centro profundo
Tiburones y delfines,
Hasta que la menos fuerte
Llega al fin á sumergirse,
Y esotra los anchos mares
Corre, alborotando libre:
Asi combaten los dos;
Pero el de Castilla insigne,
Siente que el honor de España
En él entonces se cifre.
Y ardiendo en vergüenza noble
De heróico ardor se reviste:
Ase de nuevo al frances
Y en sus brazos le constriñe.
Y aferrándole la gola
Con ambas manos le oprime,
Haciendo que el fuerte pecho
Descoyuntado palpite.
Dentro del yelmo se escuchan

Roncos suspiros y tristes:
Cayó á tierra el gran coloso,
Dudando todos si aun vive.
Guzman, la rodilla al pecho,
Por si piedad no le pide,
Saca el brillante puñal,
Levanta el brazo invencible.
Pero Don Juan el Segundo
El cetro de oro que rije
Tiró airado, y diligentes
Los padrinos los dividen.
Buen rey, vuestra señoría
Perdone, el mancebo dice,
Que él es vano y afrentóme,
Yo soy Guzman, y vencíle.
El rey dió á Micer la ropa
Rozagante que se viste,
Y el vencedor medicinas,
Y un espléndido convite.
Sus deudos, al son marcial
De atabales y clarines,
Le acompañan y conducen
Al pie del trono sublime.
Turbado pregunta al rey,
Si habrá mas en que servirle;
Y él le respondió: Guzman,
Como quien eres cumpliste.

## QUINTILLAS.

### *Fiestas de toros en Madrid.*

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso,
Por ser el natal dichoso
De Alimenon de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zayda amante,

Las ordena celebrar,
Por si le puede ablandar
El corazon de diamante.

Pasó vencida á sus ruegos
Desde Aravaca á Madrid.
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas,
Mostraron los amadores,
Y en pendones y preseas,
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas:
Las mas apuestas doncellas
Que España entonces tenia.

Aja de Jetafe vino
Y Zahara la de Alcorcon,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El moraicel de Alcabon.

Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llegó á asombrar á Madrid,
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco, llegaron allí
Dos, cada cual mas hermosa,
Y Fátima la preciosa
Hija de Ali el Alcadí.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zayda ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafiles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros mas principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de viveros:

Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel dia,
Y en la fiesta que gozó,
La popular alegría
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril
Y á Tarfe tiró por tierra,
Y luego á Benalguacil,
Despues con Hamete cierra,
El temeron de Conil.

Traia un ancho liston
Con uno y otro matiz

Hecho un lazo por airon,
Sobre la inhiesta cerviz
Clavado con un arpon.

Todo galan pretendia
Ofrecerle vencedor
A la dama que servia;
Por eso perdió Almanzor
El potro que mas queria.

El alcaide, muy zambrero,
De Guadalajara, huyó
Mal herido al golpe fiero,
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.

Todos miran á Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar;
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparia,
Va á ponérsele delante:
La fiera le acometia,
Y sin que el rejon le plante
Le mató una yegua pia.

Otra monta acelerado:
Le embiste el toro de un vuelo.
Cogiéndole entablerado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pie que encontrara,
El circo desocupando;
Y emplazándose, se para,
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir:
La plebe grita indignada:
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguír.

Ninguno al riesgo se entrega,
Y está en medio el toro fijo;
Cuando un portero que llega
De la puerta de la vega,
Hincó la rodilla, y dijo:

Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear á un toro
Un caballero cristiano.

Mucho le pesò á Aliatar;
Pero Zayda dió respuesta
Diciendo que puede entrar;
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero.

Sonrosado alto color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube;
Cual mirarse tal vez deja

Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follages,
De una cristiana primores,
Por los visos y celages
En el yelmo los plumages
Vergel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,
Con recamado pendon,
Y una cifra á ver se alcanza
Que es de desesperacion
O á lo menos de venganza.

En el arzon de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galan,
El bruto mas generoso,
De mas gallardo ademan:
Cabos negros, y brioso,
Muy tostado, y alazan.

Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña erguida;
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
Que da Bétis con tal fruto
Pudo fingir el deseo,
Mas bella estampa de bruto,
Ni mas hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor,
Los ojos que le veian
Lleva prendados de amor:
Aláh te salve, decian,
Déte el Profeta favor.

Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela, ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se para,
Y de mas cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y asi le dice, y suspira:

Señora, sueños no son:
Asi los cielos vencidos
De mi ruego y afliccion,
Acerquen á mis oidos
Las campanas de Leon,

Como ese doncel que ufano
Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vibar,
El soberbio castellano.

Sin descubrirle quien es,
La Zayda desde una almena

Le habló una noche cortes:
Por donde se abrió despues
El cubo de la Almudena:

Y supo, que fugitivo
De la corte de Fernando,
El cristiano, apenas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.

Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías
Y todo en torno la cerca:
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.

La mora se puso en pie
Y sus doncellas detras:
El alcaide que lo ve,
Enfurecido ademas,
Muestra cuan zeloso esté.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara; y él
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate cruel:
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió,
Detras de la óreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada:
Segunda vez acomete,
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heróico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido:
El suelo huele y le moja
En ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atras:
Para que la fuerza sea
Mayor, y el ímpetu mas.

El que en esta ocasion viera
De Zayda el rostro alterado

Claramente conociera,
Cuanto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

Mas, ¡ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamas peñasco tremendo
Del Caucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo,

Ni llama, asi, fulminante,
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante
Al estrépito tronante
De sonora tempestad:

Como el bruto se abalanza
En terrible ligereza;
Mas rota, con gran pujanza,
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en tal instante se oyó
Fué tanta, que parecia
Que honda mina reventó,
O el monte y valle se hundia.

A caballo como estaba,
Rodrigo, el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En su lanza le clavó
Y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos,
Le alarga á Zayda, diciendo:
Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo;

Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid,
Que á mí me basta saber,
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.

Ella, el rostro placentero,
Dijo y turbada: Señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero.

Y besando el rico don,
Para agradar al doncel,
Le prende con aficion
Al lado del corazon,
Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se ve,
Y trémulo y amarillo,
Sobre un tremecen rosillo
Lozaneándose fué;

Y en ronca voz: Castellano,
Le dice, con mas decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra,
El valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.

Asi, dijo el de Vibar,
Respondo, y la lanza al ristre

Pone y espera á Aliatar;
Mas sin que nadie administre
Orden, tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos
Su muerte ó prision pedia;
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos,
Del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo como tardó
Se acerca, oyó el alboroto,
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
Por la puerta á su señor,
Y Zayda á le despedir,
Iban la fuerza á embestir:
Tal era ya su furor.

El alcaide, recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando,
Y por el parque florido
Salió con él razonando.

Y es fama, que á la bajada,
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

## CANCION.

### *A Pedro Romero, torero insigne.*

Cítara áurea de Apolo á quien los Dioses
Hicieron compañera
De los regios banquetes, y ¡ oh sagrada
Musa! que el bosque de Helicon venera,
No es tiempo que reposes:
Alza el divino canto y la acordada
Voz hasta el cielo osada,
Con eco que supere resonante
Al estruendo confuso y vocería,
Popular alegría,
Y aplauso cortesano triunfante
Que se escucha distante
En el sangriento coso matritense,
En cuya arena intrépido se planta
El vencedor circense,
Lleno de glorias que la fama canta.

Otras quiere adquirir, y asi de espanto
Y de placer se llena
La villa que domina entrambos mundos.
Corre el vulgo anhelante, rumor suena,
Y se corona en tanto
De bizarros galanes sin segundos
Y atletas furibundos
El ancho anfiteatro. Allí se asoma
Todo el reino de Amor, y la hermosura
Que á Vénus desfigura,
Y no hay humano pecho que no doma,
( Baldon de Grecia y Roma )
Y en opulencia y aparato hesperio
Muestra Madrid cuanto tesoro encierra
Corte de tanto imperio,
Del mayor soberano de la tierra.

Pasea la gran plaza el animoso
Mancebo, que la vista
Lleva de todos su altivez mostrando,
Ni hay corazon que esquivo le resista.
Sereno el rostro hermoso,
Desprecia el riesgo que le está esperando:
Se va apenas ornando
El bozo el labio superior, y el brio
Muestra y valor en años juveniles
Del iracundo Aquíles.
Va ufano al espantoso desafío:
¡Con cuanto señorío!
¡Qué ademan varonil, qué gentileza!
Pides la venia, hispano atleta, y sales
En medio con braveza,
Que llaman ya las trompas y timbales.

No se miró Jason tan fieramente
En Colcos embestido
Por los toros de Marte, ardiendo en llama,
Como precipitado y encendido
Sale el bruto valiente,
Que en las márgenes corvas de Jarama
Rumió la seca grama.
Tú le esperas, á un númen semejante;
Solo con débil, aparente escudo
Que dar mas temor pudo.
El pie siniestro y mano estan delante;
Ofrécesle arrogante
Tu corazon que hiera, el diestro brazo
Tirado atras con alta gallardía;
Deslumbra hasta el recazo
La espada, que Mavorte envidiaria.

Horror pálido cubre los semblantes,
En trasudor bañados,
Del atónito vulgo silencioso.
Das á las tiernas damas mil cuidados,

Y envidia á sus amantes.
Todo el concurso atiende pavoroso
El fin de este dudoso
Trance. La fiera que llamó el silbido
A tí corre veloz, ardiendo en ira,
Y amenazando mira
El rojo velo al viento suspendido.
Da tremendo bramido,
Como el toro de Fálaris ardiente;
Hácese atras, resopla, cabecea,
Eriza la ancha frente,
La tierra escarba y larga cola ondea.

Tu anciano padre, el gladiator íbero
Que á Grecia España opone,
Con el silvestre olivo coronado:
Por quien la áspera Ronda ya se pone
Sobre Elis y el ligero
Asopo el raudo curso ha refrenado,
Cediendo al despeñado
Guadalentin: tu padre que el famoso
Nombre y valor en tí ve renovarse;
No puede serenarse,
Hasta que mira al golpe poderoso,
El bruto impetuoso
Muerto á tus pies, sin movimiento y frio,
Con temeraria y asombrosa hazaña,
Que por nativo brio
Solamente no es bárbara en España.

¿Quién dirá el grito y el aplauso inmenso
Que tu accion vocifera?
Si el precio de tus méritos pregona
La envidia, con adorno á la extrangera,
Que dice: en el extenso
Mundo, ¿cuál rey, que ciña la corona
Entre hijos de Belona,
Podrá mandar á sus vasallos fieros,

(Como el dueño feliz de las Españas)
Hacer tales hazañas?
¿Cuál vencerán a indómitos guerreros
En lances verdaderos,
Si estos sus juegos son y su alegría?
¡Oh! no conozca España que varones
Tan invencibles cria.
Rogádselo á los cielos, ¡oh naciones!

Y tú, por quien Vandalia nombre toma
Cual la aquiva Corinto,
(Ni tal vió el circo máximo de Roma)
Si algo ofrece á mi verso el Dios de Cinto,
Tu gloria llevaré del occidente
A la aurora, pulsando el plectro de oro;
La patria eternamente
Te dará aplauso, y de Aganipe el coro.

## ODA.

### *El sueño.*

Hay una gruta
En la olorosa
Alcarria umbrosa,
Entre zarzales
Y peñascales
De humilde arroyo,
Que en sus honduras
Suena aguas puras,
Y coge el Arlas
Para llevarlas
Al rico Tajo,
Que está allá abajo.
La gruta enfrian
Los cefirillos,
Que entre tomillos
Vagan soplando.
Muy trasparente,
Cuasi á la entrada,
De agua filtrada,
(La cual resuda
La peña ruda)
Poza ha formado
El destilado
Humor deshecho,
Que desde el techo,
Cayendo grato
De rato en rato,
Forma sonido
Blando al oido,
Y hace pompillas
En las orillas.

A guarecerme
De ardiente siesta
Niño y cobarde
Llegué una tarde,
De angustia lleno
Y acalorado.
Llevé en el seno
Diversas flores
Que dan olores,
Y recostado
Con pueril ceño,
Sũave sueño
Me dejó en calma
La débil alma:
Las florecitas
De las manitas
Se me cayeron.

Luego vinieron,
Trayendo corvas
Largas tïorbas,
Las nueve hermanas
Niñas lozanas,
Muy amorosas.
Rojos claveles,
Lirios y rosas
Forman caireles
Al pelo de oro,
Que con decoro
Esconde á trechos
Los albos pechos
Como la nieve.
Arrullo leve
De la que alterna
Tórtola tierna
Oigo, y suspiro;
Y en sueños miro
Que las doncellas
De flores bellas
Me dan corona,
Y de Helicona
Y aonia fuente
Bañan mi frente.
Erato hermosa,
Que á Vénus canta
Con gracia tanta,
La dulce boca
Une á la mia,
Y allí imprimia
Ardiente beso,
Con muy travieso
Abrazo junto.

Desde aquel punto
Quedé inflamado
Y enamorado
Sũavemente.
Iras y horrores
Del fiero Marte
Vayan á parte;
Solo la risa
De mi Dorisa,
Y el cerco ondoso
De oro precioso
Que orna su frente,
Y la hermosura
Celeste y pura,
Que absorto admira
El universo,
Canta mi verso,
Suena mi lira.

## SONETO.

### *Amor constante.*

Dos veces ví la hermosa primavera,
De rosas y jazmines coronada,
Que le hicieron cantando á la alborada
Mil avecillas, salva placentera:

Dos veces ví las mieses en la era,
Y al padre otoño la cabeza ornada
De pámpanos alegres, y la helada
Bruma dos veces empañó la esfera:

Despues, Dorisa, que tus ojos bellos
Dieron al triste corazon cuidado
Y redes me tejieron tus cabellos.

El tiempo alterna, y vuela, y se ha mudado;
No tus rigores, que amedrenta el vellos...
Y yo ni estoy feliz, ni escarmentado.

## EPIGRAMA.

### *Saber sin estudiar.*

Admiróse un portugues
De ver que en su tierna infancia
Todos los niños en Francia
Supiesen hablar frances:

Arte diabólica es,
Dijo, torciendo el mostacho;
Que para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal,
Llega á viejo, y lo habla mal;
Y aquí lo parla un muchacho.

## CANTO ÉPICO.

### *Las naves de Cortès destruidas.*

Canto el valor del capitan hispano
Que echó á fondo la armada y galeones,
Poniendo en trance, sin auxilio humano,
De vencer ó morir á sus legiones:
El que holló el ancho imperio mejicano
A pesar de tan bárbaras naciones:
Empresa digna de su aliento solo,
Si en verso cabe, y si me inspira Apolo.

Y tú, sacra Piéride, si alguna
Hay en Parnaso por feliz destino,
Que á engrandecer la hispánica fortuna
El hado dichosísimo previno:
Mi pecho enciende en llama cual ninguna,
Vierte en mi labio cántico divino,
Que está esperando la impaciente España
Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.

Díctame, Musa, cómo ya arrollado
El mejicano golfo turbulento,
En mil combates vencedor del hado,
Coyunda impenso al bárbaro sangriento;
Y como á Vera-Cruz el nombre ha dado,
Edificada en sólido cimiento;
Freno á las gentes fieras y remotas,
Escala y puerto á las indianas flotas.

Aquí ostentaba su milicia un dia
Con pompa y gala, y en vistoso alarde;
Asombra la feroz caballería;
Tal es el fuego que en los brutos arde.
La robusta española infantería
Aliento infunde al pecho mas cobarde:

Tocan clarines, y las cajas suenan,
Mares y playas y montañas truenan.

Muéstrase altivo el ínclito guerrero,
Sandoval digo, en un caballo armado,
Monte parece de bruñido acero,
Apenas por su dueño sujetado
Ancho pavés sin cifra ni letrero,
Y el peñasco de Amaya relevado,
Solar de su linage; y por decoro
La banda negra sobre campo de oro.

Con un sayo galan de fino paño,
Con gorbion de encarnado y amarillo,
En un revuelto pisador castaño
Monta Pedro Gonzalez de Trujillo;
Y Dávila, soberbio en genio extraño,
Fatiga los hijares á un tordillo,
Llevando en el escudo sin cuarteles
Por antiguo blason trece roeles.

De pecho firme y ancha de cadera,
Con lazos jaldes, y con borlas blancas,
Muy briosa de juego y de carrera,
Sin temor de arrecifes ni barrancas:
De bordada melania la pechera,
Y bélicas cubiertas de las ancas,
Rige una yegua Pedro de Alvarado,
Que á tierra no pasó mejor soldado.

Tirada atras la roja sobreveste,
Descubre el peto y espaldar bruñido,
Vuelan las plumas de color celeste
Sobre el almete de oro guarnecido:
Y indicando cuan poco le moleste,
Roto el arco y las flechas de Cupido,
Era su empresa: en potros jerezanos
Le siguen y respetan sus hermanos.

Ordaz con fuertes armas pavonadas,
Fiero en palabras, rígido en semblante,
Monta un peceño, y lleva recamadas
De azul y negro las baldetas de ante:
Ni las mudas edades ya pasadas,
Ni el alto olvido harán que yo no cante,
¡O insigne Lariz! tu valor, que vuela
Desde Panuco al cabo de la Vela.

Ni serás en mis versos olvidado,
Célebre Alfonso, honor de los Mendozas,
Que un corcel cabos negros y melado
Gobiernas, y corriendo te alborozas:
El escudo en triángulos cortado
Muestra las rojas bandas de que gozas,
Y por orla y riquísimo tesoro
El Ave de Gabriel quitada al moro.

Y Juan Velazquez de Leon movia
Un valiente caballo, y con la espuela
Le aflige, y con el freno le oprimia,
Sonándole la espada en la escarcela,
Yelmo con tembladora argentería,
En cuerpo y en el ristre la arandela:
En él encuentra la razon abrigo,
Deudo Velazquez, y Cortés amigo.

Un leon rojo por blason ponia
En sus cuarteles con dorados marcos,
Jactándose con él que descendia
De los leones de la casa de Arcos:
Una soberbia alfana, cuya cria
Vió el mar nacer en los veleros barcos,
Sedeño el rico á paso lento lleva,
Y un negro asido á la nielada greva.

Y tú, Morla, tambien en blanco armado
Vas escaramuzando largo trecho,

Sobre un fuerte bridon azabachado,
De moscas blancas salpicado el pecho:
Pacheco un bayo arremetiendo alado,
Muestra, corriendo al general derecho,
Ancha faja de azules cuñas llena,
Blasón de los señores de Villena.

Ya desfilaba con mover airoso
Saucedo, tierno jóven rubicundo,
Que él cual otro no fuera mas hermoso,
Ni pasó tan gallardo al Nuevo-Mundo:
El mirar de un Adonis amoroso;
Y, uniendo á lo galán lo furibundo,
Va con escarces, vueltas y reveses
Sobre un potro alazan de treinta meses.

Una casaca verde acuchillada
De trasflor y sutiles caniquíes,
Mostrando rica tela nacarada
Con broches y alamares de rubíes:
Cadena de labor muy extremada,
Y mangas de almaizares tunecíes,
Vergel de muchas y diversas flores,
Y el lazo del codon de mil colores.

En un rucio rodado muy brioso
Sale Escobar con malla y finos antes:
Y en caballo negro poderoso
Villarroël con ojos centellantes.
Celebrará mi verso numeroso
Sus hechos, y las armas radiantes
Con que ¡o diestro Dominguez! tú reluces,
Domador de caballos andaluces.

Admira tan lucida cabalgada,
Y espectáculo tal doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina,

De la injuria del clima reservada,
Y del color del alba matutina,
Muestra que herir bien puede el pecho humano
Cupido con arpon americano.

Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo:
Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarlo pudo:
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en airoso nudo,
Reina parece de la indiana zona,
Varonil y hermosísima amázona.

Ella atónita mira, y asombrada
De tanta pompa y tanta gallardía;
Y ansiosa no queriendo dudar nada,
Informarse de todo pretendia:
El paso adelantó determinada
Hácia el casto Aguilar que allí venia,
Primero haciendo en muestras de obediencia
A Cortés su señor la reverencia;

Y inquieta dice: « ¡ o noble compañero!
A mí por tus desgracias semejante,
Cuéntame de este ejército guerrero
Quién son aquellos que se ven delante:
Que aun no á todos conozco, y yo no quiero
Ignorar ni su nombre ni semblante:
Dí, acaba: » y Aguilar se sonreia
De ella, y con la alta permision decia:

Aquel membrudo de mirar sangriento,
Que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de Leon, que violento
Vive en quietud, y asi á la guerra viene:
Mírale cuan robusto y corpulento,
Como cruje la lanza y la sostiene

Con la ancha cota de dobleces once,
Y el escudo con láminas de bronce.

Nájera es aquel rubio riojano,
Diestro en la esgrima : aquel otro García;
Y el que sigue el intrépido Lezcano,
Y Juanes por quien Turia se gloría,
Y Ortiz, cuya vihuela con su mano
Tanto arrebata en célica harmonía,
Que estar mas que la Tracia mereciera
Con diez luceros en la octava esfera.

Ese determinado madrileño
Es un noble Ramirez de los Vargas,
Que mil veces al moro en duro empeño
Partió con los turbantes las adargas :
Mira en la suya el muro malagueño,
Y el puente roto, y en hileras largas
A cañonazos multitud de infieles
Muertos entre marlotas y alquiceles.

Soto el de Toro, Olea el de Medina
Son aquellos que ves : aquel Portillo;
Pizarro, á quien del rumbo descamina
De sus primos nuestro ínclito caudillo :
Juan es aquel de la coraza fina,
Que el Tórmes entre juncias y tomillo
Le arrulló en la aula de las ciencias sola
La celebrada Atenas española.

Mira aquel batallon de infantería
Del aguerrido Heredia gobernado,
Que el frances en Italia le temia,
Cuando el Gran Capitan le vió á su lado :
Farfan es aquel alto que blandia
La pica, y de su patria amartelado,
Le va siempre acordando en sombra vana
De la dulce Sevilla y de Triana.

Aquel de la loriga, y ambos lados
Con pistoletes llenos de osadía,
Es Mesa el montañes, que sin cuidados
Él maneja un cañon de artillería:
Usagre y Catalan van á sus lados,
Porque son de la misma compañía,
Y diestros artilleros los pregona
La invencible nacion de Barcelona.

Aquellos de escaupiles acolchados
Siguen al alcarreño Jaramillo;
Mas le siguen tus ojos inflamados,
Si ¡o Cacica! permítesme el decillo:
Aquel que allí escuadrona los soldados
Es el fiel Bernal Diaz del Castillo,
Que sirve en esta célebre jornada
Cual César, con la pluma y con la espada.

Prosiguiera Aguilar; pero venia
Batiendo el acicate de ambos lados
Mercado en una remendada pia,
El mas niño de todos los soldados:
Por su doncel al general servia,
Apartaba los indios apiñados,
Diciendo plaza á infinidad de gente,
Plaza, que pasa el general al frente.

Hácenle salva, y alta vocería
Se levanta á los cielos, resonando
Gentil descarga de arcabucería,
Que hasta Méjico el eco fué bramando:
Atruena la espantosa artillería
Por las concavidades retumbando:
Corral, Volante con Rangel ligeras
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés... ¡ Divina Clio,
Tu alto influjo mi espíritu levante!

¿ Quién jamas tuvo objeto como el mio,
Ni tan glorioso capitan triunfante?
¡ Con qué aspecto real y señorío
Se le muestra á su ejército delante!
¡ O qué valor que ostenta y qué nobleza!
¡ O cuánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría
Listadas de oro puro centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería,
Hebillas y chatones de diamantes,
Gorjal grabado, en cuyo canto habia
De perlas y crisólitos pinjantes,
Pegando como el sol, á quien parece
El arnés con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente
Con plumages y airon empenachada,
Que el céfiro halagaba mansamente:
El brazal y esquinela burilada
Rayos saca de luz como el oriente:
Músicas forman, guarnecidas de oro
Templadas piezas, al crujir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio airosamente, y con lazadas
De plata y seda atado en una sola,
Que vuelve las vislumbres duplicadas:
Roja banda afollada en la pistola
Con muchos rapacejos, y enredadas
Puntas al cinturon, y allí pendiente
De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,
Con labores en torno rutilante,
Que mas reverberando que el lucero,
Parece de un limpísimo diamante:

Esculpió en medio por blason guerrero
Entre las uñas de un leon rapante
Un mundo encadenado, y quebrantadas
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza estriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida
Que bordó con primor sutil aguja:
Y al encuentro y veloz arremetida
Hace corriendo que al impulso cruja
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazan tostado, corpulento,
De ardiente vista, y con feroz ultrage
Bate el suelo, mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipage:
De ormesí recamado el paramento,
De seda y oro y borlas el rendage,
De bronces entallados la estribera,
Záfiros y balages la testera.

El soberbio animal la clin extiende,
Como quien sabe el dueño que pasea,
Con agudo relincho el aire enciende,
Y indómito y ufano se pompea:
En cuanto ¡o Betis! tu raudal comprende,
Que con verdes olivas se hermosea,
Tal monstruo no abortó naturaleza,
Ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

Cortés recorre asi los escuadrones
Con vivos ojos, plácido semblante,
Siendo por ademan y por acciones
A cosa mas que humana semejante:
Y afable dice: ¡ O fuertes campeones!
¿ Cuál órgano mortal será bastante

A cantar tanta hazaña celebrada,
Que debo yo al valor de vuestra espada?

Hércules nuevos, de portentos fieros
Habeis triunfado con asombro mio.
No ignore España, ilustres compañeros,
Cuanto la ensalza vuestro heróico brio:
¿Quién serán los audaces mensageros,
Que el mar salado por el norte frio
Corten al sesgo con tajante quilla
A llevar tales nuevas á Castilla:

Y al rey don Cárlos, al monarca hispano
Refieran esta accion tan señalada,
Y como tiene ya por vuestra mano
Su España en tierra y nombre duplicada?
Decid primero, como el monstruo insano
De la envidia en Velazquez halló entrada,
Y estorbar quiere heróicos pensamientos
A pesar de enemigos elementos:

Y que triunfando de él y de las olas,
Y vencedores del terrible infierno,
Vió Cozumel las naves españolas,
Y el simulacro con escarnio eterno:
Y en el rio tambien de Banderolas,
A Grijalva siguiendo su gobierno,
Tomamos puerto en la obstinada tierra,
Que el paso defendió con cruda guerra.

¿Y quién ha de callar la memorable
Batalla de Tabasco y gran conquista?
El poder de los indios formidable,
La arrogancia increible por no vista?
¿Y cómo el tren de gente innumerable
A los campeones que la cruz alista
Humilló al fin la indómita cabeza,
Y el bárbaro teson de su braveza?

Contad los arcos y las armas fieras,
Los escudos con fuegos abrasados,
Y que besan naciones tan guerreras
Los pies del Rey Católico sagrados:
Los cempoales de largas cabelleras,
Los de las sierras con el dardo osados,
De Cinpacingo y Quiabislan, que ataques
Sufren con los robustos totonaques.

Decid, en fin, que al fuerte y poderoso
Emperador de ocaso Motezuma,
A quien su inmensa Méjico en precioso
Bálsamo adora, y entre aroma y pluma,
Marchamos á vedar el horroroso
Holocausto en que al ídolo perfuma
Con víctimas humanas y anhelantes
Corazones y entrañas palpitantes.

Dijo: y á todos tímido recelo
Mas que la guerra la respuesta ataja;
Pues saben que Velazquez con desvelo
Por vengarse solícito trabaja:
Y al mar cubriendo su cerúleo velo,
Desde Cuba al Darien de naves cuaja,
Cerrando altivo con velera popa
Las sendas de la América á la Europa.

Sobre un potro de Córdoba ligero,
Lleno de carmesí plumagería,
Con flecos en el verde mosquitero
Montejo estaba audaz con ufanía:
Y volviendo al galan Portocarrero,
Que en un rucio rodado le seguia,
De coracina y fuerte lanza armado,
Carpetas y gualdrapas de brocado:

Jóven, le dijo, si dejar la guerra
Pareciere vileza y cobardía,

No ya por las delicias de mi tierra
Esta abandono en tan urgente dia:
Tantos peligros que ese golfo encierra,
Y constante desprecia mi osadía,
Serán respuesta al que decir intente,
Que de este suelo tímido me ausente.

Yo solo por los mares procelosos,
Rompiendo de Velazquez las armadas,
Vararé con mis buques presurosos
De España en las riberas apartadas:
Mas si tú con alientos generosos
Seguirme quieres, y las alteradas
Ondas surcamos en nadante pino,
La fama nos dará blason divino.

Estremecióse el generoso mozo
Con ansia de la gloria concebida,
El rostro enciende, donde el blando bozo
Muestra la tierna juventud florida:
Y dice: La nobleza de que gozo
Sabes bien: ves mi empresa conocida,
Con escaques azules jaquelada
Y las quince banderas de Granada.

Si sabes del de Palma las acciones,
¿Cómo presumes que el seguirte deje
En las dificultosas ocasiones?
Contigo muera y no de tí me aleje.
Dijo, y se derribó de los arzones:
Montejo sin saber qué le aconseje,
Le abraza afable, los caballos dieron
A sus amigos, y á Cortés se fueron.

Los principales cerca de él estaban
En gruesas y altas lanzas apoyados:
Unos en los mosquetes descansaban,
Y otros en los escudos muy pesados:

Del mensage difícil razonaban,
Cuando ofrecen los dos determinados
Llevarle al rey, volviendo desde España
Con nueva gente á hallarse en la campaña.

Entonces de contento alborozado
Torres el veterano exclama: ¡ oh cielo!
Y ¡ oh deidad! que en tu auxilio se ha fiado
Mi patria con solícito desvelo.
No está el brio español tan apagado,
Ni aun en tal clima y tan distante suelo,
Cuando aun se admira entre enemigas gentes
Tal esfuerzo de jóvenes valientes.

Asi diciendo el venerable anciano
Con lágrimas ternísimas lloraba:
Muestra el cabello bajo el yelmo cano,
Y sollozando apenas pronunciaba:
Con la antes fuerte y ya trémula mano
Ciñe sus cuellos y sus rostros lava,
Palpándoles con amorosas muestras
Los fuertes pechos, y robustas diestras:

Y ¡ o mancebos fortísimos! decia,
Id á la dulce España, á quien no espero
Ver ya jamas, que al templo de María
Mi última edad sacrificarla quiero:
Y al punto del alto hombro desprendia
El rico tahalí, que en trance fiero
Él quitó cuerpo á cuerpo en ancha plaza
A Malique Alabez, ganando á Baza.

Este que en perlas y esmeraldas orna
Le da al mas jóven con luciente espada
Mallorquina: á Montejo luego torna,
Y al morrion quitó fuerte lazada:
Con él la frente en otro tiempo adorna,
Le dice, Boabdelí, rey de Granada,

Que el alcaide prendió de los Donceles,
Terror de los Zegríes y Gomeles.

Abrázanlos esotros capitanes
Y los despiden amorosamente,
Y con el fruto traen de sus afanes
De Motezuma el bárbaro presente:
Cortés con amistosos ademanes
Les fia su justicia, y reverente
Al caro padre y tierna madre envia
Dones, que ya por muerto le tenia.

Ya parten los dos ínclitos guerreros
Con ansia de la fama presurosos:
Ya les dan los amados compañeros
Mil dones de la América preciosos:
Adornados de bandas y plumeros
Tremolaban galanes y animosos
De oro en bilbilitanos capacetes
Garzotas entre blancos martinetes.

Todos los acompañan al navío,
Desde cuya alta popa ya tomando
Está Anton de Alaminos señorío
Del mar, que cede á su timon y mando:
Al canal de Bahama y su bajío
Está la vista y proa enderezando,
Por donde nunca se atrevió ninguno
A romper los estanques de Neptuno.

Cuando el rabioso espíritu, que enciende
La discordia y rencor en los mortales,
Oponerse al designio audaz pretende
Desde los calabozos infernales;
El centro infiel del báratro se hiende,
Pues ya se ven patentes las señales,
Que larga edad se estan allí temiendo
Con el recelo al Orco estremeciendo.

En el abismo antigua fama habia
Que la gente española vencedora
Al católico yugo humillaria
Las gentes del ocaso y de la aurora:
El príncipe infernal, que ya veia
Cumplirse los pronósticos ahora,
Concilio horrendo de la negra gente
Llama, y habló con cólera impaciente:

¿Con qué no solo habeis de ser vencidos
Del alto arcángel que brilló en luz pura,
Sino de hombres infames abatidos,
Sino ¡qué horror! de humana criatura?
¡O espíritus eternos, que atrevidos
Fuisteis al Hacedor! ¿temeis su hechura?
¿Sufrireis con ultraje y vituperio
Que un hombre emprenda el fin de vuestro imperio?

¡Mas ay! que ese mancebo el mismo dia
Que nacer vimos al sajon Lutero,
Le vió España nacer con ansia mia,
Pues pierdo en él cuanto en esotro adquiero:
Visteis con cuan escasa compañía
Mísero, fugitivo y comunero
Le llevó el mar á incógnitas regiones,
Que no vieron Colon ni los Pinzones.

Ya allí los sacrificios no consiente,
En que yo contra el hombre vengativo
Víctima le hago á un tiempo y delincuente,
De vida eterna y temporal le privo:
Y ya templo consagra reverente
A esa Madre del Hijo de Dios vivo,
A esa muger, que lo es aunque divina,
Y á quien mi frente á mi pesar se inclina.

En ella estriba todo el gran denuedo
De la española intrépida osadía:

Ella al indio cruel dió espanto y miedo :
Porque sin ella España ¿ qué seria ?
Ya miro que la fé de Recaredo
Alumbró los antípodas del dia,
Y el sacerdote, asombro allí no visto,
Baja á sus manos con su voz á Cristo.

Con pacíficos ramos en hilera
Los soldados cantaron el Hosanna
Con tal seguridad, cual si allí fuera
La basílica insigne toledana:
Y présaga la mente verdadera
Ya ve que la soberbia castellana
Va por su rey y religion triunfante
A hacer portentos, que al infierno espante.

¡ Ay, que ya me parece que mirando
Estoy encadenado á Motezuma
Por ese hombre feroz, digno del bando
Que resistió la omnipotencia suma!
Mil naciones humildes tributando
Adoracion con oro, aroma y pluma :
¡ Tremendo Dios ! ¡ Tanto favor á sola
La soberbia fierísima española !

Mas no nos acobarde el grande intento,
Espíritus rebeldes, que mayores
Fueron los nuestros, cuando al alto asiento
Del mismo Dios clamamos con furores :
La grande empresa excite nuestro aliento,
De ellos mismos nos valgan los rencores;
Pues para España no hay en la campaña
Mayor contrario que la misma España.

Mientras Narvaez á impedirlo llega
Hinchando el leste su volante lona,
Con sedicion amotinada y ciega
Arda en tumulto el pueblo de Belona.

Dijo : y al punto el báratro se entrega
A horrenda confusion : gimió Gorgona :
Silban y braman monstruos diferentes
De quimeras, dragones y serpientes.

No de otra suerte, ó con menor estruendo
Desgajándose el polo centellante,
Su clara luz el cielo oscureciendo,
Reventando el infierno horror tronante :
Los astros de sus círculos cayendo,
Naturaleza absorta y vacilante,
Temblarán cielo, tierra y mar profundo
En la profetizada fin del mundo.

Mas ya Portocarrero las amarras
De un tajo rompe, al piélago sonante
Los lleva el viento, hondean ya las garras
En las banderas del leon rapante :
El rumbo anhelan de españolas barras,
Y á lo lejos el peto relumbrante
Muestra Montejo, y izan presurosos
Dejando largos surcos espumosos.

Con lágrimas los siguen y gemidos,
Y el buen viage gritan desde tierra :
Los tósigos de Averno enfurecidos
En los ánimos flacos hacen guerra
Grado con los Peñates atrevidos
Mal en el pecho su furor encierra :
Junta en corrillo el vulgo bajo y fiero,
Lenguaraz á la chusma habló Escudero.

Y ¿hasta cuándo, infelices, les decia,
Durará vuestro engaño? ¿y hasta cuándo
Creereis la temeraria altanería
De ese imprudente á quien le dais el mando?
No es valor la frenética osadía,
Ni el ir á un mundo entero contrastando

Con tan corto escuadron, que aunque triunfemos,
Que crédito le den no lograremos.

Ya sé que el Macedon, sé que el Romano
Venció batallas é infinitas gentes:
Mas ¿qué ejército impulso dió á su mano?
¿Y qué preparativos diferentes?
No negaré el esfuerzo castellano,
Supondré á los contrarios no valientes:
Mas, ¿qué espíritu basta á la defensa
De quien resiste á multitud inmensa?

Finja el caudillo que animados troncos
Volcais cual la segur en la montaña,
Y que su antara y caracoles roncos
Ni á la venganza incita ni á la hazaña:
Que son cobardes, bárbaros y broncos,
Que el fulminante azufre los engaña
Que cual centauros juzgue su rudeza
Hombre y caballo todo de una pieza.

Mas, ¿cómo negará la muchedumbre
Temible, que á flechazos descendiendo
Sobre nosotros, hizo ya costumbre
De las bombardas el terrible estruendo?
¿Ni el impulso y tremenda pesadumbre,
Que muestra el que evitó su fin horrendo
En roto escudo y abollado casco
De las fuertes macanas de Tabasco?

Y cuando el clima y la naturaleza
Contra nosotros mismos no se armára,
¿Cuánta ventaja lleva la fiereza
Del indio montaraz y astucia rara?
¿Quién ignora el ejército y grandeza
De Motezuma atroz, que ya prepara
A sus deidades en banquete infausto
De nuestros cuerpos hórrido holocausto?

¡Ay cuánto afan y muerte nos espera!
¡Y cuán pocos á España volveremos!
Ya experimentareis el alma fiera
De Cuauhtemuch su furia y sus extremos:
De Miscuac que un caiman trae por cimera
Tarde el ímpetu audaz conoceremos:
Y es, si acaso triunfamos, solamente
Porque otro en torpes vicios se alimente.

Yo ví á Theutile y Pilpatoc severo
Como volvió la espalda, despreciando
Al mismo Hernan Cortés: sé que guerrero
Se arma en Tlascala innumerable bando:
Ni el extender el culto verdadero,
Ni el gran deseo de humillar al mando
Del monarca español la tierra ó presa,
Disculparán tan temeraria empresa.

¡O locura! Los moros africanos,
Ricos vecinos, moros y valientes,
Infestan nuestras costas, y lejanos
Venimos á vengarlo en otras gentes!
Sin trabajo ¡o famosos castellanos!
Mil reinos les tomáramos potentes,
Y mas nos cuesta aquí solo buscarlos,
Que lo que allá costára el conquistarlos.

¿No es afrenta del pueblo bautizado
Que esté en prisiones la sagrada Helía,
Habiendo él con sus armas ya llegado
Hasta el nadir y el túmulo del dia?
Allá sí que católico soldado
Con fé valiente desalojaria
De tu muralla el bárbaro gentío,
Santa Jerusalen, el brazo mio.

Mas si Cortés tan imposible hazaña
Quiere hacer, muera, ó pierda la obediencia,

Pues no es razon de la lealtad de España
Que asi se abuse en tanta contingencia.
Ciega esperanza al corazon engaña,
Pero sepa enmendarlo la prudencia :
Seguidme, dijo, al mar : grita la gente,
Cunde el tumulto arrebatadamente.

Como cuando en la octava maravilla
Del grande Escorial tan celebrado
Se mueve el coro, donde el arte brilla
Al furioso huracan desenfrenado :
Tiembla el panteon, la altísima capilla
Y estupendo cimborio agigantado,
Por los claustros bramando el aire zumba
Y el pórtico magnífico retumba ;

Asi la zuiza militar en tierra,
Y á bordo la marítima saloma
Se escucha con motin y civil guerra,
Y oculta rebelion al rostro asoma.
Cortés en cuyo corazon se encierra
Valor, á quien ningun peligro doma,
Las filas corre, y lleno de osadía,
Compañeros heróicos, les decia :

¿ Qué es esto, generosos españoles ?
¿ Qué es de vuestro valor ? ¿ qué estoy oyendo ?
¿ Vosotros sois de la milicia soles ?
¿ A vuestro brazo el orbe está temiendo ?
¿ Con que vuestras mesanas y penoles
Despreciaron del Ponto el monstruo horrendo :
Con que osasteis lo mas con alma presta ;
O despreciais lo poco que nos resta ?

Pues no lo desprecieis, que altas hazañas
Dignas de vuestro ardor habrá algun dia :
¿ El riesgo apeteceis de las campañas ?
¡ Qué propio en la española valentía !

Ya me dareis albricias por extrañas
Empresas que hollará vuestra osadía :
La fama con excelso y nuevo canto
Pondrá en el mundo admiracion y espanto.

No el vil temor ataja vuestro brio,
Ni olvido tanta hazaña celebrada :
¿ Dónde está, dónde, aquel soldado mio
Que á Maila dividió su ardiente espada ?
¿ O el que en el espantoso desafío
Con Tumpoton de maza barreada
De una estocada, en que alto impulso encierra,
Al bárbaro clavó contra la tierra ?

Aquí estais todos, compañeros fieles,
Yo por vosotros moriré el primero :
Vamos, dijo, á vencer. Mas los noveles
Se arremolinan en tumulto fiero :
Con las dagas hiriendo en los broqueles
Insta por Cuba en vulgo vocinglero,
Crece en las voces el teson y instancia,
Y en el caudillo invicto la constancia;

Bien como cuando el mar embravecido
Se altera, se entumece y alborota,
Y de uno y otro viento compelido
De la alta Gades la muralla azota :
A cuyo choque, aunque tan repetido,
Eternamente permanece inmota,
Sin que á las olas su constancia amanse,
Ni de embestirla el piélago se canse.

Mas viendo que eran sus esfuerzos vanos,
Arremetió el caballo poderoso,
Que alza menuda braja con las manos
Al ímpetu feroz y sonoroso :
Y dice : auxilios débiles humanos
No den favor al corazon medroso :

O venza ó muera, su única esperanza
Caiga deshecha al tiro de mi lanza.

Y alta la diestra atras con gallardía,
En los estribos todo el cuerpo alzando,
Fulmina el fresno, y rápida crujía
La banderilla, y silba reguilando:
Y á la nao capitana, á quien mecia
Blanda mareta, llega atravesando
De una á otra banda, y al impulso internas
Retumbaron las lóbregas cavernas.

Vieras la chusma y los grumetes luego
Saltar á nado á la cercana orilla,
Que el ancho boqueron con agua ciego
A borbotones llena la escotilla,
La amura de estribor cede al trasiego,
Cae de costado, y la alta popa humilla
Su balconage, y las furiosas olas
Entran por las abiertas portañolas.

A pique va sin tempestad la armada,
Porque los españoles animados
De la alta accion, con prisa acelerada
Dan barreno á los buques ancorados:
El fiero Hernan Cortés con vista airada
Terror infunde, y á los alterados
Que en la conjuracion mostráran brio,
Hace dar al través con su navío.

Esto mismo Carrasco, y esto hacia
Alvarez Chico: Yañez arrebata
Una hacha de armas, la carlinga heria
Dando al golfo su golpe entrada grata:
Gines en el bajel que conducia,
Cual si fuera enemigo, desbarata
Toda la eslora, á cuyos roncos sones
Huyeron los voraces tiburones.

El fuerte galeon empavesado
Que comandaba Ordaz el arrogante,
Su mismo capitan le ha despalmado
Por dar satisfaccion de sí bastante.
Y Arvenga el Levantisco ha disparado
Al branque de otro un tiro fulminante,
Y la proa y bauprés desaparecen
Entre pompas y círculos que crecen.

A fondo van asi los corpulentos
Bajeles; pero ciegos los soldados
Los estragos del agua juzgan lentos,
Tal los tiene el caudillo ya inflamados:
Impacientes, furiosos y violentos,
De alquitran mil hachones, y embreados
Fuegos arrojan, prenden al instante
Los restos de la flota naufragante.

Arde la pez y estopa resinosa
Y el betun y fortísimos tablones,
De Vulcano la cólera furiosa
Desune el calafate y trabazones;
Extiéndese la llama sonorosa,
Y á formar condensados nubarrones
Con vapor negro asciende hasta lo sumo
En confusas pirámides el humo.

Fenece asi el bellísimo navío
Del hermoso Saucedo embanderado,
Al que en Saulúcar vió zarpar el rio
De flámulas y jarcias adornado:
Tambien, Godoy, al tuyo fuego impío
Quemó, y al de Moron bien artillado,
Al que condujo á Dávila violento,
Morla el fuerte, y Argüello el corpulento.

Ya en la llanura inmensa aparecian
De tanta armada trozos solamente

Medio quemados: popas se veian
Y proas de oro envuelto en llama ardiente,
Pedazos de banderas que se hundian,
Que el agua ó fuego nada allí consiente,
Y aniquilan los míseros fragmentos
Ya unidos los opuestos elementos.

Todo es horror, cuando hasta los oscuros
Senos del mar con ímpetu silbando
Ciega legion de espíritus impuros
Se precipita el Ponto rebramando:
Albricias, noble España, que seguros
Tus vencimientos son, y al cielo alzando
La alegre vista, mira como el cielo
Te da el premio, esperanzas y consuelo:

Pues cándida paloma descendiendo
Sobre los pabellones, el alado
Giro tendió hácia Méjico, luciendo
Con los visos y albor tornasolado:
El aire en luz purísima vistiendo,
Cual descogiendo el arco variado
La ninfa de Taumante hácia poniente
Trae mil colores con el sol en frente.

Cortés, ambas las manos levantadas,
Dice: Ya entiendo, espíritu divino,
Que no de mi fervor te desagradas:
Sigo pronto tu anuncio y mi destino;
Los suyos por la cruz de las espadas
Juran no desistir del gran camino
Hasta ensalzar en vez del Dios horrendo
La cruz que tremolada van siguiendo.

En la hazaña el ejército se empeña,
Ya resuena el clarin y cajas luego,
Crece la aclamacion, y hecha la seña,
Marcha el campo español: ya no hay sosiego:

Equilíbrase el bronce en la cureña;
Y aplicando la mecha al botafuego,
Con ronco estruendo globos infernales
Reventaron los cóncavos metales.

Los ídolos de Méjico temblaron
Al gran rimbombe, y que á su culto aguarde
Mudanza triste, absortos recelaron
Ciegos ministros con terror cobarde.
Si las musas mi verso eternizaron,
Mientras fiero el leon de España guarde
Con las terribles zarpas ambos mundos,
A pesar de enemigos furibundos;

Heróico Hernan Cortés, será cantada
Tu accion por cuantos doblan la rodilla
Al monarca español, que en fé acendrada
El orbe que ganaste se le humilla:
Tu accion, que dió á la fama voz no usada,
Al universo espanto y maravilla,
Júbilo al cielo, llanto al orco impío,
Y alta materia al rudo canto mio.

# NOTICIA DE D. NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

Nació en Madrid, de familia noble de Asturias, en el año de 1737. Era su padre gefe de guardajoyas de la reina Doña Isabel Farnesio, la cual muerto su esposo Felipe V, se retiró al sitio de S. Ildefonso, en donde permaneció durante el reinado de Fernando VI. Allí recibió Moratin su primera instruccion, y como desde muy niño hubiese manifestado un talento en gran manera superior al de otros hermanos que tuvo, quiso su padre que siguiera la carrera de las letras, y le envió á cursar filosofía al colegio de jesuitas de Calatayud. Pasó despues á Valladolid á estudiar leyes; alternando las lecciones de la escuela con la amenidad de los poetas clásicos griegos y latinos: arrebatado de una inclinacion vehemente, que le hacia preferible aquella distraccion á cuantas ofrecen la juventud y la libertad.

Graduado en leyes, volvió á S. Ildefonso, en donde se casó muy á gusto de sus padres y de la reina, que inmediatamente le nombró Ayuda de su guardajoyas. Cesado el retiro de la reina á la muerte de Fernando VI vino Moratin con ella á Madrid su patria. Aquí se distinguió al instante por sus conexiones con los primeros literatos y artistas de aquel tiempo, por su talento para la poesía, por su gusto y conocimientos en humanidades, y por su celo ardiente en combatir todos los errores y abusos que afeaban entonces la bella literatura castellana. Empezó su reinado Cárlos III: adquirió la nacion nuevo espíritu, deseosa de adelantar y perfeccionarse en los varios conocimientos que constituyen la ilustracion y la prosperidad de un estado, y por todas partes se veian los efectos de su actividad, y los desvelos de un soberano interesado en estimularla. Un ingenio tan vivo y tan apasionado á fomentar los progresos y la gloria literaria de su nacion como el de Moratin, no pudo menos de cooperar á esto con todos sus esfuerzos. Dirigió sus primeros pasos á la reforma del teatro nacional, al cual procuraba dar mayor arreglo y decoro; asi fueron los primeros ensayos que publicó, la comedia de la *Petimetra* y la tragedia de *Lucrecia*, sujetas, es verdad, á todo el rigor del arte, mas escasas de tino en la eleccion, y de acierto en el desempeño, las que sin embargo nunca llegaron a representarse; asi impugnó con éxito las extravagancias de los autos sacramentales, pues á sus tres discursos que intituló: *Desengaños al teatro español*, se debió la supresion que hizo el gobierno de estos espectáculos. Dadas ya estas prendas y conocidas sus opiniones literarias, bien merecia tener enemigos; al paso que se hacia estimable entre los sugetos mas doctos, tanto nacionales, como extrangeros. La academia de los Arcades de Roma le recibió en el número de sus individuos, dándole el nombre de *Flumisbo Thermodonciaco*. El marques de Ossun, embajador de Francia en Madrid, le trató con la franqueza mas cordial, y le facilitó correspondencia con algunos de los mas distinguidos sabios franceses del tiempo de Luis XV. Napoli Signorelli, Bernascone, Conti, Bordoni, don Eugenio de Llaguno, don José Clavijo y Fajardo, don José Cadalso y otros señalados literatos, asi italianos como españoles, apetecieron su amistad, y le proporcionaron fácil consuelo en los disgustos que sus enemigos procuraban darle. Asi Moratin, en vez de perder el tiempo con contestaciones interminables, aplicó su atencion á reunir algunas poesías sueltas que tenia escritas y las dió á la prensa en forma de periódico, que intituló: *El Poeta*. Poco despues concluyó y publicó su poema didáctico de *la Diana*, ó *arte de la caza*, en el cual manifestó cuanto podia esperarse de su pluma desplegando admirablemente su habilidad descriptiva [1].

Las turbaciones políticas ocurridas en el año de 1766 interrumpieron por algun tiempo el progreso de las letras; mas se remedió en parte el mal de este atraso por el nombramiento del conde de Aranda para presidente del consejo y capitan general de Castilla la Nueva. No ignoraba aquel insigne político cuan grande sea la influencia del teatro en la cultura de una nacion: advertia el estado de abandono en que se hallaba el español, y solicitaba que Moratin, en el ocio que le permitia la muerte de la reina madre, ocurrida en aquel tiempo, se dedicara á componer algunas obras dramáticas. Fruto fué de esta solicitacion la tragedia de *la Hormesinda*, la mejor de las tres que compuso Moratin y la única de ellas representada (por primera vez en el año de 1770). A este esfuerzo de Moratin se debieron las tragedias originales, que desde aquel tiempo en adelante empezaron á componerse. Publicado por entonces el concurso para la cátedra de poética en los estudios de Madrid, que antes se conocian con el nombre de colegio imperial, Moratin fué uno de los opositores, y solo don Ignacio Lopez de Ayala, conocido tambien como poeta dramático por su tragedia de *Numancia destruida*, pudo, entre muchos, hacer vacilar los dictámenes de la censura, que consideraba á los dos como los mas sobresalientes. Pero Moratin conociendo el mérito y la proteccion de que gozaba su rival, y desdeñando de recurrir á empeños para lograr la ventaja, no practicó diligencia alguna para obtener la cátedra. En efecto, Ayala la obtuvo, y ambos siguieron durante su vida en amistad inalterable.

---

[1] Véase la docta y fina crítica de aquel poema y de las obras dramáticas de Moratin en: las Obras literarias de don *Francisco Martinez de la Rosa*. (Paris 1827, 8. Tomo II, pág. 29 y sig. — pág. 248 y sig. — pág. 505.)

Asi la consideracion de esta incapacidad suya de saber llevar adelante sus pretensiones con adular los grandes, festejar á sus favoritas y hacer corte á sus privados, le retrajo siempre á Moratin de entablarlas, y á pesar de la estimacion que debió á muchos sugetos de grande autoridad é influjo, nunca se presentó á ellos en calidad de pretendiente : nada les pidió, y nada le dieron. Sin embargo, las atenciones de su casa, el amor á su esposa, la educacion de un hijo (que ha dado con sus talentos y con sus escritos un lustre todavia mas grande á su nombre) todo le inspiró el deseo de solicitar los medios necesarios al desempeño de tan importantes obligaciones. Volvió al estudio de las leyes, y asistió en calidad de pasante en casa de un amigo suyo, todo el tiempo que fué menester para recibirse de abogado en el colegio de Madrid, como lo verificó en el año de 1772.

La práctica de los tribunales le dió á conocer muy presto, que no era aquella la carrera que debió seguir. Pues su hombría de bien y rectitud no podian acordarse con los artificios legales que han hallado la malicia y el interes, para que los pleitos se eternicen, ni su conciencia y sinceridad le dejaban enriquecerse á costa de la justicia y la verdad.

En tanto que continuaba, como le era posible, practicando la abogacía, no se olvidaba de que la naturaleza le habia formado para poeta, mas que para escribir pedimentos, y empleaba las horas que le dejaba libres aquella árida ocupacion, en componer algunas obras líricas; sujetándolas con la mayor docilidad á la censura de sus doctos amigos : lo cual dió principio á una especie de academia privada, en que se reunian los literatos mas estimables de aquella época : es á saber, la ya mencionada tertulia literaria en la antigua fonda de San Sebastian.

Esta reunion, compuesta de individuos tan recomendables, fué amenorándose por la ausencia forzosa de algunos de ellos. Asi Ayala tuvo que retirarse á Grazalema su patria, para aliviar sus dolencias habituales. Antes de salir de Madrid solicitó que Moratin se encargase de sustituirle en la cátedra. Nombrado, pues, Moratin sustituto de la clase de poética, con una parte de su dotacion, halló en sí mismo toda la disculpa que deseaba para desistir de un empeño á que solo habia podido inducirle el anhelo de mejorar su escasa fortuna. Abandonó la rijosa Témis, y trató de enseñar á sus discípulos el camino mas florido al templo de Apolo.

El estudio de su lengua nativa le mereció á Moratin tan particular atencion, que llegó á ser eminente profesor en ella, y á este conocimiento debió la abundancia que hallaba de frases y giros poéticos, y aquella facilidad que se adquiere tan difícilmente.

Prueba fué de su maravillosa afluencia una comedia que compuso sobre la defensa de Melilla, en el año de 1775, y la cual dictó á un escribiente en seis horas repartidas en tres noches. Prueba dió aun mas grande de su extraordinaria habilidad alternando una noche, á impulsos del duque de Medina Sidonia, con Talasei, célebre poeta repentista italiano, en componer versos de repente. Por entonces concluyó tambien su tragedia de *Guzman el Bueno*, impresa poco despues, y dedicada á su especial favorecedor el duque de Medina Sidonia. En medio de estas agradables tareas á que Moratin dedicaba su estudio, halló ocasion de manifestar que la fantasía de un gran poeta no impide la adquisicion de conocimientos en verdad meramente útiles y menos atractivos, pero necesarios á la buena administracion pública.

Escribió una *Memoria sobre los medios de fomentar la agricultura en España, sin perjuicio de la cria de los ganados*, y en ella y un cuaderno de adiciones, dirigido todo á la sociedad económica de Madrid, dió bien á entender cuanto le interesaba la felicidad de su nacion, y cuan particular estudio habia hecho de la legislacion y del carácter nacional. Nombrado pues individuo de aquel cuerpo asistia sin intermision á las sesiones de su clase y á las juntas públicas (en que alguna vez elogió con sonoros versos la aplicacion y la virtud) y desempeñaba los informes que se le pedian, y los encargos que se fiaban á su actividad y conocimientos, con laboriosidad, teson y diligencia. Esta fué la única corporacion nacional de que quiso ser individuo. Nunca aspiró á ocupar un puesto, ni en la Academia Española, ni en la de la historia, á la cuales parece que debió conducirle naturalmente su mérito y su celebridad. No solo se abstuvo de solicitarlo, sino que habiéndoselo propuesto algunas veces, manifestó su repugnancia.

Es de suponer que con esta esquivez tendria poca seguridad de obtener el premio ofrecido por la Academia Española, en el año de 1777, al que mejor desempeñara en un canto heróico el elogio de Cortés, cuando hizo quemar las naves en Vera-Cruz; pero Moratin no pudo resistir al deseo de celebrar aquella señalada accion, que tiene tan pocos ejemplos en la historia. Escribió efectivamente un canto en octavas, que intituló: *Las Naves de Cortés*, le remitió á la Academia, y esta no halló en aquella composicion mérito bastante, ni para el premio, ni para el *accessit*. Premió y publicó únicamente la de don José Vaca de Guzman: sin embargo la de Moratin ha quedado en la opinion general no solo como un escrito muy superior al poema premiado, sino como la mejor obra de su autor[1].

En vista del poco aprecio que habia merecido su ensayo épico, no quiso Moratin aspirar de nuevo á los premios que la misma Academia propuso despues; y pensó en ocupar las horas que le quedaban libres, en elegir de sus obras impresas y manuscritas las que mereciesen correccion, limarlas con esmero, formar una coleccion de ellas, y publicarlas. Este asunto, atenciones domésticas, encargos de la sociedad económica, la enseñanza de sus discípulos y la correspondencia literaria con sus amigos ausentes ocuparon á Moratin en los últimos años de su vida. Retirábase durante el verano á un pueblo de la Alcarria y allí atendia al cuidado de su salud, que sucesivamente iba debilitándose. Allí encontraba la independencia, la tranquilidad que anheló siempre su corazon; y en alguno de aquellos pueblos premeditaba establecerse en adelante; pero no le fué posible verificarlo: sus obligaciones le precisaban á residir en Madrid, en donde agravándose los achaques de que adolecia, falleció el dia once de mayo de 1780, á los cuarenta y dos años de su edad.

---

[1] Publicó este poema por primera vez despues de la muerte del autor, su célebre hijo en el año de 1785, y le ilustró con varias reflexiones críticas. El mismo le dió á luz otra vez incluyéndole en la edicion de las obras póstumas de su padre que publicó en Barcelona en 1821, pero con correcciones y alteraciones consi-

Ya hemos mencionado, que don Leandro, el célebre hijo de Moratin, dió á luz en Barcelona en 1821 la coleccion de las obras líricas con algunos trozos entresacados de las didácticas y dramáticas de su padre, conforme en todo al manuscrito corregido y firmado por el autor pocos meses antes de morir, acompañándola con una muy apreciable noticia de su vida (de la cual el presente bosquejo es un extracto). Esta edicion fué reproducida fielmente en Londres en el año de 1825.

De sus obras prosáicas, á mas de las ya citadas, citaremos aun su: *Carta histórica sobre el orígen y progresos de las fiestas de toros en España*, impresa por primera vez en Madrid en 1777. Pero muchas de sus obras en prosa y su importante correspondencia literaria desaparecieron en la dispersion y saqueos judiciales que han padecido en el tiempo de la restauracion los libros y papeles de aquel literato.

Moratin, nacido verdadero poeta, se ensayó casi en todos los ramos del arte que cultivaba con tanto anhelo y actividad, dando en los mas de ellos muestras de ingenio y de destreza. Pero el género en que mas se señalaba es el lírico, y especialmente el lírico heróico, pues la naturaleza le habia dotado de una imaginacion mas grande y robusta que amena y delicada, y su ingenio se inclinaba mas á lo fuerte que á lo apacible. Asi es que en sus romances, en la oda pindárica al insigne torero Pedro Romero, y sobre todo en su ensayo épico sobre la destruccion de las naves de Cortés, brillan la valentía de su númen, la fuerza y originalidad de su fantasía, el calor y arrebatamiento de su estilo y la pompa y riqueza de

---

derables que, aunque han mejorado algun tanto la elegancia del estilo y la estructura de los versos, tambien han alterado frecuentemente el carácter original de la composicion, pues no son ni pueden ser trabajo del poeta que escribió el canto, y por consiguiente le hacen menos suyo. Por esta razon el célebre *Quintana* ha reimpreso, en su excelente coleccion, aquel poema conforme en todo á la primera edicion de 1785, cuyo ejemplo nosotros hemos seguido.

su lenguaje. Tambien es de admirar en aquellas producciones el acierto con que imitaba la poesía popular y los mas eminentes poetas antiguos de su nacion, y el prolijo estudio que hacia de las tradiciones históricas, de las costumbres y antigüedades de su patria. Tuvo para ello, ademas de este motivo puramente literario, otro muy poderoso en el ardiente amor á su pais, que era la prenda moral mas sobresaliente en él. « Jamas, dice *Quintana*, se pintaron con mas amor ni efusion las circunstancias locales y las costumbres de un pueblo; y Madrid, sus contornos, sus calles, sus teatros, su circo, sus mugeres, sus concursos y funciones, toman en la fantasía de Moratin unas formas grandes, elegantes y poéticas, que se manifiestan frecuentemente con rasgos breves y expresivos, generalmente los mas felices de su estilo, y descubren que aquel noble y bello sentimiento era un númen que le inspiraba. »

Es lástima, que aun sus mejores composiciones se resienten de incuria y desaliño, y que es tan desigual á sí mismo : imperfecciones que él mismo habria corregido, si su temprana muerte no hubiese impedido el dar la última mano á sus obras.

* * *

# POESIAS

DE

## D. JOSÉ DE CADALSO.

### *Refiere el autor los motivos que tuvo para aplicarse á la Poesía, y la calidad de los asuntos que tratará en sus versos.*

Caro lector, cualquiera que tú seas
Que estos mis ocios juveniles veas,
No piensas encontrar en su lectura
La magestad, la fuerza, la dulzura,
Que llevan los raudales del Parnaso,
Mena, Boscan, Ercilla, Garcilaso,
Castro, Espinel, Leon, Lope y Quevedo,
No ofrezco asuntos que cumplir no puedo.
Sé que el mortal á quien benigno el hado
La morada de Pindo ha destinado,
Halla en su cuna la sagrada rama,
Con que se sube al templo de la Fama.
Tanta dicha á los cielos no he debido;
Bajo tan fausto signo no he nacido.
En falsas córtes, y en malicia fiera
De mi vida pasé la primavera;
Jamas compuse versos hasta el dia
Que me dejó la estrella mas impía
A mi pena y rigor abandonado,
Objeto débil del rigor del hado;
Y con amor y ausencia, mal mas fuerte,
Que cuantos he nombrado, y que la muerte.
Entonces, por remedio en mi tristeza,
De Ovidio y Garcilaso la terneza

Leí mil veces; y otros tantos gozos
Templaron mi dolor y mis sollozos.
Huyendo de los hombres y su trato
Que al hombre bueno siempre ha sido ingrato,
Sentado al pie de un álamo frondoso
En la orilla feliz del Ebro undoso,
¡ Cuántas horas pasé con los sentidos
En tan sabrosos metros embebidos!
¡Ay! cómo conocí que en su lectura
Derramaban los cielos mas dulzura,
Que en el divino néctar y ambrosía!
Mi tristeza en consuelo convertia;
Y mis males yo mismo celebraba,
Por la delicia que en su cura hallaba.
Asi como se alienta el peregrino,
Cuando encuentra con otro en el camino,
Y con gusto el piloto al mar se entrega,
Si otro con él el mismo mar navega;
Como se alivia el llanto, si un amigo
De nuestras desventuras es testigo:
Asi los tristes versos que leia
Templaban mi fatal melancolía,
Hasta que en ellos me dispuso el cielo
De todo mi dolor total consuelo;
Asi mi alma al Pindo agradecida
Cultivarle juró toda la vida.
Con pecho humilde y reverente paso
Llegué á la sacra falda del Parnaso;
Y como en sueños ví que me llamaban
Desde la sacra cumbre, y me alentaban
Ovidio y Taso, á cuyo docto influjo
Mi númen estos versos me produjo;
Todos de risa son, gustos y amores:
No tocaré materias superiores:
De los supremos dïoses y reyes
La oscura voz y las secretas leyes,
Los arcanos, enigmas y misterios
No digo con osados versos serios,

Antes con mas sencillo y bajo tono
Celebro la cabaña, y dejo el trono.
Ya canto de pastoras y pastores
Las fiestas, el trabajo y los amores;
Ya de un jardin que su fragancia envia
Escribo la labor y simetría;
Ya del campo el trabajo provechoso,
Y el modo de que el toro mas furioso
Sujete al yugo la cerviz altiva,
Y al hombre débil obediente viva;
Ya canto de la abeja y su gobierno,
Y el dulce tono del jilguero tierno.
No mido con inútil osadía
Cuanto anda el astro que preside al dia,
Ni celebro vilmente á los varones
Funestos á la paz de las naciones,
Matar los hijos, degollar las madres,
Violar las hijas, afrentar los padres.
Lleven al hombre al templo de la gloria
Al toque del clarin de la victoria;
Pero jamas con versos inhumanos
Héroes he de llamar á los tiranos.
¿Y dí, lector, acaso nos importa
(Pues la vida es tan frágil y tan corta)
Que Febo dé su vuelta concertada,
Siendo la tierra la que está parada;
O que parado el sol, la tierra suelta
Al rededor de Febo dé la vuelta?
¿Ni que el piloto audaz y codicioso
Busque nuevos caminos al ansioso
Navío; y que dispute, si es posible
Hallarlos por el paso inaccesible
Hácia el norte del Asia no cursado;
O si es mejor el paso acostumbrado
Por donde los gigantes Patagones
Admiran los castillos y leones
En las popas de naves españolas,
Cuando surcan aquellas bravas olas?

No leas con temor. Ni voz, ni idea
Verás en mí que indecorosa sea:
Ni ofenderé al pudor mas recatado.
Podrá decir mis versos sin cuidado
El labio virginal, sin que ofendidos
Deje mi blando númen sus oidos.

### *Sobre ser la Poesía un estudio frívolo, y convenirme aplicarme á otros mas serios.*

Llegóse á mí con el semblante adusto,
Con estirada ceja y cuello erguido
(Capaz de dar un peligroso susto
Al tierno pecho del rapaz Cupido)
Un animal de los que llaman sabios,
Y de este modo abrió sus secos labios:

No cantes mas de amor. Desde este dia
Has de olvidar hasta su necio nombre.
Aplícate á la gran filosofía;
Sea tu libro el corazon del hombre.
Fuése, dejando mi alma sorprendida
De la llegada, arenga y despedida.

A Dios, Fílis, á Dios. No mas amores,
No mas requiebros, gustos y dulzuras:
No mas decirte halagos, darte flores:
No mas mezclar los zelos con ternuras:
No mas cantar por monte, selva ó prado,
Tu dulce nombre al eco enamorado.

No mas llevarte flores escogidas,
Ni de mis palomitas los hijuelos,
Ni leche de mis vacas mas queridas,
Ni pedirte, ni darte ya mas zelos;
Ni mas jurarte mi constancia pura,
Por Vénus, por mi fé, por tu hermosura.

No mas pedirte que tu blanca diestra
En mi sombrero ponga el fino lazo,
Que en sus colores tu firmeza muestra,
Que allí lo colocó tu airoso brazo;
No mas entre los dos un albedrío,
Tuyo mi corazon, el tuyo mio.

Filósofo he de ser; y tú, que oiste
Mis versos amorosos algun dia,
Oye sentencias con estilo triste,
O lúgubres acentos, Fílis mia.
Y dí si aquel que requebrarte sabe,
Sabe tambien hablar en tono grave.

## ANACREONTICAS.

### I.

### *Al pintor que me ha de retratar.*

Discípulo de Apéles,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro,
No me pongas ceñudo
Con iracundos ojos,
En la diestra el estoque
De Toledo famoso;
Y en la siniestra el freno
De algun bélico monstruo,
Ardiente como el rayo,
Ligero como el soplo:
Ni en el pecho la insignia
Que en los siglos gloriosos,
Alentaba á los nuestros,
Aterraba á los moros:
Ni cubras este cuerpo
Con militar adorno,
Metal de nuestras Indias,
Color azul y rojo,
Ni tampoco me pongas
Con vanidad de docto
Entre libros y planos,
Entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
Para los nobles locos
Que honores solicitan
En los siglos remotos.
A mí, que solo aspiro
A vivir con reposo
De nuestra frágil vida
Estos instantes cortos,
La quietud de mi pecho
Representa en mi rostro;
La alegría en la frente,
En mis labios el gozo.

Cíñeme la cabeza
Con tomillo oloroso,
Con amoroso mirto,
Con pámpano beodo.
El cabello esparcido
Cubriéndome los hombros,
Y descubierto al aire
El pecho bondadoso.
En esta diestra un vaso
Muy grande, y lleno todo
De jerezano néctar,
O de manchego mosto;
En la siniestra un tirso,
Que es bacanal adorno,
Y en postura de baile
El cuerpo chico y gordo:
O bien junto á mi Fílis,
Con semblante amoroso,
Y en cadenas floridas
Prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,
De este sencillo modo,
Y no de otra manera
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro.

## II.

Díme, díme, muchacho,
Cuántas veces te he dicho,
Que me des de lo añejo
Cuando te pida vino.
Anoche, en vez de darme
Del viejo bueno tinto,
Me diste malo y nuevo,
Y pagué tu descuido.
Apenas me llenaste
Doce veces el vidrio,
Con que suelo contento
Brindar á mis amigos,
Cuando caí de espaldas
Perdidos los sentidos,
Haciendo de mí mofa
Las chicas y los chicos:
Y sin duda quedara
En el suelo tendido,
A no tocarme Febo
Con sus rayos divinos,
Cuando de su carrera
Llegaba al medio fijo.
Dame, dame del viejo,
A ver si con su brio,
Y la luna, que sale,
Me sucede lo mismo.
Y si tal sucediese,
Muchacho, te permito,
Que en adelante traigas,
Cuando yo pida vino,
Del nuevo, ó bien del viejo,
Del blanco, ó bien del tinto.

## III.

Pues Baco me ha nombrado
Virey de dos provincias,
Que de todo su imperio
Son las que mas estima:
Pues ya siguen las leyes
Que mis labios les dicta.

De Jerez los majuelos,
De Málaga las viñas,
Cobremos los tributos
De las uvas mas ricas,
Y mis alegres sienes
Con pámpanos se ciñan.
Y salgan en mi obsequio
Las cubas mas antiguas;
Y que vengan bien llenas,
Y vuelvan bien vacías.
Canten mis alabanzas
Al son de las botijas,
De jarros y toneles,
Con sus voces festivas
Zagales y zagalas
De toda Andalucía,
Y cuantos asistieron
A la última vendimia,
Digan viva el virey,
Que Baco les envia;
Y si acaso á su canto
Faltasen las letrillas,
Lo ya dicho cien veces,
Otras ciento repitan,
Y toquen las botellas,
Y suenen las botijas.
Y si logre dormirme
Entre parras sombrías,
Bebiendo, y escuchando
Tan dulce melodía,
¿Qué me importa que mueran,
Qué me importa que vivan
Con pobreza, ó riqueza,
Con susto, ú alegría,
Cuantos otros vireyes
La fortuna destina,
Los unos á la Europa,
Los otros á las Indias?

### IV.

Despues de haber bebido
Anoche (como suelo)
Dormido en tiernas parras
Tuve un gustoso sueño.
Soñé que el gran dios Baco
Por dilatar su imperio
Al Parnaso queria
Ganar á sangre y fuego.
Cierta queja alegaba
De que Virgilio, Homero,
Taso, Milton, y Ercilla
No le ofrecen sus versos,
Del todo dedicados
A poemas guerreros,
De elevados asuntos,
Y de pomposos metros.
Juntó de sus bacantes
Muchos trozos soberbios,
Que esgrimirán sus tirsos,
Al son de sus panderos,
Y llenas de aquel jugo
Que en Málaga han dispuesto
Las manos de las ninfas
De aquel bello terreno,
Ya daban fieros gritos,
Y amenazas al eco,
Y con forzudas danzas
Disponian los cuerpos.
Rodeado de Faunos
Vino el viejo Sileno
Para mas animarlos
Con su rostro y acento.

Dijo del dios del vino
Los animosos hechos,
Cuando triunfó del Indo
Con sus armas y estruendo,
Y á cada verso suyo
Ardia en nuevo fuego
La tropa deseosa
De algun nuevo trofeo.
Del mismo dios el carro
Llegó al campo ligero,
Tiraban de él dos tigres
Feroces y sangrientos.
A la falda del monte
Con furia acometieron,
Pero salió al camino
El anciano Anacreon;
Y mirándole Baco
Detuvo á sus guerreros,
Y les dijo: por este
A todos perdonemos:
Y en alabanza suya
Cantó coplas el viejo,
Y todos le abrazaron,
Y cantando se fueron.

## LETRILLAS.

### I.

El rayo severo
Que Jove vibró,
Celébrele Homero,
Que no lo haré yo.
La sátira fiera
Que Persio escribió,
Cultive el que quiera,
Que no lo haré yo.
Ercilla con arte
Que él mismo probó,
Celebre á su Marte,
Que no lo haré yo.
Del mar que el Troyano
Llorando aumentó,
Escriba el Mantuano,
Que no lo haré yo.
Pero del Dios ciego
Que Vénus parió,
Callen todos luego,
Que bastaré yo.

### II.

« ¿Pero á mí qué se me da?
« Maldita de Dios la cosa. »
Llora el jóven heredero
Del padre anciano la muerte,
Porque no dejó mas fuerte
El talegon del dinero,
Pero mira placentero
La comitiva llorosa,
Que al cuerpo cantando está:
« ¿Pero á mí qué se me da?
« Maldita de Dios la cosa. »
Aquel que en el coche ves
Mirar á todos con ceño,
Dé gracias á un extremeño
Que hubo por nombre Cortés;
Que si no, bien al reves
Su persona fastidiosa
Iria de lo que va:
« ¿Pero á mí qué se me da?
« Maldita de Dios la cosa. »
Dícele la hermosa al viejo:
Llega, dulce prenda mia,
¡Qué dichosa me creeria
Si tú fueras mi cortejo!
Y él á pesar del espejo,
A la niña mentirosa
Casi creyéndola está:
« ¿Pero á mí qué se me da?
« Maldita de Dios la cosa. »

### III.

*Imitando el estilo de Góngora y Quevedo.*

Que un sabio de mal humor
Llame locura al amor,
Ya lo veo:

Pero que no se enloquezca,
Cuando otro humor prevalezca,
No lo creo.

Que una doncella guardada
Esté del mundo apartada,
Ya lo veo:
Pero que no muera ella
Por salir de ser doncella,
No lo creo.

Que un filósofo muy grave
Diga que de amor no sabe,
Ya lo veo:
Pero que no mienta el sabio
Con el pecho y con el labio,
No lo creo.

Que una moza admita un viejo
Por marido, ó por cortejo,
Ya lo veo:
Mas que el viejo en confusiones
No dé por cuernos doblones,
No lo creo.

Que un amante abandonado
Diga que está escarmentado,
Ya lo veo:
Pero que él no se desdiga
Si encuentra grata á su amiga,
No lo creo.

Que una vieja ya se asombre
Hasta del nombre de hombre,
Ya lo veo:
Pero que ella no quisiera
Ser de edad menos severa,
No lo creo.

Que una muger á su amante
Jure ser siempre constante,
Ya lo veo:

Pero que se pase un dia,
Y ella quiera todavía,
No lo creo.

Que de todas las mugeres
No importen los pareceres,
Ya lo veo:
Pero que de la que amamos
El parecer no sigamos,
No lo creo.

Que la muger cual cristal
La quiebre un soplo fatal,
Ya lo veo:
Pero que pueda soldarse
Si una vez llega á quebrarse,
No lo creo.

Que al espejo las coquetas
Estudien mil morisquetas,
Ya lo veo:
Pero que sea el cristal
El objeto principal,
No lo creo.

Que bastante he murmurado
En lo que está criticado,
Ya lo veo:
Pero que mucho no pueda
Criticarse en lo que queda,
No lo creo.

Que la novia moza y linda
Al novio viejo se rinda,
Ya lo veo:
Pero que crea el barbon
Que ella rinde el corazon,
No lo creo.

### *Sobre los varios méritos de las mugeres.*

Del precio de las mugeres
Son varios los pareceres:
Cada cual defiende el suyo.
Yo que de disputas huyo,
Que nunca gustosas son,
A todos doy la razon,
Y con todas me contento:
Oid hasta el fin del cuento.

Unos gustan de que sea
Su dama hija de la aldea,
De sencillo pecho y trato,
Y que no les dé el mal rato
De artificiosos amores:
Que se salga á coger flores
Por el campo el mes de mayo,
Con ligero y pobre sayo,
Que de sus abuelas fué....
Y tienen razon á fé.

Otros de mas alto porte
Quieren damas de la corte
Con magestad y nobleza,
Aun mayor que la belleza,
Con adorno y compostura,
Que dé brillo á su hermosura,
Con fausto y ostentacion...
Y á fé que tienen razon.

Unos gustan de sabidas
(Que leidas y escribidas
El vulgo suele llamar),
Y que sepan conversar
Del estado, paz y guerra,
Del aire, agua, fuego y tierra,

Con la gaceta y café...
Y tienen razon á fé.

Otros son finos amantes
De las que son ignorantes,
Y que entregaron su pecho
Sin saber lo que se han hecho,
Que lloran al preguntar,
¿Qué cosa es enamorar,
Y dónde está el corazon?
Y á fé que tienen razon.

Unos aumentan su llama
Cuando es juiciosa la dama,
Circunspecta, seria y grave,
Y que la crítica sabe
Del vos, del tú, y del usté...
Y tienen razon á fé.

Otros, al contrario, quieren
Que las niñas que nacieren,
Nazcan vivas y joviales,
Y se crien tan marciales,
Que de dos ó tres vaivenes
Entreguen sin mas desdenes
Las llaves del corazon...
Y á fé que tienen razon.

## ELEGIA

### *A la Fortuna.*

¿Dónde hallarás quien resistirse pueda,
Ciega deidad, al delicioso encanto
Del son del torno de tu instable rueda?
Si de algun triste el doloroso llanto
Aparta el sabio de la atroz ruina,
¡Qué poco dura el saludable espanto!

La mayor parte con vigor camina
Al aéreo templo de la diosa Fama;
Y despreciar ejemplos determina.
Enciende la ambicion su horrenda llama,
Toca el clarin la gloria: el mundo suena,
Y nuevas redes tu locura trama.
El alma débil de furor se llena:
Segunda vez se entrega á tu mudanza,
Que los gustos mas gratos envenena.
Tambien guióme un tiempo la esperanza,
Monstruo á quien abortó tu devaneo:
Y culpé tu rigor y tu tardanza.
¡Oh cuántas veces se inflamó el deseo
En este pecho jóven é inocente,
Que ya por fin desengañado veo!
¡Cuál crecia el incendio! ¡Qué imprudente
Propuse levantar al firmamento
Mi nombre, del ocaso al oriente!
El militar estruendo, el duro acento
Del jefe que las tropas disponia,
El ronco son del bélico instrumento,
La clin del animal que Bétis cria,
El brillo que el dorado Tajo presta
Al fiero de Cantabria, patria mia,
La pólvora á las madres tan funesta,
Con estrépito horrendo en los cañones,
Que tantas vidas y sollozos cuesta;
Y de la horrenda guerra las acciones
Parecíanme glorias soberanas
Dignas de los que habitan las mansiones
Del alto Olimpo, y que las nueve hermanas
Solo debian entonar loores
A las almas feroces é inhumanas.
Llenábase mi pecho de furores
Al leer de Curcio y de Solis la historia,
De Alejandro y Cortés aduladores:
Envidiaba á los dos la fiera gloria
De ver en Motezuma y en Darío

Caprichos de la suerte y la victoria.
Un héroe sabio, y un monarca pío
Parecíanme indignos de su cuna,
Su libro indigno del estudio mio.
Con gusto ví la bélica fortuna
Del soberbio breton, al lusitano
Dar contra España audacia no oportuna;
Y las melenas del leon hispano
Coronarse con lises; y á su saña
Rendir Almeida el alto muro ufano.
Y al ver de Marte por la dura España
Rodar el carro con horrible estruendo,
Y alzar la muerte su infeliz guadaña,
Iba yo en mi memoria recorriendo
Historias dignas de dolor y espanto,
Y mi alma con sus nombres complaciendo.
De Numancia, Sagunto y de Lepanto,
De Méjico, de Cuzco y de Pavía,
De San Quintin, de Almansa y Camposanto,
De Roncesvalle y tanto crudo dia
Que en nuestros fastos con orgullo se halla,
Y lee la juventud con alegría.
Deseaba llegase la batalla
En que las tropas que la Lipe ordena,
Huyesen de Lisboa á la muralla,
O rindiesen el cuello á la cadena,
Para venir de Atocha al templo santo
Que de himnos victoriosos siempre suena;
Y do ven las naciones con espanto
Banderas, y estandartes y tambores
Con nuestro gozo, y con ageno llanto:
Pero dias mas gratos y mejores
Iba trayendo el tiempo á los mortales,
Enfrenando de Marte los rigores;
Y Cárlos lastimado de los males
Que el mundo en tantos años padecia,
Le quiso repartir bienes iguales;
Y asi como Neptuno volvió el dia,

Quietud y sol al triste mar turbado,
Por iras de la diosa que queria
  Anonadar la gente, á quien el hado
Prometia el imperio de la tierra;
Asi tambien al mundo encarnizado
  En una larga y horrorosa guerra
Cárlos dió paz.; y el mundo gozar pudo
Los muchos bienes que su nombre encierra.
  El soldado colgando el fuerte escudo
En el nativo hogar, al padre anciano,
Con tono extraño y ademan forzudo,
  Contó los lances de la guerra, ufano
De que su simple voz oida sea
Por cariñosa madre, tierno hermano,
  Zagales toscos de la misma aldea,
Y la zagala jóven y gallarda
Con quien unir su corazon desea,
  Y á quien el dia deseado tarda.
Ya de otro caos la naturaleza
Sale segunda vez; no se acobarda
  El marinero ya con la fiereza
Del mar, ni el labrador ya se detiene
En romper de la tierra la dureza.
  Cada arte y ciencia nueva vez previene
A quien la trate aplausos y consuelo:
A los mortales la quietud ya viene;
  Y la voz de los pueblos llega al cielo
Con júbilos, con gozo y alegría,
El cielo esparce su bondad al suelo:
  Y yo sentiendo el deseado dia,
Viendo en él mi esperanza fenecida,
Pues la guerra tu gracia me ofrecia,
  Vine á la corte, donde nueva vida,
Nuevas lides ofrece y nueva pena
Con colores de gustos bien fingida.
  Allí arrastré la rígida cadena
Tan dura, que aun despues de rescatado
En mis oidos su ruido suena.

Sí, Fortuna, yo ví (¡cuán espantado
Hasta ver que lo mismo siempre ha sido!)
Ví lo que nunca hubiera yo soñado,
Y por tus sacerdotes conducido
Tus ritos ví, tus víctimas y templo,
Jóven, audaz y nada apercibido.
Guióme de otros muchos el ejemplo,
Cuya vida juzgaba yo colmada,
Y ahora esclavitud triste contemplo,
Ya con rodilla ante el altar doblada
Movió mi débil mano el incensario
Por culto de una estatua inanimada.
La cara del amigo y del contrario
Mil veces ví con arte equivocarse,
La del cobarde y la del temerario.
En fin, ví con dolor adulterarse
Virtud, honor, bondad; y compasiones
Del mas horrible género mezclarse.
Me engañaste hasta aquí. ¡Cuántas razones
Tirana me pusiste, deseando
Llevarme mas allá! ¡Cuántas me pones
Con rostro afable, y con acento blando,
Aun despues del desprecio con que veo
Al que vas abatiendo ó ensalzando!
Lo sabes; y que yo solo deseo
Huir de tí, porque jamas consigas
De mi pecho formar nuevo trofeo,
Por mas que me acaricies ó persigas.

## ODAS.

### I.

### A CUPIDO,

*Sobre los peligros de una nueva pasion.*

Niño temido por los dioses y hombres,
Hijo de Vénus, ciego Amor tirano,

Con débil mano vencedor del mundo,
Dulce Cupido.
Quita del arco la fatal saeta,
Deja mi pecho que con fuerza heriste
Cuando la triste, la divina Fílis
Me dominaba.
Desde que el hilo de su dulce vida
Por dura Parca feneció cortado,
Desde que el hado la llevó á la sacra
Cumbre de Olimpo.
Cuando constante con promesa justa
De que ella sola me seria cara,
Aunque pasara las estigias olas
Con Aqueronte.
De negros lutos me vestí llorando,
Y de cipreses coroné mi frente;
Eco doliente me llevó con quejas
Hasta su tumba.
Sobre la losa, que regué con sangre
De una paloma negra y escogida,
Fué repetida por mi voz la sacra
Justa promesa.
Sacra ceniza, repetí mil veces,
Sombra de Fílis, si mi pecho adora
A otra pastora, desde tan tremenda
Lóbrega noche;
Haz que á mi falso corazon asombre
Cuanto las cuevas del Averno ofrecen,
Cuanto padecen los malvados, cuanto
Sisifo sufre.
Júrolo, Fílis, por tu amor y el mio,
Por Vénus misma, por el sol y luna,
Por la laguna que venera el padre
Omnipotente.
Las losas duras á mi acento triste
Mil veces dieron ecos horrorosos,
Y de dudosos aires resonaron
Túmulo y ara.

Dentro del mármol una voz confusa
Dijo, *Dalmiro, cumple lo jurado:*
Quedé asombrado sin mover los ojos,
Pálido, yerto.
Temo, si rompo tan solemnes votos,
Que Jove apure su rigor conmigo;
Y otro castigo que el ser llamado
Pérfido, aleve.
Entre los brazos de mi nueva amante
Temo la imágen de mi antiguo dueño,
Ni alegre sueño, ni tranquilo dia
Ha de dejarme.
En vano Cloris (cuyo amor me ofreces)
Y á cuyo pecho mi pasion inclinas,
Pone divinas perfecciones juntas
Ante mis ojos.
Ante mi vista se aparece Fílis,
En mis oidos su lamento suena,
Todo me llena de terror y espanto,
Tímido caigo.
Lástima causen á tu pecho, ¡o niño!
Las voces mias, mis dolientes voces;
Y si conoces el dolor que causas,
Lástima tenme.
La nueva antorcha que encendiste apaga,
Y mi constante corazon respire,
Haz que no tire tu invencible mano
Otra saeta.
¡Ay que te alejas, y me siento herido!
Ardo de amores, y con presto vuelo
Llegas al cielo, y á tu madre cuentas
Tu tiranía.

## II.

*A Melendez Valdes, su alumno.*

Sigue con dulce lira
El metro blando y amoroso acento

Que el gran Febo te inspira;
Pues Vénus te da aliento,
Y el coro de las musas te oye atento.
Sigue, jóven gracioso,
De mirto, grato á Vénus, coronado;
Y quedará envidioso
Aquel siglo dorado
Por Lasos y Villegas afamado.
Dichosa la zagala
A quien le sea dado el escucharte,
Pues tu musa la iguala
Con la diosa de Marte;
Tal es la fuerza de tu ingenio y arte.
Aunque mas dura sea
Que mármoles ó jaspes de Granada,
Cual otra Galatea;
O sea mas helada
Que fuente por los hielos estancada,
Al punto que te oyere,
Se admitirá en su cándido regazo;
Si tu voz prosiguiere,
Se estrechará su brazo,
Y amor aplaudirá tan dulce lazo.
Y las otras pastoras
De envidia correrán por selva y prado,
Y verá la que adoras
El triunfo que ha ganado
Por haber tus ternezas escuchado.
Mas ¡ay de aquellos necios
Que intenten competir con tu blandura!
Solo verán desprecios
De aquella hermosura
Que una vez escuchare tu dulzura.
Dirán su rabia y zelos,
En el bosque mas lóbrego metidos,
Injuriando á los cielos,
Y oyendo sus gemidos,
Responderán las fieras con bramidos.

Entrada del Averno
Parecerá aquel bosque desdichado,
Y de tu metro tierno
Hubiere resonado,
El campo que á los buenos dará el hado.
Pasó mi primavera:
(¡Los años gratos al Amor y Febo
Quién revocar pudiera!)
Y á juntar no me atrevo
Mi voz cansada con tu aliento nuevo.
Sino yo cantaria
Al tono de tu lira mis amores,
Y al tono de la mia
Cantaras entre flores
Como suelen acordes ruiseñores.
Sigue, sigue cantando;
No pierdas tiempo de tu edad florida,
Que yo voy acabando
Mi fastidiosa vida
En milicia y en córtes mal perdida.
En alas de la Fama
Tus versos llegarán á mis oidos:
Si la trompa me llama
A los mares vencidos,
Y á los indios de Apache embravecidos.
O al antártico polo
Llevando las banderas del gran Cárlos,
Diráme siempre Apolo
Tus versos; y á escucharlos
Acudirán los pueblos, y á alabarlos.
Ni el estrépito horrendo
De Neptuno, que ofrece muerte impía,
Ni de Marte el estruendo
Turbará el alma mia,
Si suena en mis oidos tu armonía.
Aun cuando dura Parca
Mayores plazos á mi vida niegue,
Y en la fúnebre barca

Por la Estigia navegue,
Y á las delicias del Eliseo llegue.
    Oiré cuando Catulo
A la sombra de un mirto recostado,
Con Propercio y Tibulo
Lea maravillado
Los versos que la musa te ha dictado.
    Cuando acudan ansiosos
Laso y Villegas al sonoro acento,
Repitiendo envidiosos,
¡Qué celestial portento!
¿A quién ha dado Apolo tanto aliento?
    Y yo siendo testigo
De tu fortuna, que tendré por mia,
Diré, yo fuí su amigo,
Y por tal me queria,
Y en dulcísimos versos lo decia.
    Haránme mil preguntas,
Puesto en medio de todos, de quién eres.
Y cuántas gracias juntas,
Y á qué zagala quieres,
Y cómo baila cuando el plectro hieres.
    Y con igual ternura
Que el padre cuenta de su hijo amado
Las gracias y hermosura,
Y se siente elevado
Cuando lo escuchan todos con agrado,
    Responderé cantando
Tu nombre, patria, genio y poesía:
Y asombraránse cuando
Les diga tu elegía
A la memoria de la Filis mia.

## NOTICIA DE D. JOSÉ DE CADALSO.

Nació en Cádiz á 8 de octubre de 1741. Era originario de una familia antigua y solariega de Vizcaya. Sus padres, don José de Cadalso y doña Josefa Vasquez de Andrada le enviaron desde muy jóven á Paris, donde estudió con mucho aprovechamiento las humanidades, las ciencias exactas y naturales, y las lenguas latina, francesa, inglesa, alemana, italiana y portuguesa; en cuyos conocimientos se perfeccionó durante los viages que emprendió seguidamente por Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Portugal. Volvió á España á la edad de veinte años, cuando se habia declarado la guerra con Portugal; y habiendo tomado en diciembre de 1761 el hábito de la órden militar de Santiago, entró á servir de cadete en 4 de agosto de 1762 en el regimiento de caballería de Borbon que ya estaba en campaña. Distinguióse desde luego; y siguiendo durante su vida la profesion de las armas, desempeñó con tanto celo, habilidad y humanidad sus obligaciones militares, que captó la confianza y el aprecio de sus superiores y el amor de sus subalternos, y que en recompensa de su mérito fué graduado de comandante de escuadron en 1777 y de coronel á fines de 1781.

Pero, en medio de las ocupaciones de su profesion y del estruendo de las armas, nunca tuvo en olvido el cultivo de las ciencias y el trato de las musas. Asi es que, siguiendo los destinos de su regimiento y hallándose con su cuerpo en Zaragoza, Alcalá de Henáres y en Salamanca, no solo aprovechó estas ocasiones para la cultura de su propio númen, sino para extender y estrechar sus relaciones con los mas floridos ingenios de su edad. Contribuyó particularmente con su natural afabilidad á que los jóvenes que se distinguian por su talento y favorables disposiciones, recibiesen aquella instruccion y delicado gusto que debia influir tanto despues en la mejora de los estudios, y en el restablecimiento de la literatura y poesía castellana. Conoció y trató mucho á Jovellanos, Nicolas Fernandez de Moratin, Huerta, Iglesias, Tomas de Iriarte, Gonzalez, todos insignes poetas de su tiempo, celebrando sus obras, y estimulándoles á cultivar la buena poesía, y la pureza y hermosura de su propio y natural idioma. Pero prefirió entre todos á don Juan Melendez Valdes, que empezaba entonces á componer en el género amatorio algunas poesías, llenas de gracia y de dulzura. Conoció el eminente númen de aquel jóven, que presagiaba ya entonces su gloria venidera; tratóle con amistad, y llegó á amarle con tal ternura, que se le llevó á vivir en su compañía (en Salamanca por los años de 1771 hasta principios de 1774), instruyéndole con sus documentos y avisos, y estimulándole con sus elogios en versos tan dulces y elegantes. De aquí es, que no sin razon se puede decir: «Melendez fué la mejor obra de Cadalso.» Este último murió herido de una granada en el sitio de Gibraltar en 27 de Febrero de 1782.

Escribió varias obras en prosa y en verso, de las cuales son las mas conocidas: la tragedia de *Sancho García*, en que sigue servilmente las formas del teatro frances (salió á luz la primera vez con el nombre de Juan del Valle en 1771, y despues en 1781 con el del autor [1]); — *los Eruditos á la violeta*, en que ridiculizó con graciosa ironía la polimatía insulsa de charlatanes presuntuosos (impresos la primera vez en 1772 con el nombre de Josef Vazquez); — *los Ocios de su juventud*, ó sus Poesías líricas (publicados por primera vez en 1773 tambien con el nombre de don Josef Vazquez); — y *las Cartas marruecas*, imitacion no harto feliz de las Cartas Persianas (publicadas despues de su muerte).

Todas estas obras van impresas hartas veces, sueltas y reunidas con las demas suyas en la *Coleccion de sus obras en prosa y en verso*, tambien repetidamente impresa (la mejor edicion es la publicada en Madrid el año de 1818, en 3 vol. 12°, que, á mas de algunas obras inéditas, contiene la excelente noticia de su vida escrita por el célebre académico don Martin Fernandez de Navarrete. Esta y las Poesías líricas de Cadalso se han reimpreso en Paris en el año de 1821, en un tomo en 18°).

Cadalso se señaló mas como poeta lírico; hizo revivir la anacreóntica que estaba enterrada con Villegas; sus versos cortos tienen un mérito incontestable, y sus poesías satíricas en que imitaba á Quevedo y á Góngora, no carecen de agudeza y donaire.

---

[1] Véase la juiciosa crítica de aquella tragedia en las Obras literarias de *D. Francisco Martinez de la Rosa* (tomo II, pág. 257 y siguientes).

* * *

# POESIAS

DE

## D. VICENTE GARCIA DE LA HUERTA.

### ROMANCE.

El africano alarido
Y el ronco son de las armas
En los valles de Gumiel
Eran saludos del alba:
Que á ser testigo salia
De las victorias, que alcanzan
Contra las infieles lunas
Las cuchillas castellanas:
Cuando el valeroso Hizan
Sobre una fogosa alfana,
Regalo de Hacén, alcaide
De Font-Hacén y la Adrada:
Desnudo el nervioso brazo,
Y el albornoz á la espalda,
Esgrime la muerte en una
Tunecina cimitarra.
Crece la sangrienta lid,
Y el suelo de sangre empapan
Las azagayas moriscas
Y las españolas lanzas.
Bórdase el campo a colores,
Que antes fué todo escarlata,
De turbantes y almaizares,
De aljaiduces y almalafas.

Los golpes de las cuchillas,
Cuando hieren, ó reparan,
El vecino monte atruenan,
Y el turbado ambiente inflaman.
Anima Hizan á los suyos
Con su ejemplo y sus palabras,
Y el valiente Don Gutierre,
Cuando Hizan anima, mata.
Y cada español presume,
Que él solo por sí bastara,
A derribar de Gumiel
Las enemigas murallas:
Y á coronar por sí solo,
Segun fia de su espada,
De cabezas berberiscas
Las almenas de su patria.
Ni el número superior
Sus alientos acobarda,
Que á contrarestar á muchos,
Pocos con justicia bastan.
Llena de horror á este tiempo
La bellísima Daraja
Con sus pensamientos tristes
Tambien dudosa batalla.
Deja el ya enfadoso lecho,
Y á una torre de su casa
Mas que el tierno amor la guia,
El duro temor la arrastra.
Descubre el sangriento campo,
Y las haces mahometanas
Mas que vencidas, deshechas
Dan á la fuga las plantas.
Descubre al gallardo Hizan,
Que él solo por lid restaura,
Y cuanto con ignominia
Sus soldados desamparan.
Y en lágrimas y suspiros
Abre salida á sus ansias,

Unos, cual su amor, ardientes,
Otras, cual su pena, amargas.
El corazon en el pecho
Con tanta zozobra salta,
Que parece, pronostica
Las desdichas que le aguardan:
Al tiempo que Don Gutierre,
Entre todos se señala,
Y por largo trecho siembra
De víctimas la campaña.
Viendo ya, que la victoria
Orlar sus sienes prepara,
Y que solo Hizan sustenta
La ya perdida batalla:
Por entre los enemigos
Cual rayo ardiente se lanza,
Y todo cuanto resiste,
Atropella y desbarata.
Huye el rigor de su brazo
La berberisca canalla,
Y él que no huye de su vista
Es que el temor le embaraza.
Entonces el bravo Hizan
Con furia desesperada,
Al ver como Don Gutierre
Tan reciamente le carga:
Feroz le sale al encuentro,
Mas con suerte tan escasa,
Que, antes de sentir el golpe,
Grabó en el suelo la estampa.
En el animoso pecho
Abrió el hierro puerta franca,
Y tan capaz como acaso
La abrió la envidia en el alma.
Las rotas calientes venas
Purpúreos raudales manan,
Que segunda vez tiñeron
Las rojas flores de grana.

Al espectáculo triste
Un mortal desmayo embarga
De la amante mora bella
Las mas envidiables gracias.
Y tanto el dolor creció,
Que no cabiendo su extraña
Pasion en todo su pecho,
La ahogaron sus mismas ansias.
Murió pues: dejando ejemplo,
Que de amor la fuerza blanda
En el pecho mas esquivo
Mas profundamente labra.
Y los fuertes castellanos
Gloriosos de su jornada,
Y ricos de gozo vuelven
A ver los muros de Aranda.

## GLOSA.

*Presto zelos llorarás.*

Fabio, cuya fé constante
Logra por triunfo de amor
Pocas horas de favor,
Despues de un siglo de amante:
Advierte el curso inconstante
De la fortuna, y verás
El gran peligro, en que estás;
Y acuérdente otros mayores,
Que si hoy disfrutas favores,
Presto zelos llorarás.
Advierte en ejemplos tantos,
Porque no te cause sustos,
Que los fines de los gustos
Son principio de los llantos.
Escarmiento te den, cuantos
Muriendo conocerás
De amor, y sino verás

Tus desventuras notorias,
Y las que celebras glorias,
Presto zelos llorarás.
Mientras fuiste desdichado
Sin logro de tu amor justo,
Vivias libre del susto
De perder el bien logrado:
Pero ya que has alcanzado
La dicha, en que altivo estás,
Gózala, que ya hallarás
En ella pena mas dura,
Y lo que ayer fué ventura,
Presto zelos llorarás.
En tu suerte viendo estoy,
Fabio, la inconstancia vana,
Y ser infierno mañana,
La que gloria llamas hoy.
Duracion precisa doy
A las dichas, en que estás,
Y si permanecen mas
Las glorias, en que te ves,
No te desvanezcas, pues
Presto zelos llorarás.

## REDONDILLAS.

Si pretendes por despojos,
Lisi, los alientos mios,
¿Qué has menester de desvíos
Cuando te sobran tus ojos?
Si con mi muerte, mi bien,
Esperas tu libertad,
Mátame con tu beldad;
Pero no con tu desden.
Pues será doble rigor,
Cuando en tu mano lo tienes;
Que me mates á desdenes,

Pudiendo morir de amor.
Y nadie podrá ofenderte,
Si lo hicieres con tal arte:
Porque yo por disculparte,
Me achacaré á mí mi muerte.
Y aun te será mas blason
Oir, que tu amante Fabio
Ha muerto, no de tu agravio,
Sí solo de su pasion.
Que se hace agravio á tu pura
Y poderosa belleza,
En que usurpe la fiereza
Su poder á la hermosura.
Deja, que mi amante fé,
Me mate: pues de esta suerte
Tú consigues darme muerte:
Y yo lo agradeceré.
Pues logras de esta manera,
Que á tu beldad peregrina
La idolatren por divina
Y no la infamen por fiera.
Y es alivio á mi tristeza,
Saber, que en lance tan fuerte,
Los que celebren mi muerte,
Celebrarán tu belleza.
Y mis penas lastimosas
Harán, cuando mas no puedan,
Que tu hermosura concedan
Hasta las mas envidiosas.

# NOTICIA DE D. VICENTE GARCIA DE LA HUERTA.

Nació en Zafra. Estudió en Salamanca; mas, antes de terminar sus estudios, la amistad de un protector de alta gerarquía le trajo á Madrid, donde desde luego con su talento poético conseguia mucha nombradía, y era protegido y aplaudido de las primeras personas de la corte. Pero habiendo contraido quizá por eso mismo y por su carácter vano y altanero el odio de poderosos enemigos que dieron por pretexto la publicacion de su malhadada tragedia, titulada *La Raquel*, fué arrojado de Madrid y confinado á la plaza de Oran. El sentimiento profundo de su inocencia y la noble elevacion de su ánimo le sostuvieron allí contra el infortunio, y las musas fueron su asilo y su recreo. Así pues aquella misma desgracia añadió algun lustre á su talento, y celebridad á su nombre. A pesar de su inflexibilidad fué revocado á Madrid, y sin haberse humillado con sus enemigos, ni aun dado él mismo paso ninguno para lograr su restablecimiento, obtuvo un nuevo destino. Fué oficial mayor de la Biblioteca real, é individuo de la Academia Española, de la de la Historia, y de la de San Fernando. Entre los Arcades de Roma se llamó *Antioro* y *Aletofilo de Deliade*. Tambien en el mundo literario le atrajeron el teson y orgullo que le caracterizaban, un diluvio de contradicciones y de pesadumbres. Constituyóse pues en campeon de la antigua poesía castellana, y se opuso á la invasion del gusto frances que estaba en su mayor fuerza á la sazon, pero con mas celo que gusto, y con menos acierto que patriotismo. Sus adversarios, mas jóvenes, mas instruidos y mas diestros en aquel género de esgrima, le volvian desprecios por desprecios, sarcasmos por sarcasmos, se reian de su vanidad, hacian ver su poca instruccion, y se burlaban de él como de un ignorante ó de un loco. Así es que Huerta estaba solo contra todos y todos contra él, y que por su terquedad, su extravagancia y su poco acierto echaba á perder la buena causa que defendia, y el renombre debido á sus talentos y á su patriotismo. Conviene á la posteridad desapasionada justificar el honroso intento de aquel patriota contra el desconocimiento y menosprecio de sus coetáneos apasionados.

Murió en Madrid en 12 de marzo de 1787. Escribió una *Biblioteca militar española*, Madrid, 1760; 8°; — dos tomos de poesías (*Obras poéticas*, Madrid, 1778 - 1779, 2 vols., 8°); — varios opúsculos de crítica literaria, y formó un *Teatro español* en 17 volúmenes en 8° (Madrid, 1785–1786), cuyo penúltimo tomo contiene las tragedias del mismo Huerta, vale decir sus traducciones del *Agamemnon vengado* y de la *Zayra* y su tragedia original de *Raquel*, que es, sin duda, su obra mas estimada[1].

El mérito principal de sus composiciones consiste en el número y la cadencia de sus versos que no carecen tal vez de elegancia y de brio; mas los argumentos de sus poesias líricas son casi siempre frívolos ó mandados por las circunstancias, y su estilo es generalmente campanudo, y raya en gongorismo, pues Góngora era cabalmente el modelo que Huerta trataba de imitar. De aquí es que un crítico tan acertado y justo, como Quintana, dice de Huerta: « Su talento era bastante, su doctrina poca, su gusto ninguno. »

---

[1] Representada por primera vez en el año de 1778, y aceptada con entusiasmo. Véase el detallado analisis y la fina crítica de aquella tragedia en las Obras literarias de *D. Francisco Martinez de la Rosa*, tomo II, pág. 265-284.

# POESIAS

DE

## D. TOMAS DE IRIARTE.

### EPISTOLA

*l Cadalso, dedicándole la traduccion del Arte poética de Horacio.*

Recibe, o buen Dalmiro, por tributo
Debido á tu amistad ese volúmen,
Código en que las leyes se resumen
Del crítico y poético instituto;
Y acógele benigno, como fruto
De un gran trabajo y de un escaso númen.
Desde luego verás en su portada
Mucho renglon de letra floreada,
Con su poco de epígrafe latino
Del romano orador mas estupendo;
Y en el folio vecino
Un discurso tremendo
Para los que blasfemen de quien hable
Contra libros del tiempo venerable.
Proseguirás leyendo
Versos á izquierda, versos á derecha,
Unos en un idioma ya perdido,
Otros en el que ya se va perdiendo;
Y encontrarás al fin larga cosecha
De necesarias notas,

Que serán á este fecha
Pábulo de envidiosos ó de idiotas.
Pagué á los impresores sus propinas;
Salió el tomo anunciado en la gaceta;
Ví mi nombre estampado en las esquinas:
Nada falta: la obra está completa.
« No (me dirás): te falta lo primero,
« Y mereces dar vueltas á una noria,
« Pues lo mejor dejaste en el tintero,
« No queriendo poner dedicatoria. »
Mas referirte en confianza quiero
De serias reflexiones el conjunto
Que antes hice á mis solas sobre el punto.
Ocurrióme buscar algun magnate
Que de mi traduccion fuese padrino;
Pero dije despues: ¡qué desatino!
¿Es por ventura Horacio un botarate
Que escribe algun sainete chabacano,
O zarzuela de noches de verano
Llena de impropiedades,
Indecencias, errores, necedades?
¿O alguna tonadilla divertida
En que cuente una cómica su vida?
¿O el pobre traductor que con esmero
Interpretó la epístola *ad Pisones*,
Ha compuesto romances ó canciones
Pintando á Costillares y á Romero
Como los dos famosos campeones
Que mas ilustran hoy el reino Ibero?
No, no: por ningun caso:
Que si lo sabe Apolo justiciero
Me cerrará la entrada del Parnaso.
Pensé luego si acaso
Fuera mas justo consagrar mi escrito
Al gremio presumido de erudito,
Que suele frecuentar las librerías;
Pero dije al instante, no en mis dias.
¿A quién perdona el numeroso bando

De los que, viendo libros por el forro,
Y tan solo citando
Nombres y frontispicios,
Tienen pasmado á veces todo un corro?
Tambien alguno de ellos se figura,
Que entre buenos patricios
Que aman la nacional literatura
Hace honroso papel, porque deprime,
Como que ya del público es esclavo,
Al que por celo, y sin ganar ochavo,
Con otra aprobacion su libro imprime.
Hablará en una tarde un tomo en folio
Mayor que el diccionario de Nizolio,
Y no escribe una página de octavo.
Y el otro que pretende
Ganar la palma de escritor, emprende,
Salga melon, ó salga calabaza,
Cualquier libro frances, y le disfraza
A costa de poquísimo trabajo,
En idioma genízaro ó mestizo,
Diciendo á cada vez: yo te bautizo
Con el agua del Tajo
Por mas que hayas nacido junto al Sena;
Y rabie Garcilaso enhorabuena;
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.
No permitan las musas que mi Horacio
Salga en dedicatoria ó en prefacio,
Implorando favores,
Elogio ú proteccion de estos señores.
Poco despues se me ofreció la idea
De consagrar al matritense vulgo
Esta nueva tarea
Que para el bien del público divulgo;
Pues de aquel gran maestro los consejos
Remedio suelen ser de abusos viejos.
Creí que su lectura alcanzaria
A dar un susto á Marta y Bayalarde,

Que reinan en las tablas todavía;
Mas ví que la reforma está muy lejos;
Pues quiso mi fortuna que una tarde
Entrase en lo que llaman coliseo,
Donde ofrecen recreo
Que no fuera recreo en Berbería,
Ni en el siglo duodécimo lo fuera.
De dos ingenios era
O de tres la comedia que se hacia:
Y oí que en medio de ella un comediante
Dijo con seriedad: « Sepa el discreto
« Que lo representado es de Moreto,
« Y sigue el otro autor de aquí adelante. »
Me confundo, me aturdo,
Quédome frio, sonrojado, absorto,
No del terrible absurdo,
Pues de un ingenio al arte no sujeto,
Mas que un buen parto espero yo un aborto;
Sino de la plebeya tolerancia,
Hija de una torpísima ignorancia.
Noté que con espíritu pacato
Sus puestos conservó la gente toda.
Las palmadas irónicas de moda,
Que han sido sucesoras del silbato,
Yo no sé para cuando se guardaban.
Ni yo ví en los semblantes
De los muchos y honrados circunstantes
Muestras de que tal vez se disgustaban.
Ni desde la tertulia á la luneta
Oí runrun que al bárbaro poeta
Condenase, ó al cómico insolente
Y aqueste mismo vulgo que indolente
Con tan rara humildad todo esto aguanta,
Siéndole al parecer indiferente
Lo que se representa ó bien se canta;
Con gran teson, con fervoroso empeño
Por esta ó por aquella comedianta
Se apasiona tal vez, se quita el sueño,

Disputa, se atormenta,
Se pica, se acalora, y se impacienta.
¿Nunca has pisado el suelo madrileño
Durante aquellos dias
De la santa cuaresma
En que se enganchan ambas compañías?
¿No has visto como copian una resma
De listas que contienen
Nombres, patrias y grados
De los farsantes que de fuera vienen,
Como de los que salen descartados,
O de los que ajustados se mantienen?
¡Con qué curiosidad, con cuánto anhelo,
Con qué parcialidades y pendencias
Andan todos en varias concurrencias
Por aquel manuscrito al redopelo!
El empeño es saber quién representa:
Si la Anastasia queda cuarta ó quinta,
Si será la Isabel sobresalienta,
Si es dama la Violante ó la Jacinta;
Pero ninguno averiguar intenta
Si los dramas serán buenos ó malos,
Ni si en los intervalos
Han de ofrecer sainetes insolentes,
Modelos de pacíficos maridos,
De tunos y de pillos indecentes,
O baile de candil que acabe en palos;
Ni si saldrán vestidos
Neron con su peluca y su casaca,
O con sus dos relojes doña Urraca.
Lo mismo es esto que buscar violines,
Un violon, contrabajo, clave y viola,
Oboes ó flautas, trompas ó clarines,
Y timbales que meten batahola,
Y cuando ya la orquesta se convoque,
Música no tener para que toque,
O tenerla tan mala y displicente
Que á los ratones de la casa ahuyente.

Con un pueblo que sufre vicios tales,
Aun cuando bien conoce el desatino,
No es decente que el docto venusino
Malogre sus discursos racionales;
Ni soy yo tan injusto, necio, ú loco
Que pretenda tampoco
Que á Horacio estudien los que nada leen:
Y menos en la tierra donde creen
Que el arte y sus preceptos verdaderos
Son invencion moderna de extrangeros.
Fundado en estas sólidas razones,
Y otras que no te explico
Por evitar molestas digresiones,
Mi tomo á poderosos no dedico,
Ni á los que se intitulan literatos,
Ni á espíritus plebeyos insensatos:
Te le dedico á tí, Dalmiro amigo,
Para que con Horacio, y aun conmigo,
Juicioso te lamentes, ó te rias
Del buen gusto que reina en nuestros dias.
Cuando yo de este mundo al otro parta,
Si vivo estás y mi recuerdo estimas,
Mi traduccion te pido que reimprimas
Y por dedicatoria aquesta carta.

## FABULAS LITERARIAS.

### I.

### *El Gozque y el Macho de noria.*

Bien habrá visto el lector
En hostería ó convento
Un artificioso invento
Para andar el asador:
Rueda de madera es
Con escalones, y un perro

ido en aquel encierro
la vueltas con los pies.
arece que cierto Can,
la máquina movia,
pezó á decir un dia :
ien trabajo ; y ¿ qué me dan ?
Cómo sudo ! ¡ ay infeliz !
l cabo por grande exceso
arrojarán algun hueso
sobre de esa perdiz.
on mucha incomodidad
uí la vida se pasa :
iré, no solo de casa,
s tambien de la ciudad. »
penas le dieron suelta,
endo con disimulo
gó al campo, en donde un Mulo
na noria daba vuelta :
no le hubo visto bien,
ndo dijo : « ¿ Quién va allá ?
ece que por acá
mos carne tambien. » —
No aso carne; que agua saco ; »
Macho le respondió : )
so tambien lo haré yo,
ltó el Can ) aunque estoy flaco.
omo esa rueda es mayor
o mas trabajaré :
nto pesa ?... Pues ¿ y qué ?
ando la de mi asador ?
le habrán de dar, sobre todo,
racion, tendré mas gloria... »
onces el de la noria
nterrumpió de este modo :
Que se vuelva le aconsejo
oltear su asador ;
esta empresa es superior
as fuerzas de un gozquejo. »

¡Miren el Mulo bellaco,
Y qué bien le replicó!
Lo mismo he leido yo
En un tal Horacio Flaco;
Que á un autor da por gran yerro
Cargar con lo que despues
No podrá llevar; esto es,
Que no ande la noria el Perro.

## II.

### *La Parietaria y el Tomillo.*

Yo leí, no sé donde, que en la lengua herbolaria
Saludando al Tomillo la yerba Parietaria,
Con socarronería le dijo de esta suerte:
Dios te guarde, Tomillo, lástima me da verte;
Que aunque mas oloroso que todas estas plantas,
Apenas medio palmo del suelo te levantas.
Él responde: Querida, chico soy; pero crezco
Sin ayuda de nadie. Yo sí te compadezco;
Pues, por mas que presumas, ni medio palmo puedes
Medrar, si no te arrimas á una de esas paredes.

Cuando veo yo algunos que de otros escritores
A la sombra se arriman, y piensan ser autores
Con poner cuatro notas, ó hacer un prologuillo,
Estoy por aplicarles lo que dijo el Tomillo.

## III.

### *La Rana y el Renacuajo.*

En la orilla del Tajo
Hablaba con la Rana el Renacuajo,
Alabando las hojas, la espesura
De un gran cañaveral, y su verdura.
Mas luego que del viento

etu violento
ña abatió, que cayó al rio,
o de leccion dijo la Rana :
verla, hijo mio :
fuera muy tersa, muy lozana;
ntro toda fofa, toda vana.

rana entendiera poesía,
n de muchos versos lo diria.

## IV.

### *La Cabra y el Caballo.*

tábase una Cabra muy atenta,
o rato escuchando
n acorde violin el eco blando.
pies se la bailaban de contenta;
cierto jaco, que tambien suspenso
olvidaba el pienso,
gió de esta suerte la palabra :
No oyes de aquellas cuerdas la harmonía?
sabe que son tripas de una cabra
fué en un tiempo compañera mia.
io (dicha grande) que algun dia
menos dulces trinos
narán mis sonoros intestinos.
ióse el buen Rocin, y respondióla :
que no resuenan esas cuerdas
porque las hieren con las cerdas
sufrí me arrancasen de la cola.
olor me costó, pasé mi susto;
, al fin, tengo el gusto
er qué lucimiento
á mi auxilio el músico instrumento.
que satisfaccion igual esperas,
ndo la gozarás? Despues que mueras.

Asi, ni mas ni menos, porque en vida
No ha conseguido ver su obra aplaudida
Algun mal escritor, al juicio apela
De la posteridad, y se consuela.

## V.

### *El Erudito y el Raton.*

En el cuarto de un célebre Erudito
Se hospedaba un Raton, raton maldito,
Que no se alimentaba de otra cosa
Que de roerle siempre verso y prosa.
Ni de un gatazo el vigilante celo
Pudo llegarle al pelo,
Ni extrañas invenciones
De varias é ingeniosas ratoneras,
O el rejalgar en dulces confecciones
Curar lograron su incesante anhelo
De registrar las doctas papeleras,
Y acribillar las páginas enteras.
Quiso luego la trampa
Que el perseguido autor diese á la estampa
Sus obras de elocuencia y poesía:
Y aquel bicho travieso,
Si antes lo manuscrito le roía,
Mucho mejor roía ya lo impreso.
¡ Qué desgracia la mia !
( El literato exclama ) : ya estoy harto
De escribir para gente roedera;
Y por no verme en esto, desde ahora
Papel blanco no mas habrá en mi cuarto.
Yo haré que este desórden se corrija...
Pero sí : la traidora sabandija,
Tan hecha á malas mañas, igualmente
En el blanco papel hincaba el diente.
El autor, aburrido,
Echa en la tinta dósis competente

De soliman molido:
Escribe (yo no sé si en prosa ó verso):
Devora, pues, el animal perverso;
Y revienta, por fin... ¡Felix receta!
(Dijo entonces el crítico poeta):
Quien tanto roe, mire no le escriba
Con un poco de tinta corrosiva.

Bien hace quien su crítica modera;
Pero usarla conviene mas severa
Contra censura injusta y ofensiva,
Cuando no hablar con sincero denuedo
Poca razon arguye, ó mucho miedo.

## VI.

### *El Avestruz, el Dromedario y la Zorra.*

Para pasar el tiempo congregada
Una tertulia de animales varios
(Que tambien entre brutos hay tertulias),
Mil especies en ella se tocaron.
Hablóse allí de las diversas prendas
De que cada animal está dotado:
Este á la hormiga alaba, aquel al perro,
Quien á la abeja, quien al papagayo.
No (dijo el Avestruz): en mi dictámen,
No hay mejor animal que el Dromedario.
El Dromedario dijo: yo confieso
Que solo el Avestruz es de mi agrado.
Ninguno adivinó por qué motivo
Ambos tenian gusto tan extraño.
¿Será porque los dos abultan mucho?
¿O por tener los dos los cuellos largos?
¿O porque el Avestruz es algo simple,
Y no muy advertido el Dromedario?
¿O bien porque son feos uno y otro?
¿O porque tienen en el pecho un callo?

O puede ser tambien... No es nada de eso,
(La Zorra interrumpió): ya dí en el caso.
¿Sabeis por qué motivo el uno al otro
Tanto se alaban? Porque son paisanos.

En efecto, ambos eran berberiscos;
Y no fué juicio, no, tan temerario
El de la zorra, que no pueda hacerse
Tal vez igual de algunos literatos.

## VII.

### *La Espada y el Asador.*

Sirvió en muchos combates una Espada
Tersa, fina, cortante, bien templada,
La mas famosa que salió de mano
De insigne fabricante toledano.
Fué pasando á poder de varios dueños,
Y airosos los sacó de mil empeños.
Vendióse en almonedas diferentes,
Hasta que por extraños accidentes
Vino, en fin, á parar (¡quién lo diria!)
A un oscuro rincon de una hostería,
Donde, cual mueble inútil, arrimada,
Se tomaba de orin. Una criada
Por mandado de su amo el posadero,
Que debia de ser gran majadero,
Se la llevó una vez á la cocina:
Atravesó con ella una gallina;
Y héteme un Asador hecho y derecho
La que una Espada fué de honra y provecho.
Mientras esto pasaba en la posada,
En la corte comprar quiso una espada
Cierto recien llegado forastero
Trasformado de payo en caballero.
El espadero, viendo que al presente
Es la espada un adorno solamente,

Y que pasa por buena cualquier hoja,
Siendo de moda el puño que se escoja,
Díjole que volviese al otro dia.
Un Asador que en su cocina habia
Luego desbasta, afila y acicala,
Y por espada de Tomas de Ayala
Al pobre forastero, que no entiende
De semejantes compras, se le vende;
Siendo tan picaron el espadero
Como fué ignoranton el posadero.

¿Mas de igual ignorancia ó picardía
Nuestra nacion quejarse no podria
Contra los traductores de dos clases,
Que infestada la tienen con sus frases?
Unos traducen obras celebradas,
Y en asadores vuelven las espadas:
Otros hay que traducen las peores,
Y venden por espadas asadores.

## VIII.

### *El Naturalista y las Lagartijas.*

Vió en una huerta
Dos Lagartijas
Cierto curioso
Naturalista.
Cógelas ambas,
Y á toda prisa
Quiere hacer de ellas
Anatomía.
Ya me ha pillado
La mas rolliza;
Miembro por miembro
Ya me la trincha;
El microscopio
Luego la aplica.
Patas y cola,
Pellejo y tripas,
Ojos y cuello,
Lomo y barriga,
Todo lo aparta,
Y lo examina.
Toma la pluma;
De nuevo mira;
Escribe un poco;
Recapacita.
Sus mamotretos
Despues registra;
Vuelve á la propia
Carnicería.
Varios curiosos
De su pandilla

Entran á verle :
Dales noticia
De lo que observa :
Unos se admiran,
Otros preguntan,
Otros cavilan.
Finalizada
La anatomía,
Cansóse el sabio
De lagartija.
Soltó la otra
Que estaba viva.
Ella se vuelve
A sus rendijas,
En donde, hablando
Con sus vecinas,
Todo el suceso
Las participa.
No hay que dudarlo,
No (las decia) :
Con estos ojos
Lo ví yo misma.
Se ha estado el hombre
Todito un dia
Mirando el cuerpo
De nuestra amiga.
¿Y hay quién nos trate
De sabandijas?
¿Cómo se sufre
Tal injusticia,
Cuando tenemos
Cosas tan dignas
De contemplarse
Y andar escritas?
No hay que abatirse,
Noble cuadrilla :
Valemos mucho
Por mas que digan.

¿Y querrán luego
Que no se engrian
Ciertos autores
De obras inicuas?
Los honra mucho
Quien los critica.
No seriamente;
Muy por encima
Deben notarse
Sus tonterías;
Que hacer gran caso
De Lagartijas
Es dar motivo
De que repitan :
Valemos mucho,
Por mas que digan.

## IX.

### *El Sapo y el Mochuelo.*

Escondido en el tronco de un árbol
Estaba un Mochuelo ;
Y pasando no lejos un Sapo,
Le vió medio cuerpo.
¡Ah de arriba, señor solitario!
Dijo el tal Escuerzo :

ted la cabeza, y veamos
aito, ó feo.
umo de mozo gallardo,
ió el de adentro:
or eso á salir á lo claro
ne atrevo;
ed que de dia su garbo
e luciendo,
viera mejor agachado
agujero?

é pocos autores tomamos
n consejo!
damos á luz, aunque malo,
omponemos:
fuera bien sepultarlo;
, compañeros!
emos ser públicos Sapos
tos Mochuelos.

## X.

### *El Burro del Aceitero.*

ierta ocasion un cuero
de aceite llevaba
rrico que ayudaba
oficio á un Aceitero.
un poco ligero
he en su cuadra entraba;
na puerta en la aldaba
el porrazo mas fiero.
clamó: ¿no es cosa dura
nto aceite acarree,
a la cuadra oscura?

emo que se mosquee
cuento quien procura

Juntar libros que no lee;
¿Se mosquea? Bien está
Pero este tal ¿por ventura
Mis fábulas leerá?

## XI.

### *La contienda de los Mosquitos.*

Diabólica refriega
Dentro de una bodega
Se trabó entre infinitos
Bebedores Mosquitos.
(Pero extraño una cosa:
Que el buen Villaviciosa
No hiciese en su Mosquea
Mencion de esta pelea).
Era el caso que muchos
Expertos y machuchos
Con teson defendian
Que ya no se cogian
Aquellos vinos puros,
Generosos, maduros,
Gustosos y fragantes
Que se cogian antes.
En sentir de otros varios,
A esta opinion contrarios,
Los vinos excelentes
Eran los mas recientes,
Y del opuesto bando
Se burlaban, culpando
Tales ponderaciones
Como declamaciones
De apasionados jueces,
Amigos de vejeces.
Al agudo zumbido
De uno y otro partido
Se hundia la bodega:

Cuando héteme que llega
Un anciano Mosquito,
Catador muy perito;
Y dice, echando un taco:
Por vida del dios Baco...
(Entre ellos ya se sabe
Que es juramento grave)
Donde yo estoy, ninguno
Dará mas oportuno
Ni mas fundado voto:
Cese ya el alboroto.
A fé de buen navarro,
Que en tonel, bota ó jarro,
Barril, tinaja, ó cuba
El jugo de la uba
Difícilmente evita
Mi cumplida visita;
Y en esto de catarle,
Distinguirle y juzgarle,
Puedo poner escuela
De Jerez á Tudela,
De Málaga á Peralta,
De Canarias á Malta,
De Oporto á Valdepeñas.
Sabed por estas señas,
Que es un gran desatino
Pensar que todo vino
Que desde su cosecha
Cuenta larga la fecha,
Fué siempre aventajado.
Con el tiempo ha ganado
En bondad: no lo niego;
Pero si él desde luego
Mal vino hubiera sido,
Ya se hubiera torcido:
Y al fin, tambien habia
Lo mismo que en el dia,
En los siglos pasados

Vinos avinagrados.
Al contrario, yo pruebo
A veces vino nuevo
Que apostarlas pudiera
Al mejor de otra era;
Y si muchos agostos
Pasan por ciertos mostos
De los que hoy se reprueban,
Puede ser que los beban
Por vinos exquisitos
Los futuros Mosquitos.
Basta ya de pendencia;
Y por final sentencia
El mal vino condeno;
Le chupo, cuando es bueno,
Y jamas averiguo
Si es moderno ú antiguo.

Mil doctos importunos,
Por lo antiguo los unos,
Otros por lo moderno,
Ligan litigio eterno;
Mi texto favorito
Será siempre el Mosquito.

## XII.

### *La discordia de los Relojes.*

Convidados estaban á un banquete
Diferentes amigos; y uno de ellos,
Que, faltando á la hora señalada,
Llegó despues de todos, pretendia
Disculpar su tardanza. ¿Qué disculpa
Nos podrás alegar? le replicaron:
Él sacó su Relox, mostróle, y dijo:
¿No ven ustedes como vengo á tiempo?
Las dos en punto son. ¡Qué disparate!
Le respondieron: tu Reloj atrasa

es cuartos de hora. Pero, amigos,
a el tardío convidado,
puedo yo hacer que dar el texto?
mi Relox..... Note el curioso
ste señor mio como algunos
bsurdo cometen, y se excusan
imera autoridad que encuentran.
mo iba diciendo de mi cuento,
circunstantes empezaron
is Relojes en apoyo
dad. Entonces advirtieron,
tenia el cuarto, otro la media,
los y treinta y seis minutos,
rce mas, aquel diez menos.
los que conformes estuvieran.
todo era dudas y cuestiones.
astronomía cabalmente
o de casa aficionado;
ando luego su infalible,
á una exacta meridiana,
eran las tres y dos minutos,
al puso fin á la contienda,
ó diciendo : Caballeros,
la verdad piensan que vale
ridades y opiniones,
las hay; mas, por fortuna,
len ser muchas, y ella es una.

## MADRIGAL.

nuger! ¿Qué mas quieres de mí?
borrecerme? — Eso haces ya.
mi corazon? — Ya te le dí.
muera á tus manos? — ¡Ojalá!
ersos? — Pues hételos aquí.
ue no te vea? — Bien está.
muger, ¿qué mas puedo hacer yo?
e? — ¡Ay mis ojos! eso no.

## EPIGRAMA.

Levantóme á las mil, como quien soy.
Me lavo. Que me vengan á afeitar.
Traigan el chocolate; y á peinar.
Un libro... Ya leí... Basta por hoy.

Si me buscan, que digan que no estoy...
Polvos... Venga el vestido verdemar...
¿Si estará ya la misa en el altar?...
¿Han puesto la berlina? pues me voy.

Hice ya tres visitas. A comer...
Traigan barajas. Ya jugué. Perdí...
Pongan el tiro. Al campo, y á correr...

Ya Doña Eulalia esperará por mí...
Dió la una. A cenar, y á recoger.
¿Y es este un racional? — Dicen que sí.

# IA DE D. TOMAS DE IRIARTE.

rto de Santa Cruz de la villa de Orotava, en la isla de
setiembre de 1750.
os estudios en la villa de Orotava bajo la direccion de su
an Tomas de Iriarte, de la órden de Predicadores, y
nte con mucho provecho el estudio de la lengua y de la

venida á Madrid á insinuacion de su tio, don Juan de
rio de S. M., continuó este célebre humanista su edu-
dades; aunque tambien estudió las matemáticas, geo-
ísica y las lenguas modernas, especialmente la inglesa,
. Compuso ya entonces dos poemas latinos y tradujo al-
tino y del frances al castellano. Se perfeccionó tambien
cual tenia siempre mucha aficion.
ez y ocho años publicó su comedia original: *Hacer que*
a en Madrid, año de 1770, con el anagrama de don
r los años de 1769 hasta 1772, inmediatos al estableci-
vo teatro español en los sitios reales, « *tuvo superior*
dice él mismo, para traducir del frances varias com-
icas, cuales fueron: *El Malgastador, La Escocesa, El*
*Aprehensivo ó Enfermo imaginario, La Pupila jui-*
*ler de Esmirna*, la tragedia de Voltaire *el Huérfano de*
compuso ademas algunos dramas originales hasta 1775.
mió un poema latino y castellano con ocasion del naci-
te don Cárlos, é institucion de la órden de Cárlos III.
falleció su tio don Juan de Iriarte, al cual sucedió en el
l traductor de la primera secretaría de estado, y cuyas
ntamente con sus hermanos, traduciendo muchos de los
e otros poemas, y opúsculos latinos que se insertaron en
bien con el marques de los Llanos en las secretarías del
nara de Aragon. En enero de 1772, se le confirió la co-
ner el *Mercurio histórico y político de Madrid*, que
Pero despues de once meses, lo dejó, por atender de ór-
traduccion de los apéndices latinos, franceses é italianos

que estan en los tres tomos de las *Cartas latinas de Aletino Filaret*
defensa de Palafox. Entonces escribió *los Literatos en cuaresma*, y v
poesías sueltas y epístolas á su amigo don Josef Cadalso.

En 1776 se le nombró archivero del supremo consejo de la guerra;
año siguiente publicó la traduccion de la Epístola de Horacio á los Pi
que dió motivo á la contienda literaria entre él y don Juan Sedan
colector del *Parnaso español*, á cuyas críticas contestó Iriarte c
diálogo joco-serio: *Donde las dan las toman*, en 1778. En el mism
se representó con aceptacion su comedia: *el Señorito mimado*. Dos
despues imprimió el poema de *La Música*, y en 1782 dió á luz las *F*
*las literarias*: á estas dos obras, traducidas en casi todas las lengua
tas de Europa, debe principalmente su fama como poeta [1]. Cuand
publicacion era justamente el tiempo de contiendas literarias, Iriarte
bastante famoso para servir de blanco á la rivalidad y la invidia, y
irritable como todos los poetas, no pudo menos de hacer un papel
señalado en aquellas guerrillas. Así sus Fábulas literarias fueron impu
das en el *Asno erudito* de Forner, al que contestó con un papel: *P*
*casos tales suelen tener los maestros oficiales*. Así él mismo ridic
en aquellas fábulas sus rivales, y entre otros al célebre Melendez po
cual fué vencido en el concurso de premios ofrecidos por la Academi
pañola en el año de 1780 al que mejor desempeñara en una égloga la
cripcion de *la felicidad de la vida del campo*, pues la égloga de Mele
fué premiada, la de Iriarte no obtuvo que el *accessit*.

Apasionado á Virgilio, quiso ensayarse tambien en la poesía épica y e
por su héroe su célebre paisano Cortés, el conquistador de Méjico;
á no ser bastantes sus fuerzas para un asunto original se contentó con
ducir en verso castellano la *Eneida*, de que publicó los cuatro prim
libros.

Por órden del conde de Florida-Blanca compuso varios libros eleme
les para instruccion de los niños de las escuelas. Tradujo tambien con
reza y gracia el *Nuevo Robinson* de Campe de que se han hecho va
ediciones.

Suspecto de profesar la filosofía anti-cristiana fué perseguido po
inquisicion de Madrid en 1786, y á pesar de su defensa satisfactoria de
rado «ligeramente suspecto.» Pero habiendo abjurado *de formali*, obtuv
fin la absolucion por medio de una penitencia que ha quedado casi sec

En 1787 publicó la coleccion de sus obras en seis tomos [2] que despue su muerte se ha reimpreso en ocho (en Madrid, 1805), añadiendo en los dos últimos muchas obras inéditas. Publicó en 1788 la comedia de *la Señorita mal criada*.

---

[1] Véase la fina y justa crítica de aquellas dos obras y de su comedia: *El S*
*rito mimado*, en las Obras literarias de *D. Francisco Martinez de la*
(tomo I, pág. 316 y siguientes y 515. — Tomo II, pág. 57 y siguientes).

[2] Véase el índice razonado de las obras que contiene en el «Ensayo de un

Estando en Andalucía en 1790 á restablecerse de sus dolencias habituales, escribió el monólogo, *Guzman el Bueno* : y en el corresponsal del censor se publicó su sátira en latin macarrónico contra el mal gusto de las escuelas españolas de aquel tiempo. Esta laboriosidad infatigable y la vida sedentaria le agravaron su mal de gota, y murió de sus resultas el 17 de setiembre de 1791, y al dia siguiente se le enterró en la parroquia de San Juan.

Don *Cárlos Pignatelli* ha escrito un elogio histórico de Iriarte, y el señor *Joly* publicó una noticia biográfica de él en el *Repertorio de literatura* (Répertoire de littérature); pero la mejor noticia de Iriarte la ha compuesto el señor don *Martin Fernandez de Navarrete*, la cual está insertada en la excelente coleccion del señor don *Manuel Josef de Quintana* : de esta tambien nosotros nos hemos aprovechado para la composicion del presente bosquejo biográfico.

Iriarte se ensayó en casi todos los ramos de la poesía, pero no con igual éxito. Buscaba imitar á los clásicos antiguos segun el modo de los dogmatizadores de la famosa escuela francesa, cuyas reglas cuadraban en efecto con el carácter de su espíritu. Pues dotado de una razon bien formada, de una discrecion natural cultivada con el trato mas urbano de la corte, y de un ingenio vivo y despejado, junto con una erudicion escogida, no pudo menos de poner en sus obras regularidad, juicio, claridad, tersura y elegancia. Alcanzó cuanto pueden dar de sí la aplicacion y el gusto, pero no lo que le habia negado la naturaleza. Falto de elevacion de alma, de vigor de fantasía, de viveza en la expresion de los afectos, de gala y fuerza en los colores, de ritmo y de armonía, ni pinta, ni conmueve, ni interesa en sus poemas didácticos, descriptivos, dramáticos y épicos. Señalóse empero mas en los géneros medios y templados, en donde le bastaban sus fuerzas, como en sus epístolas, epigramas y principalmente en sus Fábulas literarias, distinguidas por la originalidad y oportunidad de la invencion, la naturalidad y sencillez de la ejecucion, la gracia y limpieza de la expresion, la mayor facilidad y soltura de la versificacion, por un lenguaje castizo y esmerado, y á veces por un diálogo vivo y animado. De aquí es que el célebre crítico *Martínez de la Rosa*, hablando de ellas, dice con razon:
« Si Iriarte no hubiese dejado composiciones de otra clase, habria acre-
« centado su reputacion como poeta. »

Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Cárlos III, por *D. Juan Sempere y Guarinos*, tomo VI, pág. 192-217.

# POESIAS

DE

# D. FELIX MARIA DE SAMANIEGO.

## FABULAS MORALES.

### I.

### A D. TOMAS DE IRIARTE.

*La Aguila y el Cuervo.*

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero mas arte,
Que poner á los tuyos por modelo.
A competir anhelo
Con tu númen, que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquella en que tocaron dulcemente
*Música*, y *poesía juntamente.*
Esto no puede ser: ordena Apolo,
Que digno solo tú, la pulses solo,
¿Y porqué solo tú? pues cuando menos
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases,
Y desde allí cantases,
*Risco tramonto de época altanera,*
*Góngora* que te siga, te dijera.
Pero si vas marchando por el llano,

Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales;
Y todas ellas tales,
Que aun aquel que no entiende poesía,
Dice: *eso yo tambien me lo diria;*
¿Porqué no he de imitarte, y aun acaso
Antes que tú trepar por el Parnaso?
No imploras las Sirenas, ni las Musas:
Ni de númenes usas:
Ni aun siquiera confias en Apolo.
A la naturaleza imploras solo;
Y ella sabia te dicta sus verdades.
Yo te imito: no invoco á las deidades;
Y por mejor consejo,
Sea mi sacro númen cierto viejo:
Esopo digo. Díctame, machucho,
Una de tus patrañas, que te escucho.

Una Aguila rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al cielo,
Arrebató un cordero en un instante.
Quiere un Cuervo imitarla: de un carnero
En el vellon sus uñas hacen presa:
Queda enredado entre la lana espesa,
Como pájaro en liga prisionero.
Hacen de él los pastores vil juguete,
Para castigo de su intento necio.
Bien merece la burla y el desprecio
El Cuervo que á ser Aguila se mete.

El viejo me ha dictado esta patraña,
Y astutamente asi me desengaña.
Esa facilidad, esa destreza,
Con que arrebató el Aguila su pieza,
Fué la que engañó al Cuervo, pues creia
Que otro tanto á lo menos él haria.
¿Mas qué logró? Servirme de escarmiento;

que sirviese á mas de ciento,
le mal gusto inficionados;
n, cual yo, desengañados:
la eres tú, divino Iriarte,
retendo mas sino admirarte:
o el laurel, tuya la gloria;
a yo el cuervo de la historia.

## II.

### *La Cigarra y la Hormiga.*

antando la Cigarra
ó el verano entero,
hacer provisiones
para el invierno:
frios la obligaron
uardar el silencio,
acogerse al abrigo
su estrecho aposento.
se desproveida
preciso sustento,
mosca, sin gusano,
trigo, sin centeno.
itaba la Hormiga
tabique en medio,
on mil expresiones
atencion y respeto,
lijo: « Doña Hormiga,
s que en vuestros graneros
ran las provisiones
a vuestro alimento,
stad alguna cosa
a que viva este invierno
a triste Cigarra,
alegre en otro tiempo
nca conoció el daño,
nca supo temerlo.

No dudeis en prestarme;
Que fielmente prometo
Pagaros con ganancias
Por el nombre que tengo.
La codiciosa Hormiga
Respondió con denuedo,
Ocultando á la espalda
Las llaves del granero :
« ¡Yo prestar lo que gano
Con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana,
¿Qué has hecho en el buen tiempo?... »
« Yo, dijo la Cigarra,
A todo pasagero
Cantaba alegremente
Sin cesar ni un momento. »
« ¡Ola! ¿con qué cantabas,
Cuando yo andaba al remo?
Pues ahora que yo como,
Baila, pese á tu cuerpo. »

## III.

### *El Muchacho y la Fortuna.*

A la orilla de un pozo
Sobre la fresca yerba
Un incauto Mancebo
Dormia á pierna suelta.
Gritóle la Fortuna :
Insensato, despierta,
¿No ves que ahogarte puedes
A poco que te muevas?
Por tí, y otros canallas,
A veces me motejan
Los unos de inconstante,
Y los otros de adversa.
Reveses de Fortuna

Llamais á las miserias:
¿Porqué, si son reveses
De la conducta necia?

## IV.

### *El Leon vencido por el Hombre.*

Cierto artífice pintó
Una lucha, en que valiente
Un Hombre tan solamente
A un horrible Leon venció,
Otro Leon, que el cuadro vió,
Sin preguntar por su autor,
En tono despreciador
Dijo: Bien se deja ver,
Que es pintar como querer,
Y no fué Leon el pintor.

## V.

### *El Herrero y el Perro.*

Un Herrero tenia
Un Perro que no hacia
Sino comer, dormir, y estarse echado:
De la casa jamas tuvo cuidado;
Levantábase solo á mesa puesta,
Entonces con gran fiesta
Al dueño se acercaba,
Con perrunas caricias lo halagaba,
Mostrando de cariño mil excesos
Por pillar las piltrafas y los huesos.
He llegado á notar, le dijo el amo,
Que, aunque nunca te llamo
A la mesa, te llegas prontamente,
En la fragua jamas te ví presente;
Y yo me maravillo,

De que no dispertándote el martillo,
Te desveles al ruido de mis dientes.
Anda, anda, poltron; no es bien que cuentes,
Que el amo hecho un gañan, y sin reposo,
Te mantiene á lo conde muy ocioso.
El Perro le responde:
¿Qué mas tiene que yo cualquiera conde?
Para no trabajar, debo al destino
Haber nacido Perro, y no pollino.
Pues, señor conde: fuera de mi casa,
Verás en las demas lo que te pasa.
En efecto salió á probar fortuna,
Y las casas anduvo de una en una.
Allí le hacen servir de centinela,
Y que pase la noche toda en vela;
Acá de lazarillo, y de danzante,
Allá dentro de un torno á cada instante
Asa la carne que comer no espera.
Al cabo conoció de esta manera,
Que el destino, y no es cuento,
A todos nos cargó como al jumento.

## VI.

### *El Leopardo y las Monas.*

No á pares, á docenas encontraba
Las Monas en Tetuan, cuando cazaba
Un Leopardo: apenas lo veian
A los árboles todas se subian,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudiera decir: no estan maduras.
El cazador astuto se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto.
Hasta las viejas Monas
Alegres en el caso, y juguetonas
Empiezan á saltar; la mas osada
Baja; arrímase al muerto de callada;

huele, y aun tienta,
a muy contenta:
l, que muerto está de todo punto,
que empieza á oler el tal difunto.
todas con bulla y algazara:
tocan la cara,
saltan encima,
la se le arrima,
endo mimos á su lado queda:
e finge muerta, y lo remeda.
iego que las siente fatigadas
rrer, de saltar, y hacer monadas
tase ligero,
que nunca fiero
mata, devora, de manera
recia la sangrienta fiera,
ndo con los muertos la campaña,
matando moros en España.

l peor enemigo el que aparenta
ler causar daño; porque intenta,
ando confianza,
rar su golpe de venganza.

### VII.

### *El Labrador y la Cigüeña.*

n Labrador miraba
duelo su sembrado,
que gansos, y grullas
u trigo solian hacer pasto.
ó sin mas tardanza
stramente sus lazos,
ayeron en ellos
Cigüeña, las grullas, y los gansos.
or rústico, dijo
Cigüeña temblando,
teme las prisiones,

Pues no merezco pena de culpados:
La diosa Céres sabe,
Que lejos de hacer daño,
Limpio de sabandijas,
De culebras, y víboras los campos.
Nada me satisface,
Respondió el hombre airado:
Te hallé con delincuentes,
Con ellos morirás entre mis manos.

La inocente Cigüeña
Tuvo el fin desgraciado,
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.

## VIII.

### *La Aguila, la Gata y la Jabalina.*

Una Aguila anidó sobre una encina.
Al pie criaba cierta Jabalina;
Y era un hueco del tronco corpulento
De una Gata y sus crias aposento.
Esta gran marrullera
Sube al nido del Aguila altanera,
Y con fingidas lágrimas la dice:
¡Ay mísera de mí! ¡Ay infelice!
Este sí que es trabajo:
La vecina que habita el cuarto bajo,
Como tú misma ves, el dia pasa
Hozando los cimientos de la casa.
La arruinará; y en viendo la traidora
Por tierra á nuestros hijos los devora.
Despues que dejó el Aguila asustada,
A la cueva se baja de callada,
Y dice á la Cerdosa: buena amiga,
Has de saber que la Aguila enemiga,
Cuando saques tus crias hácia el monte,

Las ha de devorar; asi disponte.
La Gata aparentando que temia
Se retiró á su cuarto, y no salia
Sino de noche que con maña astuta
Abastecia su pequeña gruta.
La Jabalina con tan triste nueva
No salió de su cueva.
La Aguila en el ramage temerosa
Haciendo centinela no reposa.
En fin á ambas familias la hambre mata;
Y de ellas hizo víveres la Gata.

Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado;
Que un chismoso en amigo disfrazado,
Con capa de amistad cubre sus trazas,
Y asi causan el mal sus añagazas.

## IX.

### *Júpiter y la Tortuga.*

A las bodas de Júpiter estaban
Todos los animales convidados:
Unos y otros llegaban
A la fiesta nupcial apresurados.
No faltaba á tan grande concurrencia
Ni aun la reptil, y mas lejana oruga,
Cuando llega muy tarde, y con paciencia,
A paso perezoso la Tortuga:
Su tardanza reprende el dios airado,
Y ella le respondió sencillamente:
Si es mi casita mi retiro amado,
¿Cómo podré dejarla prontamente?
Por tal disculpa Júpiter tonante
Olvidando el indulto de las fiestas,
La ley del caracol le echó al instante,
Que es andar con la casa siempre á cuestas.

Gentes machuchas hay que hacen alarde
De que aman su retiro con exceso;
Pero á su obligacion acuden tarde;
Viven como el raton dentro del queso.

## X.

### *El Charlatan.*

Si cualquiera de ustedes
Se da por las paredes,
O arroja de un tejado,
Y queda á buen librar descostillado,
Yo me reiré muy bien: importa un pito,
Como tenga mi bálsamo exquisito.
Con esta relacion un chacharero
Gana mucha opinion, y mas dinero;
Pues el vulgo pendiente de sus labios
Mas quiere á un Charlatan, que á veinte sabios.
Por esta conveniencia
Los hay el dia de hoy en toda ciencia,
Que ocupan igualmente acreditados
Cátedras, academias y tablados.
Prueba de esta verdad será un famoso
Doctor en elocuencia; tan copioso
En charlatanería,
Que ofreció enseñaria
A hablar discreto con facundo pico
En diez años de término á un Borrico.
Sábelo el rey: lo llama; y al momento
Le manda de lecciones á un jumento;
Pero bien entendido,
Que seria, cumpliendo lo ofrecido
Ricamente premiado,
Mas cuando no, que moriria ahorcado.
El doctor asegura nuevamente
Sacar un orador asno elocuente.
Dícele callandito un cortesano:

he, buen hermano,
scura me espanta:
amo me huele su garganta.
mais, señor mio,
ndió el Charlatan, pues yo me rio.
liez años de plazo que tenemos,
, el asno, ó yo no moriremos?

lie encuentra embarazo
r un largo plazo
ortantes negocios; mas no advierte,
justa mal su cuenta sin la muerte.

## XI.

### *Las dos Ranas.*

s Ranas
cinos:
tanque,
amino.
sta
o:
amiga,
juicio,
ntenta
igros,
enazan,
so,
as ruedas,
itos!
nda:
tino:
támen,
nigo.
nofa,
mimos,
su amiga:

¡Excelente aviso!
¡A mí novedades!
Vaya ¡qué delirio!
Eso sí que fuera
Darme el diablo ruido.
¡Yo dejar la casa,
Que fué domicilio
De padres, abuelos,
Y todos los mios,
Sin que haya memoria
De haber sucedido
La menor desgracia
Desde luengos siglos!
Allá te compongas;
Mas ten entendido,
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto:
Llegó una carreta
A este tiempo mismo,
Y á la triste Rana
Tortilla la hizo.

Por hombres de seso
Muchos hay tenidos,
Que á nuevas razones
Cierran los oidos.

Recibir consejos
Es un desvarío.
La rancia costumbre
Suele ser su libro.

## XII.

### *El Hombre y la Pulga.*

Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
Y haz, disparando rayos y centellas,
Que muera este animal vil y tirano,
Plaga fatal para el linage humano;
Y si vos no lo haceis, Hércules sea
Quien acabe con él, y su ralea.
Este es un Hombre que á los dioses clama,
Porque una Pulga le picó en la cama;
Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
Que de Júpiter, y Hércules consiga,
De este, que viva despulgando sayos;
De aquel, matando pulgas con sus rayos.

Tenemos en el cielo los mortales
Recurso en las desdichas, y los males;
Mas se suele abusar frecuentemente,
Por lograr un antojo impertinente.

## XIII.

### *El Charlatan y el Rústico.*

Lo que jamas se ha visto, ni se ha oido
Verán ustedes: atencion les pido.
Asi decia un Charlatan famoso,
Cercado de un concurso numeroso.
En efecto: quedando todo el mundo
En silencio profundo,
Remedó á un cochinillo de tal modo,

uditorio todo
lo que lo tiene, y que lo tapa,
tuado grita: *fuera capa.*
rióse; y al ver que nada habia,
ores lo aclaman á porfía.
z, dijo un Patan, que yo prometo
ñana, hablando con respeto,
l puerco mas perfectamente;
ue me lo claven en la frente.
a prometió la concurrencia
rse del Payo su asistencia.
a hora: todos acudieron:
a al Charlatan gruñir oyeron
á su favor preocupadas,
icen, al son de las palmadas.
espues el Rústico al tablado
bulto en la capa; y embozado
l Charlatan en la postura
ir, que un lechon tapar procura;
taba la gracia, en que era el bulto
rranillo que tenia oculto.
callandito de la oreja:
ndo en tiple, el animal se queja;
creer que es remedo el tal gruñido,
e oia un fuera, allí un silbido,
el mundo queda
es el otro quien mejor remeda.
tico descubre su marrano:
lico lo enseña, y dice ufano:
uzgan ustedes?
ocupacion, y cuánto puedes!

## XIV.

### *El Asno y Júpiter.*

sé como hay jumento,
eniendo un adarme de talento,

Quiera meterse á burro de hortelano.
Llevo á la plaza desde muy temprano
Cada dia cien cargas de verdura:
Vuelvo con otras tantas de basura;
Y para minorar mi pesadumbre,
Un criado me azota por costumbre.
Mi vida es esta, ¿qué será mi muerte,
Como no mude Júpiter mi suerte?
Un Asno de este modo se quejaba.
El dios, que sus lamentos escuchaba,
Al dominio lo entrega de un tejero.
Esta vida, decia, no la quiero:
Del peso de las tejas oprimido,
Bien azotado, pero mal comido,
A Júpiter me voy, con el empeño
De lograr nuevo dueño.
Envióle á un curtidor: entonces dice:
Aun con este amo soy mas infelice.
Cargado de pellejos de difunto
Me hace correr sin sosegar un punto,
Para matarme sin llegar á viejo,
Y curtir al instante mi pellejo.
Júpiter, por no oir tan largas quejas,
Se tapó lindamente las orejas;
Y á nadie escucha desde el tal Pollino,
Si le habla de mudanza de destino.

Solo en verso se encuentran los dichosos,
Que viven ni envidiados, ni envidiosos.
La espada por feliz tiene al arado,
Como el remo á la pluma y al cayado;
Mas se tienen por míseros en suma
Remo, espada, cayado, esteva y pluma.
¿Pues á qué estado el hombre llama bueno?
Al propio nunca; pero sí al ageno.

## XV.

### *El Asno cargado de Reliquias.*

liquias cargado
o recibia adoraciones,
á él se hubiesen consagrado,
cias, inciensos y oraciones.
vano, lo grave, y lo severo
nanifestaba
uien conoció que se engañaba,
: Yo infiero
tra vanidad vuestra locura;
ente culto que procura
r cada cual este momento,
irigido á vos, señor Jumento,
va en honor, aunque lo sientas
agrada carga que sustentas.

do un hombre sin mérito estuviere
ado empleo, ó gran riqueza,
soberbeciere,
todos le bajan la cabeza;
e su locura no prosiga,
ncontrar tal vez con quien le diga:
umento, no se engria tanto,
besan la peana, es por el santo.

## XVI.

### *La Leona y el Oso.*

tro de un bosque oscuro y silencioso,
n rugir continuo y espantoso,
medio de la noche resonaba,
eona á las fieras inquietaba.
un Oso: Escúchame una cosa:
tragedia horrorosa,

O qué sangrienta guerra,
Qué rayos, ó qué plagas á la tierra
Anuncia tu clamor desesperado
En el nombre de Júpiter airado?
¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.
Yo la mas infeliz de los nacidos
¿Cómo no moriré desesperada,
Si me han robado el hijo? ¡ay desdichada!
¡Ola! ¿con qué eso es todo?
Pues si se lamentasen de ese modo
Las madres de los muchos que devoras,
Buena música hubiera á todas horas.
Vaya, vaya, consuélate como ellas;
No nos quiten el sueño tus querellas.

A desdichas y males
Vivimos condenados los mortales.
A cada cual no obstante le parece
Que de esta ley una excepcion merece:
Asi nos conformamos con la pena,
No cuando es propia, sí cuando es agena.

## XVII.

### *Los Gatos escrupulosos.*

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y Zapiron
Se comieron un capon,
En un asador metido.
Despues de haberse lamido,
Trataron en conferencia
Si obrarian con prudencia
En comerse el asador.
¿Le comieron? No, señor;
Era caso de conciencia.

## XVIII.

### *El Perro y el Cocodrilo.*

biendo un Perro en el Nilo,
ismo tiempo corria:
be quieto, » le decia
aimado Cocodrilo.
jole el Perro prudente:
ñoso es beber y andar;
o es sano el aguardar
e me claves el diente? »

qué docto Perro viejo!
enero su sentir
sto de no seguir
enemigo el consejo.

## XIX.

### *La Moda.*

espues de haber corrido
to danzante mono
cantones y plazas
ciudad en ciudad el mundo todo,
ró (dice la historia
nque no cuenta el cómo)
verse libremente
os campos del Africa orgulloso.
monos al viagero
ciben con mas gozo
e á Pedro el Czar los rusos,
e los griegos á Ulises generosos.
leyes, de costumbres
él habló, ni algun otro
preguntó palabra;

Pero de trajes y de Modas todos.
En cierta gerigonza,
Con extrangero tono,
Les hizo un *gran detalle*
De lo mas *remarcable á los curiosos*.
Empecemos (decian)
Aunque sea por poco.
Hiciéronse zapatos
Con cáscaras de nueces por lo pronto.
Toda la raza mona
Andaba con sus choclos,
Y el no traerlos era
Faltar á la decencia y al decoro.
Un leopardo hambriento
Trepa por los monos:
Ellos huir intentan
A salvarse en los árboles del soto.
Las chinelas lo estorban,
Y de muy facil modo
Aquí y allí mataba,
Haciendo á su placer dos mil destrozos.
En Tetuan desde entonces
Manda el senado docto
Que cualquier uso ó moda
De paises cercanos ó romotos,
Antes que llegue el caso
De adoptarse en el propio,
Haya de examinarse
En junta de políticos á fondo.

Con tan justo decreto,
Y el suceso horroroso
¿Dejaron tales Modas?
Primero dejarian de ser monos.

## XX.

### *El Lobo y el Mastin.*

Trampas, redes y perros
Los celosos pastores disponian
En lo oculto del bosque y de los cerros,
Porque matar querian
A un Lobo por el bárbaro delito
De no dejar á vida ni un cabrito.
Hallóse cara á cara
Un Mastin con el Lobo de repente:
Y cada cual se pára,
Tal como en Zama estaban frente á frente
Antes de la batalla muy serenos
Anibal y Scipion: ni mas ni menos.
En esta suspension treguas propone
El Lobo á su enemigo.
El Mastin no se opone;
Antes le dice: Amigo,
Es cosa bien extraña por mi vida
Meterse un señor Lobo á cabricida.
Ese cuerpo brioso
Y de pujanza fuerte,
Que mate al jabalí, que venza al oso.
¿Mas qué dirán al verte
Que lo valiente y fiero
Empleas en la sangre de un cordero?
El Lobo le responde · Camarada,
Tienes mucha razon: en adelante
Propongo no comer sino ensalada.
Se despiden, y toman el portante.
Informados del hecho
Los pastores se apuran y patean:
Agarran al Mastin y le apalean.
Digo que fué bien hecho;
Pues en vez de ensalada en aquel año
Se fué comiendo el Lobo su rebaño.

¿Con una reprension, con un consejo
Se pretende quitar un vicio añejo?

## XXI.

### *El Ruiseñor y el Mochuelo.*

Una noche de mayo,
Dentro de un bosque espeso,
Donde segun reinaba
La triste oscuridad con el silencio,
Parece que tenia
Su habitacion Morfeo:
Cuando todo viviente
Disfrutaba del dulce y blando sueño,
Pendiente de una rama
Un Ruiseñor parlero
Empezó con sus ayes
A publicar sus dolorosos zelos.
Despues de mil querellas,
Que llegaron al cielo,
A cantar empezaba
La antigua historia del infiel Tereo,
Cuando sin saber cómo
Un cazador Mochuelo
Al músico arrebata
Entre las corvas uñas prisionero.
Jamas Pan con la flauta
Igualó sus gorgeos,
Ni resonó tan grata
La dulce lira del divino Orfeo:
No obstante, cuando daba
Sus últimos lamentos,
Los vecinos del bosque
Aplaudian su muerte: yo lo creo.
Si con sus serenatas
El mismo *Farinelo*
Viniese á despertarme

que yo dormia en blando lecho,
de los *bravos*,
ballero,
viniese ahora
Ruiseñor algun Mochuelo!

tiene mil gracias,
ogra con eso?
astidiosa
ierer usarlas á su tiempo.

## XXII.

### *El Gato y el Cazador.*

Gato en poblado descontento,
rar sin duda de destino,
seria Gato de convento)
iudadano á campesino,
antamente
e una cobacha, mas no lejos
an soto poblado de conejos.
e el lector piadosamente
le ermitaño
la yerba en todo el año.
de la caza devoraba,
mil excesos;
por el rastro que dejaba
s y de huesos,
lor lo advierte: le persigue;
mpas y redes con tal maña,
stante consigue
a carnívora alimaña.
l Cazador al prisionero:
rle la muerte:
l le dice: Caballero,
le la suerte
ste pobrecito,

Metido en la prision y sin delito. —
¿Sin delito me dices,
Cuando sé que tus uñas y tus dientes
Devoran infinitos inocentes? —
Señor, eran conejos y perdices;
Y yo no hacia mas, á fé de Gato,
Que lo que ustedes hacen en el plato.—
Ea, pícaro, muere,
Que tu mala razon no satisface.

Con que sea la cosa que se fuere
¿La podrá usted hacer si otro la hace?

## XXIII.

### *El Pastor.*

Salicio usaba tañer
La zampoña todo el año
Y por oirle el rebaño
Se olvidaba de pacer.

Mejor seria romper
La zampoña al tal Salicio:
Porque si causa perjuicio
En lugar de utilidad,
La mayor habilidad
En vez de virtud es vicio.

## XXIV.

### *El Raposo y el Lobo.*

Un triste Raposo
Por medio del llano
Marchaba sin piernas,
Cual otro soldado,
Que perdió las suyas
Allá en Campo Santo.
Un Lobo le dijo:
Ola, buen hermano,
Diga ¿en qué refriega
Quedó tan lisiado?
¡Ay de mí! (responde)
Un maldito rastro
Me llevó á una trampa,
Donde por milagro,
Dejando una pierna,
Salí con trabajo.
Despues de algun tiempo
Iba yo cazando,
Y en la trampa misma
Dejé pierna y rabo.
El lobo le dice:
Creible es el caso.

Yo estoy tuerto, cojo,
Y desorejado
Por ciertos mastines
Guardas de un rebaño.
Soy de estas montañas
El Lobo decano;
Y como conozco
Las mañas de entrambos,
Temo que acabemos,
No digo enmendados,
Sino tú en la trampa,
Y yo en el rebaño.

¡Que el ciego apetito
Pueda arrastrar tanto!
A los brutos pase;
¡Pero á los humanos!

## NOTICIA DE D. FELIX MARIA DE SAMANIEGO.

Nació en la villa de Laguardia, en la Rioja, á 12 de octubre de 174 Fueron sus padres don Felix Sanchez Samaniego y doña Juana Mar Zabala, natural de Tolosa de Guipuzcoa. Como hijo mayor heredó lo mayorazgos de su casa, y fué señor de las cinco villas del valle d Arraya. Recibió de sus padres la primera educacion: estudió dos años d leyes en Valladolid: viajó por Francia con mucha utilidad, y pasó de pues á Vergara, donde adquirió importantes conocimientos con el fre cuente trato del conde de Peñaflorida y del marques de Narros, sus pa rientes y fundadores de la Sociedad Bascongada, la primera que se esta bleció en España, de la cual fué Samaniego uno de los primeros socio de número desde el año de 1765 en que residia en Laguardia. Vivió despues muchos años en Bilbao por haber contraido allí su matrimonio co doña Manuela Salcedo, de quien no tuvo sucesion. Como socio de número, concurria á las juntas generales que todos los años celebraba l sociedad alternativamente en Vitoria, Vergara y Bilbao, amenizand con su agradable y chistosa conversacion aquellas concurrencias. Residi tambien algunas temporadas en el seminario de Vergara, como president de turno entre los socios de número; y entonces fué cuando comenzó á escribir sus Fábulas, acomodándolas á la capacidad de los niños. En 178 le comisionó su provincia de Alava para evacuar en Madrid asuntos de l mayor importancia, que desempeñó completamente, sin embargo d estar prevenido contra él y su provincia el ministerio; habiendo llegad á captarse de tal modo la íntima confianza del conde de Floridablanca, que tuvo empeño en darle algun destino importante, que rehusó constantemente. La provincia le regaló á su regreso una bajilla de plata tasada en cuatrocientos mil reales, por no haber admitido dietas ni honorarios, y haber hecho crecidos gastos; pero su desinteres le hizo rehusar este regalo, tomando solo una pieza en señal de agradecimiento.

A instancia de su tio, el conde de Peñaflorida, coordinó sus fábulas para instruccion de los seminaristas; y aprovechándose de un viage que hizo á Valencia acompañando á la marquesa de San Miguel su cuñada, las imprimió allí en 1781. Al año siguiente presentó en las juntas de la sociedad

que se imprimió en Madrid por Ibarra en 1784. Entre-
rte sus *Fábulas literarias*: habíanse indispuesto los dos,
rimió un anónimo con el título de *Observaciones sobre*
*-rias*, y otros folletos contra Iriarte; la parodia de su
*morias de Cosme Damian* contra el prólogo del teatro
Poco cuidadoso de su fama literaria miraba con indife-
ecio sus producciones, que hizo quemar en su última en
amente aficionado á la música tocaba con mucho gusto
ela. Era graciosísimo en su conversacion, improvisaba
unidad; y falleció en Laguardia á 11 de agosto de 1801[1].
e no solo el mérito de haber sido el primero entre los
licó una coleccion de fábulas (hartas veces reimpresa),
sempeñado con tanto acierto que ha quedado el escritor
ion en este género de poesía. Así dice de él el célebre
, comparándole con Iriarte, con tanto acierto como ele-
onia en sus apólogos igual cultura, igual limpieza de
érito de invencion y de oportunidad que el que luce en
rias: Samaniego procede con mas abandono, y á veces
esaliño: pero ¿con cuánta mas gracia, con cuánta mas
ando el objeto lo requiere, con cuánto mas jugo y flexi-
uenta bien, pero Samaniego pinta: el uno es ingenioso
gracioso y natural. Las sales y los idiotismos que uno
n su obra son igualmente oportunos y castizos: pero el
otro los encuentra sin buscarlos, y parece que los pro-
o: en fin el colorido con que Samaniego viste sus pintu-
armonía con que las vigoriza y les da halago, en nada da-
aire, á la sencillez, á la claridad, ni al despejo. Si en él
nas candor é ingenuidad, si descubriera menos malicia,
se á las profundas miras y grandes pensamientos mora-
emontarse á veces La Fontaine sin dejar de ser fabulista, si
perfeccion á sus versos cortos, que no corren cuando los
la misma gracia y fluidez que cuando los combina con
difícil negarle el primer lugar entre los mas felices imi-
ista frances. Aun así ¿quién se le podrá disputar? Por
ya sus fábulas se han hecho clásicas, no hay niño que
n facilidad y con gusto, no hay hombre hecho que no les
ediciones se repiten á porfía, y el gran calificador del

---

ompuesta por el señor don *Martin Fernandez de Navarrete*,
a Coleccion del señor don *Manuel Josef de Quintana*, la cual
al pie de la letra.

mérito de los escritos, el tiempo, confirma cada dia mas el feliz des peño del autor en el útil y noble objeto que se propuso. »

La mayor parte de sus fábulas son traducciones ó imitaciones de las Esopo, Fedro, La Fontaine y Gay : pero hay tambien algunas de su p pia invencion. Su *Pintura del desierto de Bilbao* llena de chiste y naire, está impresa en la Biblioteca selecta de Lit. esp.... por los seño don *P. Mendíbil* y don *M. Silvela* (tom. IV, p. 586).

# POESIAS

DE

# ANCISCO GREGORIO DE SALAS.

## DÉCIMAS.

### I.

*eceta segura contra la hipocondría.*

da honesta y arreglada,
r muy pocos remedios,
ner todos los medios
o alterarse por nada:
omida moderada,
cicio y diversion,
ener aprehension,
al campo algun rato,
encierro, mucho trato,
ntinua ocupacion.

### II.

*n gloton que jamas comia en su casa.*

tú, almacen general,
en pitagórica empresa
migras de mesa en mesa,
o embudo racional;

Allá en el ancho canal
De tu estómago portátil,
Se halla un ácido volátil,
Tal, que en cualquiera funcion
Digiere con perfeccion
Hasta los huesos de dátil.

## III.

### *Sistema de pretendientes.*

Hacer gala placenteros
De títulos honorarios,
Y aprender por diccionarios
La ciencia de los libreros:
Importunar lisonjeros
Con teson impertinente,
Cultivar un buen agente,
Dar con diligente modo
Memoriales para todo,
Y esperar eternamente.

## IV.

### *Calle de San Anton.*

Perros, borricos y machos,
Viejas horribles y eternas,
Bodegoncillos, tabernas,
Y suciedad de muchachos;
Gran número de borrachos,
Juramentos y disputas,
Cáscaras de varias frutas,
Verduleras y cabreros,
Muchos chiquillos en cueros,
Y rabaneras astutas.

### V.

### *El Español.*

El Español es honrado,
Es esforzado y valiente,
Es moderado y prudente,
Buen marino y buen soldado,
Es obediente y callado,
Es generoso y sufrido,
Ingenioso y advertido,
Y con tal disposicion,
Por falta de aplicacion,
Es un tesoro escondido.

### VI.

### *El Portugues.*

Cree el Portugues finchado
Que es mas que un rey de otra parte,
Que sujeta al mismo Marte,
Y que al mundo ha dominado:
Que á todos la ley ha dado,
Que es mas fuerte que Sanson,
Mas sabio que Salomon,
Y creyendo lo que ves,
Todo, todo esto es
Un terrible mentiron.

## FABULAS.

### I.

### *El Perro y el Cordero.*

Un Perro se encontró con un Cordero,
Y por su natural sucia costumbre

Le olió por el trasero;
Él lo suplió con simple mansedumbre,
Pero el perro villano
Se enojó, é inhumano
Al cordero mordió, y el pobre dijo:
¿Porqué me muerdes, dí, ¿qué mal te he hecho?
Yo en nada te ofendí, segun colijo,
Y el Perro respondió muy satisfecho:
Porque me oliste mal, y me he enfadado;
Y respondió el Cordero desdichado:
Si hueles lo peor, ¿qué culpa tengo?
Por cualquiera otra parte que me olieras,
Me hallaras aseado,
Pero tus mañas fieras,
Como son de morder, lo peor huelen.

¡Cuántos críticos hay que hacerlo suelen!

## II.

### *El Labrador y el Rio.*

Un Rio salió de madre,
Y un Labrador muy experto
Le dejó que se extendiese
En vez de poner remedio.
Reprobaban su descuido
Sus incautos compañeros,
Y el Labrador les decia:
Dejadme, que yo me entiendo.
Con la gran inundacion
Se regó todo el terreno,
Y el Labrador precavido
Sembró con tino discreto
En la tierra sazonada,
Trigo, cebada y centeno.
Correspondió la cosecha
A medida del deseo;
Y entonces los que lo veian

Decian de asombro llenos:
La prudencia de este hombre
Fué el orígen de este acierto,
Pues vemos que en este caso,
Sacó del daño provecho.

Iba hacer el fabulacio,
Y me dijo mi tintero:
Déjalo, no es menester,
Pues no hay quien entienda eso.

### III.

### *El Buey y la Rana.*

Una Rana sosegada,
Vivia entre unos juncales,
A donde se acercó un Buey
Muy manso, pesado y grave.
La Rana se estuvo quieta,
Y ajustaron amistades,
Fiada la Rana en su
Mansedumbre inalterable.
Echóse el Buey á dormir
Junto á ella; pero el diantre
Hizo que diese una vuelta
Y sin querer la estripase.
Lloraba el Buey la desgracia,
Y la Rana entre fatales
Agonías, le decia:
Yo agradezco tus pesares,
Pero si acaso no muero,
Tendré presente en mis males,
Que (por muy buenos que sean)
Para evitar estos lances,
Es preciso vivir lejos
De los grandes animales.

### IV.

### *Fábula sin fabulacion.*

Huia una Zorra
De un Burro palomo,
Y no hacia caso
De un crecido Toro.
Admirado de ello
La pregunta un Lobo:
¿Porqué desconfias
De animal tan soso,
Que á nadie acomete,
Y fias del otro,
Que puede matarte
Tan solo de un soplo?
La Zorra responde:
Porque ese es un monstruo
Que no me hace daño
Si no le provoco.
El otro es muy manso,
Yo bien lo conozco,
De genio apacible,
Semblante amoroso,
Sosegado, grave,
Y amable por todo;
Pero él es temible,
Porque él es muy tonto.

## EPIGRAMAS.

### I.

### *A un correo.*

Aguanta, sufre y espera,
Que al fin te habrán de premiar,
Pues no te podrán negar
Que eres hombre de carrera.

## II.

### *Epitafio para un tabernero.*

Aquí yace un tabernero,
Que en los minerales de agua
Supo encontrar para sí
Las minas de oro y de plata.

## III.

### *A un alférez arrestado por ser cortejo de una señora casada.*

De su arresto tan violento
Dicen que la causa ha sido
El ser contra reglamento
Alférez de un regimiento,
Y ayudante de un marido.

## IV.

### *A la pesada urna de plata de una santa.*

Si con tanta plata pesa
Una muger, siendo santa,
¡Cuánto no pesarán otras
Sin serlo, y sin tener plata!

## V.

### *Los cañones*

Estos cañones de bronce.
Mas que de cisne elocuentes,
Son para persuadir
Cicerones de los reyes.

### VI.

*A un clérigo que cantaba el* Pater noster, *muy desentonado.*

Tan mal cantó el *Pater noster*
Que nunca el coro entonado
Respondió con mas razon :
*Sed libera nos à malo.*

### VII.

*Confesion ingénua de una muger jóven.*

A un viejo quiero y á un mozo,
Aunque por distinta ley;
Pues al mozo es por su cara,
Y al viejo por la del rey.

### VIII.

*Las cuatro urgencias mas inevitables del hombre.*

Las cuatro mas necesarias
Urgencias del hombre son
A mi corto parecer,
Hambre, sed, sueño y amor.

### IX.

*A un hijo de Madrid muy pesado, muy sordo y muy necio.*

Musas, á todos decid,
Y decidlo con empeño,
Que este en vez de madrileño,
Es un leño de Madrid.

### X.

*El gentio que concurre á pasearse al Prado.*

En la baraja del Prado
Hay muchos bastos y copas,

cos oros, muchos ases,
lillas siempre de sobra;
con los inmensos coches
rastres á todas horas,
gun caballo de espadas,
ngun rey, y muchas sotas.

## XI.

*cocinero que se habia separado de su muger.*

Mal á su muger queria
cocinero afamado,
acaso consistiria
que él guisados hacia,
ella algun desaguisado.

## XII.

*muerte del autor para cuando llegue el caso.*

Mi epigramático genio
le á Dios con eficacia,
e cuando llegue la hora,
en su divina gracia
muerte tan breve y buena,
mo el mejor epigrama.

## MADRIGAL.

*A cierto amigo de las señas siguientes:*

escasa fortuna te imagino
bre afortunado,
este mundo inquieto
vivir mas quieto,
y descuidado;
todo parage y ocasiones,

Para vivir tranquilo sin segundo,
Tu pobreza te libra de ladrones,
Tu pequeño destino de envidiosos,
Y tu fea muger de licenciosos:
Ve si hay mas que temer en este mundo.

# E D. FRANCISCO GREGORIO DE SALAS.

araicejo, provincia de Extremadura, debió su primera
tio don Gregorio de Sálas, canónigo de la catedral de
apellan mayor de la real casa de Recogidas de Madrid, y
ario de la real academia de San Fernando.

la Paz quiso varias veces favorecerle, y darle alguna de
endas de España. Sálas se lo agradecia, y le suplicaba
de su cuartito de la calle de Hortaleza, ni le apartase de
sus monjas. Vivió muchos años en la corte, estimado de
ieron por la amenidad de su ingenio, su facilidad en im-
ble trato y conversacion, su probidad y sus costumbres
nde falleció á fines del siglo próximo pasado.

as son las mas señaladas su *Observatorio rústico*, publicado
en Madrid en 1772, y reimpreso muchas veces en varios
por ejemplo la décima edicion en Madrid, año de 1830,
*de sus Epigramas, y otras poesías críticas, satíricas,*
se imprimió la primera edicion en Madrid, año de 1792,
827 [1].

*rio rústico* es una égloga, dividida en seis partes, en
na descripcion de la vida del campo, á que fué muy apa-
n él servilmente á la naturaleza; pero no la imitó, no
la, y por esta demasiada naturalidad toca en lo trivial y

mas acierto y tino en la poesía satírica y jocosa, y espe-
sus epigramas se hallan algunos muy graciosos. « Su per-
que sus escritos, » dice de Sálas *Moratín* el mozo, que
tafio para él (*Obras de L. F. de Moratín*, Madrid, 1831.
87 y 350-351).

---

mas obras suyas registradas en la mencionada *Biblioteca espa-*
e, tomo V, art. SALAS.

* * *

# POESIAS

### DE

## D. LEON DE ARROYAL[1].

---

## ODAS.

### I.

### *De mi mismo.*

No canto á las orillas
Del Tórmes, ni de Adaja,
Ni mis ecos suspenden
La fiera en la montaña.
Tampoco con adufe
Celebro las majadas,
Ni levanto mis voces
Al ruido de las cajas.
Que canto seguidillas
Al pie de una tinaja,
Y suspendo mosquitos
Al son de mi guitarra.

### II.

### *De mi vocacion.*

Al compas de atambores
Marcha el fuerte soldado
A sufrir los rigores
Del enemigo airado.
Se expone despechado
Del cañon á la frente:
Siempre se halla impaciente,
Cansado, triste, hambriento,

[1] Las circumstancias de su vida nos son del todo desconocidas; solo sabemos que floreció en la segunda mitad del siglo próximo pasado. Imprimió dos tomitos de Poesías (Odas, Epigramas; Madrid, 1784; 8°). Sus odas carecen, es verdad, por la mayor parte de gala y fuerza, pero se nota en alguna que otra, facilidad, sencillez, y un cierto giro epigramático. Este rumbo que cuadraba mas con su ingenio agudo, siguió Arroyal en los «Epigramas,» y aun estos suelen ser ingeniosos por el pensamiento mas bien que por su fluidez y dulzura poética.

Calorado, y sediento.
Fiero entra en la batalla,
Y avanzá á la muralla:
Gasta el verdor primero
Siguiendo al Dios guerrero,
Y solo le divierte
La pavorosa muerte.
Mientras el aldeano
En su pajiza choza
Con sosiego y paz goza
De su esposa la mano:
Mírase alegre y sano,
Sin pensamiento triste;
Su ganado le viste,
Y da queso sabroso,
Que come con reposo,
Y con lo que ha heredado
De todo está sobrado;
Y su querida esposa,
En union amorosa
Y suaves delicias
Le halaga con caricias:
Los hijos le rodean,
Y todos le recrean.
Mas por bien empleado
Tomara yo aquel susto,
Renunciando este gusto,
Por no verme casado.

## III.

### *De mi mismo.*

Pregúntame Licimnia:
¿ Qué, don Leon, adviertes
En nosotras, que andas
Rehuyéndonos siempre?
¿ Acaso juzgas somos
Serpientes las mugeres?
¿ O tigres y panteras
Del Cáucaso eminente?
¿ Acaso las ternuras
De nuestro trato alegre,
Naturalmente amable,
A tí solo te ofenden?
¿ Acaso nuestras voces,
Que al mas duro enternecen,
Evitas, como canto
De sirenas crueles?
¿ Acaso somos agrias,
Cual vinagre del Bétis?
¿ O bien acaso amargas
Te somos como hieles?
¿ Por qué, dí, por qué
Nos odias y aborreces?
¿ Porqué, dí, no nos ama
¿ Porqué, dí, no nos qui
Pero yo le respondo:
No con acaso aprietes;
Huyo porque os quiero
Mas de lo que conviene.

## EPIGRAMAS.

### I.

### *A don Roque.*

ntasme, don Roque, ¿ cuándo pienso
una muger para casarme ?
un soy mozo, y es temprano,
a seré viejo, y será tarde.
no es para el mozo, si no tiene
abio viejo la prudencia grande;
para el viejo en no sintiendo
stez de un mozo y el corage.

### II.

### *De los mèdicos.*

misterio toga en Salamanca
licos se visten gravemente;
e asi conozca quien los mire,
los consejeros de la muerte.

### III.

### *De un buen hombre.*

ir un buen hombre de una corte,
bservó costumbres, trato y porte,
muchas veces se volvia;
de uno fuese preguntado
tanto mirarla consistia,
abed que estoy avergonzado
ue he estado en el burdel un dia.

### IV.

### *A Severo.*

oradado cuerno de carnero
dole da espárragos, Severo,

Adonde entierren, dí, tu calavera,
¿No nacerá una grande esparraguera?

### V.

### *A Ramon.*

¡O si explicar pudiera mi contento
Por tu feliz y amable casamiento!
¿Qué otra apetecerias por esposa,
Que una dama que es jóven, rica, hermosa
Y discreta? Ramon, eres dichoso,
Y á nadie estarle debes envidioso;
Aunque si lo miramos con cordura,
Al ver tu fealdad y su hermosura,
Vendremos á sacar, que en varios modos,
Tú serás suyo, ella será de todos.

### VI.

### *De los casados.*

Dos dias tienen buenos los casados,
Y son el que se casan y se entierran:
El uno porque ignoran lo que yerran,
El otro porque estan desengañados.

### VII.

### *A un casado.*

Como el asnillo é Isis, tú y tu esposa
Sois; y como tú llevas á la Diosa,
No por tí, sí por ella, los sombreros
Te quitan los soberbios caballeros;
Y presto añadirán, por mas decoro,
El echarte la capa como á toro.

### VIII.

### *A Lucia.*

Si contamos tu edad por tus cabellos,

es, Lucía, si es que no me engaño;
atorce, ó quince en este año.

### IX.

### *A Paula.*

res con Don Juan casar,
a, y lo entiendes bien:
ere él matrimoniar,
an lo entiende tambien.

### X.

### *De mi mismo.*

la pasion del amor
esultó calentura;
aunque intentó la cura,
a la acertó el dotor;
no alcanza á lo interior
la medicatura.
do su cura prolija
caz, á Galeno
ijo de furor lleno;
yo dije: No se aflija,
teme usté á su hija,
como quedo bueno.

### XI.

### *De Ines.*

ir á saltar las aguas
Zurguen la bella Ines,
o mostrarnos los pies,
hó á volar las enaguas.
yo luego al reparar
accion, miré á unas peñas,

Y dije : No quiero señas
De casa en que no he de entrar.

### XII.

### *De Juan.*

Segun Juan es comedor,
O es donado, ó cazador.

### XIII.

### *A Luisa.*

Una palma, Luisa, tienes
Muy bordada, aunque pequeña,
En tu balcon, que esta seña
De tu doncellez mantienes.
Pero si se ha de decir
Claro el modo de pensar,
Luisa, llego á maliciar
Quiere al dátil aludir.

### XIV.

### *A Juan.*

Al punto que te casaste
Entró el sol en Capricornio.
Juan, tu muger es muchacha,
Tú viejo : ergo... no eres bobo.

### XV.

### *De una niña.*

Una contradanza, en misa
Oyendo cierta mañana,
Dijo una niña á su hermana,
Va á bailar el cura, Luisa.

## XVI.

### *De Don Tadeo.*

egre y sano conmigo
á noche Don Tadeo,
a mañana en su catre
e han encontrado muerto.
uieres saber la causa
n tan hórrido suceso?
ue al médico Don Jorge,
n que le vido en sueños.

## XVII.

### *A Don Pablo.*

r adquirir fama expones
enda y honra, Don Pablo:
aya miedo que yo anhele
do que cuesta tan caro.

## XVIII.

### *A Don Sebastian.*

oble eres, Don Sebastian,
tus enredos lo dices,
er plebeyo desdices
lo pobre y holgazan.

## XIX.

### *De los sabios del dia.*

. la espuma se parecen
chos sabios de estos tiempos:
e les mira, montañas,
i se les toca, viento.

## XX.

### *A Juan.*

Mucho ofreces, nada das:
Mucho hablas, nada cierto:
Mucho debes, nada pagas:
Juan, muestras ser caballero.

## XXI.

### *A Ines.*

Por la feria todo el dia
Vas los pechos descubriendo;
Ines, mejor es que digas
A voces: ¿Quién compra pechos?

## XXII.

### *De los reyes.*

Servir y amar á los reyes
Es una cosa muy buena;
Pero mirarles la cara,
Solamente en la moneda.

## XXIII.

### *A Simon.*

A soldado de marina
Te han destinado, Simon:
A soldado de bodega
Hubiera sido mejor.

## XXIV.

### *A Alfonso.*

Por no ir á Oran te has casado,
Alfonso, y no has hecho bien;

te irá en el matrimonio
no peor que en Argel.

### XXV.

*De Antonia.*

pilada está Antoñita
omer tierra, es muy cierto;
ue á la verdad los hombres
reo sean de queso.

### XXVI.

*De Catalina.*

reñada está Catalina,
n duda será bello
hiquillo: pues á hacerle
maestros concurrieron.

### XXVII.

*De los hipócritas.*

unque la culebra arrastra,
pisan, silba y muerde:
ántos humildes del mundo
an de la misma suerte!

### XXVIII.

*De Juana.*

emiendo que mal de ojo
hiciesen á su marido,
puso Juana dos higas,
ibróle del peligro.

## XXIX.

### *De Don Rodrigo.*

Ser brigadier Don Rodrigo
Quiere sin ir á campaña,
Sin oir un cañonazo,
Y sin sentir una bala;
Bien que su mérito tiene
Patente en seis cuchilladas:
Tres en los paises bajos,
Tres arriba en la garganta.

## XXX.

### *De los pretendientes.*

Son como los relojes
Los pretendientes,
Que en el dar bien consiste
Que los aprecien.
Y si cesa el dar,
Para archivo de polvo
Vienen á quedar.

# POESIAS

DEL

# CONDE DE NOROÑA.

## ANACREONTICAS.

### I.

### *A una Mosca.*

e revuelas
i Amira,
acompañas,
os miras;
o la robas
as dormida
alas,
quillas;
o tocas;
o picas;

Que en su cabello juegas;
Que besas sus mejillas;
Y que chupas ansiosa
El dulcísimo almíbar
De sus rosados labios,
Donde el Amor habita;
¡Ay! ¡si tuvieras mi alma,
Cuánta fuera tu dicha!
¡Y si yo tu licencia,
Qué de cosas no haria!

### II.

### *Duracion de las protestas de amor.*

Cloë
roso
aba
solo.
, le decia,
ndo estorbos
rrarme,

O zagalejo hermoso.
Diciendo estas razones
Vuelve tierna los ojos,
Le mira, los abaja,
Y se le enciende el rostro,
Y cogiendo una rosa,
Que en su pecho precioso

Tenia colocada
Por señuelo, y adorno,
En una de sus hojas
Aquel voto escribiólo,
Sirviéndole de pluma
Su fino rascamoño.
Mas Céfiro, que estaba
Dando vueltas en torno
De las pintadas flores
Con mil juegos donosos,
De sus dedos süaves
Con un ligero soplo
La arrebata en un punto
La hoja, el amor y el voto.

## III.

### *De una boca.*

Es tu graciosa boca,
Amada pastorcilla,
Como el panal sabroso,
Que la abeja fabrica;
Porque de frescas flores
Le compone, y destila
Süave miel, que exhala
Una fragancia fina.
Pero por parecerte
Aun mas á la avecilla,
Cuando quieren robarla
Hieres con osadía.
¡Ojalá que en un todo
La fueses parecida!
Que temiendo la muerte
Tal vez no picarias;
Y entonces sin el miedo
Del aguijon podria
El que fuese goloso
Hartarse bien de almíbar.

## CANCION.

### *Dichas soñadas.*

En la márgen florida
Del sacro rey de rios Bétis claro
Me encontré con un bosque delicioso;
La rama entretegida
De los rayos del sol era reparo,
Y lo hacia tan fresco como umbroso;
Convidóme al reposo
Su augusta soledad, su dulce calma,
Que de placeres inundando el alma,
Parece que en silencio me decia,
Que en su ámbito hallaria
Lo que con vivas ansias deseaba;

la yerba mi cuerpo reclinaba.
ndo del centro espeso
enir á Vénus, rodeada
finitos Cupidos retozones;
con vuelo travieso
encha agita al viento encomendada;
va tirando en derredor arpones;
prepara prisiones
io, rosa, y arrayan florido;
corre persiguiendo divertido
empre revolantes mariposas;
l con oficiosas
s el carro de coral marino
por el aire cristalino.
arrullo lascivo
s blancas palomas, que conducen
madre inmortal de la hermosura,
i pecho percibo
nsias, que sus ecos me producen,
ndo mis sentidos de amargura.
ces, con dulzura
dome la mano Citerëa,
sculos süaves me recrea;
afirma que viene solamente
que experimente
donde su amor llega conmigo;
, me dice, ven; callo, y la sigo.
etro la espesura;
nuevo encanto ofréceme el sentido
a hermosa gruta, fabricada
an extraña hechura,
o la iguala aquella, donde Dido
fé conyugal rota y manchada;
tan celebrada
diosa Calipso, pues excede
nto el labio humano decir puede.
s, flores, maderas olorosas,
as cuantas cosas

Tiene natura de mas precio estaban
En la gruta, y sin órden se mezclaban.
De esto mismo nacia
Una cierta belleza inimitable
Que la vista, y agrado variaba;
El sol no se atrevia
A introducir sus luces, ni era dable,
Que una suave oscuridad reinaba.
Atento lo miraba;
Cuando advierto salir del hondo de ella
Mi dulce lumbre, mi radiante estrella,
Dando á las flores y á las plantas vida.
No tan bien recibida
Es la Aurora tras noche tenebrosa,
Como de mí lo fué mi Lesbia hermosa.
Con los brazos la hubiera
Mostrado mi placer; pero mi anhelo
Contuve por respeto de la diosa:
Al fin de esta manera
Mi afan la dije, libre de recelo:
Mármol de Paros, purpurada rosa,
Esencia deliciosa,
Aljófar nacarado, rubí ardiente,
Cercos preciosos de ébano luciente,
Rayos vibrantes, gracia seductora,
Mi vida, mi señora
Solamente se llena mi deseo
Cuando á mi lado, y con amor os veo.
La vista vergonzosa
Alzó, miróme; mas la voz turbada
No la dejó expresar su sentimiento:
Conociólo la diosa;
Y á la gruta llevónos preparada
Para acabar allí nuestro tormento.
Al punto por el viento
Los Cupidos cruzaron revolando,
Hácia la estancia del placer guiando:
Abriéronse de par en par las puertas

De flores mil cubiertas,
Y en su recinto penetrando ufano,
Conduje á Lesbia asida de la mano.
Las Gracias desceñidas,
Y de oscuras violas coronadas,
Estaban afanosas trabajando;
Con almohadas mullidas,
Finos encajes, telas delicadas
Un tálamo nupcial aderezando;
Y cual rocío blando
Encima derramaban con aseo
El sudor de Pancaya, y el sabeo,
Y del Hibla las flores olorosas.
Quedaron silenciosas,
Esperando los dulces desposados;
Y de su afan nosotros admirados.
Cuando acercarse veo
Con pie ligero un jóven agraciado,
Cual nunca presentóseme á la mente
El alado Himeneo,
Con el rubio cabello destrenzado,
Y en la mano una antorcha reluciente
Ardiendo dulcemente;
Y cuando en derredor la sacudia
Tal fragancia en la gruta se esparcia,
Que el sentido en amor se embriagaba.
Lesbia la contemplaba
Con alma absorta, pecho palpitante,
Y cubierto de rosas su semblante.
El mancebo gracioso
Las manos nos unió. Basta, nos dijo;
Respiren vuestros tiernos corazones;
Porque un fin delicioso
Con mis coyundas al afan prefijo,
Que os causan las amantes sensaciones.
Echad los eslabones,
Cupidos, y cerrad las recias puertas;
No para el vulgo vil queden abiertas,

Que ve mis santos ritos con sonrisa;
Y caminad aprisa
A detener á Febo, que no es justo
Nos venga á interrumpir su ceño adusto.
Salieron los Cupidos;
Y, revolviendo el eje poderoso,
Las puertas al cerrarse resonaron.
Mis miembros, sacudidos
Con el golpe, perdieron el reposo,
Y mis cansados ojos despertaron;
El lecho rodearon,
Y ya nada encontré de cuanto habia.
Asi suele mi ardiente fantasía
Presentarme los gustos con empeño;
Y cual ligero sueño
Huirse de mi vista acelerados.
¡ Ay gustos para mí siempre soñados!

## ODA.

### *A la paz entre España y Francia en* 1795.

La Discordia levanta su cabeza
De víboras crinada,
Las mueve, las sacude, y agitada
Retiembla la mansion de la tristeza,
La turbia Estigia crece
Y el tenebroso Averno se estremece.
A su voz, semejante al despedido
Trueno de parda nube,
La muerte horrible con presteza sube
En su carro fatal; y conducida
Por la espantosa guerra
Hace gemir los polos de la tierra.
En pos de ella caminan la hambre fiera,
La miseria afanosa,
La devorante fiebre, la ambiciosa
Gloria, el furor, la rabia carnicera,

cuantos males
ien con la guerra á los mortales.
dio eleva su orgullosa frente
y descarnada;
y hierro la derecha armada,
e en derredor rápidamente,
endas tomando
gros caballos va incitando.
el freno, con rabiosa espuma
ancho pecho;
e afanan, corren con despecho,
tigo sonante los abruma:
pida carrera
e el eje cual si arista fuera.
es fuego y furor: todo se llena
orosa matanza:
edio de la Galia se abalanza,
gre humana enrojeciendo el Sena,
centro se irrita,
a el templo, el trono precipita.
vuelve su carro fulminante
belga animoso,
ja un momento de reposo,
echa, apremia, oprime, y arrogante
ca en solo un dia
ntes en cien años no podia.
la altiva Albion derriba al suelo
stes sanguinosas,
ando las playas arenosas
se arrojan con medroso anhelo,
naves veleras
an confusas sus riberas.
muros de hielo que á su paso
o le opone
sa, y en su suelo pone
rioso pie, su cuello laso
des inclina;
, y hácia el Rhin veloz camina.

Allí como un torrente impetuoso
Cuanto encuentra arrebata,
Y tala y quema y desordena y mata.
El robusto aleman, y el belicoso
Prusiano se retiran,
Tiemblan al verla, con rubor se admiran;
Y los Alpes tambien al grave peso
Bajan la erguida cima,
Pasa la presta muerte por encima
Envuelta en polvo, en sangre, en humo espeso;
Y queda sin aliento
El sardo á tan activo movimiento.
Asi el frances guerrero conducido
Por la tremenda muerte
Aterra al animoso, rinde al fuerte,
Y sumerge en el seno del olvido
Todas cuantas victorias
Al griego y al romano dieron glorias.
Y tú, España valiente, que infundiste
Terror al lacio imperio;
Tú, que del sarraceno cautiverio
La pesada cadena destruïste,
Y con ardor guerrero
Humillaste á tus pies otro hemisfero;
Tú que te viste del frances triunfante,
Y con marcha atrevida
Ya del Tec enfrenaste la corrida,
Ya diste espanto al Canigó gigante,
Mil laureles cogiendo
Cuando la Europa toda estaba huyendo:
¿Tú, pálida y errante? ¿Tú, aterida
Sueltas la ardiente espada
Y te ves del contrario atropellada,
El ropage pisada, desceñida,
Destrenzado el cabello,
Rotas las joyas del hermoso cuello?
¿Qué tienes? ¿Dí, levantas á los cielos
Tus ojos lagrimosos,

mil suspiros dolorosos?
cuentras ¡ay! alivio á tus desvelos?
es las blancas manos?
ales son tan fuertes, tan tiranos? —
son tanto!... ¿No miras ya la cumbre
ado Pirene
;alo ocupada? ¿Cómo viene
con inmensa muchedumbre?
polvo roba el dia
rdece su horrenda gritería?
miras que á su impulso el fuerte muro
e abre, le abriga?
s la hambre, la sed, y la fatiga?
s que no hay asilo ya seguro,
l Ebro espantado
e diques al frances osado?
ves la reja dura abandonada
urcos primeros,
tores balando los corderos,
eres desiertos, profanada
ncia de las Musas,
as girando en derredor confusas?
ves ya solos los paternos lares,
hos humeando,
ninos, las sendas ocupando
os y mugeres á millares,
yen horrorizados
griento furor de los soldados?
rno niño de la veste asiendo
nadre azorada
ene en su fuga acelerada,
razos con llanto está pidiendo;
a no le escucha,
tiempo es corto y la congoja mucha.
vírgenes honestas y encogidas
endo la clausura ·
n su recato y hermosura
lo acá y allá despavoridas;

Que la flor delicada
Expuesta al cierzo en breve se ve ajada.
¡Qué! ¿Serán otra vez los templos santos
Con rabia destruidos?
¿Mis hijos á cadenas reducidos?
¿Volverán á mi seno mis quebrantos?
¿Dios para mi castigo
Renovará los tiempos de Rodrigo?» —
No, España; no te afanes, y serena
El turbado semblante:
El cielo justo con amor constante
Te quiere y te proteje: mira llena
El aura de alegría,
Mira la paz amable que te envia.
Mira cual viene de esplendor cercada,
Y ninfas que oficiosas
En torno esparcen arrayan y rosas;
Repara su cabeza coronada
De los frutos de Céres,
Y en pos de ella corriendo los placeres.
Abre los brazos, que los suyos tiende
Con amoroso exceso;
Recoge de su boca el dulce beso,
Con que ese tu dolor borrar pretende,
Y, en su seno acostada,
Disfruta de la dicha deseada.
Disfrútala en buen hora, que aun el trueno
Resuena en el oido,
Aun se oye de la guerra atroz rugido,
Aun el suelo se ve de sangre lleno;
Y tú ya alegre en tanto
En risa vuelves el pasado llanto.
Tal nace el dia en brazos de la aurora:
Asoma en el oriente
Un destello de luz, rápidamente
Se extiende, el cerco de las nubes dora,
Y el tenebroso velo
Rasgado cae desde el alto cielo.

# ICIA DEL CONDE DE NOROÑA.

ria de Nava Alvarez de Noroña, conde de Noroña, na-
Castellon de la Plana en 6 de mayo de 1760. Siendo el
familia, logró su padre colocarle en 1766 caballero page
'or sus talentos y su aplicacion ganó la voluntad del so-
ó en 1778 capitan de dragones del regimiento de Lusi-
rporarse á él, que estaba en Andalucía, y de allí pasó al
sta, bajo de Gibraltar; donde permaneció durante el
plaza, distinguiéndose de tal modo, que se grangeó el
es.

l celo con que desempeñó los encargos de sus superiores
le su profesion, siguió aplicándose al estudio de las bellas
de las Musas. Prueba es el haber compuesto varias pie-
parages donde estaba destacado, entre ellas dos come-
na tragedia en verso, intituladas: *el Hombre marcial,*
*dor*, y *Madama Gonzalez*, que parece no han llegado
on motivo de la desgraciada muerte del coronel don José
á su lado, compuso tambien una elegía, y á mas una
el mismo.

n Inglaterra, y empleado por el gobierno en distintos
chó de esta calma para perfeccionarse en las lenguas in-
taliana, que le fueron tan útiles cuando trocó la carrera
lomática.

de la guerra contra la república francesa, fué nom-
e de escuadron, y á fines del 93 coronel, y asi sucesi-
iente general de los reales ejércitos. Con motivo de ha-
paz entre España y Francia en 1795 compuso su célebre
primera vez se presentó públicamente como poeta.

plenipotenciario en Berna, y tambien en San Peters-
ndo reconocido el emperador Alejandro á José Napoleon
a renunció á sus funciones y volvió á Cádiz, de cuya
rado gobernador por la regencia, que entonces obraba
rnando VII. En la guerra de la independencia mandó

parte del ejército nacional en Galicia, y ganó á los franceses la victoria del puente de San Payo. Despues de la restitucion del rey legítimo fué revocado por él á Madrid, en donde falleció, segun Quintana, en 1816 [1].

De sus obras poéticas andan impresas: *Poesías*, Madrid, 1799-1800; dos tomos en 8. Entre ellas se encuentra la ya mencionada oda á la paz entre España y Francia; el poema filosófico: *La Muerte*; y el poema heróico-cómico, titulado: *la Quicaida.*

La *Ommíada*, poema en doce cantos. Madrid, 1816; dos tomos en 8. Su argumento es la separacion de la monarquía árabe-española del dominio de los califas en el reinado de Abderamen, último descendiente de la familia de los Ommiades.

*Poesías asiáticas*, puestas en verso castellano. Paris, 1833, en 8.

En sus poesías líricas se nota un estilo natural, claro y fácil, y una versificacion fluida; pero escasean por la mayor parte de valentía y originalidad de los pensamientos, de vuelo de fantasía, y de colorido poético. Solamente en su *Oda á la paz* levantó algun tanto el tono.

---

[1] Segun la noticia de él, insertada en la *Biblioteca valenciana* del señor don *Justo Pastor Fuster* (Valencia, 1830, 4°, tomo II, pág. 381 y 382), murió á principios del año 1815.

# POESIAS

DE

## . JUAN MELENDEZ VALDES.

---

## ANACREONTICAS.

### I.

### *De mis cantares.*

riposa,
simple,
el valle
rder vine.
sado;
n felice
aun gozoso
ite.
zagales
reible,
se llegan
libre :
e tiro
pide;

Y entrambas sienes Baco
De pámpanos me ciñe.
Besáronme en la boca
Despues; y asi apacibles,
Con voz muy mas süave
Que el céfiro, me dicen :
Tú de las roncas armas
Ni oirás el son terrible,
Ni en mal seguro leño
Bramar las crudas sirtes.
La paz y los amores
Te harán, Batilo, insigne;
Y de Cupido y Baco
Serás el blando cisne.

### II.

### *El Amor mariposa.*

mor un dia
zagalas

Huian dél medrosas
Por mirarle con armas;

Dicen que de picado
Les juró la venganza,
Y una burla les hizo
Como suya extremada.
Tornóse en mariposa,
Los bracitos en alas,
Y los pies ternezuelos
En patitas doradas.
¡Oh! ¡qué bien que parece!
¡Oh! ¡qué suelto que vaga,
Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nácar!
Ya en el valle se pierde;
Ya en una flor se pára;
Ya otra besa festivo;
Y otra ronda y halaga.
Las zagalas al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan,
Y en seguirle no tardan.
Una á cogerle llega,
Y él la burla y se escapa
Otra en pos va corriendo
Y otra simple le llama:
Despertando el bullicio
De tan loca algazara
En sus pechos incautos
La ternura mas grata.
Ya que juntas las mira,
Dando alegres risadas
Súbito Amor se muestra
Y á todas las abrasa.
Mas las alas ligeras
En los hombros por gala
Se guardó el fementido;
Y asi á todos alcanza.
Tambien de mariposa
Le quedó la inconstancia
Llega, hiere, y de un pec
A herir otro se pasa.

## III.

### *El consejo del Amor.*

Pensativo y lloroso
Contemplando cuán tibia
Dorila mi amor oye,
Por hermosa y por niña,
Al márgen de una fuente
Me asenté cristalina,
Que un rosal adornaba
Con su pompa florida.
El voluble murmullo
De sus plácidas linfas
De mis penas agudas
Amainaba las iras.
Y en sus ondas rientes
Encantada la vista,
Invisibles, cual ellas,
Mis cuidados se huian:
Cuando en torno una ros
Que besar solicita,
Volar ví á un cefirillo
Con ala fugitiva.
Y entre blandos susurros
En voz dulce y sumisa
Entendí que á la bella
Cariñoso decia:
¿Dó, insensible, te vuelve
¿Porqué, injusta, te priva

En mis juegos vivaces
De mil tiernas caricias?
Mírame que rendido,
Cuando humillar podria
Con soplo despeñado
Tu presuncion esquiva,
Que te tornes te ruego,
Y á mis labios permitas
Que los ámbares gocen,
Que en tus hojas abrigas.
No temas, no, que ofendan
Con culpable osadía
Su rosicler hermoso,
Aunque blanda te rindas.
Aun mas fino que ardiente,
A nada mas aspiran
Que á un inocente beso
Las esperanzas mias.
Por tí dejé en el valle,
Por tí, beldad altiva,
Con vuelo desdeñoso,
Mil lindas florecitas.
Tú sola me embebeces,
Tú sola, repetia
El céfiro; y mas suelto
En torno de ella gira.
Cuando súbito noto
Que la rosa rendida
Le presenta su seno,
Y él cien besos le liba:
Con los cuales mimosa
De aquí y de allá se agita,
Otros y otros buscando
Que muy mas la mecian.
Y en aquel mismo punto
Escuché que benigna
Nueva voz me alentaba,
Nuncio fiel de mis dichas.
No de tímido ceses:
Insta, anhela, suplica,
Cefirillo incesante
De tu rosa Dorila.
Y en sus dulces canciones
Delicada tu lira
Su tibieza y sus miedos
Cual la nieve derritan.
Verás como á tus ansias
Cede al fin; y propicia
Las finezas atiende,
Por tí ciega suspira.
Apurando en mi copa
Las inmensas delicias,
Que á mis mas fieles guardo,
Que mi afecto le brinda.
Del Amor fué el consejo;
Y asi luego entre risas
Ví á la esquiva en mis brazos
Como mil rosas fina.

## IV.

### *De mis niñeces.*

Siendo yo niño tierno,
Con la niña Dorila
Me andaba por la selva
Cogiendo florecillas,
De que alegres guirnaldas
Con gracia peregrina,
Para ambos coronarnos
Su mano disponia.

Asi en niñeces tales
De juegos y delicias
Pasábamos felices
Las horas y los dias.
Con ellos poco á poco
La edad corrió de prisa;
Y fué de la inocencia
Saltando la malicia.
Yo no sé; mas al verme
Dorila se reïa;
Y á mí de solo hablarla
Tambien me daba risa.
Luego al darle las flores
El pecho me latia;
Y al ella coronarme
Quedábase embebida.
Una tarde tras esto
Vimos dos tortolitas,
Que con trémulos picos
Se halagaban amigas.
Y de gozo y deleite,
Cola y alas caidas,
Centellantes sus ojos,
Desmayadas gemian.
Alentónos su ejemplo;
Y entre honestas caricias
Nos contamos turbados
Nuestras dulces fatigas;
Y en un punto cual sombra
Voló de nuestra vista
La niñez; mas en torno
Nos dió el Amor sus dichas.

## V.

### *De mis cantares.*

Las zagalas me dicen:
¿Cómo siendo tan niño,
Tanto, Batilo, cantas
De amores y de vino?
Yo voy á responderles;
Mas luego de improviso
Me vienen nuevos versos
De Baco y de Cupido.
Porque las dos deidades,
Sin poder resistirlo,
Todo mi pecho, todo
Tienen ya poseido.

## VI.

### A Jovino.

### *De las navidades.*

Pues vienen navidades,
Cuidados abandona,
Y toma por un rato
La cítara sonora.
Cantaremos, Jovino,
Mientras que el euro sopla,
Con voces acordadas
De Anacreon las odas;

O á par del dulce fuego
Las fugitivas horas
Engañaremos juntos
En pláticas sabrosas.
Ellas van, y no vuelven
De las nocturnas sombras:
¿Porqué pues con desvelos
Hacerlas aun mas cortas?
Yo ví en mi primavera
Mi barba vergonzosa
Cual el dorado vello
Que el albérchigo brota;
Y en mis cándidas sienes
El oro en hebras rojas,
Que ya los años tristes
Oscuras me las tornan.
Yo ví al abril florido
Que el valle alegre borda;
Y al abrasado julio
Ví marchitar su alfombra.
Vino el ópimo octubre,
Las uvas se sazonan;
Mas el diciembre helado
Le arrebató su pompa.
Los dias y los meses
Escapan como sombra,
Y á los meses los años
Suceden por la posta.
Asi á la triste vida
Quitemos las zozobras
Con el dorado vino,
Que bulle ya en la copa.
¿Quién los cuidados tristes
Con él no desaloja;
Y al padre Baco canta,
Y á Vénus cipriota?
Ciñámonos las sienes
De hiedra vividora:
Brindemos, y aunque el euro
Combata con el bóreas,
¿Qué á nosotros su silbo,
Si el pecho alegre goza
De Baco y sus ardores,
De Vénus y sus glorias?
Acuérdome una tarde,
Cuando Febo en las ondas
Bañaba despeñado
Su fúlgida carroza;
Que yo al hogar cantaba
De mi inocente choza,
Mientras bailaban juntos
Zagales y pastoras,
De nuestro amor sencillo
La suerte venturosa:
Riquísimo tesoro,
Que en tí mi pecho goza.
Y haciendo por tu vida,
Que tanto á España importa,
Mil súplicas al cielo
Con voces fervorosas;
Cogí en la diestra mano,
Cogí la brindadora
Taza; y con sed amiga
Por tí la apuré toda.
Quedaron admirados
Zagales que blasonan
De báquicos furores,
Al ver mi audacia loca;
Mas yo tornando al punto,
Con sed aun mas beoda
Segunda vez libréla
Del néctar que la colma:
Cantando enardecido
Con lira sonorosa
Tu nombre, y las amables
Virtudes que le adornan.

## VII.

### *Del vivir de las flores.*

¡Oh! ¡cómo, gayas flores,
En un momento os veo,
Rotos ya los capullos,
Flotar libres al viento!
Anoche de su cárcel
En el círculo estrecho,
Sin belleza las hojas,
Sin ámbares el seno;
Y hoy erguidas y ufanas
A los ojos rïendo,
Embriagais de delicias
La nariz y el deseo:
Esmaltando vistosas
De colores diversos
En un grato desórden
La frescura del suelo.
Ya en alfombra galana,
Ya por grupos espesos,
O entre el verde mas lindas
De aquí y de allá saliendo:
Cien insectos alados
Van y vienen á un tiempo,
Y os adulan y mecen
En sus plácidos juegos.
Aquí la mariposa
Cesa alegre su vuelo,
Para ornaros brillante,
Cuando os liba sus besos.
Las melífluas abejas,
Labrando allí en silencio,
El almíbar os roban
Con solícito anhelo.
Y allá el blando favonio,
Derramado y travieso,
Si al pasar os inclina,
Os levanta volviendo.
A par que de las hojas
Benévolo el sol bello
Los matices anima
Con sus vivos reflejos:
Y vosotras alzando
Mas lozanas el cuello,
En un feudo de aromas
Le pagais de sus fuegos.
¡Ah! ¡porqué, amables flores,
Brillais solo un momento,
De las dichas imágen,
Y á las bellas ejemplo!
O naced mas temprano,
O no acabeis tan luego;
Y dejadle á mis glorias
El pasar como un sueño.

## VIII.

### *Al viento.*

Ven ¡plácido Favonio!
Y agradable recrea
Con soplo regalado
Mi lánguida cabeza.

Ven ¡ o vital aliento
Del año, de la bella
Aurora nuncio, esposo
Del alma primavera!
Ven ya: y entre las flores
Que tu llegada esperan,
Ledo susurra y vaga,
Y enamorado juega.
Empápate en su seno
De aromas y de esencias,
Y adula mis sentidos
Solícito con ellas.
O de este sauz pomposo
Bate las hojas frescas
Al ímpetu süave
De tu ala lisonjera.
Luego á mi amable lira,
Mas bullicioso llega,
Y mil letrillas toca
Meciéndote en sus cuerdas.
No tardes, no, que crece
Del crudo sol la fuerza,
Y el ánimo desmaya
Si tú el favor le niegas.
Limpia oficioso, limpia
Con cariñosa diestra
Mi ardiente sien, y en torno
Con raudo giro vuela.
Yo regaré tus plumas
Con el alegre néctar
Que da la vid, cantando
Mi alivio y tu clemencia:
Asi el abril te ria
Contino; asi las tiernas
Vïolas, cuando pases,
Te besen halagüeñas.
Asi el rocío corra
Cual lluvia por tu huella,
Y en globos cristalinos
Las rosas te lo ofrezcan;
Y asi cuando en mi lira
Soplares, yo sobre ella
A remedar me anime
Tus silbos y tus quejas

## IX.

### *De mi vida en la aldea.*

Cuando á mi pobre aldea
Feliz escapar puedo,
Las penas y el bullicio
De la ciudad huyendo,
Alegre me parece
Que soy un hombre nuevo;
Y entonces solo vivo,
Y entonces solo pienso.
Las horas que insufribles
Allí me vuelve el tedio,
Aquí sobre mí vagan
Con perezoso vuelo.
Las noches que allá ocupan
La ociosidad y el juego,
Acá los dulces libros,
Y el descuidado sueño.
Despierto con el alba,
Trocando el muelle lecho
Por su vital ambiente,
Que me dilata el seno.
Me agrada de arreboles
Tocado ver el cielo,

Cuando á ostentar empieza
Su clara lumbre Febo.
Me agrada, cuando brillan
Sobre el zenit sus fuegos,
Perderme entre las sombras
Del bosque mas espeso.
Si lánguido se esconde,
Sus últimos reflejos
Ir del monte en la cima
Solícito siguiendo;
O si la noche tiende
Su manto de luceros,
Medir sus direcciones
Con ojos mas atentos:
Volviéndome á mis libros,
Do atónito contemplo
La ley que portentosa
Gobierna el universo.
Desde ellos y la cumbre
De tantos pensamientos
Desciendo de mis gentes
Al rústico comercio;
Y con ellas tomando
En sus chanzas y empeños
La parte que me dejan,
Gozoso devaneo.
El uno de las mieses,
El otro del viñedo
Me informan, y me añaden
Las fábulas del pueblo.
Pondero sus consejas,
Recojo sus proverbios,
Sus dudas y disputas
Cual árbitro sentencio.
Mis votos se celebran;
Todos hablan á un tiempo;
La igualdad inocente
Rie en todos los pechos.
Llega luego el criado
Con el cántaro lleno,
Y la alegre muchacha
Con castañas y queso;
Y todo lo coronan
En fraternal contento
Las tazas que se cruzan
Del vino mas añejo.
Asi mis faustos dias,
De paz y dicha llenos,
Al gusto que los mide
Semejan un momento.

## X.

### *El abanico.*

¡Con qué indecible gracia,
Tan varia como fácil,
El voluble abanico,
Dorila, llevar sabes!
¡Con qué de movimientos
Has logrado apropiarle
A los juegos que enseña
De embelesar el arte!
Esta invencion sencilla
Para agitar el aire,
Da abriéndose á tu mano
Bellísima el realce,
De que sus largos dedos
Plegándose süaves
Con el mórbido brazo
Felizmente contrasten.

Este brazo enarcando,
Su contorno tornátil
Ostentas, cuando al viento
Sobre tu rostro atraes.
Si rápido lo mueves,
Con los golpes que bates
Parece que tu seno
Relevas palpitante:
Si plácida lo llevas,
En las pausas que haces,
Que de amor te embebece
Dulcemente la imágen.
De tus pechos entonces,
En la calma en que yacen,
Medir los ojos pueden
El ámbito agradable.
Cuando con él intentas
La risita ocultarme,
Que en tí alegre concita
Algun chiste picante,
Y en tu boca de rosa,
Desplegándola afable,
De las perlas que guarda
Releva los quilates;
Me incitas cuidadoso,
A ver por tu semblante
La impresion que te causan
Felices libertades.
Si el rostro ruborosa
Te cubres, por mostrarme
Que en tu pecho aun sencillo
Pudor y amor combaten,
Al ardor que me agita,
Nuevo pábulo añades
Con la débil defensa
Que me opones galante.
Al hombro golpecitos
Con gracioso donaire
Con él dándome, dices:
¿ De qué tiemblas, cobarde?
No es mi pecho tan crudo
Que no pueda apiadarse;
Ni me hicieron los cielos
De inflexible diamante.
Insta, ruega, demanda,
Sin temor de enojarme,
Que la roca mas dura
Con teson se deshace.
Al suelo distraida
Jugando se te cae,
Y es porque cien rendidos
Se inquieten por alzarle.
Tú festiva lo ries,
Y una mirada amable
Es el premio dichoso
De tan dulces debates.
Mientras llamas de nuevo
Con medidos compases
Al fugaz cefirillo
A tu seno anhelante,
En mis ansias y quejas,
Fingiendo no escucharme,
Con raudo movimiento
Lo cierras y lo abres:
Mas súbito rendida
Batiéndolo incesante,
Me indicas, sin decirlo,
Las llamas que en tí arden.
Una vez que en tu seno
Maliciosa lo entraste,
Yo suspirando dije:
¡ Allí quisiera hallarme!
Y otra vez, ¡ay Dorila!
Que á mi rival hablaste
No sé qué misteriosa,
Poniéndolo delante;

Las fáciles los gozan,
Y envidian las crueles.
Amor, como dios niño,
Es vivo, inquieto, alegre;
Y atrevido y artero
Los peligros no teme.
De pecho en pecho vuela;
Y ora rinde un rebelde,
Ora un soberbio oprime,
Y ora un tibio enardece.
Asi se goza y burla,
Y á un tiempo á todos prende.
De la inconstancia nace;
Y en la firmeza muere.
Ni el órden de las cosas
Inmóvil es, que siempre
Con sucesion süave
El cielo nos las vuelve.
Tras la rosada aurora
Ya corre el sol ardiente
Y en pos su rico manto
La grata noche tiende.
Sigue al nubloso invierno
Plácido abril; y cede
Julio al ópimo octubre,
Corona de los meses.
Su aljófar cristalino
No solo el alba llueve
Sobre la rosa, ó sola
Con el verano crece.
El valle, que cubierto
Se vió de escarcha y nieve,
Loco ya con sus flores
Nos descubre la frente.
Los chopos que desnudos
Se quejan del diciembre,
Y mustios y ateridos
Los ojos nos ofenden;
Bien presto coronados
De pompa y hoja verde,
Nido á las dulces aves
En grata sombra ofrecen.
Su aroma la azucena
A todos da: la fuente
Liberal para todos
Sus claras linfas vierte.
Ni la próvida abeja
De una flor diligente
Liba su miel; que á todas
Los cálices les bebe.
¿Pues qué los pajarillos,
Cuando el Amor los hiere?
De amada y lecho mudan
En sucesion perenne.
Del gusto solo unidos,
Tan solo por sus leyes
Se buscan, ó se olvidan
Sin zelos ni esquiveces.
¡Qué libres! ¡qué expresivos
Cantando blandamente,
Sus fáciles delicias
Mi espíritu conmueven!
Hélos buscarse ahincados,
Hélos seguirse ardientes;
Hélos ceder al fuego
Que en sus entrañas hierve.
Y en un momento mismo,
¡O dichosos mil veces!
Aman, gozan, se dejan,
Y un nuevo amor emprenden.
¡Ay Lisi! esquiva Lisi!
Si ves su feliz suerte,
¿Porqué, cruel, por firme,
Mayor ventura pierdes?

## XIII.

## LA PALOMA DE FILIS.

### ODA 1.

Fílis, ingrata Fílis,
Tu paloma te enseña:
Ejemplo en ella toma
De amor y de inocencia.
Mira cómo á tu gusto
Responde: cómo deja
Gozosa, si la llamas,
Por tí sus compañeras.
¿Tu seno y tus halagos
Olvida, aunque severa
La arrojes de la falda,
Negándote á sus quejas?
No, Fili; que aun entonces,
Si intento detenerla,
Mi mano fiel esquiva,
Y á tí amorosa vuela.
¡Con cuánto suave arrullo
Te ablanda! ¡Cómo emplea
Solícita sus ruegos,
Y en giros mil te cerca!
¡Ah crédula avecilla!
En vano, en vano anhelas;
Que son para tu dueño
Agravio las finezas.
¿Pues qué, cuando en la palma
El trigo le presentas,
Y al punto de picarlo
Burlándote la cierras?
¡Cuán poco del engaño
Incauta se recela;
Y pica, aunque vacía,
La mano que le muestras!
¡Que fácil se entretiene!
Un beso le consuela;
Siempre festiva arrulla,
Siempre amorosa juega.
Su ejemplo, Fílis, toma;
Pero conmigo empieza,
Y repitamos juntos
Lo que á su lado aprendas.

### ODA 2.

Con su paloma estaba
Fili en alegre juego,
Y para que picase
Le presentaba el dedo.
Picábalo, y en pago
Le daba un dulce beso;
Y tras él mas gozosa
La incitaba de nuevo.
Una vez la avecilla,
Creyendo ser lo mesmo,
Con picada inocente
Hirióle el labio bello.
Enojóse mi Fílis
De tal atrevimiento;
Y echóla de su falda
Con ademan severo.
La palomita entonces
En mil ansias y extremos

Demandaba rendida
El perdon de su yerro.
Con ala temerosa
Las manos de su dueño
Abraza, y gime, y vuela
De las manos al cuello.
Esquivábala Fílis;
Y ella humilde entre el seno
Y el cendal que lo cubre,
Escondióse de miedo.
¡O simplecilla! qué haces?
¡Guárdate de ese fuego,
Que entre pellas de nieve
Tiene el Amor cubierto.
Guárdate, y con arrullos
Y cariños mas tiernos
Halagándola, cuida
De desarmar su ceño.
¡Ah Fili! si al mirarte
Enojada un momento
Tal queda tu paloma,
¿Cuál estará mi pecho?
Y si ella perdon halla,
Mis encendidos ruegos
¿No han de lograr un dia
Tu rostro ver sereno?

## ODA 3.

Mira, Fili adorada,
Cuál tu linda paloma
Con su rico plumage
Resplandece y se goza:
En sus ojos arteros
La llama abrasadora
Del Amor, y al deleite
Que en sus niñas retoza:
Cuál en su blando arrullo
Ya suspira amorosa;
Ya á su pichon, cesando,
Mas penada provoca:
La gracia y señorío
Con que marcha pomposa,
Y ufanándose barre
La tierra con la cola:
Cuál refleja su cuello,
Cuando Febo lo dora,
Mil cambiantes vistosos,
Que de nuevo lo adornan;
Los vuelitos fugaces
Con que ora parte, y ora
En tu falda ó tu seno
Arrullando se posa:
Cuán donosa se bulle,
Y agitándose loca
En sus vueltas y giros
Sin cesar huye y torna.
Hoy es jóven, y brilla
Con las gracias hermosas
De la niñez, que pasan
En un punto cual sombra.
Vendrá un dia en que solo,
Muda, helada, llorosa,
De bien tanto le queden
Las punzantes memorias.
De tu paloma, o Filis,
Leccion en tiempo toma,
Antes que al triste ocaso
Tu claro sol traspongа.

### ODA 4.

¿ Para qué, atrevidilla,
Me has robado esa rosa,
Y entre blandos arrullos
En el pico la tomas?
¿ Embebece tus ojos
El carmin de sus hojas,
O tu nariz regala
Su delicado aroma?
¿ Qué tienes tú, avecilla,
Con esa flor, la gloria
Del alegre verano,
Las delicias de Flora?
¿ Esa flor que Amor quiere
Que sus gracias la pongan
O en el seno nevado,
Donde él bulle y retoza;
O en un cabello de oro
Y en galana corona,
Que á par orne y releve
De sus rizos la pompa?
Cesa pues en tu juego,
Cesa, dulce paloma;
Y el don dame que aguardo
Para mi Fili hermosa.
¡ Pero oyendo su nombre,
Con amable zozobra
Te conmueves y gimes,
Y mas hueca te entonas!
¡ Y en su busca tendiendo
Las alas voladoras,
Vas ufana á ofrecerle
La rosa que me robas!
Ponla, ponla en su seno;
Y subiendo á la boca
Con tu lindo piquito
De sus néctares goza.
Luego artera y festiva
Sobre sus albas pomas
Tus alitas batiendo
Sus delicias provoca.
Si anhelante la vieres,
Cariñosa me nombra;
Quizá que en su embeleso
Mi nombre mejor oiga.
Y mejor, disfrazados
De tu arrullo á la sombra,
Mis finezas le suenen,
Mis suspiros acoja.
¡ Cuál, palomita, envidio
La fortuna que logras,
Y seguirte en tus vuelos
Mi pasion ansia loca!
¡ Ay! el alma me llevas
Con mi flor venturosa:
Si en un beso te pagan,
Presta á dármelo torna.

## LETRILLAS.

### I.

### *El amante timido.*

« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir. »
En la pena aguda
Que me hace sufrir

El niño vendado
Desde que te ví;
Mil veces, zagala,
Te voy á pedir
Remedio; mas luego
Que llego ante tí,
« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir. »
Las voces me faltan,
Y mi frenesí
Con débiles ayes
Las piensa suplir.
Pero aleve el númen
Se burla de mí,
Pues cuando mas ciego
Voy el labio á abrir,
« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir. »
Entonces sus fuegos
Empieza á sentir
Tan vivos el alma,
Que pienso morir.
Procuro dar voces,
Llorar y gemir:
Empero si anhelo
Mi afan descubrir,
« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir. »
¡ Ay! si tú, zagala,
Pudieres oir
Mis tristes suspiros!
Yo fuera feliz.
Yo, Fílis, lo fuera:
Mas necio de mí,
Que empiezo á quejarme
Mil veces, y al fin
« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir. »

## II.

### *A unos ojos.*

« Tus ojuelos, niña,
« Me matan de amor. »
Ora vagos giren,
O fíjense atentos,
O miren exentos,
O amorosos miren,
O injustos se aïren
Contra mi dolor;
« Tus ojuelos, niña,
« Me matan de amor. »
Si se alzan al cielo
Llenos de temores,
O alegran las flores
Tornados al suelo,
O abaten el vuelo
De mi ciego error;
« Siempre, niña hermosa,
« Me matan de amor. »
Tórnalos, te ruego,
Niña, hácia otro lado,
Que casi he cegado
De mirar su fuego.
¡Ay! tórnalos luego,
No con mas rigor
« Tus lindos ojuelos
« Me maten de amor. »

## III.

### *La flor del Zurguen.*

Parad, airecillos,
No inquietos voleis,
Que en plácido sueño
Reposa mi bien:
Parad, y de rosas
Tejedme un dosel,
Pues yace dormida
« La flor del Zurguen. »
Parad, airecillos,
Parad, y vereis
Aquella que ciego
De amor os canté:
Aquella que aflije
Mi pecho cruël,
La gloria del Tórmes,
« La flor del Zurguen. »
Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas,
Sus trenzas la red
Do diestro amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
« La flor del Zurguen. »
Volad á los valles;
Veloces traed
La esencia mas pura
Que sus flores den.
Vereis, cefirillos,
Con cuanto placer
Respira su aroma
« La flor del Zurguen. »
Soplad ese velo,
Sopladlo, y veré
Cual late y se agita
Su seno con él:
El seno turgente,
Do tanta esquivez
Abriga en mi daño
« La flor del Zurguen. »
¡Ay cándido seno!
¡Quién sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer!
Mas ¡oh! ¡cuán en vano
Mi súplica es!
Que es cruda cual bella
« La flor del Zurguen. »
La ruego, y mis ansias
Altiva no cree:
Suspiro, y desdeña
Mi voz atender.
Decidme, airecillos,
Decidme, ¿qué haré
Para que me escuche
« La flor del Zurguen? »
Vosotros felices
Con vuelo cortés,
Llegad, y besadle
Por mí el albo pie.
Llegad, y al oido
Decidle mi fé;
Quizá os oiga afable,
« La flor del Zurguen. »
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa
Su altivo desden.

Llegad, y piadosos
De un triste os doled.
Asi os dé su seno
« La flor del Zurguen.

## IV.

### *El lunarcito.*

« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual? »
¿De dónde, donosa,
El lindo lunar,
Que sobre tu seno
Se vino á posar?
¿Cómo, dí, la nieve
Lleva mancha tal?
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual? »
¿Qué tienen las sombras
Con la claridad;
Ni un oscuro punto
Con la alba canal,
Que un val de azucenas
Hiende por mitad?
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual? »
Premiando sus hojas
El ciego rapaz,
Por juego un granate
Fué entre ellas á echar:
Mirólo, y ríose,
Y dijo vivaz:
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual? »
En él sus saetas
Se puso á probar;
Mas nunca lo hallara
Su punta fatal.
Y diz que picado
Se le oyó gritar:
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual
Entonces su madre
La parda señal
Por término puso
De gracia y beldad;
Do clama el deseo
Al verse estrellar:
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual
Estréllase, y mira:
Y torna á mirar;
Mientra el pensamiento
Mil vueltas le da;
Iluso, perdido,
Ansiando encontrar,
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual
Cuando tú lo cubres
De un albo cendal,
Por sus leves hilos
Se pugna escapar.
¡Señuelo del gusto!
¡Dulcísimo iman!
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual
Turgente tu seno
Se ve palpitar,
Y á su blando impulso
Él viene, y él va;
Diciéndome mudo
Con cada compas:

« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual? »
Semeja una rosa,
Que en medio el cristal
De un limpio arroyuelo
Meciéndose está.
Clamando yo al verle
Subir y bajar:
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual? »
¡Mi bien! si alcanzase
La llaga mortal,
Que tu lunarcito
Me pudo causar,
No asi preguntaras
Burlando mi mal,
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual? »

## V.

### *El vino y la amistad suavizan los mas graves trabajos.*

« Al viento las penas:
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
¡O socios amados,
Que en tanta agonía
La fortuna impía
Combatiendo ve!
Jamas degradados,
Adore inclinada
Nuestra frente honrada
Su orgulloso pie.
« Al viento las penas:
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Ella se complace
En hollar odiosa
La virtud gloriosa,
Y el sagrado honor;
Pero inútil hace
El justo su empeño;
Y con alto ceño
Burla su furor.
« Al viento las penas:
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
La batida nave
De borrasca fiera,
Se pierde velera
Por el ancho mar;
Y cuando mas grave
Su riesgo aparece,
El sol que amanece,
La sale á salvar.
« Al viento las penas:
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Dejad que ora truene
La calumnia infame,
Que cuanto ella trame
Sin fruto ha de ser:
Que el vulgo resuene,
Que el error se agite,
Que el celo se irrite;
Nada hay que temer.

« Al viento las penas :
« Las copas llenad ;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Clamarán que huimos
Nuestra dulce España :
Su bárbara saña
Debimos huir.
Sus puñales vimos ;
Y España en tal duelo
Cual madre á otro suelo
Nos hizo partir.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Desde él doloridos
Nuestros ojos miran ;
Do fieles suspiran
Las almas tornar :
Y en tiernos gemidos
La lengua apenada
¡ Ay patria adorada !
Clama sin cesar.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Volvereis, amigos,
A sus sacros lares,
De indignos pesares
Libre el corazon.
Augustos testigos
De nuestra justicia
Contra vil malicia
Dios y la razon.
« Al viento las penas .
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Su favor divino
Tornará el reposo ;
Y al nublado odioso
Seguirá la luz.
Tal sol matutino
Que hermoso se ostenta,
De la noche ahuyenta
El negro capuz.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
En hermandad santa
En tanto los pechos
Ligad con estrechos
Vínculos de amor.
Baco á dicha tanta
Aplauda riente ;
Y otra copa aumente
Su plácido ardor.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad ;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Amigos queridos,
Desde estos mis brazos
En mutuos abrazos
A uniros corred,
De la mano asidos
Juradme y juremos,
Que hermanos seremos;
Y á un tiempo bebed.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »

## IDILIO.

### *El hoyuelo en la barba.*

La mi queridita
Una cárcel tiene
En su rostro bello,
Donde á todos prende.
Esta feliz cárcel
Un hoyuelo es breve,
Que su linda barba
Tan gracioso hiende
Que cuantos lo miran,
Sin arbitrio sienten,
Que en él sus deseos
Sepultarse quieren.
Cautivos los mios
Ni anhelan, ni pueden
Pasar de su encierro
El círculo leve.
Que allí en la bonanza
Tranquilos se aduermen,
Alzados los vientos
En paz se guarecen;
Y locos, perdidos
En su feliz suerte,
¡Hoyuelo precioso!
Suspiran mil veces;
Tú en ámbito estrecho
A la concha excedes,
Do cuaja la aurora
La perla de oriente:
Y á mil Cupidillos
Grato nido ofreces,
De do arteros parten,
Van, revuelan, vuelven.
¡Riquísima copa
De dulces placeres,
Que Amor al deseo
Dadivoso ofrece!
Las Gracias te envidian,
Y al reirse alegre
Tu donoso juego
Codicia Citéres.
El juego voluble,
Con que ora te cierres.
Ora te dilates,
Mas lindo apareces.
En tí embebecidos
Los ojos se pierden,
Se abisman las almas,
Los pechos se encienden.
Regalado hechizo,
Quien te ve, enloquece;
Quien feliz te goza,
De delicias muere.

## ROMANCES.

### I.

### *Rosana en los fuegos.*

Del sol llevaba la lumbre
Y la alegría del alba,

En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,
Una noche que á los fuegos
Salió la fiesta de pascua,
Para abrasar todo el valle
En mil amorosas ansias:
Por do quiera que camina
Lleva tras sí la mañana,
Y donde se vuelve rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia
Y mansamente la halaga,
Los Cupidos la rodean,
Y las Gracias la acompañan.
Y ella, asi como en el valle
Descuella la altiva palma
Cuando sus verdes pimpollos
Hasta las nubes levanta;
O cual vid de fruto llena
Que con el olmo se abraza,
Y sus vástagos extiende
Al arbitrio de las ramas;
Asi entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Sobresaliendo entre todas
Cual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
Tras sí, todo lo avasalla;
De amor mata á los pastores
Y de invidia á las zagalas.
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas;
Que todos corren por verla,
Y al verla todos se abrasan.
¡ Qué de suspiros se escuchan !
¡ Qué de vivas y de salvas !
No hay zagal que no la admire
Y no se esmere en loarla.

l absorto la contempla
la aurora la compara
ndo mas alegre sale,
l cielo de su albor baña;
l al fresco y verde aliso
e crece al márgen del agua,
ndo mas pomposo en hojas
su cristal se retrata;
al á la luna, si muestra
na su esfera de plata,
soma por los collados
luceros coronada.
ros pasmados la miran
mudamente la alaban,
cuanto mas la contemplan
y mas hermosa la hallan,
e es como el cielo su rostro
ando en la noche callada
illa con todas sus luces
los ojos embaraza.
Ay, qué de envidias se encienden!
Ay, qué de zelos que causa
n las serranas del Tórmes
u perfeccion sobrehumana!
as mas hermosas la temen,
las sin osar murmurarla,
ue como el oro mas puro
o sufre una leve mancha.
ien haya tu gentileza,
Una y mil veces bien haya,
Y abrase la envidia al pueblo,
Hermosísima aldeana.
Toda, toda eres perfecta,
Toda eres donaire y gracia,
El amor vive en tus ojos
Y la gloria está en tu cara.
La libertad me has robado,
Yo la doy por bien robada,

Mas recibe el don benigna
Que mi humildad te consagra.
Esto un zagal la decia
Con razones mal formadas,
Que salió libre á los fuegos
Y volvió cautivo á casa.
Y desde entonces perdido
El dia á sus puertas le halla;
Ayer le cantó esta letra
Echándole la alborada:
Linda zagaleja
De cuerpo gentil,
« Muérome de amores
« Desde que te ví. »
Tu talle, tu aseo,
Tu gala y donaire,
No tienen, serrana,
Igual en el valle.
Del cielo son ellos
Y tú, un serafin:
« Muérome de amores
« Desde que te ví. »
De amores me muero,
Sin que nada baste
A darme la vida
Que allá me llevaste,
Si ya no te dueles
Benigna de mí;
« Que muero de amores
« Desde que te ví. »

## II.

### *El niño dormido.*

Bajo el álamo que hojoso
Cubre con su pompa umbría
La pacífica cabaña

enamorado Aminta,
la sensible Lisi
lácido sueño un dia
on al hermoso niño,
es su gloria y sus delicias.
az graciosa inclinada
un lado, las mejillas,
cual dos rosas fragantes,
el calor encendidas,
o bañada la boca
na grata sonrisa,
bre su lácteo pecho
ladas las manecitas.
brazos entrelazados
nta y Lisi, una misma
ccion, los rostros unidos,
a en su amor la vista;
no turbar su reposo
respirar se atrevian,
ebecidos gozando
u beldad peregrina.
! dijo la amable Lisi,
irando enternecida,
ánto en sus felices sueños
a inocencia tranquila!
no la paz la acompaña!
no el contento la anima!
con su risa los cielos
évolos la acarician!
a, dulce esposo, goza,
o tu Lisi querida,
ndo el clavel hermoso
mi fino amor te cria.
a; y si es posible, el lazo
afortunados nos liga,
templándolo se estreche,
n él crezcan nuestras dichas.
con qué indecible gracia

Aun dormido está! ¡qué linda
Su frente aparece ornada
De su cabellera riza!
¡Cuál entreabiertos los ojos
Como dos luceros brillan,
Y aun entre sueños parece
Que cariñosos nos miran!
El alelí mas florido,
La mas fresca clavellina,
La mas hermosa azucena,
La rosa que ámbar espira,
Nada son con nuestro amado:
Mayor es su lozanía,
Sus gracias mas acabadas,
Mas su belleza divina.
Su rostro es la misma gloria:
La paz, el gozo, la risa,
La candidez, la inocencia
Se unen en él á porfía.
¡O rostro en que venturosos
Todos mis gustos se cifran!
¡O sol! ¡o adorado hijo,
Mi embeleso y mi alegría!
Feliz descansa; y tu sueño
Disfruta en calma benigna,
Que solícita en tu guarda
Vela la ternura mia;
Cual la cándida paloma
Sus pichoncitos abriga,
Y de su seno amoroso
Los sustenta y vivifica.
Descansa, vástago tierno,
Que bajo la sombra amiga
De mis cuidados floreces,
Para hacer mi gloria un dia:
Descansa; y que tu reposo,
Tus sueños, tu amable vida,
Los ángeles tus hermanos,

do en torno, bendigan.
o feliz, tus ramas
él blandamente inclina,
a tus sonantes hojas
oso le cobija.
d, o canoras aves,
nas dulce melodía
no turbar su sueño;
erle llegad festivas.
gradable cefirillo,
á mi bien compañía,
su congojada frente
lo el sudor mitiga.
os! una madre os ruega:
uestra bondad propicia
ed mi hijo querido;
nrado y dichoso viva.
d, haced que en su seno
a pululen unidas
ridad oficiosa,
edad y la justicia:
antes dél brotando,
o de una vena rica,
to de noble y de grande
la humanidad sublima.
, idolatrado esposo,
a nuestro hechizo dormida
inocencia, que apenas
u placidez respira:
l lustre de nuestros años
u juventud florida,
estro arrimo y consuelo
a ancianidad tardía:
l serafin, al lucero
radiante... Una ramita
to al soplo de viento
álamo desprendida,
ndo en la faz del niño

Nubló á los padres su dicha
Que á un tiempo al verle despierto
Y que asustadillo grita:
¡Ay hijo adorado! exclaman;
Y sobre él con mil caricias
Para acallarle en sus brazos
Riendo se precipitan.

### III.

### *La mañana de San Juan.*

Mañanita de San Juan
Por el prado de la aldea
A celebrarla se salen
Pastores y zagalejas.
Bailándolas ellos vienen
Con mil mudanzas y vueltas;
Y cantando mil tonadas
Del dulce amor vienen ellas.
Unos el suyo encarecen
En bien sentidas ternezas;
Y otros con agudas chanzas
Bulliciosos las alegran.
Los que son mas entendidos,
Cortesanos les presentan
La mano para apoyarse,
Con delicada fineza.
No hay corazon que esté triste,
Ni voluntad que esté exenta:
Todo es amores el valle,
Los zagales todo fiesta.
Cual saltando se adelanta,
Cual burlando atras se queda,
Y cual en medio de todas
Repica la pandereta.
El crótalo y tamborino
Con la alegre flauta alternan;

regocijo y los vivas
n hasta las estrellas.
s de trébol y flores
isteriosa verbena
cándidas sienes ciñen,
zan sus rubias trenzas.
s por detras sus ojos
un lienzo arteros vendan,
l juego alegres rien
on el engaño aciertan;
ros de menuda juncia
ndo blandas cadenas,
n como que las prenden,
sus lazos mas se enredan.
el deshojando rosas
el seno se las echa,
quel en el suyo guarda
que á su nariz acercan.
les alzando los ramos
triunfo de amor las llevan,
uales, porque los pisen,
ellos el camino siembran.
llegan á la fuente
el gran álamo hermosea
su pomposo ramage;
en alegre paz se asientan.
gusto y júbilo crecen;
risa y el placer vuelan
boca en boca, y mas vivos
nto y danzas se renuevan.
aurora de su albo seno
sas derramando y perlas,
de el cielo al sol, que asoma
se pára y las contempla;
en medio su trono de oro
r las lucientes esferas
tentando de sus llamas
inagotable riqueza;

Este dia mas hermoso
Parece que da á la tierra
Mas rica luz, y á las flores
Alegría y vida nueva.
Con la fiesta y el bullicio
Las avecillas despiertan,
Pueblan y animan los aires,
Y la nueva luz celebran.
Todo en fin se goza y rie;
Fuentes, árboles, praderas,
Selváticos brutos, hombres,
El júbilo en todos reina.
Libre en tanto el Amor vaga:
Nadie sus tiros recela:
El campo, el dia, la hora,
Todo la ilusion aumenta.
Todo encanta los sentidos:
Por una llanada inmensa
Vaga la vista, las aves
Con sus trinos embelesan.
Entre el grato cefirillo
El labio aromas alienta,
El tacto en delicias náda,
Y el pecho inflamado anhela:
Gratamente asi corriendo
Por las agitadas venas
Del placer la suave llama,
Que á todos arrastra y ciega.
La ocasion brinda al deseo,
Las miradas son mas tiernas,
Los requiebros mas ardientes,
Mas picante la agudeza.
Nadie desairado llora,
Ni enojar amando tiembla:
El baile mismo autoriza
Mil cariñosas licencias.
Quien rendido se declara,
Quien tierno la mano premia

su amada, y quien la roba
beso al dar una vuelta:
o de que no se ofende
zagala mas severa,
s fueran culpa este dia
rigor ó la tibieza.
los arden y suspiran,
do se aplaude y festeja;
timidez es osada,
nos cauta la modestia.
entre tantos regocijos,
pastor, á quien las nuevas
su dulce bien faltaban,
ntó angustiado esta letra:
a no hay, zagales, amor,
e lo acabara el olvido:
da de Fili he sabido,
tiemblo su disfavor:
sente estoy, fuí querido:
ed si es justo mi dolor!
mbien yo un tiempo dichoso
al ora os gozais, me ví;
en mi embeleso amoroso
egre canté y reí
par de mi dueño hermoso.
espues que dejé su lado
erdí la dicha y el gusto;
hoy con mas grave cuidado,
l ver su silencio injusto,
olo exclamo desolado:
a no hay, zagales, amor,
ue lo acabara el olvido:
ada de Fili he sabido,
tiemblo su disfavor:
usente estoy, fuí querido:
Ved si es justo mi dolor!»

## IV.

### *De las dichas del amor.*

No juzgues, bella aldeana,
Que es al niño Amor difícil
Cautivar el albedrío;
Y en su dulce lazo unirle.
El camino de su templo
Y las sendas que en él siguen
Entre inocentes placeres
Sus prisioneros felices;
No por ásperas las tengas,
Ni las juzgues imposibles,
Que son llanas y de rosas
Sembradas y de alelíes.
No imagines, no, engañada,
Que su fuego el alma aflige;
Ni de sus blandas heridas
Que ningun remedio admiten.
Su fuego un ardor suave,
Sus llagas son apacibles
Y leves puntas las flechas,
Que su tierno nombre imprimen.
La cárcel que tanto temes
Y esa cadena en que gimen
Sus venturosos esclavos,
Que tú llamas infelices,
Es un celestial alcázar,
Donde gozan los que viven,
En vez de prision y hierros,
De venturas indecibles.
Siempre embebidas las almas
Ya en esperanzas que fingen;
Ya en desdenes que contrastan;
Ya en favores que consiguen.
Temen ora; ora suspiran;
Ora blandamente rien;

n ora; ora se quejan;
al amado se rinden.
palabras son caricias,
riñas serenos Iris;
s desdenes süaves
ion de nuevas lides:
vor plácida llama
que el alma se derrite:
quejas son pasatiempo,
s desdenes melindre.
ices una y mil veces
que en su poder suspiren;
que de sus flechas mueren,
s que su ley reciben!

## V.

### *El velo.*

ita, quita, Clori mia,
ate ese odioso velo,
los rayos oscurece
us ojos hechiceros.
que la lisa frente
ca en todo su despejo,
os rizos coronada
se tu blondo cabello:
tu boca y tus mejillas,
garganta y tu seno
r que arrastren mis ojos,
tricen el deseo:
esa flor de colorido
rosa y jazmin deshechos,
ntas gracias y dotes
te dió pródigo el cielo,
len en toda su gloria,
gan el feliz empleo,
esa importuna nube

De mil corazones tiernos.
¿Los tienes para ocultarlos?
¿No ves cuál ostenta Febo
Su luz profuso, y la noche
Miles de ardientes luceros?
Ni la noche ni el sol hacen
De su hermosura un misterio,
Ni de su oriente la perla,
Ni el diamante de sus fuegos.
Todo, todo cuanto existe,
Mientras mas gracioso y bello,
Quiere Amor, el cielo ordena
Que brille cual brilla él mesmo
En muestra de su grandeza,
Y ornato rico del suelo,
Y ocupacion de la mente,
Y de los ojos recreo.
Deja pues embozos tales
A la inquietud de los zelos,
O á la beldad que ya sufre
La ruda mano del tiempo.
Tú empero que airosa creces,
De perfecciones modelo,
Como la temprana rosa
En medio un pensil ameno;
Tú que cual la blanca luna
De las estrellas en medío
Esclarece el bajo mundo,
Y hermosea el firmamento;
Asi cuando te presentas
De tus gracias en el lleno,
Eres, mi bien, de estos valles
La delicia y el contento:
¿A qué negarte á los ojos,
Que en su cariñoso anhelo
Gozar quieren, cuanto admira
De bello en tí el pensamiento?
Si es arte, para que oculto

el delicioso empeño
allarlo en los corazones
poderoso su efecto;
lgares hermosuras
ese falaz manejo,
ue el desengaño rie,
ce ilusion un momento.
á esas flores sin vida
fascinar á necios,
ostenten lo que no tienen,
racen lo que perdieron.
n ellas, porque vistos
len su rostro y su cuello,
elo hasta la cintura,
condan su árido pecho:
den de la luz sus ojos,
si en su ingenioso juego
e por la gasa el brillo
us lánguidos reflejos;
esfuerzos de un vil engaño
n en fin, que de lejos
u hermosura se luzcan
desmoronados restos.
tú que por tus donaires,
mirar halagüeño,
bullicio y delicias,
s sales y tu ingenio,
formas de una diosa,
aire noble y esbelto
u cabeza, esos pasos
envidia la misma Vénus;
en los corazones
tienes tu dulce imperio,
irio de las hermosas,
os hombres embeleso.
yo á Clori rogaba;
la donosa riendo
, arcando su alba mano,

El velo á mi ardor molesto.
Y ya tus gustos cumplidos
Tienes, mi querido dueño,
Dijo; gózate en mis ojos,
Que mi alma toda está en ellos.
Vélos, y hallarás tu imágen,
Que del corazon saliendo,
Fiel sabe, y contarte puede
Sus mas íntimos secretos. —
Yo en mi impaciente delirio
Embebecido, sin seso
Mirélos, y ellos se fijan
En mí lánguidos y tiernos.
Las delicias inefables
Que á aquel instante siguieron,
Si es posible, Amor las diga,
Que yo á explicarlas no acierto.

## VI.

### *La vuelta del colorin.*

¿Qué es esto, colorin mio,
Revolando á mis ventanas,
Cuando yo te suponia
Unido ya con tu amada:
Cuando en el umbroso bosque,
Saltando de rama en rama,
Debieras en dulces trinos
Armonioso requebrarla:
Cuando con ala incansable
Y en deliciosa inconstancia
De la libertad pudieras
Gozar que tanto anhelabas?
¿Qué es esto, necia avecilla?
Dijo Fili una mañana
Que vió al abrir sus balcones,
Que su colorin la aguarda.

é es esto, avecilla necia?
n presto tu bien te cansa,
ya, infeliz! echas ménos
sclavitud de la jaula?
agrada el afan inútil
atir con cruda garra,
order con fiero pico
arambres de tu guarda?
este era el empeño ardiente
que en romper los pugnabas,
stos tus tiernos suspiros,
oledad y tus ansias!
len mas doradas redes
l encierro de una sala,
cruzar suelto y ufano
de el prado á la enramada?
sarse allí bullicioso
la ramilla, que vaga
nbla á tu peso, se inclina,
izándote tú, se alza?
ncertar el lindo pecho,
modando con gracia
plumas, que el vivaz soplo
cefirillo rizara?
lar al pensil vecino,
ompitiendo en la gala
tus subidos matices
sus flores mas lozanas,
car la rosa mas bella,
ozar feliz del ámbar
e exhalan sus frescas hojas,
ándolas sin ajarla?
alen mas mis cariñitos
e las ardientes piadas
tu querida, ó mis besos
e los que su amor te guarda?
o es mejor en limpia fuente
iarse y beber sus aguas,

Que mis ojos ilumine,
Que dirija mis pisadas.
Y asi en su seno aliviando
La libertad que me cansa,
Gozar sabré las delicias
Que esquivé insensible y vana.
Ven pues, colorin precioso,
Ven, que la prision te aguarda;
Y yo con dulce desvelo
Cuidaré hacértela grata.
Los dos seremos felices,
Tú en su pacífica estancia,
Y yo en servir á mi amado,
Y en celebrarte sus gracias. —
El colorin cariñoso
Batiendo alegre las alas
Voló á la jaula, y su suerte
Con mil trinos ponderaba,
Y Fílis, la tierna Fílis,
Corrió á su esposo exhalada,
A jurarse entre sus brazos
Su dichosísima esclava.

## VII.

### *La tarde.*

Ya el Héspero delicioso
Entre nubes agradables
Cual precursor de la noche
Por el occidente sale:
Do con su fúlgido brillo
Deshaciendo mil celages,
A los ojos se presenta
Cual un hermoso diamante.
Las sombras que le acompañan
Se apoderan de los valles;
Y sobre la mustia yerba

Su fresco rocío esparcen.
Su corona alzan las flores,
Y de un aroma süave
Despidiéndose del dia,
Embalsaman todo el aire.
El sol afanado vuela,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten
Al morir su augusta imágen:
De la alta cima del cielo
Veloz se despeña, y cae
Del océano en las aguas,
Que á recibirlo se abren.
¡O qué viso! ¡qué colores!
¡Qué ráfagas tan brillantes
Mis ojos embebecidos
Registran de todas partes!
Mil sutiles nubecillas
Cercan su trono, y mudables
El cárdeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes.
Los reverberan las aguas,
Y parece que retrae
Indeciso el sol los pasos,
Y en mirarlos se complace.
Luego vuelve, huye y se esconde,
Y deja en poder la tarde
Del Héspero, que en los cielos
Alza su pardo estandarte.
Del nido al caliente abrigo
Vuelan al punto las aves,
Cual al seno de una peña,
Cual á lo hojoso de un sauce.
Suelta el labrador sus bueyes;
Y entre sencillos afanes
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales:
Lejos las chozas humean,

Y los montes mas distantes
Con las sombras se confunden
Que sus altas cimas hacen.
El universo parece
Que de su accion incesante
Cansado el reposo anhela,
Y al sueño va á abandonarse.
Todo es paz, silencio todo,
Todo en estas soledades
Me conmueve y hace dulce
La memoria de mis males.
El verde-oscuro del prado,
La niebla que undosa á alzarse
Empieza del hondo rio,
Los árboles de su márgen,
Su deleitosa frescura,
Los vientecillos que baten
Entre las flores las alas,
Y sus esencias me traen,
Me enagenan y me olvidan
De las odiosas ciudades,
Y de sus tristes jardines,
Hijos míseros del arte.
Liberal naturaleza
Porque mi pecho se sacie
Me brinda con mil placeres
En su copa inagotable.
Yo me abandono á su impulso:
Dudosos los pies no saben
Do se vuelven, do caminan,
Do se apresuran, do paren.
Bajo del collado al rio,
Y entre sus lóbregas calles
De altos árboles, el pecho
Lleno de pavor me late.
Miro las tajadas rocas
Que amenazan desplomarse
Sobre mí, tornar oscuros

s cristalinos raudales.
énanme de horror sus sombras,
empiezo triste á quejarme
e mis amargas desdichas,
á lanzar dolientes ayes :
ientras de la luz dudosa
pira el último instante,
la noche el velo tiende
ue el crepúsculo deshace.

## VIII.

### *Los aradores.*

¡Oh, qué bien ante mis ojos
or la ladera pendiente
bre la esteva encorvados
os aradores parecen!
Cómo la luciente reja
e imprime profundamente,
uando en prolongados surcos
l tendido campo hienden!
on lentitud fatigosa
os animales pacientes
a dura cerviz alzada
iran del arado fuerte.
nímalos con su grito,
Y con su aguijon los hiere
El rudo gañan, que en medio
u fatiga canta alegre.
La letra y pausado tono
Con las medidas convienen
Del cansado lento paso,
Que asientan los tardos bueyes.
Ellos las anchas narices
Abren á su aliento ardiente,
Que por la frente rugosa
El hielo en aljófar vuelve,

Y el gañan aguija y canta,
Y el sol que alzándose viene,
Con sus vivíficos rayos
Le calienta y esclarece.
¡Invierno! invierno! aunque triste
Aun conservas tus placeres;
Y entre tus lluvias y vientos
Halla ocupacion la mente.
Aun agrada ver el campo
Todo alfombrado de nieve,
En cuyo cándido velo
Sus rayos el sol refleje.
Aun agrada con la vista
Por sus abismos perderse,
Yerta la naturaleza
Y en un silencio elocuente;
Sin que halle el mayor cuidado
Ni el lindero de la suerte,
Ni sus desiguales surcos,
Ni la mies que oculta crece.
De los árboles las ramas
Al peso encorvadas ceden,
Y á la tierra fuerzas piden
Para poder sostenerse.
La sierra con su albo manto
Una muralla esplendente,
Que une el suelo al firmamento,
Allá á lo lejos ofrece:
Mientra en las hondas gargantas
Despeñados los torrentes,
La imaginacion asustan,
Cuanto el oido ensordecen;
Y en quietud descansa el mundo,
Y callado el viento duerme,
Y en el redil el ganado,
Y el buey gime en el pesebre.
¿Pues qué, cuando de las nubes
Horrísonos se desprenden

; aguaceros, y el dia
ɔgado entre sombras muere;
on estrépitu inmenso
agosos se embravecen
ra de madre los rios,
iendo diques y puentes?
ce el diluvio : anegadas
; llanuras desparecen,
árboles y chozas tiemblan
l viento el furor vehemente;
e arrebatando las nubes,
al sierras de niebla leve,
aquí allá en rápido soplo,
formas mil las revuelve:
el imperio de las sombras,
los vendavales crecen;
el hombre atónito y mudo
horror tanto tiembla y teme.
bien la helada punzante
tierra en mármol convierte;
al hogar en ocio ingrato
gañan las horas pierde.
biertos de blanca escarcha,
mo de marfil parecen
s árboles ateridos,
de alabastro la fuente.
noro y rígido el prado
a planta hollado repele;
do quier el dios del hielo
ominoso mando ejerce;
asta que el suave favonio
iedroso y tímido al verse
uevo volar, con su aliento
an duros grillos disuelve.
l dia rápido anhela:
o asoma el sol por oriente,
uando sin luz al ocaso
recipitado desciende;

Porque la noche sus velos
Sobre la tierra despliegue,
De los fantasmas seguida
Que en ella el vulgo ver suele.
Asi el invierno ceñudo
Reina con cetro inclemente,
Y entre escarchas y aguaceros,
Y nieve y nubes se envuelve.
¿Y de dónde estos horrores,
Este trastorno aparente,
Que en enero su fin halla,
Y que ya empezó en noviembre?
Del órden con que los tiempos
Alternados se suceden,
Durando naturaleza
La misma, y mudable siempre.
Estos hielos erizados,
Estas lluvias, estas nieves,
Y nieblas y roncos vientos,
Que hoy el ánimo estremecen,
Serán las flores del mayo,
Serán de julio las mieses,
Y las perfumadas frutas
Con que octubre se enriquece.
Hoy el arador se afana,
Y en cada surco que mueve,
Miles encierra de espigas
Para los futuros meses:
Misteriosamente ocultas
En esos granos, que extiende
Do quier liberal su mano,
Y en los terrones se pierden;
Ved cuál fecunda la tierra
Sus gérmenes desenvuelve,
Para abrirnos sus tesoros
Otro dia en faz riente.
Ved, como ya pululando
La rompe la hojilla débil,

n el rojo sombrio
bien contrasta su verde :
le, que el tostado julio
ro convertir debe,
una selva de espigas
cogollos nacientes.
aja, arador, trabaja,
ánimo y pecho fuerte,
n tu esperanza embriagado
verano en las mercedes.
a tu noble destino,
az cantando tu afan leve,
tras insufrible abruma
stidio al ocio muelle ;
entre la pluma y la holanda
ido en sueño y placeres,
as vió del sol la pompa
ndo lumbroso amanece :
as gozó con el alba
campo el plácido ambiente:
la matinal alondra
armónicos motetes.
baja, y fia á tu madre
prolífica simiente,
cuyo felice cambio
abundancia te prometes :
ella te dará profusa
que tu seno se aquiete,
alimenten tus deseos,
sudor se remunere;
esto que en él y tus brazos
rado la fausta suerte
culas de tu familia,
ibre en tus campos eres.
esposa al hogar humilde
acible te previene
ria mesa, grato lecho,
cariño y fé perennes :

Que oficiosa compañera
De tus gozos y quehaceres,
Su ternura cada dia
Con su diligencia crece:
Y tus pequeñuelos hijos
Anhelándote impacientes,
Corren al umbral, te llaman,
Y tiemblan, si te detienes.
Llegas, y en torno apiñados
Halagándote enloquecen;
La mano el uno te toma,
De tu cuello el otro pende;
Tu amada al paternal beso
Desde sus brazos te ofrece
El que entre su seno abriga,
Y alimenta con su leche;
Que en sus fiestas y gorgeos
Pagarte ahincado parece
Del pan que ya le preparas,
De los surcos donde vienes.
Y la aijada el mayorcillo
Como en triunfo llevar quiere;
La madre el empeño rie,
Y tú animándole alegre,
Te imaginas ver los juegos
Con que en tus faustas niñeces
A tu padre entretenias,
Cual tu hijuelo hoy te entretiene.
Ardiendo el hogar te espera,
Que con su calor clemente
Lanzará el hielo y cansancio,
Que tus miembros entorpecen:
Y luego, aunque en pobre lecho,
Mientras que plácido duermes,
La alma paz y la inocencia
Velarán por defenderte;
Hasta que el naciente dia
Con sus rayos te despierte.

empuñar tornes la esteva,
regir tus mansos bueyes.
a ignorada y dichosa!
ni alcanza ni merece
n de las ciegas pasiones
dioso imperio siente.
a angelical y pura!
ue con su dios se entiende
illo el mortal, y le halla
uier próvido y presente:
ien el poder perdona,
los mentirosos bienes
a ambicion tiene en nada,
to ignora sus reveses.
de fácil llaneza,
bertad inocente,
ue dueño de sí el hombre
rgullo se ennoblece:
ue la salud abunda,
ue el trabajo divierte,
dio se desconoce,
trada el vicio no tiene;
que un dia y otro dia
icos se suceden,
aguas de un manso rio,
pre iguales y rïentes.
quién gozarte alcanzara!
quién tras tantos vaivenes
inclemente fortuna
obre arador viviese!
cual estos que veo,
ni codician, ni temen,
clavitud los humilla,
vanidad los pierde:
de la envidia torpe
la calumnia aleve,
a que á mi aliento frágil
ase el hilo la muerte.

## IX.

### *Las vendimias.*

Ya dió alegre el fresco otoño
La señal de la vendimia,
Y su voz redobla el eco
Por los valles y colinas.
Del peso dulce y ópimo
De sus racimos vencida
Al suelo la vid pomposa,
La frente encorvada inclina;
Y entre el desmayado verde
Que su follage mancilla,
Cual encendidos topacios
Las doradas uvas brillan:
O como el negro azabache
Que á la noche desafía,
Agrupándose, el deseo
A su robo solicitan.
Alzándose el sol radiante
En brazos del nuevo dia,
De Baco los largos dones
A recoger nos convida.
Las cestas pues se preparen,
Ordénense las cuadrillas,
Y al campo salid gritando:
« Honor al dios de las viñas. »
No haya escondido racimo
Que se escape á vuestra vista,
Que no corte vuestra mano,
Y el cuébano no reciba.
Dadme una cesta, muchachas,
Que quiero en tanta alegría
Compañero ser dichoso
De vuestra dulce fatiga:
Y allá en las tristes ciudades

Dejad que míseros giman,
Revueltos en mil cuidados,
Los necios que las habitan;
Que yo en los campos me gozo
Y en su soledad tranquila,
Y el afan de sus labores
El pecho me vivifica.
¡Oh cómo á la par por todos
Vuelan el gozo y la risa;
Y las picantes tonadas
Nos entretienen y animan!
Hinchando el plácido viento
Su estrépito y gritería,
Que á los mas tibios inflaman,
Y la licencia autorizan.
Ved como Felicio el lado
Buscó de su amada Silvia,
Y los racimos le toma,
Y en el trabajo la alivia;
Mientras entre Arcadio y Delio
Se turba Nise indecisa,
Y á sus chanzas y cantares
Enmudece como niña.
Daliso allí mas osado
Corre tras Fílis la linda,
La de los divinos ojos,
Y de voz muy mas divina;
Y tomándola en sus brazos,
Por mas que resiste y lidia,
Con el mosto de un racimo
Le regó frente y mejillas:
Y Enarda la bulliciosa
Allá con sutil malicia
Para su cesta se lleva
Cuanto á la de Silvio quita.
Todo es obra de las copas
Que Baco jovial nos brinda,
Y en placer nos enloquecen,

Y al Amor dan osadía.
¡ Loor al dios, que en su triunfo
Nos trajo allá de la India
Con la vid el suave néctar
Que sus racimos destilan!
¡ Al de juventud perenne,
Quien en faz riente y benigna
Ora estos dulces racimos
Tan liberal nos prodiga!
Seguid, seguid bulliciosos
Con solícita agonía,
Que el júbilo bien no hermana
Con la flojedad indigna.
Ved por las cumbres del cielo
Cual alzándose camina
Rápido el sol, y sus pasos
Culparán nuestra desidia:
Que él tambien reina en las vides,
Fausto los racimos cria,
Y hoy lo acerbo de sus granos
Torna en delicioso almíbar.
Pero con nueva algazara
Los víctores se repitan,
Que el carro en triunfo á la aldea
Lleva las uvas cogidas.
Ornanle á trechos colgando
Cual vencedoras insignias
Los vástagos mas frondosos,
Que el viento ondeando agita;
Y su próspera llegada
Con su bullicio anticipa
Un tropel de alegres niños,
Que en torno corriendo gritan.
Recíbelas la ancha troje,
Que las macera, y envia
Do el lagarero enmostado
Con membrudo pie las pisa;
Y remedando al beodo

ya en sus pasos vacila,
titubeando marcha,
sobre un pie se libra,
a al monton mal hollado
tiva frente domina,
a, lo derrama, y vuelve,
hunde hasta la rodilla.
la el tórculo gimiendo,
n inmensa ruïna
iende el molar enorme,
ue su presion estriba.
e en arroyos el mosto;
aco, la sien ceñida
s hojas de sus parras,
e una cuba lo mira.
silenos de su corte
orno danzando giran,
icor sus tazas llenan,
ben y al dios lo liban:
r hoy de áspero gusto,
que hervido será un dia,
bien que el néctar de Jove,
ilsamo de la vida:
e alegre los banquetes,
l Amor nuevas delicias,
al misterio los labios,
placer torne las iras.
corre, y corre espumoso
a las hondas vasijas,
ellas, cual un torrente,
ndo se precipita.
os batiendo las palmas
uden á su caida:
aza en las manos rueda,
un dulce delirio incita:
n canta, ó quien loco rie,
uciente aquel se explica,
ndírsele aquel la tierra

Siente, y se afana en asirla.
Uno en fraternal abrazo
Va, y con su rival se liga,
Y otro al beber con el mosto
Barba y pecho se rocia:
Y todo estrépito insano,
Todo algazara festiva,
Muy mas fervientes con ellos
Los bríndis se multiplican.
Asi triunfa el dios del vino,
Asi su inmortal bebida
Borra los cuidados tristes,
Los ánimos regocija.
En tanto del negro ocaso
Desciende la noche umbría,
Y su manto de luceros
Tiende á la atónita vista:
Abrese la alegre danza,
Vivo el crótalo repica,
Y el ruidoso tamborino
Un nuevo delirio inspira.
Los jóvenes con mil pruebas
De destreza y gallardía
Ante sus bellas se ufanan,
Sus lentos pasos aguijan.
¡O qué mudanzas y vueltas!
¡Con qué donaire y medida
Bate la planta la tierra,
Los brazos se abren y animan!
Delio á Nise estrecha ardiente,
Silvia á Felicio va unida,
Daliso á Fílis rodea,
Y con Silvio Enarda trisca.
Todos aplauden y gozan,
Todos bullen á porfía,
Y en el calor con que Baco
Las llamas de Amor atiza,
No hay quien baile indiferente,

vendimiadora esquiva,
ternando con las danzas
s bríndis y ardientes vivas.
i el cansancio en los brazos
l regocijo se olvida,
alegres nos ve la aurora
rrer de nuevo á las viñas;
seguir con las tonadas
labor entretenida,
e huye el sol, cesa; y la noche
n otro baile disipa.—
ando yo estos dulces versos
ntaba á mi fácil lira,
el ocio de mi aldea
gloriosa paz vivia:
spues ominoso el hado
arrastró á las grandes villas:
la corte, y perdí en ella
anto bien antes tenia.
asi abrumado de afanes,
mpre en duelos y agonías,
uién, exclamo, se volviese
su aldea y sus vendimias!

## SONETOS.

### I.

### *El propósito inútil.*

npo, adorada, fué cuando abrazado
o de tus lumbres celestiales,
honesta fé, mis dulces males
sin miedo en verso regalado.

é de veces en lágrimas bañado
ló el alba besando tus umbrales;

O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desden helado!

Pasó aquel tiempo; mas la viva llama
De mi fiel pecho inextinguible dura;
Y hablar no puedo aunque morir me veo.

Huyo; y muy mas mi corazon se inflama;
Juro olvidarte, y crece mi ternura;
Y siempre á la razon vence el deseo.

## II.

### *La esquivez vencida.*

No temas, simplecilla: del dichoso
Galan pastor no tardes la ventura:
Apenado á tí corre; su ternura
Premio al fin halle, y su anhelar reposo.

De rosa en la coyunda el cuello hermoso
Pon al yugo feliz: la copa apura
Que amor te brinda; y de triunfar segura,
Entra en lides suaves con tu esposo.

¡La vista tornas! ¡del nupcial abrazo
Huyes tímida, y culpas sus ardores,
En rubor virginal la faz teñida!

Mas Vénus... Vénus... su genial regazo
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,
Que Fílis coge y la esquivez olvida.

## III.

### *Las armas del amor.*

De tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme;

ıs lindos ojuelos, para herirme,
ïechas y la llama abrasadora.

dulce boca que el carmin colora,
ırpura le dió para rendirme:
manos, si al encanto quise huirme,
que en fuego se me vuelve ahora.

voz süave, tu desden fingido
albo seno do el placer se anida,
lo añaden al ardor primero.

ıor con tales armas me ha rendido:
armas celestiales! ¡ay mi vida!
oy, yo quiero ser tu prisionero.

## BATILO.

*Egloga en alabanza de la vida del campo.*

### BATILO. ARCADIO. POETA.

**BATILO.**

Paced, mansas ovejas,
yerba aljofarada,
e el nuevo dia con su lumbre dora,
ntras en blandas quejas
cantan la alborada
dulces avecillas á la aurora:
cabra trepadora
suelta, se encarama
el monte enramado:
sotras de este prado
ed la yerba y la menuda grama,
ed, ovejas mias,
es de abril tornan los alegres dias.

Mejórase la tierra
verdor coronada,

Y aparecen de nuevo ya las flores:
Desciende de la sierra
La nieve desatada,
Y ejercen sus contiendas los pastores:
Todo el prado es amores,
Retoñan los tomillos,
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos,
Y con susurro blando
Va el arroyo las flores salpicando.

Asi cual es sabroso
Despues de noche fria
El rocío del alba al mustio prado,
O cual tras enojoso
Invierno el alegría
Sereno sol de abril vuelve al ganado:
Asi cual al cansado
Pastor, que tras hambriento
Lobo corrió, es la fuente,
Tras el marzo inclemente,
Tal es á mí del céfiro el aliento,
Y cual á abeja rosa
Del campo asi la vida deliciosa.

Apenas ha nacido
El dia en los oteros,
De arreboles el cielo matizando,
Por el alegre ejido
Saco ya mis corderos,
Y alegres los cabritos van saltando:
Mientra el sol se va alzando,
Mil zelosas porfías
A la sombra en reposo
Separo, si zeloso
Mi manso está por las corderas mias:

Y si la noche viene,
El estrellado cielo me entretiene.

Mas por aquella loma,
Tras sus vacas manchadas,
El pastoril acento al viento dando,
El dulce Arcadio asoma;
Sus voces regaladas
Mas y mas cada vez se van notando.
Tambien viene cantando,
Cual yo, de la florida
Estacion. Salir quiero
A encontrarle primero,
Algo acaso dirá de mi querida,
O la nueva tonada
Que Tirsi canta á su Licori amada.

### ARCADIO.

¿Quién viendo el alegría
De este florido prado,
Y el brillo y resplandores del rocío,
O la hambrienta porfía
Con que pace el ganado,
Y el soto lejos, plácido y sombrío,
Y el noble señorío
Con que el claro sol nace,
O las ondas sin cuento
Que hace en la yerba el viento,
Y los hilos de luz que el aire hace,
No sentirá movido
El corazon y el ánimo embebido?

Do quiera es primavera,
Y por do quiera el prado
Da nueva flor y espíritu oloroso.
Las vacas por do quiera
Hallan pasto sobrado,

Y tierna yerba de pacer sabroso :
El pastor en reposo
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,
Viendo al hato querido
Donde quiera las yerbas ir sobradas :
Y pueden las pastoras
Bailar alegres las ociosas horas.

No á mi gusto sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento;
No el ir embarazado
Entre galas pomposas,
Ni corriendo vencer al raudo viento:
Mas sí cantar contento
Sentado á par mi Elisa,
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,
Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y pacer mi ganado,
Y al Tórmes deslizarse sosegado.

Pero aquel que allí veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana
¡Cuán bien á mi deseo
La suerte lo previene!
Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

La gracia sobrehumana
De tu rabel y canto
Guarde del lobo odioso,
Y sigue en tan sabroso
Tono, que de los valles es encanto,
Y el ganado alboroza,
Y el choto jugueton por él retoza.

### ARCADIO.

Tú mas antes al viento
Suelta esa voz süave,
Que á todas las zagalas enamora,
Tañendo el instrumento
Que el desden vencer sabe,
Y ablandar como cera á tu pastora,
Y la letra sonora
Cántame que le hiciste,
Cuando te dió el cayado,
Por el manso peinado,
Que con lazos y esquila le ofreciste,
O bien la otra tonada
De la vida del campo descansada.

Premio será á tu canto
Este rabel, que un dia
Me dió en prenda de amor el sabio Elpino,
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbría,
Que muestra bien su ingenio peregrino.
Del Tórmes cristalino
Formó en él la corriente,
Que parece ir riendo,
Y á lo largo paciendo
Los manchados rebaños mansamente,
Y la ciudad de lejos
Del sol como dorada á los reflejos.

A un álamo arrimado
Alegre un zagal canta
Mientras su amada flores va cogiendo:
Por el opuesto lado
Un mastin se adelanta,
Y á otra zagala fiestas viene haciendo:
Todo que lo está viendo

Lejos un ciudadano,
El semblante afligido,
Y en cuidados sumido,
Haciéndole á otro señas con la mano,
Que al umbral de una choza
Rie entre los pastores y se goza.

**BATILO.**

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve,
Que jamas fué tocada:
Pero mi amor en dártela consiente.
Los valles y la fuente
Puso en ella de Otea:
Cual por abril el llano
Con rosas mil galano,
Un muchacho en el cerro pastorea,
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando le provoca.

De flores coronadas,
Mas bellas que las flores,
Y el cabello en la espalda al viento dado,
Van bailando enlazadas,
Causando mil ardores,
Las zagalas en medio el verde prado.
Un anciano está á un lado
Que la flauta les toca,
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas,
Y como que la envidia las provoca
Con regocijo tanto.
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

### ARCADIO.

Dulce es el amoroso
Balido de la oveja,
Y la teta al hambriento corderuelo:
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el florido suelo:
El rocío del cielo
Es grato al mustio prado:
Y á pastor peregrino
Descanso en su camino:
« Dulce el ameno valle es al ganado,
« Y á mí dulce la vida
« Del campo, y grata la estacion florida. »

Mire yo de una fuente
Las menudas arenas
Entre el puro cristal andar bullendo,
O en la mansa corriente
De las aguas serenas
Los sauces retratarse, entre ellos viendo
Mi ganado ir paciendo:
Mire en el verde soto
Las tiernas avecillas
Volar en mil cuadrillas:
Y gocen del tropel y el alboroto
Otros de las ciudades,
Cercados de sus daños y maldades.

Las inocentes horas
De júbilo y paz llenas,
¿Dónde mejor se gozan que en el prado?
¿Quién mejor las auroras
Ve amanecer serenas,
Que el zagal al salir tras su ganado?
¡Venturoso cuidado!

¡Mil veces descansada
Pajiza choza mia!
Ni yo te dejaria
Si toda una ciudad me fuera dada,
Pues solo en tí poseo
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.

¿Para qué el vano anhelo,
Ni los tristes cuidados,
Que engendra la ciudad y sus temores?
Mejor es ver el cielo
Que no techos pintados:
Mejor son que las galas nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabaña,
Una rama sombrío,
Otra reparo al frio,
Y cuando silba el ábrego con saña
En las noches de enero,
Lumbre para bailar un roble entero

Aquí en la verde grama
Oiga yo reclinado
El lento susurrar de este arroyuelo.
Aquí evite la llama
Con mi pastora al lado
Del sol subido á la mitad del cielo:
Y su dorado pelo
Orne de florecillas,
O teja en su regazo
De ellas guirnalda ó lazo:
Y arrúllenme las blandas tortolillas
Cuando yo la corone,
Y la firmeza de mi amor le abone.

**BATILO.**

Y á mí leche sobrada
Me da, y natas y queso,

su lana, y corderos mi ganado:
s colmenas labrada
el de tierno cantueso,
pomas olorosas el cercado.
bierna mi cayado
s hatos numerosos,
e llenan los oteros
cabras y corderos,
deja á los zagales envidiosos
dulce cantilena,
e á las mismas serranas enagena.

Mas bienes no deseo,
quiero mas fortuna,
ntento con mi suerte venturosa.
este simple arreo
hay pastorcilla alguna
e huya de mis amores desdeñosa.
guirnalda de rosa
dió ayer Galatea,
is este cayado,
este zurron leonado
niña Silvia, que mi amor desea;
s yo á Filena quiero,
a me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino
huyó de la alquería
a ciudad por sus hechizos vanos,
a su ingenio divino
ué cosas no decia
spues de los falaces ciudadanos!
n á los mas ancianos,
e acuerdas, pasmaba,
ntándonos los hechos
sus dañados pechos.

Yo zagalejo entonces le escuchaba,
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.

El semblante sereno
Y el corazon dañado,
Cual es el fruto del silvestre higuera,
Miel envuelta en veneno,
El decir concertado,
Pechos lisiados de la envidia fiera:
Hijos que desespera
La vida de sus padres,
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsías,
Y doncellas vendidas por sus madres:
Esto contaba Elpino
De la ciudad, despues que al campo vino.

**BATILO.**

Y Dalmiro cantaba,
Aquel que fué á la guerra,
Y vió las tierras donde muere el dia,
Que en nada semejaba
El rio de esta sierra
Al mar soberbio, que pavor ponia.
Me acuerdo que decia
Que del viento irritado
Espantable bramaba,
Y las olas alzaba
Hasta tocar el cielo encapotado,
Tragándose navíos,
Como las enramadas nuestros rios.

Que entonce el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazon en tal cuïta,
Cual si débil balido

erida oveja oistes,
oto que su madre solicita.
eguedad maldita,
r vida y ventura
e un pino delgado!
r es de este prado
ar con firme planta la verdura
los corderos mios,
ver, Arcadio, el mar, ni sus navíos.

### ARCADIO.

yo, Batilo, quiero
mas que nuestros prados,
eban mis ganados de otro rio.
no lobo fiero
tiene alborotados,
os daña el calor, ó hiela el frio:
geno poderío
tro querer sujeta,
ayoral injusto
avasalla el gusto.
os vivimos en union perfecta:
sol y helado cierzo
dan salud y varonil esfuerzo.

odo es amor sabroso,
gría y hartura,
escanso seguro y regalado.
l pastor envidioso
mura la ventura
otro á quien da el cielo mas ganado.
l mayoral honrado
a al zagal sencillo,
on doblez le trata.
u seno recata
amada de su tierno pastorcillo,

Que el amante y la fuente
Gozan de su belleza libremente.

Como las ciudadanas,
A engañar no se enseñan
Nuestras bellas y cándidas pastoras,
Ni en su beldad livianas
Nuestro querer desdeñan,
O mudan de amador á todas horas:
Mejor que las sonoras
Canciones de la villa
Su voz suena á mi oido,
Y que el ronco alarido
De sus plazas la voz de mi novilla.
Mas canta tu tonada
De la vida del campo descansada.

**BATILO.**

¡O soledad sabrosa!
¡O valle! ¡o bosque umbrío!
¡O selva entrelazada! ¡o limpia fuente!
¡O vida venturosa!
Sereno y claro rio,
Que por los sauces corres mansamente:
Aquí entre llana gente
Todo es paz y dulzura
Y gloriosa armonía
Del uno al otro dia:
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales
Pastores, ganaderos y zagales.

El cielo sosegado,
Y el canto repetido
De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,

pacible sonido
del céfiro forma el blando aliento,
vez el tierno acento
lguna zagaleja,
canta dulcemente,
ste oloroso ambiente
grata suspension al alma deja,
sueño descansado
ada la yerba del mullido prado.

o aquí esperanza, ó miedo,
tramas y falsías
saben los soberbios ciudadanos.
astorcillo ledo
paz goza sus dias
entregarse á pensamientos vanos.
cielos soberanos
dicen su majada,
con sencillo celo
bendicion al cielo,
vez acompañando la alborada
que en el campo adora
oro de las aves á la aurora.

in recelo ni susto,
términos pasea
as cabañas que nacer le vieron,
ra aparta con gusto
abra en su pelea,
do los jilgueros nido hicieron,
al lagarto vieron
tiernos corderillos,
cual se espantaron,
rieron, ó balaron.
al yugo acostumbra los novillos,
fruta, ó flor nueva
don alegre á su zagala lleva.

Con las serranas viene
A triscar por el prado
Y enguirnalda la sien de frescas flores,
Ni entonces libre tiene
Su pecho otro cuidado
Que cantarles contento mil amores:
Mejor son sus favores
Que la villa y sus tristes
Cuidados y ruïdos,
Pues no en tales gemidos
Dos tortolillas querellarse vistes,
Cual canta en voz sonora
De amor un zagalejo á su pastora.

La fruta sazonada
¡Con cuán dulce fatiga
De la rama se corta! ¡cuán gustoso
Es ver la acongojada
Lucha en la blanda liga
Del verdecillo ó colorin vistoso!
¡Cuán grato el armonioso
Susurrar y el desvelo
De abeja entre las rosas!
¡O ver las mariposas
De flor en flor pasar con blando vuelo!
¡O mirar la paloma
Bañarse alegre, cuando el alba asoma!

Asi Tirsi decia,
Que la primera gente,
Como agora vivimos los pastores,
Por los campos vivia
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores,
Cuando la encina daba
Mieles, y leche el rio,

ando del señorío
s términos la linde aun no cortaba,
se usaba el dinero,
se labraba en dardos el acero.

Y cierto ¿ cuántas veces
s mas altos señores
enen á nuestras pobres caserías,
pompa ni altiveces,
gozar los favores
l campo y de sus dulces alegrías?
s rústicas porfías
e los zagales tienen
ran embelesados,
en seguir los ganados
r los amenos valles se entretienen,
de bailar se gozan,
al son de nuestras flautas se alborozan.

Aquí Delio y Elpino
raron, y el famoso
e dijo de las magas el encanto
n su verso divino
nto al Bétis undoso,
aquí Albano entonó su dulce canto.
) grata vida! ¡ o cuánto
gozo en tí seguro!
flores coronado,
al cielo el rostro alzado
te vaso de leche alegre apuro.
be, Arcadio, y gocemos
n feliz suerte, y á la par cantemos.

**ARCADIO.**

Cual la dulce llamada
paloma rendida

Es al tierno pichon que la enamora,
Cual hiedra enmarañada
Que á reposar convida,
Y cual agrada el baile á la pastora,
Tal es tu voz sonora,
Zagalejo, á mi oido:
Ni asi es el prado ameno
De grata yerba lleno,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada,
Cual es á mí tu música extremada.

**BATILO.**

No el lirio comparado
Con zarza montüosa
Ser debe, ó con el cardo la azucena:
Ni asi aquel desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad, con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdeñaron
Allá en su plaza un dia:
Yo sus burlas reia,
Y ellas de mis desprecios se enojaron:
Volvíme á mis corderos,
Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

**ARCADIO.**

Y yo á mi Elisa amada
Fuí compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta habia:
Cual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Asi Elisa entre todas relucia.
¡ Cuán bella parecia,

Batilo! Los sus ojos
Mil pechos abrasaron,
Mil envidias causaron,
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
¡ Ay, Elisa, bien mio,
De tu firmeza mi ventura fio!

### BATILO.

Los surcos las labradas
Laderas hermosean,
Y del olmo la vid es ornamento,
Las pomas sazonadas
El paladar recrean,
Y al ánimo la flauta da contento.
Al bosque el manso viento:
Tú á todo nuestro prado
Le das, zagala mia,
La risa y alegría:
Al sentirte venir bala el ganado,
Y Melampo colea,
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

### ARCADIO.

No asi de la pastora
La gala es deseada,
Ni del zagal el dulce caramillo,
Ni vaca mugidora
Tanto en la zela agrada
A enamorado cándido novillo,
O á la liebre el tomillo,
Cual á Elisa es sabrosa,
Pradera y selva umbría:
Con menos agonía
Huye del gavilan la garza airosa,
Que Elisa desalada
Corre de la ciudad á su majada.

### BATILO.

Darme quiere Lisardo
Por el mi manso un choto
Para llevarlo en don á sus amores :
Yo para tí lo guardo,
Y el nido que en el soto
Ayer cogí con ambos ruiseñores.
¡ Ay, si yo en mis ardores
Fuese abeja y volara,
Mi bien, siempre á tu lado!
¡ O en colorin mudado,
Continuo mis amores te cantara!
¡ O hecho flor me cortases,
Y á tu labio de rosa me allegases!

### ARCADIO.

No á la cigarra es dado
De voz haber porfía
Con jilguero que canta en la enramada,
Ni con cisne, extremado
En dulce melodía,
Puede ser abubilla comparada :
Ni á tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡ O fuente! ¡ o valle! ¡ o prado!
¡ O apacible ganado!
Si el canto de Batilo es mas subido
Que el de los ruiseñores,
Grata escuche Filena sus amores.

### BATILO.

La alondra en compañía
De la alondra se goza,
Y con su par el jilguerillo hermoso,

l ciervo en selva umbría
on otro se alboroza,
Y con el agua el ánade pomposo:
o con el amoroso
ostro de mi pastora,
lla con sus corderas,
Y estas en las laderas
uando de nueva luz el sol las dora,
Y á Arcadio mi tonada,
Y á todo el valle su cantar agrada.

### POETA.

Asi loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos,
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus corderillos:
Y yo que logré oillos
Detras de una haya umbrosa,
Con ellos comparado
Maldije de mi estado:
De entonces la ciudad me fué enojosa,
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías.

## ODAS.

### I.

### *La vision de amor.*

or un prado florido
yo en compañía
a zagala mia,
oso y distraido,

Do suelta el alma de pasiones graves
Con mi fácil rabel seguir curaba
Del viento el silbo, el trino de las aves,
O el bé que á mis corderas escuchaba;
Y en gozo rebosaba
Mi infantil pecho; que á un zagal divierte
Cuanto en los campos de gracioso advierte.
Cuando en faz placentera,
Cuanto en bullir donosa,
Ví á una doncella hermosa,
Que nunca visto hubiera.
La Musa, dijo, soy de los amores:
Nada, simple zagal, nada receles;
Y pues ves en suavísimos ardores
Los hombres y aves, brutos y verjeles,
No cantes ya cual sueles
Esa rusticidad de la natura,
Que bien mayor mi númen te asegura.
Dócil oye mis voces:
Sigue el comun ejemplo,
Ven de Vénus al templo,
Ven con plantas veloces;
Que allí es paz todo y célicas delicias.
Sobre el ara feliz tu blando seno,
Cual rosa virginal que á las caricias
Se abre alegre del céfiro sereno,
De otros encantos lleno,
La vivaz llama del placer aspire,
Y de amor solo tu rabel suspire.
Dí en él de tu zagala
La esplendente belleza,
Su noble gentileza,
Su enhiesto cuello y gala.
La luz divina de sus ojos bellos,
Su dulce hablar y angelical agrado
Estro den á tu voz, y suenen ellos
Y su nombre por todos celebrado.
De rosas coronado

e , tierno zagal , sigue á Cupido ,
o con brazo á tu zagala asido.
n estos frescos valles
nimo se encanta :
ra feliz tu planta
deliciosas calles ,
aquí alzó Vénus su dichoso imperio.
allí nudas triscar sus ninfas bellas ;
lá en brazos de amor y del misterio
ces gemir las tímidas doncellas.
ue alegre sus huellas ;
ue, tierno zagal, sigue á Cupido ,
zo con brazo á tu zagala asido.
Mira allí prevenidas .
re parras espesas
n opíparas mesas
amorcitos servidas ,
risueño el placer insta á sentarse.
Teyo mira que el festin ornando ,
empieza con los bríndis á turbarse ;
ntre lindas rapazas retozando
está dulce cantando :
ue , tierno zagal , sigue á Cupido ,
zo con brazo á tu zagala asido.
Corre , jóven dichoso ,
e el anciano te llama ,
con su copa inflama
pecho aun desdeñoso.
á otros niños bellos al Parnaso
ben , do á Cintio Vénus los entrega ,
al Tibulo , Villegas , Garcilaso ,
alegre el niño Amor entre ellos juega.
, al coro te agrega :
gue , tierno zagal , sigue á Cupido ,
azo con brazo á tu zagala asido.
Oye bullir sonantes
s melífluas abejas ,
ve arrullar sus quejas

Cien tórtolas amantes;
Y allí bajo una hiedra enmarañada
Gemir dos venturosos amadores,
La sien de mirto y rosa entrelazada,
Y á Vénus derramar sobre ellos flores.
Aquí, que es todo ardores,
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
Brazo con brazo á tu zagala asido.
   Dijo Erato amorosa;
Y en una vega amena
De aves parleras llena
Dejónos misteriosa:
Y yo y mi zagaleja nos entramos
En una gruta retirada, umbría,
Y quien mas pudo arder, allí probamos,
Y ella mi amor, y el suyo yo vencia.
Desde tan fausto dia
Sigo, siervo feliz, sigo á Cupido,
Brazo con brazo á mi zagala asido.

## II.

### *El sufrimiento hace los males llevaderos.*

   No porque congojoso
Al sordo cielo en tus angustias mires,
O abatido y lloroso
Sobre tu mal suspires,
Lucio, á templarlo querellando aspires.
   Que en órden inmutable
Los casos ruedan de la humana vida;
Y el hado inexorable
Ya tiene decidida
Tu fausto vuelo, ó tu infeliz caida.
   Cuanto en contrario obrares,
Es cual si opuesto á un rápido torrente,
Nadando te obstinares
Contrastar su corriente,

rir los cielos con tu altiva frente.
fanaráste en vano;
término infeliz de tu porfía
, con necia mano
á la suerte impía
poder sobre tí que antes tenia:
ual con la misma fuerza,
que en su rabia al gladiador que osado
irió, alcanzar se esfuerza,
su estoque acerado
el toro á sus pies atravesado.
ede al ímpetu fiero,
alla y sufre cual sufrir conviene;
asi un pecho severo,
nublado previene
horrísono sobre él tronando viene,
con frente serena
rayo ve devastador las iras:
de calma y luz llena
as, Febe, retiras
faz del cielo que entoldado miras;
ino que hermosa subes
carro por el alto firmamento,
ando atras las nubes.
mas rudo tormento
edio es celestial el sufrimiento.

## III.

### *De la inconstancia de la suerte.*

Ves, o dichoso Lícidas, el cielo
llar en pura lumbre,
lime al sol en la celeste cumbre
imar todo el suelo?
La risa de las flores y el pomposo
rdor del fresco prado,
lir lascivo el céfiro, el ganado

Ir paciendo gozoso?
¿Cómo los altos árboles se mecen;
Y entre el blando sonido,
Los coros de las aves que el oido
Y el ánimo adormecen?
¿Cómo el arroyo se desliza y salta,
Y al salpicar las flores,
Su grata variedad y sus colores
De perlas mil esmalta?
¡Ay! tiembla, tiembla, que fatal un hora
Sople el cierzo inclemente,
Revuelva el cielo, anuble el sol fulgente,
Y su honor lleve á Flora.
Las hojas de los árboles sacuda
Y esparza por la vega;
Ate al arroyo que fugaz la riega,
Y al ave deje muda.
Asi ominosa la inconstante suerte
A su antojo varia
La faz del universo en solo un dia,
Y en mal el bien convierte.
Ella derroca el cedro mas altivo;
Estremece al tirano;
Da la púrpura á un mísero villano,
Y hace á un rey su cautivo.
La negra ingratitud, la desabrida
Dureza la acompaña,
La vil doblez que á la bondad engaña,
Y la insolencia erguida.
Evita pues un lamentable caso:
Súfrela inexorable;
Si la diestra te ofrece favorable,
Modera cuerdo el paso.
Y no á un dudoso piélago te entregues,
Marinero inexperto;
O infeliz llorarás sin luz ni puerto,
Cuando en su horror te anegues.
Un tiempo yo la ví tambien contenta

Y con rostro sereno :
Engañóme crüel. Del daño ageno,
Lícidas, escarmienta.

## IV.

### *A la Esperanza.*

Esperanza solícita, á mi ruego
Ven, aligera mi afanosa carga :
Ven, que abismado el ánimo fallece
Con pena tanta.
No me abandones á mi suerte cruda :
Déjame al menos que me adule el aura,
Con que á los tristes su dolor agudo
Leda regalas.
Lóbrega noche, pavoroso trueno,
De airado rayo agitadora llama,
Ruedan en torno de mi triste frente,
De horror helada.
Donde los ojos dolorido torno,
Cien furias hallo que gritando claman :
Caiga, y hollemos su abatido cuello :
¡ Bárbara saña !
Ven, y disipa el ominoso bando,
Hija del cielo : tu presencia grata
Torne al herido desolado pecho,
Torne la calma.
Tú que benigna al arador avaro
Sobre la esteva en su labor halagas
Con la esperanza de la mies, que ópima
Julio le guarda,
Tú que al osado marinero alientas,
Cuando asaltado en la voluble barca
De hórridos vientos y revueltas olas,
Mísero clama.
Al que agoniza en solitario lecho,
Entre las sombras de la triste parca,

Aun le confortas amorosa, y nunca
Dél te separas.
Todo lo endulzas favorable, y cubres
De un velo grato que enagena el alma;
Que hace la copa de la vida al hombre
Menos amarga.
Tal como el brillo de la blanca luna,
Deshecho el ceño de la noche opaca,
Del caminante el abatido aliento
Fausto levanta.
Madre del gozo, cariñosa amiga
Siempre constante, deliciosa maga,
En cuyos brazos inefable alivio
Las penas hallan;
Plácida corre á mi lloroso ruego,
Y aplica presta á la profunda llaga
Que en lo mas vivo de mi ser penetra,
Blanda triaca.
Dame tocar al mas humilde puerto:
Dame alentar en su dichosa playa:
Goce á su ocaso mi agitada vida
Paz y bonanza.

## V.

### *Al otoño.*

Fugaz otoño, tente,
Que embriagada en placer el alma mia
Con tu favor se siente;
Y en su dulce alegría,
Porque atras tornes, votos mil te envia.
Tente; deja que goce
Tu plácida beldad feliz el suelo,
Y el hombre se alboroce,
Viendo cuál colma el cielo
Con tu abundancia ópima su desvelo.
No atiendas, o corona

iosa del año, eterno esposo
amable Pomona,
iendas desdeñoso
ego de los hombres fervoroso.
r tí la selva y prado
ojas viste y de flores primavera;
estío abrasado
nas ardua carrera
erde el dia en la luciente esfera.
das las estaciones
rven á porfía; y dadivosa,
arciendo sus dones,
ano con vistosa
ısion orna el mundo cariñosa.
cantaré tus bienes,
e de la abundancia, coronado
ámpanos las sienes,
e parras sentado
ayo bienhechor del sol templado:
cioso, en paz süave,
il adulacion libre el oido,
s la rota nave
golfo embravecido,
tu belleza el ánimo embebido.
Qué perfumes? ¿qué olores
a el aura en sus alas? ¿qué verdura
esta y tiernas flores?
é rica vestidura
re súbito el suelo de hermosura?
o quier me torno, veo
delicados frutos: la granada
da hermosa al deseo;
n la rama colgada
e el viento la poma sazonada.
os huertos, las laderas
lan en mil colores á porfía:
aves lisonjeras
chen con su armonía

De deleite los pechos y alegría.
El rústico inocente
De su sudor el fruto con usura
Recoge diligente;
Y ponderar procura
Con sencillas palabras su ventura:
O en mas altas canciones
Tus dones, rico otoño, alegre dice;
Los celestiales dones
Con que le haces felice,
Y en su grato entusiasmo te bendice.
Que tú su pecho llenas
De gozo y confianza; y al futuro
Arado y á las penas
Del ejercicio duro
Le haces volar en corazon seguro.
A tí solo harmoniosa
Mi lira ensalzará; no los ardores
Del Leon, ó la ociosa
Estacion de las flores,
Ni del sañudo invierno los rigores.
Ensalzará cantando
Tu belleza, tu calma, tu frescura;
Mientras su hervor templando,
Deja el sol que segura
Trisque y vague en el prado la hermosura
Arrebolado el cielo,
La atmósfera tranquila, manso el rio,
Del viento el leve vuelo
Y el soto verde umbrío
Saltar hacen de gozo al pecho mio.
Mas ¿qué insanos clamores?
¿Qué algazara de súbito ha sonado?
Ya de vendimiadores
Las lomas se han poblado,
Y el dios del vino la señal ha dado.
Remuévense las cubas:
Entre confusas voces y tonadas

Las sazonadas uvas,
Del vástago cortadas,
Danzando son del pisador holladas.
  El tórculo resuena:
En purpúreos arroyos espumante
El mosto el lagar llena;
Y con grita triunfante
Corre en torno, y lo aplaude el tierno infante.
  Todo es risas y gozo:
La sencilla rapaza á su querido
Halaga sin rebozo,
O con desden fingido
Sus brazos huye, y déjale corrido.
  La cándida alegría
Vaga de pecho en pecho, celebrado
En coros á porfía
El néctar regalado,
En que el tierno racimo se ha tornado.
  ¡Ven pues, o dios del vino!
Ven, que todos te llaman calurosos
Con tu licor divino;
Y rige sus dudosos
Pasos y sus cantares licenciosos.
  Ven, que ya de occidente
Silban las tempestades; y ya el cielo
De tiniebla inclemente
Cubierto, el desconsuelo
Del aterido invierno anuncia al suelo.

## VI.

### *Que la felicidad está en nosotros mismos.*

  No es, Julio, la riqueza
El oro amontonado;
Ni huye la dicha de un humilde estado;
La dicha, amiga aun de la vil pobreza.
  Ten acorde á tu suerte

Sin cesar el deseo:
Frena un ciego anhelar, el devaneo
Que en la nada hundirá luego la muerte;
  Y alegre y venturoso
Adularán tu seno,
Ora de nubes y zozobras lleno,
La blanda paz, el celestial reposo.
  Providente natura
Para tu bien presenta
Do quier placeres fáciles, y ostenta
Tierna madre á tus ojos su hermosura.
  Escoge: un claro dia,
El sol que con su llama
Señor del cielo el universo inflama,
Y la beldad le torna y la alegría;
  El viento que bullente
Jugando entre las flores
Regala tu nariz con sus olores,
Y el pecho te dilata dulcemente;
  Las flores que embelesan
Con sus galas vistosas,
Las abejas volando entre las rosas,
Que abrazados sus vástagos se besan;
  El incesante trino
Con que avecilla tanta
Su gozo explica, sus amores canta;
De Filomena el suspirar divino;
  Y hasta en la noche oscura
El sin fin que en su velo
Arde de luces y tachona el cielo,
Del sol mismo emulando la hermosura:
  Si bien sabes mirarlo,
Todo alegrarte puede;
Que á todos y sin precio se concede,
Porque todos á par puedan gozarlo.
  Ni hay alfombradas salas,
O riquezas iguales;
Ni llegan los alcázares reales

A pompa tanta y naturales galas,
O mas grato embebece
Un armónico coro,
Que el arroyuelo de cristal sonoro,
Que serpeando el ánimo adormece,
Salta y rie, y la vista
Con mágico atractivo
Deslumbra y fija : en su bullir festivo
¿ Qué pecho habrá que al júbilo resista ?
El llanto mismo, el llanto
En que un llagado pecho
Prorumpe á veces, ¡ oh dolor ! deshecho,
Aun tiene su placer, y es un encanto.
El alma que oprimida
Siente ahogarse en su pena,
Con sus lágrimas dulces se serena;
Y entre ellas torna á recobrar la vida :
Bien como el caminante,
Que en medio la agria cuesta
Aliento toma, y á doblar se apresta
Su cima que enriscada ve delante.
Veces mil, Julio mio,
Lo llevo asi probado.
¡ Triste, ay ! de aquel á quien maligno el hado
Abisma en un dolor mudo y sombrío !
Que siempre, siempre al cielo
Torvo hallará y sañudo;
Ni jamas del dolor el dardo agudo
De su pecho arrancar verá al consuelo.
No pues, necio, te exhales
En quejas ominosas :
Que nosotros labramos, no las cosas,
Si bien lo estimas, nuestros crudos males.

## VII.

### *A mis libros.*

Fausto consuelo de mi triste vida,
Donde contino á sus afanes hallo
Blandos alivios, que la calma tornan
Plácida al alma:
Rico tesoro, deliciosa vena,
Do puros manan, cual el almo rayo
Que Febo lanza esclareciendo el orbe,
Santos avisos:
Donde Minerva providente cela
Sus maravillas, monumento ilustre
Del genio excelso que feliz me anima,
Libros amados:
Do de los siglos la fugaz imágen,
Donde, natura, tu opulenta suma,
Del seno humano el laberinto ciego
Quieto medito:
Nunca dejeis de iluminarme, nunca
En mi cansada soledad de serme
Util empeño, pasatiempo dulce,
Séquito grato.
Vuestro comercio el ánimo regala,
Vuestra doctrina el corazon eleva,
Vuestra dulzura célica el oido
Mágica aduerme:
Cual reverdece la sonante lluvia
Al seco prado, y regocija alegre
La árida tierra, que su seno le abre,
Madre fecunda.
Por vos escucho en el aonio cisne
La voz ardiente y cólera de Ayace;
Los trinos dulces que el amor te dicta,
Candido Teyo.
Por vos admiro de Platon divino

clara lumbre, y si tu mente alada,
blime Newton, al olimpo vuela,
Raudo te sigo.
la tribuna el elocuente labio
el claro Tulio atónito celebro:
n Dido infausta dolorido lloro
Sobre la hoguera:
go la abeja, que libando flores
onda los valles del ameno Tíbur;
oigo los ecos repetir tus ansias,
Dulce Salicio.
éndome asi del universo mundo
ble habitante, en delicioso lazo
n las edades que en el hondo abismo
Son de la nada.
nca preciados, de la suerte, o libros,
eve mi vida, cesareis de serme,
a me encumbre favorable, y ora
Fiera me abata.
en me revuelva en tráfagos civiles,
en de los campos á la paz me torne;
empre maestros de mi vida, siempre
Fieles amigos.

## VIII.

### *La gloria de las artes.*

¿A dónde incauto desde el ancha vega
el claro Tórmes, que con onda pura
paso sosegado
e Otea el valle fertiliza y riega,
oy el númen procura
vuelo levantar? ¿de qué sagrado
spíritu inflamado,
ejando ya á los tímidos pastores
humilde rabel, canta atrevido
gloria de las artes, sus primores,

Y de la patria el nombre esclarecido?
  Cual el ave de Jove, que saliendo
Inexperta del nido, en la vacía
Region desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guia;
Y ora vaga atrevida, ora medrosa,
Ora mas orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta:
Tronar siente á sus pies la nube oscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura:
  Entonce el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late:
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido:
El ojo audaz combate
Derecho el claro sol, le mira atento;
Y en su heróico ardimiento
La vista vuelve, á contemplar se pára
La baja tierra, y con acentos graves
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves:
  Yo asi saliendo de mi humilde suelo
En dia tan alegre y venturoso
A gloria no esperada,
Dudo, temo, me inflamo, y alzo el vuelo,
Do el afan generoso
Al premio corre y palma afortunada:
Palma que colocada
Al pie de la Verdad y la Belleza,
Quien de divino genio conducido
Consigue arrebatarla, á ser empieza
En fama claro, y libre ya de olvido;
  Al modo que en la olímpica victoria
El vencedor en la feliz carrera
La ilustre sien ceñia
Del ínclito laurel; y su memoria

terna despues era.
las tú la voz y plácida armonía,
oble Academia, guia,
li verso al cielo cristalino alzando.
Felice yo, si tu favor consigo!
el dulce plectro de marfil sonando
as artes canto tras mi dulce amigo.
Desde estos lares, su palacio augusto,
ual vivaz fénix renacer las veo
el hondo y largo olvido,
n que la Iberia con desden injusto
ió un tiempo su alto empleo.
O nombre de Borbon esclarecido!
tí fué concedido
as artes restaurar: con tus favores
nueva gloria y esplendor tornaron:
a fama resonó de sus loores,
los cisnes de Mantua las cantaron.
Ellas alegres en union amiga
a frente levantaron con ardiente
fan, hasta encumbrarse
la ideal belleza. A su fatiga
ede el bronce obediente;
el mármol del cincel siente animarse:
us seres mejorarse,
) natura! en el lienzo trasladados
l carmin puro de la fresca rosa,
os matices del íris variados,
l triste lirio y la azucena hermosa.
¡O divina pintura, ilusion grata
e los ojos y el alma! ¿De qué vena
acas el colorido,
ue al alba el velo cándido retrata,
uando asoma serena
or el oriente en rayos encendido?
Cómo el cristal bruñido
inges de la risueña fuentecilla?
De los alegres prados la verdura?

¿Tanta varia y fragante florecilla?
¿El rutilante sol, la nube oscura?
¿Cómo en un plano inmensos horizontes,
La atmósfera bañada de alba lumbre,
Sereno y puro el cielo,
La sombra oscura de los pardos montes,
Nevada la alta cumbre,
La augusta noche y su estrellado velo,
Del ave el raudo vuelo,
El ambiante, la niebla, el polvo leve,
Tu mágico poder tan bien remeda,
Que á competir con la verdad se atreve,
Y el alma enagenada en ellos queda?
Tú de la dulce poesía hermana,
Cual ella el pecho blandamente agitas,
Y en amoroso fuego
Con tu expresion y gracia soberana
Le enciendes, ó le excitas
A tierna compasion, á rencor ciego,
A desmayado ruego,
Y amargo lloro. ¡O Sancio! ¡oh! tu admirable
Pincel ¡cuál ha mi espíritu movido!
¡Oh! al contemplar tu Vírgen adorable
En su extremo dolor, ¡cuánto he gemido!
La dolorida madre, arrodillada,
Piedad pide á los bárbaros sayones
Para el hijo postrado;
Su rostro está cual la azucena ajada;
Sus humildes razones
Resuenan en mi oido: ¡ay! ¡cuán sagrado
Aspecto, aunque ultrajado,
El del Hijo de Dios! ¡cuál la ternura
De Magdalena y Juan! ¡cuál la fiereza
Del que herirte, o Jesus, brutal procura!
Y en tu celestial mano, ¡qué belleza!
¡O pinceles! ¡o alteza peregrina
Del grande Rafael! ¡o bienhadada
Edad, en que hasta el cielo

alas del ingenio la divina
vencion se vió alzada,
ando su alma sublime el denso velo
rrió con noble anhelo
e la naturaleza, y vió pasmado
hombre ante sus ojos reverente
universo estar, y hermoseado
e su mano salir y augusta mente!
Admira, o hombre, tu grandeza; admira
espíritu creador, y á la estrellada
ansion vuela seguro,
onde tu aliento celestial suspira
mente allí inflamada
uza con presto giro del Arturo
do tiene el sol puro
rutilante trono; y con brioso
ncel guiado de furor divino,
pia el concento raudo y armonioso
n que se vuelve el orbe cristalino.
Que no tú sola, o música, el ruïdo
nges del arroyuelo trasparente,
imitas las undosas
rrientes de la mar, ó el alarido
el soldado valiente
las lides de Marte sanguinosas.
o menos pavorosas,
fiero Julio, en tu batalla siento
ujir las roncas armas y la fiera
ompa, estrépito, gritos y ardimiento,
ue si en el medio de su horror me viera.
¿Pues qué, si entre los vientos bramadores
ave de airadas olas combatida
iestro pincel me ofrece?
o escucho el alarido y los clamores
e la chusma afligida;
si de Dios los cielos estremece
carro, y se enardece
cólera, y el trueno en son horrendo

Retumba por la nube pavorosa;
De la pálida luz y el ronco estruendo
Mi vista siente la impresion medrosa.
Pero el mármol se anima, del agudo
Cincel herido, y á mis ojos veo
A Laocoon cercado
De silbadoras sierpes: en su crudo
Dolor escuchar creo
Los gemidos del pecho congojado,
Y al aspirar alzado.
Los hórridos dragones con ñudosos
Cercos le estrechan, y su mano fuerte
En vano de sus cuerpos sanguinosos
Librarse anhela, y redimir la muerte.
¡Mira, cómo en su angustia el sufrimiento
Los músculos abulta, y cuál violenta
Los nervios extendidos!
¡Cuál sume el vientre el comprimido aliento,
Y la ancha espalda aumenta!
Y en el cielo los ojos doloridos,
Por sus hijos queridos
¡Ay cuán tarde su auxilio está implorando!
En tan terrible afan aun la ternura
Sobre el semblante paternal mostrando,
Cual débil luz por entre niebla oscura.
Ellos á él vueltos, con la faz llorosa
Y débil gesto al miserable llaman
En quejido doliente,
Rodeados de lazada ponzoñoza.
¡Oh! ¡cuán en vano claman!
¡Oh! ¡cómo el padre por los tristes siente!
¡Y cuál muestra en su frente
La fortaleza y el dolor luchando;
Y con las sierpes en batalla fiera,
Sus vigorosos muslos agitando,
Los fuertes lazos sacudir quisiera!
Mientra en Apolo la beldad divina
Se ve grata animar un cuerpo hermoso,

o la flaqueza humana
amas cabida halló. Su peregrina
orma, y el vigoroso
alle en la flor de juventud lozana,
u vista alta y ufana,
e noble orgullo y menosprecio llena,
l triunfo y el esfuerzo sobrehumano
uestran del dios, que en actitud serena
iende la firme omnipotente mano.
Parece en la soberbia excelsa frente
leno de complacencia victoriosa
de dulce contento,
ual si el coro de Musas blandamente
e halagara: la hermosa
ariz hinchada del altivo aliento:
ibre el pie en firme asiento,
stentando gallarda gentileza;
como que de vida se derrama
n soplo celestial por su belleza,
ue alienta el mármol, y su hielo inflama.
Ni el lugar merecido á tí, o divina
énus, tampoco faltará en mi canto:
Ay dó fuiste formada!
Quién ideó tu gracia peregrina!
u tierno y dulce encanto
l ánimo enagena en regalada
uspension: tu delgada
ez excede á la cándida azucena,
uando acaba de abrir: tu cuello erguido
l labrado marfil: la alta y serena
Frente al sol claro en el zenit subido.
¡O reina de las Gracias, blanda diosa
De la paz y el contento, apasionada
Madre del Niño alado!
Tus soberanos ojos de amorosa
Ternura, tu preciada
Boca, do rie el beso delicado,
Tu donaire, tu agrado,

Tu süave expresion, tus formas bellas
Del suelo me enagenan: yo me olvido;
Y de cincel en tí no hallando huellas,
Absorto caigo ante tus pies rendido.
Tan divinos modelos noche y dia
Contempla atenta, o juventud hispana;
Y el pecho asi excitado,
La senda estrecha que á la gloria guia
Emprende alegre, ufana.
El genio creador vaya á tu lado:
Aquel que al cielo alzado,
Huye lo popular, cual garza hermosa,
Cuando del suelo rápida se aleja,
Al firmamento se levanta airosa,
Y el vulgo de las aves atras deja.
¡O venturoso, el que en las artes siente
Propicio al cielo, que al nacer le infunde
Su vivífica llama!
Dadme, Musas, guirnalda floreciente
Que su frente circunde;
Mientra el pecho latiéndole se inflama
De noble ardor, exclama
Desvelado en su afan, no halla reposo
Al inquieto furor, teme, suspira
De un númen lleno, y con pincel fogoso,
Odio, miedo, terror y amor me inspira.
Quizá algun jóven al mirar la gloria
De tan augusto dia, y de mi canto
Quizá tambien herido,
Se excita ya á la próxima victoria;
No la duda, y en llanto
Se baña de placer. ¡O esclarecido
Premio, muy mas subido
Que el tesoro mas rico! Quien merece
Que tú le enjugues el sudor dichoso,
Inmortal vuela por el orbe, y crece
En cada edad con nombre mas famoso.
Asi Fídias, Lisipo, Apéles viven

En eterna memoria; asi la rara
Fama de Zéuxis dura,
Y el grande Urbino y Micael reciben
Cual ellos honra clara;
Ni á tí, o Velazquez, en tiniebla oscura
Sumió la muerte dura.
Sus huellas, noble juventud, sus huellas
Sigue, imítalos, insta; y denodada
Hiere con alta frente las estrellas,
En sus divinas obras inflamada.
   Mas de las Musas y el crinado Apolo
Oye tambien la celestial doctrina,
Que á Fídias dió el modelo
El cantor frigio del que el alto polo
Conturba, su divina
Frente moviendo, y estremece el suelo.
Y no en torpe desvelo
Al vicio el pincel des: la virtud santa,
O artistas, retratad, y disfamado
El vicio huirá con vergonzosa planta,
Cual sombra triste al resplandor sagrado.
   Y los que de la noble arquitectura
La ardua senda seguis, los cuidadosos
Ojos volved contino
A la augusta grandeza y hermosura
De los restos preciosos,
Que del griego poder y del latino
Guardar plugo al destino.
Allí estudiad la magestad suntuosa,
Sólida proporcion, sencilla idea,
Que á Herrera hicieron claro, y su dichosa
Edad de nuevo amanecer se vea.
   Mas tú, en quien Cárlos de la patria fia
La suerte y el honor, o esclarecido
Conde, escucha oficioso
Lo que me inspira el cielo en este dia.
Si de tí protegido
Sigue el genio español, si el lauro honroso

En su afan generoso
Galardon fuere que al artista anime;
Ni envidiaremos la piedad toscana,
Ni tus estancias, Rafael sublime,
Ni la soberbia mole vaticana.
Feliz entonces el pincel íbero
Del gran Cárlos la imágen gloriosa
Copiará reverente,
Y al príncipe brillando, cual lucero,
A par su augusta esposa.
Brille el valor impreso en su alta frente,
Y el consejo prudente;
Las gracias todas en la amable Luisa,
Y en el real pimpollo, ¡ay! el consuelo
De dos mundos, la paz y tierna risa
Con que recrea al venerable abuelo.

## IX.

### *Al sol.*

Salud, o sol glorioso,
Adorno de los cielos y hermosura,
Fecundo padre de la lumbre pura,
O rey, o dios del dia,
Salud: tu luminoso
Rápido carro guia
Por el inmenso cielo,
Hinchendo de tu gloria el bajo suelo.
Ya velado en vistosos
Albores alzas la divina frente;
Y las cándidas horas tu fulgente
Corte alegres componen:
Tus caballos fogosos
A correr se disponen
Por la rosada esfera
Su inmensurable, sólita carrera.
Te sonrie la aurora,

Y tus pasos precede, coronada
De luz, de grana y oro recamada.
Pliega su negro manto
La noche veladora;
Rompen en dulce canto
Las aves, cuanto alienta,
Saltando de placer tu pompa aumenta.
  Todo, todo renace
Del fúnebre letargo en que envolvia
La inmensa creacion la noche fria.
La fuente se deshiela;
Suelto el ganado pace;
Libre el insecto vuela;
Y el hombre se levanta
Estático á admirar belleza tanta.
  Mientras tú derramando
Tus vivíficos fuegos, las riscosas
Montañas, las llanadas deliciosas,
Y el ancho mar sonante
Vas feliz colorando.
Ni es el cielo bastante
A tu carrera ardiente
De las puertas del alba hasta occidente:
  Que en tu luz regalada
Mas que el rayo veloz todo lo inundas;
Y en alas de oro rápido circundas
El ámbito del suelo.
El Africa tostada,
Las regiones del hielo,
Y el indo celebrado
Son un punto en tu círculo dorado.
  ¡Oh! ¡cuál vas! ¡cuán gloriosa
Del cielo la alta cima enseñoreas,
Lumbrera eterna, y con tu ardor recreas
Cuanto vida y ser tiene!
Su ancho gremio amorosa
La tierra te previene:
Sus gérmenes fecundas;

Y en vivas flores súbito la inundas.
En la rauda corriente
Del oceano en conyugales llamas
Los monstruos feos de su abismo inflamas.
Por la leona fiera
Arde el leon rugiente;
Su pena lisonjera
Canta el ave; y sonando
El insecto á su amada va buscando.
¡O padre! o rey eterno
De la naturaleza! á tí la rosa,
Gloria del campo, del favonio esposa,
Debe aroma y colores,
Y su racimo tierno
La vid, y sus olores
Y almíbar tanta fruta,
Que en feudo el rico otoño te tributa.
Y á tí del caos umbrío
Debió el salir la tierra tan hermosa;
Y debió el agua su corriente undosa;
Y en luz resplandeciente
Brillar el aire frio,
Cuando naciste ardiente
Del tiempo el primer dia·
¡O de los astros gloria y alegría!
Que tú en profusa mano
Tus celestiales y fecundas llamas,
Fuente de vida, por do quier derramas,
Con que súbito el suelo,
El inmenso oceano,
Y el trasparente cielo
Respiran: todo vive,
Y nuevos seres sin cesar recibe.
Próvido asi reparas
De la insaciable muerte los horrores;
Las víctimas que lanzan sus furores
En la region sombría,
Por tí á las luces claras

Tornan del almo dia;
Y en sucesion segura
De la vida el raudal eterno dura.
  Si mueves la flamante
Cabeza, ya en la nube el rayo ardiente
Se enciende, horror al alma delincuente:
El pavoroso trueno
Retumba horrisonante;
Y de congoja lleno,
Tiembla el mundo, vecina
Entre aguaceros su eternal ruina.
  Y si en serena lumbre
Arder velado quieres, en reposo
Se aduerme el universo venturoso,
Y el suelo reflorece.
La inmensa muchedumbre
Ante tí desparece
De astros en la alta esfera,
Donde arde solo tu inexhausta hoguera.
  De ella la lumbre pura
Toma que al mundo plácida derrama
La luna, y Vénus su brillante llama.
Mas tu beldad gloriosa
No retires: oscura
La luna alzar no osa
Su faz; y en hondo olvido
Cae Vénus, cual si nunca hubiera sido.
  Pero ya fatigado
En el mar precipitas de occidente
Tus flamígeras ruedas. ¡Cuál tu frente
Se corona de rosas!
¡Qué velo nacarado!
¡Qué ráfagas vistosas
De viva luz recaman
El tendido horizonte, el mar inflaman!
  La vista embebecida
Puede mirar la desmayada lumbre
De tu inclinado disco: la ardua cumbre

De la opuesta montaña
La refleja encendida,
Y en púrpura se baña,
Mientras la sombra oscura
Cubriendo cae del mundo la hermosura.
¡Qué magia! ¡qué ostentosas
Decoraciones! ¡qué agraciados juegos
Hacen do quiera tus volubles fuegos!
El agua de ellos llena
Arde en llamas vistosas;
Y en su calma serena
Pinta, ¡o pasmo! el instante
Do al polo opuesto te hundes centellante.
¡A Dios, inmensa fuente
De luz! ¡astro divino! ¡á Dios, hermoso
Rey de los cielos, símbolo glorioso
Del Excelso! y si ruego
A tí alcanza ferviente,
Cantando tu almo fuego
Me halle la muerte impía
A un postrer rayo de tu alegre dia.

## X.

### *A las estrellas.*

¿Dó estoy? ¿qué presto vuelo
De alada inteligencia me levanta
Desde la tierra vil a los reales
Alcázares del cielo?
Parad, soles ardientes,
Lámparas eternales,
Que huis girando en ligereza tanta,
Las alas esplendentes
Coged, coged; y en vuestra luz gloriosa
Abísmese mi vista venturosa.
Por do quiera fulgores,
Y viva accion, y presto movimiento.

El Dios del universo aquí ha sentado,
Su corte entre esplendores:
Del infinito coro
De ángeles acatado,
Grato aquí escucha el celestial concento
De sus laudes de oro;
Cual alma celestial el orbe alienta,
Y en sola una mirada lo sustenta.
¿Qué es de la tierra oscura?
¿Este átomo de polvo que orgulloso
Devastándolo agita el hombre insano
¡Ay! ora en guerra dura?
Despareció; y perdido
Su sol con ella; en vano
Ansia el ánimo hallarlo cuidadoso.
Entre tanto encendido
Fanal, ni á sus planetas: allí estaba
La blanca luna; y Marte allá tornaba.
Sobre ellos sublimado
Corro en la inmensidad: la Lira ardiente,
El Orīon, las Pléyades lluviosas,
Y á tí, ¡o Sirio! inflamado
En viva, hermosa lumbre
Dejo atras, y las Osas.
Sobre el fanal del polo refulgente
Del empíreo á la cumbre
Trepo: la mente aun mas allá se lanza,
Y de la creacion el fin alcanza.
¡Qué digo, el fin!... empieza
Otro y otro sistema, y otros cielos,
Y otros soles y globos cristalinos
De indecible belleza.
¿Qué serafin glorioso
En sus vagos caminos
Podrá alcanzarlos con sus raudos vuelos?
Mi espíritu congojoso
Por do quier halla mas, si mas desea;
Y el infinito en torno le rodea.

Sí, sí, que la inefable
Diestra del Hacedor no se limita
Cual la mente humanal á cerco breve.
El mar ancho, insondable,
Tan nada le ha costado
Cual la arenilla leve:
Lo propio un claro sol, que esa infinita
Multitud que ha sembrado
Como el polvo en el ancho firmamento,
Y hoy de nuevo encender miles sin cuento.
Ante él como la nada
Asi es la creacion, menos que un puro
Rayo solar á su orbe luminoso:
Ni en su mente sagrada
Hay *hasta aquí*: su diestra
Jamas yace en reposo,
Del punto que animando el caos oscuro,
En soberana muestra
De su alto mando le intimó: *fenece;*
Y á esta ancha inmensa bóveda: *aparece.*
¡Ojalá en ella unido
A algun cometa ardiente su carrera
Rápida, inmensurable, acompañára!
En el éter perdido
Curioso indagaria
Tanta y tanta luz clara.
Ya en su giro cien siglos me escondiera:
Ya cabe el sol veria
De dó su llama sempiterna viene;
Qué brazo asi colgado le sostiene;
Qué es el opaco anillo
Del helado Saturno, y si al radiante
Júpiter los satélites aumentan
Su benéfico brillo:
En la cándida zona
Cuántos soles se cuentan;
Cuántos en el zodiaco centellante;
Quién puso la Corona

Dó está, y la Hidra, y el Centauro fiero;
Dó la Andrómeda brilla, y dó el Boyero:
  Y á todos demandára
Por su infinito Autor, dónde asentado
Entre esplendores y eternal ventura
Su excelso trono alzára;
Por cuál feliz camino
La humilde criatura
Puede trepar á su inefable estado;
Dó su confin divino
Toca, y qué sol le alumbra; ó dónde dijo:
« De mis obras el término aquí fijo.
  « Cesemos: este sea
« Postrer lucero, el vallador lumbroso
« A la gran obra que yacia acordada
« En mi inefable idea,
« Columna magestuosa
« Entre el ser y la nada
« Alzada por mi brazo poderoso.
« Mi bondad ve gozosa
« Del postrer mundo al átomo primero,
« Y en todo brilla, y mi supremo esmero. »
  Decid, pues, encendidos
Globos que ardeis sin número, fanales
Que ornais el manto de la noche umbría,
Los hombres embebidos
Alzando hasta la altura
Del Ser grande que os guia
Rodando en esas plagas eternales:
Vosotros que segura
Senda al sabio mostrais, que os mira atento
Por el tendido líquido elemento;
  O en voluble semblante
Diérais al labrador en la apartada
Edad lecciones, como fiel partiese
Su trabajo incesante,
Y la rauda presteza
De los tiempos midiese,

Decid, globos, decid ¿dónde le agrada
De su faz la belleza
Mostrar á ese gran Ser? ¿dónde mi anhelo
La verá, de su gloria caido el velo?
   Buscárale cuidoso
Por todo el ancho mundo, á la indistinta
Variedad de los seres demandando
Por su Hacedor glorioso.
El insecto brillante
Me responde sonando:
*El que de oro y azul mis alas pinta*
*Está mas adelante:*
*Está mas adelante*, me responde
La garza que en la nube audaz se esconde.
   Y la mar procelosa,
*Mas adelante*, rebramando suena,
Y el fiero Leviatan en su hondo abismo:
En la aura vagarosa
Trinando al pueblo alado
Decir oigo lo mismo;
Y el rayo asolador que el mundo llena
En su vuelo inflamado
De horror y pasmo, *mas allá*, me clama,
*Mora el que enciende mi sonante llama.*
   ¿Dónde, soles gloriosos,
Está este *mas allá* que nunca veo?
¿Jamas ni un alma vencerá atrevida
Los lindes misteriosos
De ese imperio inefable,
Por mas que enardecida
Avance en su solícito deseo?
¡Ah! siempre inmensurable
Al hombre agobiará naturaleza
Agobiado en su mísera bajeza.
   Siempre, lumbres sagradas,
Vosotras ardereis, en pos la mente
Vuestro áureo giro seguirá afanosa
Con alas desmayadas,

Y caerá sin aliento.
La noche misteriosa
Colgará con su velo refulgente
El ancho firmamento;
Y yo en mi amable error luego embriagado
Tornaré inquieto á mi feliz cuidado.

## XI.

### *El hombre imperfecto á su perfectísimo Autor.*

Señor, á cuyos dias son los siglos
Instantes fugitivos, Ser eterno,
Torna á mí tu clemencia,
Pues huye vana sombra mi existencia.
Tú, que hinches con tu espíritu inefable
El universo y mas, Ser infinito,
Mírame en faz pacible,
Pues soy menos que un átomo invisible.
Tú, en cuya diestra excelsa valedora
El cielo firme se sustenta, o Fuerte;
Pues sabes del ser mio
La vil flaqueza, me defiende pio.
Tú, que la inmensa creacion alientas,
O Fuente de la vida indefectible,
Oye mi voz rendida;
Pues es muerte ante tí mi triste vida.
Tú, que ves cuanto ha sido, en tu honda mente,
Cuanto es, cuanto será, Saber inmenso,
Tu eterna luz imploro,
Pues en sombras de error perdido lloro.
Tú, que allá sobre el cielo el trono santo
En luz gloriosa asientas, o Inmutable,
Con tu eternal firmeza
Sosten, Señor, mi instable ligereza.
Tú, que si el brazo apartas, al abismo
Los astros ves caer, o Omnipotente;
Pues yo no pueda nada,
De mi miseria duélete extremada.

Tú, á cuya mano por sustento vuela
El pajarillo, o bienhechor, o Padre,
Tus dones con largueza
Derrama en mí, que todo soy pobreza.
Ser eterno, infinito, fuerte, vida,
Sabio, inmutable, poderoso, padre,
Desde tu inmensa altura
No te olvides de mí, pues soy tu hechura.

## XII.

### *A mi patria, en sus discordias civiles.*

¿Cuándo el cielo piadoso
Te dará fausta paz, o patria mia,
Y roto el cetro odioso
De la discordia impía
Reirá en tu augusto seno la alegría?
Tus hijos despiadados
Alzáronse en tu mal por destrozarte:
¿Cuándo en uno acordados
Correrán á abrazarte,
Y en tu acerbo dolor á confortarte?
¡Mísera! ¿dó los ojos
Vuelvas, sin ver allí tu inmenso duelo?
Estériles abrojos
Cubren el yermo suelo,
Que antes de espigas de oro pobló el cielo.
La llama asoladora,
Igualando el palacio y la cabaña,
Tus entrañas devora;
Y en su implacable saña
En lloro y sangre tus provincias baña.
¿Y tú el delirio alientas
Contra tí de tus gentes, y en su seno
Los odios alimentas,
Y de mortal veneno
Tú propia el cáliz les presentas lleno?

¿Dó vas, ó qué pretendes?
¿Qué furor te arrebata? ¡Cuánta hoguera
Ay! en tu estrago enciendes!
¡Ay! ¡cuál la atroz Meguera
Te aguija impía en tu infeliz carrera!
¡Y con gesto espantable
De su crin las culebras desprendiendo,
Con su diestra implacable
Sobre tí, en son horrendo
Está sus alas fúnebres batiendo!
Sus alas, que concitan
A mil y miles en delirio insano,
Y pavorosos gritan:
Hiera el hierro inhumano,
El hacha tale de la cumbre al llano;
No haya paz ni acomodo,
El fatal bronce sin descanso truene;
Y asolándolo todo,
Con sus destrozos llene
El hondo abismo, que bramando suene...
Caiga, patria querida,
Caiga tanto furor: cobre el arado
El hierro que homicida
La cólera ha afilado,
Y va en tu noble sangre mancillado.
Hermanos nos herimos,
Y viuda impíos nuestra madre hacemos;
Bajo un cielo vivimos,
Y unas aguas bebemos,
Y á emponzoñarlas bárbaros corremos.
Angeles, que de España
Fieles guardais la inmarcesible gloria,
Ahogad tan fiera saña,
Robad á la memoria
De horrores tantos la llorosa historia.
No dure ni en la pluma
Ni en el labio tan bárbara ruïna,
Jamas finible suma

De estragos, do mezquina
La patria á hundirse rápida camina.
¡Ay! ¡qué plaga, ni gente
De lucha tal ignora los furores,
Y el delirio inclemente,
Y los ciegos rencores
Con que ilusos doblamos sus errores!
Bastante á nuestros nietos
De lágrimas y amargos funerales,
Espantables objetos,
Memorias inmortales
Dejamos ya de nuestros largos males:
Hasta allá do entre el hielo
El rudo escita derramado mora,
Se oyen con grave duelo;
Y el reino de la aurora
La gran caida congojado llora.
Y todos del divino
Indomable valor que nos inflama,
Pasmados, el destino
Maldicen y la trama,
Que atizar pudo tan infanda llama.
Ella en la tumba ha hundido
Una generacion: tanta grandeza
Cual sombra ha fenecido:
La española riqueza
Cebo fué del soldado á la fiereza.
Nada, nada quedara
Del antiguo esplendor... ¡ Y aun ciega gritas!
¡Y el puñal se prepara!
¡Y las teas agitas!
¡Y á estragos nuevos el rencor concitas!
¡Infeliz! ¡en qué horrendo
Abismo gemirás precipitada
Con funeral estruendo!
Despues yerma, menguada,
Tu error maldecirás desengañada.
Demandarás tus hijos,

Y ¡ay! perecieron, sonará en respuesta,
Los ojos en tí fijos
En su ausencia funesta:
¡Cuánto, ay! ¡tu engaño de virtud te cuesta!
¡Oh, luzca el fausto dia,
Oh, luzca al fin, en que la paz gloriosa
Te abrace, o patria mia!
En calma deliciosa
Torne el cielo tu cólera ominosa:
Y en tu amor inflamados
Cual hijos á tus plantas nos postremos;
De errores olvidados,
Hermanos nos amemos,
Y en tu seno felices descansemos.

## ELEGIA MORAL.

### *El deleite y la virtud.*

¡O loca ceguedad! ¿Será que rompa
Las cadenas que me atan con la tierra?
¿O dejaré que el ocio me corrompa?
¿Rebelaréme al vicio, y cruda guerra
Le haré con firme pecho? ¿ó comunero
Con el vulgo seré, que siempre yerra?
¿Osaré declararme compañero
Del bando vencedor, que heróico pisa
De la virtud el áspero sendero?
¿Seré del pueblo la cancion y risa?
¿O su malsana vanidad siguiendo,
Correré á mi despeño aun mas aprisa?
Las altísimas cumbres que estoy viendo,
Van del honor al templo... Allí me llama,
Allí el deleite plácido rïendo.
Sus vinos, cebo al paladar, derrama
En trasparentes copas, con su fuego
El ya movido corazon me inflama.
¡A quién no arrastrarán el blando ruego,

La música y balsámicos olores,
Y de tanto amador la trisca y juego!
Toda es gala la tierra y lindas flores,
Del céfiro adormece el manso aliento,
Los trinos de las aves son amores.
Irme mal grado yo tras ellas siento:
La razon me detiene: el apetito
Aguija, y corre mas veloz que el viento.
¿Será, me dice, disfrutar delito
Los frescos valles que á la vista tienes?
¿O yerro entrar en tan feliz distrito?
¿No ves los lisonjeros parabienes,
Con que la alegre turba solicita
Que á gozar corras sus inmensos bienes?
Naturaleza próvida te incita,
Y su abundante mesa te prepara:
¿Sordo serás, cuando placer te grita?
Escúchala; y no necio tan avara
La juzgues con el hombre que ha criado
A que sus dones como rey gozara.
El pesar sigue al gozo; el abrasado
Estío á la apacible primavera;
Y al abundante otoño el cierzo belado.
El [illegible]mpo vuela: la ocasion no espera;
Goza tu edad lozana, y los oidos
Tapa, y no escuchen la razon severa.
Corre, corre estos prados que floridos,
Son viva imágen de tus verdes años;
Y á la vejez remite los gemidos.
Asi me disimula sus engaños
Con halagüeña voz; asi procura
Ciego arrastrarme á sempiternos daños.
Mas luego la razon que á su luz pura
Del ánimo la niebla desvanece,
De la virtud me muestra la hermosura.
Ella dolida de mi error, me ofrece
Su diestra celestial; y la gloriosa
Palma me ostenta que jamas perece.

¿Qué los placeres son, con amorosa
Boca me acusa, y el fugaz contento
Sino envuelta en espinas frágil rosa:
Que apenas abre entre fragante aliento
De suave aroma el seno delicado,
La agosta el sol, ó la deshoja el viento.
Evita, evita el lazo do enredado
Vas mísero á caer; y la engañada
Tropa desdeña y su falaz cuidado.
Presto verás cuál la vejez helada
Trueca su risa en lágrimas, y en mudo
Silencio el canto y música acordada.
El pesar y el temor con diente agudo
Su infeliz pecho romperán, las flores
Lozanas vueltas en invierno crudo.
Y en pos la enfermedad y los dolores
A aquejarlos vendrán con mil insanos
Recuerdos y fantásticos pavores.
Hasta el sepulcro tenderán las manos,
Buscando asilo entre su horror: ¡ay! huye,
Huye, y no atiendas los clamores vanos.
No los atiendas, necio. — Asi me arguye;
Y la razon con su favor deshace
El ciego ardor que el corazon destruye.
Y yo, como el enfermo á quien desplace
En fiebre ardiente amarga medicina,
Y odioso el que la sirve, se le hace;
Asi de la razon la luz divina
No puedo resistir, mirar no osando
La virtud en su alteza peregrina.
Y en encendidas lágrimas bañando
Las pálidas mejillas, aun suspiro
Por el mentido bien que voy dejando:
¡Tan dulce es la prision en que me miro!

# NOTICIA DE D. JUAN MELENDEZ VALDES.

Nació en la villa de Ribera del Fresno, obispado de Badajoz, á 11 de marzo de 1754. Sus padres fueron D. Juan Antonio Melendez, natural de la villa de Salvaleon, y doña María de los Angeles Déaz Cacho, natural de Mérida; personas virtuosas las dos, y pertenecientes á familias nobles y bien acomodadas del pais. Las felices disposiciones que notaron en su hijo, los determinaron á destinarle á la carrera de los estudios. Aprendió la latinidad en su patria, y la filosofía en Madrid en las escuelas de los padres dominicos de santo Tomas. Ya entonces su genio apacible y dócil le hacia querer de cuantos le conocian; y su aplicacion y adelantamientos le grangeaban el aprecio de maestros y condiscípulos. Empezaba tambien á traspirar su aficion á la poesía, aunque no todavía su ingenio y su buen gusto: el restaurador del Parnaso español hacia romances imitando á Gerardo Lobo, y componia versos á santo Tomas de Aquino, para complacer á sus maestros.

Estudiada la filosofía, sus padres le enviaron á Segovia por los años de 1770, para que estuviese en compañía de su hermano D. Estévan, secretario de cámara del obispo de aquella ciudad, D. Alonso de Llánes, deudo tambien suyo, aunque lejano. Allí fué donde con las buenas obras que le proporcionaban su hermano, algunos canónigos y el conde de Mansilla, adquirió aquella aficion á la lectura, aquella ansia de saber, y aquel gusto de adquirir libros, que puede llamarse la pasion de toda su vida. El mismo prelado, satisfecho de su aplicacion y talento, le envió á Salamanca en 1772, á seguir la carrera de leyes, y le auxilió constantemente para que se sostuviese allí con el decoro y comodidad que convenia. Sus adelantamientos en aquella facultad fueron consiguientes á este esmero y á estas esperanzas. Melendez siguió todos los cursos, y ganó todos los grados escolásticos desde bachiller hasta doctor.

Hallábase á la sazon en Salamanca, por fortuna de Melendez, D. José Cadalso. Él conoció al instante el valor del jóven poeta; se le llevó á su casa para vivir en su compañía; le adiestró á imitar con discernimiento los poetas antiguos nacionales, y le abrió tambien el camino para conocer la literatura de las demas naciones cultas de Europa. El género anacreóntico, en que Cadalso sobresalia, fué tambien el primero que cultivó Melendez; y prendado aquel de los progresos que hacia su alumno, le aclamaba á boca llena por su vencedor. Esta union íntima y franca entre discípulo y maestro se conservó hasta la muerte de Cadalso.

A las instrucciones que recibió nuestro poeta de aquel insigne escritor, ayudaban tambien el ejemplo y los consejos de otros hombres distinguidos, que residian y estudiaban por aquel tiempo en la universidad de Salamanca, entonces el centro de aplicacion y de saber en España, en la cual empezaba ya á formarse aquella escuela de literatura, de filosofía y de buen gusto, que ha producido desde entonces hasta ahora tan señalados jurisconsultos, filósofos y humanistas. Zamora, Cándamo, Alba, González, Condado, Iglesias, estos, y algunos otros igualmente distinguidos por sus prendas morales, su amable trato, su ingenio, y su buen gusto, fueron los principales amigos y compañeros de la juventud de Melendez. Mas el hombre que, aunque ausente, contribuyó tal vez mas que otro alguno á su adelantamiento, fué el insigne Jovellanos, que se hallaba entonces en Sevilla, y ministro de su audiencia. Llegaron á su noticia los trabajos de los poetas salmantinos y particularmente los de Melendez, con quien se puso en comunicacion por medio del maestro Gonzalez. Consérvase todavía una gran parte de aquella primera correspondencia; monumento precioso, en que se ven retratados al vivo el candor, la modestia y sentimientos virtuosos del poeta, la marcha alternativa de sus estudios, las diferentes tentativas en que ensayaba su talento, y sobre todo el respeto profundo, y casi idolatría con que veneraba á su Mecenas.

Mas á pesar de la estrecha amistad que le unia con este, á pesar de que Jovellanos repetidamente le convidaba á Sevilla, ofreciéndole su casa y sus socorros, para restablecer su salud, minada por sus estudios seguidos, y para consolarse de la pérdida de su amado hermano y protector D. Estévan, que falleció en 1777, Melendez rehusó prestarse á la generosidad de su favorecedor, sea por inclinacion á la Universidad de Salamanca y á las conexiones que allí tenia, sea por un noble sentimiento de independencia. Su corto patrimonio le bastaba para llegar al fin de sus estudios.

Melendez, para restablecerse de su dolencia, se habia retirado al campo, recreándose frecuentemente con paseos solitarios á las orillas del Tórmes: entonces ya le habian llegado los escritos de Thomson, de Gésner y de Saint-Lambert, se acostumbró á observar la naturaleza en los campos al modo de estos poetas, y su aficion y talento para la poesía descriptiva se empezaron á desenvolver. Por manera que á esta dolencia y á estos paseos en la soledad se deben las riquezas exquisitas, con que en esta parte engalanó las Musas castellanas. Seguia entre tanto dedicándose al ingles; lengua y literatura, á que decia tener una inclinacion excesiva, y se dió en especial á la lectura y estudio de Pope y Young. Al segundo trató tambien de imitar, de que es prueba su cancion intitulada de *la Noche y la Soledad*.

Acercóse en fin la época en que habia de empezar á coger las palmas debidas á tanta aplicacion y á estudios tan seguidos. Pues en el primer paso que daba en la carrera logró el triunfo de verse premiado por la Academia Española, que en la concurrencia de 1780 coronó su célebre égloga de *Batilo*, el mas bello elogio de la naturaleza campestre y de la vida que se disfruta en ella, y los aplausos del mundo literario que la han seguido hasta ahora, han respondido harto decisivamente á la crítica injusta y ligera que el despecho de ser vencido arrancó entonces á D. Tomas de Iriarte, que era el concurrente de mas peso entre sus numerosos rivales. Pues este hizo una composicion que tiene mas aire de disertacion que de égloga; mientras que la de Melendez, segun la feliz expresion de don Antonio Tavira, uno de los jueces del concurso, *olia toda á tomillo*.

El año siguiente vino Melendez á Madrid, y tuvo el gusto de abrazar y conocer por primera vez su favorecedor y amigo Jovellanos, entonces consejero de órdenes, y de presentarse á él adornadas las sienes con una corona poética. Jovellanos que tanta parte tenia en esta gloria, y que vió llenas las esperanzas que se habia prometido en su talento, le recibió con la mayor ternura, le hospedó en su casa, le hizo conocer de todos sus amigos, y le proporcionó al instante la ocasion de coger otros nuevos laureles.

Celebraba entonces la academia de San Fernando junta trienal para la distribucion de sus premios. Jovellanos debia leer un discurso, y Melendez fué convidado á ejercitar su ingenio en obsequiar tambien con versos á las artes del dibujo: lo que hizo en aquella oda, á todas luces hermosísima, en *la gloria de las artes*, con tanto acierto, que logró general aplauso y admiracion.

En medio de estas satisfacciones tuvo tambien la de obtener la cátedra de prima de humanidades de su universidad. Al año siguiente de 82 recibió el grado de licenciado en leyes, y el de doctor en el inmediato de 83. En este mismo año habia contraido matrimonio con Doña Maria Andrea de Coca y Figueroa, señora natural de Salamanca, é hija de una de las familias distinguidas de la ciudad. Pero como la cátedra apenas le daba ocupacion, y de su casamiento no tuvo hijos el poeta, á pesar de haber tomado estado y colocacion, quedó libre para seguir sus estudios favoritos, y entregarse enteramente á la filosofia y á las letras.

Para solemnizar el nacimiento de los infantes gemelos en el año de 84, la villa de Madrid abrió concurso á los poetas dramáticos, ofreciendo premiar las dos composiciones que mas sobresaliesen. Con este motivo y á insinuacion de Jovellanos, Melendez compuso la comedia pastoral de *las Bodas de Camacho el rico*, que á pesar de ser una de las premiadas y representadas, sin embargo de trozos bellísimos, sobre todo en la parte lírica, no encontró una buena acogida ante el público, y no sin razon: por ser del todo desacertada la eleccion del asunto, defectuoso el plan, insulsa la ejecucion, y, en una palabra, porque Melendez, aunque poeta y muy poeta lírico, no poseia ni siquiera las dotes esenciales de buen dramático [1].

Pero Melendez mas que reparó este leve desliz, publicando el primer tomo de sus *Poesías líricas* en el año inmediato de 85, recibido con un aplauso extraordinario, y con el cual no solo se puso al frente de los poetas que entonces habia en España, sino tambien desde luego logró mucha nombradía en los paises extrangeros, y el honor de verse traducido é imitado.

Solia pasar el invierno en los ejercicios de la Universidad y de su cátedra, y venir á gozar en el verano de las delicias de la corte, donde ademas de su fama como poeta, la facilidad y amenidad de su trato, la dulzura de su genio y de sus costumbres, y la extension de su saber le adquirian amigos y conexiones con los primeros hombres del estado y de las letras, y le hacian parecer «el niño mimado de la sociedad y de las Musas.»

Es lástima que Melendez, sea por necesidad, sea por ambicion, sea en fin por el deseo de hacerse mas útil á su patria, poco tiempo despues de la publicacion de su primer tomo empezó á solicitar un destino en la magistratura. Las Musas debieron estremecerse al verle tomar esta resolucion, y mucho mas de vérsela cumplir.

Pues el gobierno le promovió en 1789 á una plaza en la audiencia de Zaragoza, de donde fué trasladado á la chancillería de Valladolid en 1791.

Mostróse empero igual y robusto para la carga que habia echado sobre sus hombros, y no menos digno de respeto como hombre público, que de admiracion como poeta; así que el foro español deberá contarle siempre entre sus mas señalados magistrados.

Habia prometido, cuando dió á luz el primer tomo, la continuacion de sus poesías. Su nueva carrera se lo habia estorbado; pero al fin teniendo algun mas tiempo en Valladolid, obligado en cierto modo por aquella promesa, y estimulado por sus amigos, puso en órden y corrigió sus manuscritos, reimprimió el tomo primero, añadiéndole otros dos, que fueron publicadas en Valladolid en el año de 1797, y dedicó esta segunda edicion al príncipe de la Paz. Al aprecio que merecia entonces del valido, debió ser traido á Madrid, y aun en el mismo año de 97, el ser nombrado fiscal de la sala de alcaldes de casa y corte. Ofreciéronsele en la corta duracion de su cargo que desempeñó con la mayor aplicacion y actividad, causas graves y curiosas, donde hizo prueba de su juicio y de su talento; entre ellas la de la muerte de Castillo, cuya acusacion fiscal[1] corre en el público como un modelo de saber y de elocuencia.

---

[1] Véase la acertada crítica de aquella comedia en las Obras literarias de *D. Francisco Martinez de la Rosa*, tomo II, pág. 512.

Vióse entonces Melendez en el colmo de sus deseos: su ilustre amigo Jovellanos en el ministerio, él establecido en Madrid, y el camino llano para llegar al puesto descansado y preeminente que sus servicios y estudios merecian. Individuo de la academia de San Fernando desde que recitó en ella su hermosa oda, y admitido en el seno de la española en el año de 98, reunia en sí los honores literarios que podia desear; y era considerado y respetado dentro y fuera de España, como el primer talento de su tiempo y su nacion. Mas toda esta perspectiva de bonanza y de ventura se anubló de repente, y desapareció como el humo.

Aun en el año de 98 el virtuoso Jovellanos fué sacrificado al resentimiento y á la venganza del príncipe de la Paz, y Melendez participando ahora en la desgracia, como antes en la fortuna de su ilustre amigo, fué tambien sacrificado con él y desterrado á Medina del Campo, previniéndole que saliese de Madrid en el término de veinticuatro horas, y que esperase órdenes allí, cuyo rigor, por empeño de sus amigos, se mitigó algun tanto, confiriéndole una comision insignificante en aquella villa. Entregóse allí al estudio y al retiro, al trato de sus amigos y al ejercicio de las obras de beneficencia que su humanidad le inspiraba, principalmente con los enfermos del hospital. Salian estos infelices de allí por lo regular sin acabar de convalecer: él los recogia, él los vestia, él los alimentaba, y ellos le bendecian como un amigo y un padre. En medio de tan inocentes y virtuosas ocupaciones le alcanzó un nuevo golpe mas grave de la desgracia; pues la codiciosa malicia de un vil detractor logró hacerle sospechoso á la corte, ya mal dispuesta con él, calificando y denunciando como intrigas peligrosas sus mas inocentes acciones, y enredándole de una manera tan complicada é inevitable que Melendez, cuando quizá tenia las esperanzas mas fundadas de ser reintegrado en su dignidad y honores, recibió la real órden de 2 de diciembre de 1800, por la cual se le despojaba de la fiscalía, y con la mitad del sueldo se le confinaba á Zamora. Establecióse pues allí, y conservó su vida retirada, partiendo su tiempo entre sus libros y un reducido número de buenos amigos. Entre tanto sabedor de las intrigas que habian mediado para la última demostracion de rigor recibida del gobierno, procuró por todos medios desvanecerlas, y si no logró reponerse enteramente, consiguió por lo menos que se aliviase su suerte; y en real órden de 27 de junio de 1802 se le devolvió el goce de su sueldo completo como fiscal, permitiéndole disfrutarlo donde le acomodase establecerse. Hubiera él entonces preferido á Madrid; pero fuéle avisado por sus mismos favorecedores, que no le convenia presentarse en la corte por entonces. Decidióse pues á fijarse en Salamanca, donde tantos motivos de amistad y parentesco, tantos recuerdos tiernos y afectuosos le convidaban. Allí puso su casa, recogió y ordenó su exquisita y copiosa librería, abrazó á sus antiguos amigos, y empezó á gozar con ellos de una vida mas tranquila y apacible, que la que habia disfrutado en los doce años trascurridos desde su salida para Zaragoza. Pudieron las Musas congratularse de esta feliz novedad al verle restituido el ocio antiguo, y en aquellos sitios mismos, que tan hermosos versos le habian inspirado en otro tiempo. Pero el resorte de su espíritu estaba quebrado por la adversidad y la injusticia de los hombres, y su atencion distraida con recelos ó esperanzas que nunca tuvo bastante fuerza para sacudir de sí. Un poema lírico descriptivo *sobre la creacion*, y una traduccion de la Eneida que la publicacion de la de Delille le hizo emprender, fueron las únicas tareas que Melendez dió á su espíritu en aquel ocio de seis años.

---

[1] No fué imprimida hasta el año de 1820 (Discursos forenses de D. Juan Melendez Valdes; Madrid, 1820, 8º); un memorial ajustado de aquel proceso interesante, y una traduccion de la acusacion fiscal de Melendez estan insertados en la obra que lleva el título: « Causes célèbres étrangères; » Paris, 1827, 8º, t. III, pág. 295 y siguientes.

Con la revolucion de Aranjuez fué alzado el destierro, y vueltos sus destinos á los magistrados que habian sido echados de la corte en las diferentes épocas de persecucion anteriores. Cúpole á Melendez la suerte que á los demas, y regresó á Madrid en aquellos dias. Ya el rey habia partido á Bayona, las señales de la terrible tormenta que amenazaba, se hacian cada vez mas siniestras y espantosas; así Melendez no vino á la corte sino para ser testigo de la ansiedad y afanes que precedieron al dos de mayo, de los horrores de aquel execrable dia, y el desaliento y temor en que quedó sumida la capital. Quiso volverse al retiro de su casa, y no pudo verificarlo. Aceptó de allí, á poco, una comision para Asturias en compañía del conde del Pinar: y es fuerza confesar, que si los motivos que tuvo para aceptarla, no son del todo excusables á los ojos de los amantes de la independencia, jamas inconsideracion ninguna fué castigada con un rigor mas cruel. Cuando los dos comisionados llegaron á Asturias, ya iba delante de ellos la prevencion que los acusaba ante la exaltacion popular. Entraron en Oviedo escoltados de gente armada; y aunque en la junta provincial habian procurado sincerar su conducta, y allanar todas las sospechas, el pueblo inquieto y receloso no se dió por satisfecho. Alternativamente llevados desde la cárcel á su hospedage y de su hospedage á la cárcel, cuando ya al parecer todo estaba vencido, y ellos dispuestos á partir, la muchedumbre frenética se agolpó sobre el carruage, al que ya habian subido, volviólos á lanzar en la prision, hizo pedazos y quemó el coche, desbarató los equipages, y creciendo el furor con su mismo exceso, violentaron las puertas de la cárcel, y sacaron á los dos comisionados y otros tres presos con intencion de darles muerte.

Iba delante Melendez, habiábales con dulzura, pidiendo que le llevasen á la junta, ó le encerrasen con grillos: nada bastó, porque despues de haberle puesto al pie de la horca, y hacerle mil insultos, le sacaron al campo, le cercaron, y encarándole los fusiles, clamaban que habia de morir. Logró al cabo que le oyesen unas pocas palabras sobre su inocencia y sus principios: les habló, les rogó, procuró ablandarlos, y aun les empezó á recitar un romance popular y patriótico que habia compuesto antes del dos de mayo. Frívolo recurso para con gentes rudas y groseras, y entonces atroces y locas de furor. Atajáronle con nuevos insultos y amenazas, y condenándole á morir, por gran favor le permitieron confesar. Tuvo él la presencia de espíritu de hacer durar este acto algun tiempo. Ya estaba dispuesta la banda que habia de tirarle, cargados los fusiles, y él atado al árbol fatal; ya se habia disputado sobre si se le habia de disparar de frente, ó de espaldas como á traidor, y con este motivo desatado y vuelto á atar de nuevo; ya en fin no faltaba mas que consumar el sacrificio; cuando se vió venir de lejos al cabildo y á las comunidades con el sacramento y la cruz famosa de la Victoria. Calmó todo entonces, y Melendez que estaba el primero, fué el primeramente socorrido. Hízose despues lo mismo con los otros compañeros, y recogidos todos en la procesion, fueron llevados á la catedral y de allí vueltos á la cárcel. Formóse causa á peticion del pueblo al conde y á Melendez; y dados por ella libres de todo cargo, se los puso en libertad y se los permitió volver á Castilla.

Melendez volvió á Madrid, cuando de resultas de la memorable victoria de Bailen los franceses habian evacuado la capital y retirádose al Ebro. Siempre esperando mejorar de posicion, y deseoso tambien de contribuir por su parte á los grandes trabajos que se presentaban delante de los españoles en aquella imprevista y singular situacion, aguardó en Madrid la formacion del gobierno central, y confió ser empleado por él. Esta esperanza no era infundada, puesto que en aquel gobierno contaba algunos amigos y entre ellos al ilustre Jovellanos. Mas la fortuna dió entonces una de sus vueltas acostumbradas, y los franceses vencedores amenazaron á Madrid. La junta central, las fuerzas del estado, los patriotas mas exaltados ó mas diligentes, todos se refugiaron á Andalucía. Nuestro poeta, resuelto entonces á seguir el partido de la independencia, no pudo ponerse en camino, y su mala suerte, deteniéndole en Madrid, le dejó expuesto al vacío del desaliento, y á los lazos de la seduccion, en que cayeron ó fueron envueltos tantos infelices españoles. Su reputacion no podia dejarle indiferente á las asechanzas del gobierno intruso, que le hizo fiscal de la junta de causas contenciosas, despues consejero de estado, y presidente de una junta de instruccion pública. Él aceptó, y así se comprometió en una opinion y en una causa que jamas fueron las de su corazon y de sus principios. ¡Cuál debió ser su amargura al ver que la fortuna y la fuerza, hasta entonces compañeras inseparables de aquel partido, y únicas razones que la prudencia alegaba para adherirse á él, empezaban á flaquear, y al fin le abandonaban! Vióse pues arruinado sin recurso, trastornadas sus esperanzas, saqueada por los mismos franceses su casa en Salamanca, deshecha y robada su preciosa librería, y él precisado en fin á huir de su patria, abandonando, acaso para siempre, el suelo y el cielo que le vieron nacer.

Antes de entrar en el territorio frances, se puso de rodillas, y besó la tierra española, diciendo: *¡ya no te volveré á pisar!* y las lágrimas caian de sus ojos, y las recibia el Bidasoa.

Los cuatro años que vivió despues, no hizo mas que prolongar una existencia combatida por la desgracia, por la pobreza, por los afanes y esperanzas, á cada paso malogradas, de volver á España; en fin por los achaques y dolencias, que conforme avanzaba en edad, se agravaban á porfía. Tolosa, Mompeller, Nimes y Alais fueron los pueblos de su residencia. En los intervalos que le dejaban sus males, leia ó se hacia leer, corregia sus poesías, y las disponia para la nueva edicion que proyectaba. Tambien compuso algunas en que todavía respira el talento de su juventud con la misma gracia y facilidad; pero en que luce sobre todo el ansia y la vehemencia con que amaba su pais y deseaba volver á él. Este sentimiento que le honra, era, puede decirse, el aliento que le animaba; pero estaba escrito en el cielo que no lo habia de ver satisfecho. Ya en España habia empezado á padecer mucho de reumas. A muy poco de su llegada á Francia, una fuerte parálisis casi le imposibilitó del todo, sin que los baños termales que tomó por tres veces, le pudiesen librar de ella. Atacado en fin por un accidente apoplético, á cuya violencia no pudo resistir, falleció en los brazos de su esposa, que le habia seguido, y asistido constante y varonilmente en todos los infortunios de su vida, y en medio de los compañeros de su emigracion y desgracia, que le prestaron cuantos auxilios y consuelos estaban en su mano.

Melendez murió en Mompeller: sus restos yacen en la iglesia parroquial de Montferrier, departamento de l'Herault, guardados en una caja de plomo cubierta con otra de madera, debajo de una lápida, en que está escrito en español, frances y latin el epitafio siguiente:

*Aquí yace*
*el célebre poeta español*
DON JUAN MELENDEZ VALDES.
*Nació en la villa de Ribera,*
*provincia de Extremadura,*
*á XI de marzo de* 1754.
*Falleció en Mompeller*
*á XXIV de mayo de* 1817[1].

Pero nosotros decimos con *D. Alberto Lista*, el digno alumno de tal maestro:

No muere el genio, no. Pudo la tumba
Encerrar las cenizas
Del inmortal Batilo; mas el fuego,
Que su divino espíritu animaba,
Sobre los siglos vuela,
Y á la sublime eternidad anhela[2].

Ademas de las dos ya mencionadas ediciones de sus poesías que imprimió aun el autor durante su vida, y varias reimpresiones dentro y fuera de España (como por ejemplo la que se hizo en Parma por los años de 1812; en Paris de 1800, y de 1821; esta empero no es que una copia de la de Valladolid de 1797), se publicó despues de su muerte la tercera edicion en cuatro tomos en 8° en la imprenta real, año de 1820, hecha con arreglo al manuscrito y la última voluntad del autor, que contiene muchísimas composiciones inéditas anteriormente, y las antes impresas muy retocadas y corregidas[3], con una excelente noticia histórica y literaria de Melendez, escrita por Don Manuel José Quintana ( de la cual nosotros hemos extractado los presentes apuntes biográficos). Esta edicion matritense fué reproducida completa por don Vicente Salvá en cuatro volúmenes en 12° en Paris, año de 1832.

---

[1] Este monumento se debe á los generosos sentimientos del duque de Frias, que ha consagrado este homenage á la fama póstuma de Melendez en nombre de todos sus compatriotas.

[2] Tambien el célebre compañero de su desgracia, *D. Leandro Fernandez de Moratin*, imprimió entonces un soneto á la memoria del « dulcísimo Batilo » en la Minerva francesa del año de 1817, y el señor *Esmenard* insertó un elogio de nuestro poeta en el Mercurio de Francia de aquel año.

[3] Ya por los años de 1807 pensaba el autor hacer una nueva edicion de sus poesías, aumentada y castigada; pero el torbellino de los sucesos le estorbó siempre la ejecucion de este proyecto, en que se ocupaba hasta su muerte, así que él mismo no pudo verificarlo, no queriendo, como buen patriota, imprimirla fuera de España. — No es empero de admirar que no sean siempre acertadas, ni en general muy felices las variaciones que Melendez ha ejecutado, á los sesenta años y en la fria calma de su retiro, en aquellas amables composiciones que habia

Melendez, dotado por la naturaleza de una imaginacion viva y flexible, una sensibilidad ardiente y delicada, un raro talento para describir, y de un oido exquisito y fino para sentir y producir los atractivos de la armonía, por el carácter y la índole de su númen propendia mas á la gracia, á la morbidez y á la ternura, que al vigor y á la energía. Asi en los géneros cortos, especialmente en los romances y anacreónticas, que cuadraban mas con su ingenio, ha alcanzado á una perfeccion no conocida hasta él, y todavia no seguida, ni aun de lejos, por los que se han propuesto seguirle. Pulsando el blando laud de Anacreonte, mezcla la filosofia mas amable con las imágenes y alusiones mas risueñas, con la invencion mas graciosa, y con la ligereza mas significativa. Pero la voz de Melendez, propia por su natural expresion para los sentimientos tiernos, era mas acomodada para cantar los placeres del amor que no los del vino. En las composiciones puramente amorosas, la decencia, la ternura, la sensibilidad mas exquisita, la verdad de los afectos, y una dulcísima y envidiable melancolía, las sacan de la clase general de fastidiosas á que las de este género estan condenadas por el exceso con que abundan en la poesía castellana. Por estos primores se señalan especialmente las poesías de su juventud, de su *primera época*, á saber las publicadas en 1785; por estas amables composiciones cabalmente se hizo un lugar tan distinguido en el Parnaso moderno de España, y logró el nombre del « dulcísimo Batilo. »

Mas en las poesías de su *segunda época*, dadas á luz por primera vez en 1797, Melendez siguió un rumbo muy diferente : pues procuró levantar su ingenio á la altura de su siglo, y los objetos mas grandes de la naturaleza, las verdades mas augustas de la religion y de la moral eran el argumento de sus cantos. Trató á la verdad asuntos graves y severos; pero su desempeño, aunque frecuentemente grande y poético, especialmente en los trozos líricos y descriptivos, no era con mucho tan perfecto como el de los templados y juveniles, y prueba que si el objeto y el conjunto de las ideas cabian en los principios y en el saber del autor, no se avenian de modo alguno con los medios poéticos que poseia. La composicion en aquellas poesías doctrinales y filosóficas no presenta siempre aquel interes progresivo que acrecienta el gusto desde el principio hasta el fin. Se nota aquí esfuerzo,

---

hecho como jugando cuando tenia veinte, y en los momentos de inspiracion y arrebato. Por eso, siguiendo las pisadas de un crítico tan fino y acertado como *Quintana*, tambien nosotros hemos dado aquí casi siempre la preferencia al texto de las primeras ediciones sobre el de las segundas.

allá declamacion, y en no pocas partes falta de concision y de energía. Es preciso de confesar, sin embargo, que entre los poetas castellanos Melendez dió el *primero paso* en esta carrera, cuyas dificultades no le eran desconocidas, como prueba él mismo cuando dice con tanta razon como modestia: « Mas poco acostumbrada (la lengua castellana) hasta aquí á sujetarse á la filosofía, ni á la concision de sus verdades, por rica y magestuosa que sea, se resiste á ello no pocas veces; y solo probándolo se puede conocer la gran dificultad que causa haberla de aplicar á estos asuntos. Dése pues á mis composiciones el nombre de pruebas, ó primeras tentativas, etc... » Para sacar de la lira española tales acentos no aprendidos antes de ella, Melendez se vió precisado á imitar muestras extrangeras, eligiendo empero por sus guias en aquella carrera no solo á los franceses, sino tambien á los alemanes, y principalmente, como ya queda apuntado arriba, á los ingleses; mientras en las poesías de su primera época era mas original y nacional, y no procuraba formar su diccion y su estilo que con el estudio de los antiguos poetas castellanos, rejuveneciendo las formas nacionales, y renovando muchas de las antiguas galas del lenguaje poético. Por eso unos le han notado de galicismo y filosofismo, al paso que otros han tachado su lenguaje de arcaismo y su diccion de afectacion. Pero todos, por críticos que sean, tendrán que conceder que su estilo en todas partes esté lleno de poesía y de color, sus versos sean apacibles y sonoros, sus períodos en general bien y convenientemente construidos y distribuidos; y en fin que Melendez, tanto por sus propias obras como por su influjo á los progresos de la literatura nacional, merezca el nombre del *restaurador del Parnaso español.*

# POESIAS

DE

# D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

## IDILIOS.

### I.

### *Al sol.*

Padre del universo,
Autor del claro dia,
Brillante sol, á cuyos
Influjos la infinita
Turba de los vivientes
El ser debe y la vida:
Tú, que rompiendo el seno
De la alba cristalina,
Sales sobre el oriente
A derramar el dia
Por los profundos valles
Y por las altas cimas;
De cuyo reluciente
Curso las diamantinas
Y voladoras ruedas
Con rapidez no vista
Hienden el aire vago
De la region vacía;
Enhorabuena vengas,
De luces matutinas,
De rayos coronado
Y llamas nunca extintas,
A henchir las almas nuestras
De paz y de alegría.
La tenebrosa noche,
De fraudes, de perfidias
Y dolos medianera,
Se ausenta de tu vista,
Y busca en los profundos
Abismos su guarida.
El sueño perezoso,
Las sombras, las mentidas
Fantasmas y los sustos,
Su horrenda comitiva,
Se alejan de nosotros,
Y en pos del claro dia
El júbilo, el sosiego
Y el gozo nos visitan.

Las horas trasparentes
De clara luz vestidas
Señalan nuestros gustos
Y miden nuestras dichas.
O bien brillante salgas
Por las eóas cimas
Rigiendo tus caballos
Con las doradas bridas;
O ya el luciente carro
Con nuevo ardor dirijas
Al reino austral, de donde
Mas luz y fuego vibras;
O, en fin, precipitado
Sobre las cristalinas
Occiduas aguas caigas
Con luz mas blanda y tibia;
Tu rostro refulgente,
Tu ardor, tu luz divina
Del hombre serán siempre
Consuelo y alegría.

## II.

### *A la luna.*

¿Adónde vas vestida
De suaves resplandores
Con paso tan callado,
O reina de la noche?
En tanto que Morfeo
Con plácidos vapores
Suspende las tareas
De fieras, aves y hombres;
¿Qué impulso, qué destino
Tu reluciente coche
Eleva en los collados
Del húmedo horizonte?
¿Porqué la sombra ahuyentas
De los celestes orbes,
Y en el paterno caos
Sepultas sus horrores?
¿Porqué con luz radiante
Al Érebo te opones,
Y su heredado imperio
Le usurpas á la noche?
¡Qué inútil desperdicio
De luces y fulgores,
Que el mundo soñoliento
Ni ve ni reconoce!
¡Cuán vana y oficiosa
Los derramas sin órden
Por las desiertas playas,
Por los medrosos bosques!
Mas ¡ay! que ya descubro
La fuerza que dispone
Tus rumbos, ó imperiosa
Da causa á tu desórden.
Un númen implacable
Te arrastra, un númen rompe
De tu pudor los lazos,
Y enciende tus pasiones.
Ni el escuadron inmenso
De estrellas y de soles
Que sigue lento el curso
De tu esplendente coche:
Ni el trono en que resides
Bañado en luz, ni el noble,
Alto, inmortal orígen
De tu deidad triforme
Bastaron á librarte
De Amor y sus arpones.

Tú amas, sí, tú sigues
La ley que reconocen
Con fuerza irresistible
Los hombres y los dioses:
Y en tanto que corrida
Quisieras las regiones
Tocar del alto cielo
Por los tartáreos bosques,
Del duro amor guiada
Registras todo el orbe,
Las playas y los valles,
Los mares y los montes,
Buscando ansiosa y triste
Al barragan que sobre
Las cumbres de Tesalia
El hado de tí esconde.
Le hallas por fin, mas cuando
Amante reconoces
De tu pasion la causa.
Y al dulce triunfo corres,
El mísero insensible,
Y hundido en sueño torpe,
Ni á tu esplendor despierta,
Ni aun sueña tus favores.

## III.

### *A un supersticioso.*

¿Porqué consultas, díme,
Con las estrellas, Fabio,
Y vas en tus mansiones
Tu horóscopo buscando?
¿Son ellas por ventura
A quienes fué encargado
Dar principio á tus dias
O término á tus años?
Las vidas de los hombres
No penden de los astros,
Que en el Olimpo tienen
Moderador mas alto.
Aquel gran ser que supo
Con poderosa mano
Los orbes cristalinos
Sacar del hondo caos;
Que enciende el sol, y guia
Su luminoso carro,
Que mueve entre las nubes
De estruendo y furia armado
Su coche, y forma el trueno,
Que vibra el fuerte rayo,
Refrena el viento indócil,
Y aplaca el mar turbado;
Aquel es de tu vida
El dueño soberano,
Y él solo en sí contiene
La suma de tus años.
Implórale, y no fies
Tu dicha en los arcanos
Del tiempo, ni al incierto
Compas del astrolabio
Implórale, y no alces
Tus ojos al zodiaco,
Que a sus constelaciones
Del hombre no ligaron
Las dichas ni el contento
Con ciega ley los hados.
Implórale, y ahora
Escrito esté el amargo
Momento de tu muerte
Sobre el fogoso tauro,

Ora por las Pleyadas
No visto, de Acuario
Guardado esté en la urna :
Respeta de su brazo
La fuerza omnipotente
Y adórala postrado :
Que no de los planetas
Ni los volubles astros
Pendiente está tu vida,
Mas solo de su brazo.

## IV.

### *A Anfriso.*

Con dulce y triste acento
Cantaba el otro dia
Anfriso congojado
Desdenes de su Lisa.
Cantaba los enojos
De la engañosa ninfa:
Y al son bien acordado
De su laud salia
Envuelta en mil suspiros
Su queja bien sentida.
Oyéronle, y sus males
Sintieron compasivas
Las aves que cruzaban
Por la region vacía.
Los brutos en el centro
De las montanas silvas,
Y en su argentado márgen
Las claras fuentecillas.
Jovino, á cuya oreja
La flébil armonía
Llegó, tambien dolióse
De pena tan esquiva.
¿ Cabe en humanos pechos,
Lleno de horror decia,
Tan doble y falso trato,
Tan bárbara perfidia?
¿ Qué Dios, qué astro enemigo
Con influēncia esquiva
Pudo apartar dos almas
Que el blando amor unia?
Mas ¡ay! que son acaso
¡ O Anfriso! de tu Lisa
Fingidos los enojos :
Que á veces desconfian
Celosas las mugeres
De nuestra fé, y altivas
Para probarnos solo
Nos niegan sus caricias.
Cubren la ardiente llama
Que el pecho les agita,
Y en vez de dulce agrado,
Y en vez de dulce risa,
Ofrece su semblante
Enojo y crueles iras.
Mas guarte, no las creas,
Anfriso, á las malignas :
¡ Ay! guarte, no te engañe
Con sus astucias Lisa!
Cuando se muestre airada,
No adules su malicia
Con quejas vergonzosas,
Con lágrimas indignas :
¡ Ay! guarte, no te dobles,
¡ Ay! guarte, no te rindas.
Si te ama, sufre y deja
Que con crüeza impía

Traspase sus entrañas
La flecha vengativa,
Con la que herir de lleno
Tu corazon medita.
Verás que amor la vuelve
A tus halagos fina:
Y aquella que á tu pecho
Hizo sentir esquiva
Tan fieros sobresaltos,
De tu desden corrida
Hará por obligarte
Finezas exquisitas,
Y tú estarás vengado
Cuando ella arrepentida.
Mas si no te ama ¡ay! guarte,
No adules su perfidia
Con quejas vergonzosas,
Con lágrimas indignas.

## V.

### *A Melendez.*

¿Quién me dará que pueda,
Batilo, remontado
Sobre el humilde vulgo
Seguirte por el arduo
Camino por do corres
Con giganteos pasos
Al templo de la fama?
¿Quién me dará que al alto
Monte contigo pueda
Subir á henchir mis labios
Cual tú del dulce néctar
En el raudal castalio?
¡Pluguiera al dios intonso
Que juntos del Parnaso
Venciésemos la cima,
Y en ella rodeados
De gloria, á par del númen
Viviésemos loando
De la virtud divina
La gracia y los encantos!
Entonces sí que, libres
Del soplo envenenado
Del odio y de la envidia,
Burláramos cantando
Sus tiros descubiertos
Y sus ocultos lazos.
Entonces sí que, lejos
Del turbulento bando
Que sigue los pendones
Del vicio, y agitados
De un estro mas divino,
Las liras, por la mano
De la amistad guarnidas
De oro y marfil, tocando,
Los cielos de armonía
Hinchiéramos, en tanto
Que la parlera fama
Llevaba resonando
Unidos nuestros nombres
Desde el arturo al austro.
Entonces sí que, absortos
Al peregrino encanto
De nuestra voz, los hombres
Huyeran desde el ancho
Camino de los vicios,
Hasta los poco hollados
Senderos que conducen
A la virtud, ganando
Con santo ardor la altura
Do tiene el soberano
Rector del cielo al justo
Su galardon guardado.

## SONETOS.

### I.

### *A Clori.*

Sentir de una pasion viva y ardiente
Todo el afan, zozobra y agonía,
Vivir sin premio un dia y otro dia;
Dudar, sufrir, llorar eternamente:
Amar á quien no ama, á quien no siente,
A quien no corresponde, ni desvia;
Persuadir á quien cree y desconfia,
Rogar á quien otorga y se arrepiente:
Luchar contra un poder justo y terrible,
Temer mas la desgracia que la muerte,
Morir, en fin, de angustia y de tormento
Víctima de un amor irresistible;
Ve aquí mi situacion, esta es mi suerte,
¿Y aun pretendes, cruël, que esté contento?

### II.

### *A la misma.*

De agudo mal el golpe no esperado
Asusta, Clori, tu preciosa vida;
Y al mirarte doliente y afligida
Mi enfermo corazon tiembla asustado.
Dos veces con influjo porfiado
Ejerce el mal su saña enfurecida,
Una turbando mi alma dolorida,
Otra afligiendo tu ánimo angustiado.
¿Cuál, Clori, de los dos, pues la inclemencia
Del mal sentimos ambos de consumo,
Cuál, díme, sufrirá mayor martirio?
¿Tú, en quien se ceba la cruël dolencia,
O yo que todo el mal siento importuno,
De tu misma dolencia y mi delirio?

# EPISTOLA.

## Fabio a Anfriso.

### *Descripcion del Paular.*

Credibilè est illi numen inesse loco.
Ovidius.

Desde el oculto y venerable asilo
Do la virtud austera y penitente
Vive ignorada, y del liviano mundo
Huida, en santa soledad se esconde,
El triste Fabio al venturoso Anfriso
Salud en versos flébiles envia.
Salud le envia á Anfriso, al que inspirado
De las mantuanas Musas, tal vez suele
Al grave son de su celeste canto
Precipitar del viejo Manzanares
El curso perezoso; tal süave
Suele ablandar con amorosa lira
La altiva condicion de sus zagalas.
¡Pluguiera á Dios, o Anfriso, que el cuitado,
A quien no dió la suerte tal ventura,
Pudiese huir del mundo y sus peligros!
¡Pluguiera á Dios, pues ya con su barquilla
Logró arribar á puerto tan seguro,
Que esconderla supiera en este abrigo,
A tanta luz y ejemplos enseñado!
Huyera asi la furia tempestuosa
De los contrarios vientos, los escollos,
Y las fieras borrascas tantas veces
Entre sustos y lágrimas corridas.
Asi tambien del mundanal tumulto
Lejos, y en estos montes guarecido,
Alguna vez gozára del reposo,
Que hoy desterrado de su pecho vive.
¡Mas ay de aquel que hasta en el santo asilo

De la virtud arrastra la cadena,
La pesada cadena con que el mundo
Oprime á sus esclavos! ¡Ay del triste
En cuyo oido suena con espanto,
Por esta oculta soledad rompiendo,
De su señor el imperioso grito!
Busco en estas moradas silenciosas
El reposo y la paz, que aquí se esconden,
Y solo encuentro la inquietud funesta,
Que mis sentidos y razon conturba.
Busco paz y reposo, pero en vano
Los busco, ¡o caro Anfriso! que estos dones,
Herencia santa, que al partir del mundo
Dejó Bruno en sus hijos vinculada,
Nunca en profano corazon entraron,
Ni á los parciales del placer se dieron.
Conozco bien que, fuera de este asilo,
Solo me guarda el mundo sinrazones,
Vanos deseos, duros desengaños,
Susto y dolor; empero todavía
A entrar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado
Sigo el impulso del fatal destino,
Que á muy mas dura esclavitud me guia.
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
Por todas partes los pesados grillos,
Que de la ansiada libertad me privan.
De afan y angustia el pecho traspasado,
Pido á la muda soledad consuelo,
Y con dolientes quejas la importuno.
Salgo al ameno valle, subo al monte,
Sigo del claro rio las corrientes,
Busco la fresca y deleitosa sombra,
Corro por todas partes, y no encuentro
En parte alguna la quietud perdida.
¡Ay, Anfriso, qué escenas á mis ojos,
Cansados de llorar, presenta el cielo!
Rodeado de frondosos y altos montes

Se extiende un valle, que de mil delicias
Con sabia mano ornó naturaleza.
Pártele en dos mitades, despeñado
De las vecinas rocas, el Lozoya,
Por su pesca famoso y dulces aguas.
Del claro rio sobre el verde márgen
Crecen frondosos álamos, que al cielo
Ya erguidos alzan las plateadas copas,
O ya sobre las aguas encorvados,
En mil figuras miran con asombro
Su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque ombrío,
Hasta la falda del vecino monte
Se extiende: tan ameno y delicioso,
Que le hubiera juzgado el gentilismo
Morada de algun dios, ó á los misterios
De las silvanas Dríadas guardado.
Aquí encamino mis inciertos pasos,
Y en su recinto ombrío y silencioso,
Mansion la mas conforme para un triste,
Entro á pensar en mi cruël destino.
Lá grata soledad, la dulce sombra,
El aire blando, y el silencio mudo,
Mi desventura y mi dolor adulan.
No alcanza aquí del padre de las luces
El rayo acechador, ni su reflejo
Viene á cubrir de confusion el rostro
De un infeliz, en su dolor sumido.
El canto de las aves no interrumpe
Aquí tampoco la quietud de un triste;
Pues solo de la viuda tortolilla
Se oye tal vez el lastimero arrullo,
Tal vez el melancólico trinado
De la angustiada y dulce Filomena.
Con blando impulso el céfiro süave,
Las copas de los árboles moviendo,
Recrea el alma con el manso ruido:
Mientras al dulce soplo desprendidas

Las agostadas hojas, revolando,
Bajan en lentos círculos al suelo:
Cúbrenle en torno, y la frondosa pompa
Que al árbol adornára en primavera,
Yace marchita y muestra los rigores
Del abrasado estío y seco otoño.
  Asi tambien de juventud lozana
Pasan ¡o Anfriso! las livianas dichas!
Un soplo de inconstancia, de fastidio,
O de capricho femenil las tala
Y lleva por el aire, cual las hojas
De los frondosos árboles caïdas,
Ciegos empero, y tras su vana sombra
De contino exhalados, en pos de ellas
Corremos hasta hallar el precipicio
Do nuestro error y su ilusion nos guian.
Volamos en pos de ellas, como suele
Volar á la dulzura del reclamo
Incauto el pajarillo: entre las hojas
El preparado visco le detiene:
Lucha cautivo por huîr, y en vano;
Porque un traidor, que en acechanza atisba,
Con mano infiel la libertad le roba,
Y á muerte le condena ó cárcel dura.
  ¡Ah! ¡dichoso el mortal de cuyos ojos
Un pronto desengaño corrió el velo
De la ciega ilusion! Una y mil veces
¡Dichoso el solitario penitente
Que, triunfando del mundo y de sí mismo,
Vive en la soledad libre y contento!
Unido á Dios por medio de la santa
Contemplacion, le goza ya en la tierra;
Y retirado en su tranquilo albergue
Observa reflexivo los milagros
De la naturaleza, sin que nunca
Turben el susto ni el dolor su pecho.
  Regálanle las aves con su canto,
Mientras la aurora sale refulgente

A cubrir de alegría y luz el mundo.
Nácele siempre el sol claro y brillante,
Y nunca á él levanta conturbados
Sus ojos, ora en el oriente raye;
Ora del cielo á la mitad subiendo,
En pompa guie el reluciente carro;
Ora con tibia luz, mas perezoso,
Su faz esconda en los vecinos montes.
Cuando en las claras noches cuidadoso
Vuelve desde los santos ejercicios,
La plateada luna en lo mas alto
Del cielo mueve la luciente rueda,
Con augusto silencio; y recreando
Con blando resplandor su humilde vista,
Eleva su razon, y la dispone
A contemplar la alteza, y la inefable
Gloria del Padre y Criador del mundo.
Libre de los cuidados enojosos,
Que en los palacios y dorados techos
Nos turban de contino, y entregado
A la inefable y justa Providencia,
Si al breve sueño alguna pausa pide
De sus santas tareas, obediente
Viene á cerrar sus párpados el sueño
Con mano amiga, y de su lado ahuyenta
El susto y las fantasmas de la noche.
¡ O suerte venturosa, á los amigos
De la virtud guardada! ¡O dicha, nunca
De los tristes mundanos conocida!
¡O monte impenetrable! ¡O bosque ombrío!
¡O valle deleitoso! ¡O solitaria,
Taciturna mansion! ¡O, quién del alto
Y proceloso mar del mundo huyendo
A vuestra eterna calma, aquí seguro
Vivir pudiera siempre, y escondido!
Tales cosas revuelvo en mi memoria
En esta triste soledad sumido.
Llega en tanto la noche, y con su manto

Cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces
A los medrosos claustros. De una escasa
Luz el distante y pálido reflejo
Guia por ellos mis inciertos pasos;
Y en medio del horror y del silencio,
¡O fuerza del ejemplo portentosa!
Mi corazon palpita, en mi cabeza
Se erizan los cabellos, se estremecen
Mis carnes, y discurre por mis nervios
Un súbito rigor que los embarga.
Parece que oigo que del centro oscuro
Sale una voz tremenda que, rompiendo
El eterno silencio, así me dice:
« Huye de aquí, profano: tú, que llevas
« De ideas mundanales lleno el pecho,
« Huye de esta morada, do se albergan
« Con la virtud humilde y silenciosa
« Sus escogidos: huye, y no profanes
« Con tu planta sacrílega este asilo. »
De aviso tal al golpe confundido,
Con paso vacilante voy cruzando
Los pavorosos tránsitos, y llego
Por fin á mi morada, donde ni hallo
El ansiado reposo, ni recobran
La suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
Paso la triste y perezosa noche
En molesta vigilia, sin que llegue
A mis ojos el sueño, ni interrumpan
Sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña aurora
La luz aborrecida, y en pos de ella
El claro dia á publicar mi llanto,
Y dar nueva materia al dolor mio.

## SATIRAS.

### I.

Quis tam patiens ut teneat se?
JUVENAL.

Déjame, Arnesto, déjame que llore
os fieros males de mi patria, deja
ue su ruïna y perdicion lamente;
si no quieres que en el centro oscuro
e esta prision la pena me consuma,
éjame al menos que levante el grito
ontra el desórden: deja que á la tinta
ezclando hiel y acíbar, siga indócil
i pluma al vuelo del bufon de Aquino.
Oh cuánto rostro veo á mi censura
e palidez y de rubor cubierto!
Animo! amigos; nadie tema, nadie
u punzante aguijon, que yo persigo
n mi sátira al vicio, no al vicioso.
Y qué querrá decir, que en algun verso
ncrespada la bílis, tire un rasgo,
ue el vulgo crea que señala á Alcinda?
a que olvidando su orgullosa estirpe,
aja vestida al Prado, cual pudiera
na maja con trueno y rascamoño:
lta la ropa, erguida la caramba,
ubierta de un cendal mas trasparente
ue su intencion, á ojeadas y meneos
a turba de los tontos concitando.
Podrá sentir qué un dedo malicioso,
puntando este verso, la señale?
a la notoriedad es el mas noble
tributo del vicio, y nuestras Julias
as que ser malas quieren parecerlo.
ubo un tiempo en que andaba la modestia
orando los delitos; hubo un tiempo

En que el recato tímido cubria
La fealdad del vicio, pero huyóse
El pudor á vivir en las cabañas.
Con él huyeron los dichosos dias
Que ya no volverán: huyó aquel siglo
En que aun las necias burlas de un marido
Las bascuñanas crédulas tragaban.
Mas hoy Alcinda desayuna al suyo
Con ruedas de molino: triunfa, gasta,
Pasa saltando las eternas noches
Del crudo enero, y cuando el sol tardío
Rompe el oriente, admírala golpeando,
Cual si fuese una extraña, al propio quicio.
Entra barriendo con la undosa falda
La alfombra, aquí y allí cintas y plumas
Del enorme tocado siembra; y sigue
Con débil paso soñolienta y mustia,
Yendo aun Fabio de su mano asido,
Hasta la alcoba, donde á pierna suelta
Ronca el cornudo, y sueña que es dichoso.
Ni el sudor frio, ni el hedor, ni el rancio
Eructo le perturban. A su hora
Despierta el necio: silencioso deja
La profanada holanda, y guarda atento
A su asesina el sueño mal seguro.
¡Cuántas, o Alcinda, á la coyunda uncidas
Tu suerte envidian! ¡Cuántas de himeneo
Buscan el yugo por lograr tu suerte!
¡Y sin que invoquen la razon, ni pese
Su corazon los méritos del novio,
El sí pronuncian, y la mano alargan
Al primero que llega! ¡Qué de males
Esta maldita ceguedad no aborta!
Veo apagadas las nupciales teas
Por la discordia con infame soplo
Al pie del mismo altar; y en el tumulto,
Bríndis y vivas de la tornaboda,
Una indiscreta lágrima predice

rras y oprobios á los mal unidos.
por mano temeraria roto
elo conyugal, y que corriendo
la impudente frente levantada,
adulterio de una casa en otra:
ba, festeja, rie, y descarado
a sus triunfos, que tal vez celebra
ecio esposo, y tal del hombre honrado
en con dardo penetrante el pecho,
ida abrevian, y en la negra tumba
ror, su afrenta y su despecho esconden.
iles almas! ¡O virtud! ¡O leyes!
undonor mortífero! ¿Qué causa
izo fiar á guardas tan infieles
preciado tesoro? ¿Quién ¡o Témis!
razo sobornó? le mueves cruda
ra las tristes víctimas que arrastra
esnudez ó el desamparo al vicio:
ra la débil huérfana, del hambre
l oro acosada, ó al halago,
educcion y el tierno amor rendida;
xpilas, la deshonras, la condenas
cierta y dura reclusion; y en tanto
indolente en los dorados techos
jado el desórden, ó le sufres
en triunfo por las anchas plazas,
irtud y el honor escarneciendo?
nfamia! ¡O siglo! ¡O corrupcion! Matronas
ellanas, ¿quién pudo vuestro claro
donor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias
Lais os volvió? ¿Ni el proceloso
no, ni lleno de peligros
Lilibeo, ni las arduas cumbres
Pirene pudieron guareceros
contagio fatal? Zarpa preñada
oro la nao gaditana, aporta
s orillas gálicas, y vuelve
a de objetos fútiles y vanos;

Y entre los signos de extrangera pompa
Ponzoña esconde y corrupcion, compradas
Con el sudor de las íberas frentes;
Y tú, mísera España, tú la esperas
Sobre la playa, y con afan recoges
La pestilente carga, y la repartes
Alegre entre tus hijos. Viles plumas,
Gasas y cintas, flores y penachos
Te trae en cambio de la sangre tuya:
De tu sangre, ¡o baldon! y acaso, acaso
De tu virtud y honestidad. Repara
Cual la liviana juventud los busca.
Mira cual va con ellos engreida
La impudente doncella: su cabeza
Cual nave real en triunfo empavesada
Vana presenta del favonio al soplo
La mies de plumas y de airones, y anda
Loca buscando en la lisonja el premio
De su indiscreto afan. ¡Ay triste! Guarte,
Guarte, que está cercano el precipicio.
El astuto amador ya en acechanza
Te atisba y sigue con lascivos ojos.
La adulacion y la caricia el lazo
Te van á armar do caerás incauta,
En él tu oprobio y perdicion hallando.
¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro
Te costarán tus galas! ¡Cuán tardío
Será y estéril tu arrepentimiento!
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
Del nunca exhausto Potosí nos bastan
A saciar el hidrópico deseo,
La ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan: cuesta un sombrerillo
Lo que antes un estado, y se consume
En un festin la dote de una infanta.
Todo lo tragan: la riqueza unida
Va á la indigencia. Pide y pordiosea
El noble, engaña, empeña, malbarata,

uiebra y perece; y el logrero goza
os pingües patrimonios, premio un dia
el generoso afan de altos abuelos.
) ultraje ! ¡ O mengua ! Todo se trafica :
arentesco, amistad, favor, influjo;
hasta el honor, depósito sagrado,
se vende, ó se compra ; y tú, belleza,
on el mas grato que dió al hombre el cielo,
o eres ya premio del valor, ni paga
el peregrino ingenio. La florida
uventud, la ternura, el rendimiento
el constante amador ya no te alcanzan.
'a ni te das al corazon, ni sabes
él recibir adoracion y ofrendas.
índeste al oro : la vejez hedionda,
a sucia palidez, la faz adusta,
iera y terrible, con igual derecho
ienen sin susto á negociar contigo.
aste al barato, y tu rosada frente,
us suaves besos y tus dulces brazos,
orona un tiempo del amor mas puro,
on ya una vil y torpe mercancía.

## II.

Perit omnis in illo
Nobilitas, cujus laus est in origine sola.

Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
e pardomonte envuelto, con patillas
e tres pulgadas afeado el rostro,
lagro, pálido y sucio, que al arrimo
e la esquina de enfrente nos asecha
on aire sesgo y baladí ? Pues ese,
se es un nono nieto del rey Chico.
i el breve chupetin, las anchas bragas,
el albornoz no sin primor terciado,
o te lo han dicho : si los mil botones

De filigrana berberisca, que andan
Por los confines del jubon perdidos,
No lo gritan: la faja, el guadijeño,
El arpa, la bandurria y la guitarra
Lo cantarán. No hay duda: el tiempo mismo
Lo testifica, atiende á sus blasones.
Sobre el porton de su palacio ostenta,
Grabado en berroqueña, un ancho escudo
De medias lunas y turbantes lleno.
Nácenle al pie las bombas y las balas
Entre tambores, chuzos y banderas,
Como en sombrío matorral los hongos.
El águila imperial con dos cabezas
Se ve picando del morrion las plumas
Allá en la cima; y de uno y otro lado,
A pesar de las puntas asomantes,
Grifo y leon rampantes le sostienen.
Ve aquí sus timbres. Pero sigue, sube,
Entra, y verás colgado en la antesala
El árbol gentilicio, ahumado y roto
En partes mil: empero de sus ramas,
Cual suele el fruto en la pomposa higuera,
Sombreros penden, mitras y bastones.
En procesion aquí y allí caminan
En sendos cuadros los ilustres deudos,
Por hábil brocha al vivo retratados.
¡Qué gregüescos! ¡Qué caras! ¡Qué bigotes!
El polvo y telarañas son los gages
De su vejez. ¿Qué mas? Hasta los duros
Sillones moscovitas y el chinesco
Escritorio, con ámbar perfumado,
En otro tiempo de marfil y nacar
Sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
La ancianidad de su solar pregonan.
Tal es, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
Que aunque embozado y en castaña el pelo,
Nada les debe á Ponces ni Guzmanes.
No los aprecia: tiénese en mas que ellos,

Y vive asi. Sus dedos y sus labios
Del humo del cigarro encallecidos,
Indice son de su crianza. Nunca
Pasó del B á Bá. Nunca sus viages
Mas allá de Getafe se extendieron.
Fué antaño allá por ver unos novillos
Junto con Pacotrigo y la Caramba:
Por señas que volvió ya con estrellas,
Beodo por demas, y durmió al raso.
Examínale: ¡ o idiota! nada sabe.
Trópicos, era, geografía, historia
Son para el pobre exóticos vocablos.
Díle que dende el hondo Pirineo
Corre espumoso el Bétis á sumirse
De Ontígola en el mar, ó que cargadas
De almendra y gomas las inglesas quillas
Surgen en Puerto Lapichi, y se levan
Llenas de estaño y de abadejo: ¡oh! todo,
Todo lo creerá: por mas que añadas
Que fué en las Navas Witiza el Santo
Deshecho por los Celtas, ó que invicto
Triunfó en Aljubarrota Mauregato.
¡Qué mucho, Arnesto, si del padre Astete
Ni aun leyó el catecismo! Mas no creas
Su memoria vacía. Oye, diráte
De Cándido y Marchante la progenie.
Quien, de Romero ó Costillares, saca
La muleta mejor, y quien mas limpio
Hiere en la cruz al bruto jarameño.
Haráte de Guerrero y la Catuja
Larga memoria, y de la malograda,
De la divina Ladvenant, que ahora
*Anda en campos de luz paciendo estrellas;*
La sal, el garabato, el aire, el chiste,
La fama y los ilustres contratiempos
Recordará con lágrimas. Prosigue
Si esto no basta, y te dirá qué año,
Qué ingenio, qué ocasion dió á los Chorizos

Eterno nombre; y cuantas cuchilladas,
Dadas de dia en dia, tan pujantes,
Sobre el triste polaco los mantiene.
Ve aquí su ocupacion: esta es su ciencia.
No la debió ni al dómine, ni al tonto
De su ayo Mosen Marc, solo ajustado
Para irle en pos cuando era señorito.
Debiósela á cocheros y lacayos,
Dueñas, fregonas, truanes y otros bichos,
De su niñez perennes compañeros;
Mas sobre todo, á Pericuelo el page,
Mozo avieso, chorizo y pepillista
Hasta morir, cuando le andaba en torno.
Dél aprendió la jota, la guaracha,
El bolero, y en fin música y baile.
Fuéle tambien maëstro algunos meses
El sota Andres, chispero de la Huerta;
Con quien por órden de su padre entonces
Pasar solia tardes y mañanas
Jugando entre las mulas. Ni dejaste
De darle tú santísimas lecciones,
¡O Paquita! despues de aquel trabajo
De que el Refugio te sacó, y su madre
Te ajustó por doncella. ¡Tanto puede
La gratitud en generosos pechos!
De tí aprendió á reirse de sus padres,
Y á hacer al pedagogo la mamola,
A pellizcar, á andar al escondite,
Tratar con cirujanos y con viejas,
Beber, mentir, trampear; y en dos palabras,
De tí aprendió á ser hombre... y de provecho.
Si algo mas sabe, débelo á la buena
De doña Ana, padron de zurcidoras,
Piadosa como Enone, y mas chuchera
Que la embaidora Celestina. ¡O cuánto
De ella alcanzó! Del Rastro á Maravillas,
Del alto de San Blas á las Bellocas,
No hay barrio, calle, casa ni zahurda

su padron negado. ¡Cuántos nombres
cuáles vido en su librete escritos!
lí leyó el de Cándida, la invicta
e nunca se rindió: la que una noche
nció el embate de catorce guardias,
o en pos de otro en singular batalla.
lí el de aquella siete veces vírgen,
s que por esto insigne por sus robos;
es que en un mes empobreció al indiano,
chupó á un escoces tres mil guineas,
inte acciones de banco y un navío.
lí aprendió á temer él de Belica
venenosa. . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
allí tambien en torpe mescolanza
ó de mil bellas las ilustres cifras,
bles, plebeyas, majas y señoras.
las que vió nacer el Pirinëo,
sde Junquera hasta do muere el Miño,
á las que el Ebro y Turia dieron fama,
el Darro y Bétis todos sus encantos;
las de rancio y perdurable nombre,
stradas con turca y sombrerillo,
non y page, en cuyo abono sudan
ndas, veneras, gorras y bastones,
aun (chito, Arnesto) cuellos y cerquillos;
en fin, á aquellas que en nocturnas zambras,
son del cuerno congregadas, dieron
ma á la union. . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
h! ¡cuánto allí la cifra de tu nombre
illaba, escrita en caractéres de oro,
Cloe! Él solo deslumbrar pudiera
uestro jaque, apenas de las uñas
su doncella libre. No adornaban
casa entonces, como ogaño, ricas
las de Italia ó de Canton; ni lustros
nidos del Adriático, ni alfombras,

Sofá otomano, ó muebles peregrinos;
Ni la alegraban, de Bolonia al uso,
*La simia, il papagallo, e la spinetta.*
La salserilla, el zahumador, la esponja,
Cinco sillas de enea, un pobre anafe,
Un bufete, un velon y dos cortinas
Eran todo tu ajuar; y hasta la cama,
Do alzó despues tu trono la fortuna,
¡Quién lo diria! entonces era humilde.
Púsote en zancos el hidalgo, y dióte
A dos por tres la escandalosa buena,
Que treinta años de afanes y de ayuno
Costó á su padre. ¡Oh, cuánto tus jubones
De perlas y oro reçamados, cuánto
Tus francachelas y tripudios dieron,
En la cazuela, el Prado y los tendidos,
De escándalo y envidia! Como el humo
Todo pasó, duró lo que la hijuela.
¡Pobre galan! ¡Qué paga tan mezquina
Se dió á tu amor! ¡Cuán presto te feriaron
Al último doblon el postrer beso!
Viérasle, Arnesto, desolado: vieras
¡Cuál iba humilde á mendigar la gracia
De su perjura, y cuál correspondia
La infiel con carcajadas á su lloro!
No hay medio: le plantó: quedó por puertas.
¿Qué hará? ¿Su alivio buscará en el juego?
¡Bravo! Allí olvida su pesar. Prestóle
Un amigo. ¡Qué amigo! Ya otra nueva
Esperanza le anima. ¡Ah! salió vana:
Marró la cuarta sota: adios bolsillo.
Toma un censo: adelante: mas perdióle
Al primer trascarton, y quedó *asperges*.
No hay ya amor ni amistad. En tan gran cuita
Se halla ¡o Zulem Zegri! tu nono nieto.
¿Será mas digno, Arnesto, de tu gracia
Un alfeñique perfumado y lindo,
De noble trage y ruines pensamientos?

Admiran su solar el alto Asueva,
Liria, Pamplona, ó la feroz Cantabria.
Mas se educó en Sorez : Paris y Roma
Nueva fé le infundieron, vicios nuevos
Le inocularon. Cátale perdido.
No es ya el mismo; ¡oh, cuál otro el Bidasoa
Tornó á pasar! ¡Cuál habla por los codos!
¿Quién calará su atroz *galimathias?*
Ni Du Marsais, ni Aldrete le entendieran.
Mira cual corre *en polison* vestido
Por las mañanas de un burdel á otro,
Y entre alcahuetas y rufianes bulle.
No importa : viaja incógnito, con pelo,
Sin insignias y en frac : nadie le mira.
Vuelve, se adoba, sale y huele á almizcle
Desde una milla... ¡Oh, cómo el sol chispea
En el charol del coche ultramarino!
¡Cuál brillan los tirantes carmesíes
Sobre la negra crin de los frisones!
Visita : come en noble compañía :
Al Prado, á la luneta, á la tertulia,
Y al garito despues. ¡Qué linda vida,
Digna de un noble! ¿Quieres su compendio?
Puteó, jugó, perdió salud y bienes,
Y sin tocar á los cuarenta abriles,
La mano del placer le hundió en la huesa.
¡Cuántos, Arnesto, asi! Si alguno escapa,
La vejez se anticipa, le sorprende,
Y en cínica é infame soltería,
Solo, aburrido, y lleno de amarguras,
La muerte invoca, sorda á su plegaria.
Si antes al ara de himeneo acoge
Su delincuente corazon, y el resto
De sus amargos dias le consagra,
¡Triste de aquella que á su yugo uncida
Víctima cae! Los primeros meses
La lleva en triunfo acá y allá : la mima,
La galantea... Palco, galas, dijes,

Coche á la inglesa. ¡Míseros recursos!
El buen tiempo pasó. Del vicio infame
Corre en sus venas la cruël ponzoña.
Tímido, exhausto, sin vigor... ¡qué rabia!
El tálamo es su potro. Mira, Arnesto;
¡Cuál desde Gades á Brigancia el vicio
Ha inficionado el gérmen de la vida!
¡Y cuál su virulencia va enervando
La actual generacion! Apenas de hombres
La forma existe... ¿Adónde está el forzudo
Brazo de Villandrando? ¿Dó de Argüello,
O de Paredes los robustos hombros?
¿El pesado morrion, la penachuda
Y alta cimera acaso se forjaron
Para cráneos raquíticos? ¿Quién puede
Sobre la cuera y enmallada cota
Vestir ya el duro y centellante peto?
¿Quién enristrar la ponderosa lanza?
¿Quién?... Vuelve, ¡o fiero berberisco! vuelve,
Y otra vez corre desde Calpe al Deva,
Que ya Pelayos no hallarás ni Alfonsos
Que te resistan. Débiles pigmeos
Te esperan. De tu corva cimitarra
Al solo amago caerán rendidos.
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
Los timbres y blasones? *¿De qué sirve*
*La clase ilustre, una alta descendencia*
*Sin la virtud?* Los nombres venerandos
De Laras, Tellos, Haros y Girones
¿Qué se hicieron? ¿Qué genio ha deslucido
La fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
A quienes fia su defensa el trono?
¿Es esta la nobleza de Castilla?
¿Es este el brazo un dia tan temido,
En quien libraba el castellano pueblo
Su libertad? ¡O vilipendio! ¡O siglo!
Faltó el apoyo de las leyes: todo
Se precipita. El mas humilde cieno

Fermenta y brota espíritus altivos
Que hasta los tronos del Olimpo se alzan.
¿Qué importa? Venga denodada, venga
La humilde plebe en irrupcion, y usurpe
Lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría; no haya
Clases ni estados. Si la virtud sola
Les puede ser antemural y escudo,
Todo sin ella acabe y se confunda.

## EPISTOLA

### A BERMUDO:

*Sobre los vanos deseos y estudios de los hombres.*

Sus: alerta, Bermudo, y pon en vela
Tu corazon. Rabiosa la fortuna
Le asecha, y mientras, arrullando á otros
Los adormece en mal seguro sueño,
Súbito asalto quiere dar al tuyo.
El golpe atroz, con que arruinó sañuda
Tu pobre estado, su furor no harta
Si de tu pecho desterrar no logra
La dulce paz que á la inocencia debe.
Tal es su condicion, que no tolera
Que á su despecho el hombre sea dichoso.
Asi á tus ojos insidiosa ostenta
Las fantasmas del bien, que va sembrando
Sobre la senda del favor, y pugna
Por arrancar de tu virtud los quicios.
¡Guay! no la atiendas: mira que robarte
Quiere la dicha que en tu mano tienes.
No está en la suya, no; puede á su grado
Venturosos hacer, mas no felices.
¿Lo extrañas? ¿Quieres, como el vulgo idiota,
De la felicidad y la fortuna
Los nombres confundir? ¿O por los vanos

Bienes y gustos con que astuta brinda
El verdadero bien medir? ¡O engaño
De la humana razon! Dí, ¿qué promete
Digno de un ser que á tan excelsa dicha
Destinado nació? Pesa sus dones
De tu razon en la balanza, y mira
Cuánta es su liviandad! Hay quien ardiendo
En pos de gloria y rumoroso nombre
Suda, se afana, y despiadado, al precio
De sangre y fuego y destruccion le compra;
Mas si la muerte con horrendo brazo
De un alto alcázar su pendon tremola,
Se hincha su corazon, y hollando fiero
Cadáveres de hermanos y enemigos,
Un triunfo canta que en secreto llora
Su alma horrorizada. Altivo menos,
Empero astuto mas, otro suspira
Por el inquieto y mal seguro mando;
Y adula, y va solícito siguiendo
El aura del favor. Su orgullo esconde
En vil adulacion: sirve, y se humilla
Para ensalzarse; y si á la cumbre toca,
Irgue altanero la ceñuda frente,
Y sueño y gozo y interior sosiego
Al esplendor del mundo sacrifica.
Mas, mientra incierto en lo que goza, teme,
A un giro instable de la rueda cae
Precipitado en hondo y triste olvido.
Tal otro busca con afan estados,
Oro y riquezas, tierras y tesoros,
¡Ah! con sudor y lágrimas regados,
Su sed no apagan. Junta, ahorra, ahucha;
¡Mas con sus bienes crece su deseo
Y cuanto mas posee mas anhela!
Asi, la llave del arcon en mano,
Pobre se juzga, y pues lo juzga, es pobre.
A otra ilusion consagra sus vigilias
Aquel que, huyendo de la luz y el lecho,

De la esposa y amigos, la alta noche
En un garito ó mísera zahurda
Con sus viles rivales pasa oculto,
Entre el temor fluctua y la esperanza
Su alma atormentada. Hele: ya expuso
Con mano incierta y pecho palpitante
A la vuelta de un dado su fortuna.
Cayó la suerte, ¿pero qué le brinda?
¿Es buena? su ansia y su zozobra crecen.
¿Aciaga? ¡O Dios! le abruma, y le despeña
En vida infame ó despechada muerte.
¿Y es mas feliz quien fascinado al brillo
De unos ojuelos arde, y enloquece,
Y vela, y ronda, y ruega, y desconfia,
Y busca al precio de zozobra y penas
El rápido placer de un solo instante?
No le guia el amor, que en pecho impuro
Entrar no puede su inocente llama:
Solo le arrastra el apetito; ciego
Se desboca en pos dél. Mas ¡ay! que si abre
Con llave de oro, al fin, el torpe quicio,
Envuelta en su placer traga su muerte.
Pues mira á aquel que, abandonado al ocio,
Ve vacías huir las raudas horas
Sobre su inútil existencia. ¡Ah! lentas
Las cree aun, y su incesante curso
Precipitar quisiera. En qué gastarlas
No sabe; y entra, y sale, y se pasea:
Fuma, charla, se aburre, torna, vuelve;
Y huyendo siempre del afan, se afana.
Mas ya en el lecho está: cédele al sueño
La mitad de la vida, y aun le ruega
Que la enojosa luz le robe. ¡O necio!
¿A la dulzura del descanso aspiras?
Búscala en el trabajo. Sí: en el ocio
Siempre tu alma roerá el fastidio,
Y hallará en tu reposo su tormento.
¿Mas qué, si á Baco y Céres entregado

Y arrellanado ante su mesa, engulle
De uno al otro crepúsculo, poniendo
En su vientre á su Dios y á su fortuna?
La tierra y mar no bastan á su gula.
Lenguaraz y gloton, con otros tales
En francachelas y embriagueces pasa
Sus vanos dias, y entre obscenos bríndis,
Carcajadas y broma disoluta,
Se harta sin tasa, y sin pudor delira.
Mas á fuerza de hartarse embota y pierde
Apetito y estómago. Ofendida
Naturaleza insípidos le ofrece
Los sabores, que al pobre deliciosos.
En vano espera de una y otra India
Estímulos: en vano pide al arte
Salsas, que ya su paladar rehusa.
El ansia crece, y el vigor se agota;
Y asi consunto, en medio á la carrera,
Antes su vida que su gula acaba.
¡O placeres amargos! ¡O locura
De aquel que los codicia, y humillado
Ante un mentido númen, los implora!
¡Oh, y cuál la diosa pérfida le burla!
Sonríele tal vez: empero nunca
De angustia exento ó sinsabor, le deja
Que á vueltas del placer le da fastidio,
Y en pos del goce saciedad y tedio.
Si le confia, luego un escarmiento
Su mal prevista condicion descubre
Avara, nunca sus deseos llena:
Voltaria, siempre en su favor vacila:
Inconstante y crüel, aflige ahora
Al que halagó poco ha: ahora derriba
Al que ayer ensalzó; y ora del cieno
Otro á las nubes encarama, solo
Por derribarle con mayor estruendo.
¿No ves con todo aquella inmensa turba,
Que, rodëando de tropel su templo,

Se avanza al aldabon, de incienso hediondo
Para ofrecer al ídolo cargada?
¡Huye de ella, Bermudo! ¡No el contagio
Toque á tu alma de tan vil ejemplo!
Huye, y en la virtud busca tu asilo,
Que ella feliz te hará. No hay, no lo pienses,
Dicha mas pura que la dulce calma
Que inspira al varon justo. Ella modesto
Le hace en prosperidad; ledo y tranquilo
En sobria medianía; resignado
En pobreza y dolor. Y, si bramando
El huracan de la implacable envidia
Le hunde en el infortunio, ella piadosa
Le acorre y salva, su alma revistiendo
De alta, noble y longánime constancia.
¡Y qué si hasta su premio alza la vista!
¿Hay algo, dí, que á la esperanza iguale
De la inmortal corona que le atiende?...
  Mas te oigo preguntar, ¿aqueste instinto,
Que mi alma eleva á la verdad, esta ansia
De indagar y saber será culpable?
¿No podré hallar, siguiéndola, mi dicha?
¿Condenarásla? No. ¿Quién se atreviera?
¿Quién que su orígen y su fin conozca?
Sabiduría y virtud son dos hermanas
Descendidas del cielo para gloria
Y perfeccion del hombre. Le alejando
Del vicio y del engaño, ellas le acercan
A la Divinidad. Sí, mi Bermudo,
Mas no las busques en la falsa senda
Que á otros astuta muestra la fortuna.
¿Dónde pues? Corre al templo de Sofía.
Y allí las hallarás. Ruégala... ¡Mira
Cual se sonrie! Instala, interpone
La intercesion de las amables musas,
Y te la harán propicia. Pero ¡guarte!
Que si no cabe en su favor engaño,
Cabe en el culto que le da insolente

El vano adorador. Nunca propicia
La ve quien, oro ó fama demandando,
Impuro incienso quema ante sus aras.
¿No ves á tantos como de ellas tornan
De orgullo llenos, de saber vacíos?
¡Ay del que en vez de la verdad, iluso
Su sombra abraza! En la opinion fiado
El buen sendero dejará, y sin guia
De razon ni virtud, tras las fantasmas
Del error correrá precipitado.
¿El sabio entonces hallará la dicha
En las quimeras que sediento busca?
¡Ah! no: tan solo vanidad y engaño.
Mira en aquel, á quien la aurora encuentra
Midiendo el cielo, y de los astros que huyen
Las esplendentes órbitas. Insomne,
Aun á la noche llama presurosa,
Y acusa al astro que su afan retarda.
Vuelve: la obra portentosa admira,
Sin ver la mano que la obró. Se eleva
Sobre las lunas de Urano, y de un vuelo
Desde la Nave á los Triones pasa.
¿Mas qué siente despues? Nada. Calcula,
Mide, y no ve que el cielo, obedeciendo
La voz del grande Autor, gira, y callado
Horas hurtando á su existencia ingrata,
A un desengaño súbito le acerca.
Otro, del cielo descuidado, lee
En el humilde polvo, y le analiza.
Su microscopio empuña: ármale, y cae
Sobre un átomo vil. ¡Cuán necio triunfa,
Si allí le ofrece el mágico instrumento,
Leve señal de movimiento y vida!
Su forma indaga, y demandando al vidro
Lo que antevió su ilusa fantasía,
Cede al engaño, y da á la vil materia
La omnipotencia que al gran Ser rehusa.
Asi delira ingrato; mientras otro

Pretende escudriñar la íntima esencia
De este sublime espírtu que le anima.
¡ O cuál le anatomiza ! ¡ y cuál si fuese
Un fluido sutil, su voz, su fuerza,
Y sus funciones, y su accion regula!
Mas ¿ qué descubre? Solo su flaqueza :
Que es dado al ojo ver el alto cielo;
Pero verse á sí en sí, no le fué dado.
Con todo, osada su razon penetra
Al caos tenebroso : le recorre
Con paso titubeante; y desdeñando
La lumbre celestial, en los senderos
Y laberintos del error se pierde.
Confuso asi, mas no desengañado,
Entre la duda y la opinion vacila.
Busca la luz, y solo palpa sombras.
Medita, observa, estudia, y solo alcanza
Que cuanto mas aprende, mas ignora.
Materia, forma, espírtu, movimiento,
Y estos instantes que incesantes huyen,
Y del espacio el piélago sin fondo,
Sin cielo y sin orillas, nada alcanza,
Nada comprende. Ni su orígen halla,
Ni su término, y todo lo ve absorto
De eternidad en el abismo hundirse.
Tal vez, saliendo dél, mas deslumbrado,
Se arroja á alzar el temerario vuelo
Hasta el trono de Dios, y presuntuoso
Con débil luz escudriñar pretende
Lo que es inescrutable. Sondëando
De la divina esencia el golfo inmenso,
Surca ciego por él. ¿Qué hará sin rumbo?
Dudas sin cuento en su ignorancia busca,
Y las propone, y las disputa : y piensa
Que la ignorancia que excitarlas supo
Resolverlas sabrá. ¿Viste ¡o Bermudo!
Intento mas audaz? ¿ Qué, sin mas lumbre
Que su razon, un átomo podria

Lo incomprensible comprender? ¿Linderos
En lo inmenso encontrar? ¿Y en lo infinito
Principio, medio, ó fin? ¡O Ser eterno!
¿Has dado al hombre parte en tus consejos?
¿O en el santuario, á su razon cerrado,
Le admites ya? ¿Tan alta es la tarea
Que á su débil espíritu confiaste?
No; no es esta, Bermudo. Conocerle
Y adorarle en sus obras: derretirse
En gratitud y amor, por tantos bienes
Como benigno en tu mansion derrama:
Cantar su gloria y bendecir su nombre:
He aquí tu estudio, tu deber, tu empleo,
Y de tu ser y tu razon la dicha.
Tal es ¡o dulce amigo! la que el sabio
Debe buscar, mientras los necios la huyen.
¿Saber pretendes? Franca está la senda,
Perfecciona tu ser y serás sabio.
Ilustra tu razon para que se alce
A la verdad eterna, y purifica
Tu corazon para que la ame y siga.
Estúdiate á tí mismo, pero busca
La luz en tu Hacedor. Allí la fuente
De alta sabiduría, allí tu orígen
Verás escrito: allí el lugar que ocupas
En su obra magnífica: allí tu alto
Destino, y la corona perdurable
De tu ser, solo á la virtud guardada.
Sube, Bermudo, allí: busca en su seno
Esta verdad, esta virtud, que eternas
De su saber y amor perennes manan:
Que si las buscas fuera de él, tinieblas,
Ignorancia y error hallarás solo.
Deste saber y amor lee un destello
En tantas criaturas como cantan
Su omnipotencia; en la admirable escala
De perfeccion con que adornarlas supo;
En el órden que siguen, en las leyes

Que las conservan y unen, en los fines
De piedad y de amor que en todas brillan,
Y la bondad de su Hacedor pregonan.
Esta tu ciencia sea, esta tu gloria.
Serás sabio y feliz si eres virtuoso,
Que la verdad y la virtud son una.
Solo en su posesion está la dicha;
Y ellas tan solo dar á tu alma pueden
Segura paz en tu conciencia pura;
En la moderacion de tus deseos
Libertad verdadera; y alegría
De obrar y hacer el bien en la dulzura.
Lo demas viento, vanidad, miseria.

## CANTO GUERRERO

*Para los asturianos.*

A' las armas, valientes astúres,
Empuñadlas con nuevo vigor,
Que otra vez el tirano de Europa
El solar de Pelayo insultó.
Ved que fieros sus viles esclavos
Se adelantan del Sella al Nalon,
Y otra vez sus pendones tremolan
Sobre Torres, Naranco y Gozon.
« Corred, corred, briosos,
« Corred á la victoria,
« Y á nueva eterna gloria
« Subid vuestro valor. »

Cuando altiva al dominio del mundo
La señora del Tibre aspiró,
Y la España en dos siglos de lucha
Puso freno á su loca ambicion;
Ante Asturias sus águilas solo
Detuvieron el vuelo feroz,
Y el feliz Octaviano á su vista

Desmayado y enfermo tembló.
« Corred, corred, briosos, etc. »

Cuando suevos, alanos y godos
Inundaban el suelo español;
Cuando atónita España rendia
La cerviz á su yugo feroz;
Cuando audaz Leovigildo, y triunfante
De Toledo corria á Leon,
Vuestros padres alzados en Arvas
Refrenaron su insano furor.
« Corred, corred, briosos, etc. »

Desde el Lete hasta el Piles, Tarique
Con sus lunas triunfando llegó,
Y con robos, incendios y muertes
Las Españas llenó de terror;
Pero opuso Pelayo á su furia
El antiguo asturiano valor;
Y sus huestes el cielo indignado
Desplomando, el Auseva oprimió.
« Corred, corred, briosos, etc. »

En Asturias Pelayo alzó el trono
Que Ildefonso afirmó vencedor,
La victoria ensanchó sus confines;
La victoria su fama extendió.
Trece reyes su imperio rigieron;
Héroes mil realzaron su honor,
Y engendraron los héroes que altivos
Dieron gloria á Castilla y Leon.
« Corred, corred, briosos, etc. »

Y hoy que viene un villano enemigo
A robaros libertad y honor,
¿En olvido pondréis tantas glorias?
¿Sufriréis tan indigno baldon?
Menos fuerte que el fuerte romano,

Mas que el godo y el árabe atroz,
¿Sufrireis que esclavice la patria,
Que el valor de Pelayo libró?
« Corred, corred, briosos, etc. »

No creais invencibles ni bravos
En la lid á esos bárbaros, no:
Solo en artes malignas son fuertes,
Solo fuertes en dolo y traicion.
Si en Bailen de sus águilas vieron
Humillado el mentido esplendor,
De Valencia escaparon medrosos,
Zaragoza su fama infamó.
« Corred, corred, briosos, etc. »

Alcañiz arrastró sus banderas,
El Alberche su sangre bebió,
Ante el Tórmes cayeron batidos,
Y Aranjuez los llenó de pavor.
Fué la heróica Gerona su oprobio,
Llobregat reprimió su furor,
Y las ondas y muros de Gades
Su sepulcro serán y baldon.
« Corred, corred, briosos, etc. »

Y vosotros de Lena y Miranda,
¿No los visteis huir con terror?
¿Y no visteis que en Grado y Doriga
Su vil sangre los campos regó?
Pues ¿quién hoy vuestra furia detiene?
Pues ¿quién pudo apagar vuestro ardor?
Los que ayer eran flacos, cobardes,
¿Serán fuertes, serán bravos hoy?
« Corred, corred, briosos, etc. »

Cuando os pide el amor sacrificios,
Cuando os pide venganza el honor,
¿Cómo no arde la ira en los pechos?

¿ Quién los brazos nerviosos ató ?
A las armas, valientes astúres,
Empuñadlas con nuevo vigor,
Que otra vez con sus huestes el corso
El solar de Pelayo manchó.
« Corred, corred, briosos,
« Corred á la victoria,
« Y á nueva eterna gloria
« Subid vuestro valor. »

# NOTICIA DE D. GASP. MELCH. DE JOVELLANOS.

Nació D. Baltasar Melchor Gaspar María de Jovellanos (propiamente: Jove Llanos) en 5 de enero de 1744 en la villa de Gijon, principado de Asturias, de una familia solariega y distinguida en aquel principado. Agobiados sus padres con el peso de nueve hijos, cinco varones y cuatro hembras, destinaron á D. Gaspar, como uno de los menores, á la iglesia. Aprendió las primeras letras y latinidad en su patria, la filosofía en la universidad de Oviedo, y los elementos del derecho canónico y civil en la de Avila. Señalándose ya entonces por sus talentos y su aplicacion, fué ordenado de menores, y aun disfrutó algunos beneficios eclesiásticos. Habiendo concluido sus estudios con los grados de bachiller y licenciado en leyes y cánones, fué trasladado á la universidad de Alcalá de Henáres, y provisto de una beca de colegial en el mayor de San Ildefonso. Con este motivo entabló conocimiento con el célebre don Juan Arias de Saavedra, y desde este punto, se entregó don Gaspar á la direccion de aquel insigne varon, obedeciéndole como á padre, con cuyo título y respeto le trató hasta la muerte. Pues como saliese, en fines del año de 1766, á hacer oposicion á la canongía doctoral de la catedral de Tuy, y se detuviese en Madrid á recoger las cartas de recomendacion que consideró necesarias para aquella empresa; estando ya para partir á Galicia, sus amigos y parientes, y especialmente don Juan Arias de Saavedra, procuraron separarle de ella, considerándole mas á propósito para la carrera de toga, y lograron conseguirle, á pesar de su corta edad, en el año de 1767, una plaza de alcalde de la cuadra en la audiencia de Sevilla.

Vuelto antes á Asturias á dar el último abrazo á sus ancianos padres, y provisto por su segundo padre Arias de Saavedra de todo lo necesario para establecer su casa, y aun para vivir con la decencia correspondiente á su clase y destino, partió para Sevilla donde llegó y tomó posesion de su plaza en 1768. Allí se distinguió desde luego por su afabilidad, su humanidad, su elocuencia, su justificacion y su demasiado desinteres. Allí reformó sus estudios, y amplió sus conocimientos, dedicándose en especial con ahinco al estudio de la economía política, aprovechándose de sus viages, de sus relaciones con los mas instruidos políticos de su pais, y de los libros mas escogidos asi de los nacionales como de los extrangeros, principalmente de los Ingleses por cuyo idioma tenia siempre una gran predileccion, para perfeccionarse en aquella ciencia, considerándola única y capaz de formar un sabio magistrado. Promovido á oidor del propio tribunal de Sevilla en 1774, era quien trabajaba en aquel acuerdo los expedientes mas delicados é interesantes; quien extendia los informes al rey y al consejo de Castilla, señalándose entre otros el célebre sobre *Montes pios*; quien tambien se distinguia por su celo y tino entre los individuos de la real sociedad de Amigos del pais que acababa de formarse á esta sazon en aquella ciudad. En suma allí preparó su entendimiento á aquellas tareas que tanta utilidad habian despues de dar á su patria, tanto lustre á las letras, y tanta gloria á su nombre.

En la misma época fué cuando tambien se dedicó á la poesia, dando los primeros pasos en esta carrera con su comedia de *El Delincuente honrado* y su tragedia de *Pelayo*[1], con la traduccion del libro primero de *el Paraiso perdido* de Milton, y con las diferentes poesías que él llamaba sus *Ocios juveniles*. Estos ensayos fueron en parte el fruto que produjo la correspondencia que Jovellanos, ó *Jovino*, como le llamaban con su nombre poético, emprendió en Sevilla con los poetas modernos de Salamanca, en especial con el P. M. Fr. Diego Gonzalez, y por medio de este (como queda dicho en la Noticia de Melendez), con el « dulcísimo Batilo » y Fr. Juan Fernandez, y desde aquel tiempo tenia siempre una particular inclinacion á la poesia, contribuyendo á su reforma y sus progresos en España no poco con su propio ejemplo y todavía mas con sus consejos y su influjo.

Pero en medio de tan útiles y agradables ocupaciones, gozando la general estimacion de todo el pueblo y disfrutando la íntima amistad de los mas distinguidos sevillanos, Jovellanos fué arrancado de aquella ciudad por su nombramiento para alcalde de casa y corte en 1778, y tuvo que volver á los negocios criminales, tan opuestos á su amable carácter, y que tanto aborrecia. Cuando su venida á Madrid, fué indemnizado en parte por el cariñoso acogimiento de sus parientes, por la amistad de tan distinguidos varones, como don Pedro Rodriguez Campomanes y don Francisco Cabarrús, y por nombrarle su individuo los mas ilustrados cuerpos literarios de la corte. Verdad es que los desabridos y frecuentes negocios de la sala de corte le separaron enteramente del trato con las Musas; pero luego que un asunto le condujo á la cartuja del Paular, le acometieron estas ninfas aprovechándose de la soledad y de algun descanso, que le proporcionaba el mismo asunto que le habia llevado á ella. No pudo resistir á sus inspiraciones, y compuso aquella célebre epístola, que dirigió á su compañero Anfriso, ó el señor don Mariano Colon, despues duque de Veraguas. La publicó por primera vez don Antonio Ponz en el tomo X de su *Viage de España*, juzgándola el público como una de las mejores composiciones de aquel siglo.

---

[1] Véase sobre la causa que hubo para escribir allí esos dos dramas, y sus acaecimientos, las *Memorias para la vida de Jovellanos, y Noticias analíticas de sus obras, por D. Juan Agustin Cean Bermudez*. Madrid, 1814. 8º, cap. XVI de la segunda parte ;—y la crítica que hace de ellos con acostumbrado acierto *Martinez de la Rosa* en sus « Obras litérarias, » tom. II, pág. 253-257; y pág. 556-509.

Los parientes y amigos de don Gaspar no podian tolerar que siguiese por mas tiempo en la plaza de alcalde, y solicitaban que cuanto antes se le trasladase á otra del consejo de las órdenes, lo que en efecto consiguieron en el año de 1780. Gozaba Jovellanos grandes satisfacciones y placer en aquella época, desempeñando con gusto y conocimiento los asuntos de su tribunal, y concurriendo á todas las sesiones de la sociedad económica de Madrid, á las de la junta de comercio y moneda, y de las academias de la Lengua castellana, de la Historia, de San Fernando, de Cánones, Liturgia, Historia y Disciplina eclesiástica, y de Derecho público y patrio, á todas cuantas pertenecia, haciéndolo con grande utilidad de estos cuerpos, por las luces que les prestaba para bien de la nacion, y adelantamiento de las ciencias y de las artes. Entre las infinitas tareas que le ocuparon en aquellos diez años, las de mas nombre fueron su *Discurso sobre la necesidad del estudio de la historia para el de la jurisprudencia*, la *Memoria sobre las diversiones públicas* (va impresa en el tomo V de las Memorias de la real academia de la Historia del año de 1817, y separadamente en otro tamaño en Madrid, en casa de Sancha, año de 1812), el *Elogio histórico de las nobles artes españolas*, los dos Elogios de don Ventura Rodriguez y Cárlos III, y sobre todo su *Informe sobre la Ley agraria*, que le ha grangeado un nombre tan respetable en toda Europa. Cuanto á la poesía, fué el año de 1785 para Jovellanos muy divertido con las contiendas literarias que habia en Madrid (de las cuales hemos hablado repetidamente). Materia, á la verdad, fecundísima para un genio festivo como el de nuestro don Gaspar, para una pluma tan feliz como la suya, y para quien manejaba como ninguno la lengua castellana con toda la gracia y chiste que poseia. Compuso pues con este motivo dos romances y una jácara contra Huerta que, sin estar impresos y sin saberse su autor, andaban, como suele decirse, en proverbio entre los sabios y los que no lo eran [1]. Si estas composiciones acreditaban á don Gaspar por uno de los mejores poetas de aquellos tiempos en el género jocoso y festivo, no le corroboran menos en el serio y terrible de Juvenal las dos famosas *sátiras*, que escribió en 1786, y que publicó *el Censor* en los números XCIX y CLV.

---

[1] Véanse las citadas *Memorias de Cean Bermudez*. pág. 295-301.

La situacion próspera y brillante en que se hallaba Jovellanos se anubló de repente en 1790, cuando la desgracia y prision de su amigo el conde de Cabarrús. Entonces la comision que se le habia dado de ir á Asturias á hacer un reconocimiento de las minas de carbon de piedra, y á fundar un instituto científico, se convirtió en un destierro disimulado que duró ocho años continuos. Al cabo de ellos en 1797 fué nombrado embajador á Rusia, y poco despues llamado á Madrid para desempeñar el ministerio de gracia y justicia, en cuyo encargo permaneció poco tiempo. Desde aquí principian las desgracias de Jovellanos, pues aunque algunos las cuentan desde que salió honestamente desterrado á Gijon en 1790, juzgándole infeliz, nunca fué mas dichoso, ni vivió mas contento que en aquella residencia. Los que con buena intencion contribuyeron á arrancarle de ella para elevarle á mas alto y distinguido destino, le precipitaron en la sima de las pesadumbres, de las persecuciones, y de todo género de males que le siguieron hasta la muerte. Pues que, convertida aquella aura de favor en persecucion y encono, no pudiendo menos de chocar la integridad y el patriotismo de Jovellanos con los vicios y la incapacidad del valido, Godoy, y de la corte; no solo fué, despues de haber corrido peligro de vida por haber tentado el valido de envenenarle, en 1798 otra vez y con mas abierta desgracia desterrado á Gijon, sino de allí en 1801 con escandaloso atropellamiento de las leyes y humanidad, sin forma de juicio, sin comunicarle motivo alguno, ni darle tiempo ni medios para su defensa, arrancado y llevado públicamente como reo de estado primero á la cartuja de Mallorca, y despues (en 1802) al castillo de Bellver, donde sufrió durante siete años en estrecha prision todo género de vejaciones. En este estado de privacion y de abatimiento la filosofía y la aficion á las ciencias, bellas artes, y á la poesía le inspiraron á don Gaspar recursos inocentes para hacer mas tolerable tan amarga situacion. Así copió y tradujo algunas obras geométricas de Raymundo Lullio y Juan de Herrera, extendió las descripciones artísticas del castillo de Bellver, de la lonja y de otros edificios de Palma y una carta sobre la arquitectura inglesa y la llamada gótica, y compuso y dirigió á sus amigos Cárlos Gonzalez de Posada y Cean Bermudez las epístolas poéticas sobre *la vida retirada* y sobre *los vanos deseos y estudios de los hombres*.

Pero en 1808, los sucesos de Aranjuez y la caida de Godoy vinieron á trocar enteramente aquella desgraciada situacion. Puesto en libertad, y cuando se disponia á retirarse á su casa en Asturias á descansar de sus trabajos en el seno de su familia, y al frente de su querido instituto, habiendo resistido á las órdenes del intruso José Napoleon, que le llamaban á una de las secretarías de estado, el desamparo en que dejaron á la nacion las violencias francesas, le obligó, por cansadas que fuesen sus fuerzas, á recibir el encargo tan arduo como honorífico de hacer parte de aquella junta central que habia de dirigir los esfuerzos de los españoles en la defensa del trono y de la independencia. Jovellanos fué uno de los que mas se distinguieron en ella por la integridad de su carácter, por la nobleza de sus miras, y por su admirable constancia en los trabajos y peligros de aquella peligrosa estacion; en suma basta decir, que á cuanto se hizo de reprensible y pernicioso, Jovellanos se opuso con todos los medios que se le ofrecian, y cuanto se hizo de bueno, útil, y generoso se le debe á Jovellanos y á sus amigos. En medio de tan arduos é importantes trabajos, y de tan fastidiosas y peligrosas funciones, Jovellanos, inspirado por su ardiente patriotismo, y por la noble indignacion que le causó el ver segunda vez invadido « el solar de Pelayo por los fieros y viles esclavos del tirano de Europa, » no pudo menos de recurrir á la dulce amiga de su juventud, la poesía, para desahogarse de su afliccion, y entonó, cual otro cisne que va á fallecer, aquel enérgico y sonoro *Canto guerrero para los Asturianos*, compuesto de diez estancias, y publicado en el *Semanario patriótico* del año segundo (1809).

La junta terminó sus funciones en la isla de Leon á principios del año de 1810, y Jovellanos se dispuso á volver á su patria para descansar de tantos trabajos y peligros, y para reparar su quebrantada salud. En efecto fueron muchos y amargos los sinsabores que afligieron su tierno corazon en el breve plazo de diez y seis meses en que concurrió al desempeño de sus funciones, pero mayores los que toleró al considerarse envuelto en las calumnias é improperios que levantaron y publicaron los perturbadores de la tranquilidad pública contra todos los diputados de la junta central, luego que los vieron destituidos del mando y gobierno de la nacion, y reducidos algunos á indigencia. En un estado de tanto abatimiento no quedaba otro recurso á este héroe de la patria que huir de un terreno tan ingrato y de la odiosa vista de los mismos que habian sido testigos de su insaciable celo, de su infatigable trabajo, de su desinteres é incorruptibilidad, y del ejercicio de todas las virtudes sociales, y correr á esconderse en la concavidad de los ásperos montes de su pais.

Por eso se embarcó en Cádiz para Asturias; pero, habiéndole arrojado una tempestad á Muros de Noya en Galicia, y estando ocupada Asturias por los franceses, tuvo que detenerse allí mas de un año. Aprovechó el tiempo y vagar que le proporcionaba esta larga residencia en Muros para escribir aquella célebre é importante memoria[1] á sus compatriotas, no tanto para manifestar al público su conducta patriótica y opiniones, cuanto para rebatir las atroces calumnias, divulgadas contra los individuos de la junta central, con documentos incontrastables.

---

[1] Lleva el título: *Don Gaspar de Jovellanos á sus compañeros. Memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la junta central, y se da razon de la conducta y opiniones del autor desde que recobró su libertad. Con notas y apéndices de documentos justificativos.* Coruña, 1811.

Evacuada al fin la provincia de Asturias, pudo verificar su deseo, y entró en Gijon en 6 de agosto de 1811. Recibiéronle allí como en triunfo aclamándole todos su bienhechor y su padre. Dióse al instante á sus ocupaciones favoritas, á restablecer el instituto de sus ruinas, á fomentar todos los objetos de prosperidad general, á sostener y avivar el valor de sus compatriotas en la lucha que aun duraba. Pero los enemigos volvieron á invadir la provincia, y él tuvo que salvarse á toda prisa por mar: y despues de haber sufrido dos borrascas peligrosas, falleció de una aguda pulmonía en el pequeño puerto de Vega, el 27 de noviembre de 1811, á los 66 años de su edad.

Así fué que, como dice don Leandro Fernandez de Moratin, « insultado, proscripto, fugitivo de una á otra parte, anciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el *benemérito escritor de la Ley agraria* un asilo remoto en que poder espirar! » —

« D. Gaspar Melchor de Jovellanos, » dice el mismo con mucha razon, « uno de los mas distinguidos españoles que ilustraron los reinados de Cárlos III y Cárlos IV, literato, anticuario, economista, jurisconsulto, buen poeta, orador elocuente: unió á estas prendas, la amabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. »

De allí es difícil de escribir la vida de tanto varon, sin ser su elogiador, y de desempeñarlo dignamente, sin extender al mismo tiempo la historia de España de aquella época. Nosotros nos hemos visto precisados á cifrarnos aquí en considerarle principalmente por sus relaciones con la poesía, y remitimos por lo restante á las citadas *Memorias de Cean Bermudez* (que tambien á nosotros nos han servido de guia para extender los presentes apuntes biográficos); á las *Noticias históricas de Jovellanos*, por don *Isidoro Antillon* (Palma, 1812, 4°), y, sobre todo, al excelente artículo biográfico de él, extendido en aleman por el señor don *Victor Aimé Huber*, é insertado en *los Contemporáneos* (Zeitgenossen)

---

2 vol. in-4°. Esa es la obra principal de Jovellanos, clásica bajo todos respetos é importantísima para la historia de aquella época. El célebre librero y crítico don *Vicente Salvá* que está preparando una nueva edicion de ella, se expresa así: « Jovellanos hizo casi olvidar todas las producciones que tanta nombradía le habian dado en el mundo literario, cuando publicó *esta memoria*, el último y mas apreciable escrito de su elocuente pluma. En ella se excedió á sí mismo; y no hay uno que deje de confesar leyéndola, que Ciceron no se hubiera valido de otros argumentos, á haberse encargado de semejante causa; ni dado diverso giro al habla castellana, á ser posible que el orador romano la hubiese manejado. »

ó *Almacen biográfico para la historia de nuestro tiempo* (tercera serie, tomo III, cuaderno 4º, pág. 3-66. Lipsia, 1831, 8º).

A mas de las obras ya citadas, dejó un gran número de informes sobre los mas importantes asuntos de economía politica, administracion, instruccion pública, etc.; — discursos pronunciados en varias ocasiones; — memorias académicas; — diarios extendidos en sus viages; — lecciones de filosofía, gramática, retórica, poética, etc. etc.[1] En los años de 1830—1832, se ha publicado en Madrid una *coleccion de varias obras suyas en prosa y verso, adicionada con algunas notas*, por D. Ramon María Cañedo, siete vol. en 4º (los tomos I y VII contienen las poesías, entre las cuales hay algunas publicadas por primera vez; y en el último se halla una « Noticia de los principales hechos de la vida del autor, formada sobre las memorias que escribió para este objeto D. Agustin Cean Bermudez, y otros documentos é informes fidedignos que se tuvieron á la vista. »)

Ya en las poesías líricas que Jovellanos compuso en su juventud, se descubre talento y gusto, aunque escasean de vuelo, ideas originales y de colorido, pues el estilo, no bien formado todavía, es mas bien una prosa noble y culta, que una diccion verdaderamente poética. Pero su *Descripcion del Paular*, y cabalmente sus dos *sátiras* tienen el carácter de verdadera poesía: pinta con los colores mas vivos y adecuados, zahiere con chiste y agudeza, castiga ya con la energía severa de magistrado, ya con la vehemencia de una justa ira, y en la velocidad con que se agolpan las ideas y las palabras, percibimos al punto que es cierto y no fingido el estado de agitacion en que se nos muestra el poeta; en una palabra: *indignatio fecit poetam!* — Es de aqui que un crítico tan fino y severo como *Martinez de la Rosa*, á pesar de algunas imperfecciones que nota, no puede menos de presentar estas sátiras como *dos excelentes modelos*[2].

« Pudieran dolerse las musas, » dice *Quintana*, « de que un escritor dotado de tan ventajosas calidades no se ocupase exclusivamente de ellas. Los géneros nobles y elevados á que él por carácter y estudios propendia, ganáran mucho, sin duda, con su aplicacion á ellos. Pero en las altas y nobles atenciones en que estuvo ocupado sin cesar, no le era posible frecuentar mas el Parnaso, y solo puede considerársele como un ardiente apasionado de los ejercicios de las Musas. A ellas debió su educacion primera; á ellas despues sus mas dulces distracciones; á ellas, en fin, la elegancia y la armonía de su prosa magestuosa y elocuente. »

---

[1] Véase la segunda parte de las referidas *Memorias de Cean Bermudez*, que contiene las noticias analíticas de sus obras tanto impresas como inéditas hasta entonces. — En el *Apéndice* se han agregado algunas poesías de Jovellanos.

[2] Véanse sus *Obras literarias*, tom. I, pág. 351-358.

# POESIAS

DEL

# MAESTRO FRAY DIEGO GONZALEZ.

## *El murciélago alevoso.*

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento
Con gracioso talento
Una tierna cancion; y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fé dudaba,
Con vehemente expresion le encarecia
El fuego que en su casto pecho ardia.
Y estando divertida,
Un murciélago fiero ¡suerte insana!
Entró por la ventana:
Mirta dejó la pluma sorprendida,
Temió, gimió, dió voces, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la cancion, los versos bellos
De borrones llenó, por recogellos.
Y Delio noticioso
Del caso que en su daño habia pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que habia la cancion interrumpido,
Y á su Mirta afligido;
En cólera y furor se consumia,
Y asi al ave funesta maldecia:
¡O monstruo de ave y bruto
Que cifras lo peor de bruto y ave,

Vision nocturna grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fria!
¿Qué tienes tú que hacer donde está el dia?
  Tus obras y figura
Maldigan de comun las otras aves,
Que cánticos süaves
Tributan cada dia á la alba pura;
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y á su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda,
Que á un murciélago vil suceder pueda.
  La lluvia repetida
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan sola reservada
A las noches, se oponga á tu salida;
O el relámpago pronto reluciente
Te ciegue y amedrente;
O soplando del norte recio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.
  La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue inadvertida
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe;
Y al ver que bulle y vive
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.
  Y luego sobrevenga
El jugueton gatillo bullicioso;
Y primero medroso
Al verte, se retire y se contenga,
Y bufe, y se espeluce horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los pies apenas toque al suelo.

Mas luego recobrado,
Y del primer horror convalecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra, observe atento;
Y cada movimiento
Que en tí llegue á notar su perspicacia,
Le provoque al asalto y le dé audacia.
En fin sobre tí venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga;
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces á lo alto.
Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos,
Que á todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que la edad ó la cultura
Nos dan humanidad y mas cordura.
Entre con algazara
La pueril tropa al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oirte chillar, alcen el grito,
Y te llamen *¡maldito!*
Y creyéndote al fin del diablo imágen,
Te abominen, te escupan y te ultrajen.
Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te apliquen candelillas,
Y se rian con duros corazones
De tus gestos y acciones,

Y á tus tristes querellas ponderadas,
Correspondan con fiesta y carcajadas.
Y todos bien armados
De piedras, de navajas, de aguijones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados,
De diversion y fiesta ya rendidos,
Te embistan atrevidos.
Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.
Te puncen y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen.
Y las supersticiones
De las viejas, creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones,
Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo sin cordura,
Que verán en el aire culebrinas
Y otras tristes visiones peregrinas.
Muerto ya, te dispongan
El entierro; te lleven arrastrando,
Gorigori cantando;
Y en dos filas delante se compongan;
Y otras fingiendo voces lastimeras,
Sigan de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso,
Al muladar mas sucio y asqueroso.
Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;

Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

### EPITAFIO.

Aquí yace el murciélago alevoso
Que al sol horrorizó y ahuyentó el dia;
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía.
No sigas, caminante presuroso,
Hasta decir sobre esta losa fria:
« Acontezca tal fin y tal estrella
A aquel que mal hiciere á Mirta bella. »

## *A Melisa.*

Yo ví una fuentecilla
De manantial tan lento y tan escaso,
Que toda el agua pura que encerraba
Pudiera reducilla
Al recinto brevísimo de un vaso.
Del pequeño arroyuelo que formaba,
Por ver en qué paraba,
El curso perezoso fué siguiendo,
Y ví que sin cesar iba creciendo
Con el socorro de agua pasagera,
En tal forma y manera,
Que cuando lo he intentado,
Ya no pude pasar del otro lado.
Yo ví una centellita
Que por caso á mi puerta habia caido,
Y de su pequeñez no haciendo cuento,
Me fuí á dormir sin cuita;
Y estando ya en el sueño sumergido,
A deshoras ¡ ay cielos ! sopla el viento,
Y excita en un momento
Tal incendio, que el humo me dispierta.

La llama se apodera de mi puerta,
Y mis ajuares quema sin tardanza;
Y yo sin esperanza,
Confuso y chamuscado,
Solo pude salir por el tejado.
   Yo ví un vapor ligero,
Que al impulso del sol se levantaba
De la tierra, do apenas sombra hacia.
No hice caso primero,
Mas ví que por momentos se aumentaba;
Y luego cubrió el cielo, robó el dia,
Y al suelo descendia
En gruesos hilos de agua, que inundaron
Mis campos, y las mieses me robaron;
Y á mí que en su socorro fuí á la era,
Me llevó á la ribera,
Do hubiera perecido,
Si no me hubiese de una zarza asido.
   En fin, yo ví en mi pecho
Nacer tu amor, Melisa, y fácil fuera
En el principio haberlo contenido;
Mas poco satisfecho
Con ver su orígen, quise ver cual era
Su fin, y de mi daño no advertido,
Hallo un rio crecido,
Que á toda libertad me corta el paso;
Hallo un voraz incendio en que me abraso;
Hallo una tempestad que me arrebata,
Y de anegarme trata.
¡Ay! ¡con cuánta inclemencia
Cupido castigó mi negligencia!

### *A la quemadura del dedo de Filis.*

   El caso que ha pasádo
Contigo, Fílis bella,
Por mas que tú lo afirmes,
No es fácil que lo crea.

¿Cómo podrá creerse
Tan extraña quimera,
Cual es el que á la nieve
El fuego abrasa y quema?

Pues tanta repugnancia
El caso representa
De que á uno de tus dedos
La llama se le atreva.
Por mas que negra cinta
Le ciñe y le rodea,
Y por la cruz del lazo
Lo jura y lo protesta;
Nunca creeré tal cosa,
Mientras que no te vea
Aprender de tus daños
A ser menos severa
Con los que tus dos ojos
Abrasan y atormentan;
Que semejantes casos
Al mismo Amor enseñan
A templar sus rigores,
Y suavizar sus flechas.
Escucha, Fílis mia,
El caso que se cuenta
Del hijo de la diosa
Que en Pafo y Gnido reina.
Dejando á un lado el arco,
La aljaba y las saetas,
Cogiendo andaba flores
Cupido en una selva;
Vido una fresca rosa
Que la prision estrecha
Del capullo rompia,
Esparciendo bellezas.
Cortóla, y en su centro
Vió una oficiosa abeja,
Que dulce miel libaba,
Y la dorada cera.
Tomóla por las alas
El niño incauto, y ella
El aguijon esgrime
Con tanta violencia,
Que en uno de sus dedos
Clavado se lo deja.
Con el dolor insano
El tierno dios se queja,
Turbando con sus lloros
Los cielos y la tierra.
Volando por los aires
Con voces lastimeras
Fué en busca de su madre:
Y puesto en su presencia,
Con tiernos puchericos
Le cuenta su tragedia.
Mas la prudente diosa,
Entre tierna y risueña,
Le dice: « Aprende, hijo,
« A usar de mas clemencia
« Con los flacos mortales
« Que imperioso atormentas.
« Pues si la leve punta
« De una mosca pequeña
« Te causa tanto daño,
« Que el dolor te enagena;
« ¿Qué sentirán los hombres
« Cuando de tus saetas
« Del duro arco enviadas
« Penetrados se vean? »
Desde entonces Cupido
En su daño escarmienta,
Y hiere menos veces,
O con menos fiereza.
Asi tú, ó mas piadosa
Ya desde hoy te nos muestra
Con los que tus dos ojos
Abrasan y atormentan;
O el caso que ha pasado
Contigo, Fílis bella,
Por mas que tú lo afirmes,
No es fácil que lo crea.

## *Traduccion del cántico* : MAGNIFICAT.

Alaba y engrandece
A su Dios y Señor el alma mia :
Y en mi espíritu crece
El gozo y alegría
En Dios mi Salvador, en quien confia.
Y porque se ha dignado
Mi baja condicion mirar clemente,
Mi nombre celebrado
Será de gente en gente,
Llamándome dichosa eternamente.
El poderoso y pio,
Que santo es su renombre y ornamento,
Ha obrado en favor mio
Maravillas sin cuento,
Que exceden todo humano entendimiento.
Y su grande clemencia
Se extenderá propicia eternamente
A toda descendencia,
Con tal que toda gente
Le doble la rodilla reverente.
De fortaleza y brio
Armó su brazo excelso poderoso,
Y confundió al impío
Soberbio, presuntuoso,
En sus designios vanos orgulloso.
De la encumbrada silla
Derribó al poderoso y engreido,
Y á la plebe sencilla
Del estado abatido
Hasta el solio de gloria le ha subido.
Colmó al necesitado
De bienes soberanos con largueza,
Y al rico confiado
En su falaz riqueza
Dejó vacío en mísera pobreza.
En gracia ha recibido

A Israël, recordando su clemencia:
Como hubo prometido
A la antigua creencia,
A Abrahan, y su larga descendencia.
  Al Padre sea la gloria,
Al Hijo y al Espíritu cantada
En eterna memoria:
Como siempre fué dada,
Y será por los siglos tributada.

# ERRATAS.

| Pág. | Linea. | Dice: | Léase: |
|---|---|---|---|
| 144 | 20 de arriba. | *S*e. | *T*e |
| — | 22 — | | |
| 145 | 3 — | d*e*. | d*o* |
| 158 | 1 — | est*e*. | est*a* |
| 178 | 2 de abajo. | tomo I, p. 316 y sig. y 513. — Tomo II, p. 37 y sig. | tomo I, p. 316 y sig. — Tomo II, p. 37 y sig., y p. 513 |
| 198 | 9 — | romotos. | remotos |
| 217 | 3 — | 87. | 287 |
| 306 | 6 de arriba. | de*l*. | de |
| 354 | 4 — | Déaz. | Díaz |
| 359 | 32 — | y *e*l desaliento. | y *d*el desaliento |
| 370 | 5 de abajo. | consu*m*o. | consu*n*o |
| 384 | 3 de arriba. | *p*olaco. | *P*olaco |
| 392 | 10 de abajo. | *falta al fin el punto.* | |
| 397 | 21 de arriba. | Se*ll*a. | Se*n*a |
| 402 | última de abajo. | lit*é*rarias. | lit*e*rarias |
| — | — — | 556. | 506 |

---

## TOMO II.

| Pág. | Línea. | Col. | Dice: | Léase: |
|---|---|---|---|---|
| 19 | 11 de abajo. | 2 | se entr*o*. | se entr*ó* |
| 32 | 5 — | | L*o* violeta. | L*a* violeta |
| 59 | 16 de arriba. | | *E*l insensible. | *É*l insensible |
| 62 | 4 de abajo. | | *N*o lleguen. | *L*o lleguen |
| 67 | 15 de arriba. | | inmu*d*as. | inmu*n*das |
| 104 | 7 de abajo. | | *R*in. | R*h*in |
| 147 | 18 de arriba. | | f*á*nt*a*stica. | f*a*nt*á*stica |
| 252 | 4 — | 1 | *e*l frente. | *a*l frente |
| 291 | 5 — | | Espa*n*a. | Espa*ñ*a |
| 356 | 4 de abajo. | | Feb*e*. | Feb*o* |
| 376 | 12 de arriba. | | Qu*l*én. | Qu*i*én |
| 410 | 13 — | 1 | pasaste*s*. | pasast*e* |
| 471 | 7 de abajo. | | derramad*o*. | derramado*s* |
| 486 | 8 — | 2 | *N*o. | *Y*o |
| 501 | 9 de arriba. | | *t*e. | *l*e |
| 502 | 11 — | | amad*o*. | amad*a* |

# FLORESTA

DE

# IMAS MODERNAS CASTELLANAS;

Ó

## POESIAS SELECTAS CASTELLANAS

DESDE EL TIEMPO DE IGNACIO DE LUZAN HASTA NUESTROS DIAS,

CON UNA INTRODUCCION HISTÓRICA,

Y CON NOTICIAS BIOGRAFICAS Y CRÍTICAS,

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR FERNANDO JOSÉ WOLF,

SECRETARIO DE LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE VIENA,

Individuo de número de la real Sociedad de la Historia y Lengua danesas de
Copenhague; Correspondiente de la real Academia de la Historia de Madrid,
de la de Ciencias, Artes y Bellas-Letras de Caen, de la real Sociedad
de Anticuarios de Francia, etc.

TOMO SEGUNDO.

PARIS,
A EXPENSAS DE ROHRMANN Y SCHWEIGERD,
LIBREROS DE LA CORTE
EN VIENA.

1837

# FLORESTA

DE

# RIMAS MODERNAS CASTELLANAS.

---

## POESIAS

DE

## D. JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

### VILLANESCAS.

### I.

*Resolucion.*

No de árbol frondoso
La fruta primera
De flor guarnecida
Al alba serena,
Me roba la vista,
Y el alma me lleva,
Cual mi zagalejo
Cuando á hablar me llega.
Díceme, si quiero
A la primavera
Con él desposarme,
Porque su amor vea.
Que sí : responderle,
Me causa vergüenza;
Que no : replicarle,
Me da mayor pena.
Pues un sí, y mil síes,
A la vez primera
Que vuelva á decirlo,
Le doy por respuesta.

## II.

### *Dones sencillos.*

Dos tórtolas tiernas,
Que Alexi en un nido
Se encontró á la aurora,
Me regaló fino.
De miel una orzuela
Yo en pago le envio,
Y mas si tuviera
Presentes mas ricos;
Que el panal mas dulce
Para el gusto mio
Solo es ver el rostro
De mí pastorcillo:
Y mas cuando ufano
Me da un canastillo
De frescas manzanas,
Llenas de rocío.
Luego que en mis brazos
Ve que lo he cogido,
Se rie, y me dice...
Mas no, no lo digo.

## III.

### *Fuego amoroso.*

Mañanita alegre
Del señor san Juan,
Al pie de la fuente
Del rojo arenal,
Con un liston verde
Que eché por sedal,
Y un alfiler corvo
Me puse á pescar.
Llegóse al estanque
Mi tierno zagal,
Y en estas palabras
Me empezó á burlar:
Cruel pastorcilla,
¿Dónde pez habrá
Que á tan dulce muerte
No quiera llegar?
Yo así de él, y dije:
¿Tú tambien querrás?
Y este pececillo
No, no se me irá.

## IV.

### *La llama del amor.*

Ya de mis zagales
El canto sonoro,
Y entre ellos las voces
De mi zagal oigo.
Las yuntas cansadas
Tornan al reposo,
Puesto el lucio arado
Sobre el yugo corvo:

La sombra extendida
Del traspuesto Apolo
Cubre las montañas
Con pie presuroso.
Mas la llama ardiente
De mi amor fogoso
Ni cesar la advierto,
Ni menguar la noto.

### V.

### *Los brazos de Alexis.*

¿Qué fuerza, mi madre,
Los brazos tendrán,
Los brazos de Alexis,
Pequeño zagal?
Que ayer al descuido,
Al ir á pasar
Un sendero angosto,
Me llegó á abrazar.
Y yo desde entonces
Con fuego abrasar
Me siento, aunque el simple
No lo hizo por mal.
Ya del zagalejo
Me quiero vengar;
Ya me compadezco
Del tierno rapaz;
Ya sufrir no puedo
La llama voraz,
Y ora en este fuego
Me quiero abrasar.

### VI.

### *El consejo.*

Mi abuela me dice
Que si me enamoro
Tendré grandes iras,
Pesares y enojos.
Que amor es un fuego,
A cuyo ardor solo
Nadie fijó lindes,
Nadie puso coto.
Mas la buena vieja
Yo creo que chocho
Tiene ya el sentido,
Como el gusto boto.
Pues si con mi Alexi
De amor ciego y loco
Traviesa yo huelgo,
Festiva retozo;
Toda la vehemencia
Del amor fogoso
Que se aplaca siento,
Que se endulza noto.

### VII.

### *El premio de amor.*

Mi florido huerto,
Por mí cultivado,

Ser testigo suele
Del pastor que yo amo.
La primer manzana,
Que aun no se ha pintado,
Será solamente
De mi enamorado;
Aunque para el gusto
Del zagal lozano
Mas bellas manzanas
Yo conservo y guardo.
Dárselas he en premio,
Dárselas he en pago
De lo atento y fino,
Que se me ha mostrado.

## VIII.

### *De un regalillo.*

Yo no sé con que haga
A mi bello Adónis
Un gentil regalo,
Que á mi amor le torne.
Bien quisiera hacerle
Presente conforme
Al gusto del que ama
Con prendas tan nobles.
El queso, las natas,
La miel y otros dones
Que el campo produce,
Le causan ardores.
Mas ya se me ocurre
Darle hoy diez limones,
Y otros diez mañana,
Que el ardor le corten.
Que si tal vez fiebre
Padece de amores,
Para refrescarle
No creo le sobren.

## IX.

### *La palomita.*

« Una paloma blanca
« Como la nieve,
« Me ha picado en el alma:
« Mucho me duele. »
Dulce paloma,
¿Cómo pretendes
Herir el alma
De quien te quiere?
Tu pico hermoso
Brindó placeres;
Pero en mi pecho
Picó cual sierpe.
Pues díme, ingrata,
¿Porqué pretendes
Volverme males,
Dándote bienes?
¡Ay! nadie fie
De aves aleves;
Que á aquel que halagan,
Mucho mas hieren.
« Una paloma blanca
« Como la nieve,
« Me ha picado en el alma:
« Mucho me duele. »

## LETRILLAS PASTORILES.

### I.

« Ni tú quitarme puedes,
« Ni yo á mi rabel,
« Decir, zagal, verdades
« Que sabe el Zurguen. »
Cantar á la aurora
Que alegra el oriente,
El agua sonora
Que rie en la fuente,
La rosa luciente
Reina del vergel;
« Ni tú quitarme puedes,
« Ni yo á mi rabel. »
Asi que el despejo,
Belleza y agrado,
De quien es espejo
El cielo y el prado,
Cantar no es vedado
A cuantos lo ven;
« Que son, zagal, verdades
« Que sabe el Zurguen. »
Decir que en tí vive
La vega florida,
Yerba y flor recibe,
Toma aliento y vida,
Que dejas vencida
La gala al clavel;
« Ni tú privarme puedes,
« Ni yo á mi rabel. »
Que al baile por verte
Van muchas pastoras,
Firmes en quererte,
Mas bellas que auroras,
Con voces sonoras
Te canto, mi bien;
« Que son, zagal, verdades
« Que sabe el Zurguen. »

### II.

« Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.»
Galan de mis ojos,
Si á Miranda vas,
Seis claveles rojos
De allá me traerás;
Esto y nada mas
Tu Elisa te manda.
« Anda, mi zagal, anda,
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.»
Mucho hay que entender
En esto de flores;
Pues suele escoger
Tal vez las peores,
Quien tras las mejores
Audaz se desmanda.
« Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.»
En Miranda, dicen,
Que se aprende á amar;
Y otros lo desdicen,
Con me replicar,
Que en cualquier lugar

Amor triunfa y manda.
« Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.»
La fuente y la flor,
El bosque y el prado,
Dicen que de amor
Allí está tocado.
¡Y á mí no me es dado
El ir á Miranda!
« Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.»

## III.

En la floresta un pastor
Su amor á Silvia contaba;
Pero ella le preguntaba:
« ¿Qué pajarito es Amor? »
Él la dice: Silvia hermosa,
Desde el punto que te ví,
En el corazon sentí
Una flecha rigorosa:
Dicen que un niño traidor
Me la arrojó de su aljaba;
Mas ella le preguntaba:
« ¿Qué pajarito es Amor? »
Él dice: aunque por los ojos
Me ha entrado este crudo mal,
Yo jamas sentí otro tal,
Ni que me dé mas enojos:
Cuentan, que aqueste dolor
Clori á su zagal curaba;
Mas ella le replicaba:
« ¿Qué pajarito es Amor? »
Él dice: si tú gustaras,
Diérasme un remedio sano,
Tan solo con que tu mano
Al corazon me aplicaras:
Pero si usas de rigor
Verás que tu Elisio acaba;
Mas ella le importunaba:
« ¿Qué pajarito es Amor? »

## IV.

### *La rosa de abril.*

Zagalas del valle,
Que al prado venís,
A tejer guirnaldas
De rosa y jazmin,
Parad en buen hora;
Y al lado de mí
Mirad mas florida
« La rosa de abril. »
Su sien coronada
De fresco alelí
Excede á la aurora
Que empieza á reir;
Y mas si en sus ojos,
Llorando por mí,
Sus perlas asoma
« La rosa de abril. »
Veis allí la fuente,
Veis el prado aquí

Do la vez primera
Sus luceros ví :
Y aunque de sus ojos
Yo el cautivo fuí,
Su dueño me llama
« La rosa de abril. »
La dije : *¿me amas?*
Díjome ella, *sí;*
Y porque lo crea,
Me dió abrazos mil :
El Amor de envidia
Cayó muerto allí,
Viendo cual me amaba
« La rosa de abril. »
De mi rabel dulce
El eco sutil
Un tiempo escucharon
Londra y colorin :
Que nadie mas que ellos
Me oyera, entendí;
Y oyéndome estaba
« La rosa de abril. »
En mi blanda lira
Me puse á esculpir
Su hermoso retrato
De nieve y carmin;
Pero ella me dijo :
*Mira el tuyo aquí;*
Y el pecho mostróme
« La rosa de abril. »
El rosado aliento
Que yo á percibir
Llegué de sus labios
Me saca de mí :
Bálsamo de Arabia,
Y olor de jazmin,
Excede en fragancia
« La rosa de abril. »
El grato mirar,
El dulce reir,
Con que ella dos almas
Ha sabido unir;
No el hijo de Vénus
Lo sabe decir,
Sino aquel que goza
« La rosa de abril. »

## ROMANCES.

### I.

### *El ramo de la mañana de san Juan.*

La mañana de san Juan,
Cuando á los alegres campos
A coger verbena y flores
Salen los enamorados;
Entonces, cuando el lucero
Del alba sale bailando,
Delante la deseada
Aurora mayor del año;

Toma á bien que en tu ventana
Te ponga, zagala, el ramo,
Ramo que en el Val de Otea
Mis niñeces cultivaron.
Tómalo á bien, mi señora;
Recíbelo de buen grado,
La vista pon en sus hojas,
Y á la sombra de él sentaos.
Primicia de mis amores,
De tu gran belleza lauro,
Regocijo de tu calle,
De tu mirador ornato.
Si te parece va pobre
De flores y hermosos lazos,
Arrímale á tu hermosura,
Y será el mas adornado.
Tome él, como yo lo hiciera,
Los claveles de tus labios,
La azucena de tu frente,
Los jazmines de tus manos.
Entre sus hojas reciba
El rocío nacarado
De tu aliento, y la fragancia
De tu pecho soberano.
Que yo, zagala, le juro,
Que él será rey de los ramos,
A quien salva harán rendidos
Ruiseñores soberanos.
Los que por mi mal te adoran
Con placer le irán mirando;
Y las que no te compiten
Lo verán con sobresalto.
Y yo, zagala, á su dicha,
Esta letra iré cantando;
Que por si no la escuchabas
Te la puse al pie del ramo:
¡Qué florido estais!
¡Qué dicha teneis,

« Ramito de flores
« De mi dulce bien! »
Decid á la rosa
De tan feliz ramo:
Es solo la hermosa
Ventura que yo amo,
Y el dulce reclamo
Del niño Amor es.
« Ramito de flores
« De mi dulce bien. »

## II.

### *La fina satisfaccion.*

Guárdete Dios, zagaleja,
De los mis ojos aurora,
Deidad del zagal Arcadio,
Y de sus corderos gloria.
¡O cuán galana á mis ojos
Eres, mi dulce pastora!
¿De dó vienes tan ufana?
¿De dó sales tan graciosa?
Tus ojos despiden rayos,
Vierte dulce miel tu boca,
Tu seno vence la nieve,
Tus plantas producen rosas.
¡Ay! ¡cómo no puede Arcadio,
Aunque asaz fino te adora,
Corresponder al amor
Con que tú muy mas le adoras!
Tus cabellos oro esparcen,
Tu frente el alba me asoma,
Tus mejillas me dan flores;
Tus labios me dan aljófar.
¿Sabes tú cuán dulce le amas?
¿O cuán tierna le enamoras?
¿Con cuáles luces le miras?

¿Con cuáles gracias le arrobas?
Asi dijo amante Arcadio,
En el dia de sus bodas,
A Amarilis que le escucha
Con aquel pudor de novia:
Bien sé que tu amor no pago;
Pero yo bien sé, pastora,
Que dejaré por tus brazos
Del orbe toda la pompa.
Y asi déjame, zagala,
Que en sazon tan amorosa
Te pague cuanto me quieres
Con un beso de mi boca.

## III.

### *La advertencia.*

Quince años tienes, zagala,
Y aun dudo si son cumplidos:
Flor de hermosura, bien digna
De mas honesto retiro.
No ha mucho que te creia
Palomita, que del nido
Aun no sale temerosa,
Besando el materno pico.
Y ya á cuantos ves los quieres:
Como si fuera lo mismo
Solicitar tú á los quince,
Que otras á los veinticinco.
La flor que á abrirse comienza,
Estima el boton nativo,
Mas que la atrevida mano,
Que la arrancó del espino.
Con las pastoras de treinta
Que aman falaces caminos,
En la mitad de su edad
Usas de afeites fingidos.

¡Oh! guárdate; que te llevan
A dar en un precipicio
De dulce entrada, y salida
Mas amarga que torvisco!
Encontrarás mil pastores
En las palabras muy finos;
Mas de tan dañados pechos
Como el áspid vengativo.
Perseguiránte cual lobos
De ovejas blancas vestidos;
Hasta robarte la prenda
Que guardar no habrás sabido.
Harto te he dicho, zagala,
Si quien te dió tan divino
Rostro, te dió entendimiento
Para estimar mis avisos.
Asi á una simple serrana
Requirió Delio al oido;
Y al ver que el rostro apartaba,
Con mas blandura la dijo:
No fies de los hombres,
Niña, no fies;
« Que llorarás un tiempo
« Lo que ahora ries. »
La flor de tus años,
Graciosa Lisarda,
Como el oro guarda
De amantes extraños:
No de sus engaños
Tu candor confies;
« Que llorarás un tiempo
« Lo que ahora ries. »
Tu bien va contigo,
Échale mil llaves;
Si guardarlo sabes,
Yo seré tu amigo:
Mas no á lo que digo
El rostro desvies.

« Que llorarás un tiempo
« Lo que ahora ries. »

## CANTILENAS.

### I.

Ya la rosada aurora
Por el balcon de oriente
Descubre de su frente
La vista encantadora.
De un nuevo arrebol dora
Su azul celeste manto;
Y el viso de su coche
Ahuyenta de la noche
El adormido espanto.
Hurta á la luna el oro,
Y á los astros sus brillos;
Mil salvas le hace el coro
De pájaros sencillos.
Con blandos cefirillos
El prado en perlas cuaja
Y entolda de jazmines;
Y á abrir las flores baja
De todos los jardines.
El blando movimiento
De sus rubios candores
En luces baña el viento,
Y en bálsamo las flores.
Los dulces amadores
En llanto enterneciendo;
Y al pecho duro haciendo
Mas blando y amoroso:
Tú, Alexi, desdeñoso,
Aprende de la aurora
Cual los otros amantes;
Y mira como llora
Aljófares brillantes
En lágrimas deshechos
De sus cándidos pechos.
Mas si amas mas despojos
Ven, mírate en mis ojos,
Veráslos perlas hechos.

### II.

Ven, ven, Filena mia,
Que ya se pasó el dia;
Ven, ven á mi cabaña,
Que de Aquilon la saña
Mil hielos nos envia.
Ven, ven, que los pastores
Sus hatos recogieron,
Y á descansar se fueron
Con sus zagalas bellas.
Ven, ven, sigue mis huellas;
Ven, llégate á mis brazos,
Donde en sabrosos lazos
Será mi amor eterno;
Y acabará el infierno,
En que mi pecho pena
Desde zagal muy tierno:
Si noche tan serena
Amor nos ha dispuesto,
Llega á mis brazos presto,
Llega, llega, Filena,
Llega, y cante otro el resto
De aquesta cantilena.

### III.

Un colorin hermoso
Que en torno revolaba
De un arrayan frondoso,
Donde mi amante estaba
Dormida en dulce sueño,
Luego que de mi dueño
Sintió la compañía,
Un punto no queria
Partirse de su lado;
Y asi regocijado
Dulce la saludaba,
Y halagos mil la hacia.
Ya en su halda se ponia,
Ya de ella se apartaba;
A su seno volvia,
Y en su mano posaba;
Ya esforzando su acento,
Segun dulce trinaba
Parece que contaba
A mi bien su contento
No lejos de su oido:
Mas ella con el ruido
Abrió sus ojos bellos,
Y el pájaro que de ellos
La hermosa lumbre vido,
Cayó en su falda herido.

## ANACREONTICAS.

### I.

Siendo yo niño tierno
Iba cogiendo flores
Con otra tierna niña
Por un ameno bosque:
Cuando sobre unos mirtos
Ví al teyo Anacreonte,
Que á Vénus le cantaba
Dulcísimas canciones.
Voyme al viejo y le digo:
Padre, deje que toque
Ese rabel que tiene,
Que me gustan sus sones.
Paró su canto el viejo,
Afable sonrïóse;
Cogióme entre sus brazos,
Y allí mil besos dióme.
Al fin me dió su lira:
Toquéla, y desde entonces
Mi blanda musa solo,
Solo me inspira amores.

### II.

Cortó un cabello Nise
De sus doradas trenzas;
Y con él ambas manos
Me ligaba halagüeña.
Yo me reí, creyendo
Que fácil cosa fuera
Quebrantar las lazadas
Con que amarrarme intenta.
Mas despues lloré triste,
Cuando al querer romperlas,
Aquel blando cabello
Le hallé dura cadena.

### III.

Debajo de aquel árbol
De ramas bulliciosas,
Donde las auras suenan,
Donde el favonio sopla;
Donde sabrosos trinos
El ruiseñor entona,
Y entre guijuelas rie
La fuente sonorosa,
La mesa, o Nise, ponme
Sobre las frescas rosas,
Y de sabroso vino
Llena, llena la copa.
Y bebamos alegres
Brindando en sed beoda
Sin penas, sin cuidados,
Sin sustos, sin congojas;
Y deja que en la corte,
Los grandes en buen hora,
De adulacion servidos,
Con mil cuidados coman.

### IV.

Batilo, échame vino,
Llena el vaso, muchacho:
Mira que no le llenas,
Échale hasta colmarlo.
Echa otra vez; pues este
Lo mismo que el pasado
De un sorbo le he bebido;
Con la misma sed me hallo.
Échame otra vez, que este
Le consumí de un trago:
Que ó bien mi sed es mucha,
O me han mudado el vaso.
Otra vez echa, ¡ ay cosa!
Que en el vaso que acabo,
El anterior, y el otro,
Efecto no he encontrado.
Pues echa este, otro, y otro,
Y hasta mil sin contarlos;
Porque ó mi sed es mucha,
O me han trocado el vaso.

### V.

Bebe, bebe, mi Nise:
Come, muchacha, come:
Porque sin Baco y Céres
Se hielan los amores.
Llena, llena la copa
De los dulces licores
Que el alma nos alegren,
Que el seso nos trastornen.
Come, come, no ceses:
Bebe, bebe, no aflojes;
Los vinos se varien,
Los manjares se doblen.
Bebe esta copa y otra,
Y otra, y otra, que entonces
Verás hervir tu pecho
De amorosos ardores.
Y que sin recatarse
Se unen los corazones,
Se doblan los abrazos,
Y excitan los amores.

### VI.

Corte, corte en buen hora
El guerrero invencible
Laureles, que en su frente
Su esfuerzo y gloria indiquen.
Y á mí, muchacho, solo,
Solo córtame vides;
Y de sus frescas hojas
Mis rubias sienes ciñe.
Que esto á mí me es muy propio,
Que á Baco sirvo humilde,
Que me armo de su copa,
Y triunfo con sus bríndis.

## POESIAS JOCOSAS.

### EPIGRAMAS.

### I.

Preguntó á su esposo Irene:
Blas mio, cuando te ausentas,
Sin que tú me dejes rentas,
¿Qué dirás que me mantiene?
No lo sé, respondió Blas;
Y ella le dijo: inocente,
Mira un espejo de frente,
Quizá en él lo advertirás.

### II.

Cediendo un dia un señor
A mi Ines el quitallueve,
La dijo de buen humor:
¡Jesus, muchacha, qué breve
Es en sus versos tu amor!
Díjole ella: Cual el oro,
Señor, en poco lugar
Encierra mucho tesoro;
Tal es el númen que adoro,
Y usía ha de perdonar.

## III.

Tocando ayer Luisa un pito,
¿Qué avisas, dí, la pregunto?
Y dijo un su pagecito:
Es que está un pájaro á punto
De caer en el garlito.
Ella lo fué á desplumar,
Que era un pichon delicado,
Criado en buen palomar;
Y apenas lo hubo pelado,
Volvió su pito á tocar.

## IV.

A solas en su aposento
Preguntó Blas á Gregoria,
¿Qué cosa á tu pensamiento
Le causa mayor contento,
Y mas gusto á tu memoria?
Ella toda se reia,
Sin dejarle de mirar,
Y halagüeña respondia:
Bobon, yo te lo diria;
Pero voyme á merendar.

## V.

Conmigo Ines se jugaba,
Y viendo yo que indecisa
En decir su amor estaba,
Decíala: Ines, acaba:
¿Qué temes, qué estás remisa?
No, Pepe, dijo, que eso es
Dar poco indicio de casta;
Y yo dije: basta, basta,
Ya estás entendida, Ines.

## VI.

Amaba el bien de la tierra
Un cirujano piadoso,
Y en rezar se halló dudoso,
Si por la paz, ó la guerra.
Mas al ver las ocasiones
Que le dan Vénus y Marte,
De hacer lucrativo su arte,
Salió de estas confusiones.

## VII.

Por enero Ines se halló,
De su faldon en lo interno,
Una pulga, y exclamó:
¡Qué, aun hay pulgas en invierno!
Blas asiéndola la mano:
No extrañes, niña, el encuentro.
La dijo: porque ahí adentro,
Yo apostaré á que es verano.

## VIII.

Dijo Paula á su velado:
Si visto con tal primor,
Echo mano del valor
Del dote que yo he llevado.
Él la replicó: ¿Eso sabes?
Yo cerraré bien el cofre;
Y ella dijo: ¡ Ay pobre Onofre!
Lo que me sobran son llaves.

## IX.

Motejaron á un soldado
De que con impropio alarde

Seguia á Vénus cobarde,
Mas que al fiero Marte osado :
  Él replicó : ¡Linda charla!
Antes obro muy prudente,
Pues Vénus sabe hacer gente,
Y Marte solo quitarla.

## X.

  Fingí quitarle á Leonor
Un anillito de un dedo,
Y gritóme : Estáte quedo...
¡Qué hombre tan enredador!
  Saqué yo otro singular,
Y á su dedo lo aplico;
Y entonces dijo : asi, ¡ay chico !
Yo te dejaré enredar.

## XI.

  Al bosque fué Ines por rosas
Una mañana de mayo ;
Cogióla un cierto desmayo,
Divertida en ciertas cosas :
  ¿Qué desmayo este seria?
Juguete acaso de amores;
Y es que cuando fué por flores,
Perdió la que ella tenia.

## XII.

  Díjome Ines : Esta tarde
Se va á Toro mi marido;
Yo la dije comedido,
Dios de ladrones le guarde.
  Ella se empezó á reir,
Como que no la entendia :
Ahora bien, ¿qué me queria
La taimada Ines decir?

## LETRILLAS SATIRICAS.

### I.

Mi númen parlero,
Al son del pandero,
Produjo este tono
De estilo asaz mono
Que siempre repito:
« ¡Mira qué bonito! »
Amiga Quiteria,
Sabrás que esta feria,
Mi cortejo amado
De cristal dorado
Me regaló un pito:
« ¡Mira qué bonito! »
Ayer don Mateo
Yendo de paseo
Me quitó el bonete:
Y me dió un billete
Con su sobrescrito:
« ¡Mira qué bonito! »
Estando en visita
Con doña Pepita,
Este alfiletero
Me dió el compañero
Del monge Benito.
« ¡Mira qué bonito! »
Ya sabes que viejos
Tuve seis cortejos;
Mas de ellos cansada
Solo estoy prendada
De don Agapito:
« ¡Mira qué bonito! »
Sabrás que don Diego
Viéndome en el juego,
Como es tan garboso
Me dió este donoso
Faldero perrito:
« ¡Mira qué bonito! »
Una tarde fresca
Estando de gresca
Con don Fructuoso,
A mi caro esposo
Le hicimos cabrito:
« ¡Mira qué bonito! »

### II.

Señor de encomienda,
Que no recomiendo,
« A otro se las venda,
« No á mí que las vendo. »
Hidalgo de á marca
Por papelería,
Que en genealogía
Mil padres abarca,
A Heródes Tetrarca
Su raiz haciendo:
« A otro se las venda,
« No á mí que las vendo. »
Pedantes visitas
De erudito vario,
Que en un diccionario
Se entro de patitas,
Y alzara mil gritas
Sobre la voz *cuendo*:
« A otro se las venda,
« No á mí que las vendo. »
Consejo maduro
De algun calvo verde,
Que si el pelo pierde,
No pierde lo oscuro
Del unto venturo
Que lo irá tiñendo:

« A otro se las venda,
« No á mí que las vendo. »
Decir que al Parnaso
Va sutil poeta,
Y sigue cometa
El vuelo al Pegaso,
Y en el éter raso
Gira con estruendo:
« A otro se las venda,
« No á mí que las vendo. »

## III.

Cada dia este mi númen
Sale con su extraordinario:
« ¡Canario! »
Al son de mi castañuela,
Mas que una pascua contento,
Diré verdades sin cuento,
Que mi gaznate no cuela;
De hablar clarito en la escuela,
Soy pájaro voluntario:
« ¡Canario! »
Yo sé que antes solian ser
Indios bravos los que amaban,
Con un vidrio se engañaban,
Prendiólos un alfiler;
Y hoy un hombre ha menester
Para preludio un erario:
« ¡Canario! »
Mirando á cierta ventana,
Que juzgué recoleccion,
Ví una Tais tras el doblon,
Mas que la antigua liviana,
Que el beso de paz ufana
Da, si hay oro, á su contrario:
« ¡Canario! »
Bien sé yo quien se embelesa,
Y en amor corre, ó recula,
Hablando á un mozo de mula,
La que con torno, ó con rueca,
Sino en San Fernando, en Meca,

Debiera ganar salario:
« ¡Canario! »
Yo, en fin, no sé qué remiendo
A este desbarate le eche,
Ni acierto con qué escabeche,
En sazon se irá poniendo;
El pago que da, sí entiendo,
A quien le sigue ordinario:
« ¡Canario! »

## IV.

De que el señor cura tenga
Por ama una moza alegre,
Siendo mejor una vieja,
Para que su ajuar gobierne:
« ¿Qué se infiere? »
De que tan caritativo
El otro esposo se muestre,
Que á cuantos van á su casa
Cortés á todos la ofrese:
« ¿Qué se infiere? »
De que los padres maestros
A predicar se presenten,
Citando autores gentiles
Para instruir á las gentes:
« ¿Qué se infiere? »
De que en casa del letrado
Se mantenga mas la gente
Con el buen parecer de ella,
Que no con sus pareceres:
« ¿Qué se infiere? »
De que una niña se ponga
Opilada algunos meses,
Y nunca de nueve pase,
Y siempre á los nueve llegue:
« ¿Qué se infiere? »
De que el sastre á su muger

Diga que faltan quehaceres,
Y que busque ella por sí
Modo para mantenerle:
« ¿Qué se infiere? »
De que haya tantos asuntos
De que habla bajo la gente,
Y siendo justificados,
Ninguno alzar la voz quiere:
« ¿Qué se infiere? »

## V.

Caiga el que caiga, y si el númen
Hoy su látigo enarbola,
« Ruede la bola. »
Una bola es este mundo,
Que harta está de mal rodar,
Y los dos hemos de andar
A túndame que te tundo:
Si digo lo que en profundo
Silencio tiene mi chola,
« Ruede la bola. »
Si un tonto debe gozar
De la tierra la abundancia,
Y en partos de su arrogancia
Sus productos disipar;
Y el pobre en brazos quedar
Del hambre pálida y sola,
« Ruede la bola. »
Ver que un don Lindo soldado,
Olvidado del valor
Del gótico pundonor,
Y el español desenfado,
El rostro, ropa y peinado,
Riza, pule y arrebola,
« Ruede la bola. »
Que un don Trasgo revoltoso,
Sin quien le tire la rienda,

Se porte en toda contienda
Lenguaraz y sedicioso,
Sin que el juez de temeroso
Se atreva á su camisola,
« Ruede la bola. »
Que yo piense en reprender
Cosas que exceden mi brio,
Sin temer el númen mio
Lo mal que lo puede haber;
Pues no me hacen recoger
Entre las piernas la cola,
« Ruede la bola. »

## VI.

Con mas sabrosito humor
Empiezo hoy mi escarapela :
« ¡ Canela ! »
Lo que hable la lengua mia
A ninguno ha de amargar,
Que bien he de sazonar
Todo mi plato este dia ;
Será dulce especería
La que mi mortero muela :
« ¡ Canela ! »
Placer es vér retocada
La que es pasa como guinda,
A poder de polvos linda,
A fuerza de untos rosada,
Cuando no hay en su quijada
Memoria de que hubo muela :
« ¡ Canela ! »
Gusto es ver cuan poco escasa
Tais es en baile y meneo,
Que á medirlo su deseo
No tuviera fin ni tasa ;
Y si ha de barrer la casa,
Necesita tanta espuela :
« ¡ Canela ! »

Rio en ver que otra en quince años
Siempre está, y busca mancebos
Los mas implumes y nuevos,
Que han de pelar sus engaños;
Y aunque cañones extraños
Crien, ella al fin los pela:
« ¡Canela! »
Mas esto, vaya cual vaya,
¿A mí en ello qué me va?
Antes bien, quien zurre habrá
A aquel que en zurrar se ensaya,
Haciéndole que esté á raya,
Y la cabeza le duela:
« ¡Canela! »

### VII.

Que quiera que yo haga cuenta
Que única en amarme ha sido,
La que el corazon partido
Tiene (no es mucho) en ochenta;
Y que intente que mi renta
En sus caprichos se apoque,
« No hay emboque. »
Que quiera el otro ermitaño
Vivir eterno holgazan,
Y de mi bolsillo y pan
Mantenerse todo el año,
Porque me libre del daño
De peste el señor san Roque,
« No hay emboque. »
Que presuma de mi Ines,
Por ser muchacha bien quista,
Que la mantenga y la vista
De la cabeza á los pies,
Y vivir del interes
Sin que á sus faldas la toque,
« No hay emboque. »

Que pretenda el otro ganso
Que salió el barrio á correr,
Mientras quedó su muger
Con don Narciso en descanso,
Que yo no le llame manso,
Porque trae daga y estoque,
« No hay emboque. »
Que Beatriz, hasta los huesos
El mal humor la ha pasado,
Piense que yo enamorado
Gaste en servirla mil pesos,
Por mas que con mil excesos
A liviandad me provoque,
« No hay emboque. »
Que quieran que las hazañas
Cante del Cid Campeador;
Y conociendo mejor
De los viciosos las mañas,
Me digan que estas patrañas
En mis versos no las toque,
« No hay emboque. »

# NOTICIA DE D. JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

Nació en Salamanca por los años de 1758. Allí hizo tambien sus estudios en humanidades y teologia, y cultivó con su amigo Melendez y otros jóvenes distinguidos y compañeros suyos en aquella entonces célebre universidad la poesía, y en especial la poesía satírica y juguetona, para la cual tenia sin duda un talento eminente. Estudió casi exclusivamente los poetas antiguos españoles, cabalmente Balbuena y Quevedo, que leia, copiaba, y aun desmenuzaba para aprovecharse de sus fragmentos; asi que, algunas de sus odas, y la mayor parte de sus villanescas, de sus églogas y de sus idilios no son mas que centones de versos de diferentes poetas antiguos, pero combinados de manera que lo raro y extraño de la ejecucion no perjudica á la sencillez del pensamiento principal, ni á la regularidad del todo.

Nombrado párroco de dos lugares del obispado de Salamanca, sus feligreses le amaron por su carácter bondadoso y benéfico, y le respetaron por la suavidad y circunspeccion de sus costumbres.

Desde que fué llamado á este augusto ministerio abandonó el género satírico y picante que habia cultivado en su juventud, y se ensayó, pero no con igual éxito, en lo serio y sublime. Asi publicó un año antes de morir un *Poema didáctico sobre la Teología,* recomendable por la poesía de estilo y por la pureza de lenguaje, pero casi ya echado en olvido, al paso que sus epigramas y sus letrillas satíricas corren por las manos de todo el mundo y le han hecho un nombre tan conocido y tan clásico!

Murió en Salamanca á los treinta y ocho años de su edad, el dia 26 de agosto de 1791, despues de una enfermedad molestísima, en que manifestó su resignacion y serenidad.

Sus poesías salieron á luz la primera vez siete años despues de su muerte (1798), en Salamanca, en 2 vol. en 8°, y van reimpresas hartas veces (la mejor edicion es la de Barcelona del año de 1820, 2 vol. en 8°, con retrato y ocho láminas finas, de la cual está copiada la de Paris del año de 1821, 2 vol. en 12° [1].)

---

[1] Está publicándose, segun entendemos, en Madrid una nueva edicion *en la que nada absolutamente se ha suprimido*; constará de dos tomos en 8°.

De lo dicho se puede inferir que el mérito principal de Iglesias se cifra en las poesías de su juventud, y particularmente en sus epigramas y letrillas satíricas. En estas brillan su genio festivo, su donaire y su agudeza, y ellas serán apreciadas lo que durare la habla castellana, por ser del todo nacionales en las formas, eminentemente puras en la diccion y castizas en las frases, palabras y modismos, en suma un vero manantial de la inagotable riqueza de la lengua castellana en sales y chistes. Es lástima que le faltó estar en un teatro mayor para dar mas extension á sus miras y poder tender su azote sobre vicios y defectos, que en el retiro en que vivia no podia conocer ni adivinar, y que el estrecho círculo de sus estudios limitó el caudal de sus pensamientos y de sus medios. Con todo eso, « en la poesía satírica y juguetona á nadie cede, » segun dice *Quintana*, « sino á Quevedo, del cual, si á la verdad no tiene el raudal ni la vivacidad, tampoco presenta el mal gusto y las extravagancias. »

# POESIAS

DE

# D. JUAN PABLO FORNER.

## ODA.

### *A don Pedro Estala.*

Damon, ya su carrera
Dilata Febo, y en alegres dias
Al campo halaga su esplendor risueño:
El encogido ceño
Huyó del tardo hielo en las sombrías
Regiones del Trion, do persevera
El lento paso del nevado enero,
Y avaro el sol se niega á su hemisfero.
Claveles derramando,
Y alelíes y rosas en distinta
Copia el mayo gentil por el oriente
Con sonrosada frente
Y mano docta que los prados pinta,
Festivo ya y ufano va asomando:
Risueño escapa el arroyuelo al rio,
Y susurra frondoso el bosque umbrío.
Ya la cítara anima
Batilo, y á su voz en vago vuelo
Mil avecillas corren que traviesas
Saltando en las espesas
Ramas, le siguen dulces: brota el suelo
Mullida grama en abundancia ópima,

Donde sentado el simple pastorcillo
Canta las penas de su amor sencillo.
Al soplo impetüoso
Del soberbio aquilon no brama hinchado
Ni azota el mar de Cádiz su alto muro :
Ya con timon seguro
La riqueza de oriente en leño osado
Cruza sin miedo el piélago espumoso,
Y restituye el gozo á su semblante
El avaro temor del mercadante.
Rie naturaleza
Con floreciente vida en cuanto abraza
El ancho cerco de su esfera pura.
De su varia hermosura,
Cuando pace ó festivo se solaza,
Goza del bruto la feliz rudeza:
Goza dichosa el ámbar de sus flores
Y el ardiente matiz de sus colores.
Goza el reir sonoro
Del bullicioso céfiro, y derrama
La vista por el diáfano horizonte.
Allá le ofrece el monte
Poblada cumbre, que á la roja llama
Del sol brilla bordada en grana y oro;
Y el líquido cristal que entre sus peñas
Mana y baja saltando por las breñas :
Acá en verde llanura
Solitaria floresta, cuya pompa
Mancha de sombras el luciente suelo.
Allí mora del cielo
La soberana paz, sin que interrompa
Su celestial sosiego la amargura
Con que afanado en turbulencia impía
Se aflije el ciudadano noche y dia.
¡Qué ingrato con los dones,
Damon, del cielo, á sus recreos puros
Trueca el mortal el gozo de sus vicios!
Livianos desperdicios

De su malicia son, vanos ó impuros
Cuantos, preso entre míseras pasiones,
Gusta placeres el enjambre urbano
Consigo mismo y con su bien tirano.
  La luz del nuevo dia
Le llama, no á mirar del alba hermosa
La rosada venida por oriente.
La sombra al occidente
Su manto encoje y huye presurosa,
Y las obras de Dios con gallardía
Van ostentando su esplendor diverso
En la vaga region del universo.
  De ellas no cuidadoso
Corre á engolfarse en inquietudes locas
A que le instiga el interes malvado.
En tropel obstinado
Suenan las calles, como en altas rocas
Sordo murmura el ábrego rabioso:
Y aguijada del ansia turba inquieta
Se derrama al afan que la sujeta.
  Al templo turbulento
De Témis parte acude; infeliz parte
Que el fraude anima ó el error desnuda,
Con máscara de duda
La discordia feroz allí reparte
Mortífera ponzoña en largo aliento,
Y luchan por el hálito inhumano
Padre con hijo, hermano con hermano:
  Parte al palacio vuela,
Y el agudo temor vuela con ellos
Compañero molesto de sus gustos:
Celos, envidias, sustos
Abrigan anchos los salones bellos,
Y la ambicion asida á la cautela
Monstruos cria de hipócritas semblantes
Abatidos á un tiempo y arrogantes.
  Síguelos á la mesa
Despues de tal delicia, y de la gula

Verás hazañas en voraz estrago:
Como en espeso lago
Cadáveres el vientre en sí acumula,
Donde es del gusto acreditada empresa
Rendir el juicio en bacanal beleño
Y cercenar la vida en largo sueño.
Al ocaso declina
La luz, y de ella solo en cristal breve
Usa torpe casada en ocio vano:
El adorno liviano
Del largo dia la carrera embebe:
Adultera la tez, el talle afina
Para que inspire en las sobrantes horas
La mentida beldad ansias traidoras.
¿Qué debe á las ciudades,
Damon, la alta virtud? ¿Qué la inocencia?
¿Qué el honesto candor de limpios pechos?
Debajo de sus techos
Fraudulenta ó pomposa la insolencia
Hierve pródigamente en vanidades,
Y con ellas se goza cual su pena
Templa el cautivo al son de su cadena.
Huye del cautiverio,
Y entrega al desahogo deleitoso
Del vario campo la oprimida mente:
En él nada se miente:
Si te agrada la pompa, en el frondoso
Bosque te abisma, y del divino imperio
Adorarás la natural grandeza,
Sin que á miedo te obligue ni á vileza.
Si las delicias amas
De espectáculo bello, con deleites
Te brinda el prado de verdad hermosa:
Lo violeta, la rosa,
No brillan, no, con pérfidos afeites.
No liba, no, de sus lucientes ramas
Sucios barnices la dorada abeja,
Ni miente fresca edad la planta vieja.

Allí nunca oprimido
De la envidia serás, porque te es dado
Crecer la gloria de tu patria un dia.
No en bárbara, no en fria
Lisonja el don celeste profanado
De orgulloso desden dure ofendido:
El cielo escuche tu sonora lira,
Que él conoce el valor de lo que inspira.

## SONETOS.

### I.

Ya silba el viento en la nevada cumbre,
Y al soplo impetuoso la cabaña
Vacila del zagal, que en frágil caña
Con paja entretejió flaca techumbre;
Y Bato el mayoral sin pesadumbre,
Aunque su grey del aquilon la saña
Siente y perece, con paciencia extraña
Huelga al calor de regalada lumbre.
El mísero zagal humedecido
De helada nieve, por salvar se afana
La grey no suya en el pelado ejido.
Zagal, reposa: tu fatiga es vana;
Su hacienda el mayoral tiene en olvido,
Y ni á acordarse de tu afan se humana.

### II.

Despierta, Elpin; y guarda que al hambriento
Lobo no sirve, no, tu grey de pasto:
Tú roncas, y el zagal hace su gasto
Devorando tus reses ciento á ciento.
De rotas pieles número crüento
Luego te entrega el desalmado Ergasto;
Y el daño apoca, aunque en ejido vasto
Pace escaso ganado y macilento.

Despierta Elpin : y en las calladas horas
Cuando sin luna las estrellas lucen
Observa, espia á tus zagales fieles :
Verás como desuellan con traidoras
Manos tu grey, y pérfidos reducen
Tu hacienda toda á ensangrentadas pieles.

### III.

Esporo, ese poder, esa grandeza
Con que el hado burlon te engolosina,
Si añagazas no son á tu ruïna,
Serán castigo á la mortal vileza.
Tú encenagado en súbita riqueza
Te huelgas torpe en su engañosa ruina :
¿ A tanto el cielo tu idiotez empina?
O la nuestra peligra, ó tu cabeza.
No es Dios injusto, no : jamas consiente
Gloria al malvado; ni elevado empleo
Sin causa al necio permitir le plugo.
Tu grandeza es patíbulo eminente;
Si á su cima no subes como reo,
Subes, ¡ mira qué honor! como verdugo.

### IV.

¿ Ves, Lauso, desalado un vulgo impío
Correr furioso á la batalla horrenda,
Desnudo, hambriento, y sin que el alma venda
A esperanzas del propio poderío?
¿ Ves tolerar del fatigado estío
La ardiente lumbre al recoger la ofrenda
De las espigas con audaz contienda
Tostada plebe en mísero atavío?
¿ Ves arados los mares al arrojo
De duras almas, que salvar presumen
Vida y tesoro en frágiles maderos?
Pues si no lo has, mi Lauso, por enojo,

Tanto afan, tantas vidas se consumen
Para que engorden fatuos altaneros.

## EPIGRAMAS.

### I.

Que siempre lastime y hiera
Mi estilo en prosa y en verso
Culpas, Lupo; mas, espera:
Si tú no fueras perverso,
Dí, ¿satírico yo fuera?
Hablar bien de tu codicia,
Disolucion y malicia,
Fuera calumnia mortal:
Hablar mal del que obra mal,
Lupo, es hacerle justicia.

### II.

Cuatro horas gasta en peinarse
La graciosísima Ines,
En ataviarse tres,
Y cuatro en beber y hartarse.
Nadie la culpe en rigor
De su odioso proceder;
Lo que ella tiene que hacer
De noche se hace mejor.

### III.

En casa, en palacio, en calles,
Cual sombra tuya, ¡o Seyano!
Te sigue y te adula Hircano
Para que á mano le halles:
¿Te fatiga? No batalles
Sobre qué medio darás
Para no verle jamas:

Deja, Seyano, tu puesto;
De él te librarás bien presto,
Y de tí nos librarás.

## IV.

### *A un agonizante, autor de una obra muy enferma.*

Cuando de formar trataste
Libro tan lánguido y triste,
A un tiempo le concebiste,
Paulino, y le agonizaste.
Pudo no impreso vivir;
Mas luego que á luz salió,
Todo el mundo conoció
Que le ayudaste á morir.

## V.

Era Ines de Gil querida,
Y ella le dió una manzana,
En lo exterior bella y sana,
En lo interior muy podrida.
Partióla, y dijo: Ines, dí,
Desengáñame por Dios,
Si nos casamos los dos
¿Te tengo de hallar asi?

## VI.

No dudo, Gil, que eres sabio,
Y que en tu cabeza hueca
Se hospeda una biblioteca,
Y un calepino en tu labio.
De confesarlo no huyo;
Pero aquesos lucimientos
Son de otros entendimientos:
Sepamos cual es el tuyo.

## VII.

Contra los semieruditos
Sátiras hace Cleon,
Gastando en la reprension
Trecientos versos malditos.
Cuanto es pródiga ademas
Su caridad, ved aquí:
Deja de curarse á sí,
Por curar á los demas.

## VIII.

Murió Espurco el avariento,
Y aun en la muerte mezquino
A un ruinísimo sobrino
Dejó el tesoro opulento.
La muerte misma quedó
Vencida en ardid tan raro:
Pudo extinguir el avaro,
Pero la avaricia no.

# NOTICIA DE D. JUAN PABLO FORNER.

Nació en la ciudad de Mérida, provincia de Extremadura, en 17 de febrero de 1756. Fueron sus padres don Francisco Forner y Segarra, natural de Vinaroz, en el reino de Valencia; y doña Manuela Piquer, sobrina del célebre don Andres Piquer. Su docto padre cuidó con esmero de su primera educacion, y puso desde luego en las manos del hijo libros escogidos para ilustrar su entendimiento y formar su buen gusto en la literatura. En Madrid estudió la lengua latina y los elementos de la elocuencia y poesía, bajo la enseñanza de D. Francisco Torrecilla. Trasladado á Salamanca se dedicó en su universidad al estudio de la filosofía y de la jurisprudencia, de la lengua griega, y á la lectura de sus autores clásicos. Allí trató amistosamente á don José Cadalso, de cuyas lecciones en poesía y humanidades se aprovechó, como Melendez é Iglesias. Concluyó su carrera en Toledo, en cuya universidad recibió los grados en derecho civil. Vino entonces á Madrid, y en 1783 se examinó é incorporó en el colegio de abogados de esta corte; y á poco tiempo le nombró el excelentísimo señor conde de Altamira por abogado é historiador de su casa. Aprovechándose de la selecta librería de su tio don Andres Piquer, vivió retirado y oscurecido en la corte. Dióse á conocer luego por su crítica á las Fábulas de Iriarte, publicando la de *el Asno erudito*, y por la *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana*, que premió la Academia Española en 1782. Publicó luego los *Discursos filosóficos sobre el hombre*, la *Oracion apologética por la España y su mérito literario*, la *Carta de don Antonio Varas contra la Riada de Trigueros*, varios folletos críticos sobre el periódico titulado *Censor* que se publicaba entonces, las Reflexiones de Tomé Cecial contra la leccion crítica de Huerta, el suplemento al artículo *Trigueros* contra la *Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Cárlos III*, que publicaba don Juan Sempere y Guarinos; escribió las Observaciones sobre la Historia general del abate Borrego, y otras obrillas por encargo del ministerio: *Modo de escribir la historia de España*, etc. Por el concepto que se grangeó en el buen desempeño de estos encargos se le nombró fiscal de la audiencia de Sevilla en el año de 1790: allí casó con doña María del Cármen Carasa, de quien tuvo dos hijos: y allí, estudiando y admirando á los buenos poetas sevillanos Herrera, Rioja, etc., mejoró su estilo y su gusto poético. Trató con los jóvenes mas instruidos y los dirigió por el camino de las letras. En Sevilla escribió *Preservativo contra el ateismo; La corneja sin plumas; Nuevas consideraciones sobre la tortura*; y otras obras. En 1796, fué nombrado fiscal del consejo de Castilla, donde empezó á promover asuntos de utilidad general; pero en 17 de marzo de 1797, falleció á los 41 años, y se le enterró en Santa Cruz. Su notorio mérito literario se hallaba acompañado de las prendas mas apreciables en un magistrado, como lo manifestó en la fiscalía del crimen de la audiencia de Sevilla, que sirvió por espacio de seis años; en varias comisiones de la mayor confianza, y en el breve tiempo que sirvió la fiscalía del consejo[1].

Su mérito como poeta consiste en su disposicion poco comun para la poesía elevada, y en especial para la didáctico-filosófica, con la cual cuadraba mas su genio severo y especulativo, fomentado por su constante aplicacion y por su inmensa doctrina, pero por eso mismo no es de admirar que sus poesías son productos mas bien del arte que del númen, y tienen resabios de estudiadas en demasía, asi que sus versos tocan tal vez en prosa, aunque en una prosa escrita con brio y resolucion, como todavía lo es la suya.

No se ha publicado hasta ahora, segun sabémos, una edicion completa de sus poesías, pero algunas de ellas se hallan recogidas en las colecciones de Quintana, Mendibil y Silvela, etc. Su *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana* está insertada en la segunda parte de la *Coleccion de obras premiadas por la real Academia Española.*

---

[1] Esta noticia que, como la de D. Félix Samaniego, está compuesta por el señor D. Martin Fernandez de Navarrete, va insertada en la coleccion del señor *D. Manuel José de Quintana*, de la cual la hemos copiado aquí al pie de la letra.

* * *

# POESIAS

DE

# D. NICASIO CIENFUEGOS.

---

## I.

### *Mi destino.*

En mi cunita pobre,
Menesteroso niño,
Entre inocentes sueños
Posaba yo tranquilo:
Cuando hácia mí sin flechas
Amor risueño vino,
Y en torno de él jugando
Otros mil amorcitos.
Al inflamado soplo
Del anhelante estío,
Yo sudoroso y débil
Yacia enardecido.
Amor lo ve, y al punto
Me orea compasivo,
Sus alas agitando
Con menear dormido.
Me alzó despues suave
A su regazo amigo,
Y allí tocó dos veces
Sus labios con los mios.
Tras esto me cercaron
Sus tiernos hermanitos;
Todos me vieron, todos
Me hicieron mil cariños.
Y aun uno, el mas gracioso,
Mudado en cefirillo,
Voló y me dió tres besos,
Y se durmió conmigo.
Despues con blando acento
El de Citéres dijo:
Hagamos á porfía
Feliz á aqueste niño.
Que no siga inhumano
De polvo y sangre tinto
Los bárbaros pendones
De Marte vengativo.
Ni por el oro infame
Vaya en el frágil pino
De mar en mar buscando
Mortales precipicios.
Ni en el templo de Témis,
Austero y pensativo,

Pese en fatal balanza
Los premios y castigos.
A mi feliz imperio
Por siempre sometido,
Sean tiernos amores
Su perenal destino.
Ea, dos de vosotros
Derramen de contino
En su inocente pecho
Ternuras y cariños.
Amante aquel le forme;
Este, oficioso amigo,
Y entre los dos le crien
Humano y compasivo.
Dijo, y voló dejando
Dos amores conmigo,
Y tres con el gracioso
Que se quedó dormido.
El cual de mí prendado,
Jamas huirme quiso;
Antes hizo en mi pecho
Un delicioso nido.
Y desde allí ¿no sabes,
O tú, dueño querido,
Lo que por siempre clama
Con labio persuasivo?
Que ardiente á Fílis ame
Hasta el postrer suspiro;
Que es muy amable Fílis,
Y amar es mi destino.

## II.

### *Precio de una rosa.*

En todos sus rosales
La madre primavera
Jamas á rosa alguna
Miró con mas terneza.
En mil graciosos rizos
¡Cuán varia purpuréa
Sobre el regazo amante
Del boton que la estrecha!
Como en silencio suben
Desde el pie contrapuestas
Dos bien labradas hojas,
Y se mecen sobre ella.
Una tal vez se dobla,
Gira, y fugaz la besa.
La otra lo ve cobarde,
Y quiere, y va, y no llega.
Ella entre tanto rie
Mil fragantes esencias,
Y á su reir, ¡oh cuántos,
Cuántos deseos vuelan!
¡O rosa, honor del año!
Tu singular belleza
¡Oh cuán feliz seria
Si Fílis te quisiera!
Tómala, Fílis, toma,
Y déme en recompensa
La dulce miél de un beso
Tu boquita risueña.
Ya vale mas la rosa:
No te la doy, no; suelta,
Que el beso fué, y lozana
Mi flor aquí se queda.
Seis besos, y otros tantos
Me has de pagar por ella.

Es poco, no; tú ignoras
Los ayes que me cuesta.
Fuí, y al cortarla, impías
Me hirieron dos abejas
De un numeroso enjambre
Que á par giraba de ella.
¿No ves cuán lastimada
Está mi triste diestra?
¡Ay Fílis! sí; mi rosa
Precio mayor desea.
Un beso, ¿y qué es un beso?
Quiero por cada abeja
Del numeroso enjambre
Que á par giraba de ella.

## III.

### *La despedida.*

Venid, venid piadosos,
Y consolad mi pena
Los que el amor condena
A mi cruel dolor.
O vos que habeis probado
La ausencia un solo instante,
Yo parto, y soy amante;
¿Me olvidará mi amor?
A su beldad rendido,
En ella embelesado
Amarla es mi cuidado,
Servirla es mi loor.
En su contento vivo,
Su desplacer me mata:
Decid, ¿habrá una ingrata
Que olvide tanto amor?
Yo, mariposa amante,
Que en pos de Nais volaba,
Y ante ella asi me holgaba
Cual abejita en flor,
¿Podré vivir sin verla?
Partir es ley forzosa:
¡Ay triste! ¿si alevosa
Olvidará mi amor?
En soledad y luto
Ya lejos de mi amante
Do quier veré delante
Su sombra y mi temor.
Cual si mi voz oyera,
Con suspirar doliente
Preguntaré á mi ausente:
¿Olvidarás mi amor?
En mi ilusion perdido,
Tal vez en tiernos lazos
La estrecharé en mis brazos,
Y abrazaré mi error.
Deshecha en aire vano
Huirá Nais, y afligido
Diré: ¿si ya en olvido
Tornó la infiel mi amor?
Bien como flor que el cáliz
Cierra en la noche fria,
Y hasta asomar el dia
No torna á su esplendor:
Yo asi tu luz perdiendo
Me encerraré en el llanto;
Y tú, ¿quién sabe en tanto
Si olvidarás mi amor?
Que mil y mil hermosa
Te irán do quier diciendo,
Con la verdad mintiendo
Para engañar mejor.

¡ Ay ! en aquel instante
Que loan tu hermosura,
Dicen que tú perjura
Olvidarás mi amor.
« ¡ O pobre Nais ! » alguno
Te clamará malvado,
« Tú lloras á tu amado,
Y él te olvidó traidor.
Que allá en pensiles nuevos
Versatil mariposa
Por ir tras nueva rosa
Dejó perder tu amor. »
No creas; miente, miente
Su lengua engañadora:
Pregunta al beso que ahora
Te deja mi dolor.
¡ A Dios, á Dios ! es fuerza:
¡A Dios ! tal vez llorosa,
Dí, como yo zelosa:
¿ Olvidará mi amor ?

## IV.

### *La desconfianza.*

Las rosas que ya marchitas
De tí con desden alejas,
La aurora me vió cortarlas,
Y hermosas jóvenes eran.
Vivieron : fué para siempre
Su honor y antigua belleza :
¡ Ay, todo cual sombra pasa,
Y el ser á la nada lleva !
Vendrá el agosto abrasado
Ahogando flores ; y muertas
Sus hijas, á otras regiones
Volará la primavera.
En pos el maduro otoño,
Mostrando su faz risueña,
Hará que el lánguido estío
Bajo sus pámpanos muera.
Mas el aquilon bramando
Se arrojará de las sierras,
Y lanzando estéril hielo,
Cubrirá de horror la tierra.
Asi la lóbrega noche
Sucede á la luz febea,
Las risas á los lamentos,

Y á los placeres las penas.
Es el universo entero
Una inconstancia perpetua:
Se muda todo; no hay nada
Que firme y estable sea.
Y en medio á tantos ejemplos
Que triste mudanza enseñan,
¡Ay Fílis! ¿tu pecho solo
Tendrá en amarme firmeza?

## V.

### *El cayado.*

Al ir tendiendo los montes
Sus mas alargadas sombras,
Un ancho valle midiendo
Que en paz Manzanáres corta:
Cuando las dormidas flores
De abril á la voz, hermosas
Dispiertan, su cárcel rompen,
Y con timidez asoman:
El anciano Palemon,
Dejando la humilde choza,
Un siglo entero pasea
Por la verde y fresca alfombra.
¡Cuál brilla su augusta calva
A par del sol que la dora!
Y no es el sol mas hermoso
Que la vejez virtuosa.
Dejad, cefirillos mansos,
Dejad las selvas do mora
Amor, que un hombre de bien
Vuestros halagos provoca.
Venid, venid oreantes,
Y las alitas de rosa
Sacudiendo, á Palemon
Seguid cargados de aromas.

Todo es silencio en el valle;
No suena mas que las ondas
Del sesgo rio, y de lejos
La dulce voz de una alondra.
Contemplando en unas flores
Está Palemon: las toca,
Las deja; torna á mirarlas,
Las deja otra vez, y llora.
¡ Asi marchitas, decia,
Las que al espirar la aurora
La gala fueron del prado,
La envidia de las hermosas!
¡O tiempo, tiempo! á tus golpes
Se rinde cuanto el sol dora:
Ni el alto cipres respetas,
Ni la hiedra vil perdonas
Todo lo destruyes, todo,
Hasta los montes y rocas.
Tambien fuí jóven un dia,
Y anciano me ves ahora.
Vendrá, y hollará mañana
Lo que este sol no trastórna...
Yo ví esta pradera entonces:
¡O Palemon! ¡ o memorias!
Siglos enteros cercada
De mil pastoriles chozas,
De paz, de amores y risas
Morada fué deliciosa.
Todo se acabó: á mí solo
Conoce la vega ahora;
Solo quedé por testigo
De mudanzas dolorosas.
Ya es paseo de la corte
La que arboleda frondosa
Me vió nacer. ¡Cuántas veces
Me hospedó su fresca sombra!
¡ Cuántas pacíficas siestas
De la estacion ardorosa

Me regaló en blando lecho
De lirios, trébol y rosas!
Aquel infeliz collado
Que está sustentando ahora
Ese jaspeado alcázar
Donde un cortesano mora,
En menos aciagos dias
Escuchó mi voz sonora,
Cuando guiaba las danzas
De las ágiles pastoras.
Desde su cumbre florida
Bajaba con limpias ondas
Un arroyuelo travieso
Mojando al pasar las rosas.
Sentado en él una tarde
Dí un colorin á mi esposa:
¡Ay años abriles mios!
Espiraron ya mis glorias.
Mudanzas tristes reparo
Do quier la vista se torna;
Todo ya me desconoce,
Y en mi vejez me abandona.
Fresno inmutable, tú solo
Allá en antiguas memorias
Prestas á mi afan alivio
Y en mi soledad me gozas.
Tú me recuerdas un padre
Que bajo tu inmensa copa
En mi pecho las virtudes
Vertia desde su boca.
Tambien descubrir me oiste
Mi ardiente amor á mi esposa;
Y en las estivales siestas
Frescor me guardó tu sombra.
¡Salve, piadoso arbolito!
¡Mil veces salve, y mil otras!
¡Cariño mio por siempre!
¡Mi única esperanza ahora!

En tí está la vega antigua,
Mis padres, mi dulce esposa,
Mis inocentes niñeces,
Y mi juventud fogosa.
¡Cuál me viste en otros tiempos,
Cuando en la edad de mis glorias
Era el primero en la lucha,
En el salto y en la honda!
Pasó mi honor, todo muere.
¡Cuán otro de aquel ahora
Trémulo me ves cediendo
A los años que me agobian!
Asi es mi frente, cual sierra
Allá en diciembre nevosa;
Y las ya cansadas plantas
Flaquean y me abandonan.
Fresno de mi amor, tus ramas
Hácia mí benigno dobla:
Dame un baston, ó rendido
Volver no podré á mi choza.
Con solo un triste cayado
Mi tierno amor galardonas:
Yo te serví con el riego,
Y es mia toda tu pompa.
¡Bendito seas, mi fresno!
Que ya una rama piadosa
Me alargas. ¡Qué buen cayado,
Palemon, tendrás ahora!
Arbol ingrato, ¿en la tierra
Me haces caer? ¡En mal hora
Beba tu raiz el jugo,
Y el sol caliente tus hojas!
¿Segunda vez por dañarme
A inclinar tus brazos tornas?
¡Ay, que una rama he cortado!
¡Ay, que me verá mi choza
Entrar con cayado! ¡O fresno,
Haga el cielo que tu pompa

Dure por eternos siglos,
Y cada vez mas hermosa!
¡Jamas de Aquilon te opriman
Las furias tempestüosas;
Ni el rayo ardiente del cielo
Ofenda impío tu copa!
Cuando la nieve entristezca
Las soledades selvosas,
¡En tu follage enredada
Pose primavera hermosa!
Y cuando agosto inflamado
Marchite las verdes hojas,
¡Cuelgue el abril en las tuyas
La cuna feliz de Flora!
Amigo fresno, la muerte,
Que á nadie jamas perdona,
Porque el morir es forzoso,
Se acerca á mí presurosa.
¡Plegue, cuando al fin llegare,
Que por mi postrera gloria,
Mis huesos algun piadoso
Al pie de tu tronco ponga!
Dijo, y lloró; y apoyado
Volvió el pastor á su choza:
Dió el sol el postrer suspiro,
Y se tendieron las sombras.

## VI.

### *El fin del otoño.*

¿Adónde rápidos fueron,
Benéfica primavera,
Tus cariñosos verdores
Y tus auras placenteras?
¿Dó estan los amables dias
Cuando á la aurora risueña
De tus cálices rosados

Tributabas mil esencias?
¿Dó los pomposos follages
Que oyeron las cantilenas
Del ruiseñor, en las noches
Llenando de amor las selvas?
¿Dó estás, juventud del año?
Perdióse en la ardiente fuerza
De agosto; murió el estío,
Y ahora noviembre reina.
Noviembre, que despojando
Los bosques y las praderas,
Con amarillos matices
Las galas de abril afea.
¡Cuál de los vientos al soplo
Para siempre caen en tierra
Las hojas al pie del tilo
Que vió su antigua belleza,
Y sus maternales ramas
En soledad lastimera
Los rigores del invierno
Desconsoladas esperan!
Del invierno, que dejando
Sus escarchadas cavernas,
Ya se adelanta seguido
De borrascosas tormentas.
¡A Dios, albergues queridos
De las aves halagüeñas,
Nidos de amor, y teatros
De maternales ternezas!
Ya no abrigareis piadosos
La desnuda descendencia
Del colorin, ni mi oido
Regalarán sus querellas.
¡O cuán diferentes cantos
Ahora do quier resuenan!
Que entre orfandades la muerte
Su carro aciago pasea.
¡Cuántas virtudes oprimen

Sus inexorables ruedas!
¡ Cuánta esperanza sepultan,
Y cuánto amor atropellan!
Ni la juventud perdonan,
Ni el himeneo respetan.
¡ O Fílis, Fílis! ¿ quién sabe
Si ya en nuestro mal se acercan?
Nuestras niñeces volaron,
Y en pos las flores primeras
De la juventud. ¡ Ay tristes!
A nuestros dias ¿ qué resta?
En ellos ya desde lejos
Asoma de canas llena
La ancianidad dolorosa,
El desamor y tristeza;
Amemos, amemos, Fílis;
Mira que rápidos llegan,
Que ya este otoño es memoria,
Y el tiempo destruye y vuela.

## VII.

### *La primavera.*

Rosas, naced; que á la mansion del Toro
De nativo placer y amores llena,
Se acerca el sol, de triunfos coronada
Cual noble vencedor la frente de oro.
Quebrantó victorioso la cadena
En que gimió la tierra avasallada
Del númen invernal. Las altas cumbres,
Do estéril nieve Capricornio lanza,
Se estremecen de Febo á la pujanza,
Que en crujientes heladas pesadumbres
Los montes derrocando
Va de su altiva eternidad triunfando.
Abrego silbador, cierzo bramante,
Lóbregos partos del sañudo invierno,

Huid do vuestro padre silencioso
De su alcázar de hielo resonante
Os llama en Espizberg. Huid, que tierno
Vuelve al campo del céfiro el reposo
El padre de la luz. La primavera
Nació, y el coro de los mansos vientos
Sopla süave, y abre á sus alientos
Su seno el campo, y rie la pradera,
Y en umbrosos frescores
Brota la selva el sueño y los amores.
¿Qis? ¿quién parte con veloz huida
Ante la nube, que con marcha lenta
Por la aérea region se va tendiendo?
Es Favonio, que á Céres la venida
Anuncia de la plácida, opulenta
Lluvia sutil. Sus rayos escondiendo
Eclipsado va el sol; y á veces ama
El desplegar, la nube traspasando,
Los que antes encubrió, lejos dorando
La nevosa altivez de Guadarrama,
Que los valles nublados
Alegra con sus íris variados.
¡Cuál, suspendida, por el vago viento
Flota la nube de esperanzas llena
Que las alondras revolantes miden,
Clamando, *lluvia*, en incesable acento!
¿Cae? mi frente mojó, y el rio suena
Formando un orbe, y otros, que despiden
Otros mas ensanchados, que rodean
Otros que inmensos en la orilla mueren.
¡Cuán regalados los oidos hieren
Los alisos que trémulos menean
Sus hojas, do jugando
El agua de una en otra va saltando!
Desciende al gremio de la madre Flora;
Que á sus hijas, de perlas coronando
Su ya débil prision, hinche de vida.
¡O cuántas rosas la primer aurora

En verde cuna mirará asomando
Con tímida inocencia la encogida
Y vergonzosa faz! Venid, aladas
Hijas del viento, atravesad ligeras
Las llanuras del mar, que placenteras
Os llaman ya las sombras sosegadas
Que abril embalsamado
Tiende risueño sobre el verde prado.
Venid, que Flora á vuestro amor ofrece
Su hibleo don, y Céres espigosa
Por vuestra descendencia ya afanada
En misteriosa paz granando crece.
¡O salve, salve, fuentecilla hermosa
De adormida corriente! Desmayada
Tal vez diciembre al Guadarrama frio
Te encadenó : benigna primavera
Rompe tus grillos; corre, y la pradera
Florezca en tu correr, y el bosque umbrío
Redoble en tus cristales
La pompa de sus ramas inmortales.
Corre dichosa, y tu feliz corriente
Oiga nacer el trébol delicado
Y verde juncia entre la humilde grama.
Tu benéfico humor la árida frente
Cubra á aquel risco, y brille hermoseado
Con musgoso verdor. Mas ¿quién derrama
Por la ancha vega en profusion fragante
El balsámico olor que asi enagena?
¡O coronilla! en la mojada arena
De tu dorada flor eterno amante,
Quiero á su sombra fria
Posar la sien hasta que espire el dia.
Do quier repara maternal natura
La anual destruccion, y la esperanza
Y paz renueva, y el placer y vida.
Y entre tanto, ¡infeliz! ¿cuál amargura
Prueba mi corazon entre la holganza
Y risa universal? ¡O enardecida

Voz! ¡o cantar del ruiseñor doliente
Que, amor, amor, en el silencio triste
Clama del bosque! En vano se resiste
El alma á su impresion; mi rostro siente
De los ojos saltando
Mis lágrimas ardientes ir bajando.
¡Amor, amor! la tierra, el firmamento
Todo anuncia tu ley. Do quier envio
Los mustios ojos, de tu antorcha ardiente
Me cerca el resplandor; do quier tu acento
Me hiere, y veo que hasta el polo frio
La inspiracion de tu deidad resiente.
Su indestructible hielo por tu mando
Se enternece, flaquea y derretido
Despeñándose cae: tiembla oprimido
Con su mole el océano; y bramando,
Tus cultos misteriosos
Lejos proclama entre ecos montañosos.
Los oye el leviatan, inmensurable
Levantando la frente entre el helado
Coloso que sobre él vasto se tiende.
Amor le habló: cesó su formidable
Ferocidad: su pecho enamorado
Suspira débil y en amor se enciende.
Ve á su amante, y acorre, y atrevido
En el profundo mar se alza fogoso,
Y con placer terrible y estruendoso
Cual Osa sobre el Pelion suspendido
Cumpliendo, o Amor, tus leyes
Al imperio glacial da nuevos reyes.
En tanto el Atlas el feroz rugido
Repite del leon que centellante,
Desordenada la gentil melena,
Por las selvas se agita al encendido
Volcan que le devora. El que arrogante
En otros dias por la ardiente arena
Paseaba feliz su calma fiera,
Ora esclavo, sin paz, rinde impotente

Al yugo del placer la indócil frente;
Y á par de su rugiente compañera
Con formidable agrado
Adora á su pesar al dios alado.
¡Vivificante Amor! ¡hijo dichoso
Del alma primavera! En tus altares
Humea sin cesar de noche y dia
El agradable incienso que amoroso
Te ofrece todo ser. Do quier mirares
Las caricias verás y el alegría
Con que buscando sempiterna vida
En su posteridad, hace que estable
Subsista lo que fué. Yo, no culpable,
Yo solo, en juventud ¡ayme! perdida,
Entre tanto contento
Mi soledad y desamor lamento.
¿Y por siempre, sin fin, estéril llama
En mi pecho arderá? ¿nunca una amante
Dará empleo feliz á la ternura
De un triste corazon á quien inflama
Todo el dios del amor, que ni un instante
Vivirá sin amar? ¿Dó está, o natura,
Tu ley primaveral? En vano, en vano
De un nuevo abril renacerá florido
De un amor y otro amor, ¡ay! sometido
De la pobreza á la imperiosa mano,
Nunca oiré delicioso,
Nunca me oiré llamar padre ni esposo.
Cruel disparidad, tú monstruosa
Divinizando la opulencia hinchada
Sobre la humillacion del indigente,
Sumergiste la tierra lagrimosa
En desórden y horror. Por tí cercada
De riqueza y maldad alzó la frente
La insaciable codicia, que sangrienta
Llamó suyo el placer y la esperanza
Que la natura por comun holganza
Dió á los humanos. Al sudor y afrenta

El bueno es condenado
Porque nade en deleites el malvado.
El sibarita, en languidez ociosa
Voluptüosamente adormecido,
Sin poder desear, los brazos tiende
Y bebe sin cesar en la engañosa
Copa de los placeres el olvido
De la razon; y bebe, y mas se enciende
En implacable sed, y mas corrompe
Los favores maternos usurpando
De la naturaleza, el lazo blando
Que le une al infeliz sangriento rompe,
Y su virtud apena
Y á estériles deseos le condena.
¡O Helvecia, o region donde natura
Para todos igual, rie gozosa
Con sus hijos tranquilos y contentos!
De la rígida nieve en la fragura,
Allí tiene su templo candorosa
La paz inmemorial. Ledos acentos
Suenan en derredor del que forzando
Los campos con la reja reluciente,
Con el sudor de su encorvada frente
La frugal opulencia va comprando,
Y esperanzas mayores,
Y en larga ancianidad largos amores.
De su cuna le rie el himeneo,
Y entre honesto placer tierno le guia
A la beldad que en la vecina choza
Es de sus padres perenal recreo.
La misma selva que sus juegos via
En la hermosa niñez, luego se goza
Con los suspiros de su edad amante;
Y en su preciosa union las sombras presta
Para las danzas de tan dulce fiesta:
Sombras do su vejez ya vacilante
Cargada de memorias
Vendrá á buscar los dias de sus glorias.

¡Bienhadado pais! ¡oh! ¿quién me diera
A tus cumbres volar? Rustiquecido
Con mano indiestra de robustas ramas
Una humilde cabaña entretejiera,
Y ante el vecino labrador rendido
Le dijera: « Si justo no desamas
La voz de la desgracia virtüosa,
Oye á un hombre de bien que las ciudades
Huyendo cual abrigo de maldades,
Busca en esta aspereza montañosa
La paz y la ventura
Con que le brinda maternal natura.
« Si amaste alguna vez, por los placeres
De tu primer amor, benigno oido
Te merezca. En el culto misterioso
Quiero iniciarme de la rubia Céres,
Y tú me iniciarás. Yo sometido
Para siempre á tu voz, no perezoso
Rehusaré el afan. O sople frio
El cierzo nevador, ó el rayo ardiente
Lance el sol estival, siempre obediente
Me verás que incansable al buey tardío
Sigo en la marcha lenta
La mano de labrar tal vez sangrienta. »
Sí: mi rústico dios me enseñaria
La ley del labrador, y yo rendido
En tanto á la beldad de una pastora,
Hija suya tal vez, ¡con qué alegría
Oyera mi leccion! presto, instruido
En mandar á los campos, mi señora
Premiara mis fatigas con su mano
Y una eterna ventura deliciosa.
¡Cuál amaria á mi inocente esposa!
Esposa, esposa, en mi querer insano,
Clamaria do quiera,
Y el eco mis amores repitiera.
¡O cuántas veces mi querido dueño
De nuestro amor el fruto sustentando

A mis surcos viniera, y blandamente
El tierno hijito entre la paz del sueño
Ofreciera á mi vista, provocando
Mi beso paternal! su calma frente
Besaria bañándola en mi llanto,
Y á su madre despues con tiernos lazos
Estrechara mil veces en mis brazos;
Y la besara en inefable encanto,
Y otra vez la abrazara,
Y mas que nunca mi labor amara.
Contando mi vivir por mis amores,
De ellos cercado y de mi dulce esposa,
Cuando anunciase abril la primavera
Alegre cantaria sus loores:
Y en la cabaña que hospedó oficiosa
Mi pasado dolor yo les dijera
El antiguo pesar que al patrio suelo
Me forzó á renunciar; la cruda guerra
Que mueve á la virtud la impía tierra;
Cual de los Alpes quebrantando el hielo
Vine; y como infelice
La informe choza con las ramas hice.
¡Ah! que al oirme con llorar doliente
Bendecirán la rústica pobreza
De su amable virtud, y á mí estrechados
Me amarán mas y mas, y mas ardiente
Crecerá en su cariño mi terneza,
Y... ¿porqué me engañais, sueños amados
De la imaginacion? ¿dónde perdido
Me llevan, o virtud, tus ilusiones?
No: jamas de mis Alpes las ficciones
Realizadas veré, no: desquerido,
Sin hijos, sin esposa,
Jamas será mi primavera hermosa.

## VIII.

### *Al señor marques de Fuertehijar, en los dias de su esposa.*

¿Duermes, Germano, y el rosado oriente
Va á proclamar el venturoso dia
De tu mas tierno amor? ¿Duermes, y en tanto
Vela tu amigo, y á gozar te llama,
Y no atiendes su voz? Tal vez nos llegan
Las horas de placer, nos ven dormidos,
Y pasan, y huyen, y el placer las sigue
Para nunca volver. El sueño entonces
¿Qué deja en pos sino pesar estéril?
Duerman los tristes; pero tú despierta,
Ven, ven, al punto á recibir, marchemos
Entre las verdes pensativas ramas
De un desmayado sauz, el primer rayo
Del astro de la luz. El insensible
Por la profunda soledad del cielo
Va silencioso en perenal viage.
Si tú le esquivas, á tus voces sordo
Este sol pasará, y ¡oh cuánto, cuánto
Otro cual él se tardará en lucirte!
Este es el sol que de tu amable esposa
Cuenta los años. De la oscura noche
Lejos un dia amaneció radiante,
Y allí con él desde el materno seno
Tambien Lorenza amaneció: Lorenza
Antes de lo que fué, y es en la nada.
En ella busca á su querido objeto,
Y le halla, y le ama; y desde allí volando
Corta lo porvenir, entra en la tumba
Y ama en la tumba, y en la tumba vive.
Distancias desconoce; en breve espacio
Lleva en el alma el universo entero.
Ni hay edades en él, ni hay estaciones,
Que eterna primavera es el cariño.
Todo lo anima, lo embellece todo

Cual embellece para tí, o Germano,
Este dia feliz. ¿Y qué, tú solo
En él te gozarás? no; tus placeres
De tus amigos son : ellos tus penas
Sentirán otra vez. Nicasio te ama,
Y ama á tu esposa, y ¿lo ignorais? Nicasio
Sabe tambien amar. ¡Oh cuál palpita
De júbilo mi pecho! Ven, estrecha,
Germano mio, en tus amigos brazos
Mi ardiente corazon, y á par del tuyo
Lata mas vivo y tu placer redoble.
¡Oh cuál en ellos mi amistad se inflama!
¡Cuántos deseos de cariño hermoso
Hinchen mi corazon que allá en el pecho
Ya no acierta á caber! Estrecha, estrecha
Dolor hermoso de su tierna madre.
Ella nacia, para tí nacia,
Y lo ignorabas tú. ¿Y en dónde estabas,
Díme, ó cuál eras en aquel instante?
Indómito garzon entre los juegos
De tu edad bulliciosa te perdias,
Ciego á lo porvenir y á lo pasado.
¿Quién te dijera que á distancia tanta,
Lejos, allá en el gaditano suelo
Del alma una mitad hoy te nacia?
¿Que de Lorenza la inocente cuna
Mecian la piedad, las tiernas gracias,
La compasion, la ingenuidad hermosa,
Tanto y tan bello amor como adelante
Para siempre tu pecho cautivaron?
¡Oh cuántas veces te alumbró este dia
Igual á los demas, y confundido
Entre el vulgo de dias le olvidaste!
¡Cuántas, cuántas despues, cuando Lorenza
Con su querer le ennobleció á tus ojos,
Fija la mente en los que ya pasaron,
En medio de dos lágrimas lanzaste
Un ay de amor, clamando entristecido :

« ¡ Oh si posible el atrasarlos fuese,
Y de uno en otro de mi esposa al lado
Ir ascendiendo hasta el feliz instante
Que la miró nacer! Allí naciera
Mi cariño tambien; ella veria
Todo el espacio de su vida hermoso
Sembrado con mi amor desde su cuna.
Mas ignorada para mí en su infancia
No pude verla palpitar dormida
Entre los pechos que manaron pios
En su boquita el cándido sustento.
Saltó jugando en su niñez traviesa,
Y no pude alternar allí en sus juegos,
Ni sonreir con sus pueriles gracias.
Su adolescencia las primeras flores
Brotó lozana, y para mí no fueron.
¡ Ay! ¡ cuántos años sin su amor perdidos! »
¿ Perdidos? no : con tu pesar amante,
Pesar hermoso de las almas tiernas,
Los haces revivir, y amas en ellos.
Asi el amor lo que perdió desquita,
Y poderoso el sepulcral vacío
Llena de lo que fué con lo presente.
La misteriosa eternidad del tiempo,
La inmensidad del insondable espacio
Es estrecha prision para el cariño:
No hay límites con él. Las alas tiende,
Vuela, y penetra lo pasado, y vuela
Mas y mas cada vez; y asi enlazados,
Bien cual hermanos, al salir nos halle
El pacífico sol... ¡ oh salve, salve!...
¿Le ves, le ves que por las altas cumbres
Su rayo matinal tímido asoma?
¡Oh salve, salve, vencedor glorioso
De la muerte, del caos y la noche!
¡ Monarca celestial! ¡ y brillante imágen
De verdad, de virtud y de hermosura!
¡ Vivificante sol! ¡ Ay! siempre bello

Tiendes con profusion por la ancha esfera
De tu lumbre inmortal las ricas galas.
O crie rosas tu vital aliento,
O en soplo abrasador las mieses dores,
O mas templado alegres las colinas
Con el verdor del pampanoso octubre,
O allá en nublosa oscuridad perdido
Cubras el mundo de invernal tristeza;
Siempre eres bello, y tu belleza es tuya.
Mas tan bello cual hoy, o sol, perdona,
Mis ojos no te ven ni cuando tierno
La flor primera del abril nos abres,
Ni cuando entierra con honor tu ocaso
Del verde otoño el postrimer suspiro.
Mas hermosa que tú mil y mil veces
Reluce la amistad, y en este dia
Es la bella amistad quien te hermosea:
Lorenza brilla en tí. ¡Pueda Lorenza
Brillar entre su esposo y sus amigos
Cual tú feliz en medio á tus planetas!
¡Puedas sembrar de rosas y placeres
Su fausto dia, sin que nunca torne
La vista ansiosa á lo pasado huyendo
De lo presente en él! ¡Siempre lograda
Hasta en los sueños su esperanza vea,
Y sueñe risas y virtud! ¡Que viva,
Viva tan larga edad!... Caro Germano,
¡Ay, ay Germano! Las fugaces horas
Vuelan impías, y tras sí arrebatan
Dias y años, y lustros, y en un punto
Parece la vejez y en pos la muerte.
¡Oh, que no fuese á mi cariño dado
El tiempo detener antes que traiga
Ese trance cruel! ¡Nunca mis ojos
No lleguen á mirar! ¡Antes resuene
En mi hueco ataud el sordo ruido
De la tierra fatal que cae rodando
A henchir la soledad de los sepulcros!

Sí, dulce amigo: con tu amada esposa
Vive, vive feliz cuanto desea
Mi fogosa amistad, y ¡ pueda el cielo,
Cortando por piedad mi inútil vida,
La vuestra prolongar próspera y bella!
Toma este abrazo para tí, Germano,
Y este tambien para tu tierna esposa,
Y toda el alma recibid en ellos.
Cuando despues en mi sepulcro yazca,
Este sol mismo volverá en agosto,
Y yo no le veré. Germano, entonces
Siquiera en un recuerdo de tu mente
Viva Nicasio, y á tu amable esposa
Dando ese abrazo la dirás lloroso,
Esto un amigo me dejó en tus dias.

## IX.

### LA ESCUELA DEL SEPULCRO.

*A la señora marquesa de Fuertehijar, con motivo de la muerte de su amiga la señora marquesa de las Mercedes.*

¿Adónde, adónde los dolientes ojos
Vuelves? ¿Qué buscas? ¿ó por quién exhalas
Tanto suspiro de dolor y angustia?
¿Qué atiendes, dí, que el respirar parando
El alma toda en el oido clavas
Ansioso de escuchar? En vano, en vano
Anhelas por oir: la quieta noche
A los mortales con su sombra encierra,
Y acalla al mundo que tranquilo yace
En un mar de silencio sumergido.
Mas ¡ay! ¿cuál son tan á deshora turba
La silenciosa paz de las tinieblas?
¿Y cesa, y vuelve á resonar, y pára,
Y resuena otra vez? Llora, sí, llora
Tu amarga soledad, o triste amiga,

Gime, lamenta sin cesar, tu pecho
Se parta de dolor, y al labio envie
El ay de la amistad desesperada.
El bronco son que tus oidos hiere
Es la trompeta de la muerte, el doble
De la campana que terrible dice:
Fué, fué tu amiga. La que tantas veces
Te vió, y te habló, y en sus amantes brazos
Tan fina te estrechó, y en tus mejillas
Su cariño estampó con dulces besos:
La que en su mente consagró tu imágen,
Y en cuyo corazon un templo hermoso
Te erigió la amistad do siempre ardia
Tanto y tan puro amor, ya por las olas
Fué de la eternidad arrebatada:
Ahora mismo á su cadáver yerto,
En estrecho ataud aprisionado,
Alumbrarán con dolorosa llama
Tristes antorchas del color que ostentan
Las mustias hojas que al morir otoño
Del árbol paternal ya se despiden.
Ahora mismo yacerá en la cima
De la tumba infeliz, hollando lutos
Negros, mas negros que nublada noche
En las hondas cavernas de los Alpes.
En torno de ella, y apartando el rostro
De su espantable palidez, sentados
Compañía le harán los que otro tiempo
Tal vez colgados de su voz, pendientes
De un giro de sus ojos, estudiaban
Su voluntad para servirla humildes.
Esta será ¡ ay dolor ! la vez postrera
Que la visiten los mortales, esta
Su tertulia final, y último obsequio
Que el mundo la ha de hacer. Sí: que esos cantos
Con que del templo la anchurosa mole
Temblando toda en rededor retumba,
Su despedida son, son sus adioses,

El largo á Dios final. ¡O tú, Lorenza,
Ven por la última vez, ven, ven conmigo
Y á tu amiga verás, verás al menos
El cuerpo que animó, verás reliquias
De una nada que fué! Mira que tardas,
Y nunca, nunca volverás á verla,
Nunca jamas; que ya sobre sus hombros
Cargaron los ministros del sepulcro
El ataud, y marchan, y descienden
Con él á la morada solitaria
Del oscuro no ser. Allí en los muros
Cien bocas abre la insaciable muerte
Por donde traga sin cesar la vida;
Y á tí, ¡o *Quero* infeliz! ¡o malograda,
O atropellada juventud! Caiste,
Bien como flor que en su lozana pompa
Hollada fué por la ignorante planta
De un pasagero sin piedad. Caiste,
Y ya otro rastro de tu ser no queda
Que las memorias que de tí conserven
Los que te amaron. Pasarán los dias,
Y las memorias pasarán con ellos;
Y entonces ¿qué serás? El nombre vano,
El nombre solo en tu sepulcro escrito,
Con que han querido eternizar tu nada.
Tirano el tiempo insultará tu tumba,
Con diente agudo roerá sus letras,
Borrará la inscripcion, y nada, nada
Serás por fin: ¡o muerte impía!
¡O sepulcro voraz! en tí los seres
Deshechos caen; en tí generaciones
Sobre generaciones se amontonan,
En tí la vida sin cesar se estrella;
Y de tu abismo en la espantosa márgen
El tiempo destructor está sañudo
Arrojando los siglos despeñados.
¿Qué son ahora los primeros dias,
La edad primera de la tierra? ¿En dónde

Las que fueron despues hoy hallaremos?
¿Sesóstris dónde está? ¿dónde el gran Ciro?
¿Babilonia y Semíramis? pasaron
Cortando el tiempo, cual veloz saeta
Que el aire hiende sin que rastro alguno
Deje de su pasar. ¿Qué son ahora
Los Césares, los Jerges, los Timures
Y los héroes famosos de la Grecia?
Voces y nada mas. ¿Y qué es el siglo
Que acaba de espirar? ¿Y qué es el dia
De ayer, el de hoy en lo que va corrido?
Muerte en verdad; que cuanta vida el tiempo
Nos ha llevado en el sepulcro yace.
¿Es tan breve el vivir? ¿y el hombre insano
En hacerse infeliz solo le emplea?
Como en airada mar la frágil nave
Luchando entre borrascas horrorosas
Corre perdida sin timon ni velas,
Y en pos el huracan desenfrenado
La va acosando en bárbaros embates,
Y ora á las nubes las bramantes olas
La arrojan, y ora con terrible estruendo
La despeñan, rompiéndose, al abismo;
Y ya anegada con salobre muerte
Llora su perdicion, y ya un fracaso
Mira seguro en la enriscada costa
Donde á estrellarse va: tal es el hombre
Por el mar de la vida navegando.
Siempre á merced de sus pasiones corre
Entre tinieblas y borrascas tristes
En eterna inquietud, allá en el alma
Hondamente clavada la amargura,
Y la zozobra y el cruel fastidio,
Y desesperacion; sin que los ojos
Vuelva jamas al relumbrante faro
De la pura razon. En cada instante
Vota acogerse á su sagrado puerto,
Y á cada instante quebrantando el voto,

Se aparta mas y mas; y á nuevos mares
Se confia, y á míseros naufragios.
De ilusion á ilusion, de sombra en sombra
Va deslumbrado, con ardor abraza
Mil fantasmas de bien, y ellas le burlan
Deshaciéndose, y halla el miserable
Ansia y dolor donde esperó contento:
Y vuelva deslizándose entre tanto
La vida, y se le escapa, y el sepulcro
Le sale al paso; y ¿qué vivió? Cien voces
Oigo que salen desde el centro frio
De los sepulcros que *tormentos* dicen.
*Tormentos* claman las doradas urnas
Donde descansan las cenizas regias;
*Tormentos* claman las inmudas hoyas
Donde la plebe amontonada gime;
*Tormentos* las pirámides erguidas
Que en sus entrañas cóncavas tragaron
Cien dinastías del perdido oriente;
Y *tormentos*, *tormentos* desde el norte
Al mediodia, desde oriente á ocaso
Toda la tierra sin cesar repite.
¿Dónde estás, dónde estás, soberbia tumba,
Tumba olvidada del atroz guerrero
A cuya alta ambicion venia estrecha
La inmensidad del tiempo y del espacio?
Tumba del Macedon ¿dónde te escondes
Que no dices aquí? Tal vez ahora
Darás abrigo á las cansadas yuntas
De algun humilde labrador honrado;
Tal vez la tierra que te henchia cubre
Una choza infeliz, y las reliquias
Del famoso Alejandro son paredes
De algun pobre pastor, no conocido
De otro mortal que de su tierna esposa,
Y de su perro y de su fiel ganado.
Él es feliz en su pobreza oscura,
Y tú fuiste infeliz en la abundancia

De tu hambrienta ambicion. Él sus deseos
Por la necesidad de cada dia
Mide, y prudente la natura acalla
Con lo que fácil la razon exige.
Asi contento lo presente goza
Sin olvidarlo por correr ansioso
A encontrar á mañana, y á perderse
Allá en un porvenir que nunca llega.
Y tú ¿qué fuiste, vencedor del mundo?
Tú, de soberbia y ambicion hinchado,
Tú, que sangrientas lágrimas vertias
Temiendo atroz que la paterna espada
Nada en la tierra te dejase libre
Que poder oprimir, ¿fuiste dichoso?
Las victorias del Granico y del Iso,
Persia á tu carro triunfador atada,
Cien tronos de Asia, el Asia estremecida
A un mover de tu pie, la tierra entera
Arrodillada de tu nombre al eco,
Tanta potencia, tanta gloria ¿acaso
Pusieron coto á tu ambicion? ¿No hallaste
Por siempre un *mas allá* que las entrañas
Te roia do quier, y cada gloria
Te presentaba desabrida y triste
Desde el punto fatal en que era tuya?
¿Cuál fué tu vida? Nunca lo presente
Existió para tí, que adormecido
Vivias en los sueños de esperanzas,
Desterrado por siempre en lo futuro.
Para tí lo pasado fué un tormento,
Un estímulo mas, que te arrastraba
A deseos sin fin, á largos planes
De guerras y victorias, y ruïnas,
Y perpetua inquietud. Pues, ¿cuándo, cuándo
Viviste? ¿Cuándo del feliz reposo
Gozaste, y de la paz y la bonanza
De las pasiones, y el alegre cielo
De un inocente corazon tranquilo?

En el sepulcro, en el fatal sepulcro,
Y solo en el sepulcro descansaste;
Y los mortales solo allí descansan,
Que raros son los que en vivir insanos
De Alejandro no imitan el ejemplo.
Si es tal la vida, ¿para qué lloramos
A los dichosos que al tranquilo puerto
Llegaron de la muerte ya seguros
De este mar de dolor que aquí nos cerca?
Y si es justo llorar, ¿porqué asi estéril
En lágrimas se pierde nuestro llanto,
Sin que aprendamos á vivir felices
En la escuela sublime del sepulcro?
Enjuga ya, desconsolada amiga,
Tu llanto de dolor, y atenta escucha
De tu amiga la voz. No ha perecido
Tu amiga para tí, que vive y te habla
Desde su tumba sin cesar, y dice:
« Mira del hombre la fatal carrera,
Mira del hombre el paradero infausto.
Aquí ya para siempre se aniquilan
Las grandezas del mundo, aquí se espantan
Los sueños de la gloria, aquí los vientos
De las pasiones se echan, y se borra
El vaho del vivir, y el hombre es nada.
Vendrá el trance cruel, vendrá, o amiga,
En que desciendas á la eterna noche
A acompañar mi soledad. ¡ Aleje,
Aleje el cielo tan fatal instante!
¡ Y cada nuevo sol mas despejado
El horizonte ensanche de tu vida!
Pero al fin ¿qué será, y encierra un siglo
El mas largo durar de su carrera?
Solo un pestañear, volviendo el rostro
Verás tu muerte á tu nacer tocando.
¡ Ay! á lo menos, pues el plazo es breve,
No, no le acortes suspirando ansiosa
Por otro dia, y sin cesar por otro;

Porque es nunca vivir, es vivir muertes,
Jugar este hoy por el mañana incierto.
Lejos, lejos de tí las ilusiones
Que al mísero mortal le van llamando,
Y las sigue, y se apartan, y engañosas
Tendiéndole los brazos, le enagenan,
Y le venden por fin, pues al sepulcro
Le atraen, tropieza, cae, y ellas huyeron.
Lejos de tí las bárbaras pasiones
Que en torbellinos de dolor arrastran
A los esclavos que las sirven ciegos,
Y su fortuna de su mar confian.
¿Qué es la ambicion, la vanidad, del oro
La frenética sed? ¿qué los deseos
De una imaginacion desenfrenada,
Y de un enfermo corazon? errores,
Y el error es un mal. ¿Quién en la tierra
Fué dichoso jamas llorando males?
La razon, la razon; no hay otra senda
Que á la alegre virtud pueda guiarte
Y á la felicidad. Por ella fácil
Tus deseos prudente moderando
Aprenderás á despreciar el mundo,
La gloria y la opinion, preciando solo
Lo que inflexible la razon aprueba.
Asi constante vivirás contigo,
Vivirás para tí, y harás mas larga
La próspera carrera de tus años,
Porque al fin vivirás. ¡O cuál me gozo
Al mirarte feliz en la grandeza
De tu alma pura! Superior al cieno
De este mundo infeliz, ni los desastres,
Ni la persecucion, ni los dolores
Te podrán abatir; ni la fortuna
Podrá mellar tu espíritu de bronce
Con sus brillantes dones mentirosos.
¿Qué puede dar la mísera fortuna
Que no posea quien felice goza

Una sana razon? ¿y qué desgracias
Ha de temer quien el mayor tesoro
De una conciencia irreprensible y pura
Dentro del corazon lleva escondido?
¡O Lorenza, Lorenza! ¡O tierna amiga!
¡A Dios, á Dios! Desde el dichoso instante
Que allá en Pisuerga te juró mi pecho
Una eterna amistad, ¿falté por suerte,
Falté, responde, á tu veraz cariño?
Siempre en mi memoria; siempre
Ardió por tí mi corazon sincero;
Siempre mis labios te dijeron finos
Palabras de amistad; y eternamente
Con mis consejos te probé y mis obras
La verdad de mi amor. Bajé al sepulcro,
Y él conmigo tambien: aquí á tu *Quero*,
Si es que un recuerdo para mí te queda,
Por siempre encontrarás; de noche y dia
Y en todas partes te hablarán mis labios,
Te hablarán la verdad. ¡O nunca apartes
Tu oido de mi voz! A Dios, amiga,
A Dios, á Dios: la eternidad te espera.»

# NOTICIA DE D. NIC. ALVAREZ DE CIENFUEGOS.

Nació en Madrid en 14 de diciembre de 1764. Hizo sus estudios en Salamanca, en donde floreció á la sazon aquella célebre escuela poética, fundada por Cadalso y Melendez. Apasionóse tambien Cienfuegos á la poesía, y formó su gusto en ella bajo la direccion de su grande amigo Melendez que á él y á Quintana llamaba sus alumnos favoritos y « jóvenes que serán la gloria del Parnaso español y el encanto de toda la nacion. » Vivió despues en Madrid retirado y viviendo solo con sus libros y con sus amigos. Algunas composiciones suyas que empezaron á correr de mano en mano, y las tragedias de *Zoraida* y *Condesa de Castilla*, que se representaron particularmente, le empezaron á dar un nombre literario en el público, que se acrecentó con la impresion que hizo en 1798 de todas sus obras poéticas. A poco tiempo le confió el gobierno la redaccion de la Gaceta y del Mercurio; y pocos años despues fué hecho oficial de la primera secretaría de estado. Así se hallaba cuando estalló la guerra de la independencia. Desde luego Cienfuegos dió á conocer su acendrada lealtad y patriotismo, que le acarrearon bien pronto la enemistad de los invasores. Así es que habiéndose publicado en la Gaceta de Madrid, cuya revision estaba á cargo de Cienfuegos, un artículo contrario á los designios del usurpador, fué llamado y reconvenido agriamente por Murat, á quien contestó con la noble entereza y dignidad que le caracterizaban. Irritando aun mas los invasores con tomar parte en el heróico alzamiento del dos de mayo de 1808, fué condenado á muerte por los franceses, que le hubieran arcabuceado, á no haber intervenido sus amigos, cuyas instancias obtuvieron el ser mitigada la pena de muerte en la de deportacion, pues él mismo no quiso ni aun en este extremo dar un paso con el gobierno intruso. De aquí es que el virtuoso Cienfuegos fué llevado á Francia con otros patriotas, á pesar de sus grandes y manifiestos achaques. Las molestias y vejaciones padecidas en tan penoso viage, la debilidad consiguiente á tantas fatigas, y mas que todo el amargo sentimiento de dejar á su patria oprimida por los invasores, acabaron con este distinguido patriota, que falleció á pocos dias de su llegada en Ortez á principios de julio de 1809[1].

[1] De allí dice *D. Alberto Lista* en su hermosísima oda en la muerte de Melendez:

> « Allí la ninfa del Adur vencido
> Quiere aplacar con ruegos
> *La inexorable sombra de Cienfuegos*. »

Fué individuo de la Academia Española, cuyas puertas le abrió su tragedia de *Pítaco*. Ademas de esta y de las ya citadas compuso la tragedia de *Idomeneo* y la comedia de las *Hermanas generosas* [1]. La mencionada edicion de 1798 es la única que hizo el mismo autor de sus obras poéticas, pues cuando se ocupaba con ahinco en la correccion de ellas, tratando de hacer otra edicion muy mejorada, sobrevino la invasion de los franceses en España que le anticipó la muerte, atajando todos sus proyectos. Todavia se han hecho despues de su muerte diferentes ediciones de sus obras poéticas, de las cuales es la mejór la que se hizo en la imprenta real en 1816 (2 vol. 8°) en que se han reunido con la tragedia de *Pítaco* algunas otras composiciones poéticas, que dejó manuscritas, á las publicadas anteriormente. De esta se han reimpreso solamente las poesías líricas en Paris (con la fecha de Madrid, al año de 1821) en un tomo en 12°.— Ademas de las poesías que se conocen suyas, dejó diferentes trabajos sobre etimologías y sinónimos castellanos [2], género de investigaciones para que tenia tanta aficion como talento, y un elogio en prosa del marques de Santa Cruz, leido en la junta de la Academia Española, de 2 de noviembre del año de 1802 [3].

Cienfuegos, nacido con alma sensible y con imaginacion fogosa, de carácter vehemente y apasionado, y cultivada ademas su razon con buenos estudios, no podia menos de expresar con una diccion verdaderamente poética y llena de energía los elevados sentimientos que le animaban. Pero entregado todo á la ilusion de la filantropía mas exaltada, y á las sensaciones tristes y algo efeminadas aunque deliciosas de la melancolía mas profunda, desluce con eso sus poesías hasta el extremo de descubrir afectacion, disgustando á veces en sus composiciones cierto tono dulzazo y quejumbroso, ageno de la sencillez con que se expresa el sentimiento: tambien su imaginacion ardiente le hace incurrir tal vez en hinchazon; y suele emplear metáforas aventuradas, si es que no violentas, descubriendo artificio cuándo solo debiera percibirse el lenguaje fácil, aunque animado, de las pasiones.

Pisando las huellas de su maestro Melendez, cultivó tambien la *poesía metafísica*, género nuevo hasta entonces en la poesía castellana: por eso imitaba á los extrangeros, y llegó á ser poco original y menos nacional; trataba de ser profundo, y se hizo oscuro; por eso, en fin, incurrió en aquel vicio, que sus adversarios han llamado *filosofismo*.

---

[1] Véase el detenido analisis y la acrisolada crítica qne hace de sus composiciones dramáticas *D. Fr. Martinez de la Rosa* en sus *Obras literarias*; tom. II, pág. 286-309.

[2] Algunos fragmentos de sus *Sinónimos* salieron á luz con este título: *Sinónimos castellanos de D. José Lopez de la Huerta y D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos*, edicion microscópica, hecha de órden superior, al año de 1830. Madrid, en la imprenta real; un tomo en 16°.

[3] Véase: *Memorial literario*, año de 1803, 15 de noviembre, número XLI, pág. 160 y siguientes.

Fuera de esto el uso excesivo de palabras compuestas, los arcaismos poco necesarios, y sobre todo las frases y palabras inventadas por él daban á su diccion cierto aire de extrañeza y afectacion: defecto que es tanto mas de sentir, cuanto disminuye el encanto de la versificacion, generalmente llena de vigor, rotunda y armoniosa. De aquí es que se le ha tachado « de escritor extravagante y contagioso, de quien la juventud debe huir si no quiere corromperse, » y que un crítico tan severo como el señor don *Vicente Salvá* dice: « Cienfuegos ha escrito en una lengua que le pertenece exclusivamente, pero que no es la castellana de ninguna época. »

# POESIAS

DE

## D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

---

### *A la expedicion española para propagar la vacuna en América, bajo la direccion de D. Francisco de Balmis.*

¡Vírgen del mundo, América inocente!
Tú, que el preciado seno
Al cielo ostentas de abundancia lleno
Y de apacible juventud la frente;
Tú, que á fuer de mas tierna y mas hermosa
Entre las zonas de la madre tierra,
Debiste ser del hado,
Ya contra tí tan inclemente y fiero,
Delicia dulce y el amor primero;
Oyeme: si hubo vez en que mis ojos
Los fastos de tu historia recorriendo
No se hinchesen de lágrimas; si pudo
Mi corazon sin compasion, sin ira,
Tus lástimas oir; ¡ah! que negado
Eternamente á la virtud me vea,
Y bárbaro y malvado,
Cual los que asi te destrozaron, sea.

Con sangre estan escritos
En el eterno libro de la vida
Esos dolientes gritos
Que tu labio afligido al cielo envia.
Claman allí contra la patria mia,
Y vedan estampar gloria y ventura

En el campo fatal donde hay delitos.
¿No cesarán jamas? ¿No son bastantes
Tres siglos infelices
De amarga expiacion? Ya en estos dias
No somos, no, los que á la faz del mundo
Las alas de la audacia se vistieron
Y por el Ponto Atlántico volaron;
Aquellos que al silencio en que yacias
Sangrienta, encadenada te arrancaron. —

« Los mismos ya no sois; ¿pero mi llanto
Por eso ha de cesar? Yo olvidaria
El rigor de mis duros vencedores:
Su atroz codicia, su inclemente saña
Crímen fueron del tiempo, y no de España.
¿Mas cuándo ¡ay Dios! los dolorosos males
Podré olvidar que aun mísera me ahogan?
Y entre ellos... ¡Ah! venid á contemplarme,
Si el horror no os lo veda, emponzoñada
Con la peste fatal que á desolarme
De sus funestas naves fué lanzada.
Como en árida mies hierro enemigo,
Como sierpe que infesta y que devora,
Tal su ala abrasadora
Desde aquel tiempo se ensañó conmigo.
Miradla embravecerse, y cual sepulta
Allá en la estancia oculta
De la muerte mis hijos, mis amores.
Tened ¡ay! compasion de mi agonía
Los que os llamais de América señores:
Ved que no basta á su furor insano
Una generacion, ciento se traga;
Y yo espirante, yerma, á tanta plaga
Demando auxilio, y le demando en vano. » —

Con tales quejas el Olimpo heria,
Cuando en los campos de Albion natura
De la viruela hidrópica al estrago
El venturoso antídoto oponia.

La esposa dócil del zeloso toro
De este precioso don fué enriquecida,
Y en las copiosas fuentes le guardaba,
Donde su leche cándida á raudales
Dispensa á tantos alimento y vida.
*Jenner* lo revelaba á los mortales:
Las madres desde entonces
Sus hijos á su seno
Sin susto de perderlos estrecharon,
Y desde entonces la doncella hermosa
No tembló que estragase este veneno
Su tez de nieve y su color de rosa.
A tan inmenso don agradecida
La Europa toda en ecos de alabanza
Con el nombre de *Jenner* se recrea;
Y ya en su exaltacion eleva altares,
Donde á par de sus genios tutelares
Siglos y siglos adorar le vea.

De tanta gloria á la radiante lumbre
En noble emulacion llenando el pecho
Alzó la frente un español: « No sea,
Clamó, que su magnánima costumbre
En tan grande ocasion mi patria olvide.
El don de la invencion es de fortuna,
Gócele allá un inglés; España ostente
Su corazon espléndido y sublime,
Y dé á su magestad mayor decoro,
Llevando este tesoro
Donde con mas violencia el mal oprime.
Yo volaré, que un númen me lo manda,
Yo volaré; del férvido Océano
Arrostraré la furia embravecida,
Y en medio de la América infestada
Sabré plantar el árbol de la vida. »

Dijo, y apenas de su labio ardiente
Estos ecos benéficos salieron,

Cuando tendiendo al aire el blando lino,
Ya en el puerto la nave se agitaba
Por dar principio á tan feliz camino.
Lánzase el Argonauta á su destino:
Ondas del mar, en plácida bonanza
Llevad ese depósito sagrado
Por vuestro campo líquido y sereno:
De mil generaciones la esperanza
Va allí, no la anegueis, guardad el trueno,
Guardad el rayo y la fatal tormenta
Al tiempo en que dejando
Aquellas playas fértiles, remotas,
De vicios y oro y maldicion preñadas
Vengan triunfando las soberbias flotas.

A *Balmis* respetad: ¡o heróico pecho,
Que en tan bello afanar tu aliento empleas!
Ve impávido á tu fin. La horrenda saña
De un ponto siempre ronco y borrascoso,
Del vértigo espantoso
La devorante boca,
La negra faz de cavernosa roca
Donde el viento quebranta los bajeles,
De los rudos peligros que te aguardan
Los mas grandes no son ni mas crueles.
Espéralos del hombre: el hombre impío,
Encallado en error, ciego, envidioso,
Será quien sople el huracan violento
Que combata bramando el noble intento.
Mas sigue, insiste en él firme y seguro:
Y cuando llegue de la lucha el dia,
Ten fijo en la memoria
Que nadie sin teson y ardua porfía
Pudo arrancar las palmas de la gloria.

Llegas en fin; la América saluda
A su gran bienhechor, y al punto siente
Purificar sus venas

El destinado bálsamo : tú entonces
De ardor mas generoso el pecho llenas,
Y obedeciendo al númen que te guia,
Mandas volver la resonante prora
A los reinos del Ganges y á la aurora.
El mar del mediodia
Te vió asombrado sus inmensos senos
Incansable surcar : Luzon te admira,
Siempre sembrando el bien en tu camino,
Y al acercarte al industrioso chino,
Es fama que en su tumba respetada
Por verte alzó la venerable frente
Confucio, y que exclamaba en su sorpresa :
« ¡Digna de mi virtud era esta empresa! »

¡Digna, hombre grande, era de tí! ¡bien digna
De aquella luz altísima y divina,
Que en dias mas felices
La razon, la virtud aquí encendieron!
Luz que se extingue ya : *Balmis*, no tornes,
No crece ya en Europa
El sagrado laurel con que te adornes.
Quédate allá, donde sagrado asilo
Tendrán la paz, la independencia hermosa :
Quédate allá, donde por fin recibas
El premio augusto de tu accion gloriosa.
Un pueblo, por tí inmenso, en dulces himnos
Con fervoroso celo
Levantará tu nombre al alto cielo :
Y aunque en los sordos senos
Tú ya durmiendo de la tumba fria
No los oirás, escúchalos al menos
En los acentos de la musa mia.

## *A la hermosura.*

Cuando en la flor de mis risueños dias
Mi vista hirió tu luz, dulce hermosura,

¡Oh cómo palpité! ¡cómo mi pecho
Te amó, te idolatró! Tú númen fuiste
Que desplegar hiciste
El vuelo de mi voz; tú presidias
De mi cítara al son, que entonces era
Mas bien el eco de las ansias mias,
Que el eco de tu gloria: exento ahora
De temor, de deseo y de esperanza,
Que aceptes pido con afable agrado
El tributo que rindo á tu alabanza.

¡Oh si al formar tu vencedor traslado,
Benigno el cielo la apacible tinta
Me diera, con que el dia en el oriente
Nace á inundarle en cándidos albores!
¡Los hermosos colores
Flora me diera, con que adorna y pinta
Al soberbio clavel su altiva frente!
Diérame de su seno la fragancia,
Y la bella elegancia
Que gentiles los álamos despliegan
Cuando las auras del abril los mecen,
Cuando las lluvias del abril los riegan.

A tu nacer testigo
El orbe se recrea,
Que tanto llega á florecer contigo:
Y te contempla en tu halagüeña cuna,
Como al morir el dia
Mira el recinto de la selva umbría
La incierta luz de la naciente luna.
Mírate Amor alborozado, y lleno
Ya del ardor que en esperanza siente:
Yo bañaré con mi esplendor su frente,
Soberbio exclama, y con mi ardor su seno.

Crece: que el lirio y la purpúrea rosa
Tiñan tus gratos miembros á porfía:

El sol de mediodia
La lumbre encienda de tus ojos bellos:
Que el tímido pudor la temple en ellos:
La esencia de las flores
Tu dulce aliento sea,
Y á velar tus encantos vencedores
Bajen en crespas ondas tus cabellos:
En tu nevado seno
Empiecen los amores
La primera á gustar de sus delicias:
Tu pie en la danza embellecer se vea,
Y tu cándida mano en las caricias.

Diosa de la beldad, alza la frente,
Mira tu gloria: al contemplarla el sabio
Despide de su mente
La grave austeridad: la indiferente
Desmayada vejez siente que inflama
Tu viva lumbre sus cenizas frias,
Y suspirando exclama:
¡Ah, quién volviera á los floridos dias!
Mientras que ansiosa, arrebatada y ciega
La juventud á oleadas
Corre, y se agolpa tras de tí, y á oleadas
Su tierno afan á tributarte llega.

¡Qué nube de esperanzas y deseos
Te halaga en derredor! ¡qué de suspiros!
¡Cuántos amores! Y soberbia y fiera,
Sin ver ni agradecer, sigues hollando
La apacible carrera
Sembrada de placer, ornada en flores,
Tras tu carro de triunfo arrebatando
Los míseros despojos
De tantos amadores,
Que al son de su cadena,
Bendiciendo tu luz, cantan su pena.

¡Dichoso aquel que junto á tí suspira,
Que el dulce néctar de tu risa bebe,
Que á demandarte compasion se atreve,
Y blandamente palpitar te mira!
¡En fin triunfaste, amor! ¿Cuál es la gloria
Que iguale en su contento
A tan bella y magnífica victoria?
Mira al mortal que devoró los dones,
Los dulces dones suspirados tanto,
Cual se agita impaciente, estremecido,
De vanidad henchido,
De gozo inmenso, de inefable encanto.

¡Y no es eterno! ¡ay Dios! ¡y llega un dia
En que del albo seno
Cansada la hermosura
Lanza al amor! Amor la embellecia:
Él su semblante de expresion bañaba,
Él gracia la inspiraba y bizarría,
El mundo la veia,
Y cual templo de un dios la respetaba.
Y ora apagando la sagrada antorcha
Sus alas tiende Amor, y huye gimiendo
A la vana inconstancia, á la falsía,
Que su altar profanaron,
Y la alma fuente del sentir cegaron.

No asi en tí se cegó, cuando á la tierra
Ejemplo dabas del amor mas puro,
Heloisa infeliz. ¿Cuál fué la mano
Que despiadada y dura
Hundió en ese recinto pavoroso,
Morada del horror, tanta hermosura?
Y respondes: — Mi amor. — ¿Quién por tu seno
Dilató de tan bárbaros dolores
El amargo raudal? — Mi amor. — ¿Un tiempo
No llegará en que espire
El nombre de Abelardo en tus clamores,

De que el eco se llena,
Y en esas anchas bóvedas resuena?—

No lo sufre mi amor: mira los dias
Cuál pasaron por mí: su triste huella
Marchitó mi beldad, sin que un instante
Viese templar la inapagable llama
Que me consume. Feneció mi amante
Sin fenecer mi amor; sus restos frios
Son sin cesar bañados
De ardiente llanto y de lamentos mios.
Déjame en ellos inundarme: el cielo
Este solo placer es el que ha dado
A mi infelice suerte.
Déjame mi dolor: cuando la muerte
Venga á librarme del horror del mundo,
Entonces ¡ay! en mi postrer momento
*Abelardo*, dirá con hondo acento,
*Abelardo*, mi labio moribundo.—

Asi sus ayes lastimeros hienden
De siglo á siglo, y sus agudos ecos
En lástima y amor el pecho encienden.
Rosas y mirtos á su tumba, y llanto,
Llanto mas bien; las lágrimas que vierto,
Al mismo tiempo que mi voz la nombra,
Son dulce ofrenda á su adorable sombra.
¿Tanto vale el sentir? ¿A tanto alcanza
Su divino poder? Ojos hermosos,
Sabed que nunca pareceis mas bellos,
Sabed que nunca sois mas poderosos,
Que cuando en vos se mira
El vivo afan que el sentimiento inspira.
Sin él, ¿qué es la beldad? Flor inodora,
Estatua muda que la vista admira,
Y que insensible el corazon no adora.

## A CINTIA.

### *La danza.*

¿Oyes, Cintia, los plácidos acentos
Del sonoro violin? Pues él convida
Tu planta gentilísima y ligera:
Ya la vista te llama,
Ya en la dulzura del placer que espera
El corazon de cuantos ves se inflama.
¿Quién ¡ay! cuando ostentando
El rosado semblante
Que en pureza y candor vence á la aurora,
Y el cuello desviando
Blandamente hácia atras, das gentileza
A la hermosa cabeza
Reposada sobre él; quién no suspira,
Quién al ardor se niega
Que bello entonces tu ademan respira?

¡Con qué pudor despliega
De su cuerpo fugaz los ricos dones,
La alegre pompa de sus formas bellas!
Vaga la vista embelesada en ellas:
Ya del contorno admira
La blanda morbidez, ya se distrae
Al delicado talle do abrazadas
Las Gracias se rieron,
Y su divino ceñidor vistieron.
Ya en fin se vuelve á los hermosos brazos
Que en amable abandono,
Como el arco de Amor dulces se tienden:
¡Ay! que ellos son irresistibles lazos
Donde el reposo y libertad se prenden.
¡O imágen sin igual! nunca la rosa,
La rosa que primera
Se pinta en primavera,

De favonio al ardor fué tan hermosa,
Ni asi eleva su frente la azucena,
Cuando de esencias llena
Con gentileza y brio
Se mece á los ambientes del estío.

Suena empero la música, y sonando
Ella salta, ella vuela : á cada acento
Responde un movimiento, una mudanza
Vuelve siempre á un compas; su ligereza
De belleza en belleza
Vaga voluble, el suelo no la siente.
Bella Cintia, detente :
¿Mi vista, que te sigue,
No te podrá alcanzar? ¿Nunca podria
Señalar de tus pasos
La undulacion hermosa,
La sutil graduacion? Cuando suspiro
Al fenecer de un bello movimiento,
Otro mas bello desplegarse miro.
Asi del íris serenando el cielo
Con su gayado velo
En su plácida union son los colores :
Asi de amable juventud las flores,
Do si un placer espira,
Comienza otro placer. Ved los amores,
Sus mudanzas siguiendo
Y las alas batiendo
Dulcemente reir : ved cuan festivo
El céfiro en su túnica jugando
Con los ligeros pliegues
Graciosamente ondea,
Y él desnudo mostrando
Suena y canta su gloria, y se recrea.
Y ella en tanto cruzando
Con presto movimiento
Se arrebata veloz : ora risueña
En laberintos mil de eterno agrado

Enreda y juega la elegante planta :
Altiva ora levanta
Su cuerpo gentilísimo del suelo,
Batiendo el aire en delicado vuelo.
Huye ora, y ora vuelve, ora reposa
En cada instante de actitud cambiando,
Y en cada instante ¡o Dios! es mas hermosa.

Atónita mi mente es conmovida
Con mil dulces afectos; y es bastante
Un silencio elocuente á darles vida.
¿Mas qué valen las voces
A par del fuego y la pasion que inspiran
En expresion callada
Los negros ojos que abrasando miran?
¿A par de la cadena
Que ó bien me da de la amorosa pena
El tímido afanar, ó en ella veo
La presta fuga del desden que teme,
O el vuelo ardiente del audaz deseo?
¡Salud, danza gentil! tú, que naciste
De la amable alegría,
Y pintaste el placer; tú, que supiste
Conmover dulcemente el alma mia,
De cuadro en cuadro la atencion llevando,
Y dando el movimiento en armonía.

Asi tal vez de la vivaz pintura
Ví de la antigua fábula animados
Los fastos respirar. Aquí Díana
De sus ninfas seguida
Al ciervo en raudo curso fatigaba,
Y el dardo volador tras él lanzaba :
Allí Citéres presidiendo el coro
De las Gracias rïentes,
Y á Amor con ellas en festivo anhelo,
Y en su risa inmortal gozoso el cielo :
El trono mas allá cercar las Horas

Del sol miraba en su veloz carrera,
Y asidas deslizándose en la esfera
Vertiendo lumbre iluminar los dias.

¡Oh Cintia! tú serias
Una de ellas tambien, tú la mas bella:
Tú en la que brilla la rosada aurora:
Tú la agradable hora
Que vuelve en su carrera
La vida y el verdor de primavera:
Tú la primera los celestes dones
Dieras al hombre de la edad florida:
Volando tú, rendida
La belleza inocente
Palpitara de amor: y tú serias
La que bañada en celestial contento
Del deleite el momento anunciarias.

¡Oh hija de la beldad, Cintia divina!
La magia que te sigue
Me lleva el corazon: cesas en vano,
Y en vano desapareces, si aun en sueños
Mi mente embelesada
Tu imágen bella retratar consigue.
La magia que te sigue
Me lleva el corazon: ya por las flores
Mire veloz vagando
La mariposa, ó que la fuente ria
De piedra en piedra dando,
O que bullan las auras en las hojas;
Do quier que gracia y gentileza veo,
Allí está Cintia en mi delirio digo,
Y ver á Cintia en mi delirio creo.

Asi vive, asi crece
Por tí mi admiracion, y arrebatada
No te puede olvidar. Ahora mi vida
Florece en juventud. ¿Cómo pudieran

No suspenderla en inefable agrado
Tanta y tanta belleza que ya un dia
Soñaba yo en idea,
Y en tí vivas se ven ? Vendrán las horas
De hielo y luto, y la vejez amarga
Vendrá encorvada á marchitar mis dias :
Entonces ¡ ay ! entre las penas mias
Tal vez en tí pensando
Diré, vi á Cintia : y en aquel momento
Las gracias, la elegancia,
Las risas, la inocencia y los amores
A halagarme vendrán ; vendrá tu hermosa
Imágen placentera,
Y un momento siquiera
Mi triste ancianidad será dichosa.

## *Al mar.*

Calma un momento tus soberbias ondas,
Océano inmortal, y no á mi acento
Con eco turbulento
Desde tu seno líquido respondas.
Cálmate, y sufre que la vista mia
Por tu inquieta llanura
Se tienda á su placer. Sonó en mi mente
Tu inmenso poderío,
Y á las playas remotas de occidente
Corrí desde el humilde Manzanares,
Por contemplar tu gloria,
Y adorarte tambien, dios de los mares.

Que ardió mi fantasía
En ansia de admirar, y desdeñando
El cerco oscuro y vil que la ceñia,
Tal vez allá volaba,
Do la eterna pirámide se eleva,
Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.
Tal vez trepar osaba

Al Etna mugidor, y allí veia
Bullir dentro el gran horno,
Y por la nieve que le ciñe en torno
Los torrentes correr de ardiente lava,
Los peñascos volar, y en hondo espanto
Temblar Trinacria al pavoroso trueno:
Mas nada, ¡o sacro mar! nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno.

Heme en fin junto á tí: tu hirviente espuma
El alto escollo sin cesar blanquea,
Do entre temor y admiracion te miro.
Inquieto centellea
En tu cristal el sol, que al occidente
De magestad vestido huye y se esconde.
¿Dónde es tu fin? ¿en dónde
Mis ojos le hallarán? Con pie ligero
Tú te tiendes y corres, y llevado
Cual en las alas de aquilon sonante
Mi espíritu anhelante
Te sigue al ecuador, te halla en el polo,
Y endeble desfallece
A tanta inmensidad. ¿Te hizo el destino
Para ceñir y asegurar la tierra,
O en brazo aterrador á hacerle guerra?

¡Ay! que ese resonante movimiento
Me abate el corazon. Yo ví las mieses
Agitadas del viento
En los estivos meses,
Y dóciles y trémulas llevarse,
Y en seco son de su furor quejarse.
Ví el vértigo del polvo, y ví en las selvas
Contrastados tambien los altos pinos
Sacudirse y bramar: mas no este ciego,
Este hervir vividor, estas oleadas
Que llegan, huyen, vuelven,
Sin cansarse jamas: tiembla la arena

Al golpe azotador, y tú rugiendo
Revuélveste y sacudes
Una vez y otra vez : al ronco estruendo
Los ecos ensordecen,
Los escollos mas altos se estremecen.

Cesa ¡o mar! cesa ¡o mar! ten compasivo
Piedad del flaco asiento
Que me sostiene exánime y pasmado.
¿No me oyes, no? ¿y violento
Te ensoberbeces mas? Ya desatado
El horrendo huracan silba contigo :
¿Qué muralla, qué abrigo
Bastarán contra tí? Negras las olas
A manera de sierras se levantan,
Y en hondos tumbos y rabiosa espuma
Su furia ostentan y mi pecho espantan.
¿Llegó tal vez el dia
En que tras tanta guerra
El paso vencedor des en la tierra,
Y bramando allá dentro envuelvas ciego
Playas, imperios y hombres infelices,
Y al hondo abismo los sepultes luego?

Como cuando en tu vértigo espantoso
La Atlántica se hundió. Con fuerte mano
Las zonas todas de la tierra asidas
Burlar pensaban tu furor, y en vano.
Que al golpe redoblado, impetuoso,
El eje poderoso
Se sintió vacilante, y estallando
Perdió su alto nivel : luchando entonces
Las ondas con las ondas se encontraron,
Y horrísonas cayeron,
Y el orbe estremecido desgarraron.
¿Dó la region vastísima que un dia
Desde Atlas á la América corria?
Destrozada, anegada, hoy solo dura

En la fragosa altura
Que de tanto furor salvó la frente:
Dura ya solo en la memoria oscura,
Que lleva ¡o insano mar! de gente en gente
Los ecos voladores
De tu antigua violencia y tus horrores.

¡Y tanta fué del hombre la osadía
Que los quiso arrostrar! sube á los montes,
Y la tenaz porfía
De su mordaz segur humilla al suelo
Al cedro que resiste á las edades,
Al pino que se esconde allá en el cielo.
Gimieron ambos cuando al mar lanzados
En nadantes alcázares miraron
Trocar su antiguo ser y su destino,
Y al aire dando el vagaroso lino,
Los leves campos de cristal surcaron.
A Dios, amada playa; á Dios, hogares:
El hombre audaz en la orgullosa popa
Os mira, os huye, y por los anchos mares
Al volver de las ondas se confia.
En vano el rumbo le negaban ellas,
Él le arrancó en el cielo
Al polo refulgente y las estrellas.
¿Qué pudo desde entonces
Negarse á su anhelar? Fiero y sañoso
El alto Tormentorio amenazaba
Con un mar de terror, y proceloso
Las puertas del oriente defendia:
Mas vuela, rompe, y le sorprende Gama,
Y los hijos de Luso al punto hollaron
El golfo indiano y la mansion de Brama.
Colon, arrebatado
De un númen celestial, busca atrevido
El nuevo mundo revelado á él solo.
Y tres veces el polo
Ve al impávido Cook romper los hielos

Que á fuer de montes su rigor despide,
Descubriendo el secreto vergonzoso
Del yermo inmenso á que sin fin preside.
¡ Gloria eterna á sus nombres ! ¡ dadme rosas,
Dadme lauro inmortal, que adorne y ciña
Sus frentes generosas!
Mirad la tierra á su divino esfuerzo
Enriquecerse toda, y mil tesoros
De su fecundo seno
Benéfica brotar : mirad la aurora
Unida al occidente,
Y al septentrion el sur. A este portento,
Furioso el Océano
Es fama que gritó : « ¡ Con que es en vano
Haber yo roto el orbe, y que tendiendo
El valladar profundo
De mis terribles ondas,
Un mundo haya negado al otro mundo ! »

¿ Cómo despues tan abundosa fuente
De amistad y de union tornarse pudo
De estragos y violencias
Perenne manantial? Se alzó insolente
La vil codicia, y navegar con ella
Se vió el odio fatal en los navíos.
¿ No era bastante, impíos,
Los vientos escuchar que en torno braman,
Los escollos temblar, mirar el cielo
Cubrirse todo de espantosas nubes,
Y arderse en rayos, á los pies hirviendo
Sentir el mar sañudo,
Y una tabla sutil ser vuestro escudo;
Sin que á tan tristes plagas
Añadieseis tambien la plaga horrenda
De la guerra cruel? Ardiendo en ira
Ella cruza, ella agita, y atronado
El ponto en sangre enrojecer se mira.

Guerra: ¡bárbaro nombre! á mis oidos
Mas triste y espantoso
Que este mar borrascoso
Tan terrible y atroz en sus rugidos;
¡Que no fuese yo un dios! ¡oh cómo entonces
El horror que te tengo, el universo
Te jurara tambien! Ondas feroces,
Sed justas una vez: ya que la tierra
Muda consiente que la hueste impía
De Marte asolador brame en su seno;
Vosotras algun dia
Vengadla sin piedad: esas crueles,
Esas soberbias naos,
Que preñadas de escándalo y rencores
Turban vuestro cristal con sus furores,
Del cielo y vientos contrastar se vean,
Y en ciego torbellino
Todas á un tiempo devoradas sean.
Tal vez asi de la discordia el fuego
No osará profanar el océano,
Tal vez el orbe dormirá en sosiego.

### *Despedida de la juventud.*

Creced y floreced, plantas hermosas,
Creced y floreced, y alzando al cielo
Esas ramas sonantes y frondosas,
Bañad en dulce lobreguez el suelo:
Que yo angustiado á vuestra sombra amiga
Me acogeré, y en ella
Tendré un asilo al fin donde no sienta
El vivo resplandor que el sol ostenta.
Él en eterna juventud luciendo
Vuela, y vuela sin fin: ¿qué son los años,
Qué los siglos ante él? Ruedan furiosos,
Y á contrastar su solio se amontonan;
Y en su feliz carrera

Nada marchita su beldad primera,
Todos su gloria y su esplendor coronan.

¡Oh cuánta diferencia
Entre su fuerza y la flaqueza mia!
Sigue un dia á otro dia,
Y en su sorda inclemencia
Cada cual me amortigua, y me arrebata
Al término en que espira la alegría.
Vuelvo la vista, y angustiado miro
Yacer segadas de mi edad las flores;
Y la vida mostrárseme erizada
De espinas solamente y de dolores.

Tened ¡ay! compasion de mi amargura,
Que bien me la debeis, árboles bellos.
Decid: cuando los vientos bramadores
A la voz del noviembre se desatan,
Y sacudiendo frio,
En su furor horrísono maltratan
Vuestro verdor sombrío,
Y anunciándoos vejez de angustia os llenan,
Y á desnudez tristísima os condenan;
¿No sentis? ¿no llorais? y estremecidos
¿No os acordais de abril, cuando halagüeñas
Las manos de natura engalanaban
Vuestras frentes risueñas,
Cuando el aura os besaba con ternura,
Y los ojos distantes que os miraban,
Cual templos de frescura
Y asilos de placer os saludaban?

Tal de mi juventud y de mi gloria
Los venturosos dias
Se pintan tristemente en mi memoria,
Al tiempo que volando
Huyen lejos de mí, sin que mis ayes
Solo un momento detenerlos puedan.
A Dios, divino Amor, que desplegando

Las bellas alas de oro,
Me llevabas en ellas
Por senderos de flores,
Y el pecho y labio sin cesar colmabas
Del néctar celestial de tus favores.

A Dios: la cruda mano
Del tiempo, á mis delicias enemigo,
Te arrebata consigo.
Y ¡ oh cuántos otros bienes el tirano
Me arrebata tambien! ¿ Con que la risa
Huyó por siempre de los labios mios,
Y la fiel confianza de mi frente?
Mis ojos ¡ ay! de lágrimas vacíos,
¿ Será que nunca á desahogar ya tornen
Mi triste corazon, y que se vean
De él por siempre alejadas
Las esperanzas que halagüeñas rien,
Las ilusiones que sin fin recrean?

Contigo, ¡ o juventud! contigo nace
El entusiasmo ardiente
Que arrebata hácia el bien, contigo espira,
Y tras él la virtud mustia y doliente
Privar de fuerza y marchitar se mira.
¿ Qué á tu ferviente anhelo
Cuestan jamas los sacrificios? Oyes
La voz de la amistad, sientes la llama
Del patriotismo que tu pecho agita,
O bien la gloria que en honor te inflama;
Partes entonces desalada, y corres
Impávida á tu fin: como en la selva
El volador caballo
Cuando en dichosa libertad respira,
Orgulloso se lanza á la carrera.
El viento no le alcanza, y vanamente
A intimidar su ardiente lozanía
Las ramblas y torrentes se presentan:

Las ramblas y torrentes acrecientan
Su generoso aliento y su osadía.

Y en vez de tantos dones
Como en mi tierno corazon moraban,
Y en su luz generosa me ensalzaban,
¿Qué ofreces á mi vida,
Oscuro porvenir? El triste freno
De la prudencia, y su compas helado:
Mientras que derramando su veneno
La vil sospecha, asida
Del funesto puñal del desengaño,
En cada halago temerá un peligro,
Tras cada bien me mostrará un engaño:
Y roto el velo á la ilusion, el mundo,
Que pintado en tan mágicos colores
A mi inocente espíritu reia,
Será de hoy mas á la tristeza mia
Yermo sin amistad y sin amores.

Morir fuera mejor: mas ¡ay! que abiertas
Ya á devorarme aspiran
De la siguiente edad las negras puertas.
La vista estremecida
Duda, y se vuelve atras: deten la mano,
Y no de bronce la eternal barrera
Corras, que esconde mi estacion florida,
¡Dura necesidad! ¡Oye mi ruego!...
Mas no me escucha, y la corrió, y yo ciego
Sin poderme valer, desconsolado,
Del carro del destino arrebatado,
A su imperiosa voluntad me entrego.

## A don Ramon Moreno.

### *Sobre el estudio de la poesía.*

« ¿Y nos dejas, infiel? ¿y asi abandonas
Tantas horas de afan? ¿y asi al olvido

La flor darás de tus primeros dias,
Que tantos lauros á tu sien prometen?
Nosotras á tu oriente presidimos:
¿Quién de fuego tu pecho, y de ternura
Llenó tu corazon? ¿Quién de armonía
Bañó el acento de tu voz süave,
Cuando Henares oyéndola, sus ondas
Serenaba suspenso, y de tu canto
El eco por sus márgenes sonaba?»

Asi te hablaban las amables Musas;
Y tú, esquivando su apacible halago,
Otra gloria, otra senda prevenias
A tu noble ambicion: ellas la vieron,
Y de tu ingrata desercion lloraron.
¿Fué desprecio tal vez? ¿Pudo en tu mente
Caber tambien la vergonzosa idea
Con que orgullosa la ignorancia humilla
Este celeste don, y en sus furores
Le dice vano y frívolo, y riendo
Marca en oprobio el nombre de poeta?

Ella sola entre nieblas asentada
Puede desconocer el noble orígen
Del talento que insulta, y ella sola
Nó respetar los sacrosantos nudos
Que con natura y la virtud le hermanan.

Cuando rompe la aurora en el oriente,
Y el rayo anuncia de la luz febea,
¿Quién entonces se niega á la alegría,
Al himno universal con que saluda
La tierra al nuevo sol? ¿Quién si la noche
Tiende su manto lóbrego, y el seno
De Olimpo con mil lumbres centellea,
De un horror melancólico y sublime
No se siente ocupar? ¿Cuál es el pecho
Que en férvido entusiasmo no se agita

Al mirar de su cárcel desatarse
Los aquilones, que azotando el polo,
Que agitando la mar, tremendos braman,
Y estrago y noche y tempestad lanzando
Estremecen el orbe en sus furores?

¡O tú, infeliz, que en tu insensible pecho
Jamas probaste el sentimiento hermoso
Que estos cuadros magníficos inspiran;
Tú solo puedes despreciar grosero
Al genio que los pinta; y si la suerte,
Avara de tu bien, negó á tus ojos
El conocer la luz, y á tus oidos
El sublime placer de la armonía,
Calla: ¿qué harán tus importunos gritos?
Mostrar patente tu ignorancia oscura,
Y hacer odiosa tu fatal dureza.

Entra, amigo, en tí mismo, y las dos fuentes
En tí hallarás del arte encantadora
Que debes admirar; fuentes eternas
De do su gloria y su poder descienden.
Mira el espejo rutilante y puro
De tu imaginacion, que en su grandeza
El mundo todo, el universo entero
Sin contenerse en límites abarca:
Contempla luego la inexhausta hoguera
En cuyo fuego las pasiones arden,
Y el sentimiento sin cesar se ceba;
Y asi como en su curso van los rios
Deslizando hácia el mar sus claras ondas,
Ondas que de él en vagarosas nubes
Salieron ya; verás la poesía
Del corazon y mente descendiendo,
Al corazon y mente arrebatarse.
En vano intentas resistir: tu oido
Su acento ganará; tu fantasía
Poblarán sus imágenes hermosas:

Y al volcan de su fuego y su vehemencia
Tu corazon ardiendo, vendrá el punto
En que vencido, arrebatado sigas
El carro triunfador de su alta gloria.

Tal será su poder: tal siempre ha sido:
Si lo niegas, pregunta al universo,
Sus fastos lo dirán: ve la violencia
Con que el torrente de los siglos corre,
Anonadando en su fugaz camino
Hombres, naciones: los imperios crecen,
Y otros imperios que á su vez se elevan
Crecen, y llegan, y los tragan, y huyen,
Como impelidas de los euros frios
Huyen las nieblas, sin dejar sus alas
Huellas ningunas por el aire vago.
Pues el genio inmortal de la armonía
Venció tanto furor: la faz del mundo
Trastornada se ve, y él resonando
En medio á tanta ruina, hasta la esfera
Los ecos lleva de su noble acento,
Y el hombre absorto de placer le admira.
¿Oyes el nombre del social Orfeo
Entre aplausos aun? ¿oyes cuál suena
La trompa heróica del cantor de Aquiles,
Y estrellarse en su nombre las edades,
Añadiendo en su honor nuevos trofeos?

¡Vivid, padres del canto! ¡almas sublimes,
De la tierra esplendor! ¿No sois vosotros
Los que admirando el universo, y llenos
De inmenso fuego al contemplar las leyes
En que el órden se asienta, arrebatados
De sagrado furor en vuestra lira
El amor, la virtud, el bien cantábais,
Y de los hombres la rudez pulísteis!
Hélos cual tigres respirando ciegos
Estrago y sangre, con fatal crueza

Entre sí devorándose, y feroces,
Solos, desnudos habitar las cuevas,
Que dió natura á los agrestes brutos:
¡Mísera humanidad! Padres del canto,
Venid: á vuestra plácida armonía
El hombre sorprendido alza la frente,
Y ledo mira al sol: ya en sus entrañas
Arde el amor; esposo, padre, amigo,
Hombre es ya en fin, en sociedad se anida,
Y el cielo alegre á su ventura rie.
¡Vivid, padres del canto! no la tierra
Tan ingrata será, que al hondo olvido
Dé la memoria de los faustos dias
Que vuestras bellas fábulas recuerdan.
No la dará: si vuestros nombres mueren,
Será allá cuando el mundo hecho pedazos
En el estrago universal esconda
Los nombres que sus ámbitos llenaron.

Y este precioso don, que al arte un dia
Debió la especie entera, en todos tiempos
Le goza el hombre. Díme: allá en tu infancia,
¿Quién suavizaba y de risueñas flores
De la instruccion la senda te cubria,
Sino su halago? Sus grandiosos himnos
Te elevan al Olimpo, sus canciones
Te inundan de placer en tus festines.
Y abate luego, si á abatir te atreves,
La grandeza del genio que elevado
En generoso vuelo arde, y te lleva
A ansiar, llorar, á suspirar consigo,
A amar y aborrecer: que yo entre tanto
Al ver los mundos que á su arbitrio crea,
Un númen bienhechor en él bendigo,
Y hombre de un hombre en el grandor me elevo.

¿Serán tal vez sus formas agradables,
Y la eterna beldad de que se ciñe,

Las que en su oprobio á declamar te incitan?
¡Hombre feroz! en tu fatal dureza
Arranca al prado su vistosa alfombra,
Su verdura á los árboles, y nunca
Las auras templen el fogoso estío.
¡Ay! harto amargo de la vida el cáliz
Es al hombre infeliz, para que esquivo
Tambien le niegues el escaso néctar
Que á veces baña de placer sus horas.

Y no siempre su honor la poesía
Fundó en el muelle acento y blando halago,
En los objetos frívolos que ahora
Por nuestra mengua sin cesar la emplean.
Si es que los ecos bélicos te agradan,
Si los hórridos cantos de Tirteo
Aun quieres escuchar, vuela conmigo
Al campo de Mesenia, y en él mira
A los hijos de Esparta desmayados
Volver la espalda al desigual combate.
Y escucha de repente como truena
El canto de la guerra, y cual discurre
De fila en fila mortandad nunciando,
Y ahuyentando el temor: mira encenderse
Con sus versos enérgicos airada
La indignacion violenta, y de la patria
El amor sacrosanto, á cuyo nombre
O morir ó triunfar los héroes juran.
« Pues os preciais de descender de Alcides,
Amigos, alentad: ¿qué os acobarda?
Sabed que nunca la oprobiosa fuga
Escudo fué contra el rigor del hado.
Con hombres como vos es el combate:
¿De qué temblais? marchad: hermosa vida
Os dará la victoria; eterno nombre,
Si en la lid pereceis, el tiempo os guarda. »
Y al belísono acento enfurecida
La muchedumbre intrépida se arroja;

Salta, acomete, y el horror, y el fuego,
Y la muerte espantosa, que silbando
Del dardo y lanza en el acero vuela,
Nada son á su ardor; lucha, porfía;
A sus pies los soberbios baluartes
Húndense, y el laurel de la victoria
Ciñe la patria á su robusta frente.

¡Ay! los sagrados venerables dias
No son aun en que se torne al canto
Su generoso y sacrosanto empleo.
Pero ellos brillarán: yo, caro amigo,
Ya entonces no seré: nunca mi acento,
Hirviendo de entusiasmo, en grandes himnos
Se podrá dilatar, que grata escuche
Mi patria, y que en la pompa de sus fiestas
El coro de los jóvenes los cante,
El coro de las vírgenes responda,
Y el eco lleve mi dichoso nombre,
Y todo un pueblo con furor le aplauda.

¡O tú, cualquiera que en mejores dias
Por don del cielo de mi patria seas
El solemne cantor! ¡tú á quien guardada
Tan alta gloria está! yo te saludo,
¡O afortunado espíritu! y te adoro:
Vuelve, te ruego, la dichosa vista
Al fango vil, de que á salir en vano
Aspira mi ambicion. No, sus esfuerzos,
Sus débiles esfuerzos no podrian
Durar, llegar á tí. ¿Qué serán ellos
Si con tu excelsa elevacion se miden?
Escucha empero los aplausos mios,
Que vuelan á mezclarse á la alabanza
Con que tu siglo ensalzará tu nombre;
Y recibe estas lágrimas ardientes
De despecho y de envidia, que mis ojos
Al contemplar en tí vierten ahora.

En tanto pues que afortunado llega
Este tiempo, nosotros, dulce amigo,
Demos nuestro desprecio á la insolencia
Del poderoso, que en su pompa hinchado
Vincula en ella sus virtudes todas :
Démosle al vil que ante sus pies se abate;
Y aquella frente que le dió el destino
Para mirar al sol hunde en el polvo :
Mas no suframos que los bellos dones,
Tesoros del espíritu, se vean
Escarnecidos nunca. Abandonemos
Tan delirante empeño á la ignorancia,
O á la mediocridad, que insulta y muerde
El bronce de la fama, en cuyos ecos
Jamas el mundo escuchará su nombre.

### *A la invencion de la imprenta.*

¿Será que siempre la ambicion sangrienta,
O del solio el poder pronuncie solo,
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria,
¿Serán tal vez del nombre á quien daria
Eterno oprobio ó maldicion la historia?
¡Oh! despertad : el humillado acento
Con magestad no usada,
Suba á las nubes penetrando el viento :
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñis la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

No los aromas de loor se vieron
Vilmente degradados
Asi en la antigüedad : siempre las aras
De la invencion sublime,

Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivífica mies descubre al suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste tambien, tú que allá un dia
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras, detuviste
La palabra veloz que antes huia?

Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban
Tú fuiste: el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenia.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que antes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡O gloriosa ventura!
Goza, genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza, y los honores
Que á tu invencion magnífica se deben:
Contémplala brillar; y cual si sola
A ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rin helado
Nacer vió á *Guttemberg*. — « ¿Con que es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase escribiéndole á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento
En letargosa oscuridad se olvida?
No basta un vaso á contener las olas.

Del férvido Océano,
Ni en solo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano:
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invencion la siga:
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse.»

Dijo, y la imprenta fué; y en un momento
Vieras la Europa atónita agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcan reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo,
Que abortó el dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?

Dura sí: mas su inmenso poderío
Desplomando se va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Asi torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra;
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada,
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Despues abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinosa, todavía

La aterradora faz que antes tenia.
Mas llega el tiempo, y la estremece y cae.
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros; y entre tanto
Es escarnio y baldon de la comarca
La que antes fué su escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienes
Ornó de la razon: mientras osada,
Sedienta de saber la inteligencia,
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso,
Que da á torrentes su esplendor al dia.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar, la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuosos,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes: mas lanzado
Veloz el genio de Neuton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete al hombre. Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignacion en sus clamores. —
« ¡Con que el mundo moral todo es horrores!

¡Con que la atroz cadena
Que forjó en su furor la tiranía,
De polo á polo inexorable suena,
Y los hombres condena
De la vil servidumbre á la agonía!
¡Oh! no sea tal.» Los déspotas lo oyeron,
Y el cuchillo y el fuego á la defensa
En su diestra nefaria apercibieron.

¡O insensatos! ¿Qué haceis? Esas hogueras
Que á devorarme horribles se presentan,
Y en arrancarme á la verdad porfian,
Fanales son que á su esplendor me guian,
Antorchas son que su victoria ostentan.
En su amor anhelante
Mi corazon estático la adora,
Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.
No: ni el hierro ni el fuego amenazante
Posible es ya que á vacilar me obliguen.
¿Soy dueño por ventura
De volver el pie atras? Nunca las ondas
Tornan del Tajo á su primera fuente,
Si una vez hácia el mar se arrebataron:
Las sierras, los peñascos su camino
Se cruzan á atajar; pero es en vano,
Que el vencedor destino
Las impele bramando al océano.

Llegó pues el gran dia,
En que un mortal divino sacudiendo
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente
Dijo á la faz del mundo: *El hombre es libre.*
Y esta sagrada aclamacion saliendo,
No en los estrechos límites hundida
Se vió de una region: el eco grande
Que inventó *Guttemberg* la alza en sus alas;
Y en ellas conducida

Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la extension del vago viento;
Y sin que el trono ó su furor la asombre,
Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razon: *Libre es el hombre.*

Libre, sí, libre: ¡ o dulce voz! mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el númen que me agita
De tu sagrada inspiracion henchido,
A la region olímpica se eleva,
Y en sus alas flamígeras me lleva.
¿ Dónde quedais, mortales,
Que mi canto escuchais? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los siglos romperse, y descubrirse
Cuanto será: ¡ o placer! no es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardieron
La implacable ambicion, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron,
Como la peste y las borrascas huyen
De la afligida zona, que destruyen,
Si los vientos del polo aparecieron.
Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y á recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.
No hay ya ¡ qué gloria! esclavos ni tiranos:
Que amor y paz el universo llenan,
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan.
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los aires tiende;
Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envia.

¿No la veis? ¿no la veis? ¿La gran coluna,
El magnífico y bello monumento
Que á mi atónita vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombre entre opresion grangea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe á *Guttemberg* tributa;
Breve homenage á su favor inmenso.
¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró, sobre ella alzando
A la alma inteligencia!
¡Gloria al que en triunfo la verdad llevando
Su influjo eternizó libre y fecundo!
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

## *A Guzman el Bueno.*

Ya con lira sonora
Himnos dí á la beldad hija del cielo,
Y á amor canté que sin cesar la adora:
¿Mas cómo al fin mi generoso anhelo
Podrá exaltarse de la hermosa fama
Hasta el templo inmortal? Ella me llama,
Y ya en mi pecho hierve
El canto de loor, sin que mis ojos
En esta sirte miserable vean
El grande objeto que ensalzar desean.

¿Cantara yo las haces españolas
En Pirene temblando al eco horrendo,
Con que Mavorte en rededor rugia?
¿O á las naves británicas huyendo
Nuestra mísera escuadra entre las olas,
Amedrentadas ya con su osadía?
No, España, patria mia:
No son eternas, no, las torpes huellas

Que de tu noble frente
Empañan el honor : tú en otros dias,
Con victorioso patriotismo bellos,
De gloria ornada y esplendor te vias.
¡Ah! ¿porqué yo infeliz no nací en ellos?

Entonces los Alfonsos esforzados,
El hijo de Jimena, y gran Rodrigo,
Rayos horribles de la gente mora,
Con sus nervudos brazos no cansados
Desolacion del bárbaro enemigo,
Eran siempre en la lid espantadora.
¿Quién diera á mi deseo
Tantos lauros contar? Cada llanura
Fué campo de batalla,
Cada colina vencedor trofeo:
Los sitios mismos que el baldon miraron,
Miraron la venganza, y las afrentas
En torrentes de sangre se lavaron.

« Venid, venid, el árabe decia,
Volad, hijos de Agar : ya los esclavos
El yugo intentan sacudir, que un dia
En su arrollado cuello
Vuestro valor indómito cargara.
¿Lo sufrireis? Las naves aprestemos,
Y el ancho valladar, con que el destino
La Europa y Libia dividió, salvemos.
Venid, venid, que nuestra fiera saña
Estremecida España
Sienta otra vez : acometed y abiertas
De Calpe y de Tarifa os son las puertas. »

Mas no las puertas de Tarifa entonces
Al pérfido Julian obedecian :
El valor y el honor las defendian,
El honor y el valor que siempre fueron
Escudo impenetrable el mas seguro.

¿ Qué sin ellos valer el alto muro
Ni el grueso torreon jamas pudieron?
El hombre es solo quien guarnece al hombre :
¡ O pueblo numantino!
¡ O sagrada ciudad de alto renombre!
¿ Quién sino tu constancia te ceñia,
Cuando las olas del poder romano
Sobre tí vanamente se estrellaban,
Y sus feroces águilas temblaban?

Tal Guzman impertérrito defiende
La fortaleza, en donde
Quebrada el moro su pujanza via :
Que ataca en vano, y de furor se enciende,
Y truena al fin, con la espantable saña
De nube que se rompe
Con estruendo fragoso en la montaña.
« ¿ Asi será que la esperanza mia
Un hombre solo á contrastar se atreva?
Oye, Guzman : las leyes del destino
Esta prenda infeliz de tus amores
A mi venganza dieron :
Hijo es tuyo, ¿ le ves? si en el momento
Ante mis pies no allanas
La firme valla del soberbio fuerte,
Tú que le diste el ser, tú le das muerte. »

Asi la iniquidad habla á la tierra,
Cuando de orgullo y de poder henchida
Mueve á los hombres espantosa guerra.
¡ Oh! ¡ no tembleis! magnánima á su encuentro
La virtud generosa se levanta,
Y sus soberbios ímpetus quebranta.
Ella elevó á Guzman : de ella inspirado,
« Conóceme, tirano, respondia :
Y si es que espada en tu cobarde mano
Falta á la atrocidad, ahí va la mia :
Que yo consagro mi inocente hijo

Sobre las aras de mi patria amada. »
Esto sereno dijo,
Y arroja al campo la fulmínea espada.

Y estremécese el campo, y da un gemido
Al vacilar la víctima, do esconde
Su punta aguda el inclemente acero.
Calpe con gritos de dolor responde
Al grito universal, y del guerrero
Tambien la faz valiente
Brotando riega involuntario el llanto.
¡Ah! tú padre de España eras primero:
Mira cual ella la segura frente
Alza, y su númen tutelar te aclama:
Mira á tu gloria despertar la fama,
Que sus doradas alas desplegando,
Y sonando la trompa refulgente,
Los grandes ecos de tu nombre envía
Del norte al mediodia,
Del templo de la aurora al occidente.

Y esta soberbia aclamacion oyendo,
De horror y espanto el berberisco herido
Huye al mar confundido,
Entre sollozos trémulos diciendo:
« Huyamos ¡ay! á nuestra ardiente arena:
¿Cómo arrancar la tímida paloma
Podrá su presa al águila valiente
Del aire vago en la region serena?
Quiébrase el cetro á la africana gente,
Su trono se hunde, y la cruel venganza
Del godo vencedor estrago y ruina
Contra el seno del Africa fulmina. »

Asi temblando el musulman huia
Del español guerrero,
Que sobre él centellando revolvia.
Bien como cuándo su valor primero

Sorprendido el leon pierde, y se amansa,
Y en sí el oprobio de servir consiente.
¿Cómo á tan vergonzoso vituperio
La generosa frente
Pudo ya doblegar? ¿Dó fué el espanto
Que dió á la selva atónita su imperio?
¿Nació quizá para vivir esclavo?
No, que llega su vez: y ardiendo en ira
Rompe, y se libra, y con feroz semblante
Del vil ultraje á la venganza aspira,
Bañando en sangre las atroces manos;
Y ruge, y amedrenta á sus tiranos.

## *A España, despues de la revolucion de marzo del año de* 1808.

¿Qué era, decidme, la nacion, que un dia
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendia
Su cetro de oro y su blason divino?
Volábase á occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna:
Do quiera España: en el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del Africa, allí España: el soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano:
La tierra sus mineros le rendia,
Sus perlas y coral el Ocëano,
Y donde quier que revolver sus olas
Él intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.

Hora en el cieno del oprobio hundida,
Abandonada á la insolencia agena,
Como esclava en mercado ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas, o Dios! Su aliento impuro

La pestilente fiebre respirando
Infestó el aire, emponzoñó la vida:
El hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lívidos, ahogando
Cuanto el contagio perdonó: tres veces
De Jano el templo abrimos,
Y á la trompa de Marte aliento dimos:
Tres veces ¡ay! los Dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra, y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
Por tus inmensos términos, o Iberia?
¿Qué viste ya sino funesto luto,
Honda tristeza, sin igual miseria,
De tu vil servidumbre acerbo fruto?

Asi, rota la vela, abierto el lado,
Pobre bajel á naufragar camina,
De tormenta en tormenta despeñado
Por los yermos del mar: ya ni en su popa
Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,
Ni en señal de esperanza y de contento
La flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasagero,
Ahogó su vocería
El ronco marinero,
Terror de muerte en torno le rodea,
Terror de muerte silencioso y frio;
Y él va á estrellarse al áspero bajío.

Llega el momento en fin; tiende su mano
El tirano del mundo al Occidente,
Y fiero exclama: « El Occidente es mio. »
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció, como en el seno oscuro
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento,
Que añade horror con su fulgor sombrío.

Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan :
Gimen los yunques, los martillos suenan,
Arden las forjas. ¡O vergüenza! ¿Acaso
Pensais que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estimeis : grillos, esposas,
Cadenas son, que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.
Estremecióse España,
Del indigno rumor que cerca oia,
Y al grande impulso de su justa saña
Rompió el volcan que en su interior hervia.
Sus déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden :
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las márgenes responden :
« ¡Venganza! » ¿Dónde estan, sagrado rio,
Los colosos de oprobio y de vergüenza
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;
Y tú, orgulloso y fiero,
Viendo que aun hay Castilla y castellanos,
Precipitas al mar tus rubias ondas,
Diciendo : « Ya acabaron los tiranos. »

¡O triunfo! ¡o gloria! ¡o celestial momento!
¿Con que puede ya dar el labio mio
El nombre augusto de la patria al viento?
Yo le daré : mas no en el arpa de oro,
Que mi cantar sonoro
Acompañó hasta aquí; no aprisionado
En estrecho recinto, en que se apoca
El númen en el pecho,
Y el aliento fatídico en la boca.
Desenterrad la lira de Tirteo,
Y al aire abierto, á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre

Del riscoso y pinífero Fuenfria,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en rededor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.

¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Unico asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del fiero Atila que á Occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis
Ved del tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada;
Y allá sobre los altos Pirineos
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros giganteos.
En torvo ceño y desdeñosa pena,
Ved como cruzan por los aires vanos:
Y el valor exhalando que se encierra
Dentro del hueco de sus tumbas frias,
En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!»

«¡Pues qué! ¿con faz serena
Vierais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambicion agena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento
Llegó ya de arrojarse á la victoria;
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran dia
El altar de la patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte:
Juradlo, ella os lo manda: ¡*Antes la muerte*,
*Que consentir jamas ningun tirano!* »

Sí, yo lo juro, venerables sombras,
Yo lo juro tambien, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente,
Volemos al combate, á la venganza,
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastacion en su carrera
Me llevará: ¿qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No iré espirando
A encontrar nuestros ínclitos mayores? —
¡Salud, o padres de la patria mia,
Yo les diré, salud! La heróica España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blason divino.

# NOTICIA DE D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Nació en Madrid en 11 de abril de 1772: aprendió las primeras letras en una escuela de la corte, latinidad en Córdoba, la retórica y filosofía en el seminario conciliar de Salamanca, y el derecho canónico y civil en la universidad de la misma ciudad.

Graduado en ambos derechos y recibido de abogado, el primer empleo que tuvo fué el de agente fiscal de la junta de comercio, despues censor de teatros, y sucesivamente oficial mayor de la secretaría general de la junta central, secretario del rey con ejercicio de decretos, secretario de la interpretacion de lenguas, vocal de la suprema junta de censura en la primera época de las córtes, y tambien individuo de la comision nombrada para la formacion del nuevo plan de estudios, en la que fué encargado de extender todos los trabajos que se presentaron al gobierno y se aprobaron despues por las córtes.

De resultas de los acontecimientos de 1814, padeció una prision de seis años, al cabo de los cuales, restablecido el gobierno constitucional, volvió á ser secretario de la interpretacion de lenguas, y vocal de la suprema junta de censura. Formada la direccion general de estudios en 1821, fué hecho presidente de ella, hasta que en 1823 fué abolido otra vez el sistema constitucional, y por consiguiente Quintana vuelto á ser despojado de sus empleos, y de todo influjo público.

Retiróse entonces á un pueblo de Extremadura, donde residia su familia paterna, y allí vivió hasta setiembre de 1828, en que se le permitió restituirse á Madrid á continuar sus trabajos y estudios literarios. Al año siguiente fué nombrado vocal de la junta del museo de ciencias naturales, y despues en 1833 restablecido en su antiguo empleo de secretario de la interpretacion de lenguas. Ultimamente ha sido elevado á la dignidad de prócer del reino [1].

Dedicóse con preferencia desde su primera juventud á la poesía, á la elocuencia y á la historia, en que tuvo por maestros á Melendez, Estala y Cienfuegos. Empezó á darse á conocer por los años de 1795, con algunas composiciones líricas, entre las cuales llamó principalmente la atencion la *Oda al mar*. En 1801 dió al teatro la tragedia del *Duque de Viseo*, imitada de un drama ingles, la que se representó en el coliseo de la Cruz. En 1802 publicó un tomo de *Poesías*, reimpreso despues diferentes veces [1], y por el mismo tiempo escribió como principal redactor en el periódico *Variedades de ciencias, literatura y artes*. Despues dió á luz el *Pelayo*, tragedia representada en los Caños del Peral en enero de 1805.— *Vidas de Españoles célebres* : tomo 1° en 1807 [2]. — *Poesías selectas castellanas* desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias : 3 tomos en 1808; — en el mismo año *Odas á España libre* y á otros argumentos de igual naturaleza. — Entonces tambien el *Semanario patriótico*, periódico político, emprendido en compañía de otros amigos para fomentar y sostener el espíritu de independencia contra la invasion francesa; — *Proclamas*, *Manifiestos*, *Decretos* á nombre de los diferentes gobiernos que se sucedieron durante la guerra de la independencia. — Años de 1830 y 1833 : *Coleccion de poesías selectas castellanas*, aumentada con diferentes ilustraciones críticas (4 tomos [3]), y con dos tomos de *Poesía épica antigua*; — *Vidas de Españoles célebres*, tomo 2°, 1830; — tomo 3°, 1833.

---

[1] Exprésase con tanta elegancia y energía de estilo como elevacion de sentimientos sobre las alternativas de su vida así (*Vidas de Españoles célebres*; tom. III, Prólogo, pág. VIII y IX): « De esta variedad de casos y continuas alternativas, de bien en mal, y de mal en bien, no ha sido poca la parte que ha cabido al autor de la obra presente. Sacado por la fuerza de los acontecimientos de su estudio y lares

domésticos, lisonjeado y exaltado excesivamente ahora, abatido y desairado despues, cayendo en una prision y procesado capitalmente, destinado á una larga detencion y por ventura inacabable, privado en ella de comunicaciones y hasta de su pluma, saliendo de allí, cuando menos lo esperaba, para subir y prosperar, y descendiendo luego para peligrar otra vez, de todo ha experimentado, y nada puede serle ya nuevo. No se crea por esto que lo alega aquí como mérito, y menos que lo presenta como queja. Pues ¿de quién me quejaria yo? ¿De los hombres? Estos en medio de mis mayores infortunios, con muy pocas excepciones, se han mostrado constantemente atentos, benévolos, y aun respetuosos conmigo. ¿De la fortuna? ¿Y qué prendas me tenia ella dadas para moderar en mí el rigor con que trataba á los demas? ¿No valian tanto ó mas que yo? Las turbulencias políticas y morales son lo mismo que los grandes desórdenes físicos, en que embravecidos los elementos, nadie está á cubierto de su furia. »

---

[1] La mejor y la mas completa edicion de sus obras poéticas salió á luz con este título : *Poesías, inclusas las patrióticas y las tragedias* : *El Duque de Viseo y El Pelayo*; Madrid, 1821, 2 vol. 8°. — Las poesías líricas se han reimpreso en Burdeos el año de 1825; *cuarta edicion aumentada* (con el célebre poema lírico-dramático del *Panteon del Escorial*) *y corregida*; en 12°.

[2] Se ha reimpreso en Paris en 1827, — 2 vol. 12°.

[3] Por esta *Coleccion*, tan apreciable por el acierto en la eleccion, y la acendrada crítica en las introducciones y las observaciones, el célebre editor ha merecido y logrado los aplausos de todos los aficionados á la deliciosa poesía castellana.

Quintana es individuo de la real Academia Española, de la de San Fernando y de otras sociedades económicas y literarias [1].

Este insigne varon es uno de los mas conocidos, tambien fuera de su patria, entre los escritores modernos españoles; pues ha adquirido una nombradía europea como historiador, crítico, y poeta dramático y lírico. Distinguense sus poesías líricas por la gravedad de los asuntos [2], la dignidad y fuerza de los pensamientos, la profundidad de los sentimientos, la sublimidad de las imágenes, la energía y nobleza de la diccion; su versificacion luce mucha facilidad y soltura, al paso que se muestra grave y numerosa. Pinta en especial con primor y magnilocuencia las grandiosas bellezas y los terribles fenómenos de la naturaleza. Ardiente patriota y nacido poeta hace resplandecer en sus poesías patrióticas todo el amor á su patria y el estro que le animan, asi que tiene no pocos rasgos de Píndaro.

Se le ha llamado el « *cantor filosófico*, » y, á la verdad, ha merecido este nombre mas que alguno de los poetas de la escuela salmantina: pues, habiendo seguido en esta carrera las pisadas de su maestro y amigo Melendez, aun le ha aventajado á él con mucho, por ser mas profundo y original en las miras, y menos tímido imitador de los extrangeros; al paso que es mas libre de afectacion é hinchazon que Cienfuegos. Verdad es que Quintana no se ha aprovechado del halago de la rima y de las formas nacionales: pues la mayor parte de sus poesías está compuesta de *estancias libres* ó de *estancias medidas*; pero por eso no se echa menos en ellas aquella calidad mas esencial de un poeta que él mismo ha llamado con tanto acierto: «*el tener alma*,» vale decir: retratar las ideas y pintar las imágenes por el ritmo y la armonía. Con mas razon se ha notado en su lenguaje, que no es siempre castizo y castigado, y que parece alguna que otra vez afectar un poco de anticuado.

---

[1] Esta noticia y las de *D. Alberto Lista* y *D. Angel de Saavedra*, que se ven mas adelante extendidas por *los mismos autores*, son debidas á la obsequiosa diligencia del señor D. Pedro Sainz de Baranda, que amistosamente las ha comunicado al editor.

[2] Con respecto á eso dice él mismo en el Prólogo á la primera edicion de sus Poesías (pág. III y IV): « A excepcion de algunos pocos versos destinados á pintar los sentimientos tiernos que ocupan la juventud, no creo que los demas que van en este libro sean *agenos de la gravedad mas austera*. Los objetos que ofrecen al público estas poesías, son los afectos de la amistad, la admiracion que inspiran la hermosura y los talentos, el entusiasmo que encienden los grandes espectáculos de la naturaleza, la indignacion hácia toda especie de bajeza que profane la dignidad de las artes; en fin, la exaltacion por la gloria y por los descubrimientos que ennoblecen la especie humana. »

# POESIAS

DE

## D. FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.

---

### *Composicion poética en la muerte de la duquesa de Alba.*

La Duquesa murió. La luz brillante
Del astro de Alba, entre ofuscadas nieblas
Se esconde: su semblante
Las gracias halagüeñas abandonan,
Y en torno la coronan
Sin fin amarillez, sin fin tinieblas.
Un *¡ ay !* continuo por su helado lecho
Va fúnebre sonando;
Y sus tiernos amigos
Cubierto de dolor el triste pecho,
Y á golpe tal atónitos quedando,
Con lúgubre silencio le rodean,
Con encendido llanto le humedecen.
Vanamente el espíritu desean
A su amiga volver: desconsolados
La llaman, no responde, y enmudecen;
Míranla, y desmayados
Su faz llorosa contra el lecho oprimen;
Otra vez vuelven á llamarla, y gimen;
Otra vez á mirarla, y desfallecen.
Cargada de tan ínclitos despojos
Y el desmedido triunfo contemplando,
La muerte en tanto con serenos ojos
En los cerrados párpados descansa.

De su víctima hermosa;
Y fiera y orgullosa
Se está regocijando
De ver el orbe ante sus pies temblando.
*Murió*, *murió* : tan flébiles acentos
De labio en labio vagan;
Veloces se propagan
De Madrid por los senos anchurosos;
Los encendidos vientos
Sus ecos lastimosos
Por la ancha Iberia alígeros difunden.
Todos á un tiempo de dolor se llenan,
Cuando las voces de su muerte suenan.
Asi cuando una nube tormentosa
En el oriente cárdeno aparece,
Al recio soplo de los vientos crece
Ensanchando su cerco pavorosa;
El trueno rueda, sin cesar serpea
El rayo, la febea
Antorcha se oscurece;
Rásgase en fin, y embravecida envia
Rayos, desolacion y caudalosos
Torrentes que á porfía
Chozas, rebaños, vegas arrebatan!..
Entonces los mortales
No hallan alivio en sus acerbos males.
Vuestra madre benéfica perdida,
¿Qué será de vosotros, o leales
Vasallos? Vuestra vida
¿Quién asegurará? ¿Quién vuestros hijos
Defenderá? La paz y regocijos
¿De quién esperareis? Ella viviendo,
La abundancia corria
Para adormir vuestras dolientes penas,
Para colmar de próspera alegría
Vuestra canosa edad. Ella viviendo,
Aherrojada en cadenas
En sus estados la opresion bramaba.

El huérfano afligido
Su madre la llamaba,
Su amparo el desvalido,
Su gloria el español; y cual si fuera
Su diosa tutelar, la agricultura
Sus dones imploraba,
Y enriquecida con sus dones era.
No menos dolorosa
Imágen se presenta
En su amante familia desolada.
Por donde quiera que la vista ansiosa,
Por donde quiera que la planta lleve,
Todo es luto y dolor. Aquí violenta
Agitacion; allí silencio horrible;
El ciego porvenir allá atormenta;
Y mas allá se mueve
Confusa gritería,
Que se extiende y aumenta
Entre las sombras de la noche umbría.
Yo tambien ¡ay! á quien piadoso el cielo
Dió que mi madre y mi esperanza fuese,
Y mi único consuelo,
La lloro, por mi mal arrebatada
En su mas lleno dia;
La lloro, y siento, al contemplar su muerte,
En la suya llorar la muerte mia...
La hora llegó: con dolorido y fuerte
Son la campana á la mansion la llama
Del sempiterno olvido.
Aquí el llanto y gemido,
Aquí el dolor se inflama:
Clamores y querellas
Se alzan á las olímpicas estrellas.
Mustios en esto y en silencio grave
Entrando van en la temida estancia
Los que innúmeros pueblos señorean;
El llanto en abundancia
Corre sobre el cadáver que rodean.

Se bajan, lo descubren;
Y al ver el rostro que encantó algun dia
Por su vivacidad y su atractivo,
Hora horroroso, y que al mirarlo aterra,
Gimiendo, el suyo con las manos cubren.
« ¡O grandes de la tierra,
« A cuya elevacion el orbe estrecho
« Parece; á cuyo nombre
« Tiembla y se abate en su miseria el hombre!
« En ese ya deshecho
« Cadáver, de la hispana
« Region un tiempo admiracion y gloria;
« En esa vuestra hermana,
« Grande, grande tambien, que á confundirse
« Va con el polvo en el sepulcro frio,
« Contemplad vuestro ser y poderío.
« Sus altos timbres, su pomposo fasto
« Y su fama admirada,
« Que del ámbito hesperio
« Mas allá vuela y mas allá retumba,
« A ser vinieron miserable pasto
« De la muerte feroz. Todo á su imperio
« Invencible llevó; todo consigo
« Cayó por siempre en la insaciable tumba.
« Tiempo será que á tan fatal abrigo
« Llegueis, á donde eternamente se hunden
« Los grandes potentados,
« Y donde en lazo fraternal guardados
« Señores y vasallos se confunden.
« Ni brillo, ni exencion, ni habrá grandeza
« Que nuestra paz inalterable rompa...
« No hay tardanza, escuchad: la ronca trompa
« Os llama con presteza.
« ¿Veis á la muerte como bate el ala,
« Y con pálida mano
« A vosotros sus víctimas señala?
« Aquí ese nombre vano,
« Aquí ¡ tristes! dejad esos blasones:

« No son vuestros, no son; tan solamente
« Es vuestra la virtud que allá se premia,
« Y vuestras las espléndidas acciones. »
  Temblaron á esta voz, desparecieron,
Y sombra y nada en su grandeza vieron.
  La quieta noche su enlutado velo
Dejó caer. Gozaba
El fatigado suelo
Exento de pesar, el sueño blando:
El viento su ala recogido habia,
Y en brazos de su amor tranquilo estaba
El bienhadado esposo reposando.
Solo el albano sucesor velaba.
En su tierna agitada fantasía
Mil fúnebres ideas revolviendo,
Y en todas partes viendo
A la infeliz Duquesa. De repente
Mas que nunca se exalta;
De una deidad arrebatarse siente,
Y de su lecho salta.
Animoso, anhelante
Sigue donde le guia
El celestial poder: toca ignorante
Unas bronceadas puertas,
Y al impulso menor hélas abiertas.
Se para, mira, escucha
Lo que él se finge, del temor vencido
Por volverse hácia atras dos veces lucha,
Y dos veces á entrar es impelido.
Con plantas desmayadas
Va trémulo bajando:
La lóbrega mansion, las abultadas
Sombras, la augusta magestad, el ruido
De sus pies, en las bóvedas sonando
Mayor entre el silencio comprimido,
Y el eco por los túmulos vagando,
Hielan su alma medrosa.
  De una pálida luz á los reflejos

Sigue, y alzarse una pesada losa,
Y luego incorporarse
A la duquesa de Alba ve de lejos.
Asómbrase; el cabello se le eriza;
Ni hablar puede, ni huir, ni adelantarse.
Una voz cariñosa
*Acércate*, le dice, y se estremece:
Otra voz imperiosa
*Acércate*, le grita, y obedece.
Le toma de la mano, y ¡ o portento!
Empieza asi con apacible acento:
« Atiende, ¡ o sucesor de la que el mundo
« Duquesa de Alba todavía nombra,
« Y es solo en este cóncavo profundo
« Un nombre vano y fugitiva sombra!
« Los sepulcros que miras,
« Del feliz desengaño
« La escuela son. Lo que en la tierra admiras,
« Tantas armas y títulos pomposos
« Que tu ascendencia y mi renombre encumbran,
« Son fuegos engañosos,
« Que nuestra vista y corazon deslumbran;
« En humo se disuelven,
« Y oscurecidos á la nada vuelven.
« Díme, ¿qué me aprovecha
« De mi engrandecimiento
« El vuelo asombrador? ¿ Qué mi fortuna,
« Y el ser de reyes mi gloriosa cuna,
« Si al fin caí de mi elevado aliento
« En esta tumba estrecha,
« Donde por siempre las cenizas mias
« Sepultadas estan; donde descansan
« Las de tu padre ya; donde las tuyas
« Vendrán á reposar en terminando
« La rápida carrera de tus dias,
« Que ¡ ojalá! vayas de virtud sembrando?
« ¿Saber deseas los heróicos timbres
« De tus predecesores?

« ¿Los entronques? ¿Los árboles altivos
« De tu genealogía? ¿Los colores
« Que en campos de oro tus blasones cuentan?
« Jamas en los recónditos archivos
« Los busques, ni en palacios suntuosos
« Que pilares de mármoles sustentan,
« Y adornan geroglíficos inciertos:
« Aquí los hallarás entre los muertos.
  « Repara en esos mudos
« Epitafios; repara en los escudos
« Que los velados túmulos coronan:
« Ellos tu orígen y tu fin pregonan.
« A ellos ¡o niño! sin cesar pregunta;
« Aquí el vivir por el morir se estima,
« Y aquí el principio con el fin se junta.
  « La muerte se sublima,
« Con arrogante planta
« Veneras y blasones destrozando;
« Y su temible mando
« De nuestras ruinas sin piedad levanta.
« Lo que es y fué, lo que será, su imperio
« Todo absorbe y sujeta.
« Todo: mas todo á la virtud respeta.
  « ¡La virtud! ¡la virtud! Tu patria amada,
« La religion sagrada,
« La humanidad doliente,
« Las ciencias y artes, del feliz reposo
« Inagotable fuente;
« En tí su generoso
« Amigo, en tí su padre,
« En tí su escudo y su columna vean:
« Esta tu gloria y tus blasones sean.
« Encenderán tu alma
« La serie esclarecida y numerosa
« De Silvas y Toledos,
« Ilustres con la palma
« De la paz venturosa;
« Ilustres en los bélicos denuedos.

« Imítalos, y á Dios.......
« ............... » El niño siente
En la virtud su espíritu inflamarse,
Y *Silvas* y *Toledos* animarse
Todos en él. Con paso reverente
Sale; y entonces ella
De su tan digno sucesor gozosa,
Diciéndole otro *á Dios*, eternamente
Enmudeció, se hundió, cayó la losa.

### *Cantata.*

¡Ay Dios! ¿qué se hicieron
La paz, las caricias
Y tantas delicias,
Y tanto placer?
Veloces huyeron
Cual sombra liviana,
Cual rosa temprana
Que muere al nacer.

Cuando halagada con mi amor vivia
En union deliciosa,
Esta comarca resonar solia
Pacíficos cantares. Venturosa
Ayer mil veces con mi amante esposo,
Hoy desolada viuda,
¿A dó me acogeré? ¿quién en mi muda
Soledad me valdrá? ¿quién mi enojoso
Pesar adormirá? ¿de cuya boca
Oiré de esposa el regalado nombre?
¿Oiré las quejas en mi angustia dadas?
¿Oiré las inflamadas
Caricias del amor? ¡ay! qué serenas
Horas aquellas fueron! ¡qué enlutadas
¡Ay! estas son, y de orfandad cuán llenas!

En el abril hermoso

De mis floridos dias
Me arrebataron á mi tierno esposo
Del casto lecho, y de las glorias mias.
Amor, amor apenas
La dulce copa del placer sabroso
En lazo delicioso
Nos dió á gustar: en vano imaginando
Que no hay poder que nuestra dicha rompa,
Cuando la airada trompa
De la guerra feroz llama á la guerra.
En derredor la sierra
Toda se turba: el corazon se oprime
Estremecido; gime,
Gimo, y díceme á Dios en voz doliente.

Tente: tu amante,
Tente: tu esposa
Ni un solo instante
Sin tí estará.
Contigo muera,
Contigo viva,
Y donde quiera
Contigo irá.

¿Qué pronuncias? ¡O cielos! ¿Y tú puedes
De tu esposa los brazos esquivando,
Ir á morir matando?
¿Ves mi amarga viudez? ¿Ves cuál me dejas
Al llanto y soledad abandonada?
Héme de luto y de temor cercada.
No, no: en los brazos de tu amante vive
Y oiga otra vez el pavoroso estruendo
De la trompa mil veces maldecida.
A Dios, á Dios te queda,
Mi único bien: á Dios... asi diciendo
En mis brazos se enreda,
Caigo en los suyos sin aliento y vida.

Entonces ¡ay! el beso regalado
Quedó en los labios de los dos helado.

¡Ay! ¿dónde está, dónde
Mi plácido dueño
Que un tiempo halagüeño
Mi amor inflamó?
Un grito responde,
Que toda me aterra,
Tu esposo en la guerra,
Tu esposo murió.

# NOTICIA DE D. FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.

Nació en 1764 en la villa de Moriñigo, cerca de Salamanca: hizo sus estudios en el seminario conciliar de aquella ciudad: despues vino á Madrid, donde estuvo dedicado siempre á la literatura y á la enseñanza. Murió en Melilla en 1819, fué conocido entre los Arcades de Roma bajo el nombre de *Floralbo Corintio*.

Tenia una habilidad superior para la poesía latina, y es quizá de todos los poetas españoles el que ha compuesto versos en una y otra lengua con mejor éxito. Ademas de los muchos poemas latinos y castellanos que ha dejado en borrador, se han publicado de él unos *Principios de Retórica y Poética*, y una *Gramática latina*[1]. Tambien se ha representado una tragedia suya, intitulada: *Coriolano*[2].

---

[1] Esta noticia está copiada de la que va insertada en la *Coleccion* del señor *Quintana*.

[2] Véanse las Obras de *Leandro Fernandez de Moratin*, dadas á luz por la real academia de la Historia. Madrid, 1830; tomo II, parte I; apéndice al Prólogo, pág. XCII.

* * *

# POESIAS

DE

# D. JUAN NICASIO GALLEGO.

## ELEGIAS.

### I.

### *Al Dos de mayo.*

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
Profundas penas en silencio gime,
No desdeñes mi voz: letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores,
Con que el *tremendo dia*
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mia,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Dia de execracion! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al Averno:
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos

Yace entre el polvo, y el leon guerrero
Lanza á sus pies rugido lastimero.
¡Ay! que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destruccion Mantua afligida!
Yo ví, yo ví su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolacion habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime
De los duros satélites en torno
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor: la pavorosa
Fatal descarga suena
Que á luto y llanto eterno las condena.
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes do quier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?»

Exclama el triste en lágrimas deshecho,
« Mi pan y mi mansion partí contigo;
« Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
« Templé tu sed, y me llamé tu amigo:
« ¿Y hora pagar podrás nuestro hospedage
« Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
« Con dura muerte y con indigno ultrage? »
¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando *¡fuego!*
Tinto en su sangre el desgraciado espira.
Y en tanto ¿dó se esconden,
Dó estan, o cara patria, tus soldados
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por gefes sin honor, que haciendo alarde
De su perfidia y dolo
A merced de los vándalos te dejan,
Como entre hierros el leon, forcejan
Con inútil afan. Vosotros solo,
Fuerte DAOIZ, intrépido VELARDE,
Que osando resistir al gran torrente
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre Musa
Jamas el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento
A que la accion magnánima os eleva,
El himno oid, que á vuestro nombre entona,
Mientras la fama alígera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.
Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolacion sus plazas cubre;
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco son de los preñados bronces
Nuevo fragor y estrépito sucede.

¿Ois cómo rompiendo
De moradores tímidos las puertas
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen
Bramando los atroces foragidos
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cuál se despliegan
Penetrando en los hondos aposentos
De sangre, y oro, y lágrimas sedientos?
   Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
Aquí matando al dueño se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada:
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mustio el dulce carmin de su mejilla
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro
De su verdugo ante los pies se humilla
Tímida vírgen de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfange damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.
   ¡Horrible atrocidad! ¡treguas, o Musa,
Que ya la voz rehusa
Embargada en suspiros mi garganta!
Y en ignominia tanta
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Palas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnes brillante

Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo,
Y al grito heróico que en los aires zumba,
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico son la regia frente,
Y del Patron valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
Vosotras, o infelices
Sombras de aquellos que la infiel cuchilla
Robó á sus lares, y en fugaz gemido
Cruzais los anchos campos de Castilla;
La heróica España, en tanto que al bandido,
Que á fuego y sangre de insolencia ciego
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el don, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padron cruento
De oprobio y mengua, que perpetuo dure,
La vil traicion del déspota se lea:
Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda,
Y á cien generaciones se difunda.

## II.

### *A la muerte de la reina Isabel.*

¿Porqué revuelta en espantoso velo
Cubres la augusta faz? ¿Qué agudas penas
De imprevisto clamor turban tu cielo?
¿Ves, o patria infeliz, de sangre llenas
Tus hazas al furor de Marte crudo,

Y á tu adorado rey entre cadenas?
¿Será forzoso que el potente escudo
De nuevo embraces y la lanza fuerte
Que los grillos romper del orbe pudo?
¡Ay! no será; que el fallo de la muerte
Ni el valor lo revoca ni el acero:
Llorar, solo llorar es hoy tu suerte.
¿No hay esperanza? ¿Es cierto que su fiero
Soplo extinguió la antorcha lusitana
Que inundaba de luz el campo ibero?
¿Es verdad que tu excelsa soberana
Brilló tan solo el término de un dia,
Como la rosa del abril temprana?
¡Ay! vuelve al triste son, cítara mia;
Vuelve de nuevo al querellar doliente,
Nunca avezada al gusto y la alegría.
Ciña el ciprés las canas de mi frente,
Que argentó del pesar la mano adusta
Mas bien que de los años la corriente;
Y el claro nombre de Isabel augusta
Oigan estas olivas y nopales
Que dotó de piedad su suerte injusta;
Que no es dado á mi canto los reales
Palacios penetrar, y en grato acento
De Fernando infeliz templar los males.
Tú, reina hermosa, que á tan alto asiento
Por mil virtudes encumbrada fuiste,
Dejando á España lágrimas sin cuento,
Tú, sí, que escucharás el eco triste
De un desdichado que de angustia y duelo
Mas que de luto estéril se reviste.
¿Porqué tan pronto del hispano suelo
Sorda á nuestra afliccion huyes, señora,
Sumido ya en eterno desconsuelo?
¿No hallaba aquí tu mano bienhechora
Megillas que enjugar do guerra impía
Vertió sin fin su copa asoladora?
¡Oh! torna, torna á la mansion que un dia

De alma delicia y de placer colmaste,
Y hora se cubre de tiniebla umbría,
Y del pueblo leal que abandonaste
La atruena el grito y túrbala el quebranto,
Buscando en vano el bien que le robaste.
¿Y adónde, adónde en infortunio tanto
Los ojos volverá si tú le dejas?
¿Quién cegará las fuentes de su llanto?
Mas ¡ay! que en balde me deshago en quejas;
En balde emprende de la parca dura
Desarrugar mi voz las torvas cejas.
¿Ni del regio semblante la dulzura
Detuvo, impía, el brazo á tu venganza,
Ni en tan florida edad tanta hermosura?
¿Qué te ofendió la perla de Braganza,
Que asi empañaste su esplendor divino
Cortando de dos mundos la esperanza?
¿Y es este, o cielo, el ínclito destino
Que España á su inocencia prometia,
Cuando cubrió de alfombras el camino?
Duran tal vez las flores todavía
Que holló su planta. ¡O tiempo venturoso,
Presente en mi inflamada fantasía!
Ostentosa su marcha fué: ostentoso
Bajel favonio con halagos puros
Meció de Cádiz en el golfo undoso;
Y al bronco estruendo de los bronces duros,
Bella, como la diosa de los mares,
La saludaron los hercúleos muros.
Aun el rumor de aplausos á millares
Oir y el grito de las torres creo
Y el festivo sonar de mil cantares.
Al fulgor de la antorcha de Himeneo,
Modesta, hermosa, plácida, lozana
Llegar la ven las playas de Mnesteo;
Y al dulce lado de su dulce hermana
Con ansia noble y anhelante prisa
La cerca el pueblo fiel, corre y se afana.

Ella, que en este afan su amor divisa,
Responde grata con galan saludo,
Su labio de coral bañado en risa.
Por verla el padre Bétis, con nervudo
Brazo apartó los juncos de su frente,
Y á espectáculo tal paróse mudo.
En triunfo la llevó la hispana gente
Con júbilo sin par y altos loores,
Manzanares humilde, á tu corriente.
Y entre marciales salvas y entre flores
Llegó á los brazos del augusto esposo
Sembrando hechizos y cogiendo amores.
Mas ¡ay de mí! ¿qué vale que engañoso
Prestigio alegres horas me recuerde
Si ya son hoy tormento doloroso?
Que no mas pronto ¡o Dios! su aliento pierde
Por el pérfido plomo sorprendida
Blanca paloma entre la grama verde,
Que en flor le arrebató la dulce vida,
Como rayo veloz, muerte villana,
Abriendo un solo golpe tanta herida.
¡O frágil pompa! ¡o condicion humana!
¿En qué cimiento tu firmeza estriba,
Vago sueño, humo leve, sombra vana?
Por mas que el globo círculos describa,
No olvidará Madrid la infausta escena
Que en lágrimas bañó de sangre viva.
Ajada vió en tu cuello la azucena,
Malograda Isabel, y á los leones
Del desierto dosel rugir de pena.
Mal suplida, en los lúgubres salones
De tus ojos miró la muerta lumbre,
Por el triste fulgor de cien blandones.
Del alcázar la inmensa pesadumbre
Tembló de espanto al súbito alarido
Que lanzó la aterrada muchedumbre.
Uno madre la llama; enardecido
Otro á los cielos su oracion levanta

Del alto sollozar interrumpido;
  Anhelan estos por besar la planta
De su reina infeliz; aquel postrado
Susurra triste su plegaria santa.
  Cerca, despues, del féretro agolpado
Con gemidos el pueblo la seguia
Al sordo son del parche destemplado;
  Y á par que el eco vago repetia
Confusas quejas contra el hado ingrato,
Dobló un anciano su rodilla fria.
  Miró lloroso el fúnebre aparato,
Y al viento dió su trémula querella,
Del profundo dolor suspenso un rato.
  « ¡ A Dios por siempre, dijo, reina bella,
De madres y princesas gran modelo,
Gloria de Portugal, de España estrella!
  ¡ Cuántas semillas de tristeza y duelo
De perpetuo crecer y hondas raices,
Deja tu ausencia al castellano suelo!
  Ya mas no te hallarán los infelices
Que socorrió tu mano, ni el guerrero
Te mostrará sus largas cicatrices.
  Ni escucharás el viva placentero
Del pueblo aclamador que en tierra fijos
Sus ojos cambia en luto lastimero.
  De tí esperaba el fin á los prolijos
Y acerbos males que discordia impura
Sembró con larga mano entre tus hijos.
  No pocos ¡ ay! no pocos en oscura
Mansion al deudo y la amistad cerrada
Redoblan hoy su llanto de amargura.
  Otros gimiendo por su patria amada
El agua beben de extrangeros rios
Mil veces con sus lágrimas mezclada;
  Mas si oye el cielo los sollozos mios,
Si un ángel lleva al solio refulgente
Mensagero de paz los votos pios,
  Por tí tendrá del Padre omnipotente

Mi rey consuelo en su mortal quebranto,
Prosperidad y union la hispana gente. »
  Dijo y torna á llorar. Callada en tanto
Con ademan doliente se acercaba
La regia comitiva al templo santo.
  Ya el cántico sagrado se escuchaba
Del cóncavo metal al ronco trueno
Que en los atrios inmensos resonaba.
  ¡ Ay! que ya para siempre aquel sereno
Rostro, en medio á las preces funerales,
Marmórea tumba recibió en su seno.
  Dándola entonces los eternos vales,
Cayó la losa : al lúgubre alarido
Retemblaron las urnas sepulcrales,
Y en su centro se oyó largo gemido.

## III.

### *En la muerte de la duquesa de Frias.*

  Al sonante bramido
Del piélago feroz que el viento ensaña
Lanzando atras del Turia la corriente;
En medio al denegrido
Cerco de nubes que de Sirio empaña
Cual velo funeral la roja frente;
Cuando el cárabo oscuro
Ayes despide entre la breña inculta,
Y á tardo paso soñoliento Arturo
En el mar de occidente se sepulta;
A los mustios reflejos
Con que en las ondas alteradas tiembla
De moribunda luna el rayo frio,
Daré del mundo y de los hombres lejos
Libre rienda al dolor del pecho mio.
  Sí, que al mortal á quien del hado el ceño
A infortunios sin término condena,
Sobre su cuello mísero cargando

De uno en otro eslabon larga cadena;
No en jardin halagüeño,
Ni al puro ambiente de apacible aurora
Soltar conviene el lastimero canto
Con que al cielo importuna.
Solitario arenal, sangrienta luna
Y embravecidas olas acompañen
Sus lamentos fatídicos. ¡O lira,
Que escenas solo de afliccion recuerdas:
Lira que ven mis ojos con espanto,
Y á recorrer tus cuerdas
Mi ya trémula mano se resiste!
Ven, lira del dolor: PIEDAD no existe.
¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disipaba!
¡Cuándo en tal hermosura alma tan bella
De la corte española
Mas digno fué y esplendido ornamento!
¡Y aquel mágico acento
Enmudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mia!
¿Y qué? fortuna impía,
Ni su postrer á Dios oir me dejas?
¿Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?
¿Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Sus pálidos despojos?
¡Ay! Derramen sin duelo
Sangre mi corazon, llanto mis ojos.
¿Porqué, porqué á la tumba,
Insaciable de víctimas, tu amigo
Antes que tú no descendió, señora?
¿Porqué al menos contigo
La memoria fatal no te llevaste
Que es un tormento irresistible ahora?

¿Qué mármol hay que pueda
En tan acerba angustia los aciagos
Recuerdos resistir del bien perdido?
Aun resuena en mi oido
El espantoso obús lanzando estragos,
Cuando mis ojos ávidos te vieron
Por la primera vez. Cien bombas fueron
A tu arribo marcial salva triunfante.
Con inmóvil semblante
Escucho amedrentado el son horrendo
De los globos mortíferos, en torno
Del leño frágil, á tus pies cayendo,
Y el agua que á su empuje se encumbraba
Y hasta las altas grímpolas saltaba.
El dulce soplo de favonio en tanto
Las velas hinche del bajel ligero,
Sin que salude con festivo canto
La suspirada costa el marinero.
Ardiendo de la patria en fuego santo,
Insensible al horror del bronce fiero,
Fijar te miro impávida y serena
La planta breve en la menuda arena.
¡Salve, o deidad! del gaditano muro
Grita la muchedumbre alborozada:
¡Salve, o deidad! de gozo enagenada
La ruidosa marina
Que á tí se agolpa y el batel rodea,
Levanta al cielo el aclamar sonoro,
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citerea.
Absortas contemplaron
El fuego de tus ojos
Las bellas ninfas de la bella Gádes:
Absortas te envidiaron
El pie donoso y la megilla pura,
El vivo esmalte de tus labios rojos,
El albo seno y la gentil cintura.
Yo te miraba atónito: no empero

Sentí en el alma el pasador agudo
De bastarda pasion, que á dicha pudo
Del honor y el deber la ley severa
Ser á mi pecho impenetrable escudo.
¿Mas quién el homenage
De afecto noble, de amistad sincera
Cual yo te tributó, cuando el tesoro
De tu divino ingenio descubria,
Que en cuerpo tan gallardo relucia
Como rico brillante en joya de oro?
¡Cuántas, ¡ay! qué apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas
Bétis me viera de tu voz pendiente!
¡Cuántas en las calladas
Florestas de Aranjuez el eco blando
Detuvo el paso á la tranquila fuente;
Ya el primor ensalzando
Que al fragante clavel las hojas riza
Y la ancha cola del pavon matiza;
Ya la varia fortuna
Del cetro godo y del laurel romano;
O el poder sobrehumano
Que de un soplo derroca
Del alto solio al triunfador de Jena,
Y con duras amarras le encadena,
Como el antiguo Encélado, á una roca!
Pero otro don magnífico, sublime,
Mas alto que el ingenio y la hermosura,
Debiste al Criador, vivaz destello
De su lumbre inmortal, alma ternura.
¿Cuándo, cuándo al gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazon? El escondido
Volcan que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apenas,
Un infortunio, un rasgo generoso,
Un sacrificio heróico hervir hacia.
Entonces agitado

Tu rostro angelical resplandecia
De mas purpúreo rosicler cubierto:
Del seno relevado
La extraña conmocion, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban;
El gesto, el ademan, los mal seguros
Acentos, la expresion... ¡Ah! nunca, nunca
Tan insigne modelo
De estro feliz, de inspiracion divina
Mostró Casandra en los dardanios muros
Ni en las lides olímpicas Corina.
Y solo al santo fuego
De un pecho tan magnánimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Solo á tu blando ruego,
La Amistad se vistiera
Máscara y formas del Amor su hermano.
¿Quién sino tú, señora,
Dejando inquieta la mullida pluma
Antes que el frio tálamo la aurora,
Entrar osara en la mansion del crímen?
¿Quién sino tú del duro carcelero
Menos al son del oro empedernido
Que al eco de los míseros que gimen,
Quisiera el ceño soportar? Perdona,
Cara PIEDAD, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heróico ejemplo,
Y que mi gratitud cuelgue en el templo
De la santa amistad digna corona.
En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumia,
Cuando sordo á mis quejas
Rayaba apenas en las altas rejas

El perezoso albor del nuevo dia.
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oido:
Los vacilantes ojos
Clavo en la ruda puerta, estremecido
Del súbito crujir de sus cerrojos;
Y el repugnante gesto
Del fiero alcaide mi atencion excita,
Que hácia mí sin cesar la mano agita
Con labio mudo y sonreir funesto.
Salto del lecho, y sígole azorado,
Cruzando los revueltos corredores
De aquella triste y lóbrega caverna
Hasta un breve recinto iluminado
De moribunda y fúnebre linterna.
   Y á par que por oculto
Tránsito desparece
Como vision fántastica el Cérbero,
De nuevo extraño bulto
Sombra confusa que se acerca y crece,
La angustia dobla de mi horror primero.
¡Mas cuál mi asombro fué cuando improvisa
A la pálida luz mi vista errante
Los bellos rasgos de PIEDAD divisa
Entre los pliegues del cendal flotante!
¿Porqué, porqué benigna,
Clamé bañado en llanto de alborozo,
Osas pisar, señora,
Esta morada indigna
Que tu respeto y tu virtud desdora?
¡Ah! si á la fuerza del inmenso gozo
Del placer celestial que el alma oprime
Hoy á tus plantas espirar consigo,
Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.
   — A este oscuro aposento
No á que de pena ó de placer espires
La voz de la amistad mis pasos guia,
Sino á esforzar tu desmayado aliento

Contra los golpes de la suerte impía.
Su cuello al susto y la congoja doble
El que del crímen en su pecho sienta
El punzante aguijon; que al alma noble
Do la inocencia plácida se anida,
Ni el peso de los grillos la atormenta,
Ni al son de los cerrojos se intimida.
Recobra, amigo caro,
La esperanza marchita
Y el digno esfuerzo del varon constante.
Pronto será que el astro rutilante
Que jamas estas bóvedas visita,
De la calumnia vil triunfar te vea:
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.
— Serálo, sí; lo juro:
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
Vaticinio tan próspero desmiente,
No me hará de fortuna el torvo ceño
Fruncir las cejas, ni arrugar la frente;
Que el dichoso mortal á quien risueño
Mira el destino... No acabé: á deshora
La aciaga voz del carcelero escucho,
Diciendo: es tarde: baste ya, señora.
— ¡A Dios! ¡á Dios! Del vulgo malicioso
Que al despuntar del sol sacude el sueño
Temo el labio mordaz: á Dios te queda.
— Aguarda... — ¡A Dios!... y en soledad sumido
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiente seda.
¡O digno, o generoso
Dechado de amistad! ¡O alegre dia!
¿Y en dónde estás, en dónde,
Angel consolador, duquesa amada,
Que no te mueve ya la angustia mia?
¡Gran Dios! y ni responde
De su esposo infeliz al claro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!

¡ Ni de su triste huérfana el lamento
Con ambos brazos al sepulcro asida
Ablanda sus entrañas maternales!
¡ O dulces prendas de su amor ! Al mármol
En balde importunais : hará el rocío
Del venidero abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrasó el estío ;
Mas no espereis que el túmulo sombrío
La devorada víctima devuelva,
Ni á sus profundos huecos
Otra respuesta oir que sordos ecos.
   En él de bronce y oro,
Inclito vate, entallarán cinceles
Vuestro heróico blason, entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles...
¡ Inútil afanar! La sien ceñida
De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa cítara, moviendo
Con sus blandas querellas
El orbe todo á compasion... ¡ En vano !
Resonarán con ellas
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspira
Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo, encanto peregrino.
Mas ¡ ay ! ¿ podrá su lira
Forzar las puertas del Eden divino ?
¿ Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar en tí clavado ?
   A mas alto poder, mísero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirige
Que entre sollozos lúgubres exhalas,
Y al Ser inmenso que los orbes rige,
En las rápidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos : y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, cándida niña,

Trasunto vivo de tu esposa bella,
Dará benigno el cielo
Paz á su madre, á tu afliccion consuelo.
Sí, que hasta el solio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso en vaga nube.

## SONETOS.

### I.

*Al duque de Wellington, con motivo de la reconquista de Badajoz.*

A par del grito universal que llena
De gozo y gratitud la esfera hispana,
Y del manso, y ya libre, Guadiana
Al caudaloso Támesis resuena;

Tu gloria, o conde, á la region serena
De la inmortalidad sube, y ufana
Se goza en ella la nacion britana,
Tiembla y se humilla el vándalo del Sena.

Sigue, y despierte el adormido polo
Al golpe de tu espada; en la pelea
Te envidie Marte y te corone Apolo:

Y si al triple pendon que al aire ondea,
Osa Alecto amagar, tu nombre solo
Prenda de union como de triunfo sea.

### II.

*A la muerte de Judas.*

Cuando el horror de su traicion impía
Del falso apóstol obcecó la mente,

Y del árbol fatídico pendiente
Con rudas contorsiones se mecia;

Complacido en su mísera agonía
Mirábale el demonio frente á frente,
Hasta que al fin del término impaciente,
De entrambos pies con ímpetu le asia.

Mas ya que vió cesar del descompuesto
Rostro la agitacion convulsa y fiera,
Señal segura de su fin funesto,

Con infernal sonrisa placentera
Los labios puso en el deforme gesto,
Y el beso le volvió que á Cristo diera.

# NOTICIA DE D. JUAN NICASIO GALLEGO[1].

Nació en Zamora á fin del año de 1777, y en la misma ciudad hizo sus primeros estudios. A la edad de 13 años fué á Salamanca á emprender su carrera de filosofía, y derechos civil y canónico, que concluyó en 1800.

Entonces vió por primera vez el Parnaso español de don Juan Sedano compilacion hecha sin método ni criterio, pero utilísima por cuanto propagó entre la juventud el gusto de la poesía nacional. A esta lectura, á que se dedicó desde luego con el ahinco propio de un muchacho de imaginacion fogosa y de oido delicado, y sensible á la armonía de la buena versificacion, se siguió la de los poetas modernos de aquella escuela, Iglesias y Melendez, al segundo de los cuales trató y admiró despues en Zamora, donde estuvo confinado una larga temporada.

Pocos años despues de concluidos sus estudios, de tomados sus grados y de recibidas las sagradas órdenes, vino á Madrid donde conoció á los señores Quintana y Cienfuegos, hijos ambos de aquella universidad, especialmente al primero con quien siempre le han unido vínculos de la mas cordial estimacion.

En mayo de 1805 hizo oposicion á una capellanía de honor del rey, y en octubre fué nombrado director eclesiástico de los caballeros pages del rey, empleo que sirvió hasta la entrada de los franceses en Madrid. En este intervalo empezó á darse á conocer como poeta con varias composiciones ligeras que se incluyeron en algunos periódicos de aquel tiempo.

La defensa de Buenos-Ayres contra los ingleses en 1807 fué el asunto de una composicion de Gallego (*Oda á Buenos-Ayres*), la primera ciertamente que llamó la atencion del público de Madrid, revelándole la existencia de un poeta, no indigno de alternar con los que entonces sostenian el crédito del Parnaso español. Un año despues publicó la *Elegía al Dos de Mayo*, composicion á que debió la celebridad de que goza, y en setiembre de 1808 recitó en la academia de San Fernando la *Oda á la influencia del entusiasmo público en las artes*, que se imprimió, pocos años ha, en las memorias de dicho cuerpo.

---

[1] Esta noticia está copiada, por la mayor parte, de la que se halla insertada en el muy recomendable periódico titulado *El Artista*; primer año, tom. 1º, numero 17 (Madrid, 1835; fol.).

Al volver los franceses á Madrid capitaneados por Napoleon, tomó Gallego el camino de Sevilla, siguiendo al gobierno legítimo y pasando de allí á Cádiz, donde se mantuvo hasta la vuelta de este á la capital de España. Antes habia obtenido una prebenda de Murcia, y la primera regencia le nombró para la dignidad de chantre de la isla de Santo Domingo, de que no llegó á tomar posesion. En tan considerable período de tiempo no se oyeron los acentos de su Musa, sino en alguna cancion patriótica ú otras composiciones ligeras, entre las cuales es notable un *soneto á lord Wellington* con motivo de la toma de Badajoz. Sin duda las graves discusiones de las córtes, de que fué diputado por espacio de tres años, absorbieron su atencion.

Despues de la primera restauracion tambien Gallego fué incluso en la persecucion promovida contra varios diputados de las córtes de Cádiz, y confinado por cuatro años, despues de diez y ocho meses de prision, á una de las cartujas de Andalucía. Solo dos composiciones originales de alguna extension fueron el fruto de un ocio tan prolongado, la *Elegía á la muerte de la reina Isabel* (impresa por primera vez en Madrid, 1819, 8º) y la que antes escribió *á la del duque de Fernandina.*

Por aquel tiempo tradujo del frances en verso castellano la tragedia titulada *Oscar hijo de Osian*, que fué representada en los teatros de la corte, é impresa en Madrid: imprenta que fué de García, 1818, 8º.

Al estallar la revolucion de 1820 Gallego recobró la libertad, y fué nombrado canónigo de la iglesia metropolitana de Sevilla. Hoy dia es del consejo de S. M., vocal de la direccion general de estudios, juez supernumerario de la nunciatura, é individuo de honor de la real Academia Española.

Sus poesías no se han impreso, segun sabemos, reunidas hasta ahora. Hay en sus elegías y odas dulzura, pasion, nobleza y grandiosidad, lucen un estilo elevado y rápido, y tienen, como todas sus poesías, una versificacion sonora, varonil y castiza; pero en la mayor parte de ellas, por ser frutos de circunstancias exteriores mas bien que de arrebatamiento é inspiracion, se nota demasiado compas, recuerdos de los clásicos de la antigüedad y de los poetas castellanos de los siglos XVI y XVIII; en suma, imitacion visible y de consiguiente falta de independencia y originalidad.

* * *

# POESIAS

DE

# D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

## EPISTOLA.

### I.

*A Don Gaspar de Jovellanos.*

Sí : la pura amistad, que en dulce nudo
Nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
Ni la distancia, ni interpuestos montes
Y proceloso mar que suena ronco,
De mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio á mi cariño impuso
El son de Marte, que suspende ahora
La paz, la dulce paz. Sé que en oscura,
Deliciosa quietud, contento vives :
Siempre animado de incansable celo
Por el público bien, de las virtudes
Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos, la verdad te anuncien

De mi constante fé; y el cielo en tanto
Vúelvame presto la ocasion de verte
Y renovar en familiar discurso
Cuanto á mi vista presentó del orbe
La varia escena. De mi patria orilla
A las que el Sena turbulento baña
Teñido en sangre, del audaz britano
Dueño del mar al aterido belga,
Del Rhin profundo á las nevadas cumbres
Del Apenino, y la que en humo ardiente
Cubre y ceniza á Nápoles canora,
Pueblos, naciones visité distintas;
Util ciencia adquirí, que nunca enseña
Docta leccion en retirada estancia,
Que allí no ves la diferencia suma
Que el clima, el culto, la opinion, las artes,
Las leyes causan. Hallarásla solo,
Si al hombre estudias en el hombre mismo.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
Del Tibre, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuéseme dado
Vagar por ella, y de su gloria antigua
Contigo examinar los admirables
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
Resiste, quiso perdonar! Alumno
Tú de las Musas y las artes bellas,
Oráculo veraz de la alma historia,
¡Cuánta doctrina al afluente labio
Dieras, y cuántas, inflamado el númen,
Imágenes sublimes hallarias
En los destrozos del mayor imperio!

Cayó la gran ciudad que las naciones
Mas belicosas dominó, y con ella
Acabó el nombre y el valor latino;
Y la que osada, desde el Nilo al Bétis,
Sus águilas llevó, prole de Marte,

Adornando de bárbaros trofeos
El Capitolio, conduciendo atados
Al carro de marfil reyes adustos
Entre el sonido de torcidas trompas
Y el ronco aplauso de los anchos foros;
La que dió leyes á la tierra, horrible
Noche la cubre, pereció. Ni esperes
Del antiguo valor hallar señales.

Estos desmoronados edificios,
Informes masas que el arado rompe,
Circos un tiempo, alcázares, teatros,
Termas, soberbios arcos y sepulcros,
Donde (fama es comun) tal vez se escucha
En el silencio de la sombra triste
Lamento funeral, la gloria acuerdan
Del pueblo ilustre de Quirino, y solo
Esto conserva á las futuras gentes
La señora del mundo, ínclita Roma.
¿Esto, y no mas, de su poder temido,
De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron
Ni su virtud, ni su saber, ni unida
Tanta opulencia mitigar del hado
La ley tremenda, ó dilatar el golpe?

¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden
Como la débil flor los fuertes muros,
Si los bronces y pórfidos quebranta,
Y los destruye, y los sepulta en polvo,
¿Para quién guarda su tesoro intacto
El avaro infeliz? ¿A quién promete
Nombre inmortal la adulacion traidora,
Que la violencia ensalza y los delitos?
¿Porqué á la tumba presurosa corre
La humana estirpe, vengativa, airada,
Envidiosa... ¿De qué, si cuanto existe
Y cuanto el hombre ve, todo es ruïnas?

Todo : que á no volver huyen las horas
Precipitadas, y á su fin conducen
De los altos imperios de la tierra
El caduco esplendor. Solo el oculto
Númen que anima el universo, eterno
Vive, y él solo es poderoso y grande.

## II.

### AL PRINCIPE DE LA PAZ,

*Dedicándole la comedia de la Mogigata.*

Esta que me inspiró fácil Talía
Moral ficcion, y aguarda numeroso
Pueblo que ocupe la española escena,
Voz adquiriendo, movimiento y formas,
Hoy te presento con afecto puro
De gratitud y amor : que en vano aspiro
Por otra senda á la difícil cumbre
Subir del Pindo, en vano; y muchas veces
Lloré burlado el atrevido intento.
¡ Cuántas, pulsando las aönias cuerdas,
Quise prendar con números süaves
La esquiva hermosa, que en silencio adoro,
Y la voz imitar y la armonía
Que un tiempo el eco en la floresta verde
Repitió del Zurguen ! Quise, animado
De mas sublime ardor, sonando Clio
La trompa que marcial ira difunde,
De España celebrar los altos triunfos,
Del cuello altivo sacudiendo rota
La bárbara coyunda; en las arenas
De Libia ardiente el vencedor vencido;
Numancia satisfecha en el estrago
De la soberbia Roma, abandonada
Al espantoso militar desórden;

Dueño Cortés del estandarte de oro
En los valles de Otumba, y á sus plantas
El cetro occidental. Pero ofendida
Culpó mi error la Musa de Menandro,
Y la cítara y flautas pastoriles
Quitóme airada, y el clarin de Marte.

Sigue, me dijo, por el rumbo solo
Que te indica mi voz, si honor procuras
Que á pesar del silencio de la muerte
Haga tu nombre eterno. Yo amorosa
Una y mil veces en tu labio infante
Dulce beso imprimí, y al repetido
Celeste arrullo que entoné, dormias.
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,
Y en tí los que vertió propicios dones
Naturaleza, cultivar me plugo.
Ya con festiva aclamacion sonando
La patria escena, en su alabanza justa
Tu gloria afirma. Sigue, y en la cumbre
Del sagrado Helicon, que Cintio baña
Con su luz inmortal, las Musas bellas
De hiedra y lauros te darán corona.
No te ofenda, señor, si tan humilde
Tributo te consagro; ¿y cuál seria
De la grandeza de tu nombre digno?
Limitado es el don, rico el deseo;
Y no bastando á mas la vena estéril,
Cuanto puedo te doy. Asi postrado
Ante las aras que levanta rudas,
Suele el cultor acumular los frutos
Sencillos de su campo, y los ofrece
Al alto númen tutelar que adora,
Y aromas vierte agradecido, y flores.

## III.

## A Claudio.

### *El filosofastro.*

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan solo es importuno,
Presumido, embrollon, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Mas que el perro de Fílis. No te puedo
Decir con cuantas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidió de almorzar. Cedí al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazon chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
( A tres pages hambrientos y golosos
Racion cumplida ), y en cristal luciente,
Agua que serenó barro de Andújar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la pocion suave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res, que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el don que le presento opímo.

Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedia,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas

Que por eso calló : diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmon. ¡ Qué cosas dijo!
¡ Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin, en ronca voz : ¡ O edad nefanda,
Vicios abominables! ¡o costumbres!
¡ O corrupcion! exclama; y de camino
Dos tortas se tragó. ¡ Que á tanto llegue
Nuestra depravacion, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
A la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz; por él Europa,
La culta Europa en el oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente:
Y para que mas grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,
Que en Africa compró, simple y desnudo.
¡ Oh! ¡ qué abominacion! Dijo, y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo cangilon quedaba.
Claudio, si tú no lloras, pues la risa
Llanto causa tambien, de mármol eres:
Que es mucha erudicion, celo muy puro,
Mucho prurito de censura estóica
El de mi huésped; y este celo, y esta
Comezon docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Mas difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, mas innovadores,
Pero mejores no. Mucha doctrina,
Poca virtud. No hay picaron tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria

En la Puerta del Sol, y allí gobierne
Los estados del mundo, las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Próculo, que se viste y calza y come
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral. Nevio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupcion de aquí. Zenon, que trata
De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduele
De que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;
Y habla de patriotismo... Claudio, todos
Predican ya virtud, como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora...
Dichoso aquel que la practica y calla.

## IV.

### *El coche en venta.*

Quiero contarte
Que don Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me está moliendo
Mas ha de un mes,
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Mal haya, amen)
Sus dos candongas
Y su cupé.

Esta mañana
Salí á las diez
A ver á Clori

(No lo acerté):
Horas menguadas
Debe de haber.
Ibame aprisa
Hácia la Red,
Y en una esquina
Me le encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somaten,
Y las mentiras
De tres en tres.
— Y, no hay remedio,
Ello ha de ser:
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde.
Parece inglés:
La caja es cosa
Digna de un rey.
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra mas cuca
No la vereis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer
El marquesito
De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber
A un chalan cojo
Aragonés,
Que vive al lado
De la Merced.
Son dos alhajas:
No hay que temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Con que Domingo
Puede á las seis
Ir á mi casa,
Yo os dejaré
Las señas... Pero...
¿Teneis papel?
—No tengo nada,
Ni es menester:
Dejadme vivo,
Sayon cruel.
Si ya os he dicho
Que no gasteis
Saliva y tiempo:
Si no ha de ser:
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera á pie
Hasta la turca
Jerusalen.
— ¿Y te parece
Que le ahuyenté?
Nunca un pelmazo
Llega á entender
Lo que no cuadra
Con su interes.

Quise cansarle;
Me equivoqué.
Sigo mi trote,
Sigue tambien,
Suelto de lengua,
Agil de pies,
Siempre á la oreja
Como un lebrel.
Lloviendo estaba
Y á buen llover;
Calles y plazas
Atravesé,
Charcos, arroyos...
Voy á torcer
Por la bajada
De San Gines:
Hallo un entierro
De mucho tren:
Muerto y parientes
Atropellé.
Él, por seguirme,
Dió tal vaiven
A un monaguillo,
Que sin poder
Valerse, al suelo
Cayó con él.
Tal del pobrete
La rabia fué,
Tal cachetina
Siguió despues,
Que malferido,
Zurrado bien,
Allí entre el lodo
Me le dejé.

## ODAS.

### I.

*A los colegiales de San Clemente de Bolonia.*

¿Porqué con falsa risa
Me preguntais, amigos,
El número de lustros que cumplí?
¿Y en la duda indecisa
Citais para testigos,
Los que huyeron aprisa
Crespos cabellos que en mi frente ví?

Pues no los años fueron
Los que con mano dura
Me los llevaron, ni doliente ardor;
Parte al afan cedieron
Que el estudio procura,
Parte despojos dieron
A tus victorias, ceguezuelo Amor.

¿Veis que en mi rostro imprima
El tiempo sus pisadas,
La lengua turbe, ó debilite el pie?
¿Veis que mi espalda oprima?
¿O de brillar cansadas,
La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre hablé?

Pues si el ardiente brio,
Que la edad deteriora
Con su fuga veloz, existe en mí,
¿No es vano desvarío
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y rio,
Soy jóven fuerte, como jóven fuí.

Lo soy, y vigoroso
Siento que late y vive
Propenso á la virtud mi corazon;
Y en placer delicioso
Afectos mil recibe:
Movimiento dichoso
Del alma, si lo templa la razon.

Tal vez Febo me envia
Entusiasmo divino,
Que á la helada vejez repugna dar;
Y la nueva armonía
De idioma peregrino,
Las náyades que cria
El Reno humilde, salen á escuchar.

Seguidme, y al umbroso
Bosque, mansion de Flora,
Que el templo cerca del Amor, venid.
Dadme, dadme oloroso
Incienso y la sonora

Cítara, y de frondoso
Mirto mis sienes cándidas ceñid.

Mancebos y doncellas
Cantan el himno sacro;
Y la pompa solemne comenzó.
¿Veis que llegaron ellas,
Y en torno al simulacro
Esparcen flores bellas,
Y el coro de los jóvenes siguió?

Yo con estos unido
Presentaré mis dones,
Cuando postrados ante el ara esten.
Del certero Cupido
Sintieron los arpones...
¡Ay! que en vano he querido
Burlar sus tiros, y me hirió tambien.

## II.

### *Los dias.*

¡No es completa desgracia,
Que por ser hoy mis dias,
He de verme sitiado
De incómodas visitas!

Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.

Pero ¡qué!... No la cierres:
Si es menester abrirla:
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.

El coche que ha parado,
Segun lo que rechina,
Es el de don Venancio,
¡Famoso petardista!

¡Oh! ya está aquí don Lucas
Haciendo cortesías,
Y don Mauro el abate,
Opositor á mitras.

Don Genaro, don Zoilo,
Y doña Basilisa;
Con una lechigada
De niños y de niñas.

¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Torozos
Me fuera por no oirlas.

Ya todos se preparan
( Y no bastan las sillas )
A engullirme bizcochos,
Y dulces y bebidas.

Llénanse de mugeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.

Ellas haciendo dengues
Allí y aquí pellizcan:
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.

Ellos, los hombronazos,
Piden á toda prisa
Del rancio de Canarias,
De Jerez y Montilla.

Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chiflan.
Pues, señor, ¿hay paciencia
Para tal picardía?

¿Es esto ser amigos?
¿Asi el amor se explica,
Dejando mi despensa
Asolada y vacía?

Y en tanto los chiquillos,
Canalla descreida,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.

El uno acosa al gato
Debajo de las sillas:
El otro se echa á cuestas
Un cangilon de almíbar.

Y al otro, que jugaba
Detras de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.

Ya mi baston les sirve
De caballito, y brincan:
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen,
Que todos me los pillan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.

¡Demonios! Yo que paso
La solitaria vida,
En virginal ayuno
Abstinente eremita;

Yo, que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,

¿He de sufrir ahora
Esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.

Váyanse enhoramala:
Salgan todos aprisa:
Recojan abanicos,
Sombreros y basquiñas.

Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias, pero no vuelvan
Jamas á repetirla.

Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venian,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la villa.

## III.

### *A la muerte de don José Antonio Conde, docto anticuario, historiador y humanista.*

¡Te vas, mi dulce amigo,
La luz huyendo al dia!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fria
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!

Y á mí, que débil siento
El peso de los años,
Y al cielo me lamento
De ingratitud y engaños,
Para llorarte, ¡mísero!
Largo vivir me da.

O fuéramos unidos
Al seno delicioso,
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo
A aquellas almas ínclitas,
Del mundo admiracion:

O á mí solo llevara
La muerte presurosa,
Y tu virtud gozara
Modesta, ruborosa,
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nacion.

Al estudio ofreciste
Los años fugitivos,
Y jóven conociste
Cuánto le son nocivos
Al generoso espíritu
El ocio y el placer.

Veloz en la carrera,
Al templo te adelantas
Donde Témis severa
Dicta sus leyes santas,
Y en ellas digno intérprete
Llegaste á florecer.

Ciñéronte corona
De lauros inmortales
Las nueve de Helicona;
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil.

Con ella, renovando
La voz de Anacreonte,
Eco amoroso y blando
Sonó de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes.
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Atica,
Supiste declarar.

Y el cántico festivo,
Que en bélica armonía
El pueblo fugitivo
Al númen dirigia,
Cuando al feroz ejército
Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rápida,
Memorias te dictó.

Desde que el cielo airado
Llevó á Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael,

Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel:

A tí fué concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.

Y á tí, de dos naciones
Ilustres enemigas,
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oir.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba.
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Ciñes aurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardon,

No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambicion.

## SONETOS.

### I.

### *Rodrigo.*

Cesa en la octava noche el ronco estruendo
De la sangrienta militar porfía:
El campo godo destrozado ardia
Con llama, que descubre estrago horrendo.

Rodrigo en tanto, su peligro viendo,
Por ignorada senda se desvia,
Y muerto Orelia, entre la sombra fria,
Herido y débil se acelera huyendo.

En vano el Lete con raudal undoso
El paso estorba al príncipe, á quien ciega
De cadena ó suplicio el justo espanto.

Surca las aguas. Cede al poderoso
Impetu, espira el infeliz, y entrega
El cuerpo al fondo, á la corriente el manto.

### II.

### *Cuentas de Eliodora, saltatriz.*

Siete duros al mes de peluquero:
Para calzarme nueve: las criadas,
Que necesito dos, no estan pagadas,
Si no les doy cien reales en dinero.

Diez duros al bribon de mi casero:
Telas, plumas, caireles, arracadas,

Blondas, medias, hechuras y puntadas
De madama Burlet y del platero,

Noventa duros, poco mas. — Noventa,
Diez, siete, nueve, cinco... ¿Y la comida?
— Yo la quiero pagar, y somos cuatro.

— ¿Y esto en un mes? — Si á usted no le contenta...
— Sí, calla. Bien. ¡Hermosa de mi vida!...
¡Ay del que tiene amor en el teatro!

## III.

### *A la memoria de don Juan Melendez Valdes.*

Ninfas, la lira es esta que algun dia
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tórmes, cuya voz armoniosa
El curso de las ondas detenia.

Quede pendiente en esta selva fria
Del lauro mismo que la cipria diosa
Mil veces desnudó, cuando amorosa
La docta frente á su cantor ceñia.

Intacta y muda entre la pompa verde
(Solo en sus fibras resonando el viento)
El claro nombre de su dueño acuerde;

Ya que la patria, en el comun lamento,
Feroz ignora la opinion que pierde,
Negando á sus cenizas monumento.

## IV.

### *La despedida.*

Nací de honesta madre: dióme el cielo
Fácil ingenio en gracias afluente:

Dirigir supo el ánimo inocente
A la virtud el paternal desvelo.

Con sabio estudio, infatigable anhelo,
Pude adquirir coronas á mi frente:
La corva escena resonó en frecuente
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.

Dócil, veraz, de muchos ofendido,
De ninguno ofensor, las Musas bellas
Mi pasion fueron, el honor mi guia.

Pero si asi las leyes atropellas,
Si para tí los méritos han sido
Culpas; á Dios, ingrata patria mia.

## ROMANCES.

### *A un ministro.*

Ayer salí de mi casa
Muy afeitado y muy puesto,
Encaminado á la vuestra,
Como de costumbre tengo,
Para anunciaros felices
Pascuas, salud y contento,
Buen remate de diciembre,
Y buen principio de enero.
Pues señor, hizo Patillas
Que me saliera al encuentro
Un hablador de los muchos
Que hay por desgracia en el pueblo,
De esos que lo saben todo,
Que de todo hacen misterio,
Que almuerzan chismes, y viven
De mentiras y embelecos;
Infatigable escritor

De arbitrios y de proyectos;
Entremetido estadista
Y, Dios nos libre, coplero.
Él al verme comenzó
A dar voces desde lejos,
Y á correr y á chichear,
Y en suma no hubo remedio,
Me abrazó, me refregó
Las manos, me dió mil besos,
Y entre los dos empezamos
Este diálogo molesto:
—Moratin, hombre, ¡qué caro
Se vende usted!... ¿Qué hay de nuevo?
Vaya, mejor que el verano
Le trata á usted el invierno.
¿Con que va bien?... —Lindamente.
—Sí, se conoce; me alegro.
Pero ¿cómo tan temprano?
—Tengo que hacer. —Ya lo entiendo:
Vaya, el barrio es achacoso,
Usted un poco travieso...
Digo, será la andaluza
De ahí abajo. —No por cierto.
—¿Con que no?... —¡Qué bobería!
Ni la conozco ni quiero;
Ni estoy de humor, ni esta cara
Es cara de galanteos.
—Pues, amigo, linda moza.
¡Cáspita! Mucho salero,
Alta, colorada, fresca,
Boca pequeña, ojos negros,
Petimetrona... La trajo
De Cádiz don Hemeterio,
Y en un año le ha roido
Cinco barcos de abadéjo.
¿Y qué sucede? Que acaba
De plantarle. —Buen provecho:
Pero á mas ver, porque ahora

Voy de priesa y hace fresco.
— Hombre, para ir á Palacio
Es temprano. — Estoy en eso,
Pero no voy. — ¿No? ¿Pues qué
Nunca va usted? — Yo me entiendo.
— ¡Ah! ya caigo; con que siempre...
Es muy justo... ya lo veo.
Bien, muy bien. El señor conde
Le estima á usted. — A lo menos
Me tolera; disimula,
Como quien es, mis defectos,
Y suple con su bondad
Mi escaso merecimiento.
— Sí, yo sé de buena tinta
Que á usted le estima. Un sugeto
Que va allí mucho... ¿Y qué tal?
¿Con que ya no quiere versos?
¿Es verdad, eh? — No es verdad,
No, señor: si no son buenos
No los quiere, y hace bien:
Si son fáciles, ligeros,
Alegres, claros, süaves,
Y castizos madrileños,
Le gustan mucho. Los mios
Suelen tener algo de esto,
Y por eso los prefiere
Tal vez entre muchos de ellos,
Que serán casi divinos,
Pero que le agradan menos.
— Ya, ya, pero usted debia
Mudar de tono... — En efecto.
Escribir disertaciones
Sobre puntos de gobierno,
Enseñar lo que no sé,
Ni he de practicar, ni quiero;
Decirle lo que se ha dicho
A todos, darle consejos
Que no me pide, y á fuerza

De alambicados conceptos,
En versos flojos y oscuros,
Y en lenguaje verdinegro,
Entre gótico y frances,
Hacerle dormir despierto;
No, señor, yo nunca paso
Los límites del respeto,
Y entre muchas faltas, solo
La de ser audaz no tengo.
— Bien está, pero ¿qué diantres
Se le ha de decir de nuevo,
Que le pueda contentar?
¿Siempre borrando y temiendo?
¿Siempre una cosa?... — Una cosa
Dicha por modos diversos
Puede agradar, y tal vez
Anuncia mayor ingenio.
Siempre le diré que admiro
Su bondad y su talento;
Que no estimo yo las bandas,
Los bordados, los empleos;
Dones que da la fortuna,
Brillan, pero todo es viento;
Sus buenas prendas me inclinan,
Las aplaudo y las venero,
Y con ellas nada pueden
La suerte ciega ni el tiempo.
Y á Dios que es tarde. — Oiga usted.
— Que voy de prisa. — Un momento.
Mire usted... yo... la verdad...
Tambien... ya se ve... Yo tengo
Algo de vena, y en fin...
— ¿Tiene usted vena? Me alegro.
¿De qué? — Digo que á las veces
A mis solas me divierto,
Y escribo algunas coplillas
Tales cuales. Yo no quiero
Darlas á luz, porque... — Bien.

¡Admirable pensamiento!
— Aquí traigo unas endechas,
Un romance, dos sonetos,
Y quiero que usted me diga
En amistad, sin rodeos,
Qué tales son. Venga usted
A aquel portal. — Nos veremos.
— Pero un instante. — Otro dia.
— Y una cancion que he compuesto
Filosófica. — Al diario.
— Y una tragedia, que pienso
Acabar hoy. — A los Caños.
— Y un arbitrio. — A los infiernos.
Esto dicho, le dejé,
Apresuro el paso y llego,
Y llegué tarde segun
El informe del portero.
Renegué del trapalon,
De su prosa y de sus versos,
Y de mi estrella, que siempre
Me depara majaderos.
¡Ay, señor! entre las dichas
Que para vos pido al cielo,
La de no conocer nunca
A este verdugo os deseo,
Que si una vez os alcanza,
Segun es osado y terco,
Por no verle la segunda
Os vais á habitar el yermo.

## II.

### *Mas vale callar.*

¿Qué será que habiendo sido
La Musa que tanto honrais
En obedeceros pronta
Con sumisa voluntad,

Hoy tan perezosa esté,
Que no me quiere inspirar
Los versos que me pedis,
Si cuando pedis, mandais?
¿Acaso pudo el deseo
De complaceros faltar,
O acabaron los calores
Con su vena perenal?
¿O, fatigada tal vez
De traducir y firmar,
Tiempo la falta y humor
Para ser original?
Y en tanto, á mí se me acusa
De indolente y holgazan,
Ella se abanica y rie,
Yo me apuro, y vos instais.
¿Qué la cuesta en libres versos
Maldecir y murmurar,
Sátiras dictando alegres,
Llenas de pimienta y sal?
¿Acaso la edad presente
Tan corta materia da?
¿Tan leves son nuestros vicios?
¿Tan pocas locuras hay?
Si la mandaran fingir,
Y con astucia falaz
Aplaudir los desaciertos,
Los delitos adorar;
Yo el primero disculpara
Su silencio pertinaz:
Que es mejor cuando el asunto
Obliga á mentir, callar.
Pero si quereis que solo
Dicte sátira mordaz,
¿No es decirla claramente,
Musa, dínos la verdad?
¿Pues porqué de la ocasion
No se debe aprovechar,

Y dar una felpa á tanto
Literato charlatan;
Tantos eruditos hueros,
Cuyo talento venal
Nos da en menudos las ciencias,
Que no supieron jamas;
Tanto insípido hablador,
Tanto traductor audaz,
Novelistas indecentes,
Políticos de desvan,
Disertadores eternos
De virtud y de moral,
Que por no tenerla en casa
La venden á los demas?
¿Y porqué tantos copleros,
Que en su discorde cantar
Ranas parecen, que habitan
Cenagoso charquetal,
Ha de tolerar mi Musa
Que metrifiquen en paz,
Y se metan á escribir
Por no querer estudiar?
¿Ella no fué la que un dia
Dió leccion tan magistral
(Haciendo el ancho teatro
Púlpito de la verdad),
Que á todo autorcillo astroso
Llenó de terrible afan,
Creyendo cercano el punto
De su exterminio final?
¡O estúpidos! escribid,
Imprimid, representad;
Que el siglo de la ignorancia
Largos años durará.
Y mientras al rudo vulgo
Embobeis y corrompais
Con farsas, que Apolo al verlas
Padece gota coral,

Ni faltará quien os dé
Para vestir y mascar,
Ni habrá un cristiano que os diga :
Vencejos, no chilleis mas.
Seguid, y lluevan abates,
Moros, pillos de arrabal,
Arrieros, trongas y diablos
Con su rabillo detras.
Y si el público se hastia
De ver tanta necedad,
Váyase á dormir tres horas
A los Caños del Peral.
Pero, señor, si la Musa
Se llega á determinar,
Se anima y os obedece,
Y tras todos ellos da,
Y en justa sátira y docta
Los tonos quiere imitar
Del siempre festivo Horacio,
O el cáustico Juvenal;
¿No será de tanto monstruo
Las cóleras provocar,
Y exponer á mil estragos
Su decoro virginal?
¿No veis que yace el Parnaso
En triste cautividad,
Y en él bárbaras catervas
Atrincheradas estan?
No señor: pues siempre ha sido
Para vos fina y leal
Mi pobre Musa, y os debe
Lo que no os puede pagar,
No la mandeis que de tanto
Necio se burle jamas,
Ni les riña en castellano,
Porque no la entenderán.
Sátiras no, que producen
Odio y encono mortal;

Y entre los tontos, padece
Martirio la ingenuidad.

## III.

### *A Geroncio.*

Cosas pretenden de mí
Bien opuestas en verdad
Mi médico, mis amigos,
Y los que me quieren mal.
Dice el doctor: Señor mio,
Si usted ha de pelechar,
Conviene mudar de vida,
Que la que lleva es fatal.
Débiles los nervios, débil
Estómago y vientre está:
¿Pues qué piensa que resulte
De tanta debilidad?
Si come, no hay digestion;
Si ayuna, crece su mal,
A la obstruccion sigue el flato,
Y al tiriton el sudar.
Vida nueva, que si en esta
Dura dos meses no mas,
Las tres facultades juntas
No le han de saber curar.
No traduzca, no interprete,
No escriba versos jamas.
Miedos y Musas le tienen
Hecho un trasgo de hospital:
Y esos papeles y libros,
Que tan mal humor le dan,
Tírelos al pozo, y vayan
Plauto y Moreto detras.
Salga de Madrid, no esté
Metido en su mechinal,
Ni espere á que le derrita

El ardor canicular.
La distraccion, la alegría
Rústica le curarán:
Mucho burro, muchos baños,
Y mucho no trabajar.
En tanto que esta sentencia
Fulmina la facultad,
Mis amigos me las mullen
En junta particular.
Dicen: ¡Oh, si Moratin
No fuese tan haragan,
Si de su modorra eterna
Quisiera resucitar!
Él ha sabido adquirir
La estimacion general;
Aplauso y envidia excita
Cuanto llega á publicar:
Le murmuran; pero nadie
Camina por donde él va:
Nadie acierta con aquella
Difícil facilidad;
Y si él quisiera escribir
Tres cuadernillos no mas,
¿La caterva de pedantes
Adónde fuera á parar?
¿Qué se hiciera tanto insulso
Compilador ganapan,
Que de frances en gabacho
Traducen el pliego á real?
¿Tanto hablador, que á su arbitrio
Méritos rebaja y da,
Tiranizando las tiendas
De Perez y Mayoral?
No, señor, quien ha tenido
La culpa de este desman,
Si escuchara un buen consejo,
Lo pudiera remediar.
Tomasen la providencia

De meterle en un zaguan,
Con su candil, su tintero,
Pluma y papel, y cerrar:
Y allí con racion escasa
De queso, agua fresca y pan,
Escribiese cada dia
Lo que fuera regular.
¿Emporcaste un pliego? Lindo:
Almuerza y vuelve al telar:
Come, si llenaste cuatro;
Cena, si acabaste ya.
¿Quieres tocino? Veamos
Si está corregido el plan.
¿Quieres pesetas? Pues daca
El *drama sentimental*.
Por cada escena, dos duros
Y un panecillo te dan,
Por cada *pequeña pieza*
Un *vale dinero*, y mas.
Y de este modo, en un año
Pudiéramos aumentar
De los cómicos hambrientos
El exprimido caudal.
Esto dicen mis amigos
(Reniego de su amistad):
Mi suegro, si le tuviera,
No dijera cosa igual.
Esto dicen, y en un corro
Siete varas mas allá,
Don Mauricio, don Senen,
Don Cristobal, don Beltran,
Y otros quince literatos
Que infestan la capital,
Presumidos, ya se entiende,
Doctos á no poder mas,
Dicen: Moratin cayó,
Bien le pueden olear:
No chista ni se rebulle,

Ya nos ha dejado en paz.
Su *Baron* no vale nada;
No hay enredo allí, ni sal,
Ni caractéres, ni versos,
Ni lenguaje, ni... Es verdad,
Dice don Tiburcio : ayer
Me aseguró don Cleofas,
En casa de la condesa
Viuda de Madagascar,
Que es traduccion muy mal hecha
De un drama antiguo aleman...
— Sí, traduccion, traduccion,
Chillan todos á la par,
Traduccion... ¿ Pues él por donde
Ha de saber inventar ?
No señor, es traduccion.
Si él no tiene habilidad,
Si él no sabe, si él no ha sido
De nuestro corro jamas,
Si nunca nos ha traido
Sus piezas á examinar;
¿Qué ha de saber ? — ¡ Pobre diablo !
Exclama don Bonifaz :
Si yo quisiera decir
Lo que... pero bueno está.
— ¡ Oiga! ¿ pues qué ha sido? Vaya,
Díganos usted. — No tal,
No. Yo le estimo, y no quiero
Que por mí le falte el pan.
Yo soy muy sensible : soy
Filósofo, y tengo ya
Escritos catorce tomos
Que tratan de humanidad,
Beneficencia, süaves
Vínculos de afecto y paz;
Todo almíbares, y todo
Deliquios de amor social :
Pero es cierto que... si ustedes

Me prometieran callar,
Yo les contara. — Sí, diga
Usted, nadie lo sabrá:
Diga usted. — Pues bien: el caso
Es que ese cisne inmortal,
Ese dramático insigne
Ni es autor, ni lo será.
No sabe escribir, no sabe
Siquiera deletrear:
Imprime lo que no es suyo,
Todo es hurtado, y... ¿Qué mas?
Sus comedias celebradas,
Que tanta guerra nos dan,
Son obra de un religioso
De aquí de la Soledad.
Dióselas para leerlas
(Nunca el fraile hiciera tal),
No se las quiso volver,
Murióse el fraile, y andar...
Digo, ¿me explico? — En efecto,
Grita la turba mordaz,
Son del fraile. Ratería,
Hurto, robo, claro está.
Geroncio, mira si puede
Haber confusion igual:
Ni sé qué hacer, ni confio
En lo que hiciere acertar.
Si he de seguir los consejos
Que mi curador me da,
Si he de vivir, no conviene
Que pida á mis nervios mas.
Confundir á tanto necio
Vocinglero pertinaz,
Que en la cartilla del gusto
No pasó del *cristus*, *a;*
Componer obras, que piden
Estudio, tranquilidad,
Robustez, y el corazon

Libre de todo pesar,
No es empresa para mí:
Tú, Geroncio, tú me da
Consejo. ¿Cómo supiste
Imponer, aturrullar,
Y adquirir fama de docto
Sin hacer nada jamas?
Tú, maldito de las Musas,
Que lleno de gravedad,
De todo lo que no entiendes
Te pones á disertar;
¿Cómo sin abrir un libro,
Por esas calles te vas
Haciéndote el corifeo
De los grajos del lugar,
Y con ellos tragas, brindas
Y engordas como un bajá,
Y duermes tranquilo, y nadie
Sospecha tu necedad?
Díme si podré adquirir
Ese don particular;
Dame una leccion siquiera
De impostor y charlatan,
Y verás como al instante
Hago con todos la paz,
Y olvido lo que aprendí,
Para lucir y medrar.

# NOTICIA DE D. LEAND. FERN. DE MORATIN.

Fué hijo del insigne poeta don Nicolas Fernandez de Moratin de quien ya se ha tratado anteriormente, y de doña Isidora Cabo Conde. Nació en Madrid en 10 de marzo de 1760. Formóse por sí mismo, y como á escondidas, en el gusto de la poesía, y en sus primeros estudios. Habíale dado la naturaleza excelentes disposiciones, y tan grande inclinacion á la poesía, que á los seis ó siete años empezó á hacer versos; y cultivado su entendimiento con esmero, se halló á los diez y ocho apto para aspirar al premio y obtener el *accessit* que le concedió la real Academia Española en el concurso de 1779 por su romance heróico de la *Toma de Granada*[1]. No fué pequeña la sorpresa del padre cuando lo supo, pues, no queriendo que su hijo siguiera las letras, le destinó, para mejor asegurar su mantenimiento, primero á la profesion de la pintura, y despues al ejercicio de la joyería. Al año siguiente tuvo don Leandro el dolor de perder á su padre, y para cumplir con la sagrada obligacion de mantener á su madre, viuda, infeliz, continuó trabajando en el ejercicio de hacer joyas, en el cual ganaba diez y ocho reales diarios. Pocos años despues falleció tambien esta, y entonces pasó á vivir con un tio suyo, que asimismo trabajaba en la joyería del rey: mas ni antes ni despues abandonó sus ocupaciones literarias fomentadas con el trato y amistad de don Juan Antonio Melon y de los PP. Estala y Navarrete, ambos escolapios, todos ellos humanistas distinguidos. Asi que en el concurso de 1782 volvió á obtener el *accessit* de la real Academia Española por la sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana, que presentó con el título de *Leccion*

---

[1] La Academia publicó aquel romance bajo el nombre de *D. Efren de Lardnaz y Morant*, con que se habia disfrazado su autor, y que es anagrama de D. Leandro Fernandez de Moratin. La corta edad que tenia el poeta cuando su composicion, sirve de excusa á los defectos que se notan en ella, ó de propiedad en las costumbres, ó de exactitud en la historia. Estas y otras imperfecciones, aunque compensadas con la belleza de la versificacion y la valentia de las expresiones é imágenes, fueron aparentemente los motivos por los que Moratin, severo consigo en demasia, no incluyó aquel romance en la edicion de Paris del año de 1825 que de sus obras poéticas dirigió él mismo; pero va incluido en la edicion de las

*poética* bajo el nombre de don Meliton Fernandez [1]. Pero, á pesar de sus relaciones, y lo apreciado que era ya el renombre de Moratin en la república literaria, aspiró en vano largo tiempo á una colocacion cual convenia á sus circunstancias, hasta que á fines de 1786, comisionado el conde de Cabarrús para un asunto importante en Paris, le eligió en calidad de secretario por indicacion de Jovellanos. Con él fué Moratin á Paris, donde conoció y trató al célebre Goldoni, y donde acabaria de formar su gusto en el arte de la comedia, á que le inclinaba poderosamente su genio y en que tanto se habia de aventajar despues. Vuelto á España, publicó en 1789 sin nombre de autor *la Derrota de los pedantes*, folleto en prosa, para ridiculizar á los malos poetas de aquel tiempo, siguiendo un plan bastante conforme al del *Viaje al Parnaso* del inmortal Cervantes. En el mismo año recibió la primera prueba de benevolencia del gobierno por unos versos que dirigió al ministro conde de Floridablanca, y por la oda que compuso á la proclamacion de Cárlos IV, obteniendo en recompensa una prestamera de trecientos ducados en el arzobispado de Burgos, á cuyo título se ordenó de prima tonsura en 9 de octubre de 89. Tan escasa renta no podia servir de remedio á la mala fortuna de Moratin: pero cambió de repente su situacion; porque habiéndole dado á conocer don Francisco Bernabeu y don Luis Godoy á don Manuel [2] hermano del último, este le alcanzó un beneficio en Montoro de tres mil ducados, y una pension de seiscientos sobre la mitra de Oviedo, con cuyas gracias pudo considerarse en aquel estado de desahogo y facultades, propio para cultivar las Musas á su gusto y con independencia. Mostrándose ya al

---

obras de Moratin hecha por la academia de la Historia, de la cual hemos copiado la presente nota.

[1] Posteriormente la corrigió y mejoró Moratin, reduciéndola á doscientos y dos tercetos de doscientos ochenta y cinco que antes tenia: y asi corre impresa en las ediciones de sus obras publicadas por el mismo autor, y por la real academia de la Historia.

[2] Con respecto á su relacion con aquel valido y protector suyo, á quien, aun despues de su caida, manifestaba siempre la misma parcialidad y agradecimiento, se ha expresado Moratin con una integridad muy honorífica asi: « Ni fué su amigo Moratin ni su consejero, ni su criado; pero fué su hechura: y aunque existe una filosofía cómoda que enseña á recibir y no agradecer, y que obrando segun las circunstancias, paga con injurias las mercedes recibidas y solicitadas, Moratin estimaba en mucho su opinion, para incurrir en tan infames procedimientos. Entonces trató de complacer á su protector, por medios honestos, y entonces y ahora, le deseó felicidad y se la desea. » Dirigió tambien algunas de sus poesías á su protector, como, por ejemplo, el excelente *Canto en lenguaje y verso antiguo*, la célebre *Epístola : Al príncipe de la Paz, dedicándole la comedia de la Mogigata*, etc.

público en el verdadero puesto que le señalaba Apolo, dió al teatro y á la imprenta en 1790 *el Viejo y la Niña*, y en 92 *la Comedia Nueva*. El buen éxito de ambas piezas le hubiera sin duda estimulado á no interrumpir en aquel tiempo su carrera dramática, si el deseo de observar los teatros extrangeros no le hubiese determinado á pedir licencia para viajar. Obtenida, salió de España, y estuvo en Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Alemania, en la Suiza, y en Italia, cuyas principales ciudades recorrió, fijando su residencia en Bolonia, donde permaneció hasta el año de 96 en que regresó á España, ya hecho secretario de la interpretacion de lenguas por diligencia de don Juan Antonio Melon, y nombrado, poco despues, individuo de una junta para el arreglo de los teatros, y luego único director de los mismos, cuyo destino renunció. *El Baron, la Mogigata, el Sí de las Niñas*, fueron sucesivamente el fruto del estudio y agradable situacion de que Moratin gozaba desde aquella época, representadas todas con igual aceptacion que sus primeras comedias.

Tan ruidosos triunfos no pudieron menos de atraer á Moratin grandes enemigos, que no lograron alterar su tranquilidad hasta el año de 1808 en que con la caida de Godoy se creyó comprometido y precisado á buscar seguridad retirándose con el ejército frances despues de la batalla de Bailen. Volviendo con los franceses á Madrid, obtuvo el empleo de bibliotecario mayor en 1811. En 1812, á la evacuacion de Madrid por los franceses, pasó á Valencia, y luego á Peñíscola, donde no quiso permanecer durante el sitio, y salió milagrosamente para regresar á Valencia, y luego á Barcelona, donde esperó el resultado de su purificacion que fué el declarársele libre de responsabilidad. Pero no habiéndosele vuelto tan pronto sus bienes secuestrados que le fueron confiscados y detenidos hasta noviembre de 1816, llegó su situacion á ser la mas lastimosa, hasta el extremo de no tener el menor recurso para subsistir; y no permitiéndole su carácter importunar á sus amigos, ni mendigar el sustento, resolvió dejarse morir de hambre, para lo cual buscó un cuarto fuera de la ciudad. Por fortuna recibió á este tiempo la noticia de la devolucion de sus bienes, y no llevó á cabo su desesperado proyecto.

No era posible que en medio de tantas calamidades prosiguiese Moratin, continuamente angustiado y oprimido, componiendo para el teatro; y así no obstante las repetidas instancias que para ello le hicieron, solo se pudo conseguir que se representasen é imprimiesen sus comedias de *la Escuela de los Maridos*, y de *el Médico á palos*, ambas traducciones de Moliere.

Moratin hubiera continuado permaneciendo en Barcelona, pero noticioso de nuevos disgustos que se le preparaban, pasó á Francia á fines de 1817, permaneciendo en Paris con su amigo Melon hasta 1820 en que pasó á Bolonia, y luego regresó á Barcelona, en donde imprimió en 1821 la edicion de las Poesias escogidas de su padre don Nicolas, cuya memoria cuidó de perpetuar como buen hijo en la excelente vida del mismo que va á la frente de aquella edicion.

A este tiempo la peste se manifestaba en aquella ciudad, y este motivo, y el temor de las disensiones politicas á que nunca tuvo aficion, fueron bastantes á hacerle regresar á Francia en 1821, estableciéndose en Burdeos en compañía de su intimo amigo don Manuel Silvela.

Desde entonces no pensó ya en hacer de nuevo obra alguna, ocupándose solo en concluir y perfeccionar la de los *Orígenes del teatro español* que dejó manuscrita á Silvela, y que con la mayor parte de las demas obras, tanto impresas como manuscritas, y con una muy apreciable noticia de Moratin, dió á luz despues de su muerte la real academia de la Historia. (Madrid, 1830, 31. 6 vol. en gran 8°. Los dos volúmenes primeros contienen los Origenes del teatro español). En 1824 habia vendido Moratin sus obras poéticas á don Vicente Gonzalez Arnao, y este hizo el año siguiente en Paris una edicion que comprende la mayor parte de ellas, única reconocida por Moratin (3 vol. 8º; y segunda impresion, Paris, 1826, 3 vol. 12°).

En 1827 se trasladó con Silvela á Paris; y allí permaneció con bastante quebranto en su salud, ya alterada desde fines de 1825, hasta que murió en 21 de junio de 1828 á los 68 años de edad de una aguda enfermedad. Sus restos yacen en el cementerio del Padre Lachaise, muy cerca de donde reposan las cenizas del gran Moliere, su modelo.

Fué amigo de Jovellanos, de Forner, de Estala, de Goya, de Conde, y de casi todos los hombres mas señalados de su tiempo: entre los Arcades de Roma se llamó *Inarco Celenio*.

Ademas de las obras citadas dejó Moratin algunas otras tanto en verso como en prosa, tanto impresas como manuscritas; como: *El Auto de fé de Logroño*, con las notas que le puso el autor, disfrazado bajo el nombre del bachiller Gines de Posadilla (obrilla en prosa que va impresa); — las *Poesías líricas* (forman parte de las colecciones de sus obras poéticas, y se han impreso tambien por separado bajo el cuidado de don Vicente Salvá en Londres el año de 1825, en 8º); — la traduccion del *Cándido*; — un *fragmento de su vida* escrito por él mismo; — su *Viaje á Inglaterra é Italia*, descrito por él mismo; — un *Catálogo completo de cuanto se ha escrito en el género escénico desde los primeros tiempos del teatro español hasta la edad en que vivimos*; — varios analisis críticos de composiciones dramáticas, etc. (Todas estas obras, asi como su importante correspondencia literaria y familiar, se hallan, segun sabemos, aun inéditas, aunque los señores Salvá y Silvela manifestaron ya en el año de 1831 el designio de publicarlas en Paris.) — Sus obras dramáticas corren hartas veces impresas, sueltas y reunidas, dentro y fuera de España. — En 1835 se hizo en Barcelona una edicion de sus obras, conforme á la matritense del año de 1830, pero sin los Orígenes del teatro español, que las reune en *un solo volúmen* en gran 8° frances, hermanando así la comodidad con la baratura.

No es de este lugar, ni tenemos necesidad de ponderar el mérito de Moratin como poeta dramático; pues sus comedias le han grangeado una fama europea. Pero tambien sus poesías *líricas* por sí solas le habrian merecido un lugar muy distinguido en el Parnaso moderno español; aunque estas son menos conocidas que sus comedias, y no obstante que él mismo que opinaba con demasiada modestia de sí, ha dicho: « No fué tan grande el amor propio de Moratin, que le hiciese olvidar cuan difícil es adquirir en el Parnaso dos coronas. » Pues sus poesías líricas no solo lucen, como todas sus obras, mucha tersura, elegancia, y una diccion en que campea la lengua castellana con toda su pureza y gala; sino tambien se señalan por el acierto en la eleccion de los asuntos, por una versificacion tan dulce y armoniosa, que se ha dicho de sus versos: « tienen un son argentado; » y por ser en especial sus poesías satíricas llenas de aquella gracia, agudeza, fina ironía y fuerza cómica en pintar caractéres y situaciones, que le caracterizan tan ventajosamente como poeta cómico. Se le debe tambien la mejora y perfeccion del *verso suelto*, y algunas combinaciones de metros y rimas, tan recomendables por su novedad como por su oportunidad y feliz desempeño, las cuales, segun su expresion, « pueden considerarse como otras tantas cuerdas nuevas añadidas á la lira española. » No es empero de negar que le falta originalidad y, tal vez, despejo, y que su austera correccion y demasiado cuidado « de sujetar, » segun dice él mismo, « los ímpetus de la fantasía á las leyes del raciocinio y del buen gusto » han cortado el vuelo á su genio.

# POESIAS

DE

## D. MANUEL DE ARJONA.

## SONETOS.

### I.

### *A Ciceron.*

Pende en el foro, triunfo de un malvado,
La cabeza de aquel que la ruïna
Evitó á Roma, muerto Catilina,
Y padre de la patria fué aclamado.

La ve el pueblo en los Rostros conturbado,
Y un mudo horror los ánimos domina:
En los Rostros, do aquella voz divina
Fué de la libertad muro sagrado.

¡O Ciceron! si tantos beneficios
Paga tu ingrata patria de esta suerte,
¿Cómo espera magnánimos patricios?...

Mas ¿qué importa el morir? Témante ¡o muerte!
Los viles siervos del poder y vicios,
Pero el sabio ¿qué tiene que temerte?

### II.

### *El autor á sí mismo.*

Cansada nunca de tu vano intento
Corres, barquilla, el piélago espumoso,
Y tu piloto sufre temeroso
Del aquilon el ímpetu violento.

Neptuno te presenta fraudulento
Mansas las iras de su reino undoso
¡ Cuitada! porque dejes tu reposo
Y luego llores del instable viento.

Al mar no vuelvas, mísera barquilla;
Acógete por fin escarmentada
Al ocio blando de la quieta orilla.

Que si á nave real, de horror cargada,
Neptuno la orgullosa frente humilla,
¡ Ay! tú serás por burla destrozada.

### III.

### *A Albino.*

Hallar piedad con llantos lastimeros
Entre los hombres Arïon intenta,
Y le es mas fácil que un delfin la sienta,
Que no los despiadados marineros:

Pues rendido á sus trinos lisonjeros
Benigno el pez al jóven se presenta,
Y en su espalda la noble carga ostenta
Que arrojaron sus necios compañeros.

¡ Ay, Albino! conócelo algun dia,
Ni mas el plectro con gemidos vanos
Intente ya domar la turba impía.

No se vencen asi pechos humanos:
Busquemos en los tigres compañía,
Y verás que nos son menos tiranos.

## CANTILENAS.

### I.

Por el espeso bosque
Flérida discurria,
De la casta Dïana
Siguiendo las fatigas.

Mas ¡ ay ! que de repente
Una víbora impía
En la nevada planta
Horrenda muerte inspira.
Vuelan á su socorro
Las asustadas ninfas;
Mas no se halla en el bosque
Antídoto á su herida.
Solo encontró una de ellas
Con el zagal Amintas,
Discípulo de Apolo
En canto y medicina :
Amintas que abrasado
Por Flérida suspira,
Y, su rigor temiendo,
El fuego oculto abriga.
Préstale Amor sus alas,
Y ante los pies se humilla
De la zagala hermosa,
Hermosa cuanto esquiva.
Y al dios que en Délos reina :
« Si de los dos ( decia )
« Ha de morir alguno,
« Que mi adorada viva :
« Y que el veneno pase
« Al pecho de su Amintas,
« Que con mayor veneno
« Callado amor fatiga. »
Dice, y el labio amante
Al pie llagado aplica,
Por mas que horrorizada
Flérida le retira.
Mas cuando hácia su albergue
Ya sana se encamina,
De mas crüel dolencia
Se siente acometida.
Del atrevido jóven
Se acuerda compasiva,
Se duele generosa,
Se prenda agradecida.
Por su dudosa suerte
Inqüieta noche y dia,
La muerte ya le agrada
Sin quien le dió la vida.
Él vive, y por Crisea
De Flérida la amiga,
El fortunado anuncio
Recibe de su dicha.
Amantes venturosos
Que ya himeneo liga
Con lazos de contento,
Gozaos en mil caricias.
Y tú, Flérida, sabe
Lo que aum ignora Amintas;
Que de víbora falsa
Gemiste acometida.
Amor, Amor ha sido
El que tu pie lastima,
En forma disfrazado
De fiera sierpecilla.
Amor, que allá en el soto
De tu querido Amintas,
Llorando tu dureza,
Oyó sonar la lira,
Y tanto le agradára
La plácida armonía,
Que le juró en su pecho
Tu rápida conquista.
Amad, jóvenes bellas,
Amad, amad la lira;
Pues aun Cupido mismo
Se rinde á sus delicias.

## II.

### *A Fílida.*

Viendo el Amor los males
Que sus heridas causan,
Airado mas que pio
Tira el arco y la aljaba.
Detras de unos rosales
Fílida lo repara,
Y luego se apodera
De las divinas armas.
Fílida que se atreve,
Altiva de sus gracias,
A disputar á Vénus
El imperio y la fama.
El yerro Amor advierte
De su piedad incauta,
Y ser él mismo espera
Víctima desgraciada.
Y solo algun remedio
A sus temores halla,
Estableciendo un pacto
Con la gentil zagala:
Que ella el arco volviese,
Pero que Amor quedara
A Fílida sujeto,
Su nueva soberana.
Fílida, pues su reina
Amor ya te declara,
Por diosa yo te adoro
Rendida ante tus aras.
Serás Vénus del Bétis,
Retrato de la Idalia,
Pues la beldad te sobra,
Y la piedad te falta.

## IDILIO.

### *El ara de Roselia*

Al tiempo que la aurora rubicunda
En busca del esposo malhadado
En argentadas lágrimas inunda
El alto monte y el humilde prado,
Roselia hermosa, en soledad profunda
El rostro de tristeza marchitado,
En llanto con la aurora competia,
Y en llanto y en belleza la vencia.

Mueve el aura ligera sus cabellos
Sin órden por los hombros esparcidos,
Y á la amargura de sus ojos bellos

Responde el sordo bosque con gemidos:
Bajan los lirios los altivos cuellos,
Del pesar de su ninfa doloridos,
Y asiendo el ceñidor, que suelto ondea,
Mírala Amor, y en verla se recrea.

Y aquel de dura piedra dios formado,
¡O de madre crüel mas crüel hijo!
Viendo el tinte de rosa desmayado
Al lento embate del dolor prolijo,
Por la primera vez lloró apiadado,
Y á la pastora sollozando dijo:
« ¿Porqué lloras, Roselia? ¿quién aleve
Tu tierno pecho á maltratar se atreve?

« Yo no te he herido, hermosa: que mi mano
A golpe tan atroz no se ha atrevido;
Mas si fué tan dichoso algun humano
Que de tu amor triunfara sin Cupido,
No llores mas, ¡o pastorcilla! en vano,
Que luego aquí te invocará rendido,
Y al fuego de tu amor nuevas centellas
Haré verter al sol y á las estrellas. »

A cuya compasion inesperada
La vista inclina la zagala hermosa,
Y lanzando una lánguida mirada,
De Amor la mano estrecha generosa:
Y « no (le dice) de tu arpon tocada
Me ves, divino niño, asi llorosa;
Mas el rigor del inclemente hado
De toda mi ventura me ha privado.

« Cual un rayo ¡infeliz! del crudo averno
Salió la muerte, y me robó en un dia
Un caro padre y un hermano tierno,
Sola familia y esperanza mia:

Y pues ya condenada á llanto eterno
Me quiere en tal rigor la parca impía,
Mísera, desolada y sin arrimo
Mi suerte cumplo, y sin consuelo gimo. »

« Pastorcilla inocente, Amor le dice:
¡Qué pronto curaré tu desventura!
Antes que el sol al declinar matice,
Las nubes de su varia bordadura,
De Licon en el tálamo felice
Te inundará, zagala, la dulzura:
De Licon, que en riqueza y gallardía
Goza deste confin la primacía. »

Dice, y resplandeciendo en lumbre viva
Sublime vuela entre la tierra y cielo,
Como tal vez exhalacion estiva,
Que en roja y blanca luz borda su vuelo:
Ya sobre el soto de Licon arriba,
Que cazando vagaba sin recelo,
Y un dardo envuelto en fuego le dispara,
Que al brillo del relámpago igualara.

Súbito á la memoria se presenta
Del bello jóven la infeliz pastora,
Y una inquieta piedad experimenta
De amor mas dulce, dulce precursora:
Crece la oculta llama, mas violenta
Cuanto la causa del ardor ignora;
Y sin saber que amor ya le domina,
En busca de su amada se encamina.

Guia el Amor sus pasos: y ¡qué ciertos
Los pasos siempre son que el Amor guia!
Camina alegre, y los vecinos huertos
Con miradas solícitas espia:
Luego le finge engaños encubiertos

Su trémula y bullente fantasía:
En fin, mira á su amada, y se retira,
Y otra vez vuelve, y otra vez la mira.

Mira el desmayo del semblante hermoso,
Y la desgracia en él mira pintada,
Y la centella de su amor piadoso
Ya brota en claras llamas exaltada:
Ya se conoce amante; y victorioso
Amor le hace postrarse ante su amada,
Y del amor brillándole el semblante,
Solo dijo: « Roselia, soy tu amante. »

Ella mas admirada que amorosa
La vista en él fijó, cuando Cupido
Un beso imprime en la garganta hermosa,
Que de ligero fuego va embebido:
Torna al labio el carmin, la leve rosa
A las mustias mejillas; ya encendido
Se le dilata el pecho, y son estrellas
Las dos antes nublosas luces bellas.

Venciste, Amor, y en brazos de himeneo
Roselia con Licon se goza unida:
Vuelan las negras penas al Leteo,
Y alza un ara al Amor, do el dios de vida
Ciñe en lazo de rosas por trofeo
Un mundo, y esta letra allí esculpida:
« Amor es solo ¡o míseros mortales!
Solo amor es remedio á vuestros males. »

## ODAS.

### I.

*A la natividad de Nuestra Señora.*

Si alguna vez del cielo
Mi espíritu encendió llama sagrada,

Y giró en presto vuelo
Mi mente sobre el viento arrebatada,
Hoy aliento mas pio
Baña en celeste ardor el pecho mio.
No tu númen imploro,
Moradora profana de Helicona;
La que en celeste coro
Ciñe de estrellas inmortal corona,
Amorosa ya inspira
Divino fuego á mi templada lira.
Por la anchurosa tierra
El eco vuele de mi alegre canto
A quien vence sin guerra
Y al orco lanza el congojoso llanto:
Del ocaso al oriente
Su triunfo aplauda la cautiva gente.
Ved, mortales, la aurora
De ventura y salud, que sin mancilla
Nace ya precursora
Del sol divino: como al Indo brilla
Tierna luz, centellea
En las floridas cumbres de Judea.
Cual mísero piloto
Que cercado de horror en noche oscura
Al ímpetu del noto
Juzgó su vida y nave mal segura,
Con gozo repentino
Ve quieto el mar y el cielo cristalino:
Tal os nace gloriosa
La que el excelso formador del cielo
Escogió por esposa
Cuando bordaba el estrellado velo,
Y en eterna armonía
La fábrica del orbe disponia.
Cuando al sol adornaba
Los vivíficos rayos, y el lindero
Su diestra señalaba
A las hinchadas olas del mar fiero,

Ya su présaga mente
En ella se gozaba dulcemente.
  Por su reina la aclaman
Formándole diadema las estrellas,
Y de su luz se inflaman
Despidiendo de amor blandas centellas:
Raudales de contento
Inundan el lumbroso firmamento:
  Y dimanando al mundo
Grato destello del celeste gozo,
Yace en placer profundo
El mortal soñoliento de alborozo,
Que en gozar embebido
De sí mismo reposa en el olvido.
  Tal plácido arroyuelo
Se desliza entre cándidas arenas,
Dando frescor al suelo;
Y con luces que al sol copia serenas,
Brilla graciosamente
El oro en su pacífica corriente.
  Sus furores mitiga
El alterado golfo; y su riqueza
Largamente prodiga
Con mas fecundidad naturaleza;
Y manan los collados
En arroyos de néctar desatados.
  Rie el prado, y de flores
Súbito en bella pompa se enriquece:
A sus tiernos olores
El aura en dulces besos se enardece;
Y muestran á porfía
Cielos, mares y tierra su alegría.
  Solo el rey del averno
Serpentea con hórridos bramidos,
Que de dolor eterno
Rotos ve ya los vínculos temidos,
Y al fuerte impulso abiertas
De horrendo bronce las inmensas puertas.

Y mas al mirar gime
Patente ya la célica morada
Y que airado no esgrime
El serafin flamígero la espada;
Que nuevo Eden de vida
A delicias sin término convida.
Mas ¿dónde, lira mia,
Dónde tu dulce admiracion te lleva?
Deja ya la osadía
Que á extraña de un mortal region te eleva;
Y en humilde reposo
De amor goza el silencio delicioso.

## II.

### *A la nobleza española.*

Si mi dolor ¡o patria! si mi llanto
Tu perdido poder bastara á darte,
Ceñida luego del laurel de Marte
Te contemplara el orbe con espanto:
Mas, si negado fué tal poderío
Al triste llanto mio,
Dame siquiera ¡o númen de la gloria!
Renovar altamente la memoria
Del claro honor que iluminó algun dia
Los venturosos fastos de la España.
Quizá el claro esplendor de tanta hazaña
Deshaga el hielo vil que la osadía
De los hijos del Ebro ya aprisiona,
Nacidos para asombro de Belona:
Belona, cuyo templo aun adornado,
¡O grande Hesperia! ves de tus blasones;
Cuyos muros aun muestran los pendones
Que el orbe todo veneró postrado.
Aun ves de tus dos mares las arenas
De mil rotas entenas
Cubrir al soplo airado de los vientos.

Lanzados por el golfo los fragmentos :
Y del furor de nuestros padres vivo
Solo el nombre restar de dos Cipiones :
Y cuando en el valor de sus legiones
Plegar se jacta el Capitolio altivo
A sus leyes el mundo, su arrogancia
Y su ejército muere ante Numancia.
  ¡O patria! yo te admiro cuando en vano
Ciñó seis veces el ardiente acero,
Y postrado yació de un bandolero
En tus campañas el poder romano.
O ya cuando aterró con propio estrago
Al héroe de Cartago
De Roma la aliada mas gloriosa ;
O cuando el gran Pompeyo apenas osa
Contener al proscrito que te guia.
¡Despues de cuántos lutos, o senado,
Tarde el laurel por el cipres trocado,
Por tí Octavio clamara : « Iberia es mia!
« La primera provincia á mí agregada,
« La postrera de todas subyugada. »
  Y á tí, de Agar altivo descendiente,
Que, la arenosa cuna abandonando,
Tu dominio y tu error vas igualando
Al giro de los mares de occidente,
¡Ay! á España te llama fácil Marte,
¡Incauto! por burlarte;
Do las Navas caër tus fuertes vean
Que con sus rotos huesos aun blanquean;
Y en sangre rojo el campo del Salado,
De tu ignominia eterno monumento,
Ya cercano te anuncie el vencimiento,
Solo por tantos siglos dilatado
Para que en Asia y Africa pregones
De la España los ínclitos varones;
  Y digas como el fúlgido estandarte
De la victoria enarboló Pelayo,
Y la nube que encierra el fiero rayo

De los montes empieza á amenazarte:
Y como de las árabes cuchillas
Ya libres las Castillas,
Son sus muros los montes Marianos:
Hasta que entregas las cautivas manos
Al héroe santo que vencido adoras,
Aunque por él los fértiles collados
De Turdetania arrebatarte lloras:
Y tu postrer anhélito en Granada
De otro Fernando falleció á la espada.
Entonces, ¡o virtud! del alto cielo
Con mano liberal tus sacros dones
Derramaste en los claros campeones,
Ultima gloria del hispano suelo:
Se estremeció la Europa, y casi esclava
Sus pueblos ya enviaba
Bajo el yugo español; mas al domarlos
Faltó á Filipo el ánimo de Cárlos.
Entonce un Dios en ignorado mundo
A Pizarro y Cortes rindió sus puertas,
Y la luz viste, América, y abiertas
Las hondas venas, que en ardor fecundo
De preciado metal adorna Febo,
Reinó en dos mundos quien reinó en el nuevo.
Tú, Belgio funeral, region de espanto,
Tumba fuiste á tan alto poderío:
En tu campo ¡o dolor! se apagó el brio
Que elevó al español á imperio tanto.
¿Dónde está tu altivez, ¡o patria amada!
Que otro tiempo cercada
De aquella siempre indómita nobleza,
Cual desde muro de inmortal firmeza
Burláras los contrarios escuadrones?
Entonces solo sin vergüenza pudo,
Rojo en sangre enemiga el fuerte escudo,
Del valor ostentar los galardones;
Y eterna execracion fué prometida
Al que no supo despreciar la vida.

Ya tu nobleza al lujo abandonada,
Fiera de un vano honor, de oro sedienta,
Cual mercenaria á Marte se presenta,
Con laurel otra vez solo premiada.
¡ Sangre del vencedor de Garellano,
Y del que sobrehumano
Dió acero contra el hijo! arde y derrama
En tu progenie del honor la llama.
Asi al leon altivo breve injuria
Tal vez la selva vió sufrir ; mas luego
Sacude el cuello, ruge, vivo fuego
Lanza la atroz mirada, y en su furia
El bosque reconoce amedrentado
De su rey el valor nunca postrado.
Arded por gloria, gremio esclarecido;
Buscad, jóvenes claros, los combates;
Y el pueblo os seguirá, que á los magnates
En vicio y en virtud siempre ha seguido.
Asi el que rige el fulminante carro,
Competidor bizarro
De los rayos del Rey del firmamento;
Y el que agita al bridon, hijo del viento,
Y el infante que en órden arrojado
Da y recibe la muerte; y el que humilla
Al ponto airado en victoriosa quilla,
Te harán preciada al Támesis nublado,
Te harán temida al Ródano profundo,
Te harán ¡ o patria! adoracion del mundo.
Vosotras ¡oh! por el solar hispano,
Sombras heróicas, encended el brio
Que el fuerte Macedon en mármol frio
Inspirar supo al dictador romano.
*Amor de gloria* al español se cante
En la cuna ondeante:
*Amor de gloria*, que llevó algun dia
El terror de su augusta monarquía,
Lance la esposa de su dulce gremio
A quien de amor cobarde pida el premio.

Desguarnecida de laurel la frente.
Heredero de un nombre de victoria,
¡Oh! ¡vuélvele, español, su antigua gloria!

## III.

### *En la muerte de Cárlos III.*

¿Adónde ¡o musa! de tu soplo ardiente
Inflamada la mente
Arrebatarme siento
En furor soberano?
Lejos, vulgo profano;
Que ya en mí espira el celestial aliento
Del que crinado
De oro cendrado
En mas fogosa luz los cielos dora
Que la luz de la aurora.

Ya de Helicon á la elevada cima
Mi vuelo se sublima:
Ya del fulgor divino
El ánimo asaltado,
El arcano sagrado
Va á penetrar del eternal destino.
Sobre la altura
De Cinosura
Llevado en raudas alas me remonto
Sin recelo del ponto.

Contra la avara fuerza del Leteo
Mi nombre ilustre veo
Que los siglos trasciende.
Tú pues, celeste Clio,
Del monarca mas pio
En verso digno la alabanza emprende.
Y vos ¡o bellas
Pierias doncellas!

Mis acentos guiad, que ya deshecho
Arde en furor el pecho.

Así en Délfos la sacra pitonisa,
Tal vez rogada pisa
La trípode dorada;
Y del rayo potente
Hervir turbado siente
El pecho virginal, cuando inflamada
Del vivo fuego
No halla sosiego,
Y en torva vista y ronca voz pronuncia
Lo que Febo le anuncia.

No me engaña el gran númen : de él llevado
Penetro arrebatado
Las célicas esferas,
Donde á Jove tremendo
En su trono estoy viendo
De los dioses cercado, y placenteras
Todas las diosas,
Brillar hermosas,
Y resonar en torno el alto polo
La cítara de Apolo;

Del claro Apolo, que de luz ardiente
En veste refulgente,
El sacro triunfo canta
De Cárlos, que al ibero
Deja digno heredero,
Y del empíreo con gloriosa planta
Huella la cumbre,
Do con la lumbre
De sus virtudes tanto resplandece
Que á Titan escurece.

« Salve ¡ o tú! ( dice ) que al Olimpo alzado,
« Mereces fortunado

« Del rey á quien honora
« El alto firmamento,
« Que en celestial contento
« Se goce el cielo, cuando España llora.
« Salve, y radiante
« La sien triunfante
« Orna feliz en la region suprema
« De mas regia diadema.

« Ya se adelanta tu celeste esposa,
« De hallarte deseosa,
« Que de nietos ceñida
« Y el que á anunciarle vino
« Tu próximo destino,
« Tardo te llama, de tu amor ardida.
« En mas estrecho
« Lazo su pecho
« Al tuyo se unirá, sin que de Cloto
« Tema ser nunca roto.

« Mas vuelve en tanto paternal mirada
« A Hesperia desolada;
« Hesperia cuyo duelo
« El gozo apenas templa,
« Cuando ya te contempla
« En mejor solio trasladado al cielo.
« Alzar las manos
« Ve á los hispanos;
« Cual hasta Olimpo su gemir levanta,
« Y cual tu gloria canta.

« El tiempo se apresura, en que invocado
« Sobre altar elevado
« Nuevo númen de España,
« Cante el himno de vida
« El que hora en tu partida
« Con tierno lloro su sepulcro baña.
« El peregrino

« Largo camino
« Vence por tí, y el que en Egipto mora,
« Y el que Libia colora.

« Con mas vivo esplendor tu gloria entonces
« Entallarán los bronces.
« Ya cuando de diamante
« El pecho guarnecido,
« Todo en sangre teñido,
« Mavorte vió tu brazo fulminante
« Blandir su acero,
« Mientras severo
« Los desbocados potros agitaba
« Que Tesifon guiaba:

« Y tremolada al viento la bandera,
« Tronó su trompa fiera;
« Y la implacable guerra
« Que al germano movia
« Sus odios extendia
« Por el turbado giro de la tierra:
« Cuando á su saña
« Opone España,
« Bajo sus rojas cruces, escuadrones
« De intrépidos leones.

« Viérate allí, la diestra levantada,
« Vibrar la ardiente espada
« Italia temerosa:
« Ya en Palermo triunfando,
« Ya el golfo dominando,
« A quien Cayeta nombre dió gloriosa,
« Cual caña leve
« Cuando conmueve
« Euro los montes de su eterno asiento,
« Rendido en un momento.

« O ya cuando por áspero camino

« Las nieves de Apenino
« Nuevo arnes te labraron;
« O en el asalto horrendo,
« Do no desfalleciendo,
« Cuando Marte y Belona te olvidaron,
« Al enemigo
« Duro castigo
« Diste en Veletri, que en infame huida
« Vió su astucia abatida:

« O en el carro de Marte glorioso
« Cuando ya victorioso
« Te dió el cetro negado
« Parténope rendida;
« O cuando en tu partida
« Voz de dolor el pueblo conturbado
« Al cielo envia,
« Y en su porfía,
« Necio de amor, contrarestar quisiera
« Del hado la carrera.

« Y dilatando tu feliz imperio
« A uno y otro hemisferio,
« De Jano el templo santo
« Cerraste. La sagrada
« Frente luego cercada
« De oliva y rosas, y de blanco manto
« La paz vestida,
« Restablecida
« Entonces fuera á tu imperioso acento
« En su turbado asiento.

« O bien cuando las selvas trasladadas
« A las ondas airadas,
« Triunfadoras domaron
« Los reinos del potente
« Señor del gran tridente,
« Y al caledonio déspota enfrenaron.

« El mercadante
« Desde levante
« Libre goza el camino hasta do mora
« Quien fiel al sol adora.

« Y el labrador, que á Céres ya no clama,
« Y en su altar no derrama
« La leche, miel y vino,
« Ni á su imágen amiga
« Ciñe dorada espiga;
« El recental á tu favor divino
« De su rebaño
« Dará cada año,
« El tiempo refiriendo en que ensalzado
« Por tí fué el corvo arado.

« Del Permeso las sacras moradoras
« Con cítaras sonoras
« Por tí restituïdo
« Su imperio en todas partes
« Dirán: y ciencias y artes
« A tí el honor darán por tí adquirido:
« Y cada dia
« Nueva alegría
« Recibirá en tu gloria el firmamento
« De tenerte en su asiento. »

Dijo; y brilló de nuevo mas lumbroso:
Al mortal venturoso
El Padre omnipotente
De sagrada ambrosía
El cabello rocia:
Y afirmando el anuncio, la alta frente
Suave inclina;
Y su divina
Fuerza el Olimpo atónito sintiendo
Tembló con fuerte estruendo.

## ELEGIA.

### *Las ruinas de Roma.*

¡Salve, suelo glorioso! ¡Oh! eternamente
La nave voladora que á adorarte
Me ha conducido fiel, guarde clemente
El dios del gran tridente.
¡Salve, gran Roma! salve, hija de Marte!
¡Cuál mi mente sublimas,
O honor del universo, al contemplarte
Aun desatada en polvo! Me parece
Que en esta noche silenciosa animas
Los siglos muertos, y de nuevo crece
De entre esas piedras tu perdida gloria,
Y á ser vuelves metrópoli del orbe.
Aquel monte de escombros erizado
Sobre mi patria espera otra victoria,
Y quiere que otra vez el mundo encorve
Bajo tu yugo el cuello esclavizado.
Aquel hogar soberbio, aunque postrado,
Del domador del Africa es la cuna,
Y al tímido reflejo de la luna,
Miro sobre estos ínclitos fragmentos
Augustas mil brillar sombras triunfales,
Que, de su gloria al ver los monumentos
Rotos yacer, con lúgubres lamentos
¡O ciudad infeliz! lloran tus males.

Asi cayó el imperio que, afirmado,
Sobre mas hondo asiento se elevaba
Que la estrellada cumbre del Atlante.
No fué, no, ¡o Roma! por favor del hado
Toda la tierra de tu cetro esclava;
Tú sabia, tú constante,
Fuiste tus hados sola. ¡Cuántas veces
Con furor obstinada, en tu ruina
Tiró al fin la Fortuna su guadaña,

Y clamó con espanto : « Tú escarneces,
¡ O gran ciudad! mi potestad divina,
Y yo cedo, admirando tanta hazaña! »
Vencer asi la diosa sus furores
Te ve, cuando á las bárbaras cuchillas
Se ofrecen tus inermes senadores
Con triunfal toga en las curules sillas.
Del cielo entonces descendió piadosa
La alma virtud que reengendrarte pudo
De tu ceniza funeral, y armado
Tu brazo deja de invencible escudo.
¡ Cuánto ¡ ay! debes guardarlo respetosa!
Él tu virtud será, cuando arrojado
El gran hijo de Amílcar te amenace
Impia desolacion. Ya en Trasimena,
Ya en Trevia y Cannas tu poder deshace;
Ya desde la alta almena
Llora, al ver la matrona estremecida
La africana bandera,
Y los tostados rostros considera
Del fuerte íbero, del veloz numida;
Ya la Italia en tu muerte se conjura,
El mundo te desprecia, antes domado;
Cuando tú sola, en tu virtud segura,
Del campo por Aníbal ocupado,
Cual ya rendida el Africa, dispones,
Y mandas atrevida que al remedio
Vuelen de las Españas tus legiones,
Sin respetar el animoso asedio.
Mas ¿ qué teme la patria que enriquecen,
En los riesgos mas pródigas, las manos
De sus todos amantes ciudadanos ?
¡ O Aníbal! si los Alpes te obedecen,
Roma que armada de virtud te espera,
Mas firme es que los Alpes y mas fiera.

Y de tus hijos, Roma, siempre amada,
Los vieras siempre intrépidos soldados;

Siempre al fragor de la trompeta osada
Ardiera en gloria tu guerrero fuerte,
Que mirára su pérdida en perderte.
Ni ¿cuándo de un Atila amedrentados?
¿Quién ¡ay! rompió los sacros eslabones
De tu justicia? Él hizo nombre vano
El nombre de la patria, y por la gloria
De Roma no se inflama ya el romano.

Tú que al vulgo vedaste de la historia
El velo penetrar, número divino,
Tus misterios descubre ante mis ojos,
Y de mal tanto muéstrame el orígen...
Ya miro el Capitolio y Aventino
Inspirando rencor y horror eterno
Contra todo tiránico gobierno.
¿Y crímen tal virtud Nasica estima?
¿Y el senado sacrílego se atreve
A derramar tu sangre sobre el suelo
Que á tus virtudes debe
Veinte mil ciudadanos, cuando airada
Solo por tí Numancia se apiada,
Y á tu patria perdona tanto duelo?
¿Asi la gratitud, fiero senado,
Asi las leyes burlas? ¡Qué! ¿Sujeto
Ya está el tribuno á tu puñal airado?
¿Y esta es la libertad, y este el respeto
Que á los sacros tribunos has jurado?
Ya, triste Roma, por la vez postrera
Decidieron las armas en tu foro:
Principio infausto de tu eterno lloro,
Que ya, ya el Tíber asustado espera;
El Tíber que á sus ondas fieramente
El cuerpo de Tiberio ve arrojado,
Y parando su rápida corriente,
Lo abraza en tiernas lágrimas bañado;
Y al cielo alzando el rostro venerable,
Es fama que clamó: « Ya ¡o cielo! escrita

Miro en tí la sentencia irrevocable
Que á Roma de su solio precipita. »

La precipita, y ella de su lumbre
Con ímpetu violento se desprende,
Cual peñasco de horrenda pesadumbre
Por entre rotos árboles desciende,
Y cayendo en el mar con golpe grave,
De nuevas ondas crespa el Oceano,
Que hace vibrar á la remota nave.
Ah! que tu esfuerzo generoso es vano;
No evitarás, ¡o Cayo! la ruïna
Que á Roma avara Júpiter fulmina;
Ni emules mas á tu glorioso hermano,
Que si de tus benéficos intentos
Ornan la Italia ilustres monumentos,
Y á esfera digna elevas al romano,
El orgullo patricio no se doma
Con tus armas de paz, y el solo fruto
Será aumentar los crímenes de Roma.
¡Oh! ¡ cuán acerbo luto
Dejas á tu familia conturbada!
Mira la angustia que Licinia muestra
Sobre su rostro exánime pintada;
Mírala en el umbral arrodillada;
Con una mano contener tu diestra,
Y sujetar con otra la infelice
Prenda de vuestra union y « ¿adónde armado
« Vas de sola virtud, ¡o esposo! dice,
« Cuando el sangriento Opimio y el senado
« Bajo la toga esconden las espadas?
« No esperes ya en las leyes despreciadas,
« Ni en los dioses que vieron indolentes
« Perecer á tu hermano. ¡Oh! ¡si siquiera
« Muerte gloriosa entre enemigas gentes
« Armado hallases! que Numancia fiera
« De Tiberio el cadáver nos cediera,
« Y Roma lo negó. ¡ Ah! ¿y yo á los mares

« Iré á pedir el tuyo? ¡Desgraciado!
« Ya que en mi desventura no repares,
« Ten piedad de tu hijo abandonado
« Al furor y venganza del senado. »
Dice, y tu firme pecho se estremece,
Cual los senos de Lípari encendidos,
Cuando truenan con hórridos bramidos.
Pero su imágen generosa ofrece
A tu vista la patria que te llama
A socorrerla en su conflicto triste,
Y morir en los brazos de la Fama.
Fuego sagrado el corazon te inflama,
Y á la naciente compasion resiste,
Cual firme roca al ímpetu marino.
Cae Licinia en tierra sin aliento,
Y tú, guiado del fatal destino,
Te arrojas con intrépido ardimiento
Ante el fuego que ciñe el Aventino.
Renueva ¡o sacro Tíber! tu lamento;
Ya otra vez ¡ay de tí! la sangre y gloria
De los claros Scipiones se profana,
Y de un heróico padre la memoria
Que á los triunfos y fasces consulares
Nombre menos debió que á su justicia;
Y tú, ¡o modelo de virtud romana,
Y premio de virtud! si á la avaricia
Tus hijos recordares
Torpemente inmolados, no los llores,
No los llores, Cornelia, que no tarde
Roma los llorará; Roma cobarde
Que á Opimio absuelve; Roma que entre horrores
De sangre de tus hijos en torrentes
Le ve aumentar del Tíber las corrientes;
Roma que de sus fuertes defensores
Mira tres mil sobre las ondas muertos;
Y tú tambien los lloras, que indignada
Tus templos dejas ¡o virtud! desiertos,
Y buscas fugitiva otra morada.

Huye, pasa los Alpes, é ilumina
Naciones ignoradas; vuela ¡o diosa!
Que Roma solo te prepara insultos:
Tiempo ha ya que atrevida y codiciosa
Tus leyes abomina
Y despreciando tus severos cultos,
Entrada incauta diera al blando vicio,
Que ahora la arrastra fiero al precipicio.
¡O Roma! presagiarlo asi debias
Desde que el freno rígido abandonas,
Y de Caton permites que en su foro
Triunfe la vanidad de las matronas.
Ya, á competencia, templos al decoro
No elevan las plebeyas y patricias,
Que el dios á quien se postran es el oro.
Ya en la copa mortal de las delicias
Tu muelle juventud sedienta bebe,
Y los padres se enervan y la plebe.
En hora infausta el Asia conquistáras,
Que el venenoso vaso te propina;
Tú de ella triunfas, y ella te domina;
Pereces, y en la muerte no reparas.
Ya tu dominio es grave al forastero,
Y tu feroz codicia despedaza
Los pueblos que te infaman en tu plaza.
Acuérdate que el héroe de Cartago
Cisne te fué, al morir, de triste agüero,
Que á tu virtud vaticinó el estrago.
Y bien vengar sus indignados manes
El Africa verá, cuando profanes
Tanto tu sacro honor, que osadamente
Un rey numida, cual venal te afrente,
Y digno llegue á ser de tus afanes.
Que ya tu ruda y firme fortaleza,
Entre duras costumbres engendrada,
Al halago traidor de la riqueza
Fallece dulcemente emponzoñada;
Tal el mar fiero contra escollos truena

Y al cielo espumas con furor levanta
Sobre la blanda arena.
Mas si del enemigo tu vil mano
Tiembla ¡ o codicia! victoriosa esgrime
El puñal contra el débil ciudadano;
Y ya sin freno tu ardimiento insano
Rompe la ley, al magistrado oprime,
Y ante tu trono, diosa enfurecida,
Muere el honor que en tus coyundas gime,
Muere la patria que el honor olvida.
¡ Virtud amable! Cuando fué tu imperio
Alma de Roma en sus mejores dias,
Y la riqueza á límites ceñias,
Que ni el rico comprar el cautiverio
Del triste pueblo y de la patria osara;
Ni por el hambre, torpe consejera,
El pobre pervertido al poderoso
Su brazo y voz vendiera;
Era Roma á sus hijos madre cara,
Madre imparcial, que solo al virtüoso
Ofreciera el favor de sus comicios;
Fueron á Roma entonces sacro ejemplo
Los pobres y magnánimos patricios,
Cuya gloria eternizas en tu templo.
Allí del tierno Agripa resplandece
El sepulcro, y tu arado ¡ o Cincinato!
Allí, cual palma victoriosa, crece
El nombre de Camilo, que conquista
Por virtud sola, y de su pueblo ingrato
Es la única salud. Allí á mi vista,
Cartago, á tu pesar Régulo vive.
Y en suma que no goza, condenado
El vencedor del Asia se ve al lado
Brillar de Curio. Y tú tambien recibe
De mis versos ¡ o Paulo! algun tributo,
Que del grato español te acuerde el luto.
Vosotros, claros héroes, despreciando,
De virtüosas leyes al influjo,

La vil tranquilidad del ocio blando
Y la ignominia espléndida del lujo,
Amasteis solo estériles honores,
Inflamasteis la plebe; y la contienda
Que inspirara tal vez breves furores,
Con duradero bien su daño enmienda.
Que como el astro, rey del firmamento,
La luna de sus rayos enriquece,
Asi en émula gloria resplandece
La plebe que en Duïlio el escarmiento
De tiranos da á Roma, y el dechado
De templada equidad; que al consulado
Honrar mira sus ínclitos varones;
Que ve triunfar su dictador primero
Del etrusco y de Roma; y las legiones
Víctimas ya del enemigo acero,
Salvar sus Decios, hostias voluntarias;
Y cuando vuela Aníbal sin recelo
De Roma ya postrada, el gran Marcelo
Cortar sus esperanzas temerarias.
De tan clara virtud copias felices
Roma muchas gozó, sagrado fruto
De la altivez que al pueblo inspira Bruto;
Y cuando á tus patricios contradices,
Dos veces triunfas, plebe virtüosa,
Que el imperio le cedes generosa
Despues que á tus magnánimas porfías
Aspirar á las fasces ya podias.
¿Qué mas? ¿Cuando tres veces refugiada,
A tu mismo furor solo temias,
Huyendo de victoria ensangrentada?

¡O confusion! Senado, no es la plebe
La que la guerra asoladora mueve;
La centella que incendios ha sembrado
Contra Roma, ha partido de tu seno;
Y de la atroz discordia está entrañado
Por tí en los siete montes ya el veneno.

Volcanes ¡ay! serán tus siete cumbres,
Que sobre tí desolador incendio
Ya abortar miro. ¡O Roma!... tus costumbres,
Tus avaras costumbres ya reciben
¡O senado cruel! digno estipendio;
Ve morir tu ciudad; horror, espanto,
Ya sus calles sombrea, y se perciben
En los Alpes los ecos de su llanto.
Ya Sila, rayo de orfandad, abrasa
Los restos que perdona el brutal Mario;
Y á cuantos no lo adoren sanguinario,
César resuelto el Rubicon ya pasa.
Los héroes abandona el pueblo ingrato
Que lo redimen de opresor injusto;
Ya en Bruto pierde la virtud su asilo
Y gime bajo el fiero triunvirato;
Arde la guerra desde España al Nilo;
Y victorioso Augusto,
Esclava Roma la piedad pregona
Del que sin enemigos, ya perdona.
Ya, infiel senado, el nombre de Tiberio
Por rigor de los cielos ofendidos
Es nombre para tí de vituperio.
Doblad los cuellos otra vez erguidos,
Sufrid el yugo, viles senadores,
Y al morir entre oprobios y rigores
Del tirano que bárbaro os denuesta,
Cuando el puñal en vuestra sangre baña,
De aquel Tiberio recordad la muerte;
¡Ay! de su sangre la expiacion es esta,
Esta de vuestros padres fué la hazaña.

Ya, mísera ciudad, sobre tu suerte
De horror se cierra tímida mi vista,
Anegada en los negros horizontes
En que tu gloria á deshacerse vuela.
¡Ah! ¡qué rápida vuele! y de los montes
Corra bárbara gente á tu conquista,

la sierra infeliz menos se duela
ajo el cetro del vándalo, aunque odioso,
ue bajo el de esas fieras insolentes
ue tú del orbe disponer consientes!
i bien feroz, al fin menos vicioso,
riunfará de un imperio corrompido;
í, triunfará; que ese poder, que sacro
lama atónito el orbe sometido,
o es ya mas que un brillante simulacro,
decretando el cielo exterminarte,
tus emperadores mas piadosos
De hacer el bien completo negó el arte.
o reinas ya por lazos poderosos,
Que sola puede la justicia darte,
Sino porque en el orbe envilecido
a virtud y el valor has extinguido;
einas hasta que guerra te presente
a primera que venga altiva gente.
si tal vez magnífico edificio,
Disueltos ya los vínculos seguros,
Con que entre sí de los enormes muros
a firmeza anudó sabio artificio,
Solo en su inmensa mole se sostiene,
Y llegar suele á ver siglo remoto
A merced del acaso, hasta que viene
Súbito á combatirlo el terremoto;
Y de su peso entonces mas vencido,
Da en tierra con horrísono estampido,
Y en fragmentos disuelto en un instante,
Memoria es ya que al pasagero espante.

Tal eres tú á mis ojos, y del seno
¡O ciudad infeliz! de estas ruïnas
Mi mente en sacras luces iluminas.
¡Oh! si fuese mi voz la voz del trueno,
Y en las alas gloriosas de la Fama
Volando al lecho penetrase, ¡o reyes!
En que libres yaceis en esta hora

Del cerco horrendo que incansable os trama
La adulacion traidora.
« Oid, dijera, dioses de las leyes,
Mi voz oid; que por mi labio os llama
Desde Roma arruinada la justicia.
Ella los pueblos sostendrá propicia,
Que vagarán, de su favor desiertos,
Desatentados siempre, siempre inciertos.
No la depravacion os amedrente;
Leyes que inspiren la virtud y liguen
La virtud y la fuerza estrechamente,
Triunfo veloz de la maldad consiguen.
Asilo un tiempo vil de malhechores,
Esta nuestra ciudad la vió á su frente
En héroes trasformar sus moradores.
Si renaciese asi, no la domara
Ni Africa inerte, ni Asia envilecida,
Ni América infeliz, ni Europa avara.
¡Reyes! pensad en Roma destruida,
Y esta noche os será noche de vida. »

Mas si mi ardor con débiles lamentos
Fatiga en vano los callados vientos,
Por lo menos, intrépidos hermanos,
Reciban vuestras sombras mis gemidos,
Que en nombre de los siglos son debidos
Al horror inmortal de los tiranos.
Y vosotros del Erebo nacidos
Para norma de infieles magistrados,
¡O Nasica y Opimio! destinados
Por el hado inclemente á la ruina
De la grandeza y la virtud romana,
Si el cielo la venganza soberana
En el yerto sepulcro no termina,
Que esclavizados á infernal cadena
Sobre este anfiteatro lastimoso,
En llanto eterno humedezcais su arena,
Y os acuerden las Furias sin reposo

Que os atrevisteis á romper crueles
Para siempre de Roma los laureles;
Y al ver el pasagero esta ceniza
Que el cielo en vuestro oprobio inmortaliza,
Os execre cual yo, y en vuestro nombre
A cuantos quieran degradar al hombre.

# NOTICIA DE D. MANUEL MARIA DE ARJONA.

Nació en Osuna en 12 de junio de 1771, y estudió en aquella universidad y en la de Sevilla la filosofía, jurisprudencia civil y canónica, recibiendo sus grados en estas facultades. Fué luego colegial del mayor de Santa María de Jesus de Sevilla, doctoral de la real capilla de San Fernando de esta ciudad, y canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba. Su instruccion en los idiomas sabios, especialmente en el griego, su talento y aficion para las humanidades y otros ramos de literatura, le abrieron entrada en casi todos los cuerpos literarios de estos pueblos y en algunos de la corte: en Sevilla fué uno de los mas estimables individuos de la academia de Letras humanas, de que daremos noticia adelante; en la cual leyó gran parte de los versos que publicamos. En 1797, siendo doctoral de la capilla de San Fernando, acompañó al señor arzobispo de Sevilla, don Antonio Despuig y Dameto, en su viaje á Roma, y fué nombrado por la Santidad de Pio VI su capellan secreto supernumerario. Murió en Madrid á 25 de julio de 1820. Ha dejado inéditas muchas poesías y memorias académicas sobre humanidades, historia eclesiástica y derecho canónico, la *Historia de la Iglesia bética*, y una defensa é ilustracion latina del Concilio Iliberitano [1].

En las poesías de Arjona se echan de ver elevados sentimientos, profundas miras, una sana moral, y una familiaridad poco comun con los clásicos antiguos: su diccion es enérgica, y su versificacion numerosa, y tal vez artificiosa.

---

[1] Hemos entresacado las poesías de don Manuel de Arjona (á excepcion de su elegía: *Las Ruinas de Roma*, que va copiada de los *Ocios de españoles emigrados*, tom. V, pág. 252-261), y las de don Josef Roldan y don Francisco de Castro, asi como las noticias de estos autores, de la *Coleccion del señor Quintana*, que dice con este motivo: « La publicacion de estas poesías se debe á la amistad y celo del señor don Felix Josef Reinoso, que en obsequio del arte y de la memoria de estos escritores, que fueron tambien amigos suyos y compañeros de estudios, se ha tomado el trabajo de entresacarlos de la muchedumbre confusa de borradores informes y mal escritos en que los tres poetas dejaron sus versos al morir, y las ha comunicado al colector, dispuestas y preparadas para la prensa, en la forma que ahora se publican: las noticias biográficas que las acompañan son igualmente suyas. »

# POESIAS

DE

# D. JOSEF MARIA ROLDAN.

## ODAS.

### I.

### *A la venida del Espíritu Santo.*

¡Qué divino esplendor el alto cielo
En viva luz enciende!
Arde el Olimpo: la llama brilladora
Cual lluvia desparcida, en presto vuelo
Por las auras sonora se desprende.
De ardientes globos se corona el muro
De Salén y Sion: las cimas dora
A Palestina infiel su fulgor puro.
Canta, ¡o mi lira! tu sublime acento
Penetre la alta esfera:
Himnos canta á Jehová vivificante,
Que hoy de los cielos baja en raudo viento
Y resonante llama. Su carrera
Anduvo sobre el trueno y torbellino:
De ciencia y vida, y de valor triunfante
Llenó el orbe su Espíritu divino.
« Murió, dijo Salén: fenezca el nombre
« De ese Cristo fingido.
« Su grey perezca: cual arista leve
« Al fuego puesta acabe su renombre. »

¡Contra el Santo, Sïon! El cuello erguido
Sinedrio alzó y la voz; y nuevo ensayo
Dicta contra el Excelso. ¡Y el aleve
Asi provoca el vengativo rayo!
Mas ¿quién contra Jehová? Del alto trono,
Do con diestra extendida
Sacó los orbes de la oscura nada,
Vió de Moria la cumbre; el fiero encono
De sus príncipes vió. Despavorida
La humilde grey se oculta y enmudece.
Vióla el potente Dios, y desvelada
La faz, en dulce lumbre resplandece:
Lumbre que eterno amor vierte inflamado
En el inmenso seno,
Y el esplendor de su semblante aviva.
Depone el rayo en su furor alzado,
Y al gremio triste inclina el rostro lleno
De ternura y amor. « Pequeña grey,
« Alienta, dice, y triunfa: eterno viva
« Tu nombre, esposa fiel del almo Rey. »
Habló el Padre, y del pecho viva llama
Súbito nace fuera,
Y el ancho cielo llena de ambrosía.
Sereno el viento de su luz se inflama,
Y la tierra en mil brillos reverbera.
Arde de Pedro la mansion dichosa
En vellones de luz. ¡Salén impía!
¡Ay! solo cegó á tí su lumbre hermosa.
Las vírgenes en gozo arrebatadas,
Del hondo pecho herviente
En fuego celestial, sacros loores
Al alto númen cantan inspiradas.
El ternezuelo niño balbuciente
Refiere su vision al justo anciano;
¡Feliz! que ya penetra sin errores
De la salud del mundo el grande arcano.
En medio la infiel turba alzado Pedro
Ensalza la victoria

Del ungido de Dios, y cual vencida
Yace la fiera parca, y torna arredro
Su descarnada faz. Dice la gloria
Del que sentado en la celeste cumbre
De Empíreo, igual al Padre, nueva vida
Manda á su pueblo en fulgurante lumbre.
¡Cuál su lenguaje, o Dios! Oyóle el griego,
Y en sones no aprendidos
Los misterios entiende, que el linage
Maldice de Jacob, en ira ciego;
Le oyó el romano; oyóle el que floridos
Los prados huella del Ofir arabio;
Y el orbe entero al Dios rinde homenage,
Que anuncia en lenguas mil el sacro labio.
Mas ¿quién surca los plácidos raudales
Que vierte en onda pura
Sonoroso el Jordan? Prole divina
Nace al mundo entre gozos celestiales
Reengendrada en sus aguas. Del altura
Nueva Salén desciende: allí el Inmenso
Nuevos altares á su honor destina,
Do mas puro se eleve el grato incienso.
Del culto impío las sangrientas aras
Yacen en vil escoria.
No ante Moloc en holocausto horrendo
Hiere con filo atroz víctimas caras
El hombre; de Jehová y su viva gloria
El eterno esplendor es sacrificio:
Es la víctima ya, que al Dios tremendo
El rostro airado tornará propicio.
¿Quién de Marte los bárbaros pendones
Plegó en paz deliciosa?
Alzó Pedro la cruz, y el Vaticano
*Paz* clamó: en tierno lazo las naciones
Se estrechan abrazadas. *Paz*, gozosa
La tierra en derredor; *Paz*, de su asiento
El mar resuena; el Padre soberano
*Paz* y *hermandad* grabó en el firmamento.

## II.

### *A la Resurreccion de Jesucristo.*

Yacia envuelto en polvo y sangre yerta
Bajo la losa fria
El Santo de Israel, el pecho herido.
La temblorosa faz de horror cubierta,
Triste el mundo gemia
En densa niebla y en temor sumido:
En medio la alta cumbre
Doliente el sol oscureció su lumbre.
La despiadada muerte poderosa,
Blandiendo su guadaña,
Con la divina sangre ya teñida,
En torno del sepulcro silenciosa
Gira con fiera saña,
Y el humanal linage, envanecida,
Con ponderoso hierro
En pena arrastra del antiguo yerro.
Mas Jehová de esplendores inmortales
En densa luz velado,
Del alto empíreo en el supremo asiento,
Do sustenta del orbe los quiciales,
Y el curso arrebatado
Fija á los astros su imperioso acento;
Habló con voz tonante,
Que sonó de la aurora al mar de Atlante.
« ¿Y vencerá Luzbel? ¿El pueblo insano
(Dice) del inocente
El nombre ha de borrar? ¿el almo nombre
Que el firmamento adora? No; que en vano
Contra el brazo potente
Osó el abismo. Triunfará, y el hombre
De antigua tiranía
Será de hoy libre: la victoria es mia. »
No encendido tan súbito en la altura

Globo de luz brillante,
Por el aire en la noche se desprende,
Cual del padre Abrahan la mansion pura
El ánima triunfante
Rápida deja y el sepulcro hiende.
Síguela el coro santo
Que anheló su venida en largo llanto.
La oscura tumba en célicos fulgores
Se inflama: nueva vida
El pecho sangrentado hinche glorioso,
Y el rostro baña en cándidos albores.
Se alzó, y en voz subida,
*Vencí*, dice: y con eco armonïoso
Tierra y mar resonaron,
Y del orbe los polos retemblaron.
« Vencí. Del cielo las eternas puertas
Con planta venturosa
El humano entrará. Satan impío
Logró en vano con artes encubiertas
La estirpe numerosa
Del hombre esclavizar: ya el reino umbrío
Cayó; mi fuerte mano
Rompió los hierros del audaz tirano.
« Salud, mortales: el amargo lloro
Desterrad: nuevo dia
A la tierra nació. Piadoso el cielo
De inmarcesibles bienes el tesoro
Abundoso os envia:
De bienes, que de Eden el grato suelo
Jamas ¡oh! fecundáran,
Y en vano vuestros padres suspiráran.
« ¡O Dios! tu brazo fué, tú lo juraste.
La espada que potente
Me ceñiste, triunfó. Tú las naciones
A mis pies, y los pueblos subyugaste.
Vuela de gente en gente
Mi nombre: victoriosos mis pendones
Del Tártaro profundo

Tremolan por los ámbitos del mundo.
« Cayó, cayó Salén. Roma, tu solio
¿Dó está? ¿dó las que el viento
Enseñas vanas desplegó ondeantes?
Mi cruz Pedro arboló en el Capitolio,
Y fijó eterno asiento
Mi religion. Ante ella vacilantes
Cayeron derrumbadas
Al ciego error las aras levantadas.
« Hijo del trueno, vuela: el pueblo ibero
En tu celo ardoroso
Feliz su gloria cifra: eterna gloria
Reservada á la Fé. Del nombre fiero
En conflicto dudoso
Triunfó Hesperia: mi cruz es la victoria.
¡O vírgenes sagradas!
Cantad, del yugo infame libertadas. »
Dijo: y la cruda parca el sacro acento
Oyó, y en triste aullido
Lanzóse presto al tenebroso lago.
Estremecióse el avernal asiento;
Y con ronco alarido
Luzbel gimiendo su fatal estrago,
Saltó del negro trono,
Y rompió el cetro con feroz encono.

## III.

### *El natal de Filis.*

¡Qué célicos placeres
Espira por do quier natura toda
En tan sereno y delicioso dia!
¡Cuál la radiante esfera
En nueva luz ardiendo reverbera!
¡Ah! que de Fílis bella
Tornan los bellos dias, en que el cielo
A la tierra envió de su hermosura

Una copia acabada,
Cual pudiera tener beldad criada.
Pues canta, lira mia;
Canta en acorde son armonïoso
De tan dulce belleza la alta gloria.
Oh! suene concertado
Al Olimpo tu verso arrebatado.
Canta cual rutilante
Febo con nuevos rayos, su cuadriga
Por las cumbres del cielo va subiendo;
De blanda lumbre y oro
En la tierra sembrando su tesoro.
Favonio placentero
La dulce llama esparce, de natura
Los maternales senos fecundando;
La pradera florece
Y en vistosos matices embellece.
Como baja risueña
Vénus Citere en luminoso giro,
De amores mil en derredor cercada,
Y con ligero vuelo
Corta veloz el esplendente cielo;
Y á los Elíseos campos
Llega, do se levanta Asido bella
Entre lucientes pámpanos y espigas.
Su carro sobre el viento
Suspende, y se oye el divinal acento
Que dice: « ¡ O sobrehumana!
Salve, dulce beldad, del suelo ibero
Esclarecido honor: vive, y eterna
Mi célica alegría
Goce la tierra en tu dichoso dia. »
Y el manto desprendiendo
De mil flores cargado, al aura blanda,
En ámbares süaves se perfuma
La esfera cristalina,
Y en mas bellos colores se ilumina.

## NOTICIA DE D. JOSEF MARIA ROLDAN.

Nació en Sevilla en 24 de agosto de 1771. Cursó en aquella universidad las ciencias eclesiásticas, á cuyo estudio dedicó gran parte de su vida, sobresaliendo por su profunda y clásica instruccion en la doctrina y disciplina de la Iglesia: instruccion dirigida por un juicio ilustrado y amenizada con las flores de las humanidades. Persuadido á que el estudio filosófico de estas contribuye mas que ningun otro á difundir el buen gusto en las ciencias mas graves, estableció en dicha ciudad, con otro que aun vive, la academia de Letras humanas, de que hemos hecho mencion, donde se reunieron los mas estudiosos y dispuestos jóvenes de aquella capital, de los cuales unos han fallecido, otros gozan todavía el merecido aprecio del público. Esta academia duró desde mayo de 1793 hasta fin de 1801. Fruto de ella fueron las presentes y otras varias poesías de su autor. Con motivo de la publicacion de la obra de Juan Josafat Ben-Ezra, escribió en castellano un sabio y elegante comentario del Apocalípsis, que ha quedado inédito. Fué cura de San Marcos de Jerez, y posteriormente de la parroquia de San Andres de Sevilla: de carácter abstraido y melancólico, celoso en su ministerio, severo en sus principios y en sus costumbres. Murió en 9 de enero de 1828.

Tambien sus versos lucen su piedad y su celo religioso, al paso que no carecen de vuelo y fuego, ni de número y armonía.

# POESIAS

DE

# D. FRANCISCO DE CASTRO.

## ELEGIA.

¡Ay! ¿á dó está? ¿dó súbito se ha huido
La amable Dóris, cual del sol ardiente
Débil niebla ante el rayo enardecido?
Bajastes al ocaso del oriente
Sin tocar el cenit, tierna azucena,
Que el noto fiero deshojó inclemente.
¿Y quién amargo lloro en larga vena
A tí ¡o triste! dará, Fileno mio,
En dolor tan agudo, en tanta pena?
De mis cansados ojos baja un rio,
Y al pecho oprime el caso lastimero,
Robando al corazon la fuerza y brio.
Ven, ven, mi caro amigo, y duradero
Y eterno llanto vierta lamentando
Sobre su tumba nuestro amor sincero.
¡Ay! la santa amistad la losa alzando,
Con ella se escondió; y el lazo amigo
Que á Dóris nos unió rompe llorando.
¡Oh! ¡cuántas gracias arrastró consigo
Al sepulcro voraz, sin tiempo abierto,
Hora de su beldad mudo testigo!

Cercan en torno allí su tronco yerto
La eternidad y corrupcion, y helado
De silencio y horror se ve cubierto.
En silencio y horror, Fileno amado,
Yace del bello cuerpo la apostura,
Y el rostro celestial yace mudado.
De sus rasgados ojos la ternura
Sin luz : mudo el acento y melodía
Que el alma arrebató con su blandura.
¡Cómo otro tiempo en plácida alegría
Del sacro Bétis la feraz ribera,
Bajo sus plantas florecer veia!
Y orlada de jazmin la cabellera,
Cual del alba el lucero refulgente
Brillar entre las ninfas la primera.
El rio alzando la rugosa frente,
De las mojadas ovas coronado,
Paró al verla su rápida corriente.
Atento escucha el canto regalado,
Y una dulce sonrisa se derrama
De los labios del dios embelesado.
Por su náyade Bétis la proclama,
Y el coro virginal en torno de ella
Danzando alegre, su deidad la llama:
Y la armoniosa voz de Dóris bella
Procuran imitar: ¡ay! cual burlando
Del necio empeño, su cantar descuella.
¡Mísero! yo la ví lecciones dando
En medio el tierno coro venturoso
Que en vano remedó su acento blando.
Mas Bétis hora en eco lastimoso,
*Dóris*, dice, y las ninfas desparcidas
Repiten el acento doloroso.
Las sienes del cipres mustio ceñidas,
Sin órden el cabello destrenzado,
¡Ay! las manos al cielo alzan torcidas.
No ya, Dóris, tu acento delicado
En celestial dulcísima armonía

Será consuelo al pecho fatigado.
¡O mil veces y mil funesto dia,
Que para amargo duelo amaneciste,
Trocando el tierno gozo en agonía!
Y tú, muerte cruel, ¿á quién heriste,
Ciega, con tu cuchilla penetrante?
No sabes, despiadada, lo que hiciste.
Tú, infiel, arbolas el pendon triunfante
De tu saña feroz, mientras que gime
Envuelta en el pesar la madre amante.
Ni mas la dulce hermana al pecho oprime,
El pecho de su Dóris; desolada,
En el mármol sus lágrimas imprime.
¡Oh cuán vano es tu afan! ¡ay! no apiada
Tu lloro á la implacable; ya reposa
En sus helados brazos la cuitada:
Y la noche eternal, su silenciosa
Caverna abriendo, súbito se lanza
Sobre la cara presa pavorosa.
No el voto, no el clamor mísero alcanza
Del mezquino mortal acongojado:
Se abrió ya el fatal libro, no hay mudanza.
¿Y cuál mortal emprenderia osado
Hacer frente á la parca destructora,
Ni acometer el tenebroso vado?
¡Ay! yo, Fileno, yo; si donde mora
Entrar la planta permitido fuera,
Y oidos dieran al que tierno implora,
¡Oh con cuánta alegría la volviera
Al seno maternal y dulce abrazo
De la mísera hermana lastimera!
Yo la tornara al amistoso lazo
Que la santa virtud, hora afligida,
Formaba leda en fraternal regazo.
En tanto la maldad es cometida:
Vive el inicuo, y la virtud su palma
Ve arrebatar en trozos dividida...
Pero ¡cuán necios somos! ¡ah! ya calma

El agudo dolor, respira el pecho,
Rasgóse el velo que ofuscaba al alma.
   Aquel á cuya planta espacio estrecho
Fueran mil y mil orbes, el Potente,
El Dios de amor en caridad deshecho,
   Ante los tiempos eligió en su mente
De mil males librar la prenda cara,
Cortando en flor su juventud ardiente.
   Asi como del vástago separa
La rosa el jardinero, y á cubierto
De la ventosa tempestad la ampara:
   O cual pastor cuidoso en el desierto
Antes que enero su raudal desate
Forma el redil, á sus corderos puerto.
   Sí, mi caro, cesó el rudo combate
Para la tierna Dóris, cesó el llanto,
Cesó de las pasiones el embate.
   ¡O consuelo! mitíguese el quebranto:
No hemos perdido á Dori; arrebatada
Al mal ha sido por el númen santo.
   ¿Qué á nosotros espera en la cansada
Y estrecha senda de la triste vida,
De la opresion en la infernal morada?
   ¡Ay! el dolor sin fin, la fementida
Calumnia detractora, el vil desprecio,
La insolente injusticia repetida.
   Opreso y opresor el mortal necio,
Víctima de maldad, triste perece,
Del orbe maldicion y menosprecio.
   Vuela el dia, y el tiempo desparece:
Fueron los años: las naciones fueron:
La maldad sola eterna permanece.
   Los vivientes estatuas erigieron
Al malvado viviente; al virtuoso
Bajo la fiera planta confundieron.
   ¡Tumba feliz! ¡morada del reposo,
Do el humanal linage en paz dormido,
Ni el mal recibe ni le da orgulloso!

En ella ¡o justo! acabará el gemido:
Huye á su seno con ligera planta
Asilo en el naufragio concedido.
Solo al inicuo su morada espanta;
Prisionero infeliz, de horror cercado,
Temblor y llanto eterno le quebranta;
Que tú, el semblante de esplendor bañado,
Dejas triunfando la mansion impura,
De libertad y vida coronado.
Mostraráse algun dia en el altura,
Y á la justicia repondrá en la tierra
El que dió justas leyes á natura.
Su voz la muerte y la maldad destierra,
Y fomentado al soberano acento,
Se anima el polvo que la tumba encierra.
Alzase el trono: el universo atento
Temblando aguarda el divinal mandato;
Sus alas plega el asombrado viento.
Habla el potente Dios, su acento grato
Es vida al pueblo fiel, rayo encendido
De eterna maldicion al pueblo ingrato.
¡Oh! ve, Fileno, el dia do cumplido
Nuestro gozo será; y en coro santo
Por siempre á Dóris nuestro amor unido,
Comenzará el placer, cesará el llanto.

## ODAS.

### I.

### *El arroyuelo.*

De la sierra eminente
Baja el arroyo undoso,
Y tuerce incierto por el valle herboso
En giros mil su plácida corriente.
Las aguas cristalinas
Entre guijas saltando

Repite el eco su murmurio blando,
Que vuela por praderas y colinas.
Mas que el alba risueño
Su alegría derrama,
Las bellas flores y menuda grama
Salpicando de perlas halagüeño.
La adelfa allí lozana
En su cristal se mira,
Y manso el arroyuelo en torno gira
Por matizar las aguas con su grana.
La dulce Filomena
Se lamenta á deshora
La escura noche, y cuando ya la aurora
El prado esmalta con su luz serena,
En vagoroso vuelo
Céfiro entre las flores
Girando bullicioso, sus olores
Destila sobre el líquido arroyuelo.
Todo, arroyo dichoso,
Te brinda y lisonjea:
¡Oh siempre eterno tu corriente vea
El dulce bien que gozas delicioso!
Cual tú, me ví algun dia
Del placer rodeado;
Ya tenebrosa noche, acongojado,
Me cerca por do quier en mi agonía.
De mi pasada gloria
Y de mi mal presente
Oprimen ¡ay! el ánimo doliente
Unidos el tormento y la memoria.
Amor de tiernas flores
Tejió mis dulces lazos:
Quise librarme, mas hallé los brazos
Comprimidos del hierro á los rigores.
Otro tiempo cantaba
Sus dichas transitorias;
Y tras su carro, alegre, las victorias
Del pérfido con himnos ensalzaba:

Hora un amargo rio
Manan mis tristes ojos;
Y ostenta cruda mano mis despojos,
Triunfo de su tirano poderío.
¡Ay! ¿dó huyó mi contento?
¿Dó las dichosas horas?
¿A quién ¡ay triste! á quién tu pena lloras,
Si no has de hallar alivio á tu tormento?
De mi felice suerte
Pasó la primavera;
Y no el mísero pecho hallar espera
Otro término al mal sino la muerte.
Pues teme, arroyo amable,
Que el abrasado estío
Robe tu gozo, cual la suerte el mio.
¡Ay! mi dicha acabó; nada hay estable.

## II.

### *Imperio del hombre sobre la naturaleza.*

¿Dó arrebatada con divino aliento
El alma en raudo vuelo se trasporta?
Del oriente al ocaso
Rodar mil globos ve. Los mira absorta
Rayos lanzar de enardecida lumbre,
Y eternal movimiento
Frenar su augusto paso:
Circundan su luz pura
Pálidos otros mil. La ardiente cumbre
Ve ya de Olimpo alzado.
Mortales ¡oh! callad; que de natura
La divina beldad decir me es dado.
De natura do en solio refulgente
El Dios del trueno reina. ¿Y elegiste,
Señor, en mil esferas
La baja tierra, y habitarla diste
Y someterla con supremo mando

Al felice viviente?
Por do quier mil lumbreras
Cercan su faz lozana,
Y el aire esmaltan con destello blando.
Nace la aurora al mundo,
Y le matiza de zafir y grana:
Dórale el sol con su esplendor fecundo.
Y vosotras, antorchas brilladoras,
Cuyo fulgor tembloso el negro manto
Rasga á la noche umbría:
Aurora bella que en nevado llanto
Derramas vida al fatigado suelo:
Mar de luz, que las horas
En la region vacía
Mides, y las sazones
Tornas al año, revolviendo el cielo:
Y tú, polo luciente,
¡Solo á ilustrar del hombre las mansiones
Os destinó la mano omnipotente!
¿Mas qué nuevo vigor, qué nueva vida
Se esparce por el globo venturoso?
A do el punzante cardo,
Do el descarnado leño, victorioso
Del voraz tiempo, la cerviz alzara,
La adelfa enrojecida,
Y el oloroso nardo
A par del trébol crece:
Cela en su cáliz la azucena, avara
Del licor, miel sabrosa:
Y plácido favonio se adormece
En las fragantes hojas de la rosa.
El dulce fuego que natura amiga
En su seno abrigaba, difundido
Sobre la madre tierra,
Quebranta el hielo agudo que aterido
Cubriera de los campos el tesoro.
Brota la tierna espiga
Que el rubio grano encierra:

El prado reverdece:
El arroyuelo entre guijuelas de oro,
Bullicioso saltando,
Retrata el lirio que á su márgen crece,
Y ufano se desliza serpeando.
¿Y quién vuelve ¡o natura! en juveniles
Tus ya caducos dias? ¿Quién el velo
Que asconde marañada
Tu inculta profusion, con fuerte anhelo
Desenrolla potente? La maleza
En hermosos pensiles,
O ya en grata morada,
¿Cuál brazo activo torna?
Del marañado bosque la aspereza
Mudó en feraz llanura:
El nudo tronco de verdor se adorna,
Y tolda el prado en eternal frescura.
Tú ¡o mortal! solo tú, que del augusto,
Del Ser eterno que los seres manda,
El dominio del suelo
Y el saber recibiste. Cede blanda
Natura á tu querer: no el bosque inunda
Ya de selvage arbusto
Con estéril desvelo.
Tú, extendiendo su vida,
Perfeccionas los seres que fecunda.
Do lanzó su veneno
La sierpe y el reptil, hora acogida
El corderuelo encuentra en prado ameno.
En la lodosa ciénaga cubierta
De muerte y corrupcion, ya se levanta
El anchuroso muro:
Inmenso pueblo con segura planta
Huella el oculto lago. En la colina,
Otro tiempo desierta,
Brinda el fruto maduro
Que á la vid hermosea,
Y bajo el peso su follage inclina.

El buey falto de aliento,
El breñoso erial tardo rodea,
Y abre en los surcos el comun contento.
  Trisca el rebaño, y dulce yerbezuela
Pasta en vez del nenúfar venenoso,
Que infestaba el collado.
Prisionero el raudal en cauce ondoso
El campo halaga con murmurio lento;
Ni ya crecido asuela
En curso arrebatado
La mies y la cabaña.
Arbitro el hombre del terrestre asiento,
Al piélago profundo
Tambien sojuzga la violenta saña,
Y la union que rompió, devuelve al mundo.
  Mas ¡oh! ¿qué genio en su furor destierra
La ventura y la paz? Orgullo insano,
Ambicion insaciable
El hombre respiró. Torna inhumano
Contra sí mismo el desleal acero
Que fecundó la tierra:
Y la morada amable
Del placer y el reposo,
¡Ay! es ya del dolor. Él es el fiero,
¡O natura! que absorbe
Tu vida y prole y tu beldad. Furioso
Lleva en triunfo la muerte por el orbe.
  Tente, cruël: ¿á dó la rabia insana
Te lleva?... Mas no escucha; y el arado
Deja, y solar paterno:
Deja el taller, y en paso acelerado
El dulce altar del himeneo deja.
¡Cuán inútil se afana
La esposa en lloro tierno!
Del niño desvalido,
Del padre anciano, bárbaro se aleja·
Feroz á coronarse
De luto y destruccion se arroja ardido,

Y en sangre agena y propia va á saciarse.
En vuestra paz y union el mundo fia
Su ventura y reposo. Solo es fuerte
El hombre al hombre unido:
¡Y el furor os divide! ¡Ay! ya la muerte
Vuela en pos de su presa, y la ordenada
Fila arrebata impía!
En monton denegrido
Los inánimes seres
La blanda yerba cubren, anegada
Con la sangre espumante.
Al hierro de tu hermano ¡o triste! mueres
Y auxilio en vano imploras del triunfante.
¡Bárbaros! ¿y fijais de la victoria
El sangriento pendon sobre los restos
Del orbe destrozado?
¿Y brillan el laurel y oliva puestos
En la homicida frente? ¿Fementido
Canta al Hacedor gloria
En su altar desolado?
Ese feroz contento
¡Cuánto encierra dolor! ¡cuánto gemido!
Ya tus lívidas alas
Bates, contagio, al corrompido viento,
Y la campiña y las ciudades talas.
¡Fiero mortal! ante tus pies natura
Marchita yace, en congojoso lloro
La pura faz manchada.
Mas tú el fecundo seno, almo tesoro
De vida y ser, despedazando impío,
Hórrida sepultura
Lo tornas, do lanzada
En tinieblas de muerte
Yace la creacion. ¡Ay! Del natío
Alcázar soberano
La dichosa mansion feroz convierte
En túmulo de escombros el humano.

# NOTICIA DE D. FRANCISCO DE CASTRO.

Nació en Sevilla en 2 de abril de 1771: estudió matemáticas en los estudios de la sociedad económica de aquella ciudad, presentándose á exámen público y siendo premiado en los tres años del curso. Terminada la filosofía, y principiado el estudio de la medicina en la universidad de su patria, se dedicó al comercio sin abandonar su aficion á las letras, adquiriendo siempre y leyendo las mejores obras españolas, italianas, francesas é inglesas de humanidades, historia, geografía, y otros ramos de erudicion. Las piezas que se insertan aquí suyas, fueron leidas con otras muchas y varios discursos en la academia de Letras humanas de que fué individuo. Murió en 16 de marzo de 1827; fué de trato apacible y generoso para todos, y singularmente solícito para sus amigos.

Se nota en sus poesías una alma tierna y delicada, aunque algo melancólica y quejumbrosa. Su versificacion tiene fluidez.

# POESIAS

DE

# D. JUAN BAUTISTA DE ARRIAZA.

---

### *La dedicatoria.*

Suave seria al labio de mi Musa
Modular solitario sus congojas
Al son del agua y silbo de las hojas
De selva y rio en variedad confusa:
Tal vez allí la ilusa
Copia de mis pesares
En tan nuevos cantares
Sonara, que envidioso á mis recreos
El ruiseñor, en circulares giros
Bajara, y repitiera entre gorgeos
Lo que yo le cantara en mis suspiros.

¡Mas ay! los sacros bosques son asilo
De la inocencia, que del fondo grita:
« Huye, pròfano, la mansion que habita
Libre del oro el labrador tranquilo.
Tú ves el Rhin y el Nilo
Que al mar descienden rojos
De sangrientos despojos:
Pues vives en las córtes que á la guerra
Mandan correr desde el amor los hombres,

Cuando ellos van á ensangrentar la tierra,
Ve tú, cruel, á celebrar sus nombres.»

Veo los héroes, óigo la victoria,
Y en vano intento que su nombre anime
Mi débil voz para cantar la gloria:
Veo las córtes, y mi Musa gime
Ante el Prócer sublime;
Humilde no halla tonos
Para cantar los tronos;
Veo los cielos, y se ofusca el fuego
De mi entusiasmo á su esplendor divino:
Veo á mi Silvia, y reconozco luego
Que cantar la belleza es mi destino.

Beldad, seguro anuncio y embeleso
Del amor, que se goza en tus prestigios:
Sello de perfeccion que deja impreso
Naturaleza en todos sus prodigios;
Tú, que en los mares Frigios
Naciste Citerea,
Milagro de la idea
De los Apeles, Fidias y Ticianos,
Yo te admiro en la tierra y en el cielo;
Mas recibe el incienso de mis manos
En Silvia hermosa, tu mejor modelo.

Que por mas que mis ojos arrebate
El gallardo animal que ama la guerra,
Cuando al amor se arroja ó al combate,
Y con cuádruple pie bate la tierra,
Los colores que encierra
El íris en su cinta,
Ni la variada tinta
Del sol naciendo entre celages rojos;
No hay para mí fenómeno mas bello
Que el ver á Silvia, y sus brillantes ojos,
Purpúrea boca, alabastrino cuello.

La ví deidad, y me postré á adorarla,
Y por volver el ídolo benigno
La prosa olvido, y me dedico á hablarla
En el lenguaje de los dioses digno.
De entonces fué mi signo
Pintar en mis canciones
Sus dulces perfecciones;
¡Y cuánto, o cielos, su beldad me humilla!
Que es á su lado mi elocuencia parca
Un bilo de agua que en el campo brilla,
Y el ancho mar que medio mundo abarca.

Hijos mis versos, Silvia, de tus ojos,
Cuando mi amor mirabas indecisa,
Tras de mil que engendraron tus enojos
Volaron mil nacidos de tu risa:
¡Oh cómo se divisa
En unos aquel frio,
De tu ingrato desvío,
Y en otros un calor que al mismo exceda
Con que en torno del eje diamantino
La gran masa del sol rápida rueda
Ardiendo en fervoroso remolino!

Tú los cantabas, Silvia, ¡en qué lugares!
¿Te acuerdas de la selva en que habitamos,
Que remedaba el ruido de los mares
Con el sordo susurro de sus ramos?
Muramos, ¡ay! muramos
De vergüenza y disgusto:
Que aun en algun arbusto
Se ve escrito que en todo el universo
*Fuerza no habrá que á separarnos baste;*
Y aun está allí tu letra, allí mi verso;
Y ¿dónde está la fé que me juraste?

Los sauces pintarán con elegancia,
Bajo el imperio de los euros roncos,

En sus fugaces hojas tu inconstancia,
Y mi tristeza en sus desnudos troncos:
Destemplados y broncos
Murmurarán los vientos
De aquellos juramentos,
Cuando desafiaste á aquella roca
A firmeza... ¡o dolor! y ahora es aquella
En la que solo estampo yo mi boca,
Porque solo tu nombre encuentro en ella!

Tal lo dispuso irremisible el hado:
Encubra el velo lúgubre y espeso,
Que oculta el porvenir, lo ya pasado.
Silvia, murió el amor: mas no por eso
Te ofendas de que impreso
Subsista en mi memoria,
Que si hay alguna gloria
En conmover los bellos corazones
Con dulces metros llenos de ternura,
Y esto se diere á mí; serán lecciones
De tus gracias, tu fuego, y tu hermosura.

Y como corren á la mar undosa
Las claras aguas por el campo ameno,
A tí mis versos, bríndalos hermosa
Tu blanda mano y tu mirar sereno:
Guárdalos en tu seno;
Y al abrigo de aquellas
Cimas del Pindo bellas
Verá, de aliento y no de furia escaso,
El monstruo vil que por morderlos lidia,
Que no se oye en la cumbre del Parnaso
El ladrar de la cueva de la envidia.

## SONETOS.

### I.

### *La flor temprana.*

Suele tal vez, venciendo los rigores
Del crudo invierno y la opresion del hielo,
Un tierno almendro desplegar al cielo
La bella copa engalanada en flores;

Mas ¡ ay! que en breve vuelve á sus furores
El cierzo frio, y con funesto vuelo
Del ufano arbolillo arroja al suelo
Las delicadas hojas y verdores.

Si tú lo vieras, Silvia : « ¡ O pobre arbusto,
Dijeras con piedad, la suerte impía
No te deja gozar ni un breve gusto ! »

Pues repítelo, ingrata, cada dia ;
Que el cierzo frio es tu rigor injusto,
Y el triste almendro la esperanza mia.

### II.

### *Antes de partir.*

Silvia, ya raya el dia, y juntamente
La hora que á mi partir prescribe el hado;
Suave respira el viento, el mar salado
Lamiendo va las playas blandamente.

Antes, bien mio, que de tí me ausente
Bien pudieras hacerme afortunado,
Y con suspiros de tu pecho helado
Moderar el dolor que el mio siente.

Ellos serán mi aliento en el camino:
Y cuando mas de tí me halle distante,
Será mi vida este favor divino.

Los años volverán su giro errante:
Pero á pesar del tiempo y del destino,
Partiré triste y volveré constante.

## III.

### *A Dios: á una fuente.*

Quédate á Dios, o cristalina fuente:
Harto tiempo mi llanto has conocido
Con tus aguas mezclarse, y mi gemido
Quejarse de una ingrata inútilmente.

Quédate á Dios: no quiero yo se cuente
Que turbar tu reposo he pretendido
Con voces, que se pierden en su oido
Como en el mar tu líquida corriente.

No te emponzoñe víbora nociva,
Ni te turbe del viento la braveza
Hasta que el mar undoso te reciba.

Y ¡ojalá! el corazon de mi belleza
No imite tu inconstancia fugitiva,
Sino de tus cristales la pureza.

## IV.

### *De repente en un convite, brindando á las damas.*

Vénus divina, madre de placeres,
Baja de tu mansion afortunada,
Pues miras esta mesa coronada
De la brillante flor de las mugeres:

Baja gozosa, y si dejar sintieres
El coro de quien eres festejada,
Ninfa verás aquí mas agraciada
Que cuantas te acompañan en Citéres.

Y si de tu jardin entre las flores
Al Placer dejas y al Amor dormidos,
No los despiertes, ni su ausencia llores.

Baja, que aquí hallarás nuevos Cupidos,
Pues tienen estas damas mil amores
En sus hermosos ojos escondidos.

## V.

### *A Olimpia cantando.*

Guarda, Olimpia, esa boca seductora,
Que dulcemente canta y dulce rie,
Para aquel orgulloso que se engrie
De que ninguna gracia le enamora.

El ejemplo de una alma que te adora,
Por mas que de tus ojos se desvie,
Hará que el mas soberbio desconfie
De no rendirse á la fatal cantora.

Yo el suave olor que de tus labios parte,
Y aun el tacto evité de tus vestidos,
Y los ojos cerré por no mirarte;

Pero al sonar tu voz en mis oidos,
Olimpia, ví que para no adorarte,
Es menester quedarse sin sentidos.

## VI.

### *Mis deseos.*

Si Dios omnipotente me mandara
De sus dones tomar el que quisiera,
Ni el oro ni la plata le pidiera,
Ni imperios ni coronas deseara.

Si un sublime talento me bastara
Para vivir feliz, yo lo eligiera:
¡ Mas qué de sabios recordar pudiera
A quien su misma ciencia costó cara!

Yo solo pido al Todopoderoso
Me conceda propicio estos tres dones,
Con que vivir en paz y ser dichoso:

Un fiel amigo en todas ocasiones,
Un corazon sencillo y generoso,
Y juicio, en fin, que rija mis acciones.

## VII.

### *La vida media.*

¿ Qué importa que del cielo disparado
Un rayo la soberbia torre abata,
Si de mi choza la cubierta chata
Me tiene á sus insultos resguardado?

Y si mientras del viento el mar hinchado
Contra el escollo naves arrebata,
Estoy al fuego, entre familia grata,
Asando mis castañas, ¿ qué cuidado?

Ardase el orbe entero en la braveza
Y en las guerras de Marte sanguinoso,
Que si de Silvia, por mayor fineza,

Besos me da de paz el labio hermoso,
¿Habrá opulencia igual á mi pobreza,
O agena dicha me tendrá envidioso?

## IDILIOS.

### I.

### *La impresion primera ó el pescador.*

Orillas del mar tendido
Un pescador á sus solas,
Como la roca á las olas,
Asi burlaba á Cupido:
No pretendas, dios traidor,
Que te doble la rodilla;
Mi tesoro es mi barquilla,
Mis redes solo mi amor.

Cuando algun incauto pez
Entra en mis redes, le digo:
Tal quisiera hacer conmigo
El Amor alguna vez:
Pero no espere el traidor
Un vasallo en esta orilla;
Que mi bien es mi barquilla,
Mis redes solo mi amor.

Yo ví de Nerina ingrata
Al amante, ¡pobrecillo!
Que no ví ningun barquillo
A quien mas la mar combata:
¿Y me ofrecerás, traidor,
Una ley que tanto humilla?
No: mi bien es mi barquilla,
Mis redes solo mi amor.

La bella Silvia, que en tanto
Por la ribera venia,
Oyó como repetia
El marinero en su canto:
« Nunca mandarás, traidor,
En mi voluntad sencilla:
Que mi bien es mi barquilla,
Mis redes solo mi amor. »

Entonces Silvia le mira,
Y el corazon le penetra:
Él va á repetir su letra,
Y en vez de cantar suspira.
A Dios pobre pescador,
A Dios red, á Dios barquilla;
Que ya no hay en esta orilla
Sino vasallos de Amor.

### II.

### *El canastillo.*

Yo ví, vecino al templo
De la ciprina diosa,
A una Dríada hermosa,
Que era en su baile ejemplo

De adoracion graciosa.
De otras Dríadas bellas
El coro la seguia,
Mas esta el frente de ellas
El campo las abria;
Que el campo florecia
Bajo sus lindas huellas.
Puro como la nieve,
Como la niebla leve
Pende de su cintura
Un velo que procura
Burlar el cefirillo;
Y rosas mil en torno
Son el sencillo adorno
De su talle sencillo.
Llevaba un canastillo
De florecillas varias,
Que libres desde el prado
Volaron voluntarias
Al canastillo amado.
Su cuerpo delicado
En dulce movimiento
Va imitando á la palma,
Que ya se dobla al viento,
Ya queda firme en calma.
Su ligereza es tanta
Que apenas se divisa
Cuando la yerba pisa.
Y con lasciva planta
Y con lasciva risa
Hace que al templo marche
El coro peregrino,
Bailando al son del parche
De un ronco tamborino.
  Luego que al templo llega
El coro se desplega
Como en vistosa calle,
Y sola en medio al valle
Con actitud airosa
Queda ostentando el talle
La corifea hermosa.
Blanca como azucena,
Fresca como la rosa,
Libre cual mariposa
Ya de atractivos llena
Sobre el un pie se posa,
Mientras el otro vaga,
Y rebatiendo halaga
Al que por él reposa.
¡Cuán gentil! ¡cuán ligera
Trisca por la pradera!
Anhelantes y lasos
Tras sus veloces pasos
Se afanan los amores
Por aprender ardores
Para turbar sosiegos:
Por aprender distintos
Lúbricos laberintos
Siguen su pie los juegos.
Ora corre, ora salta,
Ora vuela, ora falta
El tiempo al que la mira,
Y de placer suspira;
Ya elegante y altiva
Derecho el aire hiende;
Ya jugando furtiva
Cual agua fugitiva
Por el valle se extiende,
Y unas flores sorprende
Y otras flores esquiva.
  El canastillo en tanto
Con la sencilla ofrenda
Era su dulce encanto,
Su acariciada prenda.
Y asi, en gentil retozo,
Alzando en cada salto

l canastillo en alto,
l céfiro de gozo
arece le decia:
« No verás en el templo
frenda cual la mia. »

Y que le respondia
El céfiro: « Contemplo,
O ninfa deliciosa,
Que en tí veré la diosa
Cuando entres en el templo. »

## LETRILLAS.

### I.

### *El sueño importuno.*

« No vengas, dulce sombra
« De mi adorado dueño,
« A hermosear mi sueño,
« Para volar con él: »
Mi labio ¡ay Dios! te nombra,
Pero despierto, y pago
Caro el fugaz halago
Con un dolor cruel.

Ponga la noche al menos
Tregua á las ansias mias;
Y pues me sobran dias
Para apurar su hiel:
« No vengas, dulce sombra
« De mi adorado dueño,
« A hermosear mi sueño,
« Para volar con él. »

Muerte es la negra noche,
Muere del sol el rayo,
Ceden á igual desmayo
Campo, avecilla y flor,
Y hallo en tan vasto luto
El infeliz consuelo
De ver el mundo en duelo,
Como lo está mi amor.

Si él á oprimir bastare
Mi párpado un momento,
El velador tormento
Siendo un momento infiel;
« No vengas, dulce sombra
« De mi adorado dueño,
« A hermosear mi sueño,
« Para volar con él. »

Cuando en la amarga lucha
De mi tenaz congoja
Sobre el cojin se arroja
Mi acalorada sien;
Este el postrer suspiro,
Es, digo, y postrer gota,
Que de mis ojos brota
Para el ingrato bien.

No anhelo sueño entonces,
Sino mortal letargo;
Mas ¡ay! que el llanto amargo
Vuelve á mis ojos fiel;
« Tras la implacable sombra
« De mi adorado dueño,
« Que hermoseó mi sueño,
« Para volar con él. »

No soy de los felices,
A quienes blando el sueño
Suele volver risueño
Dichas que les robó;
A mí un sopor terrible
Lígame en férreos lazos,
Para arrojarme en brazos
Del ansia en que me halló.

Para espirar soñando,
Sin despertar muriendo,
De tanto espectro horrendo
Entre el feroz tropel
« No vengas, dulce sombra
« De mi adorado dueño,
« A hermosear mi sueño,
« Para volar con él. »

Sé fiel á mis desdichas,
O sueño, en tus delirios,
Píntame los martirios
De mi constante fé:
Píntame los rigores,
O la cruel cadena
A que ella me condena
Cuando á sus pies me ve.

Mas si, en mi mal piadoso,
Vas á pintarla humana,
Mientes, que ella es tirana:
Rompe el falaz pincel;
« Y huya la amable sombra
« De mi adorado dueño
« De hermosear mi sueño,
« Para volar con él. »

## II.

### *La despedida de Silvia.*

Ya llegó el instante fiero,
Silvia, de mi despedida,
Pues ya anuncia mi partida
Con estrépito el cañon:
A darte el á Dios postrero
Llega ya tu tierno amante,
Lleno de llanto el semblante,
Y de angustia el corazon.

Llega tú, objeto divino,
Tiéndeme los brazos bellos,
Que si logro yo que en ellos
Dulce acogida me des,
No conseguirá el destino
El golpe que quiere darme,

Porque antes de separarme
Me verá muerto á tus pies.

¡Oh! si las pasiones nuestras
Fueran de igual violencia,
El dolor de nuestra ausencia
Se partiera entre los dos:
Mas tú un semblante me muestras
Indiferente ó contento,
Cuando yo no tengo aliento
Ni aun para decirte á Dios.

Murmurando un manso rio,
Baña el prado con sosiego,
Y por fruto de su riego
Bellas flores ve brotar:
Tú en silencio, llanto mio,
Mi afligido pecho bañas,
Y de Silvia las entrañas
No consigues ablandar.

¿Mas qué dices, Silvia mia,
Con este tierno suspiro?
¿Porqué entre lágrimas miro
Tus ojos resplandecer?
Cual nube que en claro dia
Opuesta al sol se deshace,
Y el sol con sus rayos hace
Brillar el agua al caer.

¿En mí los lánguidos ojos
Fijas con tanta ternura?
¿Sin faltarle la hermosura
Falta á tu rostro el color?
¿Vas á abrir los labios rojos,
Y el sentimiento los sella?
¡Qué en tí haya de ser tan bella
Aun la imágen del dolor!

¡Insensato! yo pensaba
Que la amarga pena mia
Algun alivio tendria
Si tú penaras tambien:
Al error que me engañaba
Concede, Silvia, el perdon:
Ya siento mas tu afliccion,
Que antes sentí tu desden.

Bien mio, por Dios te ruego,
Serena el triste quebranto;
No vale tan bello llanto
Cuanto el mundo encierra en sí:
Pasen por tí con sosiego
De amor las horas serenas,
Y aquellas de angustias llenas
Que se detengan en mí.

En mí, miserable y triste,
Por el cielo destinado
Para soportar del hado
La bárbara crueldad:
No en tí, que hermosa naciste
Llena de un poder divino
Para tener el destino
Sujeto á tu voluntad.

Por él tendrás el consuelo,
Mientras que mi ausencia llores,
De encontrar mil amadores
Mas de tu gusto que yo:
Otro, á quien dispense el cielo
La fortuna de agradarte;
Pero otro, que sepa amarte
Como yo te amo, eso no.

No me enamoró tu trato
Ni tu semblante perfecto,

Sino un simpático afecto,
Que tal vez nací con él:
  Yo me figuré un retrato
De las gracias verdaderas,
Y conocí que tú eras
El original de aquel.

  No suele en tierra caido
Tan turbado é indeciso
A un relámpago improviso
El caminante quedar,
  Como yo de amor perdido
Al mirar tu bello rostro,
Pues luego á tus pies me postro,
Y te adoro á mi pesar.

  Mas yo parto... ¡ay Dios! mis penas
En la explicacion no caben;
Los cielos solos las saben,
Que el fondo del alma ven,
  Y vieron las horas llenas
De deliciosos recreos,
Que colmaron mis deseos
En los brazos de mi bien.

  Ya las aguas blandamente
Mueve afable ventolina,
Y de la gente marina
Se oye la confusa voz:
  Ya del ancla el corvo diente
Del fondo tenaz retiran:
Todos á darme conspiran
Una muerte mas veloz.

  Ya con planta vacilante
Piso la débil barquilla,
Pronta á abandonar la orilla
Y llevarme al gran bajel.

Silvia, á tu infeliz amante,
En los últimos momentos,
¡Qué funestos pensamientos
No le asaltan de tropel!

Conozco el dulce desquite
Con que pagas mis ternezas,
Se me acuerdan tus finezas,
Tu cariño bien lo sé:
No hay prueba que no acredite
Tu pasion en mi presencia;
¿Pero quién sabe en la ausencia,
Si sabrás guardarme fé?

Ese atractivo divino,
De mi sumo bien orígen,
Tal vez los hados lo eligen
Por principio de mi mal:
Y mientras yo, ausente y fino,
Mi perdida prenda lloro,
Los encantos que yo adoro
Gozará un feliz rival.

No, mi bien; no, gloria mia:
¡Oh! no se lleven los vientos
Esos tiernos juramentos
Que el universo envidió:
*Venzamos la tiranía*
*Del tiempo y de la distancia*
*Con la invariable constancia*
*Del lazo que nos unió.*

Al salir el sol brillante,
Al poner sus luces bellas,
Al nacer luna y estrellas
Estaré pensando en tí:
No me apartaré un instante
De esta idea encantadora;

Y tú, entre tanto, traidora,
Ni aun te acordarás de mí.

A solas mi pensamiento
Engolfado en esos mares,
Repasará los lugares
Donde contigo me ví:
Entonces mi sentimiento
Hará sensibles los bronces;
Tú, mas que ellos dura, entonces
Ni aun te acordarás de mí.

Aquí ví sus perfecciones;
Allá la juré mi dueño;
Allí con labio halagüeño
Me dió el venturoso sí:
Tal vez estas reflexiones
Harán que el dolor me acabe:
Y tú, entre tanto, ¿quién sabe
Si te acordarás de mí?

Llamaré instante de gloria
Aquel en que ví tu gracia,
Y orígen de mi desgracia
El punto en que la perdí:
Mil veces esta memoria
Me hará renovar el llanto;
Y tú, ¿quién sabe entre tanto
Si te acordarás de mí?

Cuando solo se esten viendo
En el cielo las señales
Con que asusta á los mortales
El supremo Criador,
Oyese el tronar horrendo
En las cavernas mas hondas;
Y del mar las turbias ondas
Se levanten con furor:

Cuando impelido del noto
El soberbio mar Tirreno
Quiera desde su hondo seno
Las estrellas asaltar:
Y emplee el triste piloto,
En vez de la ciencia, el ruego,
Viendo ser su nave el juego
De la cólera del mar:

Entre los roncos clamores
De gente que atribulada
Ante sus ojos la espada
De la muerte ven lucir:
Yo haré que de mis amores
Tan negro horror se despida,
Y ¡ á Dios, Silvia de mi vida!
Se oirá en los vientos gemir.

## CANCION.

### *El propósito inútil.*

Ardí de amor por la voluble Elfrida,
Y ella en mi incendio se mostró abrasar:
Burló mi fé, pero sanó mi herida:
Amor, Amor: « no quiero mas amar. »

Amar al uso es conservar su calma,
Y en falso labio la pasion mostrar;
Y pues amar, y abandonar el alma
No se usa ya: « no quiero mas amar. »

Díceme Amor: « ¿Qué miedo te importuna?
Tus dichas yo me ocuparé en colmar,
Pues las tres Gracias voy á unirte en una. »
No importa, Amor: « no quiero mas amar. »

Luego á mis ojos se ofreció Delina
Cual solo Amor se la acertó á idear:

Yo digo al verla: « es en verdad divina, »
Pero yo en fin: « no quiero mas amar. »

Es á su lado pálida la rosa,
Triste el lucero que preside al mar;
De incautas almas perdicion forzosa:
Mas yo ¡ ay Amor! « no quiero mas amar. »

Se ven las flores, por besar su planta
Cuando ella baila, la cabeza alzar:
Se escucha á Erato si mis versos canta;
Mas yo ¡ ay de mí! « no quiero mas amar. »

De mil amantes la veré seguida,
Que ni aun sus dichas me darán pesar;
Y en celebrarla he de pasar mi vida;
Mas basta asi: « no quiero mas amar. »

« Síguela pues, me dice el niño ciego,
Sin riesgo puedes de su luz gozar,
Que si te acercas por descuido al fuego,
Yo gritaré: « no quiero mas amar. »

Necio de mí que con accion sumisa
A los pies de ella me dejé arrastrar,
Sin ver de Amor la maliciosa risa,
Al yo decir: « no quiero mas amar. »

Ya por instantes en mi incauto pecho
La llama antigua crece sin cesar;
Mas ¡ ay Delina! el mal era ya hecho,
Que haberte visto es empezarte á amar.

## RONDEL.

### *El amor y la amistad.*

Si amistad se vuelve amor,
A Dios quietud de la vida.
No hay momento sin dolor
Si amistad se vuelve amor.
Huyamos pues el rigor
De la simpática herida,
Que amistad vuelta en amor,
A Dios quietud de la vida.

Si amor se vuelve amistad,
A Dios placer de la vida.
¡Qué insulsa tranquilidad
Si amor se vuelve amistad!
Amantes, el bien gozad
De vuestra aficion querida,
Que amor vuelto en amistad,
A Dios placer de la vida.

Mas sin amor ni amistad,
A Dios iman de la vida.
Toda union es soledad
Sin amor, sin amistad.
El pecho á un amigo dad
Y el alma á una fiel querida,
Pues sin amor ni amistad,
A Dios iman de la vida.

## POEMA.

### *Terpsícore, ó las gracias del baile.*

Hija de la inocencia y la alegría,
Del movimiento reina encantadora,
Terpsícore hoy te implora
Propia deidad mi ardiente fantasía.
Tú, que animada del impulso blando
Que siente toda ingenua criatura
Viendo á sus pies florida la llanura,
El cielo claro, el céfiro lascivo,
Vas sus fáciles saltos arreglando,
Y esparces gracia en su bailar festivo;
Tú, del sagrado fuego en que me inflamo,
Diosa de juventud, serás la guia,
Tú, á quien mil veces llamo
Hija de la inocencia y la alegría.

¡Oh, si volviendo atras su fugitivo
Curso la edad, me viera con presteza
De la naturaleza
Trasportado al oriente primitivo!
¡Cómo te viera en toda tu influencia,
O diosa, deleitar á aquellas gentes
Que, aun sin pudor, se amaban inocentes!
Ellas, sin mas adorno que las flores,
Y su candor por única decencia,
Iban bailando en pos de sus amores:
Y sobre aquellos cuerpos, que del arte
Aun no desfiguraban las falacias,
Lograbas derramarte
Tú con todo el tesoro de tus gracias.

Mas ¡ay! que ruborosas de las cumbres.
Se arrojaron las ninfas á los valles,
Y cubrieron sus talles
Con arte rudo igual á sus costumbres.
Los árboles las dieron su corteza,
Y sus frondosas hojas, y el ganado
Se vió de sus vellones despojado
Para cubrir las inocentes formas:
Desapareció la humana gentileza:
¡Y tú, naturaleza, te conformas!
En tus obras maestras ¡cuál ruïna!
¡Y cuál, bajo la nube del misterio,
Terpsícore divina,
Perdiste lo mas bello de tu imperio!

Tu imperio ya no luce, aunque se extiende
Sobre la airosa espalda, el alto pecho,
Y el talle á torno hecho,
Que un envidioso velo lo defiende:
En vez de aquella ingenuidad amable,
Pródiga de las gracias que atesora,
Nos vino la modestia encubridora.
No es lícito á los ojos gozar tanto:

Mas el alma sensible ¿cómo es dable
Que no halle en la modestia un nuevo encanto?
Mas interesa en el jardin ameno
La rosa que naciendo se sonroja,
Que cuando abierto el seno
Va dando á cada céfiro una hoja.

De las lúbricas gracias el prestigio
Hermanaste al pudor en tal manera
Que la virtud austera
Se paró enamorada del prodigio.
El alto cielo en tu favor se inclina;
Y la naturaleza con anhelo
Ansió la creacion de algun modelo
Digno de tus lecciones: de gentiles
Miembros, de magestad alta y divina,
Incapaz de mover pasiones viles.
Tal su deseo fué; y entre millares
De bellas ninfas una fué elegida,
Cual Vénus de los mares,
De la espuma del Sena concebida.

Alargóle Terpsícore la mano
Al desprender de la nativa espuma:
Bajo su pie de pluma
La yerba apenas se dobló del llano:
En los mórbidos miembros á Citéres,
En los tímidos ojos á Dïana,
En el rubor semeja á la mañana:
Su accion con magestad voluptuosa
Anuncia, mas no brinda, los placeres:
Cúbrela un manto de azucena y rosa;
Y asi dulce, sencilla, delicada
(Copia en fin del objeto que idolatro)
De gracias coronada
Se ofreció de la Iberia al gran teatro.

El bello aspecto enagenó las almas;

Mas luego suena el populoso claustro
Cual si agitara el austro
Un bosque entero de movibles palmas.
Ella el suelo y el aire señorea,
Mostrándose fenómeno, igualmente
Del cielo y de la tierra independiente:
Mírala el vulgo con el mismo arrobo
Con que otra vez una inocente aldea
Magestuoso descendiendo el globo.
Mas de las almas tiernas entre tanto,
¿Cuál aquel movimiento no sentia,
Aquel secreto encanto,
Aquel placer que llaman simpatía?

El sonoroso coro de instrumentos,
Como las aves á la luz del alba,
La tributa su salva;
Mas la tímida ninfa á sus acentos
Asustada se muestra; y como pide
Su delicada accion mas dulce pauta,
Solo modula la melosa flauta.
Entonces al suavísimo sonido
Imperceptiblemente se decide
Su movimiento blando y sostenido:
Parece á Galatea cuando apenas
Su corazon palpita, y va con pausa
Sintiendo por sus venas
Aquella vida de que amor fué causa.

Despléganse los brazos con blandura,
Y noblemente erguida la cabeza,
A rodear empieza
Los ojos desmayados de ternura:
Ya de los bellos brazos compañero
Preséntase en el aire el pie divino,
Pie que la tierra no pisó mas fino:
Solo en un punto imperceptible estriba
Que al suelo toque el otro pie ligero,

Y no vuele la bella fugitiva;
Ella suspensa está: tambien con ella
Enmudece la música: y entonces...
Una imágen tan bella...
Nunca la Grecia la imitó en sus bronces.

Vuelve á sonar con trémulo suspiro
La querellosa flauta, y el hermoso
Cuerpo á moverse airoso
En torno de sí mismo en lento giro.
¡Cielos! ¡oh cuál las ávidas miradas
Van sucesivamente repasando
La flexible cintura, el brazo blando,
Del seno virginal la doble forma,
Y las demas que deja señaladas
El velo que á ceñirlas se conforma!
Mas ¡ay! que entonces un momento eterno
Nos roba de sus ojos la luz pura,
Y en el nubloso invierno
No es tan lenta la noche mas oscura.

¿Dónde vas? ¿dónde estás? la flauta gime;
Y ella como en un presto sobresalto
Se alza en súbito salto,
Y clávase de frente. La sublime
Orquesta resonando la saluda,
Cual relámpago vivo el entusiasmo
Rompe, y deshace el silencioso pasmo:
Entre el espeso rebatir de palmas
No hay una voz, no hay una lengua muda:
Viva, suspiran las ardientes almas:
Viva, suena en las filas inferiores:
Viva, en los palcos relumbrantes de oro:
Viva, en los corredores:
Viva, repite el arteson sonoro.

Muestra el desnudo la indulgente falda
Que las gentiles formas determina:

Su cabeza declina
Voluptuosamente hácia la espalda :
Siempre en su rostro la modestia impera :
Mas por cada deseo, compasivos
Devuelven un placer sus ojos vivos :
Placer de amor, que honestidad respira ;
¡ Placer de amar, necesidad primera
De un tierno corazon ! ¡ cómo el que aspira
Tu llama á confundir, honesta y pura,
Con una liviandad torpe y facticia,
Al pie de la hermosura
Pierde el sosiego, y no halla la delicia !

¿ Mas qué mudanza súbita ? la orquesta
Se precipita alegre, y en el aire
Con gracioso donaire
La ninfa sin cesar se manifiesta.
Como leve balon se alza y aterra :
Dijeran que debajo de su planta
La atraccion de la tierra se quebranta ;
O bien que de placer en cada salto
Suspira el seno de la madre tierra
Y vuelve hermosa á levantarla en alto.
Vaga el rosado velo en el ambiente,
Y relevado en trenzas su cabello
Deja ver claramente
La afectuosa posicion del cuello.

Ni el presto pensamiento seguiria
La fuga de los pies; no es por el cielo
Tan fugitivo el vuelo ;
Por el agua sin riesgo correria :
Si el uno se detiene, el otro en tanto
Como paloma que agilita el ala
Con batido halagüeño le regala :
Ya abandonan el suelo, y se restaura
Su aérea posicion ; ¡ celeste encanto,
Que de inmortalidad respira el aura !

Presta para ganar dulces despojos,
Y luego huir por las etéreas salas,
En sus pies y sus ojos
Lleva de Amor las flechas y las alas.

No abuses de ellas, no, mi ninfa, espera:
Ni asi girando en círculo voluble
Esa imágen ligera
En un hermoso vértigo se nuble;
Como se turba el rio cristalino
Al rededor del hoyo que le veda
Su curso, y se revuelve en remolino.
Nuestro amor la ofendió, sí, pues ya queda
Fija su planta, y veo en su hermosura
La expresion del dolor y la ternura;
Como niña que en fiestas amorosas
De su querido amante, incauta siente
Junto á sus frescas rosas
En vez del labio el atrevido diente.

Ninfa gentil, serena los enojos.
Isbel... ¡ ay cielos! que en mi propio agravio
Huyó tu nombre de mi ardiente labio
Como tu imágen de mis tristes ojos.
Tú que á la esfera del amor te subes:
¡ Brinco amoroso de las gracias bellas,
Como ellas ágil y fugaz como ellas!
¡ Cómo te ofende nuestro justo incienso,
Tú, que has nacido para hollar las nubes
Que andan vagando por el cielo inmenso!
¡ Cómo tú misma la pasion no halagas,
Si cual abeja variando flores
De pecho en pecho revolante vagas
Vertiendo gracias y cogiendo amores!

Divina Isbel, tu cuerpo con molicie
En las auras parece se recuesta;
Tan frívola tu planta como presta

Halaga la terrena superficie:
Fresca hermosura, juventud rïente,
Tus nobles actitudes hermosea:
Y tal es tu decoro, que ni el aire
Cuando bailando tu ropage ondea,
Audaz se ve que tu pudor desaire.
Sublime Isbel, ese pais que ha dado
A Vénus y á Diana honra divina,
Vénus menos que tú dulce y graciosa,
Menos casta Lucina,
Vuela, písale tú, serás su diosa.

Mas tú sigues risueña, y perfilando
El cuerpo celestial, libras su peso
Solo en un pie, travieso
El otro al aire con los brazos dando:
Solo tu rostro veo de soslayo,
Solo de tus mejillas una rosa,
Y de tus vivos ojos solo un rayo;
Todo me anuncia un atrevido vuelo:
Sí, linda Isbel, esa postura airosa,
Imágen de la paz y del consuelo,
No anuncia que te lances fugitiva
Del alto Jove á trasportar la copa,
Sino á lograr la venturosa oliva
Que está anhelando la infeliz Europa.

¿Quién goza, sino tú, el poder divino
De franquear la tierra, hender los vientos?
Pronto tus movimientos
Vuelo serán, los aires tu camino.
Tú, cual eres gentil, serás sensible,
Que nutrirse unos ojos tan fogosos
Con el hielo del alma, es imposible:
Parte, y verás los hombres venturosos:
Vuela del norte á los primeros climas:
Sube á los Alpes; sus nevadas cimas
Blanquean del candor de la inocencia;

De allí descubrirás el ara santa,
Que ya tal vez levanta
A la paz la feliz beneficencia.

A tu mano, á tu frente de alabastro
Dará la paz su bienhechora oliva:
Tú partirás, Isbel, rauda y altiva,
Y de serenidad serás el astro.
Las Artes con los ojos aun no enjutos
Alfombrarán de rosas tu carrera;
Tú ni sus hojas doblarás siquiera
Con tu rápido pie: valles y montes,
Que la guerra dejó yermos de frutos,
Traspondrás, y en los bajos horizontes
Alzará el arador la frente ansiosa
Ennoblecida de su sudor, y al verte
Tan bella y luminosa
Presentirá su venturosa suerte.

¡Cuántos tributos de ternura y gozo
Te ofrecerán en tu glorioso giro!
La viuda ausente su último sollozo,
El padre anciano su postrer suspiro.
Mas cuando atenta á serenar los mares
Por el cristal del agua atravesares,
Huye del agua tú, Náyade bella,
Huye del agua tú, sigue mi aviso,
Que si como un Amor te ves en ella,
Tú serás en amor como Narciso.
Asi lleves la paz al hemisferio,
Desde el Ibero hasta el Britano solio,
Del uno al otro imperio,
Y desde el Louvre al alto Capitolio.

Perdona, Isbel, perdona el extravío
De un entusiasmo que su bien presagia:
¡Qué puede producir la noble magia
De tu baile gentil, el señorío

De aquellas actitudes, do presiden
El amor, la belleza y la decencia,
Sino estas ilusiones de inocencia!
Y tú, divino orígen de este encanto,
Terpsícore, perdona mi embeleso
Por una ninfa que proteges tanto;
No juzgues ¡ ay! por eso, arte divina,
Que mis inciensos en tu honor rebajen,
Que á tí la gloria solo se encamina
Del loor dado á tu perfecta imágen.

## ODAS.

### I.

*Contra la seduccion.*

¿A dónde vas furtiva y tortuosa
Contra la yerba y flores arrastrando
El pecho infame? ¡O sierpe venenosa!
¡Cómo! ¿hácia el lecho blando,
Que oprimen dulcemente adormecidos
Dos esposos unidos
Cubiertos con el velo de inocencia,
Silbas y arrastras tu fatal presencia?

Tiemblan los mirtos que les hacen sombra,
Como á los soplos de Aquilon sañudo
Al verte, o monstruo; y con horror se asombra
Aquel emblema mudo
Del tierno amor, la tórtola inocente,
Que desde aquella fuente
Miraba silenciosa sus delicias,
Aprendiendo favores y caricias.

Túrbanse al rededor del casto lecho
Las frescas auras que antes amorosas
Le regalaban; mientras tú en acecho

De en medio de las rosas
El verdinegro cuello al aire libras,
La aguda lengua vibras,
Y osas amenazar con mil martirios
A los que de placer sueñan delirios.

Ellos ayer ciñéronse en el ara
La nupcial venda, y se juraron fieles
La mutua fé que el universo ampara.
A sus ansias crueles
El galardon de Amor disfrutan ellos
En estos lazos bellos:
¡Y hoy quieres ver los bellos lazos rotos,
Y aniquilar, cruel, tan dulces votos!

No me oyes tú: que la virtud te irrita,
Te ensoberbece el ver dichas agenas,
Y tu negrura á profanar te incita
Las blancas azucenas;
Armaste, en vez de halago y tierna gracia,
De juvenil audacia,
Y el lascivo y sensual desasosiego
En lugar del Amor te da su fuego.

Tranquilo duerme en tanto el par dichoso
De sus goces soñando el dulce fruto,
Y tú de forma humana y rostro hermoso,
Te revistes astuto:
Lloran la humanidad y la hermosura
De verte en su figura,
Y la inocente esposa á sus gemidos
Abre los lindos ojos adormidos.

Y en tí los clava, en tí que al claro brillo
Te turbas; pero hinchándote orgulloso
De que ya aquel mirar tierno y sencillo
Le robas al esposo.
Suena la seduccion, nace el agravio

De tu engañoso labio,
Cuyo veneno mancha el nupcial lecho,
Y de la honestidad salpica el pecho.

Rubor artificioso en tu semblante,
Llanto en tus ojos, y en tu voz suspiros
Hacen el fingimiento interesante.
Mas ¡ cómo seduciros,
O esposas, puede el eco lisonjero
De afecto tan grosero,
Que aun sin haber cogido las primicias
Quiere partir con otro sus delicias!

Será que al son feliz de la victoria
Duerma el guerrero vencedor, la frente
Ceñida con el lauro de la gloria,
Y que huya un insolente
Que una hoja arranque á la corona bella
Para adornarse de ella,
Sin que la gloria desde lo alto clame:
Ese es mi esposo, ese es mi lauro, ¡ infame!

Asi vosotras, en beldad nacidas,
De amor, de gracia y de atractivos llenas,
Para consuelo al hombre concedidas
En sus amargas penas,
Pues vuestra posesion fué la ventura
De la pasion mas pura,
¿Cómo podeis rendirla por despojos
De tan impuros pérfidos arrojos?

¡ Cómo hablará de amor quien no lo siente!
¡ Cómo os adorará quien no os estima!
¡ Cuál suspiro será, cuál ansia ardiente
Que su pasion exprima,
Que ya no haya agotado en competencia
La amorosa elocuencia

Del tierno esposo que teneis al lado,
A confianza hermosa abandonado!

Él á su esposa abandonó su suerte:
Su honor ciñó con tan amantes lazos,
Mirando solo el brazo de la muerte
Por rival de sus brazos:
Tal vez el llanto de sus ojos brilla
Aun en vuestra mejilla:
Tal vez el *tuya soy* de vuestra boca
Aun por la selva el eco lo revoca.

¡Inútil voz! cuando la inicua lengua
El adulterio os pintará inocente,
Porque ignorado del honor no es mengua.
¡O ilusos! ¿y el torrente
De amorosa ternura, el exclusivo
Rayo de afecto vivo
Correrá hácia otro pecho extraviado
Sin que lo sienta el corazon burlado?

¡Un amante ignorar cuando le extrañan
Del alma que antes solo poseia!
¿Asi los ojos del Amor se engañan?
Descubrir la alegría
Sobre el culpado rostro de la esposa
Turbada, artificiosa,
De sus brazos sin fuerza las cadenas,
Y frio el corazon latiendo apenas...

¡Ay! harto pronto el bárbaro delito
Leerá el triste en el semblante amado
Y en él su oprobio y su infortunio escrito.
De furias devorado
Verá erizarse en monstruosos vicios
Y horrendos precipicios
De su antiguo soñar la senda amena,
De amor, un tiempo, y de deleites llena.

La atroz venganza en el hirviente pecho
Rugiendo al punto abortará fracasos :
Ya no el Amor , el parricidio al lecho
Conducirá sus pasos :
Cubrirán su razon con sordos velos
Los implacables zelos :
Y el lecho, acaso, inundará igualmente
Con la sangre culpada la inocente.

Mas si un error feliz en la desgracia
Fascinare al esposo, siendo entonces
Mayor que su candor vuestra falacia :
Si con pechos de bronces
Ofreceis á sus besos paternales
Los frutos criminales,
Y con escarnio veis que los abraza,
Aun cuando un odio interno los rechaza :

Alzad y ved : la bóveda celeste
Poblada está de soles, su tamaño
No alcanzais, ni su luz quien se la preste ;
Podrá un odioso engaño
A un infeliz burlar; mas no á los ojos
Que hacen que en sus enojos
Los raudos vientos por las selvas zumben,
Y que los cielos cóncavos retumben.

## II.

### *La tempestad y la guerra, ó el combate de Trafalgar.*

Cantar victorias mi ambicion seria;
Pero sabed que el dios de la armonía
Dispensador de gloria,
El volver de Fortuna en poco estima,
Y solo el valor ínclito sublima
Con inmortal memoria.

Ved aun brillando aquellos en su templo,
Que vieron las Termópilas ejemplo
De varonil constancia;
Y los que sucumbieron, no domados,
Bajo los tristes muros abrasados
De la infeliz Numancia.

Hay a quien de la cuna alza el destino
Para llevarle siempre por camino
De dóciles laureles:
Las dichas van volando ante sus pasos,
Y en manos de ellas pierden los acasos
Sus espinas crueles.

Héroes, si ya no dioses, el inmenso
Vulgo los clama; mas en tanto incienso
Yo mi razon no ofusco;
Y de Belona en el dudoso empeño,
Donde muestra Fortuna airado el ceño,
Allí los héroes busco.

¡O constancia! ¡O del alma ardiente brio!
Tiende la inmensa vista, excelsa Clio,
Por esos mares vastos,
Tiéndela, que á pesar de hados malignos,
Nunca la habrán parado hechos mas dignos
De tus gloriosos fastos.

Mira, en baldon de Gades opulenta,
Levantarse la Furia mas sangrienta
De los senos oscuros;
Y de su ávida mano, al mar lanzadas
Las calidonias selvas, trasformadas
En fluctuantes muros.

Su envidia es la ciudad de Hércules bella,
Que en las puertas atlánticas descuella,
Teniendo al mar á raya,

En ondas que postrándose á su frente,
Llegan, cargadas de oro de Occidente,
A enriquecer su playa.

¡Qué de ministros vendes á su encono,
Anglia infecunda, de las nieblas trono,
Campos que el sol no mira,
Que, en sonrisa falaz, Flora reviste
De estéril verde, en que la flor es triste,
Y amor sin gloria espira!

Hidrópicos de aurívoro veneno,
Al monstruo de codicia abren el seno
Contra la gloria hispana,
Cuando en horrendas máquinas de muerte
Hasta el precioso fruto se convierte
De la comarca indiana.

De su armada, que en vano el mar rechaza
Al cielo, ó con abismos amenaza,
Hacen soberbia muestra:
No lo sufris, alumnos esforzados
De los Bazanes, y de ardor llevados,
Lanzais al mar la vuestra.

Y cual de opuestos vientos acosados
Cruzándose ennegrecen los nublados
Las etéreas campañas,
Y conturbando al mundo en su bramido,
Dispútanse el eléctrico fluido,
Ferviente en sus entrañas.

Tal, de ambas partes la batalla llega,
Y las alas flamígeras desplega,
Y nave á nave cierra,
Y libra ¡o dia de infeliz renombre!
Cuatro elementos juntos contra el hombre,
En brazos de la guerra.

¡Quién, entre torbellinos de humo denso,
Que á las aras de Marte, en digno incienso,
Mandan cóncavos bronces,
De férreos rayos el silbar sin cuento,
Y el ruido, que desquicia el firmamento
De sus eternos gonces;

Quién, de llamas y sangre en tanto lago,
Mástiles estallantes y alto estrago
De derrocadas moles;
Quién, al triste fulgor que el cuadro alumbra,
Vuestros sangrientos rostros no columbra,
O gefes españoles!

Impávidos, de rojo humor teñidos,
O de sulfúreo polvo ennegrecidos,
Terribles, como en ciego
Combate de sacrílegos gigantes,
De los dioses los fúlgidos semblantes,
Entre nubes de fuego.

Con ronca voz vuestro corage entona
El metálico grito de Belona,
Que al combatiente inflama:
Ni se teme mortal, cuando á sus ojos,
De hirviente sangre ve raudales rojos,
Que él mismo al mar derrama.

Cuájase en hierro el aire, y se convierte
Cada átomo en un dardo de la muerte;
Cuyo enorme esqueleto
Gozoso, en medio al golfo se levanta,
Viendo ejercerse allí, con furia tanta,
Su asolador decreto.

¡Oh cuál de juventud las flores siega,
O á perpetuo dolor la vida entrega!
A un brazo mutilado

Sucede el otro á la venganza presto,
O dura aun á pie firme el cuerpo inhiesto,
De su cerviz privado.

Mas ¡ay! que allí clara columna sube
De fuego al viento, y entre humosa nube
Desplómanse al abismo
Cuerpos, cabezas, armas y maderos,
Y brazos, que aun no sueltan los aceros
Que empuñó el patriotismo.

Gime al estruendo el Trafalgar convulso,
Tiembla el Olimpo, cual si á duro impulso
De bárbaros Titanes
Nadando ardiendo fueran por las aguas
De Etna y Vesubio las hirvientes fraguas,
Y á un tiempo mil volcanes.

De espanto estremecidos, los voraces
Monstruos del mar agólpanse fugaces
Hácia el hercúleo estrecho;
De horror el cielo en nubes se encapota,
Y de escándalo al mar bramando azota
El aquilon deshecho.

Y de su misma cólera espumosa
Nace la tempestad, de desastrosa
Noche fatal presagio;
Marte á su aspecto enfrena el alarido;
Scila y Caríbdis alzan el ladrido,
Númenes de naufragio.

A devorar los desperdicios tristes
De hierro y fuego, rápidos venistes,
Cual rayo, olas y vientos:
¡O noche, quién podrá expresar tu espanto!
¡Quién tu afliccion conmemorar sin llanto!
¡Quién contar tus lamentos!

Ceden, en fin, al elemento amargo
Naves, que domeñaron tiempo largo
Sus furores altivos:
Los hombres se hunden, y por siempre ansioso
Se cierra el cauce del sepulcro undoso,
Donde descienden vivos.

¡Minerva ¡ oh! salva al que, en mejor fortuna,
Hasta el lecho del sol desde la cuna
Surcó el terráqueo giro!
¡Urania, á aquel tu confidente, auxilia!
Amor ¡ay! vuelve á una infeliz familia
De ese el postrer suspiro!

¡Tristes! ¡Nadando hácia la patria amada!
Y ella esquivarse en sirtes erizada,
Que las olas esconden,
Y la muerte descubre! y á las voces
De los míseros náufragos, feroces
Ellas solas responden.

Jamas el tiempo eslabonar podría
Noche mas dura á mas horrible dia;
Pero en tanto conflicto,
Quien tales hados superó constante
¿Dónde hallará peligro que quebrante
Su corazon invicto?

¿Dónde? ¡O Clio!... Mas tú de horrores tales,
Con buril de oro, en tablas inmortales
Libras de olvido el daño;
Escribes, y la Fama los publica,
Nombres que el eco olímpico replica:
Gravina, Alava, Escaño.

¡Y cuántos mas, que de mi voz suprime
El mismo amor que en mi memoria gime!
¡O Cosme!... ¡O dura suerte!

Dadle eterno laurel, hijas de Apolo,
Que á un amigo infeliz le cabe solo
Darle llanto en su muerte.

Crisol de adversidad claro y seguro
Vuestro valor probó sublime y puro,
¡ O marinos hispanos !
Broquel fué de la patria vuestra vida,
Que, al fin, vengada, y siempre defendida
Será por vuestras manos.

Rinda al Leon y al Aguila Neptuno
El brazo tutelar, con que importuno
Y esclavo al Anglia cierra;
Y ella os verá, desde las altas popas,
Lanzar torrentes de invencibles tropas
Sobre su infausta tierra.

Básteos, en tanto, el lúgubre tributo
De su muerto adalid, doblando el luto
Del Támesis umbrío;
Que si, llenos de honrosas cicatrices,
Se os ve, para ocasiones mas felices,
Reservar vuestro brio,

Sois cual leon, que en líbico desierto,
Con garra atroz, del cazador experto
Rompió asechanza astuta,
Que no inglorioso, aunque sangriento y laso,
Temido sí, se vuelve paso á paso
A su arenosa gruta.

## III.

### *Profecía del Pirineo en Julio de 1808.*

Como con rabia interna,
Y centellantes ojos, asomado

Al escabroso umbral de su caverna,
Acecha el tigre al tímido ganado,
Que por la yerba mueve
Su pie lascivo y su vellon de nieve:

Asi aquel vil tirano,
Que ensangrentó el dosel de Clodoveo,
Al tiempo de estampar el pie inhumano
En la falda del alto Pirineo,
Devoraba á la España
Con ojos llenos de perfidia y saña.

Ya era pasado entonces
El dia atroz, que guardará esculpido
El triste Averno en sus ardientes bronces;
Y en que robando á un príncipe querido,
Dejó en dolor profundo
Huérfana á España, horrorizado al mundo.

Y cuando en pie se erguia
Por ver, desde Pirene al mar de Atlante,
La extension de la hispana monarquía;
Girando en torno el lívido semblante,
De compasion ageno,
En que escupió la envidia su veneno;

Ved que sobre una cumbre
De aquel anfiteatro cavernoso,
Del sol de ocaso á la encendida lumbre
Descubre alzado un pálido coloso,
Que eran los Pirineos
Basa humilde á sus miembros giganteos.

Cercaban su cintura
Celages de occidente enrojecidos,
Dando expresion terrible á su figura
Con triste luz sus ojos encendidos;
Y al par del mayor monte,
Enlutando su sombra el horizonte.

Cual si la fuerza suma
De algun Titan lanzára de sus hombros
La mole con que Júpiter le abruma,
Tal le creyó, mirándole entre asombros,
El Corso anonadado;
Que no hay decir como quedó — parado.

Pavor mortal le asalta:
Fijos los ojos, mas sin furia en ellos;
La boca abierta, mas de aliento falta;
Duramente erizados los cabellos
En su frente confusa,
Cual víboras del casco de Medusa.

Y luego del membrudo
Espectro oyó salir un ronco acento,
Que hirió los valles cóncavos tan rudo
Cual si exhalara el ábrego en su aliento,
Cuyo son pavoroso
Revoca el eco trémulo y medroso.

« ¡ Napoleon! (tronando
Sonó la voz) ¡ Napoleon! ¿ en dónde
La magestad augusta de *Fernando*
Tu perfidia escondió? traidor, responde.
Del que llamaste hermano,
Te buscó grande, y te encontró villano.

« Él se entregó á esos brazos
Que como los de un héroe le tendiste;
Magnánimo y leal cayó en tus lazos,
La máscara que hipócrita vestiste
Sereno al punto arrojas,
Y de corona y cetro le despojas.

« ¡ O complemento al crímen
Que te sentó y acompañó en el trono!...
¿ Mas piensas tú que sus vasallos gimen,

Desmayados en mísero abandono,
O que se entregan viles
Como grey sin pastor en tus rediles?

« Tiende esa vista fiera,
Dale apacible pasto recorriendo
Ensangrentada y yerma la carrera
Que van tus huestes bárbaras siguiendo:
Robos y alevosías
Hasta Madrid te servirán de guias.

« Gózate al ver cubiertas
Sus calles de cadáveres helados,
Conservando tal vez sus manos yertas,
Aun el pan ofrecido á tus soldados;
Que á tanta dicha alcanza
El galardon ¡traidor! de tu alianza.

« Mas ¡ay! solo á tí mismo
Tus arteras perfidias son fatales:
La indignacion despierta al heroismo;
Tus grillos se convierten en puñales;
Ruge el leon de España
Al rojo humor que sus guedejas baña.

« Y oye que el gran rugido
Es ya trueno en los campos de Castilla,
En las Asturias bélico alarido,
Voz de venganza en la imperial Sevilla,
Junto á Valencia es rayo,
Y terremoto horrísono en Moncayo.

« Mira en haces guerreras
La España toda hirviendo hasta sus fines,
Batir tambores, tremolar banderas,
Estallar bronces, resonar clarines;
Y aun las antiguas lanzas
Salir del polvo á renovar venganzas.

« Suelta la dura reja
El labrador por la fatal cuchilla:
El tierno esposo á su familia deja:
Besa la madre al hijo en la mejilla,
Le arma el brazo inexperto,
Y le dice al partir: Vengado, ó muerto.

« ¡O maldad! ¿y aun mantienes
En esas duras manos firme el yugo
Que á la española lealtad previenes?
Si en cada huésped dístela un verdugo,
Ya, contra sus furores,
Se levantan mil brazos vengadores.

« Ocupan la alta sierra,
Que inflama y tuesta el luminar del dia,
Bravos hijos del Bétis y la guerra:
Y ya aquel que tu Aníbal se decia,
Mas que sabio, altanero,
Se humilla al pie del Escipion *Ibero*.

« ¿Qué es de la legion fiera
Que arrostró de Valencia la muralla?
Huye, y huyendo es vana la carrera
De veloz bruto, y la acerada malla,
Que con puñal en mano
Salta á la grupa el leve valenciano.

« Mira allá á los que obligas
A devastar los campos en que esconde
Su raudal Guadiana: que entre espigas
Vuela la muerte sin saber de donde:
¡Y cuán tremendo Marte
Los asalta sin trompa ni estandarte!

« Si sorprendiste, en vano,
A la industriosa gente de Barcino:
Velos burlar las artes de Vulcano,

Y entre sus manos horadando el pino,
Con ecos victoriosos
Hacen callar tus bronces horrorosos.

« Crezca en fin tu despecho
Al pie de la invencible Zaragoza :
¡Cuál tus furias la hostigan sin provecho!
¡Cuál las confunde! ¡Cómo las destroza!
Oponiendo constante
Brazos de hierro y pechos de diamante.

« ¡Qué es á ellos la arrogancia
De los fieros ministros de tu fraude,
Si en tanto de los héroes de Numancia
Desde el Olimpo un coro les aplaude!
Sobre sus sienes fieles
Lloviendo á un tiempo bombas y laureles.

« Pero ya la gallarda
Gente no sufre coto; y cual granizo
Se precipita de la nube parda,
Cuando al sonoro trueno se deshizo,
Tal se arrojan veloces
A derrocar tus águilas feroces.

« Oye en su sordo grito
El fallo de tu ruina; y ve en su frente
Que el dedo de las Furias les ha escrito:
*Venga á tu hermano, que murió inocente* :
Ni los manes reposan,
Que por el aire errantes les acosan.

« Sí : ya llega bramando
Como huracan la nacional venganza,
Tus pérfidas falanges arrollando;
Y ya á tu hermano bajo el solio alcanza,
Que de la indigna mano
Trémulo suelta el cetro soberano.

« Ni la regia corona
En las turbadas sienes ya mantiene :
Mas del trono, que atónito abandona,
De un escalon en otro al suelo viene :
Y huye entre tus guerreros,
Como en banda de buitres carniceros.

« Tal será tu castigo,
Soberbio usurpador : del alto asiento
Caerás tambien. — Yo, yo te lo predigo;
Yo, que por ley de celestial intento
Guardian de estas montañas,
Hado soy tutelar de las Españas. »

Siente apenas la vida
El mezquino tirano á sus acentos;
Y como sierpe acaso desprendida
De las garras del águila en los vientos,
Yerto en letal insulto
Cayó, enroscado, entre la yerba oculto.

## ELEGIA.

### *El Dos de Mayo de 1808.*

Silencio y soledad, fuentes ocultas
De la meditacion, ¡con qué recuerdos
Volveis á contristar en estos dias
De un fiel patriota el noble pensamiento!
Ahora que el sol á las nocturnas sombras
La posesion del mundo va cediendo;
Que las aves desmayan en sus cantos,
Y la humana inquietud busca el sosiego;
Las memorias ilustres de la patria,
Sus desastres, su gloria y sus trofeos
Van precediendo al carro de la noche,
Nuestra mente ocupando en el silencio.
Brillantes fastos de la ilustre Iberia,

¡Oh cuánto adornareis el claro templo
De inmortal fama, conservando impresa
La actual historia del hispano pueblo!
En nada ceden los presentes dias
En amor patrio y memorables hechos
A los que vieron con asombro al mundo
Los Pelayos, los Cides y Toledos.
Testigos sois ¡o ruinas de Gerona!
De Zaragoza ¡o venerables restos!
Lauros de Talavera y de Arapiles,
Y palmas de Bailen, mas puras que ellos.
Vosotras durareis, doradas tablas
Que en el vasto océano de los tiempos
Librarán del naufragio á tantos héroes
Que en vuestros campos con honor murieron.
No las sumergirá profundo olvido,
No del tiempo la hoz... ¡Pero qué veo!
No estoy solo... Las tropas reunidas
Del trémulo atambor al ronco estruendo...
Curiosa multitud, que en torno llega
A contemplar dos frios monumentos...
¡Qué dice en el semblante del soldado
Tristeza unida al militar silencio!
¡Qué dice el oro pálido en las urnas!
¡Qué dice el trage lúgubre del pueblo!
*Daoiz* y *Velarde*... ¡O malogrados
En flor de juventud! nobles guerreros
Como Euríalo y Niso en vida unidos,
Como Euríalo y Niso en gloria muertos.
¡Cuándo brilló mas puro el patriotismo
Que cuando, sin deber y sin precepto,
A inevitable muerte os entregasteis
Por no ver en afrenta el patrio suelo!
Mil aceradas puntas requerian
Una sola bajeza á vuestros pechos;
Abrieron, sí, mil puertas á la muerte,
Mas nada hallaron sino honor en ellos.
Ahora, á glorioso polvo reducidos,

En esos vasos fúnebres os veo,
Donde arrancais suspiros al soldado,
Y el llanto varonil es vuestro riego.
¡Ah! mejor que en las urnas, vuestros nombres
En el nocturno pabellon del cielo
Van á resplandecer, signos de gloria,
Siguiendo el rayo del planeta hesperio...
¡Mas ay! tambien á vuestra fama unido
Luce aquel dia atroz... Mayo risueño,
Aparta de él tus flores. De laureles
Cúbrelo solo, y de cipres funesto...

¡Dia terrible, lleno de gloria,
Lleno de sangre, lleno de horror,
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan patria y honor!

Este es el dia que con voz tirana,
*Ya sois esclavos*, la ambicion gritó:
Y el noble pueblo, que lo oyó indignado,
*Muertos sí*, dijo, *pero esclavos no.*
El hueco bronce, asolador del mundo,
Al vil decreto se escuchó tronar:
Mas el puñal, que á los tiranos turba,
Aun mas tremendo comenzó á brillar.

¡Ay cómo viste tus alegres calles,
Tus anchas plazas, infeliz Madrid!
En fuego y humo parecer volcanes,
Y hacerse campos de sangrienta lid!
La lealtad y la perfidia armada
Se vió aquel dia con furor luchar;
Volviendo el pueblo generosa guerra
Por la que aleve le asaltó en su hogar.

¿Y á quién afrentas proponeis, tiranos?
¿A quién al miedo imaginais rendir?
¿Al fiel *Daoiz*, al leal *Velarde*,
Que no supieran sin honor vivir?

El mundo aplaude su respuesta hermosa:
Tender el brazo al tronador metal,
Morir hollando sus contrarios muertos,
Y ser de gloria á su nacion señal.

Temblando vimos al guerrero altivo,
Que en cien batallas no inmutó su faz
De tanto jóven, que sin armas fiero,
Entre las filas se le arroja audaz.
Víctimas buscan sus airadas manos;
Mas el error les arrancó el puñal;
Y ¡ay! que si el dia fué funesto y duro,
Aun mas la noche se enlutó fatal.

¡Noche terrible, al angustiado padre
Buscando el hijo que en su hogar faltó!
¡Noche cruel para la tierna esposa,
Que yermo el lecho de su amor se halló!
¡Noche fatal, en que preguntan todos,
Y á todos llanto por respuesta dan!
Noche en que truena de la Parca el fallo,
Y ¡ay! dicen todos, *¡quiénes morirán!*

Sensibles hijas de la hermosa Iberia,
Pues sois modelos de filial piedad,
Los ojos, llenos de ternura y gracia,
Volved en llanto á la infeliz ciudad:
Ved á la muerte nuestros caros hijos
Entre verdugos el traidor llevar;
Y el odio preste á vuestros ojos rayos,
Si de dolor ya no podeis llorar.

Esos que veis que maniatados llevan
Al bello Prado, que el placer formó,
Son los primeros corazones grandes
En que su fuego libertad prendió:
Vedlos cuan firmes á la muerte marchan,
Y el noble ejemplo de morir nos dan;

Sus cuerpos yacen en sangrienta pira,
Sus almas libres al empíreo van.

Por mil heridas sus abiertos pechos
Oid cual gritan con horrenda voz :
« Venganza, hermanos; y la madre Espana
Nunca sea presa del invasor feroz. »
Entre las sombras de tan triste noche
Este gemido se escuchó vagar :
Gozad en paz, ¡ o del suplicio gloria!
Que aun brazos quedan que os sabrán vengar.

### CORO.

¡Noche terrible, llena de gloria,
Llena de sangre, llena de horror,
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan patria y honor!

## POESIAS JOCOSAS.

### EPIGRAMA

*A una morena que negaba su amor.*

Niega estar enamorada
Cierta morena hermosura :
La creen porque lo jura
Sin ponerse colorada :
Al contrario yo presumo,
Del juramento á despecho,
Que guarda fuego en su pecho,
Pues le sube al rostro el humo.

## El pobre diablo.

*Sátira agri-dulce á Flora.*

Si fuera mio, como fué de Fídias,
Manejar el cincel maestramente,
Dejara memorables tus perfidias,
Ingrata Flora, á la futura gente.
No pienses amoldara á tu figura
Bronce ó mármol tenaz; tal es mi estrella,
Que aunque la viera ser de piedra dura,
Era capaz de enamorarme de ella.
Antes, ingrata bella,
(No te puedo nombrar sin requebrarte)
Los esfuerzos del arte
Agotara mi ingenio
Para hallar copia á tu voluble genio,
Buscando entre sirenas ó crueles
Esfinges de que hacer símbolos fieles
De tus interminables variedades,
Y tus innúmerables crueldades:
Mas ¡qué sé yo si te amo todavía!
No puedo hacerte mal, y te lo haria
Si quisiera verter por esta pluma
La hiel que has derramado en mi alegría.
Si de tu vanidad la blanca espuma,
Si de tu ingratitud la negra tinta,
Y tu encarnada liviandad te pinta,
Quedará un tricolor en el traslado,
Que el diablo se dará por retratado.
Pero son unas armas tus defectos,
Que aunque para vengarme las aplique,
No las sé yo tomar sin que me pique.
No faltarán modelos muy selectos
De que sacar las gracias, los encantos,
Y hacer un figurin muy de tu gusto,
Pero que pueda dar al miedo un susto.

Estos originales
¿Sabes, Flora, quién son? son mis rivales.
¡Cómo! ¿te enojas ya? ¿me haces espantos?
¿Qué culpa tengo yo de tus caprichos?
¿Porqué has amado tan extraños bichos?
Figúrate, Florita, por un rato
Que yo soy tu escultor, y que en resúmen
Tomo un rasgo de cada mentecato
De cuantos ser tus ídolos presumen:
Bien ves que en el retrato,
Aunque yo de mi ciencia echase el resto,
Saldria un pobre diablo, por supuesto
Como ya es este el último regalo,
No te lo haré de piedra ni de palo,
Sino de la materia mas preciosa,
Cual conviene á una dama melindrosa,
Que subdivide un dulce haciendo muecas
Entre docena y media de babiecas.
De marfil, de azabache y de granate
Será. Prevenle un buen escaparate.
¡Hermoso atar de diablo! Por la cola
Determino empezar, parte integrante
De un diablo, y que se pega en el instante
Al simplon á quien haces la mamola.
Todos eran colíferos tus muebles;
Pero la que yo al mio le dispongo
Será la de aquel fatuo monicongo
De las patas endebles:
Quien por tomarte palco y carruage
Se alzó con tu cariño y mis desfalcos;
Y era muy propio de él, que en su pelage
Se me antojaba un cobrador de palcos.
Ente sin gracia, ni virtud, ni vicio,
De cuyo cuerpo y alma el ejercicio
Es dar los buenos dias, romper coches,
Comer, fumar y dar las buenas noches.
Pues mi diablo irá alegre con su cola
Como si le colgaran una estola.

Ahora bien, no ha de ser el diablo cojo;
Piernas ha de tener, pues las escojo
En aquellas tan débiles y curvas
Del bobo... Pero, Flora, ¿tú te turbas?
¡Ola! ¿conoces hablo del muchacho,
Seis dias tu cortejo,
Abate marimacho,
Mitad muger y otra mitad cangrejo,
De quien hizo pintura bien profética
Horacio al principiar su Arte poética?
¿No hablaré yo del fatuo indefinible,
A la par insensato é insensible,
Que posee tres lenguas las mas bellas,
Y nunca sabe qué decir en ellas?
¿No quieres hable de él? Pues ya no hablo;
Pero sus piernas vayan á mi diablo.
Ya necesita un cuerpo mi modelo;
Coqueta mia, á tu inconstancia apelo:
Ella me hace acordar de aquel enorme
Barrigon montaraz con uniforme,
Por quien se dijo al veros mano á mano:
« ¿Esa muchacha va á escoger amantes
Al gabinete, sala de elefantes? »
Bien acredita, Flora, aquel indiano
Que no siempre te pagas de hermosura,
Pues con un as de oros en la mano
No le fallas á nadie la figura.
¡Oh qué escena tan rara en aquel dia
Presentaba á los ojos tu belleza,
Su fealdad, y mi mortal tristeza!
El Amor nos miraba, y se reia.
¿Cabeza? lleve el diablo la del lindo
Héroe de tu pasion la mas sublime,
Que aunque ella no contenga, sí se exprime,
Mas sesos que una pera de Longuindo,
Es, por lo tanto, tierna, almibarada,
Tan débil, que perdiera la chabeta
Si se viera obligada

A aprender ni aun dos líneas de gaceta;
Y formas triunfen, que el talento es grilla:
Mas no lo tengas, Flora, á maravilla,
Que cuando se vió Jove sin un cuarto,
Porque con Dánae se gastó un tesoro,
No cuenta Ovidio que se fué á su cuarto
A morderse las uñas, ni hacer versos
Largos, pesados, cual los hace Floro,
Que si se le hinchan del testuz las fibras
Los pare á libros y los vende á libras;
Sino que mas tunante
(¡O maldito retruécano!) el Tonante
Se convirtió en gentil lúbrico toro,
O en cisne candidísimo y canoro,
En cuyo fuego ardieron como estopa
El corazon de Leda y de Europa.
Lo moral es de bulto, ella nos clama:
« Dejad de los estudios la molestia:
Para obligar á una bonita dama
Basta con ser una bonita bestia.»
¡Dura sentencia! de que yo me alejo,
Pese al viejo rector de las estrellas,
Que el sexo abunda de excepciones bellas
A cada instante desmintiendo al viejo:
¡Ojalá, o Flora, fueras tú una de ellas!
A tal cabeza es fuerza corresponda
La oreja del Esopo atrabiliario,
Que cuando te metiste á sabijonda
Tomaste por cortejo literario:
Quien de un tordo ó de un ganso en compañía,
No sé si por instinto ó por capricho
De abonar el refran de *Dios los cria*,
Glorioso se despierta cada dia
A decir mal lo que otros bien han dicho:
Que criado entre libros, embutido
En libros, y de libros mantenido,
Se tiene por un crítico severo,
Como lo es cualquier mozo de librero.

A sus fábulas llama originales:
Bien hecho; que sino dirán los bobos
Que le ha robado á La-Fonten las sales,
A Fedro las raposas y los lobos,
Y al fabulista griego las morales.
Pero eso ya es hacer juicios perversos:
Díle, Flora, que en ello no se meta,
Pues todo el mundo dice, al ver sus versos.
Esto no es cosa de ningun poeta.
¿Pero cómo sin cuernos la cabeza
De un diablo? quejaránse los pintores.
No lo permitas, niña, que á las flores
En tu inconstante seno producidas,
Regadas con tus lágrimas fingidas,
Y ventiladas por tus ayes tiernos,
El fruto luego ¡ cáspita! son cuern...
Prosigo mi labor... ¿pero qué digo?
¡Fatal muger! ¿siempre ha de ser mi suerte
Perder el seso y delirar contigo?
Trabajar sin materia es cosa fuerte;
Pues aunque mas me presten tus amantes
Mamarrachos bastantes
Para treinta retablos,
Y colocar una legion de diablos,
Si este pequeño, que á tus pies dedico,
Ha de ser tricolor, gracioso y rico,
¿Dónde hallaré materia para ello?
¿Adónde el azabache oscuro y bello,
El marfil blanco y los granates rojos?...
En tí, Florita, en esos negros ojos,
Purpúrea boca, alabastrino cuello.
Mas ¡ ay! que si le doy en abundancia
Las prendas que en tí lucen, mientras hablo,
Le pegará las alas tu inconstancia,
Y se me escapará mi Pobre-diablo.

## FABULILLA.

### *El Ruiseñor, el Canario y el Buey.*

Junto á un negro Buey cantaban
Un Ruiseñor y un Canario,
Y en lo gracioso y lo vario
Iguales los dos quedaban:
Decide la cuestion tú,
Dijo al Buey el Ruiseñor,
Y metiéndose á censor,
Habló el Buey, y dijo: *Mu*.

# NOTICIA DE D. J. B. DE ARRIAZA Y SUPERVIELA.

Nació en Madrid en el año de 1770. Aprendió las primeras letras en el real seminario de nobles de aquella corte, y las ciencias militares en la escuela militar de Segovia. Acabados sus estudios entró á servir en la marina real, y siguió esta carrera hasta sus veintiocho años [1]. Pues una larga enfermedad de que vino á perder casi la vista, y de cuyas resultas coligió una miopia incurable, le precisó á dejar las armas en el año de 1798. Ya un año antes habia publicado algunas poesías con el título: « *Las Primicias, ó coleccion de los primeros frutos poéticos de D. J. B.* » y ya en aquellas hizo lucir su raro talento para la poesía, á la cual era aficionadísimo desde sus mas tiernos años.

A poco tiempo entró en la carrera diplomática, y fué nombrado secretario de embajada en la legacion española de Londres. Aquí fué que concluyó en 1802 su poema descriptivo y moral: « *Emilia*, » en dos cantos, impreso por primera vez y por separado en Madrid en 1803. En 1805 pasó á Paris donde permaneció por algun tiempo. Despues de una ausencia de dos años y medio regresó á España, poco antes de estallar las revoluciones políticas que desde el año de 1807 agitan aquel infeliz pais. Arriaza, partidario constante de su rey natural y del absolutismo, se declaró con igual fuerza y celo contra el rey intruso y los afrancesados, que contra las córtes de 1812 y el partido constitucional, combatiendo sus adversarios como hombre de estado y como poeta, con mano armada y con sátiras [2].

Restaurado el rey no pudo menos de recompensar tanto fervor y aficion á su persona, nombrando á Arriaza sucesivamente caballero de número de la real y distinguida órden de Cárlos III, su consejero y secretario de decretos, oficial segundo jubilado de la secretaría del despacho universal de estado, y su mayordomo de semana.

---

[1] Pinta algunas de sus navegaciones en la bella *Epístola á Próspero* (Poesías, tomo II, libro III, pág. 47).

[2] Fruto de aquel celo fueron sus *Discursos políticos*, publicados durante los seis años de la guerra de la independencia, como: *El Fanal de la opinion pública*, folleto impreso en Sevilla en 1809; — el discurso bajo el título: *De necesidad virtud*, publicado tambien en Sevilla despues de la desastrosa batalla de Ocaña; — las *Observaciones sobre el sistema de guerra de los aliados en la Península*, memoria escrita en ingles é impresa el año de 1810 en Inglaterra, en donde su autor se hallaba empleado por el gobierno; — *El Anti-Español*, folleto;

Puede decirse que Arriaza ha ocupado tambien la plaza de poeta de corte [1].

La última y la mejor edicion de sus poesías líricas es la que se imprimió en Madrid en la imprenta real, año de 1829, 2 vol. en-8°; reimpresa en Paris, año de 1834, 2 vol. en-18°. — Esta edicion va dividida en cinco libros que contienen poesías de diferentes estilos. En el primero se hallan las *eróticas* ó del *género amatorio*; en el segundo las *descriptivas* y del *género ameno*; en el tercero y cuarto las del *género elegíaco y heróico*; y en el quinto las *jocosas* ó del *género satírico*.

Ya por esta variedad de asuntos se echa de ver la fecundidad y facilidad de su ingenio; y de hecho, no se le puede negar á Arriaza haber sido « predestinado como favorito de Apolo. » Es de aquí que el señor don *Juan María Maury* ha dicho de él: « Desde Lope de Vega, Arriaza es el de nuestros poetas que parece pensar en versos, » y que ha logrado tanta fama como repentista. Debe, pues á la naturaleza « una *cabeza armónica*, un *oido fino*, y una *posesion de lenguaje*, que son (segun su expresion, Prólogo, pág. IX) dotes indispensables de un buen poeta. » — « *Naturalidad*, *armonía*, *elegancia y claridad* » ha declarado él mismo expresamente por las prendas mas esenciales de la poesía, de las que trataba de dotar sus versos (Prólogo, pág. V-VI); y de las cuales, en efecto, los ha dotado. Pero cuando dice (ibid. pág. XIV): « el poeta, entregándose á un *estro indeliberado*, es siempre responsable de *sus versos*, pero *no de sus asuntos*, » se creeria que un presentimiento involuntario le hace descubrir aquellos defectos de sus poesías que dejan abierta la puerta á la censura. Y, de hecho, se le ha tachado, y no sin fundamento, de escaso de originalidad en los pensamientos é imágenes, de profundidad en los sentimientos; y de haber gastado su raro talento en hacer versos, aunque muy buenos, á asuntos triviales ó mandados por las circunstancias, consecuencia, ya se ve, de su extremada « facilidad de rimar, y fecundidad de ingenio. »

---

— y sus *Poesías patrióticas*, publicadas tambien por separado la primera vez en Londres el año de 1810; y la tercera en Madrid, año de 1815, 8°.

[1] Sirva de prueba el libro IV de la última edicion de sus poesías, conteniente las pertenecientes á las épocas de restauracion años 1814 y 1823; y el segundo suplemento del primer tomo que contiene sus rimas á la reina Cristina de Borbon y á sus hijas las infantas (este suplemento corre tambien impreso por separado, Madrid, 1832; un folleto en 8o).

# POESIAS

DE

# D. PABLO DE XÉRICA.

## FABULAS.

### I.

### *El Raton dentro del queso.*

Mientras en guerras
Se destrozaban
Los animales
Por justa causa,
Un ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Estaba siempre
Dentro de un queso.

Juntaban gentes,
Buscaban armas,
Formaban tropas,
Daban batallas,
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Siempre metido
Dentro del queso.

Pasaban hambres
En las jornadas,
Y malas noches
En malas camas.
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Siempre metido
Dentro del queso.

Ya el enemigo
Se ve en campaña:
Al arma todos,
Todos al arma;
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Siempre metido
Dentro del queso.

A uno le hieren,
A otro le atrapan,
A otro le dejan
En la estacada;

Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Metido siempre
Dentro del queso.

Por fin lograron,
Con la constancia,
Sin enemigos
Ver la comarca,
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Siempre metido
Dentro del queso.

Mas ¿quién entonces
Lograr alcanza
El premio y fruto
De tanta hazaña?
El ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Que siempre estuvo
Dentro del queso.

## II.

### *El Leon enfermo y la Zorra.*

Como enfermase el Leon,
A visitarle llegaron,
Segun es uso y costumbre,
Inquietos los cortesanos.
Muy infelices seremos,
Decian, si nos quedamos
Sin monarca tan piadoso,
Tan liberal y tan sabio.
Animal hubo en el corro
Que en tono muy encumbrado
Puso al Leon en las nubes
Con los encomios mas altos.
Accidentóse el enfermo
De suerte que á breve rato
Corrió entre los animales
Que el rey habia espirado.
En esto dijo la Zorra,
Que mas le habia elogiado:
Pues, señores, si está muerto,
Bien podemos hablar claro:
Digamos ya sin rodeos
La verdad en canto llano.
El tal rey ha sido siempre
Un verdugo sanguinario,
Un déspota el mas injusto,
El mas ingrato y tirano...
Pero al oir un rugido,
Añadió: ¡Cuerpo de tantos!
¿Aun vive? no he dicho nada.
¡Viva nuestro soberano!

## III.

### *El baile de los Brutos.*

Dieron los Brutos un baile,
Y asistir quiso formal

El Burro, por no ser menos,
Como todos los demas.
Tambien fué de los primeros
Aquel cerdoso animal
A quien de ordinario pintan
Con san Antonio el Abad.
No bailaron, por supuesto,
Porque ¿cómo han de bailar
Personas de tal empaque,
Y de tanta gravedad?
El Mono, el Perro y el Oso,
Sí, como era de esperar,
Bailaron bien, y lucieron
Su extremada habilidad.
Y á pesar de las envidias,
Que nunca suelen faltar,
Lograron en el concurso
Un aplauso general.
¿Y el Cerdo y Asno qué hicieron?
Quizá me preguntará
Algun lector muy curioso;
Y le añadiré veraz:
Lo que hicieron uno y otro
Bien se puede adivinar:
El Cerdo estuvo roncando,
Y el Burro dió en rebuznar.

¿A qué comedia ó concierto,
A qué baile ó sociedad
No asiste un par de zopencos
A dormir ó á criticar?

## IV.

### *El Muchacho y el Perro.*

Yendo un Muchacho á la escuela,
Con el almuerzo en la mano,

Cierto Perro conocido
Le fué siguiendo los pasos.
Hacíale zalamero
Muchas fiestas con el rabo,
Poniéndosele delante,
Y dando continuos saltos.
Bien sé yo lo que tú quieres,
Dijo risueño el Muchacho,
¡Picaron! y al decir esto,
Le dió un mendrugo tamaño.
Doblaba el Perro las fiestas,
Multiplicaba los saltos,
Segun veia que el niño
Mendrugos iba arrojando.
Mas cuando vió que el almuerzo
Del todo se hubo acabado,
Entonces, rabo entre piernas,
Se alejó, mas que de paso.
Como quien mira visiones,
Se quedó el jóven incauto
Sin almuerzo y sin amigo.

¡Pobre inocente! los años
Le enseñarán que en el mundo
Tan vil proceder no es raro.

## V.

### *El Amor y el Pudor.*

Como era tan niño Amor,
Y siempre queria holgar,
Le solia acompañar
Muy solícito el Pudor.
Déjame, le dijo un dia,
Que yo no me perderé:
Por todas partes iré
Sin tu eterna compañía.

Y el Pudor le replicó :
¿ No quieres ya mis consejos ?
Pues á fé que no irás lejos
Si no te acompaño yo.

### VI.

### *La Raposa.*

Cogieron en un lugar
Una maldita Raposa,
Y ella quiso maliciosa
Sus rapiñas disculpar.
Señores, dijo al concejo,
Mirad la cosa muy bien,
Examinando tambien
Las leyes del fuero viejo.
Y hallareis que las Raposas,
Por derecho incontestado,
Por siempre han acostumbrado
Ser mas ó menos golosas.
Tanto es esto, que imagino
Que el comer yo algun pollito,
Lejos de ser un delito,
Es de derecho divino.

En la zorra es natural
Alegar tales razones;
Pero en España hay bribones
Que gastan lógica igual.
Y si habemos de admitir
A ciegas los disparates
De tan insignes orates
Sin poderles argüir,
Todo abuso y desatino,
Las mas insignes patrañas,
Las prácticas mas extrañas
Son de derecho divino.

## VII.

### *La Novedad.*

A cierto pueblo llegó
La Novedad muy lujosa,
Y cada cual que la vió,
La calificó de hermosa.
Decian : Si esta doncella
Se quisiese aquí fijar,
Mucho pudiera brillar
Nuestra sociedad con ella.
Como la bella venia
De una corte muy lejana,
Y aceptó de buena gana
Descansar allí aquel dia,
Esperan se fijará ;
Mas los curiosos la vieron
Al otro dia, y dijeron :
¡ Jesus, y qué vieja es ya !

## VIII.

### *El Deseo y el Goce.*

Suspiró el Deseo,
Y el Goce le dijo :
¡ Qué triste te veo !
Consuélate, hijo.
Demos sin tardanza
Fin á tus dolores :
Puedan tus amores
Cumplir su esperanza.
Ven, hijo, conmigo :
Recobra el reposo ;
Ven, pues soy tu amigo :
Yo te haré dichoso.
Con esto en su seno
Cogióle, le dió
Su dulce veneno,
Y al punto espiró.

## IX.

### *El Cuco y el Grajo.*

El Grajo fué á la ciudad,
Y cuando al bosque volvió,

El Cuco le preguntó
Con necia curiosidad:
¿Es admirado en el dia
De nuestro canto el primor?
¿Qué dicen del ruiseñor
Y su grata melodía?
¿Qué opinion forma la gente
De la alondra que hasta el cielo
Remonta alegre su vuelo
Cantando tan dulcemente?
— A todos el canto agrada
De los dos. — ¿Pero de mí
Qué se piensa? Vamos, dí.
— De tí nadie dice nada.
— ¡Cómo que nada! ¡pues qué!
¿No me tienen por cantor?
¿Me hacen tan poco favor?...
Pero yo me vengaré.
Ya que conmigo es injusto,
Y poco imparcial el hombre,
Yo celebraré mi nombre,
Y lo haré mas á mi gusto.

## OCTAVA.

### *Tristeza de los amantes.*

Si es niño y loco Amor, ¿en qué consiste,
Dices, que suele estar tan abatido,
Lloron, confuso, caviloso y triste,
En vez de jugueton y divertido?
Tú, que criaste niños, bien pudiste
Conocer el humor del dios Cupido:
El chico es natural se desespere
Siempre que no le den lo que quisiere.

## SONETO.

*A unas aguas que caen precipitadas en el Abendaño.*

Aguas, que descendiendo desta altura
Caeis sobre las peñas descuidadas,
Adonde en blanca espuma levantadas,
Ofendidas mostrais mas hermosura:

Si hallais esta dureza tan segura,
¿Para qué porfiais, aguas cansadas,
Ha tantos años ya desengañadas,
Contra roca tan áspera y tan dura?

Volved atras, atravesando el prado,
Por él caminareis mas libremente
Hasta llegar al fin tan deseado.

Pero quizá el Amor no lo consiente,
Y de la libertad os ha privado;
Que en mi pasion me sucedió igualmente.

## ROMANCE.

*El despecho de Elisa.*

Orillas del Abendaño
Quejábase el otro dia
De su zagal inconstante
La bella zagala Elisa.
Suelto el hermoso cabello,
De triste luto vestida,
Entre suspiros ardientes,
Asi llorosa decia:
Despues de tantas promesas,
Tan repetidas caricias,
¿Romper, ingrato, pudiste

El lazo que nos unia?
¿Adónde está la firmeza
Jurada, fiero homicida?
¿El amor, la fé, el cariño?
¡Pérfido! ¿Cómo mentias?
Libre ya de aquella llama
En que por mi amor ardias,
¿Pudiste, cruel, dejarme
Burlada y escarnecida?
¡Oh mil veces infelice
La que en los hombres se fia!
Mas de tan funesto engaño
Sabré vengarme en mí misma.
Y pues la muerte es tán dulce
Para quien odia la vida,
Las aguas del Abendaño
Ahogarán las penas mias.
En esto á precipitarse
Presurosa se encamina;
Mas la idea de la muerte
La contiene, la horroriza.
Por cierto que soy muy loca,
Dijo dejando la orilla.
¡Hay tantos zagales! ¡tantos!
Y solo tengo una vida.

## CUENTOS.

### I.

### *El novio y el capuchino.*

Cierto jóven que á casarse
Gozoso se preparaba,
A los pies de un capuchino
Se arrodilló una mañana,
Y le rogó muy humilde
Que sus culpas escuchara.
Confieso, dijo, que quiero,

Que idolatro á una muchacha;
Pero todo está dispuesto,
Y hoy mismo, padre, nos casan.
Contóle otros pecaduelos
El novio, muy á la larga,
Y el fraile tomaba polvos
Sin chistar una palabra,
Mirando ya por su parte
La confesion acabada;
Dicho ya el *Ego te absolvo*,
Extrañando le dejaba
Escapar tan bien librado,
Antes de volver á casa,
Dijo el penitente: Padre,
¿No me manda rezar nada,
Ni hacer otra penitencia
Que mis culpas satisfaga?
A que contestó mi fraile,
Componiéndose las barbas:
¿Qué mas penitencia quiere?
¿No me ha dicho que se casa?

## II.

### *El poeta y el pastelero.*

Escribió cierto poeta
Una obrita en lindos versos,
Haciendo grandes elogios
De un vecino pastelero.
Y este para no mostrarse
Ingrato ni desatento,
Quiso hacerle de su mano
Un pastel con todo empeño.
Luego, notando el poeta
Que en el fondo habia puesto
El papel que contenia
La produccion de su ingenio,

Dándose por ofendido,
Le reconvino muy serio;
Mas pudo calmar su enojo
Con decirle el pastelero:
Amigo, estamos iguales,
Pues entrambos hemos hecho
Tú versos sobre pasteles,
Yo pasteles sobre versos.

## EPIGRAMAS.

### I.

### *Receta para dormir.*

Viendo la madre de Amor
Que su niño no dormia,
Y temiendo se moria,
Se lamentó con dolor.
A los dioses acudió;
Mas poniéndole Morfeo
En el lecho de Himeneo,
Al momento se durmió.

### II.

### *El matemático.*

No teniendo hijos García,
Matemático excelente,
Su triste muger decia
Al elogiarle la gente:
Yo no sé como ha logrado
Tan grande reputacion,
Estando tan atrasado
En la multiplicacion.

### III.

### *El chibo sin cuernos.*

Llevando Juan del mercado
Un gran chibo á su lugar,
Se le comenzó á tachar
Su novia por descornado.
Y él la replicó enfadado:
Colasa de los infiernos,
¿Ya quieres ponerle cuernos,
Y el pobre aun no se ha casado?

### IV.

### *De un perro y su amo.*

Volviendo de un viage Agudo,
Se adelantó, cual solia,
Un perrito que tenia,
Y se llamaba Cornudo.
Aquí está el Cornudo, madre,
Gritó un hijo. — Ya le veo,
Dijo ella, por lo que creo
Que no está lejos tu padre.

### V.

### *La ingenuidad de Isabel.*

Quejándome de Isabel,
Cuando con Blas se casó,
Mi lengua se desató,
Y la llamaba infiel.
Y ella, en tono suplicante,
Me dijo: Jamas lo he sido;
Mas si te agrada, querido,
Lo seré de aquí adelante.

## VI.

### *La nueva Penelope.*

Por ganar fama de honesta
Vive todo el dia Cloe
Retirada del comercio
Peligroso de los hombres.
Mas sucede á esta muchacha
Lo mismo que á Penelope:
Todo cuanto hace de dia
Lo deshace por la noche.

## VII.

### *El repartimiento.*

Morfeo, el Amor y yo
Repartimos una bella;
El Amor prendóse della,
Y el corazon se guardó.
Tú, Morfeo, llevarás,
Dije yo, sus ojos bellos;
Y apoderándose él dellos,
Tomé al punto lo demas.

## VIII.

### *La muchacha esquiva.*

¿Qué buscas aquí? ¿qué quieres?
Retira una y otra mano.
¡Bribon! como eres cristiano...
¡Jesus! ¡qué pesado eres!
Tu arrojo me tiene muerta.
¿Si vienen?... voy á llamar...
No puedo... Chico, al entrar
¿Has cerrado bien la puerta?

## IX.

### *Réplica oportuna.*

Ha dado en decir la gente
Que con la bella Leonor
Casais vuestro hijo menor.
¿Es verdad? — Es evidente.
— Pues le falta todavía
Algun juicio. — ¡Voto á tal!
Si le tuviera cabal,
¿Pensais que se casaria?

## X.

### *El diablo sabe mucho.*

A Job el diablo tentó
Con tanta solicitud,
Que los bienes, la salud,
Y los hijos le quitó.
Mas, no pudiendo vencer
Su virtud con inquietarle,
Trató de desesperarle,
Y le dejó la muger.

## XI.

### *De Diana y Acteon.*

Diana cazadora y diosa
En ciervo á Acteon convirtió
Con venganza rigurosa,
Porque en el baño la vió.
Los que contemplen sus astas,
Con razon decir podrán:
Si ponen cuernos las castas,
Las que no lo son ¿qué harán?

## XII.

### *A un traductor de la Eneida.*

A Virgilio has traducido
En mal verso castellano;
¡Y nos dices muy ufano
Que imitarle has conseguido!
Si el imitar á Maron
Es tu verdadero intento,
Ordena en tu testamento
Quemar la tal traduccion.

# NOTICIA DE D. PABLO DE XÉRICA.

Nació en Vitoria el dia 15 de enero de 1781. Sus padres, que habian adquirido con su industria y comercio una fortuna regular, dieron á su hijo una educacion correspondiente á su clase, confiándole al cuidado de los mejores maestros de primeras letras. A la edad de nueve ó diez años compuso ya unos versos con su puntita de satíricos.

Acabada la gramática, estudió la filosofía con los frailes de Santo Domingo de Vitoria, y los primeros años de las leyes romanas en la universidad de Oñate. Negóse empero con resolucion á proseguir sus estudios, fundándose en que, siendo hijo primogénito de una viuda, era mas natural seguir en su casa el comercio que hacerse clérigo ó abogado. Asi pues pasó algun tiempo dedicado al comercio, pero entretenido, á hurtadillas cuantos ratos podia, con la lectura de obras españolas y francesas, y en especial de los poetas castellanos de mejor nota, asi antiguos como modernos. Este estudio le indujo á probar sus fuerzas, y á hacer poco despues algunos ensayos en varios géneros de poesía, en los que descubrió en sí mismo una gran facilidad en hacer versos. Tradujo en romance endecasílabo la mayor parte de las Eroidas de Ovidio. Los aplausos con que fueron recibidos estos primeros ensayos y traducciones acabaron de fijar su aficion á la poesia, y le estimularon á salir de Vitoria adonde pudiese ver y aprender mas. Con este motivo pasó á Cádiz, pretextando dedicarse al comercio marítimo. En aquella ciudad fué desde 1804 testigo de grandísimos acontecimientos, á saber de una epidemia horrorosa y de la funesta batalla de Trafalgar. En estas circunstancias, tan contrarias al comercio, se gozó de un tiempo que daba mucho campo á su imaginacion, y le permitia dedicarse al estudio. Se dedicó pues en aquella época al ingles, al italiano, y al portugues; y compuso algunas de las poesías que conservó é imprimió despues.

En 1808, la invasion de Bonaparte originó en España una revolucion que condujo á la Isla Gaditana una gran parte de los literatos españoles. Xérica aprovechó esta ocasion para darse á conocer, desde el principio de aquella época, en muchos artículos, y no pocas composiciones poéticas que hizo insertar en los periódicos publicados allí en gran número, y para entablar relaciones literarias que despues le ayudaron mucho á formar su gusto.

Los sucesos favorables de la guerra de la independencia le permitieron ir á la Coruña, en donde permaneció hasta que la Península se vió libre del yugo frances, y publicó igualmente en los papeles periódicos de aquella ciudad muchos artículos y algunas composiciones en verso. Fué secretario de la junta de censura de Galicia.

En la persecucion que sobrevino contra los constitucionales en 1814, cuyo partido habia abrazado con calor, fué sentenciado á destierro y presidio. Ya para entonces se hallaba refugiado en Francia en compañía de otros muchos amigos y deudos suyos. Esta larga emigracion le restituyó al trato de las Musas el tiempo que pasó en Bayona y Burdeos, y le proporcionó la ocasion de traer á la memoria y trasladar al papel algunas composiciones que se le habian extraviado, añadir otras que le inspiraba su situacion, y limarlas todas. Pero la persecucion que en el año de 1815, suscitó en Paris el embajador español contra algunos emigrados de su nacion, le fué á buscar tambien á Xérica á su retiro: fué conducido de cárcel en cárcel por los gendarmas hasta Pau, donde de órden del prefecto pasó tres meses en una prision. No bien recobró su libertad, cuando se aprovechó de ella para ir á Paris, en cuya capital permaneció por espacio de tres años, aplicado á oir á los mejores profesores, y á asistir á las bibliotecas.

Su vuelta á España en el año de 1820, no le valió ningun empleo del gobierno. Queriendo seguir en una vida independiente, se mantuvo en su casa. Fué nombrado sucesivamente comandante de los voluntarios constitucionales de Vitoria, individuo de censura y de la diputacion provincial de Alava, y en 1823 alcalde constitucional de Vitoria. A la entrada de los franceses fué puesto preso. Libre de esta persecucion, tomó el partido de permanecer en su casa, aplicado al estudio, y no quiso emigrar á Francia ó á Inglaterra, por estar harto de emigraciones, y por no dar con eso á sus enemigos la ocasion de hacer embargo y confiscacion de sus bienes. Pero amenazado con una nueva y mas peligrosa persecucion inquisitorial, se determinó á sacar pasaporte, como lo verificó, para ir á Francia.

Desde que se vió en Francia, pensó seriamente en recoger sus fondos y darles una segura colocacion, cuyo proyecto vino á facilitar la muerte de su madre. Ha comprado haciendas cerca de Dax, y se ha casado con una francesa, despues de haber obtenido del rey de Francia carta de naturalizacion con todos los derechos anexos á la calidad de frances.

Sus composiciones poéticas salieron á luz, reunidas por primera vez en Valencia, año de 1814, bajo el título: *Ensayos poéticos;* se reimprimieron despues en Paris en 1817; y hallándose ya muy escasas estas dos primeras ediciones, se publicó la tercera con el título: *Poesías: nueva edicion, corregida y considerablemente aumentada sobre las anteriores*, Burdeos, 1831, 18°, y en cuyo *Prólogo* se han dado algunas noticias de la vida política y literaria del autor, de las cuales nosotros hemos extractado los presentes apuntes biográficos.

Ademas de sus poesías Xérica ha publicado una *Coleccion de cuentos, fábulas, descripciones, anécdotas, diálogos, etc., sacados de comedias antiguas españolas*. Burdeos, 1831, 18°.

La mayor parte, á la par que la mejor, de sus composiciones poéticas consiste en *fábulas, cuentos jocosos* y *epigramas*. Su ingenio fácil, festivo, libre y mordaz se brindaba de buen grado á estos géneros de composicion, en los que supo lucir gracia, soltura, malicia y agudeza, aunque es forzoso confirmar lo que ha advertido, al publicar sus poesías, el mismo poeta: «que no aspira al mérito de un autor original.»

# POESIAS

DE

# D. ALBERTO LISTA.

## POESIAS SAGRADAS.

### I.

### *La muerte de Jesus.*

¿Y eres tú el que velando
La excelsa magestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? y el impio bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas hora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgotha, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Asi el amor lo ordena,
Amor, mas poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y leon fuerte,
Se ofrece al golpe fiero

Bajo el vellon de cándido cordero.
¡O víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
O paz, o gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿cuál brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles:
Al santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os guia
Y en la sangre os cebais, verted la mia.
Mas ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado
No expiacion, fuera pena del pecado.
Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia,
Y á la maldad, que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvia,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre

De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbre,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurria.
Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del Averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.
¿Oyes, oyes cual clama:
*Padre de amor, porqué me abandonaste?*
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el justo, nazca la esperanza.
¿No veis como se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesus doliente:
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
Ven, ángel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.
Rasga tu seno, o tierra:
Rompe, o templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... gemid, humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

## II.

### *Al Santísimo Sacramento.*

La gloria de Dios vivo
En la morada de los hombres brilla :
Mortales, humillaos : suba el incienso
En ondeante nube
Y el ruego humilde al trono del Inmenso.
Mas, o Dios de la altura,
¿Tú herido, tú mortal? ¿qué blanco velo,
Cual lienzo mortuorio,
Cubre la magestad que adora el cielo?
Amor omnipotente,
Que te entregó á la cruz, cuyo mandato
Consumaste al morir esclavo suyo,
Renovando en el ara
Aquel de caridad dulce misterio,
Conserva las señales de su imperio.

No ya con voz de trueno
Y rayos funerales
Aterra á los mortales
El Dios de Sinaí.
Que dulce y amoroso
Del cielo se desprende,
Y víctima desciende,
Que inmolará Leví.
Y sobre el ara santa
Repetirá propicio
El grande sacrificio
Que consumó por mí.
« Gustemos, mortales,
« Del pan de la vida,
« Del vino sabroso,
« Que vírgenes cria. »

La eterna sabiduría
Mora en el humano pecho,

Y el amor de la criatura
Es su delicia y recreo.
« Gustemos, mortales, etc...»

En este manjar süave,
Que oculta cándido velo,
Tus dones, Rey de la gloria,
Por tu poder se midieron.
« Gustemos, mortales, etc... »

Tu misericordia eterna
Recibimos en tu templo,
Y los términos del orbe
La salud del mundo vieron.
« Gustemos, mortales,
« Del pan de la vida,
« Del vino sabroso,
« Que vírgenes cria. »

## III.

### *La Concepcion de Nuestra Señora.*

« Nunc facta est salus. »
*Apocal.*

¿Cuál desusado canto, lira mia,
Se agita entre tus cuerdas? ¿Vago acaso
De Helicon fabuloso en las praderas,
O el fuego inspirador al pecho envia
La deidad del Parnaso?
¡Ah! no el falaz ruïdo
Oigo ya de las ondas lisonjeras:
No ya el laurel mentido,
Que del Permeso halaga la corriente,
Al sacro vate ceñirá la frente.
Tú, diva madre, que en celeste trono
De eterno rosicler brillas gloriosa,
Aurora del empíreo, tú me inflama:

Tú del Averno el enemigo encono
Domaste victoriosa:
El triunfo esclarecido
Concédeme cantar. La pura llama,
Que al alumno querido
Se desprendió de Pátmos en la arena,
Bañe mi labio en abundante vena.
  Cantaré, o diva; y el alegre canto
Alegre oirá Sion: las trenzas de oro
Sus bellas hijas ornarán de rosas:
Y ya olvidadas del cautivo llanto,
Tu nombre en dulce coro
Ensalzarán al cielo;
El himno en sus cavernas sonorosas
Repetirá el Carmelo;
Y despedido de su cima umbría
Volará al golfo donde muere el dia.
  Libre del hierro infame alza la frente
El hijo de Abrahan, y ve rompido
El yugo del pesado cautiverio.
La soberbia señora de occidente,
Que á sus plantas rendido
Vió el orbe silencioso,
Ya á mas suave y celestial imperio
Dobla el cuello orgulloso:
Ya nace la salud: cantad, mortales:
Cayó el antiguo solio de los males.
  Y si tal vez de mi enlutada lira
Voló lúgubre el son, cuando al humano
De Eden perdida lamenté la gloria
Y el justo ardor de la divina ira;
Hora de su tirano
Cantaré salvo al hombre:
Ciñe flores, y ensalza la victoria,
Lira, y el sacro nombre,
Que redobla el bramido y lloro eterno
Al rencoroso rey del hondo Averno.
  Al rey, que en medio el lago tenebroso

Ya en cadenas de fuego gime atado
Al trono adusto, que erigió el delito:
Deshecha la corona, el cetro odioso
Yace aparte arrojado:
Los ásperos clamores
Feroz repite el escuadron precito:
¡ Ah! en vano: sus furores
Oprime un mar de fuego denegrido,
Y envuelve entre la llama el ronco aullido.
  Su reina en tanto en el sagrado muro
Corona el ángel, y al humilde suelo
Desciende el himno dulce de alegría:
Enagenado mira el rostro puro,
Placer de tierra y cielo,
El serafin amante:
Y canta en arpa de oro el bello dia,
Que el temido semblante,
En ira y ceño desde Eden velado,
Mostró Jehová á los hombres aplacado.
  ¡ Cántico eterno de virtud y gloria!
La gran naturaleza conmovida
Señora de ambos orbes la apellide:
Jehová se goza en la inmortal victoria
De su esposa elegida:
El rostro soberano
Blanda sonrisa entre el fulgor despide:
Y de la augusta mano,
Que siembra en las estrellas lumbre ardiente,
Nace el dorado sol mas refulgente.
  ¿ A quién la inmensa fuerza, que atesora
Tu brazo, revelaste? Esclava muere
De Adan la prole mísera y culpada:
Culpada sí; mas tu clemencia implora.
Su humilde ruego hiere
Los ejes diamantinos:
El rayo apartas de la diestra airada;
Y los ojos divinos,
Do en regalada luz la piedad mana,

Vuelves benigno á la mansion humana.
Miras del hondo Averno nube impura
Ceñirla en torno : el humo ennegrecido,
Que de tu solio la inaccesa lumbre
Ya presumió eclipsar, tizna tu hochura :
El querub foragido
Desploma sobre el hombre
De su eternal furor la pesadumbre;
Y en tu sagrado nombre,
Que del labio mortal el crímen lanza,
Si en tí no puede, ejerce su venganza.
De vil metal cabe encendida pira
Se erige ídolo vil; y el padre impío,
Dando sus hijos á la llama ardiente,
Dios lo adora. Ministro de tu ira,
El tirano sombrío
Se ceba en sangre y lloro,
Y lo aplaude su dios la insana gente :
Brinda en copa de oro
El impuro placer funesta llama,
Y la torpe Citera Dios lo aclama.
Tú, prole de Jacob, sola tú lloras
La esclavitud comun : flores engaza
A su dura cadena el mundo ciego :
Feroz Luzbel las sienes vencedoras
Del triste lauro enlaza,
Que le ofrece el humano.
Lo mira el Dios excelso : en vivo fuego
Arde contra el tirano
El rostro de Jehová : su voz tonante
Estremece los muros de diamante.
« ¿ Y qué, dice, la gente aborrecida
Al mundo imperará ? Del reino umbrío,
Que destinó mi diestra vengadora
A ser de pena y de maldad guarida,
Bástele el señorío.
¿ Quién fijó al mar herviente
De arena el valladar ? ¿ Quién á la aurora

La senda refulgente,
Cuando al nacer la luz del bello dia,
El empíreo aclamó la gloria mia?
Arroje el cetro injusto: allá abatido
Reine el querub, do en lumbre tenebrosa
Cercado siempre el denegrido trono
Le fué y el triste imperio concedido.
Cual sierpe venenosa,
Allí ponzoña fiera
Exhale libre su inmortal encono:
Otro señor espera
Del hombre la mansion: tú, alma alegría,
Tú al orbe tornarás: nazca María. »
Dijo, y nace María: cual cercana
Al claro sol la vespertina estrella,
Brilla apacible entre su luz radiante,
Tal parece del ángel soberana
La inocente doncella:
Y por las gradas de oro
Al seno de Jehová volando amante,
La ve el alado coro
Inundar, en sus brazos reclinada,
De grato ardor la celestial morada.
Y «¿quién es esta? cantan: semejante
No se vió en el empíreo: su hermosura
Los relucientes cielos enamora:
Alba, purpúrea, mas que el sol brillante,
Mas que la luna pura.
¿Cuál gloriosa guerrera
Alza feliz la frente triunfadora?
Vence, o diva: » la esfera
« Triunfa, vence, » resuena alborozada:
« Gloria, honor á Jehová: ¡triunfo á su amada! »
« Triunfa, sí, » dice el Padre soberano,
Con la voz grata, que los orbes mueve:
« Humana, mas no esclava, la corona
De cielo y mundo te ciñó mi mano.
Ve, y al monstruo conmueve

De la usurpada silla.
No temas del veneno, que inficiona
La tierra, vil mancilla.
Triunfa, o pura, del hórrido enemigo:
El poder de mi diestra va contigo.»
Habló Dios, y del gremio sacrosanto
Vuela la vírgen por el cielo abierto.
La luz divina, que en sus ojos mora,
Rayos lanza al monarca del quebranto.
Asi del corvo puerto
Rompe nave guerrera
De los salados mares domadora;
Y cortando velera
El vasto golfo en argentada raya,
Lleva el terror á la enemiga playa.
De celestiales huestes rodeada
Desciende del empíreo, y la ancha esfera
Con espléndido albor risueña dora:
Del radiante cenit la cumbre alzada
Riega por su carrera
Encendidos rubíes:
Y vertiendo el palacio de la aurora
Sus rosas y alhelíes,
Desde el Can á la helada Cinosura
Vuelan aromas de eternal dulzura.
Se aparta el sol de su encendido cielo,
Y orlando á la alma vírgen, ledo brilla
En rededor sus luces derramadas.
Plega la luna el argentado velo,
Y á sus plantas humilla
Las pálidas centellas,
Y del sereno solo desgajadas
Las lumbrosas estrellas,
Tejen sobre el cabello reluciente
Aurea corona á la nevada frente.
Toca ya el leve viento, y dilatado
Bajo la hermosa planta se enardece.
Como tal vez en noche tempestosa,

Si Noto de la Libia desatado
Los astros oscurece,
Por entre el negro velo
Rompe súbito el alba ; rie gozosa
La faz del mustio suelo;
Y el euro matinal, regando albores,
Pinta los campos de argentadas flores :
  Calla el silboso viento; herida vaga
Del puro rayo la tiniebla fria,
Y do la sirte entre las ondas sube,
Busca deshecha la nativa plaga :
Asi al brillar María,
Despues de Eden al mundo
Primer risa halagó. La impura nube,
Que le ciñó el profundo,
Brama, en cárdena luz su seno anega,
Y sobre el patrio Averno se replega.
  Ve el querub de su imperio el fin cercano,
Y mayor ira exhala : el aire embiste
Con grito horrendo la tartárea gente.
¡ Ay de la tierra ! asciende su tirano :
Y con gemido triste
Retiembla pavorosa :
¡ Ay de la mar ! sobre su faz ardiente
Se agita estrepitosa
La tempestad : y horrísona rugiendo,
Responde ronca al avernal estruendo.
  Ya la funesta puerta se estremece,
Y estalla fragorosa : entre humo y trueno
Dragon sañudo, por la dura escama
Vertiendo sangre y roja luz, parece :
Preñados de veneno
Siete cuellos enhiesta :
Arde ceñida de insaciable llama
Cada ominosa cresta :
Y de diez negras astas coronado,
Aterra al hombre atónito y postrado.
  Rompe del negro lago : contra el cielo

Vibra el monstruo feroz la cola ardiente;
Y en pos teñidas de horrorosa lumbre
Estrellas mil y mil arroja al suelo.
Asi rugiendo herviente
Incendio proceloso,
Rompe del Etna la abrasada cumbre,
Y entre el humo nubloso
Globos de fuego pálido desgaja,
Y de ardido alquitran los mares cuaja.
   Ya por los vientos sublimado anhela,
Entreabiertas las fauces devorantes,
Buscando presa y lid: cual ominoso
Cometa rojo en el espacio vuela.
Con ojos llameantes
La pura vírgen mira:
Y contra el bello rostro, que amoroso
Placer celeste inspira,
Vierte negro raudal, clamando guerra,
De la ponzoña que infestó la tierra.
   Mas ¡oh! primero nube congelada
Bajo el cerco lunar la faz radiante
Manchara al sol, ó en pos la noche fria
Corriera de la aurora nacarada,
Que el virginal semblante,
Dulce esplendor del cielo,
Sintiese de Luzbel la nota impía:
Cae sin fuerza al suelo
La lava infausta, y por abierta cueva
Al Orco patrio su veneno lleva.
   Miguel en tanto armado resplandece
Contra el monstruo, cual súbito en el viento
De ennegrecida nube brota el rayo.
« Hijos de Dios, exclama, (y se estremece
El tartáreo cimiento)
Guerra y triunfo: el querube
Ya fué de nuestras iras triste ensayo:
Hora atrevido sube
Y lid al cielo mueve: lid le demos:

Los triunfos del empíreo renovemos. »
  Dijo, y no asi del bronce desatada
Densa nube de balas, ruina y muerte
Lleva al muro enemigo, cual clamando
Victoria al gran Jehová, la hueste alada
Sigue al caudillo fuerte.
Sus furiosas legiones
Mueve el Orco, en sus peñas tremolando
Los negros pabellones.
Corre los aires pavorosa llama :
Gime alterado el mar y el polo brama.
  Vibra Miguel la fulgurante lanza,
Y grita en voz de trueno : « Siente, impío,
Siente mi brazo domador : su rayo
Le confió Jehová, Dios de venganza. »
Hiere, y cual vuela umbrío
Ante Aquilon silboso
El nublado polar, en vil desmayo,
Rugiendo silencioso
Huye el monstruo á exhalar la acerba pena
Del mar remoto en la desierta arena.
  « Salud, felicidad, » clama natura
En uno y otro mar. El bóreas frio,
Al descender de la invernal montaña,
Que en hielo eterno riega Cinosura,
Callado el soplo impío
Canta blandos amores :
« Amor » resuena la feliz campaña,
Donde en lecho de flores
Nace cándida el alba, y ante el dia
Las dulces auras de su seno envia.
  Todo es placer : entre rosada lumbre
Alegre primavera vierte al mundo
El Aries rojo del cenit dorado;
Y de Ararat la blanquecida cumbre
Y el Eufrátes profundo
Huye el nubloso enero :
No ya asuela los campos encrespado

El Istro ó Volga fiero:
Mas tranquilas sus ondas lisonjeras
Besan blando las plácidas riberas.
Himnos de honor y cantos de victoria
Entona el almo coro: « Fué arrojado
El antiguo dragon: triunfo á María
Cantemos, y á Jehová la eterna gloria.
¡ Cuál fuiste despeñado,
Astro de la mañana,
Del orbe juzgador! Tu fuerza impía
Voló cual niebla vana:
Ya es reino nuestro el usurpado mundo:
Arda en ira y furores el profundo.
¿ Quién como tú, Jehová? tu nombre augusto
¿ Qué nombre igualará? Dijo el querube:
« En alas de Aquilon al escondido
« Solio me ensalzaré, do reina injusto.
« Venid: la oscura nube,
« Que lo oculta, rompamos:
« Y á par de Dios con mando dividido
« El empíreo rijamos. »
Tú, Sabaoth, hablaste, y no parecen,
Y al Tártaro lanzados enmudecen.
¡ El impío! los coros celestiales
Rebeló: de la tierra fraudulento
Destronó la inocencia. Se arrojaron
Al mundo entonces los avernos males.
Hora el bando sangriento
Devorar preparaban
La esposa de Jehová. Se disiparon:
No parece do estaban:
Júbilo y gozo al ángel: paz al suelo:
Confesion de salud al rey del cielo. »
Asi en alegres cánticos resuena
El coro celestial: habla María:
Pendiente el ángel de su voz süave,
Calla y la mira. El firmamento enfrena
Su escondida armonía.

El curso presuroso,
En el viento librada, pára el ave
Y al mundo ya dichoso
En su amable beldad, noble y sencilla
La inocencia de Eden mas pura brilla.
  Y dice: « Huyó el tirano: alzad la frente,
Hijos de bendicion: prole escogida,
El largo lloro enjuga: á tí glorioso
El rey vendrá de la futura gente.
Por cuanto el sol despida
Los rayos voladores,
Dominará con cetro poderoso.
Los últimos furores
No temais del querub. Dios ha vencido:
Preparad los caminos á su ungido.
  Descenderá de la inaccesa cumbre,
Do con glorioso pie huella la esfera
El que del mundo las maldades lava.
Nace, esperado sol: ya de tu lumbre
Brilla el alba primera:
Al Todopoderoso
Plugo elevar á tanto honor su esclava;
Yo del amor hermoso
Madre elegida soy: cantad, vivientes:
Él de mi seno nacerá á las gentes.
  El nombre del cordero sin mancilla,
Naciones, celebrad. Manso cordero,
Tú, de las huestes pérfidas estrago,
Eres leon de Israel: tú lo acaudilla.
Fulmina: el monstruo fiero
A tus plantas rendido,
La opresa grey desatarás del lago:
Y en tu sangre teñido,
Sangre, que sella el testamento eterno,
Romperás los candados del Averno. »
  Dice: y cual corren encendidas lumbres,
Que exhaló al aire el sosegado cielo,
Y en los montes se pierden á deshora,

Vuela á ocultarse en las desiertas cumbres,
Que tu florido suelo,
Palestina, rodean:
Do al Dios inmenso, que Salén adora,
Mil víctimas humean;
Y olor de suavidad en densa nube
De puro incienso ante su trono sube.

## IV.

### *Al nacimiento de Nuestra Señora.*

Huyó del polo el Aquilon sombrío:
Y el cielo, ya sereno,
Piadoso vierte el cándido rocío,
Que ocultaba en su seno.
En tus entrañas, tierra, agradecida
Recibe el don fecundo,
Y la salud prodúcele y la vida
Al angustiado mundo.
Florece, o terebinto, y de tus flores
Brille la pompa ufana
Al desatar sus claros esplendores
La plácida mañana.
Y de ellas el aurora refulgente
Orne sus manos puras,
Cuando hoy anuncie á la oprimida gente
El sol de las alturas.
Corre alegre, o Jordan, y en sus riberas
De Jericó las rosas
Embalsamen del aura lisonjera
Las alas vagorosas.
El cedro inmenso la cerviz erguida
Levante al alto cielo;
Y su aroma dulcísimo despida
La cumbre del Carmelo.
Pasó la nieve del invierno triste;
Y del Hermon la falda

Depone el hielo rígido, y se viste
De carmin y esmeralda.
Albricias, Israel: ya compadece
El cielo tu gemido:
Vuelve al benigno sol, que te amanece,
El semblante afligido.
Mira el libertador, que de tu mano
Y del cuello doliente
Romperá las cadenas, y al tirano
Quebrantará la frente.
Alza del polvo: ya empezó tu Santo
La lid y la victoria:
Y cíñete, o Sion, el regio manto
De tu esplendor y gloria.
Y convertida en gozo la amargura,
Con festivas canciones
Convoca el universo, y su ventura
Anuncia á las naciones.

## LIRICAS PROFANAS.

### I.

### *La victoria de Baylen.*

Tronó la alzada cumbre de Pirene,
Y sobre el suelo hispano
Lanzó horrorosa nube de asesinos:
Y las madres de Iberia al triste pecho
Los hijos estrecharon,
Y piedad y venganza reclamaron.
Pasa el dorado Tajo y las vertientes
Del Mariano monte
La caterva sin ley. Nuevas matanzas
Viene y nuevos destrozos meditando:
Y en su furor sañoso
Dijo entonces el bárbaro orgulloso:
« Venid, y en la florida Andalucía

De oro y sangre saciemos
Nuestros sedientos pechos. Sus, varones:
¿No sois los invencibles que llevaron
Muerte, luto y ruina
Del Rhin á la remota Palestina?
  Mirad vuestros laureles. Reteñidos
Estan de sangre humana,
Y de inocente lloro salpicados.
Teñidlos mas y mas. *Que gima el hombre*:
La Bética asolada
Nuevos triunfos reserva á nuestra espada.
  Y ¿qué, la España aclaman y Fernando
Esa mísera gente?
¿El yugo esquivan que se digna darles
El gran Napoleon? ¡Necios! perezcan;
Y allá en la tumba fria
Los laureles recuerden de Pavía.»
  Asi dijo aquel fiero, que tendiera
Sobre el Arno florido
Los silenciosos velos de la muerte.
No olvidarás, Arezo, su barbarie,
Ni tú, playa tirrena,
De cuerpos muertos de tus hijos llena.
  Y marcha, y sobre el Bétis centellea
El águila ominosa
Y en los muros de Córdoba asolada:
El campo hermoso, que la estéril nieve
Burló de enero yerto,
El hórrido cañon vuelve en desierto.
  Mas ¡oh! ¿cuáles banderas se despliegan
Contra el águila altiva?
Forjóse el rayo en el ardiente seno
De Híspalis la leal: ya despedido,
Venganza amenazando,
Los aires que atraviesa va quemando.
  ¿Huyes, fiero? ¿Ya tiemblas? ¿Nuevo enjambre
De bárbaros no miras
Que *sangre* y *oro* enfurecidos claman?

¿Huyes, y el ancho Bétis interpuesto
Y la sierra fragosa
Aun no aseguran tu crueldad medrosa?
  Españoles, volad. Hijos de Marte,
Que el Gánges y el ocaso
Hicisteis resonar con vuestro nombre,
Volad; arrebatad á esos perjuros
Sus laureles odiosos,
A la mísera Europa tan costosos.
  Castaños inmortal, nombre de triunfo,
Dulce alumno de Pálas,
Y querido de Marte, á tí encomienda
Su justa causa España: la victoria
Tus estandartes guia,
Y su temido rayo te confia.
  A la gloria conduce y la pelea
La juventud ardiente,
Que el sol occidental benigno mira.
Esgrima, esgrima el paternal acero,
Que de sangre agarena
Tiñó mil veces la española arena.
  Marchas, guerrero; y lentitud prudente
Los ímpetus enfrena
De ese escuadron de héroes: al soberbio,
Que en su terror afecta despreciarte,
Tus fuerzas ocultando
La inevitable tumba vas labrando.
  Asi vuela tal vez cándida nube,
Cuyos bordes colora
El sol naciente de risueña grana:
Cuando la tempestad horrible lleva
Contra el cielo sereno,
Y el rayo asolador ruge en su seno.
  O cual águila augusta, que divisa
La garza descuidada
En la otra parte del tendido cielo:
Sube tranquila á la region suprema,
Donde el viento enmudece:

Y en el alto cenit audaz se mece.
   Ve y se complace en la segura presa,
Y mas veloz que el rayo
Rápida por los aires se desprende,
El redoblar de sus batientes alas
A lo lejos resuena,
Y de triste pavor las aves llena.
   Asi glorioso con torcida marcha,
Que el mismo Marte guia,
El enemigo bando acometiste;
Y avaro asi de la española sangre,
El laurel de tu gloria
No manchará los fastos de la historia.
   ¿Quién sube por el Bétis? ¿Quién terrible
El defendido paso
Rompe ya de Mengíbar? ¿Quién asciende
A las alturas de Baylen y al campo,
Do humea todavía
Del sarraceno infiel la sangre impía?
   Y ¿qué, Dupont, vacilas? La alta sierra
Te niega sus gargantas,
Por sus audaces hijos defendidas.
¡Mísero! ¿Dónde irás? Tienes delante
Cabe el Bétis undoso
Al fuerte ibero de tu sangre ansioso.
   Huye, infelice, huye: negra noche,
Escudo de malvados,
Cubre en tu horror su vergonzosa fuga:
Mas ¡ay! que en tu camino se interpone
Nuevo escuadron valiente
Que *rendirte* ó *morir* solo consiente.
   Truena el cañon: del monte despedido
El horrísono estruendo
Las campiñas del Bétis va llenando;
Y entre el rumor del parche estrepitoso
Desolacion y guerra
Anuncia atroz á la afligida tierra.
   Mas ¡oh! cede el impío: la fiereza

Y el orgullo altanero
Postra al valor del inmortal Castaños:
Yace abatida el águila rapante,
Terror de las naciones,
Al pie de nuestros fuertes escuadrones.
¡A Castaños victoria y á la patria!
¡A los hijos valientes
Del almo Bétis, gloria inmarcescible!
¿De España acaso triunfará el impío?
El íbero ardimiento
¿Sabrá humillarse al opresor violento?
¡Ah! No. Allá triunfe sobre el Rhin nevado,
O cual tigre rabioso
En las selvas del Wístula domine,
O al otomano estúpido, que el yugo
Trueca ledo y tranquilo,
Fácil sojuzgue en el remoto Nilo.
Guerreros valerosos, en un dia
Vengasteis los baldones,
Con que el tirano envileció la España:
Del mayo infando las llorosas sombras
En la tumba se alzaron,
Y al vengador ilustre saludaron.
No, no es inútil la vertida sangre,
Ni el valor desgraciado,
Que la fortuna injusta no corona.
La sangre de Leonidas fué á los persas
La señal de ruïna,
Y los lauros regó de Salamina.
Vive, glorioso vengador: tu nombre
Tiembla el galo vencido,
Y venera la Europa belicosa:
Vandalia, madre antigua de guerreros,
Su claro honor te llama,
Y España libre tu valor aclama.
¡España, España! ¡amada patria mia!
¡Patria de los valientes
Que el largo oprobio de tu faz borraron!

Cuando tu afecto de mi pecho salga,
Mi cantar abatido
Sepúltese en el polvo del olvido.
  Ni en las umbrosas faldas de Helicona
Honor tenga mi lira,
Y mustio de mi frente envilecida
Caiga el laurel sagrado de los vates,
Cuando á tu excelsa gloria
El cántico no entone de victoria.
  ¡O patria! ¡nombre amado, que al oirlo
Las almas enagena!
¿Quién no se goza en tus gloriosos triunfos?
¿Cuál es el corazon de duro bronce,
Que tus males no llora,
Ni al bienhechor que te defiende adora?
  ¡Hijos de España! ¡pueda el canto mio
Vuestras heróicas almas
Enardecer! Al campo de la muerte
Volad; y los fortísimos aceros,
De la patria esperanza,
Esgrimid por su gloria y su venganza.

## II.

### *A la muerte de don Juan Melendez Valdes.*

« Et dulces moriens reminiscitur Argos. »
VIRG.

  No muere el genio, no. Pudo la tumba
Encerrar las cenizas
Del inmortal Batilo; mas el fuego
Que su divino espíritu animaba,
Sobre los siglos vuela,
Y á la sublime eternidad anhela.
  Y vivirá, mientras al mar de ocaso
Los españoles rios
Vuelquen las ondas, que halagó su acento,

Y á la beldad y á su cantor enlacen
Refulgente corona
Las soberanas ninfas de Helicona.
  Del amor en el seno y en los brazos
De la amistad llorosa
¡ Ay ! exhalaste el último suspiro :
La dulce imágen de la patria amada,
Que ennobleció tu lira,
Ante tus ojos moribundos gira.
  Los cierras á la luz. Con tardas ondas
Breve raudal mezquino,
Del sacro Tajo y Bétis envidiado,
Ignora, cuando riega de tu tumba
Las marchitadas flores,
Que allí yacen de Iberia los amores.
  En tanto mas perene monumento,
Que los de Roma y Caria,
Un rey piadoso á tu memoria eleva.
El bronce muere y se deshace el mármol;
Mas el canto divino
No se rinde al imperio del destino.
  Tu sombra agradecida se conmueve,
Y en el sepulcro helado
Circula un rayo de tu hermoso genio;
Que por cantar al bienhechor augusto,
Hoy de la parca fiera
La inexorable ley romper quisiera.
  Descansa, sombra ilustre : cuantos vates
Son hijos de tu aliento
Desde el Ebro á la playa gaditana,
Cumplirán tu deber; y el sacro nombre
Del Pindo en los vergeles
Coronarán las Musas de laureles.
  Y tú, tierra hospital, que sus cenizas
Benigna ocultas, salve;
Eterno y dulce abril de flores ciña
Y embalsame con aura deliciosa
La humilde tumba, donde

Al Tibulo español la parca esconde.
En ella yace á un lado el plectro de oro
Que en ternura sublime
Las sonorosas cuerdas encendia,
Y el pámpano y el mirto citereo,
Que su lira adornaba,
Y del vendado dios rota la aljaba.
Salve, bella Occitania; o tú, querida
Mansion de las Pierias:
Su primer llama á trobadores tiernos
Tú viste difundir, cuando sañuda
En fieros torreones
La barbarie arbolaba sus pendones.
Desde el Alpe al selvoso Pirineo
No hay monte, valle ó rio,
Que no acuerde la gloria de las Musas;
A Florian el dulce y virtuoso
El Gard arrebatado
Oyó, de madreselva coronado.
Mas allá la Nereida enternecida
Aun hoy llora la muerte
Del malogrado Garcilaso; el Sorga,
Resbalando entre límpidas guijuelas,
Cuando halaga las flores,
Susurra de Petrarca los amores.
Aquí el márgen del rápido Garona
Oye los dulces cantos,
Que á la sensible Isaura se consagran.
Allí la ninfa del Adur vencido
Quiere aplacar con ruegos
La inexorable sombra de Cienfuegos.
¡ O tierra sacra á Febo ! Ya el destino
A tanto nombre ilustre
Unió el del padre del Parnaso ibero.
Salve mil veces; y en tu gremio gocen
Amado y quieto asilo
Los manes del dulcísimo Batilo.

## III.

## AL SUEÑO.

### *El himno del desgraciado.*

> « El grande y el pequeño
> « Iguales son lo que les dura el sueño. »

Desciende á mí, consolador Morfeo,
Unico Dios que imploro,
Antes que muera el esplendor febeo
Sobre las playas del adusto moro.
Y en tu regazo el importuno dia
Me encuentre aletargado,
Cuando triunfante de la niebla umbría
Ascienda al trono del cenit dorado.
Pierda en la noche y pierda en la mañana
Tu calma silenciosa
Aquel feliz, que en lecho de oro y grana
Estrecha al seno la adorada esposa.
Y el que halagado con los dulces dones
De Pluto y de Citéres,
Las que á la tarde fueron ilusiones,
A la aurora verá ciertos placeres.
No halle jamas la matutina estrella
En tus brazos rendido
Al que bebió en los labios de su bella
El suspiro de amor correspondido.
¡ Ah! déjalos que gocen. Tu presencia
No turbe su contento:
Que es perpetua delicia su existencia,
Y un siglo de placer cada momento.
Para ellos nace el orbe colorando
La sonrosada aurora,
Y el ave sus amores va cantando,
Y la copia de abril derrama Flora.
Para ellos tiende su brillante velo.

La noche sosegada,
Y de trémula luz esmalta el cielo,
Y da al amor la sombra deseada.
  Si el tiempo del placer para el dichoso
Huye en veloz carrera,
Une con breve y plácido reposo
Las dichas que ha gozado á las que espera.
  Mas ¡ay! á un alma, del dolor guarida,
Desciende ya propicio:
Cuanto me quites de la odiosa vida,
Me quitarás de mi inmortal suplicio.
  ¿De qué me sirve el súbito alborozo,
Que á la aurora resuena,
Si al despertar el mundo para el gozo,
Solo despierto yo para la pena?
  ¿De qué el ave canora, ó la verdura
Del prado, que florece,
Si mis ojos no miran su hermosura,
Y el universo para mí enmudece?
  El ámbar de la vega, el blando ruido
Con que el raudal se lanza,
¿Qué son ¡ay! para el triste, que ha perdido,
Ultimo bien del hombre, la esperanza?
  Girará en vano, cuando el sol se ausente,
La esfera luminosa:
En vano, de almas tiernas confidente,
Los campos bañará la luna hermosa.
  Esa blanda tristeza, que derrama
A un pecho enamorado,
Si su tranquila amortiguada llama
Resbala por las faldas del collado:
  No es para un corazon, de quien ha huido
La ilusion lisonjera,
Cuando pidió, del desengaño herido,
Su triste antorcha á la razon severa.
  Corta el hilo á mi acerba desventura,
O tú, sueño piadoso;
Que aquellas horas, que tu imperio dura,

Se iguala el infeliz con el dichoso.
Ignorada de sí yazga mi mente,
Y muerto mi sentido:
Empapa el ramo para herir mi frente
En las tranquilas aguas del olvido.
De la tumba me iguale tu beleño
A la ceniza yerta:
Solo ¡ay de mí! que del eterno sueño,
Mas felice que yo, nunca despierta.
Ni aviven mi existencia interrumpida
Fantasmas voladores,
Ni los sucesos de mi amarga vida
Con tus pinceles lánguidos colores.
No me acuerdes, cruel, de mi tormento
La triste imágen fiera:
Bástale su malicia al pensamiento,
Sin darle tú el puñal para que hiera.
Ni me halagues con pérfidos placeres,
Que volarán contigo:
Y el dolor de perderlos cuando huyeres,
De atreverme á gozar será el castigo.
Deslízate callado y encadena
Mi ardiente fantasía:
Que asaz libre será para la pena,
Cuando me entregues á la luz del dia.
Ven, termina la mísera querella
De un pecho acongojado.
¡Imágen de la muerte! despues de ella,
Eres el bien mayor del desgraciado.

## POESIAS FILOSOFICAS.

### I.

### *La bondad es natural al hombre.*

¿Quién fué, quién fué el primero,
Que á la crédula gente dijo impío:

« Despeñado por lúbrico sendero
Se precipita al mal vuestro albedrío,
Y hechuras de una imbécil providencia,
El crímen y el dolor son vuestra herencia? »
¿Quién fué que en torpe olvido
De la virtud sencilla é inocente
El siglo sepultó? ¿que asi atrevido
Del pecho humano blasfemó insolente,
Y calumnió con pérfida impostura
Igualmente al Criador y á la criatura?
El Averno profundo
Lo abortó en sus furores sobre el suelo
Para tender al engañado mundo
Del atroz fanatismo el ciego velo,
O porque pueda sancionar impía
Sus crímenes la adusta tiranía.
¿Malo el hombre, insensato?
¿Corrompido en su ser? de la increada,
De la eterna beldad vivo retrato,
En quien el sacro original se agrada,
¿Solo un monstruo será, que horror inspira,
Prole de maldicion, hijo de ira?
Y ¿porqué en su semblante
La dulzura y bondad impresas lleva?
¿Porqué la vista noble y radiante
Al alto Olimpo generoso eleva,
Como buscando ansioso é impaciente
De su orígen la cuna refulgente?
¿Quién á su pecho ha dado
Este instinto de amor, que el hombre liga
Al hombre en sociedad? ¿quién le ha enseñado,
En las delicias de la paz amiga,
A dividir con los demas mortales
La herencia de sus bienes y sus males?
¿De dónde el tierno llanto,
Que, si ve al infeliz, su rostro baña?
¿De dónde de la patria el amor santo?
¿La piedad paternal? ¿la justa saña,

Que brota en los airados corazones,
Si el despotismo arbola sus pendones?
Bueno nace y hermoso
El almo ser, honor de la natura:
Y aun entre el llanto acerbo y doloroso,
Que en su niñez le arranca la amargura,
Brilla en sus dulces labios pura y lisa
De la bondad la angélica sonrisa.
Y luego jóven siente
La activa llama del amor süave,
Y eternizando su existencia ardiente,
Como de Arabia la insepulta ave,
Nuevos seres produce al claro dia,
Antes que yaga su ceniza fria.
Y en regalados lazos
La dulce prole su cariño paga,
A su cuello estrechada y á sus brazos:
Sustenta protector, plácido halaga;
Y en perpetuo solaz tranquilo espera
El fin forzoso á su feliz carrera.
Tal es el hombre, cuando
Ni la opresion ni el fanatismo impío
Forma en las tierras ambicioso bando;
Libres las almas del furor sombrío,
Que á temblar y á matar las arrebata,
Y tiembla el necio y el malvado mata.
Tal es el que cantaste,
Dulce Virgilio, tú, cuando tendido
Al pie de umbrosa haya le miraste
En apacibles ocios divertido,
Enseñando á los ecos gemidores
El nombre de su bella y los amores.
O bien mas virtuoso
El que vió en las helvéticas montañas
Gesner sublime de Aquilon silboso,
Del hielo agudo despreciar las sañas;
Y en medio á la selvática natura
Aras alzar al dios de la ternura.

Asi del Erimanto
Vagó el hombre feliz por las riberas,
Sonando eterna paz en blando canto
El eco de las ménalas praderas,
Cuando olvidados bélicos furores,
Dió Arcadia el cetro á cándidos pastores.
Y aquella edad dorada
Desconocida en la sangrienta historia;
Mas cuya grata imágen lastimada
La humanidad conserva en su memoria,
Y que pintaron en el suelo ibero
El tierno Fenelon y el sacro Homero.
Las riberas del Bétis
Feliz la vieron en virtud sencilla;
Y el gaditano mar, donde de Tétis
Cayendo al gremio el sol, último brilla,
A la codicia, á la ambicion armada
¡Ay, breve tiempo! defendió la entrada.
La infame sed del oro
Y el amor del poder enfurecido
De sangre humana y de inocente lloro
Bañó el mísero suelo entristecido,
Y en los vestigios de la choza pia
Sus palacios alzó la tiranía.
Y luego levantando
La adulacion su fementido acento,
Del cielo hizo bajar el regio mando,
Santificando al opresor violento;
Y á un execrable y bárbaro asesino
Proclamó imágen del poder divino.
Gritó entonces artera
La vil supersticion: « Tristes humanos,
Sufrid y obedeced: si brilla fiera
La dura espada en homicidas manos,
Sufrid: nacisteis todos criminales:
Asi Jove castiga á los mortales. »
Y asi fué esclavo el hombre,
Y asi malvado fué. Su genio ardiente

Buscó en la guerra el ínclito renombre:
Surcó los mares la perversa gente,
Y á sus reyes y dioses imitando,
La triste humanidad fué destrozando.
¿Qué fuerza bienhechora
Volverá al hombre su bondad nativa?
Que del ardiente golfo de la aurora
Hasta do hiela Cinosura fria
El poder, la maldad y la impostura
Su sagrado carácter desfigura.
Vosotras, consagradas
Almas á la virtud, la humana mente
Formad piadosas: caigan las lazadas
Que el fanatismo le ciñó inclemente:
Y libre la vereis, noble y gloriosa
Lanzarse al bien, que conocer no osa.
Y si yace oprimida
De la verdad la tímida centella,
Cual suele entre la niebla denegrida,
Que exhala el mar, la vespertina estrella,
Romped heróicos con potente mano
El torpe hechizo al corazon humano.
¿Dónde el alma sublime
Está, que el fuego sacrosanto inflama,
Y que del hombre el infortunio gime?
Nazca ya al mundo la encubierta llama,
Nazca; y en mil incendios esparcida,
Siembre de la bondad la hermosa vida.

## II.

### *La mañana.*

Rompe la niebla el sonrosado dia
Del apacible oriente,
Y sobre el golfo de la aurora fria
Renace el sol ardiente.
Por los inmensos orbes se derrama:

La natura adormida
Siente el calor de su celeste llama
Y ser recobra y vida.
Que si robó la luz al triste suelo
La noche silenciosa
Cuando mostró sobre el cenit del cielo
Su frente pavorosa:
Hora lanzada al piélago de Atlante
El reino de las horas
Te cede, astro del dia rutilante,
Que la tierra enamoras.
Ya el pajarillo por la selva umbría
Salta en ligero vuelo:
Los grillos rompe de la nieve fria
El tímido arroyuelo.
Abren su cáliz las nacientes flores,
Y cefirillo osado
Les roba en mil balsámicos olores
El beso regalado.
Todo es beldad. Hasta el breñal riscoso
Verdura y rosas mana:
Hasta el pantano estéril de oloroso
Junquillo se engalana.
Caro Melanio, y tú, de las pastoras,
Dulce Aristo, cuidado,
Venid: gozad tan deliciosas horas
Con vuestro Anfriso amado.
Que asi del cielo la piedad halaga
Los míseros mortales,
Y con placeres fáciles les paga
Los no evitados males.
¿Porqué engañado en pos de su tormento
Anhela el hombre insano,
Cuando naturaleza á su contento
Brinda con larga mano?
¿Quién recostado al pie de los laureles,
Que agita el manso viento,
Envidia los magníficos doseles

Del pérsico aposento?
¿Quién el templado ambiente respirando
Y el ámbar de la vega,
Sueña en las glorias del funesto mando
Y á la ambicion se entrega?
Jamas en débil leño oyó el bramido
Del piélago inclemente
Quien se adurmió una vez al blando ruido
De la emboscada fuente.
Otros se ciñan el laurel sangriento
Del bárbaro Gradivo:
Y bajo techo rústico el contento
Me halague á mí festivo.
Abre, natura, á un alma, que inspiraste,
Tus brazos bondadosos.
Soy hombre: á ser dichoso me formaste,
Y á hacer á otros dichosos.

## III.

### *La vida humana.*

¿No ves, Fileno, en la florida espalda
De aquella umbrosa sierra y eminente
Como un hilo de plata entre esmeralda
Nacer bullendo imperceptible fuente?
Y ¿cuál resbala por la herbosa falda
Tan tenue y fugitiva su corriente,
Que del aura sutil aun no es sentida?
Así comienza nuestra frágil vida.
Véla despues, cuando segura pisa
Del primer llano el floreciente suelo,
Con otras varias en alegre risa
Ya convertida en plácido arroyuelo.
Ora por los declives baja aprisa
Buscando el valle con risueño anhelo:
Ora lenta, la selva circundando,
Con las flores del márgen va jugando.

O bien, ya mas audaz, por la cascada
Se precipita á la profunda umbría,
Donde entre densas nieblas asombrada,
Al prado sale á ver la luz del dia.
Deslízase del susto ya olvidada,
Siendo del campo hechizo y alegría,
Sobre alfombras de nácar, oro y grana,
Y es viva imágen de la infancia humana.
Mírala luego montaraz torrente,
Su caudal con las lluvias aumentando,
Que veloz, atrevido é impaciente
Por pedregosos valles va sonando:
Apenas sufre ni el marmóreo puente,
Ni el márgen, que acomete rebramando,
Ni el firme robledal de su ribera,
Ni el monte que se opone á su carrera.
Ya llega á la escarpada catarata,
Y sin mirar su riesgo, obedeciendo
Al ímpetu, que ciego lo arrebata,
Se lanza á los abismos con estruendo;
Yace entre espumas de nevada plata
Aprisionado su furor gimiendo:
Y las ondas, al viento abandonadas,
Tiñe el sol de colores variadas.
Mas ya del hondo páramo se eleva
Sobre el risco musgoso, que lo ataja;
Y á la campiña, que de pompa nueva
Vistió el mayo gentil, airado baja:
Redil y chozas por delante lleva,
Y la encina firmísima desgaja:
Y templado jamas y siempre altivo
Es de la juventud retrato vivo.
Allí aumentado á caudaloso rio,
La extendida llanura dominando,
Por los ribazos de su márgen frio
Con magestad tranquila va pasando:
No le amedrenta ni el sediento estío,
Ni el sol, que le amenaza fulminando:

Y sosegado en su feliz carrera,
Mengua no teme y crecimiento espera.
Mírale con que orgullo desdeñoso
Recibe los tributos, que á porfía
Le rinden, ya el torrente impetuoso,
Ya el manso arroyo de la selva umbría:
La ribera, que el valle delicioso
Con raudal apacible florecia,
Pierde su nombre, y en sonoro estruendo
Por el cauce fatal entra gimiendo.
Mas adelante otro soberbio halla
Tan audaz, tan valiente y tan crecido
Opuesto en su camino. Undosa valla
Alzan las aguas: dóblase el bramido:
Disputan en acérrima batalla
De quien todo el caudal irá regido:
Vence, é hinchado la corriente eleva,
Y esclavizado á su contrario lleva.
Ingrato al bosque amigo, que acopado
Le adornó con sus sombras placenteras;
Pérfido al muro, que besó humillado
Cuando apenas llenaba sus riberas,
Bate, si crece, el torreon alzado,
Los troncos vuelca, inunda las praderas:
No hay ley, no hay freno, que su furia atajen,
Y es, mortal, de tus vicios triste imágen.
Mas ya su curso en pasos tortuosos
Quiebra lánguido y débil: mil corrientes,
Que van á herir los márgenes limosos,
Parten su fuerza en pequeñuelas fuentes:
Aquel caudal, que muros generosos
Combatiera y ciudades florecientes,
Es solo inerte masa y extendida,
Al soplo de los vientos sometida.
Ya aunque indignado, ve que lo reprimen
Puentes soberbios, muelles elevados;
Que sus raudales retorcidos gimen
Del espolon macizo quebrantados;

Que mil bajeles la cerviz le oprimen,
De riqueza y crímenes cargados.
Del mar vecino la amargura siente;
Imágen tuya, o senectud doliente.
Ya la cerúlea espalda amedrentado
Ve al ponto inmenso, que sorberle espera:
Ya solícito escucha y aterrado
El continuo rugir de la onda fiera:
Ya á su pesar camina arrebatado
Al tablazo extendido, donde muera:
Ya la mar le recibe dividida;
Y asi, Fileno, acaba nuestra vida.

## IV.

## A DALMIRO.

### *Deben abandonarse los cuidados.*

Imitacion de Horacio.

¿Qué te importa, si el galo belicoso
Vence, Dalmiro mio,
El Rhin soberbio, ó en el Alpe helado
Tremula sus pendones victorioso?
O si el britano impío,
Del orbe separado,
Los piélagos altera
Y llena de terror la playa ibera?
¡Ah! ¡cuán pequeño afan á nuestra vida
Impuso el justo cielo,
Cuando con blanda voz naturaleza
A gozar de sus dones nos convida!
No, pues, el vano anhelo
De la infausta riqueza,
Ni el inútil cuidado
De hoy mas perturbe el pecho sosegado.
Sí: que la juventud cual leve viento

Huye precipitada,
Y la árida vejez con planta odiosa
Huella la flor mas tierna, de su aliento,
De su albor despojada.
No igual la luna hermosa
Muestra siempre el semblante,
Ni igual despide el sol su luz brillante.
¿Porqué, pues, con empresas superiores
A la flaqueza humana
El ánimo caduco fatigamos?
Ciñe, o Dalmiro, de olorosas flores,
Ciñe la sien ufana;
Y mientras que gozamos
De nuestro abril florido,
Las penas enojosas da al olvido.
Y riberas del Bétis delicioso
Alegres discurriendo,
En grata union á la amistad divina
Entonemos el himno sonoroso:
Y luego el manso estruendo
De fuente cristalina,
La noche y Filomena
Convidarán á la quietud serena.

## V.

## A ALBINO.

*La felicidad consiste en la moderacion de los deseos.*

Imitacion de Horacio.

Descanso pide al cielo el navegante
Cuando entre niebla oscura
Se oculta Febe, ni su luz brillante
Da cierta Cinosura.
Descanso pide el galo belicoso,
Domador de naciones:

Descanso el anglo, cuando el mar undoso
Discurren sus pendones.
  Mas ¡ oh! no el triunfo de la guerra impía,
Dulce Albino, lo adquiere,
Ni cuantas perlas y oro Febo cria
Adonde nace y muere:
  Sino el parco vivir, la sobria mesa,
El pecho descuidado,
Que la ambicion no aguija, ni embelesa
El interes malvado.
  Y el dócil corazon, que blando cede
A la fortuna ciega,
Y entre el placer, que grata le concede,
Olvida el que le niega.
  ¿Porqué en deseos el mortal destruye
La breve edad, que alcanza,
Y en pos del bien mentido, que nos huye,
Anhela la esperanza?
  ¿Porqué otro sol buscando y otras tierras
Inquieto, dí, te agitas?
Si de la amada patria te destierras,
A tí jamas te evitas.
  Goza el placer, que próvida natura
Te ofrezca sin desvelo:
Templa con blanda risa la amargura
Que te destine el cielo.
  ¿Quién es feliz en todo? si al contento
Va la desgracia unida,
Halaga con el bien tu pensamiento,
Y el mal futuro olvida.
  Febo te dió su lira numerosa:
La virtud un amigo;
Rompe la venda á la ilusion dañosa
Y vive ya contigo.

## VI.

### *El triunfo de la tolerancia.*

¡ Ay ! ¿ cuándo brillarás, felice dia,
En que estreche el humano
Con el humano la amorosa diestra ?
¿ Cuándo será el momento, que destierre
A la olvidada historia
El grito funeral de guerra y gloria ?
Dulce beneficencia, tú del cielo
El don mas delicioso,
Del mísero mortal desconocida,
¿ Adónde, adónde fijarás tus aras,
Cuando en tu fuego ardiente
Se purifique la malvada gente ?
¡ Ah ! desciende : tu santo trono sean
Rendidos corazones,
Y la virtud tu sacrificio : extiende
El cetro bienhechor, que te confia
El Hacedor del mundo,
Y llena el orbe de tu ardor fecundo.
¡ Oh tantas veces tanto suspirada
De las almas sensibles,
Y apenas á sus votos concedida !
Ven : contigo la paz, la tolerancia,
Y la amistad hermosa
Embellezcan la tierra ya dichosa.
Que asaz de sangre retiñó su acero
El fanatismo impío,
De la máscara hipócrita velado :
Asaz quemó su antorcha asoladora,
A la ambicion prestada,
Del inocente la infeliz morada.
Sí : yo los ví : ¡ los monstruos ! de ira ardiendo,
Sedientos de venganzas,
Invocaron á un Dios de mansedumbre :

En su sangre de amor fieros mojaron
Los agudos puñales,
Y á destrozar volaron los mortales.
¡O tristes campos de la antigua Albiga!
¡O cavernas del Alpe!
¡O noche infanda de delito y muerte,
En que el furor sagrado y la perfidia
Y la ambicion insana
Las Galias inundó de sangre humana!
Y tú ¡o España, amada patria mia!
Tú sobre el solio viste
Con tanta sangre y triunfos recobrado
Alzar al monstruo la cerviz horrenda,
Y adorado de reyes,
Fiero esgrimir la espada de las leyes.
¡Execrables hogueras! allí arde
Nuestra primera gloria:
La libertad comun yace en cenizas
So el trono y so el altar. Allí se abate
Bajo el poder del cielo
Del libre pensamiento el libre vuelo.
¿Dónde correis, impíos? ¿qué inhumana,
Qué sed devoradora
De sangre y de suplicios os enciende?
¿No veis en esa víctima sin crímen,
Que la impiedad condena,
De la patria la mísera cadena?
Y ¿qué, grande Hacedor, en nombre tuyo
Siempre el mortal perverso
Degollará y oprimirá? Creando,
Cual es su corazon, un Dios de ira,
¿Volará á las matanzas
Invocando al Señor de las venganzas?
Mas ¡ay! ¿qué grito por la esfera umbría
Desde la helada orilla
Del caledonio golfo se desprende?
*Hombres, hermanos sois, vivid hermanos*:
Y vuela al mediodia

Y al piélago feliz do nace el dia.
Sí : que una vez el Hacedor benigno
Dijo : *que la luz sea*,
Y fué la luz. Tronó sereno el cielo,
Y desde el Tajo hasta el remoto Gánges
Desplómanse al abismo
Las aras del sangriento fanatismo.
Salud, mundo infeliz : ya destruido
Ves el imperio horrendo
Que levantó el error : ya se oscurece
Al celestial aspecto de la lumbre
La abominable hoguera,
Que un diluvio de sangre no extinguiera.
¡ Ay ! que ya del océano saliendo
La lumbre bienhechora,
Por los íberos campos se dilata.
¡ Ay ! que ya las riberas inundando
Del levítico Bétis,
Llega á las playas últimas de Tétis.
Mas ¡ oh ! ¿ dónde se fija ? ¡ o santuario
Por siempre respetable,
Otro tiempo espelunca de furores !
Sí, santa luz : do tus reflejos miro,
Allí con luz sombría
De la supersticion la antorcha ardia.
Ardia, sí : y los hombres engañados,
Que deslumbró su fuego,
Allí mismo la muerte fulminaban,
En tu nombre, o Señor de las piedades :
Allí, allí los insanos
Degollar meditaban sus hermanos.
Y la calumnia, como sierpe astuta,
Que sus vestigios borra,
La víctima inocente sorprendia :
Y pérfida de Témis la balanza
Oprimió al acusado
Con el peso de un Dios de furia armado.
Ese lumbroso oriente, ese divino

Raudal inextinguible
De saber, de bondad y de clemencia,
Fué trono de feroces magistrados,
Cuya justicia impía
Vengar de Dios la injuria presumia.
¡Olvido eterno á su crueldad! y sea
Castigo á tanto crímen
El perdon, que las víctimas conceden.
Si es posible, tu velo, o tolerancia,
Sepulte sus errores,
Y tú, prole futura, los ignores:
Hijos gloriosos de la paz, el dia
Del bien ha amanecido:
Cantad el himno de amistad: que presto
Lo cantará gozoso y reverente
El tártaro inhumano
Y el isleño del último oceano.

## SONETOS.

### I.

### *Moises.*

Expuesto fué del Nilo en la corriente
El que á Israel intrépido acaudilla,
Borrando de la faz la vil mancilla
De esclavitud á su oprimida gente:

Y al rey, que en la niñez tierna, inocente,
Ensangrentó la bárbara cuchilla,
Con vigor celestial hiere y humilla
Y sepulta en el piélago inclemente.

Asi necios los míseros tiranos,
O mandan que no nazca el pensamiento,
O que si nace audaz, al nacer muera.

Mas oculto se expone á los humanos,
Y crece, y llega el vengador momento;
Y al déspota sumerge la onda fiera.

## II.

### *Demóstenes.*

Rayo de la elocuencia, ¿ porqué truenas,
Si es ya la libertad un nombre vano?
Trasibulo, lanzando al espartano,
No el vicio y la maldad lanzó de Aténas.

De tu sublime voz la patria llenas:
Brillan asta y arnes contra el tirano:
Mas ¡ ay ! del griego en la cuidada mano
Las armas pesan mas que las cadenas.

Sumido en ocio y en delicias ¿ quieres
Que el hierro de los persas tan temido,
Contra el astuto macedon esgrima?

Y aunque al tirano venzas, nada esperes:
Que á un pueblo turbulento y corrompido
¿ Cuándo falta un Filipo que lo oprima?

## III.

### *El trono.*

De la regia amistad por fruto adquiere
Arato una ponzoña devorante:
A Luna incauto el odio, ya triunfante,
Con la segur de la justicia hiere:

Y la hermosa israelita, que prefiere
Un rey al cetro y al laurel brillante,
Casi en los brazos de su augusto amante
De mil puñales traspasada muere.

Conoce Arato á su asesino, y gime:
Raquel su tierno Alonso en vano nombra:
A Luna cubre ignoble sepultura.

Ya el trono ¿á quién deslumbra? ¿á quién oprime,
Sabiendo que es mortífera su sombra
Al valor, la amistad y la hermosura?

## IV.

### *La Esperanza.*

Dulce Esperanza, del prestigio amado
Pródiga siempre, que el mortal adora,
Ven, disipa piadosa y bienhechora
Las penas de mi pecho acongojado.

Vuelve á mi mano el plectro ya olvidado,
Y al seno la amistad consoladora:
Y tu voz, o divina encantadora,
Mitigue ó venza la crueldad del hado.

Mas ¡ay! no me presentes lisonjera
Aquellas flores, que cogiste en Gnido,
Cuyo yugo es mortal, aunque es sabroso.

Pasó el delirio de la edad primera,
Y ya temo el placer, y canto pido,
No la felicidad, sino el reposo.

## V.

### *La razon inútil.*

Es tarde ya para que amor me prenda
En su lazo halagüeño y fementido:
Que aunque tal vez de la razon me olvido,
El hielo de la edad ¿quién hay que encienda?

Es tiempo ¡ay triste! que á su voz atienda,
Mi juvenil esfuerzo ya perdido,
Despues de haberla insano desoido,
Cuando ser pudo de mi esfuerzo rienda.

Asi va: los humanos corazones
Sufren en la verdad y en el engaño;
Y sin gozar de sí ni un solo dia,

Venden la juventud á las pasiones,
La edad madura al triste desengaño,
Y la vejez á la razon tardía.

## VI.

### *La ausencia.*

Nace la aurora, y el hermoso dia
Brilla de rojas nubes coronado:
En mi pecho, de penas abrumado,
La sonrosada luz es noche umbría.

De las aves la plácida armonía
Es para mí graznido malhadado,
Y estruendo ronco y son desconcertado
El blando ruido de la fuente fria.

Brotan rosas el soto y la ribera:
Para mí solo, triste y dolorido
Espinas guarda el mayo floreciente.

Que esta es, o niño dios, tu ley primera:
No hay mal para el amor correspondido,
No hay bien, que no sea mal para el ausente.

# ROMANCES.

## I.

## *A Lucinda.*

**Imitacion de Horacio.**

Díme por todos los dioses,
Díme, Lucinda, ¿qué impío
Furor, qué amor malhadado
Te impele á arruinar á Aristo?
Ya de la sabia Minerva
Olvida los sacros ritos,
Y evita cual sierpe fiera
El antes amado libro.
Fué un tiempo, en que coronado
De oliva y cárdeno lirio,
Del Bétis su voz divina
Halagó el márgen florido.
Las bellas ninfas, sacando
El pecho del sacro rio,
Pagaban enamoradas
Sus canciones con suspiros.
¡Cuántas veces, linda Iberia,
Depuesto el pudor altivo,
Por escucharle bajabas
Al valle de los alisos!
En vano: que amor no habia
Su juvenil pecho herido:
Todos sus placeres eran
Con su lira y sus amigos.
Hora á los ojos se esconde
De Sileno y de Cratilo,
Ni responde á los acentos
Del tierno cantor de Anfriso.
Asi dicen, que de Tétis
Se ocultó el valiente hijo,
Dejando el lauro y la espada
Por femeniles vestidos.

Mas los brazos de Deidamia
No fueron seguro asilo:
Que allí la trompa de Ulíses
Despertó su ardiente brio.
No esperes, falsa Lucinda,
Tenerle siempre escondido:
Que al grito del desengaño
Huyen de amor los prestigios.

## II.

### *El temor de la mudanza.*

Reclinado está el Amor
En el regazo de Celia,
Y entre los lirios del seno
La blanda mejilla asienta.
Los brazos de rosa y nieve
A la cintura rodea,
Y con sus divinos labios
La cándida mano besa.
Pone á sus pies el manojo
De las vencedoras flechas:
De un rosal dejó pendientes
Con el arco aljaba y venda.
Sus lindos ojos sonrien
A los ojos de la bella;
Y con su beso y su halago
Olvida el de Citerea.
Alexis mira gozoso
Las deliciosas ternezas,
Con que el Amor, que lo abrasa,
Su amante zagala premia.
Al dulce niño acaricia
Con mano amorosa y tierna:
El bello rostro le halaga
Y al pecho ardiente lo estrecha.
Alaba los claros ojos,
Que con su llama halagüeña

En ardor correspondido
Los corazones incendian;
O bien los rosados labios,
Del placer segura prenda,
O ya los dulces arpones,
Que al mismo Jove sujetan.
Mas al descubrir las alas,
Que hora recogidas plega,
Y que tendidas al viento
Son de la inconstancia enseña;
De la infiel mudanza Alexis
La herida mortal recuerda,
Y con acento turbado
Asi le dice á su Celia:
« ¿Qué importa, que tu favor
Hoy corone mi esperanza,
Si amor capaz de mudanza
No puede llamarse amor?
Que pierda, Celia, el volar,
Si quieres dicha segura:
Pues le basta á la hermosura
Su inclinacion á mudar. »
Dijo, y con ligera mano
Las lindas alas despliega,
Y sus varios tornasoles
Ya para cortar se apresta.
Huye Amor de entre sus brazos,
Y al rosal cercano vuela,
Y asi maligno responde,
Y de su temor se venga:
« Cuando olvidada de tí
Mude la fineza suya,
¿Qué importa que yo no huya
Si ella me echará de sí?
Si tu amorosa pasion
Quieres lograr sin recelo,
No á mí me quites el vuelo,
Sino á Celia el corazon. »

## III.

### *El agüero.*

Despues de tan larga ausencia
Vuelvo á tu márgen, o Bétis:
De mis primeros amores
Guarida, salve mil veces.
¡Con qué placer que discurro
Tu orilla! ¡cuán dulcemente
Respiro el aura apacible,
Que en tus álamos se mece!
Si bien un temor impío,
Aunque justo, me detiene:
Que quien amores halla, cuando vuelve,
Are en las aguas y en el viento siembre.
Aquel es el verde prado,
Donde sus ojos ardientes
Me hirieron la vez primera,
De un amor y mil desdenes:
Mis enamoradas ansias
Le declaré en esta fuente,
Que sonora y cristalina
Su curso entre guijas tuerce.
Prado y fuente son los mismos;
Amante pecho, ¿qué temes?
Mas ¡ay! quien halla amores cuando vuelve,
Are en las aguas y en el viento siembre.
Allí amorosa y benigna
Mitigó sus esquiveces:
Allí enojada á mis quejas
Opuso un alma rebelde.
Al márgen de aquel arroyo
Enlazados blandamente,
Nos dió su apacible abrigo
La sombra de los laureles.
¿Cómo tan dulces memorias

De amor olvidarse pueden?
Mas ¡ay! quien halla amores, cuando vuelve,
Are en las aguas y en el viento siembre.
Pero ¡o dolor! en los troncos,
Que ciñen el soto alegre,
De mis amorosas cifras
Ni aun vestigios permanecen:
Y en las ramas, do cantaba
El ruiseñor dulcemente,
Miro deshechos los nidos,
Que respetaba el diciembre.
Ya para tí no hay asilo,
Amor, bien puedes volverte:
No en vano temias
Mudanzas aleves:
Que quien amores halla cuando vuelve,
Are en las aguas y en el viento siembre.

## IV.

### *A Vénus.*

**Imitacion de Horacio.**

Las lides, por tantos años
Interrumpidas, renuevas
Otra vez, o cruda Vénus,
Y enciendes el pecho en guerras.
¡Ah! perdona á un afligido,
Que de tus arpones tiembla:
¡O tú! de dulces amores
Madre inclemente, ya cesa.
Ya diez lustros de mi vida
Volaron: no soy cual era
Bajo el imperio de Elisa
En mis juventudes tiernas.
Deja á un corazon, ya duro
Para tus gratas empresas,

Y en los jóvenes floridos
Que te invocan, triunfa y reina.
Si quieres un pecho digno
De tus ardientes saetas,
A los umbrales de Albano
Tus blancas palomas lleva.
Allí juveniles brios
Hay, y varonil belleza,
Y en breve edad grande ingenio,
Y ya madura elocuencia:
Soldado constante y fuerte
Seguirá tu blanda enseña,
Humillando á sus rivales
Y extendiendo tu potencia.
El grato incienso de Arabia,
La dulce y templada avena,
La voz de acordada lira,
Que solo amores resuena;
Y el coro siempre festivo
De jóvenes y doncellas,
Que embelesadas las almas
En sus pies hermosos llevan;
En solaz siempre perpetuo
Allí tus triunfos renuevan,
Y mas víctimas te rinden
Que Idalia, Gnido y Citera.
Mi pecho ya no alborozan
El vino ni las bellezas,
Ni de amor correspondido
Las esperanzas lo alientan.
Huyo las lides de Baco,
Huyo de Vénus las flechas,
Ni ya me agrada la frente
Coronar de flores nuevas.
Mas ¡ay! ¿porqué, si te veo,
Vuelvo á llorar, Fílis bella?
¿Y en otro tiempo elocuente,
Torpe silencio me hiela?

Ingrata, en vano me huyes:
De tus desdenes me venga
El dulce sueño, y prodiga
Las venturas, que tú niegas:
Y ya en los lechos floridos,
Que pinta la primavera,
Ya entre las aguas del rio,
Ya en el bosque, ya en la selva,
Pagando mi amor, süave
Y amorosa te presenta.
Ilusion es: pero amando,
¿Qué dicha hay que no lo sea?

## EPIGRAMAS.

### I.

Lazo de blandas flores
Me tejió el Amor:
Yo recibí inocente
La suave prision.
Mas al romperlas,
¡Ay de mí! que las flores
Ya eran cadenas.

### II.

Tú del bien de mi vida
El seno adornas,
¡O rosa! donde muero,
Mueres dichosa.
Que de ese cielo
Te consume la envidia
Y á mí el deseo.

### III.

Amoroso suspiro,
Vuela á mi bella;
Vuela tan silencioso,

Que no te sienta:
Y si te siente,
Díle que eres suspiro,
No de quién eres.

## IV.

Tiende, noche benigna,
Tu oscuro velo,
Que me importa la vida
Ver á mi cielo;
Y Amor me dice,
Que tu sombra y su venda
Me harán felice.

## V.

No te contentes, Fabio,
Con ser querido:
Camina á la victoria,
Pues ya hay camino.
Muchos se pierden
Por dormirse á la sombra
De sus laureles.

## VI.

Yo desdeñé zeloso
Su tierno halago;
Y ella los dulces ojos
Volvió llorando:
Y juez los zelos,
Ella fué la inocente,
Yo fuí el reo.

---

# NOTICIA DE D. ALBERTO LISTA.

Nació en 15 de octubre de 1775 en Triana, arrabal de Sevilla, de una familia pobre, que se sostenia con una fábrica de cintería, en la cual se vió precisado á trabajar para poder continuar sus estudios en los primeros años de estos.

Estudió en la universidad de Sevilla filosofía, teología y cánones: es bachiller en las dos primeras facultades. Estudió matemáticas en los estudios de la real sociedad de Amigos del pais de la misma ciudad.

A los quince años fué profesor de matemáticas en dichos estudios, y á los veinte fué nombrado por el rey para una cátedra de la misma facultad en el colegio de náutica de San Telmo de la misma ciudad.

En 1803 obtuvo por oposicion la cátedra de filosofía en el colegio de San Isidoro de la misma ciudad: en 1806 sirvió la cátedra de humanidades fundada por la sociedad de Amigos del pais de Sevilla: y en 1807 fué nombrado para la cátedra de retórica y poética de la universidad.

La pequeña suerte que se habia formado, desapareció por haber tenido que emigrar á Francia en 1813 cuando los ejércitos de Napoleon salieron de España. Volvió á su patria en 1817, y al año siguiente obtuvo por oposicion la cátedra de matemáticas erigida por el consulado de Bilbao.

En 1820, pasó á Madrid: fué redactor en los periódicos intitulados el *Censor* y el *Imparcial:* y en 1828 y 1830 de la *Gaceta de Bayona* y de la *Estafeta de San Sebastian*. En 1833 fué nombrado director de la redaccion de la *Gaceta de Madrid*.

Es sacerdote, individuo de la sociedad de Amigos del pais de Sevilla, de la academia de Bellas Letras de la misma ciudad, y de las de la Historia y de la Lengua en Madrid.

Ha empleado la mayor parte de su vida en la enseñanza y el estudio. Sus obras impresas son las siguientes:

El *Elogio del conde de Floridablanca*, mandado escribir por la junta central:

Sus *Poesías*, impresas en Madrid en 1822, en un tomo en 8°, y reimpresas en Paris, año de 1834, con el título: *Poesías de don Alberto de*

*Lista*, edicion ajustada á la de Madrid de 1822 y aumentada con una composicion del mismo autor, 12°[1].

Un *tratado de matemáticas puras y mixtas* que escribió para uso de un colegio que fundó en Madrid en 1821.

Un *curso de historia universal* (es imitacion del frances del conde de Segur).

Sus poesias son casi todas del género lírico, que es el único á que se ha dedicado: mas en ellas se ha señalado tanto que se le debe colocar entre los primeros poetas modernos de aquel género no solo de España sino de Europa. Hase pues formado con el estudio de los poetas clásicos de la antigüedad y los castellanos del siglo de oro; y es quizá entre los poetas españoles el que ha sabido reunir con el mejor éxito la precision, claridad, y elegancia de los clásicos antiguos con el encanto, halago y riqueza de los castellanos, y la profundidad metafísica de los modernos. Sirvan de prueba sus *traducciones*, mejor diremos sus *imitaciones de Horacio*, escritas con tanta maestría que el mismo poeta romano no hubiera podido decirlo mejor, á haberse valido de la habla castellana; sus *poesías sagradas*, compuestas en el espíritu de aquel cristianismo romántico en que los castellanos han aventajado á todas las demas naciones de Europa; sus *líricas profanas*, llenas de patriotismo y vuelo, por las que ha verificado lo que de él habia pronosticado su célebre maestro *Melendez*, diciendo: «En don Alberto de Lista veo renacida la Musa del divino Herrera;» sus *poesías filosóficas* en que no se sabe que admirar mas: ó la apacibilidad de los sentimientos, ó la humanidad, nobleza y elevacion en las miras, ó la perfeccion del estilo y la versificacion; en fin sus *poesías amorosas* y *anacreónticas* en que si no se iguala al «dulcísimo Batilo,» á lo menos no cede á ninguno de cuantos, entre sus demas compatriotas, han pulsado el blando laud de Anacreonte.

---

[1] La composicion adicionada en esta edicion es el romance al excelentísimo señor duque de Frias en la muerte de su esposa, la excelentísima señora doña María de la Piedad Roca de Togóres (inserto en la *Corona fúnebre* en honor de la excelentísima señora duquesa de Frias, impresa en Madrid, año de 1830.)..

# POESIAS

DE

## D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

### *La espigadera.*

Zagala donosa,
Linda espigadera,
Que el dorado fruto
Llevas á la aldea,
Pon sobre mis hombros
La carga ligera;
No mas afanada
Mis ojos te vean.
Mira que envidiosa
Vénus te aconseja
Malogres tus años
En ruda faena:
¿Qué placer te brindan
Las desnudas eras,
Los tostados haces,
Las aristas secas?
El sol con sus rayos
Abrasa la tierra,
Sin que leve sombra
De su ardor defienda:
Enjutas del rio
Se ven las arenas;
Y al márgen se apiñan
Las mustias ovejas.
Sin flores el prado,
Los campos sin yerba,
Los árboles secos,
La fuente sedienta,
Ni cantan las aves,
Ni céfiro vuela;
La triste cigarra
Tan solo resuena...
¡Ay! ven; y en la gruta,
De musgo cubierta,
En pláticas dulces
Pasemos la siesta:
Que amor te convida,
Te llama, te espera,
De gente curiosa
Guardando la puerta.

### *La barquera.*

Niña de las redes,
Eres, segun creo,
De la mar nacida
Y hermana de Vénus:
Al nacer, corteses
Las olas les dieron
Color á tus ojos,
Mudanza á tu pecho;
La cándida espuma,
Que rizan los vientos,
Dió sal á tu boca,
Blancura á tu cuello;
Y el mar en la orilla,
Buscando y huyendo,
De tratar amores
Te dió el mal ejemplo.

## ANACREONTICAS.

### I.

¿Quién bebió en esta copa?
Fué sin duda una abeja;
Y ha dejado el veneno,
Y tambien la saeta...
*No fué una abeja, huésped;*
*Un niño hermoso era.*
¿Un niño? — *Si.* — ¿Con armas? —
*Y en la frente una venda...* —
No sigas; que en mi pecho
Ya ha dejado otras señas.

### II.

Deja que estalle el trueno;
Echa vino y bebamos:
¿Viste nunca una cepa
Herida por el rayo?
Hasta el mismo Vesubio
Paga tributo á Baco;
Y respeta el viñedo
En su lava plantado.
Busqué en vano de Italia
Los héroes y los sabios;
Escombros y cenizas
Mis ojos solo hallaron:
De Roma apenas dura
El vano simulacro,
La sombra de Pompeya,
La tumba de Herculano...
Mas hallé de Falerno
El néctar regalado,
Y apuré una botella
A la salud de Horacio.

### *El Amor en venta.*

Acudid, zagalas...
¡ Qué lindo Amor vendo!
Miradle en mi mano,
Por las alas preso. —
¿ *Es dócil ?...* y niño.
¿ Donoso ?... Hechicero.
¿ Calladito ?... Mudo.
¿ Complaciente ?... Ciego.
¿ Alegre ?... Cual mayo.
¿ Veloz ?... Como el viento.
¿ Y fiel ?... Cual vosotras.
*Ya no le queremos.*

### *Los juegos del Amor.*

Con un cristal Cupidillo
Jugando, el sol reflejaba;
Y á Dorila deslumbraba
Con el vivísimo brillo:
Mas con maligna intencion
El cristal inclinó luego;
Y al instante prendió el fuego
En el tierno corazon.

Quitóse el cendal un dia,
Y los ojos vendó á Flora;
Y la inocente pastora
Del leve juego reia:
Mas el rapaz se ocultó;
Afligióse la doncella;
Y al ir ciega tras su huella,
Presa en sus redes quedó.

### *Poco peso!!!*

Sobre una peña estribando
Amor colocó una rama;
Y en un extremo se posa,
Mientras el otro levanta:
Cuélganse dél á porfía
Las inocentes zagalas;
Mas ninguna vencer puede
A un niño tierno y con alas.
Añaden por peso votos
Y prendas mil de constancia,
Y el dios añade una rosa,
Y mas ligeras las alza:
Dábanse al fin por vencidas;
Pero dejólas vengadas
Una leve mariposa,
Inclinando la balanza.

### *Los besos.*

Cien veces ciento,
Mil veces mil,
Mas besos dame,
Laura gentil,
Que flores crian
Mayo y abril,
Y arenas llevan
Dauro y Genil.
*Mucho demandas.*—
Poco pedí.—

*¿Bástate un beso?*—
Dámele, sí;
Pero tus labios
Clávense en mí;
Y hasta la muerte
Nos halle asi!

### *El Amor cautivo.*

Zagalas crueles,
No mas rigor ya;
Que Amor como niño
Merece piedad:
Los grillos de flores
Al punto soltad;
Las duras espinas
Hiriéndole estan.
Si burlas donosas
De tierno rapaz
Con leve escarmiento
Quisiereis vengar,
Quitadle las flechas,
Robadle el carcax;
Con vuestros ojuelos
No ha menester mas,
Mirad como tiembla
Con ansia mortal;
Y juntas las manos,
Demanda la paz:
No herir vuestros pechos
Quisiera jurar;
Mas teme os ofenda
Su amarga piedad:
Si os huye, es ingrato;
Si os sigue, es audaz;
Sentis sus perfidias,
Y os cansa leal...
En esto Cupido
Se escapa sagaz,
Y lanza riendo
La flecha mortal:
Su madre en los brazos
Le vuelve á estrechar,
Y ve á las zagalas
Heridas llorar.

### *Enigma.*

Amor manda cuando ruega,
Ve con los ojos vendados,
Brinda paz y da cuidados,
A un tiempo concede y niega.
Busca delicias fugaces,
Y halla continuos desvelos;
Se atormenta con los zelos,
Y se cansa con las paces.
Le ablanda el duro desden,
Le irrita el humilde ruego;
En nieve le trueca el fuego:

Con daño compensa el bien.
  Es cual niño veleidoso,
Y cual pájaro fugaz;
Si callar debe, locuaz;
Y cuando hablar, silencioso:
  Vario cual tarde de abril,
Que el sol brilla y se oye el trueno,
Quédase el cielo sereno,
Y núblase veces mil:
  Amor se abate y se engrie
Ya receja y ya adelanta,
Busca y huye, gime y canta,
Sufre y goza, llora y rie;
  A la par quiere y no quiere,
Se enoja y se desenoja,
Vase, vuelve, tira, afloja,
Nace, crece, vive, muere...
  ¿Quién tendrá el arte ó poder
De sondear este abismo;
Quién, Amor, cuando tú mismo
No te puedes comprender?

### *El Amor y la sensitiva.*

  Por los jardines de Páfos
Iba Amor buscando yerbas,
No para sanar heridas,
Para enherbolar sus flechas;
Cuando oculta entre las flores
A la sensitiva encuentra,
Rizada como las plumas
Que el dios en sus alas lleva.
Atrevido fué á tocalla,
Y tímida se repliega;
Le aplica el rapaz sus labios,
Y ella sus hojas le cierra:
Una vez y otra porfía;
Le hechiza la resistencia;

Y por la púdica planta
Las flores mas lindas deja.

### *La mansion del Amor.*

Red en los árboles veo;
Liga en la yerba sentí...
O me engaña mi deseo,
O el Amor se hospeda aquí.
¿Quién ha mecido estas flores?
¿Quién ha libado su miel?
Es un enjambre de amores,
Que revuela en el vergel.
En medio va mi zagala,
Y á porfía la enamoran:
Vénus misma no la iguala,
Y ellos cual madre la adoran.
Entonan himnos sŭaves,
Y al mirarla se embelesan;
Y les responden las aves,
Y con los picos se besan.
La vid al álamo enlaza,
Y hasta su copa se eleva;
Al olmo la hiedra abraza;
El aura semillas lleva:
No hay flor que no ame á otra flor;
No hay ser que el amor no inflame;
No hay ave que á otra no llame
Al dulce nido de amor.
Al amor todo convida:
Amor da al hombre consuelo;
Amor al mundo da vida;
Aman la tierra y el cielo.

¿Quién da á la aurora
Luz y rocío,
Galas á Flora,
Mies al estío,

Y al bosque umbrío
Pompa y verdor?...
Solo el Amor.
  Y por los huecos
Vuelven los ecos:
*Amor... Amor!*
  ¿Quién el sustento
Conduce al nido?
¿Quién puebla el viento
Y el mar tendido?
¿Al firmamento
Quién da esplendor?...
Solo el Amor.
  Y Vénus bella
Desde su estrella
Repite: *Amor!*

### *La Alhambra.*

Venid á mis voces, doncellas hermosas
Que hollais la ribera del Dauro y Genil;
Venid coronadas de sándalo y rosas,
Mas puras, mas frescas que el aura de abril.
Flotando en la espalda los negros cabellos,
Los ojos de fuego, los labios de miel,
La túnica suelta, desnudos los cuellos,
Cantando de amores seguidme al vergel...
*Amor* resonaron las grutas del rio;
*Amor* en las selvas cantó el ruiseñor;
*Amor* las montañas, el bosque sombrío,
La tierra, los cielos repiten *amor*.
Y allá en el Alcázar, orgullo del moro,
Que ya de tres siglos la mano arruinó,
Rodando en los muros de mármoles y oro,
Un sordo murmullo de *amor* resonó...
¿Qué se hizo su gloria, su pompa, su encanto,
Los triunfos y empresas de tanto galan?
¿Las cañas y fiestas, la música y canto,

Jardines y baños y fuentes dó estan?
  El jaspe ya cubren abrojos y espinas;
Do rosas crecieron, la zarza se ve;
A llanto provocan las míseras ruinas;
Los rotos escombros detienen el pie...
  ¡Ay! ninfas del Dauro, venid á mis voces;
Mirad cual fenecen la gloria y beldad:
Y en tanto que vuelan las horas veloces,
De amor las dulzuras, la dicha gozad!

## *Admonicion á un poeta novel contra la tentacion de escribir sátiras.*

  Sé dócil, Fabio, atiende á mis razones,
Y no corras derecho al precipicio,
Sin ver el grave riesgo á que te expones.
  Eres mozo y honrado; ves al vicio
Alzar impune la soberbia frente,
Y á su aspecto no mas sales de quicio;
  Sin reparar, o jóven inocente,
Que con vano sermon nada se alcanza,
Si se va contra el viento y la corriente.
  ¿No es mejor que á la insípida alabanza
Consagres tus vigilias y sudores,
Ganando para tí lucro y holganza?,
  Celebra á los magnates y señores;
Por Mecenas elige al mas menguado,
Y derrama á dos manos tus loores;
  Que aunque en lugar de incienso regalado
Mezcles inmunda pez, resina y brea,
Y al ídolo en su altar dejes ahumado,
  Verás cual se entumece y pavonea
Con el tributo vil, y paga ufano
Cuanto su necio orgullo lisonjea.
  Si es de mal corazon, llámale humano;
Si pródigo, galan y generoso;
Sabio y modesto, si ignorante y vano:
  Miente y adula á roso y á velloso,
Seguro que ninguno te desmienta,

Cierto de hallar aplauso numeroso;
  Y en un año, en un mes, por mí la cuenta
Si has menester Apolo ni Pegaso
Para lograr honores, fama y renta.
  No traigo á la memoria un solo caso
En que el decir verdad premio consiga;
Y antes por ello ví mas de un fracaso:
  Asi, no es de extrañar que el tropel siga
La senda mas trillada y espaciosa,
Que al término conduce sin fatiga;
  En tanto que apocada y temerosa
Se esconde la virtud bajo la tierra,
Y aun allí el vicio con furor la acosa.
  Mas si vivir no quieres siempre en guerra,
A sombra de desvan, pobre y desnudo,
A Persio y Juvenal con llave encierra;
  Deja el veraz estilo, áspero y rudo,
Y alambica un elogio almibarado
Que cuele blandamente sin embudo.
  Yo no he visto en mi vida potentado
Que un Licurgo no fuese en su alto asiento
Y de todas virtudes fiel dechado;
  Ni uno tampoco he visto que, al momento
Que por tierra cayó, no mereciera
Servir, cual otro Luna, de escarmiento.
  No he visto un general que no pudiera
A César y á Pompeyo dar lecciones,
Y que no esté atrasado en su carrera;
  Ni un asentista, henchido de doblones,
Que no fuese columna del estado,
Del pueblo entre las crudas maldiciones.
  ¿Quién halló un juez venal en alto estrado?
¿Quién no encontró talento á un palaciego?
¿Quién conoce un bribon condecorado?...
  Pues en la corte estás y no eres ciego,
Díme si aunque demonio te volvieras,
Halláras leña en que cebar tu fuego.
  Juro y rejuro, hablándote de veras,

Que falta material á la censura,
Como mentir y calumniar no quieras:
Y si debiste al cielo por ventura
Musa festiva, alegre y burladora,
La diestra armada de manopla dura,
Hazle amansar su furia azotadora,
O procura que pague el escudero
El encanto fatal de su señora.
Este es el medio, Fabio, que prefiero;
Que no es nuevo pagar el inocente,
Y ostentarse el culpable erguido y fiero:
Y si lanzar no puedes de la mente
La viva comezon de incuba Musa,
Que ni paz ni reposo te consiente,
De aquel feliz arbitrio al menos usa,
Y en posadera ruin descarga recio,
Sin tener que pedir perdon ni escusa.
A un alcalde pedáneo llama necio;
Dí que roba á man-salva un boticario;
Trata á un pobre cornudo con desprecio;
Saca á plaza un poeta perdulario;
Empluma alguna vieja Celestina,
O acusa á un fiel de fechos de falsario...
Mas cuenta que la misma ventolina
No te engolfe despues en mar bravía,
Do el piloto mas diestro halla su ruina.
Regla sin excepcion: en viendo *usía*,
Hermanadas estan virtud y ciencia,
Y las debes tratar con cortesía;
Y si asomas vislumbres de *excelencia*,
O de una placa atisbas los reflejos,
Ya les puedes hacer la reverencia.
Mas si infundados juzgas mis consejos,
Por norma elige al cazador prudente,
Que audaz persigue á liebres y conejos;
Y cura bien no echarla de valiente
Con los soberbios tigres y leones,
De corva garra y de aguzado diente.

Del mar en las undívagas regiones
El pez mayor embiste al pequeñuelo,
Y huye de los hambrientos tiburones;
Y en las aves alígeras del cielo
Tras la paloma arrójase el milano,
Y del buitre rapaz no turba el vuelo.
Tan natural y propio al ser humano
Es perseguir al débil y abatido,
Y evitar aun el riesgo mas lejano,
Que no verás rapaz recien nacido
Que al flaco gosquecillo no atormente,
Y de robusto can no huya al ladrido.
Lo mismo debe hacer hombre prudente;
Que lo demas son pláticas de antaño,
De que se burla ya la culta gente.
Y si tal vez creyeres que te engaño,
A salvo pongo el ánima y conciencia
Con prevenirte á tiempo de tu daño:
Haz por juego siquiera la experiencia;
Mas no te quejes del rigor del hado,
Cuando sufras la dura penitencia.
Yo por mi parte huiré de tal pecado,
Aunque Apolo me ofrezca su corona:
Que es lícito en el mundo ser malvado;
Mas decir la verdad no se perdona.

## EPITAFIOS.

### *El cementerio de Momo.*

Yace aquí un mal matrimonio,
Dos cuñadas, suegra y yerno...
No falta sino el demonio
Para estar junto el infierno.

—

¡En sepulcro de escribano
Una estatua de la Fé!...

No la pusieron en vano;
Que afirma lo que no ve.

—

¿Ya hay pleito sobre el sepulcro,
Y aun no está el hombre enterrado?
¡Este sí que era letrado!

—

Yace aquí Blas... y se alegra
Por no vivir con su suegra.

—

Agua destila la piedra,
Agua está brotando el suelo...
¿Yace aquí algun aguador? —
No señor: un tabernero.

—

Un delator aquí yace...
Chito! que el muerto se hace.

—

*Aquí yace una doncella...*
Y han borrado *de labor...*
Siempre es bueno hacer favor.

—

Yace en esta estrecha caja
El sastre mas afamado;
Y dicen que no ha robado...
Al menos en su mortaja.

—

¡Cuñados en paz y juntos!...
No hay duda que estan difuntos.

—

Aquí yace una beata
Que no habló mal de ninguna...
Perdió la lengua en la cuna.

Aquí un médico reposa,
Y al lado han puesto á la Muerte...
Iban siempre de esta suerte.

—

Al pie del sepulcro un cuerno!...
¿No admite dos el infierno?

—

Aquí un hablador se halla...
Y por vez primera calla.

—

Aquí yace una viuda
Que murió de pena aguda,
Apenas hubo perdido
A su séptimo marido.

—

Aquí se enterró un suizo...
Por el dinero lo hizo.

—

Aquí yace una soltera,
Rica, hermosa, forastera,
Que sordo-muda nació...
¡Si la hubiera hallado yo!

—

*Sub hoc tumulo*... adelante;
Que este será algun pedante.

—

Aquí yace un andaluz...
Por eso han puesto esta cruz.

—

Don Juan de Az... pei... ti... gu... rrea...
Para el diablo que te lea.

—

Ya que no pide doblones,
Pide esta vieja oraciones.

Canónigo... de repente...
Y morir en Noche Buena!...
Se le indigestó la cena.

—

Eche una limosna, hermano;
Y que no suene el dinero,
No reviva este usurero.

—

Aquí enterraron de balde,
Por no hallarle una peseta...
No sigas: era poeta.

—

Una palma han colocado
En la tumba de Lucía...
Es que dátiles vendia.

—

Aquí yace un cortesano,
Que se quebró la cintura
Un dia de besamano.

—

*Aqui jaz ó mui illustre*
*Senhor João Mozinnho Souza*
*Carvalho Silva da Andra...*
Sobra nombre ó falta losa.

—

Aquí yace un juez de vagos,
Que en Madrid ocioso anduvo...
¿Y en qué diablos se entretuvo?

—

Aquí reposa un frances...
Al fin parado le ves.

—

Aquí yace entre laureles
Un gran autor de comedias,

Que murió helado en el patio
Sin que un cristiano lo viera.

—

Aquí yace sor Belen,
Que hizo almíbares muy bien,
Y pasó la vida entera
Vistiendo niños de cera.

—

Aquí yacen cuatro socios,
Que juntaron gran caudal:
Un médico, un boticario,
Un cura y un sacristan.

—

Aquí yace el rey Ramiro,
Que libró á España del *feudo*...
Al moro que hoy lo cobrare
La ganancia no le arriendo.

—

Aquí yace un oidor sordo...
Un relator tartamudo...
Un vista con cataratas...
¡Pues anda bonito el mundo!

—

Aquí yace un contador,
Que jamas erró una cuenta...
A no ser á su favor.

—

Un borrego han esculpido
En esta tumba modesta...
¿Tuvo el difunto el toison?...
Fué escribano de la Mesta.

—

Aquí á una bruja enterraron,
Chamuscada á fuego lento...
Nunca es malo un escarmiento.

Aquí yace un cobrador
Del voto del rey Ramiro...
¿No era mejor dar mugeres
Y quedarnos con el trigo?

—

Aquí yace un mayorazgo
Junto á su hermano mellizo:
Este se murió de hambre;
Y aquel se murió de ahito.

—

Aquí Susana reposa...
Por supuesto no la *casta*...
Con que usted lo diga basta.

—

Aquí yace un proyectista,
Que quiso dar por asiento
Agua, tierra, fuego y viento.

—

Aquí yace un egoista,
Que no hizo mal ni hizo bien...
*Requiescat in pace*, *Amen*.

—

Aquí yace don Matías,
Acusado de tacaño:
Y daba *gratis* al año...
Pésames, pascuas y dias.

—

El general que aquí yace
Hizo lo mismo que el Cid...
Entraba muerto en la lid.

—

Aquí yace un alquimista,
Que en oro trocaba el cobre...
Y murió de puro pobre.

—

Aquí yacen dos maestrantes..
Ocupados como antes.

### *El árbol de la esperanza.*

Al pie nace de una cuna
El árbol de la esperanza;
Y al son del viento se mece,
Frágil cual trémula caña:
Solo un instante por dicha
Manso el céfiro le halaga,
Que el cierzo helado lo seca,
Y el austro ardiente lo abrasa.
Crece, da vistosas flores,
Y el fruto rara vez cuaja:
Cual tierna flor del almendro
Muere por nacer temprana.
Cuanto mas alto se encumbra,
Mas peligros le amenazan;
Como el cedro que descuella
Los rayos del cielo llama.
Reposa el águila altiva
En su copa soberana;
Mientras insectos traidores
Estan royendo su planta:
Hondas echa las raices;
Lejos extiende sus ramas;
Y apenas da escasa sombra,
La muerte su tronco tala.

### *Fantasía nocturna.*

« Para mí da la tierra tantos frutos;
Nada el pez, pace el bruto, el ave anida;
Dos mundos ciñe el mar; luce la luna,
Alumbra el sol, y las estrellas brillan... »
Asi en la humilde grama reclinado,
Vuelta al cielo la frente envanecida,
Soñaba el hombre, y de natura toda
Señor, árbitro y dueño se imagina.

En la copa de un álamo cercano
Un águila caudal posaba altiva;
Tal como ardiendo el rayo entre sus garras
Al pie de Jove se ostentara un dia:
« ¿ Quién como yo? (con su ademan clamaba)
Las aves por su reina me apellidan:
Si me place abatirme hasta la tierra,
Cruzo de un vuelo la region vacía;
Y el rumor de mis alas al ganado
Y al mísero pastor atemoriza:
Si me place, remóntome hasta el cielo;
Clavo en el sol la penetrante vista;
Y la nube que aterra al débil hombre
Miro bajo mi planta suspendida. »
Al pie del árbol mismo, entre la yerba,
La luciérnaga apenas relucia;
Mas no menos sus títulos de gloria
Recordaba á la par desvanecida:
« Los prados me dió el cielo por recreo,
Las flores por morada y por delicia;
Para mí sola el céfiro las abre,
Las tiñe el sol, y el alba las rocia:
Me apaciento en la tierra como el bruto;
Las alas bato como el ave altiva;
Doy luz al hombre, que camina á ciegas;
Y alguna estrella mi esplendor envidia. »
Entre tanto los astros lentamente
Por el cielo su curso proseguian;
La tierra reposaba silenciosa;
El mar en la ribera se dormia...
Mas con un soplo el viento meció el árbol,
Y al águila ahuyentó despavorida;
Desgajóse una rama, y turbó el sueño
Del que señor del orbe se creia;
Y al miserable insecto hundió en el polvo
Una hojilla del árbol desprendida.

## DISCURSO MORAL

### *Sobre la templanza en los deseos.*

¿De qué se queja, Arnesto, el débil hombre,
Si su menguada condicion olvida;
Y sin límite explaya sus deseos,
Cual turbio mar sin fondo y sin orilla?
Nace llorando en angustiosa cuna,
Y largo tiempo con afan respira;
Amparando su frágil existencia
De una madre el amor y las caricias:
Como sueño fugaz vuela su infancia,
Sin que acierte á gustar su breve dicha;
Y apenas ya garzon saluda ufano
La grata primavera de la vida,
Él propio acorta el término á sus bienes,
Y cuanto toca con su ardor marchita.
De una ilusion en otra, de un delirio
Precipítase en mil; ansia, suspira,
Corre con loco afan, tiende los brazos
Tras una y otra sombra fugitiva;
Y al irla ya á estrechar contra su seno,
La suerte con un soplo la disipa.
Asi agota su mísera existencia;
Eternos juzga los veloces dias;
Y los granos de arena cuenta ansioso
Que miden los instantes de su vida;
Mientras de males y dolor cargada
La vejez lentamente se avecina;
Y al ir el infeliz á dar un paso,
Abierta ante sus pies la tumba mira.
¿Quién en el mundo, quién, díme uno solo
Que el breve espacio con sus ojos mida;
Y el ímpetu modere y el aliento,
Con la meta fatal siempre á la vista?...
Corren los unos á estrellarse ciegos;

Con gesto y voz aquellos los animan;
Y otros los siguen, y otros los empujan;
Y todos á la par se precipitan...
   Labra en arena su ventura el hombre:
Y segura y eterna la imagina;
Sin reparar en la funesta playa
Las rotas naves y recientes ruinas:
Como al pie mismo del Vesubio ardiente
Cercas, hogares, pueblos se fabrican
De otros pueblos con míseros escombros,
Con la tostada lava apenas tibia!
   Aunque la ciega suerte muestre acaso
La engañadora faz grata y propicia,
No en tu ilusion presumas, caro Arnesto,
Que disfrute el mortal dicha cumplida:
El goce de los bienes mas ansiados,
De otros mayores el afan excita;
Y apenas á una cumbre asciende el hombre,
Otras mas altas sobre sí divisa:
Cual el viagero en los fragosos Alpes
Cien y cien montes trepa con fatiga;
Y cuando sueña el término cercano,
Ve allá en los cielos la nevada cima.
   En frágil tabla al piélago sañudo
Se arroja el mercadante: hogar, familia,
Patria, amigos, esposa, hermanos, hijos,
A la sed de riqueza sacrifica;
Sin que le asombre la distancia inmensa,
El hondo mar, el ignorado clima,
Ni pestilente fiebre que le aguarda
Cual triste nuncio en la fatal orilla.
Llega, corre, se afana, de mil siervos
Rinde el esfuerzo á la mortal fatiga;
De avara acusa el mísero á la tierra;
Y estéril halla la opulenta mina.
   Arbitro de la Grecia, en regio trono
El hijo de Filipo se vió un dia;
Y en tan estrechos límites se ahoga,

Y extiende victorioso sus conquistas:
Tiembla á su voz la Europa, tiembla el Asia,
Cien y cien reyes doblan la rodilla:
Y al llegar á los términos del mundo,
Aun halla estrecho el ámbito y suspira.
¿Pero á qué en el torrente de otros siglos
Buscar tanto escarmiento, tanta ruina,
Cuando á mirarlas con los propios ojos
Nos condenó á los dos la suerte impía?
Al abrirlos al sol por vez primera,
Temblaba ya la tierra estremecida,
Y al pasar la niñez en leves juegos,
A raudales la sangre se vertia,
La juventud en vano lisonjera
Nos brindó con amores y delicias;
Mientras la voz de la afligida patria
Ahogaba en nuestros pechos la alegría,
Y en vez de amenos prados, solo vimos
A hierro y fuego yermas las campiñas.
¿Mas qué fué del mortal que allá en su mente
El destino del orbe revolvia,
Y árbitro de la suerte y la victoria
La tierra un tiempo le aclamó sumisa?
El eco de su nombre llenó el mundo,
Cuando apenas sus pálidas mejillas
El bozo sombreaba; y en los Alpes
Borró las huellas que dejara Aníbal.
Venció, tornó á vencer, domó la Italia:
Llevó despues al Nilo sus insignias;
Y al imperio aspiró del rico Oriente
Por los tristes desiertos de la Siria.
Mas revolvió la vista hácia su patria,
Que desgarraba sus entrañas mismas,
Y el corazon latiéndole en el pecho,
A su ambicion el lauro pronostica:
Voló, llegó, paró con fuerte diestra
El carro que al abismo ya corria;
Mas le cargó de grillos y cadenas,

Y un monte de trofeos le echó encima.
En su cumbre asentado, vió á sus plantas
Una diadema en sangre humedecida;
Y la recoge audaz, su frente ciñe,
Y á la Europa aterrada leyes dicta.
   Búscale ahora, búscale, si puedes,
En el estrecho hogar de estéril isla,
Cual leve punto en el espacio inmenso,
En el seno del piélago perdida...
Míralo, él es, Arnesto: solo, inmóvil
Sobre una roca en la desierta orilla,
Quien vió á sus pies postradas cien naciones
Y cien coronas en el polvo hundidas,
Ve crecer y llegar las recias olas,
Que amenazan su planta estremecida;
Y apenas á su mísero sepulcro
Asilo y paz concederán un dia!

## NOTICIA DE D. F. MARTINEZ DE LA ROSA.

Nació en la ciudad de Granada en 10 de marzo de 1789 de una familia hidalga. Despues de haberse dedicado al estudio de las humanidades y de algunas lenguas vivas, cursó en la universidad de su pais natal las aulas de filosofía, matemáticas, derecho civil y canónico. En la misma universidad fué catedrático de filosofía y profesor en el colegio de San Miguel, perficionándose asi ya entonces en el difícil arte de orador público para que tenia un númen singular, y en que habia de brillar tanto despues. Invadida su patria en 1808 por las tropas del usurpador, él tambien se alistó en las banderas del partido nacional, fomentando por su elocuencia el espíritu de independencia y sosteniéndole por la publicacion de un periódico patriótico. Por eso tuvo que huir las armas victoriosas de los franceses, y se refugió á Cádiz, en donde se reunieron los partidarios de la independencia nacional que, durante el sitio de aquella ciudad, preparaban la constitucion de 1812. Martinez, demasiado jóven para participar en los trabajos de aquella junta, fué comisionado con negociaciones diplomáticas, y, entre otros, enviado á Londres, donde aprovechó la ocasion para familiarizarse con la constitucion inglesa, á la cual tenia siempre una singular aficion. Aquí fué que imprimió por primera vez su poema *Zaragoza* (Londres, 1811) que habia compuesto para disputar el premio ofrecido á nombre de la nacion por la suprema junta central, poco despues de acaecida la rendicion de Zaragoza en el año de 1809 [1].

Vuelto á Cádiz en 1812, é inspirado por las extraordinarias circunstancias en que á la sazon se hallaba aquella ciudad, todavía estrechamente asediada por el ejército frances, compuso allí la tragedia de *la Viuda de Padilla* que, segun él mismo refiere, « se representó por primera vez en el mes de julio del mismo año y en dias tan aciagos, que ni aun pudo salir á luz en el teatro de Cádiz, por el grave riesgo que en él ofrecian las bombas arrojadas por el enemigo, que habian estado á punto de causar, muy poco tiempo antes, la ruina de aquel edificio, lleno cabalmente de gran número de personas : por cuyo motivo se construyó, como por ensalmo, en el parage mas apartado del fuego enemigo, un teatro interino labrado de madera, y en él fué en que se representó al principio esta tragedia. Cuando despues la suerte de las armas alejó todo peligro de aquella ciudad, y dejó libre y salvo el territorio de la Península, se representó igualmente en el teatro de la corte y en otros del reino; con cuyas pruebas favorables alentado el autor, imprimió su obra en Madrid, á principios del año de 1814, insertando en aquella edicion, asi como en esta (habla de la reimpresion de aquella tragedia en sus *Obras literarias*, tomo III, pág. 47), un *Bosquejo histórico de la guerra de las comunidades.* »

---

[1] Este poema va reimpreso del mismo modo que se publicó entonces, en el tomo III de sus *Obras literarias*, y en la coleccion de sus *Poesías* publicada en Madrid, en 1833, en donde se le imprimió por primera vez en España.

Cuando la convocacion de las cortes ordinarias en Madrid en el año de 1814, Martinez habiendo alcanzado ya la edad legal de 25 años, fué nombrado unánimemente diputado á ellas por su provincia de Granada. A esta sazon imprimió una obrilla histórico-politica que lleva por título : *La Revolucion actual de España bosquejada*, Madrid, 1814, 8°. —

Despues de la primera restauracion, por haber abrazado con calor el partido constitucional, fué aprisionado y condenado á un presidio de Africa (el Peñon de Velez), en donde tuvo que permanecer hasta estallar la revolucion de 1820. Tambien en esta aciaga época de su vida fué su consuelo el cultivo de la poesía; asi compuso entre otros en 1818 la tragedia de *Morayma* que va impresa en el tomo IV de sus *Obras literarias*. Recobrada su libertad volvió á ser nombrado á las córtes extraordinarias de 1820 y 1821, señalándose tambien entonces por su eminente talento oratorio y su moderacion. A fines del año de 1821 se representó por primera vez en Madrid su comedia : *La Niña en casa y la Madre en la máscara*, que fué representada posteriormente, y tambien con mucho aplauso, en los demas teatros de España y en algunos de América; mas no fué impresa antes de salir insertada en la coleccion de sus *Obras literarias*, tomo III, pág. 163 y sig [1].

En el mes de febrero del año de 1822 Martinez fué nombrado, aunque mal de su grado, primer secretario de estado y del despacho, pero ya por la crisis de 7 de julio del mismo año no solo fué desposeido de su ministerio, sino tambien encerrado en el palacio real; corrió peligro su vida. Mas aun despues de haber tomado la ventaja los comuneros y descamisados sobre el partido del rey absoluto, no se mejoró mucho la situacion de Martinez; pues tambien estos perseguian los moderados ó anilleros, como entonces los apellidaban, con cuyo partido él habia adherido.

Cuando la restauracion de 1823 volvió á ser desterrado; pasó á Holanda, recorrió Francia, la Suiza y la Italia, fijando en fin su residencia en Paris, donde se ocupó exclusivamente en cultivar su númen, extender y estrechar sus relaciones con los mas floridos ingenios de aquella corte, y en publicar la coleccion de sus *Obras literarias* que allí salió á luz en los años 1827–1830, 5 vol. en–12 frances; — del tomo I° se publicó en 1834 una segunda edicion corregida [1].

---

[1] De esta comedia se ha representado una imitacion francesa (*La Mère au bal et la Fille à la maison*) en el teatro de *Vaudeville* de Paris.

A fines de 1831 regresó con permision del rey á su patria, y vivió en un principio en Malaga, ocupándose entonces en reunir y corregir sus *Poesías líricas*, añadiendo algunas composiciones nuevas, con que formó la coleccion que al año de 1833 imprimió en Madrid (en un tomo en–8°), en donde se habia trasladado. A 5 de diciembre del mismo año fué eligido secretario de la real Academia Española, y en 15 de enero de 1834 llamado por la reina gobernadora á la primera secretaría de estado y del despacho que desempeñó hasta 10 de junio de 1835, cuando hizo su dimision, no sin haber corrido otra vez peligro su vida.

Es gran cruz de la real y distinguida órden de Cárlos III, gran cordon de la Legion–de–honor, y comendador de la órden portuguesa de Cristo. Tambien despues de restituidose á su patria y en la carrera política ha publicado, y todavia sigue publicando varias obras, como, ademas de las ya referidas *Poesías líricas*, en 1833 la comedia de *Los Zelos infundados, ó el Marido en la chimenea*, en dos actos, y en verso, representada con mucho aplauso en los teatros de Cádiz, Madrid, etc. [2]; *Hernan Perez del Pulgar, el de las hazañas, Bosquejo histórico*, Madrid, 1834, 8°. — *Espíritu del siglo*, tomo I°, Madrid, 1835, 8°. — Está componiendo, segun entendimos, un *drama histórico* cuyo asunto es tomado de la *guerra actual de Navarra*.

Aunque Martinez se ha grangeado tanta nombradía como poeta, cabalmente por sus composiciones dramáticas y didácticas, aquí no nos toca formar un juicio de ellas, sino solamente de sus *Poesías líricas.* El carácter distintivo de estas, así como de sus demas obras poéticas, es versificacion fácil, pintoresca, armoniosa, dulce; lenguaje puro, propio, y por la mayor parte, castizo; frase tersa, elegante; estilo claro, sencillo. Pero no se puede negar que, habiéndole dotado la naturaleza de una imaginacion mas amena y delicada que grande y robusta, su ingenio inclina mas á lo tierno, apacible y festivo que á lo fuerte, sublime y profundo, y que las caprichosas leyes del clasicismo frances, cuyo yugo todavía no ha sacudido del todo, han cortado tal vez las alas á su imaginacion.

---

[1] Esta edicion contiene, ademas de las obras ya mencionadas, su célebre *Poética* (tomos I y II), obra importantísima cabalmente por las notas que van añadidas y forman un excelente tratado de la historia de la poesía castellana; — su traduccion de la *Epístola de Horacio á los Pisones*; — su tragedia de *Edipo* (tomo IV); — el drama histórico: *Aben Humeya ó la Rebelion de los Moriscos*, escrito originalmente por el autor en frances y representado en el teatro llamado de la *Porte-Saint-Martin*, en Paris, traducido por él mismo al castellano (tambien publicado por separado en Paris); — y el drama histórico: *La Conjuracion de Venecia, año de* 1310, representado con mucho aplauso en Madrid en el año de 1834 (estos dos dramas que contiene el tomo V, son extendidos en prosa y acompañados de unos « Apuntes sobre el drama histórico »).

[2] Ademas de esta comedia, y de la mencionada mas arriba, compuso otra, representada é impresa en Cádiz en 1812, bajo el título: *Lo que puede un empleo*, la cual empero no está admitida en la coleccion de sus *Obras literarias* que ha publicado en Paris.

# POESIAS

DE

## D. JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

---

## ODAS.

### I.

### *Contemplacion.*

El que pretende con osado vuelo,
De orgullo audaz y de ignorancia henchido,
En los espacios penetrar del cielo,
Bajará confundido
Al valle del dolor y del olvido.

Espesa nube, abismo impenetrable
Separa al hombre de la luz gloriosa,
En donde la verdad pura, inefable,
Reside en paz dichosa,
Y en el seno del Padre se reposa.

Puede al genio medir el ancha via
Que discurre con pasos de gigante
La bella antorcha que dispensa el dia;
Y el planeta inconstante
Que refleja su disco radiante.

Empero mas allá, todo es misterio,
Y no es dado saber donde termina

De los celestes orbes el imperio,
Ni cual astro ilumina
La excelsa entrada en la mansion divina.

La noche del error cubre la anchura
Del asilo del hombre, y cuando alcanza
Un débil rayo en su prision oscura,
Veloz corre, y se lanza
A una ciega y dañosa confianza.

Tú, que hasta el solio del empíreo vuelas,
Sublime Fé, divina protectora
Del mortal afligido que consuelas,
¡Ay! díle donde mora
Esa Deidad que reverente adora.

## II.

### *El infortunio.*

Cuando de la ventura
Tanto al humano el soplo favorece,
Que en su letal dulzura,
Sin cuitas se adormece,
Y en ilusiones plácidas se mece,

Entonces se levanta
El infortunio, cual ladron que acecha,
Con silenciosa planta,
Y el letargo aprovecha,
Y fuertes nudos enredor estrecha.

Y ya desembargada
De la dañosa, pérfida mentira,
El ánima atristada
Los nuevos hierros mira,
Y á destrozarlos con furor aspira.

Mas vano es su combate;
Que no hay potencia humana tan forzuda,
Que aquel yugo desate,
Ni ha de haber quien acuda,
Ni del tejido aleve la sacuda.

Cual se desgaja y quiebra
La gigantesca roca de do pende,
Y á la móvil culebra
En su fuga sorprende,
Y en puntas asperísimas la prende;

Y al agudo tormento
La mísera se vuelve, se alza, gira,
Y el pintado ornamento,
Con nuevo esfuerzo estira,
Y cien veces se enrosca, y luego espira:

Asi la envanecida
Mente del hombre al infortunio cede,
Tras lucha empedernida,
Que sus fuerzas excede,
Y en que solo rendirse humilde puede.

Y al espíritu manso
Que en celestial contemplacion se emplea,
Jamas turba el descanso
Tan bárbara pelea,
Mas en las amarguras se recrea.

Viendo que terminado
Su tránsito en el reino del delito,
Subirá coronado,
A aquel templo bendito,
Donde fijó su gloria el Infinito.

## III.

### *La noche.*

Aquella placentera
Serenidad que al ánima embriaga,
Cuando el aura ligera
Por la atmósfera vaga,
Y la abatida frente
Recrea blandamente:

Mientras la excelsa anchura,
Con infinitas luces resplandece,
Y si en la sierra escura
Un astro desparece,
Otro opuesto levanta
Su brillo y se adelanta;

Aquella venturosa
Paz que la parda noche trae consigo,
Es mucho mas preciosa,
Gozada sin testigo,
Y en plácida inocencia,
Que la altiva opulencia.

¡Cuál placer mas intenso
Que contemplar el órden, la armonía
De aquel círculo inmenso
Do en la ausencia del dia,
Lanzan sus luces bellas
Las cándidas estrellas!

Y los altos caminos
Por donde van, en ámbitos profundos,
Los orbes cristalinos,
Antorchas de otros mundos,
En que el saber humano
Se pierde en sueño vano.

Y estarse arrebatado,
Viendo tanto concierto y maravilla,
En un risco apoyado,
La mano en la megilla,
Inmóviles los ojos,
Y el alma sin enojos.

Y escuchar á lo lejos
El raudal bullicioso, que en la cumbre
Despide los reflejos
De la celeste lumbre,
Y abajo se dilata,
Como sierpe de plata.

Y á veces el balido
De la tímida oveja, que en la grama
De algun valle perdido,
La madre tierna llama,
Y la madre responde,
Sin saber do se esconde.

Y cuando se divisa
En la faz sonrosada de la aurora
La matinal sonrisa,
Que las colinas dora,
Irse al mullido lecho
Libre de cuita el pecho.

## IV.

### *El ciervo.*

Sonó la trompa, y al llano
Súbito acuden alegres
Intrépidos cazadores,
Sobre troteros valientes.

Suena otra vez, y en lo oscuro
De las enramadas verdes,
Oyela el ciervo, y levanta
Con viva inquietud la frente.

Alzase, y mirando en torno
Los troncos que lo guarecen,

Do quier descubrir procura
Sus enemigos aleves.

Reprime el tímido aliento,
La ligera planta mueve,
Y aguarda para la fuga
Que mas el riesgo se acerque.

Mas ya en densa nube el polvo
Que los aires oscurece,
Y los ladridos agudos
De los feroces lebreles,

Y el estruendo de las armas,
Y gritos que el aire hienden,
De la sanguinosa turba
La proximidad le advierten.

Lánzase veloz, y salta
Sobre la alfombra de césped,
Y entre los giros frondosos
De la selva desparece.

Descúbrenlo, y anhelantes,
Y mas que las auras leves,
Sus pasos fugaces siguen
Los que juraron su muerte.

Tras él á la sierra suben,
Al hondo valle descienden,
Y del caudaloso rio
Atraviesan las corrientes.

Ya su ciega rabia burla;
Ya en un matorral lo pierden,
Y en torno vagan confusos,
Y dudosos se detienen.

El ciervo en tanto en la márgen
De herbosa y oscura fuente,
Débil, cansado, se oculta,
Y las mansas linfas bebe.

Creyó respirar seguro;
Reclínase blandamente,
Y en plácidas ilusiones
Descuidado se adormece.

Mas ¡ah! que del hombre ignora
Las intenciones crueles;
Si sed de triunfo lo incita
¿Qué barrera lo detiene?

Ni las arenas de Zara,
Ni el muro de eterna nieve,
Que de los polos del mundo
Los anchos circos guarnece.

Ni el raudal enfurecido
Que espantoso se desprende,
Por valles y por laderas
De la cumbre del Pirene.

De cerca los ve el cuitado,
Y apenas salvarse puede
Por el áspero declive
Que un alto risco le ofrece.

Sube á la pelada cima,
Donde á su mirar se extienden

Del Océano insondable
Las llanuras inclementes.

Y resuelto á morir libre,
Porque vivió libre siempre,
Y oyendo de cerca el grito
Que le anuncia cruda suerte,

Rápido se precipita
Desde la altura eminente,
Hallando en las negras olas
La libertad, y la muerte.

## V.

### *Escena campestre.*

Yo ví que se anublaba
Ceñudo el horizonte,
Y que entre pardos visos,
Del aura se perdian los albores.

Y ví que retemblaron
Las cimas de los montes,
Y no escuché el susurro
De las frondosas hayas y los robles;

Sino remotos silbos
De vientos bramadores,
Y tímidos flauteos
Del inocente huésped de los bosques.

Y ví que se extendian
Como masas enormes,
Las nubes, esparciendo
Sobre el éter azul, velos de bronce.

Y la vaga armonía
De indefinibles sones,
Con que al alba saluda,
Lleno de vida y esperanza el orbe,

En silencioso espanto
Súbito trasformóse,

Cual si aguardara incierto
De su ruïna el postrimero golpe.

Y trémulo y confuso,
Al Hacedor entonces,
Alcé mi confianza,
« Piedad » clamando, « es hijo tuyo el hombre. »

Y un soplo leve y puro
Murmuró entre las flores,
Y en pos el aguacero
Salpicó sus aéreos tornasoles.

Y se desvanecieron
Las nubes, y hácia el norte,
Cual huyendo del dia,
Hundiéronse agrupadas y veloces.

Victorioso, esplendente
Como gigante, alzóse
Dentro el domo sublime,
El padre de la luz y de los goces.

## TONADAS (CANCIONES).

### I.

### *No me olvides.*

Flor modesta y delicada,
Que ocultas tus hojas leves
Y sencillas,
Cual huyendo la mirada
De destructoras y aleves
Avecillas;
Flor, consuelo del ausente,
Que nunca adornas la frente
De los Cides,
Sino el pecho de las damas;
Díme, flor, ¿cómo te llamas?
« No me olvides. »

Flor que al cariñoso seno,
Recuerdas el dulce amigo
Desgraciado,
Mientras gime en suelo ageno
Viéndose del patrio abrigo
Desechado;
Flor, que tímida consumes

Los delicados perfumes
Que despides
Entre las selvosas ramas;
Díme, flor, ¿ cómo te llamas?
« No me olvides. »

Flor, recuerdo misterioso
De esperanza lisonjera,
Malograda;
Con cuyo aspecto gracioso
Torna la dicha que fuera,
Ya pasada;
Y tornan llorados bienes,
Risas, amores, desdenes,
Blandas lides,
Ceniza de antiguas llamas;
Díme, flor, ¿ cómo te llamas?
« No me olvides. »

## II.

### *El pescador.*

Pues tu beldad me enagena,
Y tu desden me amancilla,
Mientras me dure esta pena,
Secas esten en la arena
Mis redes y mi barquilla.

Siquier anublen los cielos
Soplos amenazadores;
Para tristes amadores
Harta borrasca son zelos,
Harto huracan son rigores.

Las escamosas sirenas
No me halagarán impías
Con voces de encanto llenas;
¿ Para matar no son buenas
Tus gracias y tus falsías?

Cuando á los vientos libraba
Osado y veloz mi leño,
Una dicha me animaba;
Y es que en tierra me aguardaba
La sonrisa de mi dueño.

Mas hora que á mis pesares
Toda esperanza se cierra,
¿ Qué logro con mas azares,
Si hallo peligro en los mares,
Y seguro daño en tierra?

¿ Qué logrará mi osadía
Cuando al mar de nuevo vaya,
Sino que con burla impía,
De mis peligros se ria
Quien seguro está en la playa?

En tanto, pues, que serena
Tu indiferencia me humilla,
Gozándote en mi cadena,
Secas estan en la arena
Mis redes y mi barquilla.

## III.

### *A la mariposa.*

Cual nacen blandas risas
En una linda boca,
Y colman de venturas
Al mortal que la adora,
Tal del rosado seno
De abril, entre sus hojas
Tus matizados visos
Desplegaste en buen hora.
Del inmóvil retrete
Do triste y silenciosa
Pasastes del enero
Las inclementes horas,
¿Quién arrancarte pudo?
¿Y cuál poder trasforma
Del sepulcro las nieblas
En luces gloriosas?
¡Efímero portento!
¡Misterio en que se agota
La peregrina ciencia
De que el mortal blasona!
¿Qué encanto irresistible,
Apenas te despojas
Del informe tejido
Donde en invierno posas,
A incansables placeres
Te convida, y adorna
Con vario colorido,
La escena de tus bodas?
En breve espacio abrigas
Inagotable copia
De fáciles deseos,
Y llamas amorosas.
En pos del goce vuelas,
Y el premio que ambicionas,
Nuevo anhelar excita,
Que nueva dicha colma.
Tú nadas en placeres,
Libre de las congojas
Que nuestras fugitivas
Venturas emponzoñan,
Y cuando satisfecha
De caricias sabrosas,
A negligencia grata
El sueño te provoca,
El tulipan te ofrece
Su grana esplendorosa,
Y el jazmin sus guirnaldas,
Y el clavel sus aromas.
Mas ya julio vibrando
Centellas destructoras,
De sus galas risueñas,
Las colinas despoja.
Y tú, sin que el peligro
Con vision horrorosa
Te atribule, á los rayos
Del sol ardiente doblas
Tus cansadas alillas,
Y al limbo de una rosa,
Como á postrer morada,
Plácida te abandonas.
¡Dichoso fin! que al menos,
Desnudos de sus pompas
No ves los ricos prados,
Ni aridez espantosa
Reinar, donde lucian
Sencillas amapolas.

## ROMANCES.

### I. — ROMANCES MORISCOS.

### I.

### *Zulema.*

De Aliatar y de Zulema
Preparábanse las bodas,
Que iban á tornar en dichas
Quince meses de congojas.
Aliatar, lustre de Baza,
Zulema, perla de Ronda,
Él, como fiera atrevido,
Ella, como estrella hermosa.
Ya se aproximaba el dia;
Ya brillaban las alcobas,
Con brocados exquisitos,
Y con turquesas alfombras.
Muy mas brillaban centellas
De esperanzas afanosas,
En las miradas ardientes
De la apasionada mora.
Una noche la separa
Del bien: una noche sola,
Que bastó á añublar el dia
De su juventud gozosa.
Del sol los rayos postreros
Doran las cumbres remotas,
Y de las faldas amenas
Descuélganse pardas sombras.
Exhalan gratos perfumes
Las selvas; mecen las hojas
Auras leves; y los ecos
Suspiran entre las rocas.
Aliatar bajo las rejas
De la doncella que adora,

En bien sentidas endechas,
Sus tristes recelos glosa.
« No hay que fiar en venturas,
Solo ciertas si se logran;
No es bien el bien prometido,
Que no hay bien donde hay zozobra.
Marinero que á las aguas
De apacible mar se arroja,
Juguete será infelice
De las encrespadas olas.
Flor que lozana aparece,
Y tierno fruto atesora,
De la rama se desgaja,
Cuando el aquilon la azota.
Sereno amanece el dia,
Entre nácares y rosas,
Y el huracan por la tarde,
Las altas peñas derroca.
No hay que fiar en promesas
De la fortuna traidora;
No hay que fiar en venturas,
Solo ciertas si se logran. »
Apenas cesa el amante
La melancólica trova
Cuando á lo lejos se escucha
Fiero alarido de tropas.
Cristianos son que al abrigo
De la noche tenebrosa,
A la entrada de la villa
Osadamente se arrojan.
Los moros se desordenan,
Buscan las armas, se agolpan,
Ya donde el peligro llama,
Ya donde el temor lo forja.
Aliatar precipitado
Ensilla la yegua torda,
Que fué en diferentes lides,
Compañera de su gloria.

Con los otros caballeros,
Que á sendos gritos convoca,
Sale á carrera tendida,
No sin amarga congoja,
No sin lanzar un suspiro
Del triste pecho en que moran
Los impulsos encontrados
Del cariño y de la honra.
Ya se traban los guerreros;
Ya las cimitarras corvas,
Con las espadas se cruzan,
Y en los broqueles se doblan.
Crece el furor á medida
Que la resistencia. Aflojan
Los cristianos, y aun cediendo,
Venden cara la victoria.
Aléjanse al fin, y al tiempo
De trepar por una loma,
El postrer golpe esgrimido,
El pecho á Aliatar destroza.
Cayó el cuitado sin vida;
Bien lo dijera en su copla:
« No hay que fiar en venturas;
Solo ciertas si se logran. »
Los gritos de sus amigos
Publican á la redonda
Pena al alma de Zulema,
Pérdida á las huestes moras.
Zulema los oye. Al punto
Sus miradas pavorosas
Fíjanse, y de las megillas
El carmin se descolora.
Inclina el cuello. Sus pasos
Vacilan. Las tiernas rosas
De los labios desparecen
Entre cárdenas violas.
Dentro la mente afanada
Cubren de razon la antorcha,

A fuer de niebla nocturna,
Ilusiones vagarosas.
De entonces en amarga risa
La aguda pena se torna;
Cual quien en dichas soñadas,
Temiendo el velar se goza.
« ¿Dónde está Aliatar? decia:
Miente la fama engañosa,
No ha muerto Aliatar, no ha muerto.
No, que aun respira y me adora. »
En pos sale la infelice
De aquella mentida sombra,
Sin que sus pasos detengan
Zarzas, arenas ni rocas.
De selva en selva camina,
A guisa de herida corza:
Ni la noche la amedrenta,
Ni la borrasca la asombra.
Desparcidas por el cuello
Las trenzas; la vista torva;
Desnudo el pie, y ya marchitas
Las gracias de la persona.
De repente á los sencillos
Habitantes de la choza
Vagabunda se presenta,
Cual fantasma vaporosa.
« ¿Dónde está Aliatar? decia,
Mi amor, mi dicha, mi gloria;
No ha muerto Aliatar, no ha muerto.
No, que aun respira y me adora. »
Asi la triste doncella
Por la comarca de Ronda
Buscando el bien que ha perdido,
Frenética vaga, y sola.
Cuando el cansancio la vence,
Y al pie de un árbol se arroja,
Con secos labios repite:
« Vive Aliatar y me adora. »

## II.

### *Aldina.*

« Oye, mora desabrida,
Lo que te dice un amante,
Que viene de luengas tierras,
Para decir sus pesares.
Soy poderoso y valiente,
Jóven y de ilustre sangre;
Joyas tengo que te adornen,
Y telas que te engalanen.
Mil árabes aguerridos
Siguen do quier mi estandarte,
Y nunca vencidos fueron,
Cuando yo marché delante.
Mis torres brillan soberbias,
Con capiteles de jaspe;
Y hermosean mis jardines
Deleitosos naranjales.
Todo es tuyo, mora bella,
Y cuando todo no baste,
Tambien es tuya la vida
Que me quitan tus desaires.
Mira el trance en que me pones,
Doncella, por no ablandarte:
No pido ya que me quieras,
Tan solo que no me ultrajes.
No vuelvas al verme el rostro,
No del mirador te apartes,
Cuando en mi yegua andaluza,
Rondo afanado tu calle.
Ni al suelo arrojes las flores,
Símbolo de mis pesares,
Tímidas como mi afecto;
Como mi dicha, fugaces.
No me devuelvas los dones

Que te presentan mis pages,
Con primorosas cubiertas,
En dorados azafates.
  Conoce al que desestimas,
Ni pretendas arrogante,
Sin saber quien te lo ofrece,
Desechar el homenage.
  A veces en lo profundo
De la aspereza selvage,
Oculta la clavellina
Los perfumes mas suaves.
  En las mas quebradas rocas,
Y entre incultos arenales,
Halla el africano diestro
Los reflejos del diamante.
  Yo venceré si me escuchas
Tu rigor, que á otras beldades,
No menos que tú orgullosas,
Vencen afectos leales.»
  Esto Aldemerin cantaba,
Sobrino del moro Tarfe,
A las ventanas de Aldina,
Mora de ilustre linage,
  Hija de un noble guerrero,
Que es de Castellon alcaide;
En el consejo entendido,
Y en el campo formidable.
  «Ya sé quien eres, responde,
Y no es bien que asi te canses,
Que pretender imposibles,
Es como vivir del aire.
  Sé que en Sevilla descuellas,
Entre ricos personages,
Y que los cristianos tiemblan
Cuando ven lucir tu alfange.
  Que las doncellas te temen,
Y te maldicen las madres,
Porque en tí corren parejas,

Arrojos y liviandades.
  Sé que en toda Andalucía
No hay hombre que te aventaje,
En torneos, y en perfidias,
En hazañas, y en desmanes.
  Que eres falso en juramentos,
Y en venganzas implacable;
Hipócrita con la altiva,
Y con la tímida audace.
  Y esto á tus cantos respondo,
Que antes los limpios cristales
Retrocederán su curso
A las fuentes de do nacen;
  Y anidarán amistosos
Tortolillas y alcotanes,
Que en las redes que apercibes,
Desacordada me enlace.»
  Cerró de pronto la reja,
Y el moro la vió alejarse,
Como cuando desparecen
Los vislumbres de la tarde.

## II.—ROMANCES SATÍRICOS.

### I.

### *Don Cosme.*

  Con estas cosas del dia
Don Cosme pierde las carnes,
Que la negra pesadumbre
Le quita el sueño y el hambre.
  Heredero presuntivo
De siete vínculos grandes,
Ve que se queda *per istam*,
Si va la cosa adelante.
  ¿De qué le sirven los gules
Con que adorna sus portales,
Si estan las arcas vacías,
Y solo las llena el aire?
  ¿Sirven para mantenerse
Pergaminos con paisages,
Ejecutorias roidas,
Uniformes de maestrante?
  Ya no tendrá mi don Cosme
Sopistas que lo acompañen,
Ni cocheros que lo adulen,
Ni pelonas que lo estafen.

¡ Y un noble sin esto vive!
¡ Y un noble puede amañarse
Sin usureros que presten,
Sin mayordomos que manden!
¡ Sin acreedores que giman,
Sin parientes que malgasten,
Sin trampas y sin enredos,
Sin porteros y sin pages!
Si supiera alguna cosa
Con que poder ingeniarse...
Pero un hidalgo, ¿qué aprende?
Un mayorazgo, ¿qué sabe?
Comer, beber y vestirse,
Bostezar y fastidiarse,
Despreciando á todo el mundo,
Y sin que lo aprecie nadie.
Devorado de esta pena,
Don Cosme ve aproximarse
El asma y la calentura,
Y en pos el último trance.
Muere, lo entierran y ponen
En su sepulcro: Aquí yace
Una víctima infelice
De decretos liberales.

## II.

### *Don Opas.*

Pensativo está don Opas,
Doctor en ambos derechos,
Catedrático de prima
En el mismo claustro y gremio.
Pensativo y cabizbajo,
Por ver como va cundiendo
Con las doctrinas de *estrangis*
El abandono del *ergo*.
Y dando á puño cerrado
Sobre un sillon reverendo
De vaqueta de Moscovia
Que heredó de sus abuelos:
« *¡ O tempora, o mores!* dice,
¡ O desventurados tiempos!
¡ O abandono de las aulas!
¡ O triunfo de los mozuelos!
Pierden las ciencias su lustre,
Y olvídanse en polvo envueltos
Las perlas del Peripato,
Flores del entendimiento.

Al ácido, al gas, al tubo,
Vilipendiados cedieron
La agudeza del *distingo*,
La gracia del *Darii Ferio*.
Por las retortas dejamos
Aquel *retorqueo argumentum*,
Que en las áulicas batallas
Daba los golpes postreros.
¡ O *sorites!* ¡ O afamados
Silogismos en *Japesmo!*
Tornad á ilustrar el mundo,
Volved á aturdir los techos.
Y vosotros, inmortales
Comentadores eternos,
Que al veros en pergamino
Hay quien os quite el pellejo,
Hoy risa excitan (*¡o nefas!*)
Vuestros sublimes conceptos,
Y vuestras doctas columnas
Sirven á envolver ungüentos.
¿ Quién hay que estudie de Sánchez
Los donosos himeneos ?
¿ Tus teses, o Villalpando ?
¿ Tus cuestiones, o Acevedo ?
¿ Quién hay que escriba alegatos
Con citas de Tolomeo,
Y en un pleito de tenuta
Describa al Peloponeso?
De nuestro latin se burlan.
¿ Qué tiene que ver ¡ camuesos !
El *arma virumque cano*,
Con el *per accidens nego?* »
Dijo, y calando el embozo
Del clarísimo manteo,
Se marchó á sus conclusiones
A rebuznar argumentos.

# SATIRAS.

## I.

### *El melancólico.*

¿Sabes quién está loco de remate?
Pacheco el traductor. Volcóle el seso
Aquel fecundo autor de arlequinadas,
El cantor de los Mártires, que en prosa
Sexquipedalia, altisonante, hueca,
Ora á Fernando pone á par de Tito,
Ora al feroce regicida ensalza.

Volvamos á Pacheco. Vílo anoche
Pálido, desgreñado, macilento,
Megilla hundida, escuálidos los ojos,
En muelle canapé medio sumido,
Y en los profundos piélagos absorto
De la meditacion. Al verme, lanza
Dos torrentes de lágrimas. « Los cielos
A mi socorro, dice, te enviaron.
Murió mi can. Murió Melampo: el hijo
De la fidelidad... Murió... ¡infelice!
¿Sabes lo que es un can? Es blando amigo
Que natura nos da. No como el hombre
Cruel, ingrato, pérfido, egoista:
¡Oh los hombres!... los hombres!... El cuitado
Murió el domingo, y desde entonces peno
Petrificado, mísero. Teñida
De amarillentos y verdosos visos,
Melancolía en mis megillas labra
Su pardo nido, cual reptil oculto
Del pimpollo en las hojas virginales.
Inmóvil paso las fugaces horas,
Cual la paciencia en albo monumento
Souriendo al dolor. » — « No á tanta pena,

Díjele compasivo, te abandones.
Placeres hallarás que el llanto enjuguen.
Tú que sabes amar...» — « ¿Qué has dicho? exclama,
Las manos apretándome de pronto
Como férrea tenaza; ¡ amar dijiste!
No es mas funesto al navegante el torvo
Rugiente seno de la mar undosa,
Cuando las olas gigantescas alza,
Muertes, y espumas, y furor vertiendo,
Que á mi pecho es amor. Cimodocea,
La sobrina del sabio respetable
Que de campestres yerbas y de flores,
Forma composicion farmacéutica
Que la dolencia física aletarga... »
— « ¡ Rita la boticaria! » — « No denuestes
Con vulgar locucion la flor del valle;
La matinal sonrisa; albo reflejo
Del firmamento azul. Rita es el nombre
Que el genitor le impuso. Yo le he dado
Otro mas digno de sus altas prendas.
Cimodocea y yo... ¿ Vistes acaso
La flexible liana, que del Ohio
La herbosa márgen, undulante cubre,
De lazos mil y mil ceñir la frente
De agreste pino, y en sus giganteas
Ramas brotar espléndidos corimbos?
¿ Viste el torrente del desierto, rota
De asperoso peñasco la barrera,
Lanzarse á la llanura? ¿ Viste al soplo
De huracan tremebundo disiparse
Caliginosa niebla, allá en las rocas
Do el alma de Osian muge, cual suele
Bituminoso cráter que á Tinacria
Vomita destruccion? » — « No ví tal cosa, »
Díjele entonces harto de locuras,
Y tomando el sombrero, en línea recta
Fuíme al hospicio á disponerle jaula.

## II.

### *Las tercianas.*

Sabrás, caro Manuel, que aquel destino
Que me guió por sendas tan lejanas,
Desde Navacerrada al Apenino,
Para postre de tantas caravanas,
Me reservaba á orillas del Garona,
Como quien nada dice, unas tercianas.
Horrible mal que la infernal Gorgona
Concibió en los profundos del Averno,
Y dió luz en los llanos de Carmona.
Horrible mal, que con el giro alterno
De frio y calentura, en sí reune
Lo peor del verano y del invierno.
¡ Quién estuviera de su garra inmune,
Para entonar en versos espantosos,
Un exorcismo á este enemigo impune !
Contara yo los rasgos horrorosos
Del escuálido espectro, y la expedita
Traicion de sus ataques insidiosos.
Siempre enemigo fuí de la visita :
Pues montas la visita inexcusable
Que antes de saludar, tiembla y tirita.
Antes faltara el sol á la insondable
Carrera celestial que su luz dora,
En giro desigual, invariable,
Que faltara esta pérfida traidora
A visitarme el dia señalado,
Sin tardar un minuto en igual hora.
Cuando á las cinco siéntome turbado,
Con ciertos repeluznos en los huesos,
¡ Perversa, que no hubieras reventado !
Desde el talon entonces á los sesos,
Siento que luchan frio y calentura,
Matándome los dos con sus excesos.

Ella triunfa (que es hembra) y asegura
Su reinado, por mas de media noche,
Y entonces ¡qué jarana! ¡qué locura!
Ya me figuro trasportado en coche,
Precipitado en áspero camino,
Y corriendo al traves, á troche y moche.
Ya miro que se acerca un peregrino,
Lívida faz, gran barba, torvo aspecto,
Hablando medio griego, medio chino.
É inclinándose á mí con gran respeto,
Me tira la nariz, y me saluda,
Y se retira grave y circunspecto.
Mas quiero referirte la mas cruda
De todas mis visiones. Todavía
Entre sueño y verdad la mente duda.
Soñé que huyendo el resplandor del dia
Fuíme á un caramanchon, donde guardaba
Libros de criminal filosofía.
Y cuando de uno de ellos desplegaba
Las páginas secretas, y afanoso
En la nariz los vidrios colocaba,
Entra con paso lento y cauteloso,
Del santo oficio un alguacil garduña,
Alto, delgado, lívido, horroroso.
Al verme, se me acerca, refunfuña,
Libro á libro examina con pachorra,
Y por el cuello con furor me empuña.
En una fria y lóbrega mazmorra,
Me dejó aquel perverso enmurallado,
Sin poder implorar quien me socorra.
Sobre un borrico flaco y descarnado,
Con mi gran caperuza y sanbenito,
Salí, de granaderos custodiado.
El pueblo de Madrid alzando el grito,
Me seguia, clamando con voz fiera:
Muera el herege, muera ese maldito.
Y ya lucia la ominosa hoguera,
Cuando tropieza el burro que montaba,

Y deshizo aquel golpe la quimera.
Febo, en fin, en las cumbres despuntaba,
Febrífugo eficaz cuya influencia
La agitacion calmó que aun me duraba.
Mas cuando ya respiro en su presencia
No tardará el doctor; visita odiada,
Que mi bolsillo agota, y mi paciencia.
« El pulso—Bien—La lengua—Eso no es nada.
Cama, sudar, y el método sabido. »
Es decir : caldo, quina, y naranjada.
Mira en que estado yazgo reducido,
Por premio de mis ímprobas tareas.
Y tú, perverso mal, que me has vencido,
Produccion de Satan, maldito seas.

## III.

### *Frioleras.*

Gil tras huracan furioso
Llegó á regiones lejanas,
Y vagó muchas semanas,
Por un desierto espantoso.
Al fin divisó un ahorcado
Y exclamó con gran consuelo:
Ya llegué, gracias al cielo,
A un pueblo civilizado.

De enemigo de las luces
Acusa el vulgo imprudente,
Al monarca prepotente
De bascos y de andaluces.
Miente la fama embustera;
No hay tal cosa : yo lo digo.
¿Es de luces enemigo
Quien gusta tanto de hogueras?

Juan, despues de un gran fracaso
Matrimonial, que yo sé,

Preguntó á Cosme: ¿Porqué
Dices *cuerno*, cuando paso?
Viéndolo marido tierno
Le respondió el socarron:
Dí, Juan, ¿y por qué razon
Pasas, cuando digo *cuerno?*

Ciento y cincuenta navíos
Salgan prontos á la mar,
Que quiero reconquistar
Los reinos que fueron mios.
Ministro de hacienda, dí,
En plata y en cobre, y oro,
¿Cuánto tiene mi tesoro? —
Señor, ni un maravedí.

## LETRILLAS SATIRICAS.

### I.

### *Juan y Juana.*

Juan y Juana, de paseo
Salieron una mañana;
Juana es linda, y Juan es feo,
Pero lo aguija el deseo
De casorio. ¡Pobre Juana!

Tan de prisa en amor van,
Que ella pide de rondon
Un trage de tafetan,
Palco, velo, pañolon,
Y sortija. ¡Pobre Juan!

Como la niña es liviana
Y el amante algo zeloso,
No quiere que á la ventana
Se asome, pues su reposo
Es lo esencial. ¡Pobre Juana!

Juana ha tomado el refran
De matar á Juan de zelos,
Y Juan en continuo afan
Ha jurado por los cielos
Separacion. ¡Pobre Juan!

A expresion tan inhumana
Juana pierde la chabeta.
Échase en una otomana,
Y le da una pataleta
De las buenas. ¡Pobre Juana!

Juan maldice su desman,
Pide vinagre, agua fria,
Y mas necio que un patan
Le dice: Querida mia,
Perdóname. ¡Pobre Juan!

Casáronse. Juana ufana
Toda la hacienda destruye.
Juan se fué pobre á la Habana.
Juana... pero aquí concluye
La historia de Juan y Juana.

## II.

### *Lo que vale mucha plata.*

Escritor de cuentos,
Difuso, pesado,
Y ademas, prendado
De propios talentos,
Que hace mil comentos
A una patarata,
« Vale mucha plata. »

Amigo chismoso,
Que por los rincones,
Sus indagaciones
Hace escrupuloso,
Y al amo curioso
Luego las relata,
« Vale mucha plata. »

Magistrado necio
Que tiene por cosa
Grave, provechosa,
Y digna de aprecio,
Poner fijo precio
Al huevo y patata,
« Vale mucha plata. »

Doctor eminente,
Que cuando adivina
Solo por la orina,
El mal del paciente,
Prontísimamente
Lo cura ó lo mata,
« Vale mucha plata. »

Letrado que altera
El hecho y lo dora,
Y cuando perora,
Grita y se exaspera,
Saliéndose fuera
De lo que se trata,
« Vale mucha plata. »

Mayorazgo rico,
De allá tierra adentro,
Que vive en su centro,
Con Blas y Perico,
Vistiendo pellico,
Calzando alpargata,
« Vale mucha plata. »

## III.

### *No hay mas que querer.*

Si un avaro me oyera
Metido en un rincon,
Mientras contra su vicio
Declamo con furor,

Y me dijera al cabo:
Sirvióme la leccion,
Voy á fundar escuelas.
« ¿Qué mas quisiera yo? »

Si se prendiera fuego
A un colmado monton
De libros escogidos
Por mí y por otros dos,
Poniendo á los autores
Junto á la ejecucion,
A ver si escarmentaban:
« ¿Qué mas quisiera yo? »

Si al perro que de noche,
Con ladrido feroz,
Todo el barrio alborota,
Cerca de mi balcon,
Encima le cayese
No un troncho de una col,
Sino un guijo de arroba:
« ¿Qué mas quisiera yo? »

Si el charlatan Machuca,
Que es mi perseguidor,
Para contarme el pleito
Que en Granada perdió,
De pronto se creyese
Que yo era un malhechor,
Y huyese de mi vista:
« ¿Qué mas quisiera yo? »

Si adelantar pudiese
Sin tener mas labor
Que estudiar á Virgilio,
A Horacio y Ciceron,
Sin chismes ni traslados,
Y sin aquel primor
Del otrosí suplico:
« ¿Qué mas quisiera yo? »

Si en bodas y en entierros
Me hiciesen el favor
De borrar de la lista
Mi nombre y mi mansion;
Si atravesar pudiese
Por la Puerta del Sol,
Sin tanto majadero,
Sin tanto arrempujon;
Si enfrente de mi casa
No hubiera un herrador;
Si echaran en mi barrio
Mas aceite al farol,
En fin, si todo fuera
Como lo manda Dios,
Digo, lectores mios,
« ¿Qué mas quisiera yo? »

## IV.

### *Los contratiempos.*

Vais á escuchar mas de un cuento
Que duele y hace rabiar:
Y yo en estos casos, « siento,
« Pero no puedo llorar. »

Perseguidor de sufridos,
Y de vedados placeres,
Murmuré de las mugeres,
Y critiqué á los maridos.
Alborotóse el lugar,
Y un brazo fuerte y sangriento
Me hartó de palos. « Lo siento,
« Pero no puedo llorar. »

Echó abajo diez ginetes
Alazan de mucho fuego:
Yo traté el lance de juego,
Y á ellos les dije, zoquetes.
En fin, lo llegué á montar,
Mas el animal violento
Me rompió un brazo. « Lo siento,
« Pero no puedo llorar. »

Sin saber jota de nada,
Quise subirme á mayores;
Satiricé cien autores,
En prosa la mas taimada.
Queriéndose ellos vengar,
Dijeron que era un jumento,
Y lo probaron. « Lo siento,
« Pero no puedo llorar. »

Unas tierras de labor
Heredé de cierto tio,
Y se las vendí á un judío,
Por mitad de su valor.
Me vine á solicitar
Á Madrid, y en un momento,
Me ví sin blanca. « Lo siento,
« Pero no puedo llorar. »

Tuve disputa violenta,
Solo por ganar renombre,

Sobre el derecho del hombre,
Y la libertad de imprenta.
Sin dejarme respirar,
Por seis años á un convento
Me destinaron. « Lo siento,
« Pero no puedo llorar. »

Prendéme de un lindo talle;
Quiso iglesia; dije, nones:
Y despues de mil cuestiones,
Me plantificó en la calle.
Por fin llegóme á embaucar,
Y hoy es tal mi sufrimiento
Que en la cabeza... « Lo siento,
« Pero no puedo llorar. »

## V.

### *Al reves te lo digo.*

El *non plus* del genio humano
Es una comedia antigua,
Con galones de estantigua,
Y lenguaje chabacano:
Sobre esto un autor germano
Dice cosas estupendas.
« Al reves te lo digo, porque lo entiendas. »

Gran placer es caminar
En un coche de colleras,
Y pasar noches enteras
En mesones de lugar,
Donde no hay que manducar
Sino á fuerza de contiendas,
« Al reves te lo digo, porque lo entiendas. »

No hay ente mas divertido
Que un mayorazgo palurdo,

Vestido de paño burdo,
Y de su alcurnia engreido,
Que mete mucho ruido
Con sus ganados y haciendas.
« Al reves te lo digo, porque lo entiendas. »

Una cantora que chilla,
Un guapo que charla y miente,
Y un coplista de repente,
Son la octava maravilla:
Y el petimetre que brilla
Manejando cuatro riendas:
« Al reves te lo digo, porque lo entiendas. »

¿Ves á doña Relamida
Dándole el brazo á don Tieso?
Pues es muger de gran seso:
Tan casta como entendida;
Y apenas es conocida
Por sus trampas en las tiendas.
« Al reves te lo digo, porque lo entiendas. »

Militar almibarado,
Diestrísimo en el florete,
Que hace encima de un bufete,
Un sitio muy ostinado;
Y es el coco del estrado,
Merece tres encomiendas.
« Al reves te lo digo, porque lo entiendas. »

Si yo fuera rey, celoso
Del bien de la monarquía,
Solo consejos oiria
De un cortesano achacoso:
O de un prior tabacoso,
De los de mas reverendas.
« Al reves te lo digo, porque lo entiendas. »

Pueblo que ha de prosperar
Ha de tener entendido,
Que nunca el hombre instruido
Hizo mas que alborotar.
No al arado debe honrar,
Sí á cogullas y prebendas.
« Al reves te lo digo, porque lo entiendas. »

## VI.

### *La gallina ciega.*

Cuando da la Fortuna,
Con manos indiscretas,
Claro ingenio á la hermosa,
Necedad á la fea,
Salud al millonario,
Y al mendigo jaqueca;
Cuando vierte á raudales
Ventura y opulencia,
Al que de sus hermanos
Los males no consuela,
« ¿ No está jugando entonces
A la gallina ciega? »
Cuando sienta en los tronos
El vicio y la pereza;
La ambicion y el orgullo,
La condicion proterva,
Mientras que da á Silvano
Celo, tino, prudencia,
Para que en las montañas
Lleve á pastar ovejas,
« ¿No está jugando entonces
A la gallina ciega? »
A su voz destructora,
Cuando yacen por tierra,
Las aras de Palmira,
Las metopes de Aténas;
Cuando del gran Darío,
Da la esplendente herencia,
Al estúpido esclavo
De un bárbaro profeta,
Y de un hidalgo inútil
La casa solariega,
A pesar de los siglos,
Inmudable conserva,
« ¿ No está jugando entonces
A la gallina ciega? »
Mas no: que bajo el brillo
De la mansion excelsa,
La odiosa envidia esconde
Sus lívidas culebras.
La ambicion atosiga,
Los zelos atormentan
Al que de sus favores
Colmó la instable dea;
Mientra el techo pajizo
De la choza modesta,
Reposo, paz, virtudes,
Serenidad hospeda.
Tus decretos, Fortuna,
Los hombres reverencian,
« Que no juegas entonces
A la gallina ciega. »

## VII.

### *Los tontos.*

Los tontos me asedian,
Me abrumen, me ahogan.
¿No hay quién los espante?
« ¿No hay quién me socorra? »

A mi puerta llama
Camacho el de Soria;
Saluda, se sienta,
Despliega la bolsa,
Fuma diez cigarros,
Mi paciencia agota,
Y toma el sombrero
Despues de tres horas.
Mas tate, que vuelve...
« ¿No hay quién me socorra? »

Un oficinista
De grave pachorra,
Ha escrito un proyecto
De mas de cien hojas.
Ay! que ya lo saca!
Ay! que lo desdobla!
Ay! que me lo explica,
Y le pone notas,
Y á estas comentarios...
« ¿No hay quién me socorra? »

Convídame Lesmes
A tomar la sopa,
Y cubre la mesa
De inmunda bazofia.
Asados de leña,
Cocidos de estopa,
Vino bautizado,
Café de chicorias,
Y él charla que charla...
« ¿No hay quién me socorra? »

Montañes ilustre
De ascendencia goda,
¿Porqué me asesinas
Con tu ejecutoria?
Poeta maldito,
¿Posible es me escojas
Para recitarme
Tus frases pomposas,
Tus odas eternas?
« ¿No hay quién me socorra? »

Por aquí me embisten
Mugeres doctoras,
Por allí eruditos,
Que no saben jota;
Público que aplaude
Comedias lloronas;
Ginete pedante,
Que á la inglesa trota;
Cantor atiplado
Que se desentona;
Vecino que aprende
La flauta ó la trompa.
Uno me pregunta,
Otro me alborota,
Y aquel el chaleco
Me desabotona.
« ¿No hay quién los ahuyente?
¿No hay quién me socorra? »

## EPIGRAMAS.

### I.

Cavia, escribano infernal,
En Madrid muy conocido,
No lleva ya en el vestido
La placa inquisitorial.

No por esto es mas humano,
Ni está de mejor humor,
Que si no es inquisidor
Cavia siempre es escribano.

### II.

¿Cómo ha ganado don Mendo
Tal fama de hombre de honor,
Que no hay en Madrid señor
Que no lo estime? Mintiendo.

¿Cómo pudo don Hernando
Dar á luz, malos ó buenos,
Diez volúmenes al menos
En cuarto mayor? Copiando.

### III.

Trages de moda y muy finos
Tiene Juana la elegante;
Pero nada es semejante
Al pañolon de merinos.

Gil, que celebrarlo oyó,
Dijo con tono sincero:
Pues, señores, el carnero
Que da la lana, soy yo.

## FABULAS.

### I.

### *El Gato.*

La fidedigna historia de los gatos
Escrita por algunos literatos
Del imperio gatuno,
Al libro veintiuno,
Página ciento y cuatro, folio verso,
Habla de un tal Fufú, gato perverso,
De quien cuentan horrores
Aquellos escritores:

Diz que en una alacena
De comestibles llena
Estuvo cuatro dias encerrado
Y no probó bocado,
Alegando que todo era exquisito;
Pero comer lo ageno gran delito.
Mil veces lo azotaron las criadas,
Y mantuvo las uñas bien guardadas;
Con inmundo pebete
No perfumó jamas sala ó retrete,
Y *¡mirabile dictu!* ¡caso extraño!
Ningun chiquillo recibió su araño.
Hay mas: á los ratones que cogia
Libertad concedia,
Diciéndoles: Perdonen el mal rato.

¡Y á tan benigno gato
(Dirá el lector) acusan los autores!
Lo acusan; sí señores:
Porque con celebrar rasgos tan bellos,
Se condenaban ellos.

## II.

### *La Gata y los Gatos.*

Aquella Zapaquilda melindrosa
Que fué en la Gatomaquia tan famosa,
Gata no menos bella que liviana,
Que desde el relucir de la mañana,
De tejado en tejado discurriendo,
Alborotaba el barrio con su estruendo,
Por fruto de sus varios pecadillos,
Dió á luz, ni mas ni menos, tres gatillos.
En un desvan oscuro se establece,
Y aunque carga enojosa le parece
La sujecion al maternal empleo,
Por esta vez el criminal deseo

Cedió el paso al deber, pero no tanto
Que no escuchase con secreto encanto
De Chiflaratas y Arañon los gritos.
¡ Eran los dos galanes tan bonitos!
Ocho dias enteros (no fué poco),
Pudo vencer aquel capricho loco:
Pero la carne es débil, ya se sabe.
Al nono dia con su voz süave
La llamó Chiflaratas desde lejos:
« Azote de ratones y conejos,
Lucero de rincones y guardillas,
Orígen inmortal de mil rencillas,
Ven á premiar á un Gato que te adora. »
No hay quien tanto resista. La señora,
Olvidando su prole desvalida,
Sálese á picos pardos muy lamida.
Corre toda la noche por las tejas,
Araña á diez amantes las orejas,
(Blandas caricias del amor gatuno)
Y cuando el resplandor inoportuno
Del nuevo dia pareció en oriente,
Tórnase á su desvan, muy diligente.
¿ Qué halló en él? ¿ Los gatillos? Ni señales.
A Refunfuño y tres de sus iguales
Sirvieron por la noche de merienda.

¿ Qué, hay madre que á sus hijos desatienda
Por un vano placer? — Sí señor mio.
Entre el rumor del baile y del gentío,
¿ No veis aquella ninfa perfumada,
De melífluos Adónis cortejada,
Que consagra las noches del enero
A la banca, y al ponche y al bolero?
— ¡ La del albo candor y blanda risa!
— Esa. Tres hijos tiene y sin camisa.

## III.

### *El Milano y el Palomo.*

Suelen tener los malos el capricho
De apoyar con pretextos
Sus designios funestos:
Un célebre filósofo lo ha dicho.

Echándole las uñas un Milano
A un infeliz Palomo, le decia:
« Ya de tu raza impía
En tí se venga Jove por mi mano. »
« Si hay un Dios vengador, » dice el Palomo...
« ¡ Si hay un Dios!... ¿ y lo dudas? ¡ Cielos! ¿ Cómo?
¡ Sobre tanto delito
Blasfemo eres tambien! Muere, maldito. »

## IV.

### *La Caravana.*

Atravesaba el hórrido desierto
La rica y numerosa caravana
Que á la santa ciudad se dirigia.
Por entre nubes de impalpable arena,
Los fervorosos musulmanes iban
La piedad implorando del Profeta,
Sordo esta vez á la plegaria humilde.
La sed, la horrible sed los devoraba,
Y el implacable Febo, desplomando
La bóveda de fuego, miles muertes
A la creyente multitud envia.
En tanto un jóven sonriendo exclama:
« ¡ O milagro de Alá! ¿ No ven mis ojos
Cubrirse el cielo de apacibles nubes,
Y la tierra de pinos magestuosos,

Y de césped humilde? Ya resuenan
El murmurar del arroyuelo blando,
Y el canto de las aves, y la trisca
Del húmedo Favonio. ¡Cuál se goza
Mi enardecido labio en la corriente!
Dejadme, amigos, solazar en ella,
Y sus linfas purísimas refresquen
Mis tostadas mejillas. — Buen hermano
(Los otros musulmanes le decian),
¿Qué error te ciega? ¿O cedes por ventura
Al extremo dolor? — Turba insensata
(Esto les dijo un árabe), del jóven
Respetad el delirio. No es bien hecho
Desbaratar una ilusion suave
Que abrevia el padecer. Dejad que goce
Allá en su fantasía las venturas
Que nos niega el destino, y un instante
En su inocente error felice sea. »

La vida es un desierto. Ya se sabe.
En pasarlo sin pena está el busílis.

## V.

### *La Gata y el Puerco.*

Cuando un pobre doctor se desgañita
En discusion profunda y erudita
Ante el concurso necio,
Pregunto ¿qué ha ganado? — Su desprecio.
Desarraigar de la tenaz mollera
La ignorancia grosera,
Es obra de romanos,
Y todos los esfuerzos serán vanos,
Si costumbre y error van de pareja.
Al caso, una conseja.

No lejos de un Marrano,
Bestia de gran pachorra,

Que pasaba su vida
Tendido en un fangal á la bartola;
Estaba doña Gata
Muy hueca y muy oronda,
Limpiando con la lengua
La blanda mano y la flexible cola.
Y al Marrano le dice:
« Puerco, ¿no te abochornas
Al mirarte tan sucio
Que á todos los vivientes incomodas?
Mira: enseñarte quiero
De qué modo se logra
En muy pocos minutos
Disipar esas manchas asquerosas.
Haz como yo: primero
Abriendo bien la boca
Saca un palmo de lengua,
Que tiene de servir de peine y brocha. »
El otro la interrumpe:
« Grandísima habladora,
Anda, vete á paseo
Con todos tus consejos y parola.
¿Lo sucio te disgusta?
Pues á mí me acomoda;
Púlete cuanto quieras,
Y no me vengas á romper la chola. »

## VI.

### *La Zorra y el Gato.*

Un Gato y una Zorra
Que vivian de gorra,
Frecuentando alacenas y rediles
Con mil trazas sutiles,
Dejar quisieron tan odioso vicio
Y buscar un oficio
Con que ganar la vida honradamente.

El plan era excelente
Y moral el asunto:
*Pero ¿y la ejecucion? ese es el punto.*
Metióse Micifuf á cirujano,
Por ser de firme pulso y ágil mano,
Y la Zorra á partera,
Por sentirse inclinada á la carrera;
Conviniendo en que en todas circunstancias
Partirian ganancias.
Estrenóse el doctor Carilamido
Con un capon herido
Por cierto enorme gallo
Que no quiso sufrirlo en su serrallo.
Al registrarlo el gato,
Sintiendo en el olfato
Ciertas emanaciones
Que exhalan los capones,
Su profesion olvida, y sin tardanza
Lo sepultó en la panza.
La matrona, novicia
En el arte obstetricia,
Creyó muy conveniente
Echarle garra y diente
A una cabra que vino dando gritos.
*Item* mas: se engulló los dos cabritos.

Si cuentan de un malvado
Que ya es un hombre honrado,
Yo digo: enhorabuena,
Mas la noticia pide cuarentena.

## VII.

### *El Elefante y la Zorra.*

A predicar se puso
Con reverenda sorna,
Cierto Elefante viejo
Orador de gran nota.
Era la concurrencia
Lucida y numerosa.

Cuando el texto hubo dicho,
Comenzó de esta forma:
« ¿Qué ignorancia es la vuestra,
Gente estúpida y loca,
En seguir obstinados
Vuestras mañas viciosas?
¿No habrá alguno que imite
Los talentos que adornan
Al feliz elefante,
Entre las bestias todas?
¿No habrá alguno que arranque
Las encinas añosas,
Sus troncos abatiendo,
Cual débil amapola?
Rival del hombre mismo,
El elefante toma
En el árbol el fruto,
Y lo lleva á la boca.
Si un feroz enemigo
Nos insulta en mal hora,
Mil nudos enroscados
Lo estrechan y lo ahogan.
Estólida caterva,
Imitad nuestras obras,
Si deseo de fama
Vuestros pechos devora. »
« Todo eso es excelente,
Gritó una astuta Zorra,
Que impaciente escuchaba
Tanta alabanza propia.
Mas sepa, señor mio,
Que nos falta una cosa,
Para imitar su ejemplo.
—¿Y qué os falta?—La trompa.»

## VIII.

### *El sermon.*

La moral es tan vieja como el mundo.
Aunque otros dicen que nació en Egipto,
Muchos años despues de Adan y Eva,
Yo tan grave disputa no decido.
Solo sé que es muy vieja, y que se pierden
Sin sacar fruto alguno sus avisos.
— ¡Un fabulista mas! dirá enfadado
Don Público. — Paciencia, señor mio.
Si usted quiere que no lo molestemos,
Enmiende sus añejos defectillos.

De igual modo pensaba cierto Cura,
Hombre severo y grave, mas sencillo,
Que atacaba con pelos y señales,
Al vicioso tambien, no solo al vicio.
« Feligreses tenaces y rebeldes,

(Asi les predicaba los domingos)
¿Cuándo ha de haber enmienda en las costumbres?
Hace ya muchos años que la pido.
Desde que me enviaron á la aldea
No ceso de clamar. ¿Y qué consigo?
El carnicero roba; en las tabernas,
Sin pudor ni conciencia se agua el vino.
Siempre está el escribano hecho una cuba;
Siempre hay monte en la sala de cabildo;
Y hasta las hijas del señor alcalde,
Van al anochecer por esos trigos.»
El sacristan, con rara petulancia,
Lo interrumpió una vez, diciendo á gritos:
«Señor Cura, la gente ya bosteza,
Y se queda dormida de fastidio.
Ese sermon se sabe de memoria.
Diez años hace al menos que lo oimos.»
«Y diez años tambien hace, á lo menos,
(El buen Cura repuso, algo sentido)
Que tú gastas en locas francachelas
La limosna que cae en los cepillos.
¿Te has enmendado acaso? Ni por esas.
De cada cual podré decir lo mismo.
Si persistis en culpas arraigadas,
En el mismo sermon tambien persisto.
Cuando os canseis de oir mis reprimendas,
Fácil es el remedio que os indico.
Mudad todos de vida, y al instante,
A mudar de sermon tambien me obligo.»

## IX.

### *El Gato legista.*

Primer año de leyes estudiaba
Micifuf, y aspiraba,
Con todos sus conatos,
A ser oidor del crímen de los gatos.

Estudiando una noche en las Partidas,
Halló aquellas palabras tan sabidas:
« Judgador non semeye á las garduñas,
Ca manso et non de furtos es su oficio,
Et faga el sacrificio
De cortarse las uñas. »
¡ Sin uñas ! dijo el Gato: bueno es esto,
Mas me sirven las uñas que el Digesto.

Váyanse con lecciones
Al que nació con malas intenciones.

## X.

### *El Hombre y Morfeo.*

Dando continuas vueltas en la cama
Estaba un infeliz; las horas cuenta,
Desde el anochecer al nuevo dia,
Sin que el sueño á sus ojos bajar pueda.
Entonces á Morfeo se dirige:
« ¿ Es posible, cruel, que no te duela
Mi largo padecer ? Cuando derramas
Sobre la especie humana tus tinieblas,
¿ Porqué me las rehusas ? » — « Mentecato, »
El númen le responde: « ¿ á mí te quejas ?
Quéjate á la pasion que te domina,
A las negras fantasmas que te cercan,
Cuando en pos de una dicha engañadora,
Te inflamas, te fatigas, te atormentas.
Y si el blando reposo solicitas,
Del agitado corazon destierra
La incansable ambicion que te avasalla,
Y yo te haré dormir á pierna suelta. »

## XI.

### *El banquete de filósofos.*

Muy llenos de proyecto de reforma
Algunos sabios de cabeza vana,
Quisieron dar la inalterable norma
De la ventura humana;
Inundar á la tierra de opiniones,
Tratando á las naciones,
Como á niños de escuela.
« Es un horror, decian; el trastorno
Del sistema moral nos desconsuela.
¿ A quién no da bochorno
Tanta depravacion? Del Volga al Tibre,
Solo trata la gente de ser libre.
Todos, hasta los negros mas bozales,
La echan de liberales,
Junto á cada monarca hay un abismo,
Y el republicanismo
Propaga ya sus dogmas corruptores.
Nosotros que podemos,
Este horrible desórden atajemos. »
Con entusiasmo aplauden los doctores
Tan saludable idea.
« Empiece de mañana la tarea,
Uno de ellos clamó, comamos juntos,
Y al compas del bocado y del traguillo,
Se podrán discutir estos asuntos. »
« Mas, sobre todo, dijo el mas sensato,
Sea banquete sencillo,
Sin lujo, sin boato,
Con poco vino, y menos ceremonia,
Porque, segun Platon, la parsimonia... »
« Yo me encargo, señores, del banquete,
Que en estos lances mi talento brilla. »
Asi habló un mozalvete,

Que era el mas comilon de la pandilla.
Llega el dia siguiente,
Y aparece la mesa guarnecida
De vianda escogida.
Perfuman el ambiente
La sopa de tortuga,
Y del pavo la mórbida pechuga;
Aves rellenas, peces exquisitos,
Faisanes, y chorlitos,
Ansares de Bayona,
Budines, cremas, tortas, mantecados,
Y postres delicados;
En fin, todos declaran con franqueza
Que era mas que comida, comilona.
Tras de la sopa empieza
Con raudo paso á circular el vino.
Uno se inclina al Rhin, otro al Oporto,
Este prefiere el Cabo, por mas fino;
Mas ninguno en beber se queda corto.
Cuando el café sirvieron, nuestros sabios,
Trémulos ya los labios,
Se acuerdan del proyecto consabido.
Interrumpiendo el general ruïdo,
Uno que se mantuvo algo sereno,
Dijo: « ¿ No será bueno,
Que el concurso beodo
Vaya á dormir la mona antes de todo? »

## XII.

### *El Leon, el Elefante y el Perro.*

Delante el vencedor del gran Darío,
Con noble orgullo y generoso brio,
Un Perro de la Albania se presenta.
El héroe Macedon (Plinio lo cuenta)
Manda que lo presenten al instante
A un Leon carnicero y arrogante.

El combate fué corto, mas horrible.
A la ancha crin del animal terrible,
El albanes furioso se abalanza.
¿Quién vió en un can tan bárbara pujanza?
Pero cedió el Leon: la blanca arena
Quedó de sangre y de despojos llena.
Alejandro queriendo aun otra prueba,
Con mas digno rival la lid renueva.
Al circo un Elefante comparece.
Al mirarlo se espanta y estremece
Quien triunfó del Leon, y la asamblea
Entre palmada y silbo titubea.
Mas nada su corage atemoriza.
Ladrando con furor el pelo eriza,
Mide el coloso, su poder calcula,
Y con falsos ataques disimula
Los que medita, como suele Marte
En vez de fuerza recurrir al arte.
Ciento y mas veces con presteza gira
En torno del contrario; se retira,
Se adelanta, se dobla, y donde quiera,
Rauda se torna la africana fiera.
Mas no obstante el esfuerzo que la asiste,
Su cabeza se aturde, y no resiste.
Túrbanse sus miradas, y cayendo,
Tembló el anfiteatro con su estruendo.

A los grandes mi aviso se endereza.
¡Ay del grande que pierde la cabeza!

## XIII.

### *El Sordo y el Ciego.*

Caminaban juntos
Por unos repechos
Un amigo sordo,
Y un amigo ciego.

No sé por qué causa,
La ruta perdieron,
Mas sé que pararon
Dudosos, inciertos.

El Sordo decia :
O soy un mostrenco,
O tira el camino
Por el lado izquierdo.
— ¿ Y en qué lo conoces ?
— En que estoy oyendo
La bulla y los gritos
De los arrieros.
El Ciego responde :
¡ Valiente camueso !
¡ Si al lado contrario
Los estoy yo viendo !
Terrible algazara
Levantan sobre esto :
Mas nunca he sabido
Cómo paró el cuento,
Pues desde que he visto
Con cuanto despejo
El médico opina
De causas y pleitos,
Y el jurisconsulto
De males de nervios;
De libros el jóven,
De modas el viejo,
Y otros desatinos
No menores que estos,
He dado palabra
De quedarme neutro,
En toda disputa
De sordos y ciegos.

## XIV.

### *El Hombre y el Arbol.*

Levantando el campesino
Con brazo intrépido el hacha,
El amenazado roble
Le dirige estas palabras :
Detente, inhumano ; ¿ olvidas
Con cuanto placer descansas
Bajo mi benigna sombra
En las siestas abrasadas ?
¿ No sabes que en su recinto
Vienen las lindas zagalas,
Ora á decir sus amores,
Ora á tejer sus guirnaldas ?
¿ Quién, si mi tronco destruyes,
Dará abrigo á la calandria,
Cuando en el mayo florido,
Sus dulces endechas canta ?—
Es cierto, el villano dice,
Pero la cuenta mas clara,
Es que ganaré tres onzas
Cuando te venda en la plaza.
Vergüenza me da decirlo :
Pero la familia humana
Nada en el mundo respeta,
Cuando de interes se trata.
Por él la inocente vírgen,
Cubierta de pena amarga,
Con el hombre que aborrece
Trémula llega á las aras.
Por él en la oscura noche,
La fiera traicion levanta
Puñal agudo, sonrie,
Y el sangriento golpe lanza.
El remordimiento á veces
Ruge, acusa y amenaza,
Pero á la voz imperiosa
Del interes todo calla.

# NOTICIA DE D. JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

Nació en Cádiz. Habia hecho en Granada sus estudios de jurisprudencia, cuando le llamó á su defensa la patria invadida por las tropas francesas en 1808. En esta guerra fué hecho prisionero, y conducido á Francia: suerte que supo convertir en su provecho, perfeccionándose en los conocimientos de las artes y ciencias, de que dió tan claras muestras vuelto á su patria en 1814, encargándose de la redaccion de la *Crónica literaria y científica*, periódico muy acreditado. Entonces tradujo libremente del frances la tragedia de *Briffault* intitulada *Nino segundo*, y representada con aplauso en los teatros de España.

Restablecida la constitucion politica en 1820, fué redactor en los periódicos intitulados *El Constitucional*, y *La Minerva*. Tambien tradujo entonces del ingles: *Los consejos que dirigió á las córtes y al pueblo español Jeremías Bentham*. Madrid, 1820.

Restaurada la monarquia absoluta en 1823, Mora se vió obligado á buscar asilo en Londres, donde con el auxilio de varios idiomas que posee, y con la suma facilidad que ha adquirido en el que le es nativo, pudo publicar, en el breve espacio de 1824 hasta 1827, un gran número de obras en prosa y verso, asi originales como imitadas ó traducidas, contribuyendo al mismo tiempo en varios periódicos que se publicaban por los españoles refugiados alli[1].

---

[1] De las muchas obras que publicó entonces, basta mencionar aquí las siguientes de mas nota (En cuanto á las demas, véase: *Ocios de Españoles emigrados*; tomo II, pág. 254-256, de donde hemos sacado tambien las noticias de su vida, comunicadas arriba; — tomo IV, pág. 525; — y: *Repertorio americano*; tomo I°, pág. 320, y tomo III, pág. 312):

*No me olvides*, recuerdos de la amistad. Coleccion de producciones en prosa y verso, originales y traducidas. Londres, 1824-1827, 8°.

*Gimnástica del bello sexo*: ó ensayos sobre la educacion física de las jóvenes, obra escrita originalmente en castellano (hay aquí tambien poesias de gusto singular). Londres, 1824, 8°, y segunda edicion, *ibid.*, 1827, 12°.

*Cuadro de la Historia de los árabes*, Londres, 1826, 2 vol. 12°.

En 1827, siguió al señor de Ribadavia á Buenos-Aires, y de allí ha pasado á Santiago de Chile.

Mora se ha ensayado en diversos géneros de poesía, y en general con éxito: pues todas sus composiciones lucen soltura, gracia y lozanía, y dan á conocer un buen versificador y mejor hablista; pero el género en que es mas aventajado, es el satírico, principalmente cuando se aprovecha con mucha destreza de las ventajas que ofrecen las antiguas formas nacionales. Sirven de prueba sus fábulas, sátiras, y cabalmente sus letrillas y romances satíricos, llenos de gracejo y donaire. Sus poesías del género serio y elevado no son, á la verdad, muy profundas y originales, se acercan empero mas á la realidad y sinceridad de sentimientos, que no la mayor parte de las modernas castellanas de aquellos géneros.

*Meditaciones poéticas,* Londres, 1826, 4º (la idea de esta obra se halla tomada de un poema ingles de *Blair,* intitulado *El Sepulcro*).

Sus poesías, insertadas en estas y otras obras de él, y en varios periódicos, no se han publicado, segun sabemos, reunidas y por separado hasta ahora, por cuya razon nosotros hemos agregado un mayor número de ellas en nuestra coleccion.

# POESIAS

DE

## D. ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

## ROMANCES.

### I.

¿ Ves , Olimpia encantadora ,
Cuán amorosas las hiedras
Enlazan los recios troncos ,
Que Tajo apacible riega ?
Pues del tiempo el curso airado
No rompe union tan estrecha ;
Antes con vínculos nuevos
Mas la afirma y encadena.
En mis inocentes años ,
Cuando mis contentos eran
Correr tras las mariposas
Por esta risueña vega ,
Deshojar las rosas lindas ,
Que esmaltaban sus florestas ,
Y hacer casitas y torres
Con este barro y arena ;
Ya ví estos troncos vestidos
De las mismas fieles hiedras ,
Aunque tal vez mas lozanas ,
No en union menos estrecha.
¡ Cuántos mayos han pasado
Desde aquel tiempo ! Contempla
Cuántos sucesos diversos ,
Cuáles trastornos y guerras.
Fuentes que ví engalanadas
De claros raudales llenas ,
Míralas rotas y hundidas ,
Y abandonadas y secas.
Los edificios soberbios
Que honraban estas riberas ,
Yacen en tristes ruïnas ,
Que de espanto el pecho llenan ;
¡ Y qué de altivos colosos
Que tocaban las estrellas ,
Fugaces desparecieron
Como la delgada niebla !
¡ El curso de pocos años
Cuál ha mudado esta tierra !

Jóven soy, mas yo la he visto,
De lo que hoy es bien diversa.
¿Y solo el amor subsiste
Que enlazó estas alamedas
Con los venturosos nudos,
Que tan firmes se conservan?...
Lo que eterno parecia,
Deshízose con presteza,
Y solo duran los troncos
Abrazados de las hiedras.
Y si alguno se ha secado,
No le abandonaron ellas;
Y si hay alguna marchita,
Ellos firmes la sustentan:
Como diciendo á la muerte:
No tememos tu crudeza,
Que mientras el uno exista,
Los lazos seguros quedan.
¡Ay! ejemplo de los nuestros,
O mi Olimpia, siempre sean:
Y asi unidas nuestras almas
Vivan edades eternas.

## II.

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,
El caballo sin aliento,
Y perdida la batalla,
Manchado de sangre y polvo,
En noche oscura y nublada,
En Antígola vencido,
Y deshecha mi esperanza,
Casi en brazos de la muerte
El laso potro aguijaba
Sobre cadáveres yertos
Y armaduras destrozadas.
Y por una oculta senda,
Que el cielo me deparara,
Entre sustos y congojas,
Llegar logré á Villacañas.
La hermosísima Filena,
De mi desastre apiadada,
Me ofreció su hogar, su lecho
Y consuelo á mis desgracias.
Registróme las heridas,
Y con manos delicadas
Me limpió el polvo y la sangre,
Que en negro raudal manaban.
Curábame las heridas
Y mayores me las daba;
Curábame las del cuerpo,
Me las causaba en el alma.
Yo, no pudiendo sufrir
El fuego en que me abrasaba,
Díjela: Hermosa Filena,
Basta de curarme, basta.
Mas crueles son tus ojos,
Que las polonesas lanzas;
Ellas hirieron mi cuerpo,
Y ellos el alma me abrasan.
Tuve contra Marte aliento
En las sangrientas batallas,
Y contra el rapaz Cupido
El aliento hora me falta.
Deja esa cura; Filena:
Déjala, que mas me agravas,
Deja la cura del cuerpo,
Atiende á curarme el alma.

### III.

En una yegua tordilla,
Que atras deja el pensamiento,
Entra en Córdoba gallardo
Atarfe el noble guerrero.
El que las moriscas lunas
Llevó glorioso á Toledo,
Y torna con mil cautivos,
Y cargado de trofeos.
Las azoteas y calles
Hierven de curioso pueblo,
Que en él fijando los ojos,
Viva, viva, está diciendo:
Las moras en los terrados
Tremulan cándidos lienzos,
Y agua de azahar dan al aire,
Y sus elogios al viento.
Y entre tan festiva pompa,
Siendo envidia de los viejos,
De las mugeres encanto,
De los jóvenes ejemplo;
A las rejas de Daraja,
Daraja la de ojos negros,
Que cuando miran abrasan,
Y abrasan con solo verlos,
Humilde llega y rendido,
El que triunfante y soberbio
Fué espanto de los cristianos,
Fué gloria de sarracenos.
Mas ¡ay! que las ve cerradas,
Bien distintas de otro tiempo,
En que damascos y alfombras
Las ornaron en su obsequio.
Y al mirar tales señales,
Turbado reconociendo
Que mientras ganó batallas,
Perdió el amor de su dueño;
Con gran ternura llorando
Quien mostró tan duro pecho,
Vuelve el rostro á sus cautivos,
De esta manera diciendo:
Id con Dios, que ya sois libres;
Desde aquí podeis volveros,
Y llevad vuestros despojos,
Y esos pendones y yelmos:
Que no es razon que conserve
De sus victorias los restos,
Quien al tiempo de ganarlas
Perdió de Daraja el pecho.

### IV.

## EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

### ROMANCE I.

*Los toros.*

Está en la Plaza Mayor
Todo Madrid celebrando
Con un festejo los dias
De su rey Felipe Cuarto.
Este ocupa, con la reina
Y los gefes de palacio,

El regio balcon, vestido
De tapices y brocados.
En los otros, que hermosean
Reposteros y damascos,
Los grandes con sus señoras,
Y los nobles cortesanos
Ostentan soberbias galas,
Terciopelos y penachos.
Las damas y caballeros
Llenan los segundos altos,
Y de fiesta gran gentío
Los barandales y andamios,
Jardin do á impulso del viento
Ondean colores varios.
Ante la panadería,
Del balcon del rey debajo,
Y de espalda á la barrera,
En la arena del estadio,
La guardia tudesca en ala
Parece un muro de paño
Rojo y jalde, con cornisa
Hecha de rostros humanos,
Sobre la cual vuelan plumas,
En lugar de jaramagos,
Y brillan las alabardas
Heridas del sol de mayo.
Los alguaciles de corte
Con sus varas en la mano,
A la gineta, en rocines
Estan en fila á los lados.
El rey, la reina, los grandes,
Las damas, los cortesanos,
Los tudescos y alguaciles,
El inmenso pueblo, y cuantòs
En la plaza estan, los ojos
Tornan de Toledo al arco,
Por cuya barrera asoma
Un caballero á caballo.

Vese en medio de la arena,
Furia y humo respirando,
Los ojos como dos brasas,
Los cuernos ensangrentados,
Con la pezuña esparciendo
Ardiente polvo, el mas bravo
Retinto, á quien dió Jarama
Yerba encantada en sus campos.
Aun no estrenó la almohadilla
De su cuello erguido y alto
Hierro alguno, ni ha embestido
Una sola vez en vano.
Entre capas desgarradas
Y moribundos caballos,
Se ostenta como el guerrero
Que se corona de lauro,
Entre rendidos pendones,
Sobre muros derribados:
Del Genio del exterminio
Parece emblema y retrato.

En un tordillo fogoso,
De africana yegua parto,
Que de alba espuma salpica
El pretal, el pecho y brazos;
Que desdeñoso la tierra
Hiere á compas con los cascos;
Que una purpúrea gualdrapa
Con primorosos recamos,
De felpa y ante la silla,
En el testero un penacho,
La cabezada y rendage
De oro y seda roja, y lazos
En el codon y en las crines
Soberbio ostenta y ufano;
A combatir con el toro
Sale aquel señor gallardo.
Viste una capa y ropilla

De terciopelo, mas blanco
Que la nieve, de oro y perlas,
Trencillas y pasamanos;
Las cuchilladas, aforros,
Vueltas y faja de raso
Carmesí; calzas de punto,
Borceguíes datilados,
Valona y puños de encaje;
Esparcen reflejos claros
En su pecho los rubíes
De la cruz de Santïago.
Un sombrero con cintillo
De diamantes, sujetando
Seis blancas gentiles plumas,
Corona su noble garbo.
Con la izquierda rige el freno,
En la diestra lleva en alto
Un pequeño rejoncillo
Con la cuchilla de á palmo.
Acompáñanle dos pages
A pie, de uno y otro lado,
Y llevan las rojas capas
Prontas al lance en la mano:
Síguenle sus escuderos
Y un gran tropel de lacayos,
Los que por respeto al toro
Se van haciendo reacios.

Puesto en medio de la plaza
Personage tan bizarro,
Saluda al rey y á la reina
Con gentil desembarazo.
Aquel, serio corresponde,
Esta muestra sobresalto,
Mientras el concurso inmenso
Prorumpe en vivas y aplausos.
Era el gran don Juan de Társis,
Caballero cortesano,
Conde de Villamediana,
De Madrid y España encanto
Por su esclarecido ingenio,
Por su generoso trato,
Por su gallarda presencia,
Por su discrecion y fausto.
Gran favor se le supone,
Aunque secreto, en palacio;
Pues susurran malas lenguas...
Pero mejor es dejarlo.
De todos y todas dicen,
Y es poner puertas al campo,
Querer de los maliciosos
Sellar los ojos y labios.

Valïente Villamediana,
Cortas las riendas y bajo
Del rejoncillo el acero,
Vase al toro paso á paso.
Este cabecea, bufa,
La tierra escarba marrajo,
Y espera instante oportuno
En que partir como el rayo.
El page de la derecha
Con grande soltura y garbo
A la fiera irrita y llama,
La capa ante ella ondeando.
Embiste pues, el ginete
Tuerce el bridon, de soslayo
Pasa el toro, el otro page
Con la capa hace un engaño,
Y lo revuelve, y de nuevo
Lo pára. Determinado
Le hostiga de frente el conde;
Torna á embestir rebramando
El jarameño; parece
Que el caballero y caballo
Van á volar á las nubes,

Cuando de la fiera intactos
En primorosas corvetas
Se separan y con saltos.
Un punto el toro vacila,
Bramido ronco lanzando,
Y desplómase en la tierra,
Haciendo de sangre un lago
Con el torrente que brota
Por la cerviz, do clavado
Medio rejon aparece;
Que el otro medio en la mano
Del noble y valiente conde
Va al concurso saludando.
Por balcones y barandas,
Vallas, barreras y andamios,
Formando una riza nube,
Ondean pañuelos blancos;
Y, *viva!* el pueblo repite,
Y los caballeros, *bravo!*
Y, *qué galan!* las mugeres,
Haciendo lenguas las manos.
La reina, que sin aliento
Los ojos desencajados.
En ginete y toro tuvo,
Vuelve, ansiosa respirando:
«¡Qué bien pica el conde!» dice,
Y, «Muy bien,» los cortesanos
Repiten. El rey responde:
«Bien pica, pero muy alto;»
Y en el rostro de la reina
Clavó los ojos un rato.
Esta demudóse, y todos
Los señores de palacio,
En quienes opinion propia
Fuera un peregrino hallazgo,
Repitieron, no sabiendo
Lo que decian acaso,
Y de entrambas magestades
Queriendo seguir el rastro.
«Pica muy bien; mas debiera
«Haber picado mas bajo.»

Dos toros mas se corrieron,
En que caballeros varios
Con gala y con valentía
Gran destreza demostraron;
Mas es pretender lucirlo
Despues del conde gallardo,
Exceso del amor propio,
Cuyos esfuerzos son vanos.
Ser en punto mediodia
Las campanas avisaron
De Santa Cruz en la torre.
En su carroza á palacio
Retiráronse los reyes,
Tras ellos los cortesanos,
Y aquel inmenso gentío,
La plaza desocupando,
Se apiñó en arcos y puertas,
Haciendo un todo compacto,
Que por las primeras calles
Rompió; que luego en pedazos
Por otras mas dividióse;
Despues en grupos, que al cabo
Reducidos á familias,
Muy pronto se dispersaron.
Tal vez asi se desagua
Un artificial pantano,
Cuando se abren las compuertas
Del malecon, y apretados
Torrentes por ellas salen,
Que luego en arroyos varios
Se dividen, y se pierden
Finalmente por los campos.

## Romance II.

### *Las máscaras y cañas.*

Siguió el festejo á la tarde,
Y llenóse la gran plaza
Con el pueblo y con la corte,
Cual lo estuvo la mañana.
Magníficas son las fiestas
Que la regia villa paga,
Para celebrar el nombre
Del poderoso monarca.
De clarines y timbales
Al son que asorda las auras,
Y al de orquestas numerosas
Que entonan guerrera marcha,
En órden y á lento paso
Numerosas mascaradas
Entran por partes distintas,
Y al rey y á la reina acatan.
De los reinos diferentes
Que el reino forman de España,
Ostenta cada cuadrilla
Distintivos y antiguallas,
Arbolando un estandarte
Con el blason de sus armas;
Y de su música propia
Al compas de las sonatas,
Mézclanse ligeras luego,
Formando mímica danza,
En concertado desórden
De figuras ensayadas.
Los cascos y coseletes
De la indómita Cantabria,
De los fieles castellanos
Las dobles cueras y calzas;
Las fulgentes armaduras,
De los infanzones gala,
Del ligero valenciano
Los zaragüelles y mantas;
De chistosos andaluces
Los sombrerones y capas,
Y las chupas con hombreras
Y con caireles de plata;
Los turbantes granadinos,
Jubas, albornoces, fajas;
Los terciopelos y sedas
De vestes napolitanas;
De la Bélgica los sayos
Con sus encajes y randas;
Los milaneses justillos
Con las chambergas casacas;
Y las esplendentes plumas
Teñidas de tintas varias,
Con los arcos y las flechas
Que el cacique indiano gasta;
Forman un todo indeciso
Que cubre la extensa plaza
De movibles resplandores,
De confusion bigarrada.
Parece que está cubierta
Con una alfombra persiana,
Cuyos matices se mueven
Al conjuro de una maga.
Aquí añafiles moriscos,
Allí tamboril y gaita,
Mas allá trompas guerreras,
Acá sonorosas flautas;
Las antárticas bocinas
En un lado, las guitarras

Y crótales, en el otro
Los caracoles de caza,
Forman estruendo confuso
En que ya el acorde falta,
Y que llenando el espacio,
Aun mas aturde, que halaga.
Por fin terminado el baile,
Sepáranse las comparsas,
Y hácia lados diferentes,
En órden puestas, descansan;
Y cada una se dirige,
Segun la suerte la llama,
A saludar á los reyes
Con solemnidad y pausa,
Y doblando la rodilla,
Ofrecen á su monarca
Un rico don de productos
De aquel reino que retratan.
Despejando luego todas,
El circo desembarazan
A los nobles caballeros,
Que salen á correr cañas.

Por la izquierda y la derecha
A un tiempo entraron galanas
Dos diferentes cuadrillas,
Que á unirse en el centro marchan.
Compónese cada una,
Compitiendo en garbo y gala,
De doce nobles ginetes
Que de dos en dos avanzan.
El conde de Orgaz, mancebo
De gentileza y de gracia,
Es caudillo de la una;
De la otra es Villamediana.
Aquel, en caballo negro
Enjaezado de plata,
De terciopelo amarillo
Con celestes cuchilladas,
Vestido sale: figura
Con argentinas escamas
Peto y espaldar, y azules
Lleva plumas y gualdrapa.
Este en un caballo blanco,
Cuya crin el oro enlaza,
Ostenta un rico vestido
De terciopelo escarlata:
El arnes de hojuelas de oro
Y de rica seda blanca,
Con brillantes bordaduras
Los afollados y faja.
Unidas las dos cuadrillas,
Hácia el regio balcon ambas
Al paso la pista siguen
De los gefes que las mandan;
Y el concurso en gran silencio
Curioso la vista clava
De los dos gallardos condes
En las brillantes adargas,
Pues logrando de discretos
Y de enamorados fama,
Interesa á todo el mundo
Ver las empresas que sacan.
Es la de Orgaz una hoguera,
De la que el vuelo levanta
El fénix con este mote:
*Me da vida quien me abrasa.*
Un letrero solamente
Es la de Villamediana
Que dice: *Son mis amores...*
Y luego reales de plata,
Puestos cual si fueran letras,
Con que aquel renglon acaba.
La empresa de Orgaz la entienden
Todos, y aciertan la llama
Que le da vida y le quema.

La del de Villamediana
Despierta mas confusiones,
Aunque es en verdad bien clara.
Propension funesta tiene
El jóven galan que alcanza
Favores de una señora,
A la par hermosa y alta,
De publicarlos al punto
Y de sacarlos á plaza:
Vanidad de enamorados
Que en peligros no repara.
Muchos el sentido entienden
Que las monedas declaran;
Mas por miedo disimulan
Y de explicarlo se guardan.
Otros, necios, se calientan
Los cascos por descifrarla:
*Son mis amores dinero*,
Repiten; pero no cuadra
Con el carácter del conde
Esta explicacion villana.
« Mis amores efectivos
« Son, » dicen otros: ¡bobada!
Velasquillo el contrahecho,
Enano y bufon que alcanza,
No sin despertar envidia,
Gran favor con el monarca,
A disgusto de los grandes
En el balcon regio estaba,
Malicias diciendo y chistes,
Con insolencia y con gracia;
Y ó por faltarle su astucia
Entonces, ó porque trata
De vengarse del desprecio
Con que la reina le acaba;
O porque ve de mal ojo
Al noble Villamediana,
O por gusto de hacer daño,
Que es de tales bichos ansia;
Dijo: « Ta, ta; ya comprendo
« Lo que dice aquella adarga:
« *Son mis amores reales*, »
Y soltó la carcajada.
Trémulo el rey y amarillo
Y conteniendo la saña,
« Pues yo se los haré cuartos, »
Respondió al punto en voz baja.
Le oyó la reina, y quedóse
Inmóvil como una estatua,
Pálida como la muerte,
Hecha pedazos el alma.

Las cuadrillas empuñando,
En vez de robustas lanzas,
De cintas y oro vestidas
Leves quebradizas cañas,
Se embistieron... Imposible
Es ya que encuentre palabras
Con que describir la fiesta:
Mi atencion la reina embarga.
¡ Pobre señora! tampoco
Merece versos y fama
Tal diversion, ya reflejo
Débil, copia degradada
De las justas que ha dos siglos
Los caballeros usaban
Con gloria; que nunca gloria
En donde hay peligro falta,
Y en que las picas de guerra
Dobles petos abollaban,
No los juncos inocentes
Sedas, brocados y holandas.

### Romance III.

### *El sarao.*

Mientras que la monarquía
Se desmorona, y el borde
Toca de una sima horrenda,
Duermen en pueriles goces,
Entre placeres se aturden,
Deleites solo conocen,
Sin cuidarse del peligro,
El rey de España y sus nobles.
Asi una casa se quema,
Asi desdichas atroces
Sobre una infeliz familia
El ciego Destino pone;
Y en tanto el imbécil rie,
Duerme el embriagado jóven,
Y el niño con sus juguetes
Es el mas feliz del orbe.
Si alegre fué todo el dia
Con públicas diversiones,
Con saraos y luminarias
No lo fué menos la noche.
El pueblo las anchas calles
En gozosas turbas corre,
Para ver iluminadas
Las casas de los señores.
En las plazas principales
Suenan músicas acordes,
Y farsas se representan
Del rey celebrando el nombre.

Del palacio del Retiro
Llenos estan los salones
De todo el fausto y la gala,
Que son honra de la corte.
En los soberbios jardines
Brillan vasos de colores,
Que en el estanque reflejan
Formando guirnaldas dobles.
Un gran fuego de artificio
Las densas tinieblas rompe,
Y rastros de luz envia
A las celestes regiones:
De los rayos que le lanzan
Los nublados tronadores,
Dijérase, que la tierra,
Se estaba vengando entonces.
Varias encendidas ruedas,
Girando luego veloces
En atmósfera de chispas,
Parecen mágicos soles;
Mas pronto en huecos tronidos,
De humo blanco alzando un monte,
Se disipa y desparece
Aquel gigante enorme
De luz, que ofuscó los astros,
Y que deslumbró á la corte,
Como trásunto ú emblema
Del orgullo de los hombres.

En el salon de los reinos,
Donde el trono de dos orbes
De oro y terciopelo estriba
En colosales leones,
El rey está con las damas,
La reina con los señores
Y chocolate, y conservas,
Y helados pasan en órden,
En marcelinas de oro
Y en bandejas, cuyos bordes

Lucientes piedras adórnan
En caprichosas labores.
En seguida se bailaron,
Al compas de alegres sones,
Las folías y chaconas,
Y aun zarabandas ignobles.
De cada señora al lado
Sitio un caballero escoge,
Y en un cojin para hablarle
La rodilla izquierda pone.
Allí en animados grupos
Lo mas rico y lo mas noble
De Madrid y España asiste,
Y extrangeros de alto porte.
Estaban pues... ¿de qué sirve
Que el tiempo perdamos, nombres
Ya olvidados repitiendo,
Y que alcanzaron entonces
Boga por riqueza y sangre,
Mas que hoy ya nadie conoce?
De conocidos hablemos,
De amigos nuestros, de hombres
Que aun los vemos y tratamos,
Aunque ha dos siglos que esconde
Sus cenizas el sepulcro,
Sima que todo lo sorbe.

En un lado de la sala
Estaba el famoso Lope,
El fénix de los ingenios,
Con el cabello y bigote
Blancos como pura nieve;
Y al traves se reconoce
De sus clericales ropas
Que fué guerrero de jóven.
La insignia adorna su pecho
De la hospitalaria órden,
Y el fuego brilla en sus ojos
Que hace á los mortales dioses.
Con él habla un caballero,
Cabeza gorda, deformes
Los pies, de negro azabache
Melena y barba, mas noble
Aspecto: diciendo chistes
Está, y resuenan conformes
Carcajadas y aun aplausos,
En cuantos hablar le oyen.
Es don Francisco Quevedo,
A quien un clérigo torpe
Ya por la edad, ceceando
Y con malicias responde.
Ser el tal pronto se advierte
Don Luis Góngora y Argote,
Del nuevo estilo de moda
Inventor, coluna y norte.
El padre Paravicino,
Que de sabio alto renombre
Goza, y á Madrid encanta
Por sus peinados sermones,
Tambien es del corro; y luego
En él ufano ingirióse,
Aun tan niño que en sus labios
Ni bozo se ve que asome,
Don Estévan de Villégas,
Español Anacreonte,
En versos cortos divino,
Insufrible en los mayores.
En una pausa en el baile,
De Villamediana el conde,
Que ha danzado con la reina,
Alargó la mano á Lope,
Y como ingenio de marca
Entre los otros mostróse.
Acaba de publicarse
Su poema de *Faetonte*,
En aquel tiempo un prodigio,

Que hoy tiene apenas lectores;
Obra de perverso gusto
Y de hinchados clausulones.
Góngora, que envanecido,
Un adepto de alto nombre
Ve en tan claro personage,
Sus encomios prodigóle;
Y todos le celebraban,
Aunque yo decir no ose
Si sus versos aplaudian,
O su favor en la corte.
Don Francisco Manuel Melo,
En quien se juntan los dotes
De historiador y poeta
Con los bélicos blasones,
Allí está, aunque taciturno:
Sin duda abriga temores
De que el duque de Braganza,
Su osado intento no logre.
El gran don Diego Velázquez,
De pinceles españoles
Gloria, tambien conversaba
Con tan famosos autores;
Pero lo que dicen ellos,
Parece que apenas oye,
Porque de Rúbens los cuadros
Con gran encanto recorre;
Y en aquel retrato ecuestre
Del emperador, en donde
Apuró Ticiano el arte,
Los ojos árabes pone.

Tambien el rey un momento
Afable al corro acercóse,
Hablando de una comedia
Que salió al público entonces,
Y cuyo autor se nombraba
*Un ingenio de esta corte.*
A la cual, aunque por cierto
Era un disparate enorme,
Todos dieron mil elogios
Y de portento renombre,
Pues que es obra del rey mismo,
No hay en Madrid quien ignore.
Ya muy tarde entró en la sala,
Saludos y adulaciones
Recibiendo del concurso,
Con aire altanero y noble
El conde-duque: se llegan
Los grandes y embajadores
Para hablarle, el rey Felipe
Con gran cariño le acoge;
Y con él, y con el nuncio
Y un milanes enredóse
En importante coloquio,
Que su atencion regia absorbe.

La reina, que en gallardía
A todas se sobrepone,
Y cuyos hermosos ojos,
Brillantes como dos soles,
En Villamediana tuvo
Clavados toda la noche;
Viendo al rey y al favorito
Con aquellos dos señores
Extrangeros en consulta,
Que ha de ser larga supone
La conversacion, notando
Que hay vivas contestaciones.
Mas atenta al conde mira,
Le hace una seña, y veloce,
Aunque con gran disimulo,
De la sala retiróse,
De una danza numerosa
Que empezó la gente jóven
A enredar, aprovechando

La confusion y el desórden.
Conoció al punto la seña
El favorecido conde,
Que amantes favorecidos
La mas pequeña conocen;
Pero no son ellos solos:
Tambien, ¡ay! de ellas se imponen
Los zelosos... el monarca
La seña fatal recoge.
A salir Villamediana
Siguiendo su amado norte,
Iba por distinto lado
Del salon, cuando turbóle
El ver al rey furibundo,
Que con miradas atroces,
Ojos cual los de un fantasma,
En él sin quitarlos pone.
Sobrecogido, de mármol,
Ni á dar un paso atrevióse,
Y trabó, disimulando,
Un altercado con Lope.

## ROMANCE IV.

### *Final.*

En aquella galería,
Adornada de arabescos
Y follages primorosos,
Con oro y esmaltes hechos,
Y cuya baranda rica
Daba hácia el jardin pequeño,
En que el caballo de bronce
Estuvo por largo tiempo;
Sin mas luz que la que esparce
La luna en mitad del cielo,
Esperando á alguien la reina,
Está turbada y con miedo.
Del concurso de la danza
Y de la orquesta el estruendo,
Que los salones ocupa,
Oye resonar de lejos;
Y aunque sabe que notada
Ha de ser su ausencia presto,
Por dar al conde un aviso
Atropella todos riesgos.
Siglos los instantes juzga
Con mortal desasosiego,
Y en el barandal dorado
Palpitante apoya el pecho.
Mira al ecuestre coloso;
Inmóvil, oscuro, enhiesto,
Entre laureles y murtas,
Y tiembla infelice al verlo.
Alza á la pálida luna
Los ojos de llanto llenos,
Y se extravia su mente
Por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,
Como fantasma ó espectro,
En el corredor entróse,
La parte oscura siguiendo,
Un hombre embozado: llega
Por detras en gran silencio
A la reina, que, de espaldas
Estando, no puede verlo,
Y le tapa el noble rostro
Con dos manos como hielo,
Pero delicadas manos
Que agita un temblor ligero.
¿Quién pudiera aproximarse

A dama de tal respeto,
Sino el amante dichoso
Con tan inocente juego?
Asi lo pensó ella misma,
Pues aunque al primer momento
De sorpresa lanzó un grito,
Pronto sobre sí volviendo:
« Déjame, conde, » prorumpe
Con dulces lánguidos ecos;
« No es esta ocasion de burlas,
« Pues es de infortunios tiempo.
« Déjame, y escucha, conde.» —
Libre la dejan en esto
Las manos que la cegaban,
Y se encuentra sola, ¡cielos!
Con su marido, que arroja
Por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta;
Mas tienen el privilegio
Las hembras del disimulo,
Y en los críticos encuentros
Mucha mayor agudeza
Que el hombre de mas ingenio.
Al oir que el rey pregunta
Con voz como voz de infierno,
« ¿Yo conde?...¿yo?»—En sí tornando
La reina, responde presto
« Sí, señor, de Barcelona...
Y se complace mi pecho
En tal título, afirmado
Con vuestro poder y esfuerzo,
Despues que habeis reprimido
La rebelion de aquel pueblo. » —
Quedó pasmado el monarca:
« Discreta sois por extremo, »
Repuso; y tras pausa leve,
« ¿Mas qué infortunios tenemos?»—
Ya alentada la señora,
Pues siempre el paso primero
Es el trabajoso, dijo:
« No faltan, señor, por cierto:
Dígalo Flandes perdida,
Y de Nápoles los reinos,
Donde un ambicioso intenta
Arrebatarnos el cetro;
O Milan, donde la peste,
Está tanto estrago haciendo;
Y Portugal vacilante,
Do traidores encubiertos... »
Aquí atajóla Filipo
Con voz de lejano trueno:
« Basta pues, basta, señora;
Sois francesa, bien lo veo;
Teneis interes muy grande
En mi honor y en el del reino.
Vereis que uno y otro al punto
Para aquietaros sostengo,
Y que lavaré con sangre
La mancha que advierta en ellos.
Calló, y una atroz mirada
Con el rostro descompuesto,
Que pareció mas terrible
De la luna á los reflejos,
Clavó en la reina, mirada
Que destrozó aguda el seno
De la infeliz, pues temblando
Cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno
Vuela ó se deshace un sueño,
Desapareció el monarca:
Fué á su cámara en silencio,
Tocó un silbato de oro
Que tuvo mágico efecto,
Pues salió de los tapices,
Al silbido obedeciendo,

Por una encubierta entrada
Un humilde ballestero,
Cual espíritu maligno
Que al conjuro está sujeto.
Era el favorito oculto
Del rey : ambos un momento
Hablaron con tal sigilo,
Que el labio apenas movieron ;
Solo al irse el confidente,
Se oyó decir al rey esto :
« Asegura bien el golpe,
« Y si has de vivir, secreto. »

Al sarao y á los salones
Tornó Filipo muy presto :
Aunque pálido el semblante,
Tranquilo y tal vez risueño,
Volvió á hablar al conde-duque,
El cual como astuto y diestro,
Que su señor encubria
Conoció cuidados nuevos.
Al cabo de corto rato
Anuncióse que en su lecho,
La reina indispuesta estaba,
Y se dió fin al festejo.
Sucedió al bullicio alegre,
Al son de los instrumentos
Y á la confusion festiva,
El mas profundo silencio.
Los cortesanos al punto
Las actitudes y gestos
Dejaron de la alegría,
Y tomaron los del duelo;
Y á vaciarse los salones
Comenzaron del inmenso
Concurso, que los llenaba
De galas, vapor y estruendo.
Villamediana confuso,
De inquietud funesta lleno,
Al retirarse saluda
Al monarca con respeto,
Y este con una sonrisa
Le deja aterrado y yerto;
Mientras afable despide
A los otros palaciegos.

De la desdichada reina
La favorita corriendo
Sale por las antesalas,
Busca al conde sin aliento,
Penetra la muchedumbre,
Le hace señas desde lejos,
Al fin le alcanza, va á hablarle,
Un papel lleva encubierto ;
Cuando se pára y se hiela,
Al rey de repente viendo :
Tal queda liebre cobarde
De la serpiente al aspecto.
El gran tropel que desciende
Las escaleras, violento,
Arrastra á Villamediana,
Que va delirante y ciego.
Su carroza no parece...
En la de Orgaz toma puesto,
Y ambos condes por las calles,
Que aun no estaban, cual las vemos,
Alumbradas con faroles,
Veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
Una voz : *Conde!* El cochero
Pára al punto los caballos ;
Pregunta Orgaz desde dentro :
« ¿A cuál de los dos? » De afuera,
« Villamediana, » dijeron.
Villamediana al estribo,
Juzgando que es mensagero

De la reina quien le llama,
Sacó la cabeza y pecho;
Y al punto se lo traspasa
Una daga de gran precio
Con tal furor, que á la espalda
Asomó el agudo hierro.
Cayó el herido en el coche
Un mar de sangre vertiendo,
Y de su amigo en los brazos
Al instante quedó muerto.

## ROMANCE CORTO.

Hermana Juanilla,
Si acaso te encuentro
Sentada á la reja,
Oyendo requiebros,
Se lo digo á madre:
Verás con que ceño
Te llama bribona,
Mocosa, arrapiezo.
Vedará que vayas
Con blondas y fluecos
A misa el domingo,
La tarde al paseo.
Que tengas cuidado,
Juanilla, te advierto:
Pues yo he de contarlo
Sin faltar un pelo.
Que no me parece
Justo ni bien hecho,
Cuando apenas solo
Me llevas dos dedos,
Que me dejes sola
Mientras me divierto
Con mis muñequitas,
Vajillas y pesos;
Por estarte hablando
Con esos mozuelos.
Aun no hace dos meses,
Ni tampoco medio,
Que conmigo hacias
Divertidos juegos:
El de las visitas,
El de los bateos,
El de las comadres,
Con otros diversos.
Mal haya aquel dia,
Que por pasatiempo
La ropa de madre
Probamos al cuerpo:
Porque ya te viene
Su saya, te has puesto
Tan tonta y fachenda,
Que da rabia el verlo.

## LETRILLA.

« Mal haya quien sabe
« Mirando matar. »
Piedad, madre mia,
Yo siento en el seno
Tan fiero veneno,
Tan crudo pesar,
Despues de aquel dia
Que Silvio turbado

Me vió en el mercado,
Que voy á espirar :
« Mal haya quien sabe
« Mirando matar. »

¡Ay Dios! al mirarme
Sentí luego, luego,
Vivísimo fuego
Mi pecho abrasar.
¿Quién puede explicarme
La fuerza, el encanto
Que causa mal tanto
Con solo mirar ?
« Mal haya quien sabe
« Mirando matar. »

¡O Silvio malvado!...
¡Ay, yo simplecilla,
Que incauta y sencilla
Salí á pasear,
Y el pecho abrasado
Torné de la aldea!
¡Traidor!... ¿Te recrea
Tal daño causar ?
« Mal haya quien sabe
« Mirando matar. »

## SONETOS.

### I.

Mísero leño, destrozado y roto,
Que en la arenosa playa escarmentado
Yaces, del marinero abandonado,
Despojo vil del ábrego y del noto,

¡Cuánto mejor estabas en el soto,
De aves, y ramas y verdor poblado,
Antes que envanecido y deslumbrado
Fueras del mundo al término remoto!

Perdiste la pomposa lozanía,
La dulce paz de la floresta umbrosa
Donde burlabas los sonoros vientos :

¿Qué tu orgulloso afan se prometia?
¿Tambien burlarlos en la mar furiosa?
He el fruto aquí de altivos pensamientos.

## II.

O amiga noche, o noche deliciosa,
Dulce madre del sueño regalado:
Tu manto de diamantes tachonado
Descoge por el aura vagarosa.

Esparce tu cabello silenciosa
De beleño balsámico empapado,
Y descienda Titan al mar sagrado,
Que su fulgente luz me es enojosa.

Su lumbre anhele con cansado empeño
El que la vida de los vientos fia,
O el que sigue de Marte el torvo ceño:

Que á mí no puede serme grato el dia,
Pues solo las caricias de mi dueño
Gozo á favor de tu tiniebla fria.

## III.

La parda nube con fragor tremendo
Rasga violento el huracan sañudo,
Y al horrísono son del trueno rudo
El aire está en relámpagos ardiendo.

Tiembla el tirano al pavoroso estruendo
Que retumba en sus bóvedas, y mudo
Teme sobre su frente el rayo agudo,
Sus vicios y maldades recorriendo.

En tanto el virtüoso en su retiro,
Como no excita la celeste saña,
Ni teme el rayo, ni le asusta el trueno.

¿Qué es mas felicidad? ¿cuál es, Dalmiro?

¿El poder que del miedo se acompaña,
O la tranquilidad del hombre bueno?

## ODAS.

### I.

*Al armamento de las provincias españolas contra los franceses.*

¿A dó se encumbra con altivo vuelo
El ronco son de mi inocente lira,
El blando mirto de que está adornada
Tornándose en laurel?... ¿Adónde osada
Lleva su acento?... Elévase hasta el cielo,
Y al impulso del númen que la inspira,
Ya ni penas suspira,
Ni amorosos sonidos
Entona, ni ternezas, ni placeres,
Ni arrullos de Citéres;
Sino muertes, y horrores, y alaridos,
Dando tal fuerza á su encumbrado aliento,
Que cual bélica trompa atruena el viento.

¿Pero qué agitacion mi pecho siente?
¿Qué turbacion embarga el alma mia?...
Ya por el ancho espacio me sublimo,
Y en los campos etéreos el pie imprimo
Jamas hollados por humana gente.
Llego á la esfera donde nace el dia:
Allí mi fantasía
Cercana mira al cielo;
Y cual neblí, que hasta la parda nube
Veloz y altivo sube
Con presuroso arrebatado vuelo,
Asi atrevida mi soberbia planta
A los rojos celages se adelanta.

Y entre las rotas nubes estoy viendo
El suelo hispano y su gallarda gente

En fiera llama arder, y miro á Marte
Enarbolar feroz el estandarte,
Y escucho de su carro el sordo estruendo,
Y en la rueda gemir el eje ardiente.
La cuadriga ferviente
Se agita, y corre, y suda. Ya las fieras
Escuadras alzan bélico alarido,
Al hórrido sonido
Despléganse pendones y banderas,
Y ensordecen del aire las regiones
El tambor y clarin con roncos sones.

¿Cómo trocarse de repente pudo
El inerte sufrir en que yacias,
O dulce patria, el hondo abatimiento,
En tan glorioso y bélico ardimiento?
¿Cómo triunfar pudiste del sañudo
Destino, que ofuscó tus claros dias?
¡Ah! Las alevosías
De pérfidos tiranos
Despiertan y dan temple á las naciones.
Al fin los corazones
Se cansan de gemir, cobran las manos
Fuerza entre las cadenas, y el despecho
Da arrojo y furia al ofendido pecho.

Sí, Galia, sí, tu horrenda tiranía,
Tu aleve trato y pérfidas traiciones
Sacaron á la opresa y triste España
Del hondo sueño. Tiembla de su saña:
Tiembla. No importa que tu furia impía
Arda en innumerables escuadrones:
No importa que aprisiones
Con astucia inclemente
Sus príncipes: no importa que furiosa
En Mantua congojosa
Abras de sangre cálida un torrente,

Pues tu crueldad produce patriotismo,
Virtudes, libertad, y alto heroismo.

Venganza, dice el animoso viento.
En las cavernas cóncavas zumbando.
Venganza, dicen las bramantes olas
Al azotar las playas españolas.
Venganza, dice el alto firmamento
Horrísonas tormentas agitando.
Venganza contra el bando
De los galos traidores
Que escondiendo el puñal entre la oliva,
Con furia y saña altiva
De amigos se tornaron opresores;
Volviendo alevemente sus abrazos
En férreos grillos y en traidores lazos.

Al ronco son de guerra y de venganza
El Turia, el Bétis, Guadiana y Duero,
Y el Segura, y el Ebro levantando
Las frentes, y á sus hijos convocando
Para empuñar la vengadora lanza,
Llenan de mudo asombro el orbe entero.
Al estruendo guerrero
Del Cid los sucesores
Cubren el cuerpo de luciente malla,
Y en horrenda batalla
Renuevan el valor de sus mayores:
Y grita el pueblo astur, y por la sierra
Retumba el eco de venganza y guerra.

Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla

Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y honor henchido el seno,
Juran vengar la patria profanada;
Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de Las Navas la memoria.

Salve, fuerte Aragon... O fiel Sansueña:
Alza hasta el cielo la almenada frente;
Gloria inmortal tendrás. Tus torreones
Burlarán los feroces escuadrones,
Como el hervor del mar la inmensa peña.
Y el Ebro ufano en su veloz corriente
Gozoso arrastrará la altiva gente
Que envanecida y fiera
Intente derrocar tu poderío:
Que el denuedo y el brio
De tus heróicos hijos por do quiera
Muerte y espanto sembrará en las haces,
Y ahuyentará las águilas audaces.

Como al impulso del furioso viento
Desparece la espiga ya tostada,
Envuelta en remolino polvoroso,
Asi la hueste del frances doloso
Se abate y desparece en un momento,
Del ardor español arrebatada.
Y huye desalentada,
Y es vana la carrera
Del bélico animal, y el reverbero
Del morrion guerrero,
Y de la cota refulgente y fiera;
Que al valor de la Hesperia se ha humillado
El potro, y la coraza, y el soldado.

Hoy correis, españoles, á la gloria,
Y brillará de vuestro honor la llama
Ejemplo siendo al orbe, y mudo espanto.

De San Quintin, Pavía, y Camposanto
Se reproduce la feliz memoria,
Se reverdece la triunfante rama:
Y logrando la fama
Que alcanzan los varones,
Que de la esclavitud y abatimiento,
A fuerza de ardimiento
Y de sangre, libertan las naciones;
En eterno padron que al tiempo asombre.
Vivirá siempre vuestro heróico nombre.

## II.

### *A las estrellas.*

O refulgentes astros, cuya lumbre
El manto oscuro de la noche esmalta,
Y que en los altos cercos silenciosos
Girais mudos y eternos;

Y o tú, lánguida luna, que argentada
Las tinieblas presides, y los mares
Mueves á tu placer, y ahora apacible
Señoreas el cielo:

¡Ay, cuántas veces, ay! para mí gratas,
Vuestro esplendor sagrado ha embellecido
Dulces felices horas de mi vida,
Que á no tornar volaron!

¡Cuántas veces los pálidos reflejos
De vuestros claros rostros, derramado
Húmedos, resbalar por las colinas
Ví apacibles de Bétis,

Y en su puro cristal vuestra belleza
Reverberar con cándidos fulgores
Admiré, al lado de mi prenda amada,
Mas que vosotras bella!

Ahora al brillar en las salobres ondas,
Solo y mísero, prófugo y errante,
De todo bien me contemplais desnudo,
Y á compasion os muevo.

¡Ay! ahora mismo vuestras luces claras,
Que el mar repite y reverente adoro,
Se derraman tambien sobre el retiro,
Donde mi bien me llora.

Tal vez en este instante sus divinos
Ojos clava en vosotros, o lucientes
Astros, y os pide con lloroso ruego,
Que no altereis los mares;

Y el trémulo esplendor de vuestras lumbres
En las preciosas lágrimas riela,
Que esmaltan, ¡ay! sus pálidas mejillas,
Y mas bella la tornan.

## III.

### *El sueño del proscrito.*

O sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacias,
¿Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas á hundirme de las ansias mias?...
¡Ay!... los fugaces cuadros que mi mente
Ha un instante en tus brazos contemplaba,
Los juzgué realidad; y mis pesares
Y mi destino bárbaro olvidaba:
Y ¿todo fué ilusion?... Vuelve, halagüeño,
Vuelve, o consolador, o ansiado sueño.

Por tu mágico influjo llevado,
Yo me he visto en mi patria adorada,

No de sangre y de llanto inundada,
No cubierta de luto y de horror;
Sino libre, triunfante, felice,
Como un tiempo que huyó presuroso,
Cual celage risueño y hermoso,
Al soplar huracan bramador.

Encantadas riberas de Bétis,
Sacros bosques de adelfas y rosas,
Apacibles colinas graciosas,
Ha un momento que en vos me encontré;
Y tranquila ilustrando ese cielo
De zafíro á la luna fulgente,
Rielar en la riza corriente
Resbalando por flores miré.

¡O consuelo de todas mis penas!
A mi lado mi Angélica estaba,
Que con voz celestial entonaba
Dulces himnos de dicha y de amor;
Y yo ufano pulsaba la lira,
A su voz y á su encanto obediente:
Y al oirnos el plácido ambiente,
No agitaba ni rama ni flor.

¡Cuántas sombras de amantes dichosos,
Que otro tiempo aquel suelo habitaron,
Juzgué ver que á los dos nos cercaron,
Escuchando la dulce cancion!
¡Ah! mis penas horribles cesaban,
Y en mi vida feliz y contento
Fuí jamas, como el corto momento
De tan grata fugaz ilusion.

Pero ¡ay desventurado!
Era sueño engañoso,
Que voló presuroso,
¡Y ahora es mayor mi mal!

Son ilusion mis dichas,
Son realidad mis penas:
Asi, feroz, lo ordenas,
¡O destino fatal!

Despierto súbito,
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico,
Donde nací;
Donde mi Angélica
De amargas lágrimas
Su rostro pálido
Baña por mí.

En vez del bálsamo
Del aura plácida
Del cielo bético,
Que tanto amé;
Las nieblas hórridas
Del frio Támesis
Con pecho mísero
Respiraré.

## IV.

### *Al faro del puerto de Malta.*

Envuelve al mundo extenso triste noche,
Ronco huracan y borrascosas nubes
Confunden y tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra;

Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del cáos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes,

Y revienta á tus pies, do rebramante,
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto:

Tú con lengua de fuego *aquí está* dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á númen bienhechor te adóra,
Y en tí los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
Que céfiro amoroso desenrolla,
Con recamos de estrellas y luceros,
Por él rueda la luna;

Y entonces tú, de niebla vaporosa
Vestido, dejas ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema
Arde á par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde
Rocas aleves, áridos escollos
Falso señuelo son, lejanas lumbres
Engañan á las naves;

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
Tú, cuya inmoble posicion indica
El trono de un monarca, eres su norte,
Les adviertes su engaño.

Asi de la razon arde la antorcha,
En medio del furor de las pasiones,
O de aleves halagos de Fortuna,
A los ojos del alma.

Desque refugio de la airada suerte
En esta escasa tierra que presides,
Y grato albergue el cielo bondadoso
Me concedió propicio,

Ni una vez sola á mis pesares busco
Dulce olvido del sueño entre los brazos,
Sin saludarte, y sin tornar los ojos
A tu espléndida frente.

¡ Cuántos, ay, desde el seno de los mares
Al par los tornarán !... Tras larga ausencia
Unos, que vuelven á su patria amada,
A sus hijos y esposa:

Otros, prófugos, pobres, perseguidos,
Que asilo buscan, cual busqué, lejano,
Y á quienes, que lo hallaron, tu luz dice,
Hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte á los bajeles,
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde,
Me traen nuevas amargas, y renglones
Con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¡ cuál mi pecho,
Destrozado y hundido en amargura,
Palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitables, contrastado
Del viento y mar, entre ásperos bajíos,
Ví tu lumbre divina:

Viéronla como yo los marineros,
Y olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdian,
¡ *Malta! Malta!* gritaron;

Y fuiste á nuestros ojos la aureola
Que orna la frente de la santa imágen,
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.

Jamas te olvidaré, jamas... Tan solo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
La benéfica llama,

Por la llama y los fúlgidos destellos,
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El arcángel dorado, que corona
De Córdoba la torre.

## V.

### *A mi hijo Gonzalo de edad de cinco meses.*

De tu madre en el seno
Duermes, dulce amor mio,
Cual perla de rocío
Duerme en el seno de la tierna flor.
De mil encantos lleno
Reluce en tu semblante,
Cual sol en el diamante,
De una alma nueva el celestial candor.

Aun en la tierra impura
Tu pie no se ha estampado,
Ni han tus manos tocado
El crudo hierro y corruptor metal;
Ni ha ofendido á criatura
Esa boca süave
Que aun pronunciar non sabe,
Y en que reina pureza angelical.

Ignoras lo que es muerte,
Y lo que es vida ignoras;
Mas en tanto las horas
Contigo mudas caminando van.
¿Y cuál será tu suerte?...
¿Qué te importa? Risueño

Gozas tranquilo sueño,
Sin darte el dia de mañana afan.

Duerme, prenda adorada;
Pero de cuando en cuando
Despierta al beso blando,
Que te daremos, ó tu madre ó yo;
Y déjame encantada
Con tu risa inocente
El alma, que doliente
Del infortunio el cáliz apuró.

Sí, cuando te sonries
A mis tiernas caricias,
En un mar de delicias
Olvido cuanto ha sido y ha de ser:
¿Qué me importa, si ries
Mirándome amoroso,
El ceño desdeñoso
De Fortuna y las iras del poder?

Mas no hay placer completo:
¡Ay!... siempre que te miro,
Se me escapa un suspiro,
Pensando cuál será tu porvenir.
Misterioso secreto,
Que como tú yo ignoro,
Que ni el saber, ni el oro,
Ni la fuerza consiguen descubrir.

Un pimpollo de rosa
Cae al dulce arroyuelo,
Que apenas cubre el suelo,
Durmiendo manso entre una y otra flor:
¡Feliz, si en él se posa
Y entre sus juncias prende,
Y los tallos extiende
Bajo el abrigo del paterno amor!

Mas invisible, artera,
Con las flores jugando,
La corriente arrastrando
Lo va del rio al rápido raudal:
Aun puede una ribera
Lograr en él, do viva,
Do un jardin lo reciba,
Y llegue á ser magnífico rosal.

Pero si el turbio rio
Lo lleva al mar, ¡ay triste!
El huracan lo embiste,
Las olas lo arrebatan con furor;
Y perece, hijo mio,
Bajando al hondo seno,
O en el salobre cieno,
Yaciendo al pie de escollo bramador.

# NOTICIA DE D. ANGEL DE SAAVEDRA,

## DUQUE DE RIVAS.

Nació en la ciudad de Córdoba el 1º de marzo de 1791. A la edad de once años cursó en el real seminario de nobles de Madrid, donde estudió gramática latina, lengua francesa, poética y retórica, matemáticas, geografía, historia y dibujo. En 1807 salió de aquel colegio, y entró á servir en el real cuerpo de guardias de la persona del rey.

Despues del memorable 2 de mayo de 1808 fué con un escuadron de su cuerpo al Escorial, donde se presentó un emisario del general Murat para seducir el cuerpo de guardias compuesto de la nobleza á tomar partido con el usurpador. Saavedra en la junta que se celebró al efecto fué el primero, á pesar de su tierna edad, que tomó la palabra y desechó con noble indignacion las propuestas del emisario, y arrastró el voto general de sus compañeros. Marchó en seguida á Zaragoza á unirse al inmortal Palafox, pero hallando interceptados los caminos por las tropas francesas, se dirigió á Castilla á reunirse á otro escuadron del real cuerpo de guardias que se encontraba en aquella provincia, y con él se halló en la batalla de Rioseco, en la de Tudela, en la de Uclés, en la de Ciudad-Real, en la de Talavera y en la de Ocaña. En esta última recibió once heridas mortales, y quedó tendido en el campo de batalla, de donde le sacó moribundo, á media noche, un soldado de caballería.

Conducido á Córdoba en medio de los mayores riesgos, al penetrar los enemigos en Andalucía, se retiró casi impedido á Málaga, donde fué hecho prisionero por el general Sebastiani.

Logró á poco tiempo fugarse á Gibraltar y despues á Cádiz, en cuya ciudad, establecido el estado mayor, fué nombrado sucesivamente capitan y teniente coronel. Hizo varios trabajos importantes de topografía y fortificacion, sufrió todo el sitio de Cádiz, se halló en la batalla de Chiclana, y levantado el sitio de aquella plaza, fué nombrado gefe de estado mayor de una division del ejército de reserva.

Concluida la guerra fué hecho coronel, y obtuvo su retiro. Vivió en Sevilla dedicándose al estudio de la literatura y de la pintura; publicó un tomo de *Ensayos poéticos*, y se representaron con aplauso dos tragedias suyas.

El año de 1820 abrazó con calor el partido constitucional, publicó dos tomos de *Poesías*[1], y fué en seguida á Paris, de donde volvió á España, nombrado diputado á córtes por su provincia de Córdoba.

Habiéndose trasladado con ellas á Sevilla se representó con aprecio su tragedia de *Lanuza*[2].

Disueltas las córtes por la entrada de los franceses en 1823, emigró á Gibraltar, y despues á Londres, en cuya capital se ocupó en trabajos literarios[3].

El deseo de seguir cultivando la pintura y de vivir en clima mas apacible le llevó á Italia, y desembarcó en Liorna por el mes de julio de 1825, de donde expulsado por los gobiernos romano y toscano se embarcó en una goleta inglesa, que despues de borrascosa travesía le condujo á Malta. En aquella isla halló grata hospitalidad y toda suerte de consideraciones, tanto en los ingleses, como en los naturales. Allí cultivó la pintura con el profesor Hizler, y al mismo tiempo se entregaba al estudio de los literatos modernos de mayor fama, ingleses é italianos. Fué tambien allí que concluyó su poema épico de *Florinda*, el último que compuso conforme á la pauta de la escuela clásica. Pues aun en Malta empezó su gusto por el género llamado romántico, segun el cual dió principio por el mes de setiembre del año 1829 á su composicion del *Moro expósito*[4].

---

[1] Esta es la *segunda edicion*, *corregida y aumentada*, de sus composiciones líricas, épicas y dramáticas que se imprimió en Madrid en 1820-1821, y cuyo tomo primero contiene las poesías líricas, y el segundo: *El Paso honroso*, poema en cuatro cantos, y las dos tragedias de *El duque de Aquitania* y *Malék-Adhél* (el asunto de esta última es tomado en la novela francesa, titulada *Matilde*, por madama Cottin).

[2] Ademas de las referidas tragedias, y antes de ellas compuso, todavía muy jóven, la de *Aliatar* (Véase *Leandro Fernandez de Moratin*, obras dadas á luz por la real Academia de la Historia; Madrid, 1830-1831; 8º., tomo II, parte I, pág. xciv).

[3] Así hizo inserir la hermosísima oda *El desterrado* en los *Ocios de Españoles emigrados* (tomo II, pág. 60 y siguientes; Londres, 1824), la cual está traducida al inglés por el señor *B. Read*.

[4] En el muy recomendable *Prólogo* á esta composicion ha tratado de dar el resultado de sus estudios en averiguar el carácter distintivo del *romanticismo*, con una breve reseña de los efectos causados por esta teórica nueva en varias naciones, y de las consecuencias que ha producido la propagacion de la recien promulgada doctrina en el gusto general del mundo literario, aprovechándose él *el primero* entre sus compatriotas de los adelantos que el arte crítica ha tenido en nuestros dias, y confesando la grandísima utilidad que las doctrinas en que estriba *el gusto literario germánico*, han acarreado á la sana crítica en las demas naciones.

**Permaneció en aquel grato y seguro asilo hasta marzo de 1830, en que se trasladó con su familia á Marsella. Poco antes de la revolucion de julio no permitiéndole el gobierno de Cárlos X residir en Paris, estableció en Orleans una escuela de dibujo, ganando en ella para sí y para su familia un sustento regado con el sudor de su frente. Pasó luego á Paris, donde vivió con su muger é hijos, y tuvo la satisfaccion de ver expuestos en el museo del *Louvre* varios retratos de su mano.**

**En Tours, el año de 1832, concluyó, despues de una larga interrupcion, el *Moro expósito*, que con otras varias composiciones se ha impreso en Paris[1].**

**Restituido á su patria en 1834, y heredado el ducado de Rivas por muerte de su hermano mayor, es por la clase de grandes de España, uno de los próceres del reino.**

**Despues de su vuelta á España ha dado dos obras dramáticas al teatro: la comedia titulada *Tanto vales cuanto tienes*, y el *Don Alvaro, ó la Fuerza del Sino*, drama original en cinco jornadas, y en prosa y verso, compuesto segun el gusto romántico, el que se estrenó en Madrid en el teatro del Príncipe la noche del dia 22 de marzo de 1835, y se halla impreso en Madrid, en la oficina de don Tomas Jordan, 1835; en 8°.**

Para ponderar justamente el mérito de las poesías de Saavedra, fuerza es que distingamos las compuestas todavía bajo la tiránica influencia del *clasicismo frances*, de las que ha compuesto segun el gusto llamado *romántico*. Verdad es que ya en las primeras se echaban de ver las felices disposiciones del poeta: luce tambien en ellas una fluida versificacion, un estilo florido, y tal vez una imaginacion ardiente, gala y gallardía; pero, por la mayor parte, no son mas que imitaciones, faltas de originalidad é independencia del pensamiento, y por lo general no rayan un punto mas alto de lo acostumbrado. Mas á medida que se ha atrevido á desamparar la senda arbitrariamente marcada por los preceptistas, y á escribir no por recuerdos sino por inspiracion, teniendo no á las reglas convencionales de cualquier escuela sino á la misma naturaleza por guia, y siguiendo tan solo á los impulsos propios; en suma á medida que se ha desembarazado de las andaderas del clasicismo frances y que ha abrazado el gusto llamado romántico; su genio ha cogido un vuelo mas alto y despejado, su tono se ha robustecido, y de consiguiente han ganado mucho en colorido, nacionalidad, valentía y originalidad sus poesías. De aquí es que con respecto á *estas* los editores del *Moro expósito* han podido decir con sobrada razon: «Las composiciones que ofrecemos al público de nuestro amigo, no obstante que pertenecen á géneros tan diversos, llevan todas el sello del espíritu creador que anima á los vates, y estan llenas de pasiones afectuosas y de toques, no menos profundos que delicados; al paso que la versificacion es fluida, y el lenguaje el que le han enseñado nuestros excelentes maestros.»

---

[1] Esta coleccion lleva por título: *El Moro expósito, ó Córdoba y Burgos en el siglo décimo, leyenda en doce romances, por don Angel de Saavedra: en un apéndice se añaden la Florinda y algunas otras composiciones inéditas del mismo autor*: Paris, en la librería hispano-americana, 1834; 2 vol. 8°. — *El Moro expósito* es un poema épico ó, por mejor decir, una novela en romances heróicos, cuyo asunto es la muy celebrada historia de *Los siete Infantes de Lara y del bastardo Mudarra*, con que el autor ha ensayado con bastante talento de introducir un género nuevo en la poesía castellana, siguiendo, como queda dicho, el gusto llamado romántico, vale decir la naturaleza y la índole de su nacion, de su tiempo y de su ingenio, sin dejarse aherrojar con los grillos del clasicismo frances. — Diverso rumbo ha seguido en la *Florinda*, epopeya en cinco cantos y en octavas, compuesta, como queda apuntado arriba, todavía conforme á los severos principios de crítica clásica, cuyo argumento es la no menos celebrada historia de la pérdida de España causada por los amores del rey godo D. Rodrigo y la traicion del conde Julian. — Van al fin del tomo segundo algunas *composiciones sueltas*, y entre ellas los cinco romances (en versos de redondilla mayor): *La vuelta deseada*; — *El sombrero*; — *El conde de Villamediana*; — *D. Alvaro de Luna*; — y *El alcázar de Sevilla*.

Entre las composiciones que se han agregado en el *Apéndice* al *Moro expósito*, merecen particular atencion sus *Romances octosílabos*. Es muy de celebrar el esmero del poeta en renovar aquel género de poesía peculiar de la nacion castellana, y á todas luces hermosísimo. Campea en ellos, á la verdad, un tono noble y grandioso, aunque no alcanzan aquella enérgica sencillez, inimitable naturalidad, admirable concision, y aquel colorido nacional, que caracterizan á los mejores de los históricos antiguos.

* * *

# POESIAS

DE

## D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

## LETRILLAS SATIRICAS.

### I.

Tanta es niña mi ternura
Que no reconoce igual.
Si tuvieras un caudal
Comparable á la hermosura
De ese rostro que bendigo,
« Me casaria contigo. »

Eres mi bien y mi norte,
Graciosa y tierna Clarisa,
Y á tener tú menos prisa
De llamarme tu consorte,
Pongo al cielo por testigo;
« Me casaria contigo. »

¿Tú me idolatras? - Convengo.-
Y yo, que al verte me encanto,
Si no te afanaras tanto
Por saber qué sueldo tengo
Y si cojo aceite ó trigo,
« Me casaria contigo. »

A no ser porque tus dengues
Ceden solo á mi porfía
Cuando, necio en demasía,
Para diges y merengues
Mi dinero te prodigo,
« Me casaria contigo. »

A no ser porque recibes
Instrucciones de tu madre,
Y es forzoso que la cuadre
Cuando me hablas, ó me escribes,
O me citas al postigo,
« Me casaria contigo. »

Si, cuando solo al bandullo
Regalas tosco gazpacho,
Haciendo de todo empacho,
No tuvieras mas orgullo
Que en la horca don Rodrigo,
« Me casaria contigo. »

Si despues de estar casados,
En lugar de rica hacienda,
No esperase la prebenda
De tres voraces cuñados
Y una suegra por castigo,
« Me casaria contigo. »

Si, conjurando la peste
Que llorar á tantos veo,
Virtudes que en tí no creo
De cierto signo celeste
Me pusieran al abrigo,
« Me casaria contigo.

Prende otro novio en tu jaula,
Y Dios te dé mil placeres;
Porque yo, que sé quien eres
Y he conocido la maula,
Sin rebozo te lo digo:
« No me casaré contigo. »

## II.

Dulce y amable Belisa,
Con su plácida sonrisa,
Con su rostro enardecido,
Con su gracia en el cantar,
Con su lánguido mirar;
¿Qué es lo que quiere? - *Marido.*

Marta, esquiva y desdeñosa
Por parecer virtuosa,
Que todo en ella es fingido;
Cuando dice á cada instante:
« No quiero tener amante, »
¿Qué quiere tener? — *Marido.*

Manda siempre Nicolasa
En sus padres y en su casa,
Siempre es su gusto cumplido,
Gasta á montones el oro;
Y aun se anega en triste lloro;
¿Pues qué le falta? — *Marido.*

¿Se trata de matrimonio?
Dijo Ines; pues Diego, Antonio,
Pedro, Juan, alto, encogido,
Lindo, feo, turco, godo,...
Con cualquiera me acomodo.
El caso es tener *marido.*

Tanto acicalarse Juana;
Gastar toda la mañana
En componerse el prendido
Y en apretarse el corsé...
Vamos, bien claro se ve
Que Juana busca *marido.*

¿Qué pretenderá Marcela
Abonada en la cazuela
Y luciendo el pie pulido
En tienda, calle, paseo,
Circo, baile y jubileo? —
No te lo diré: — *Marido.*

En vano ha tomado Paca
Los baños de Carratraca.
Cien doctores han venido:
Ninguno á curarla atina. —
Ni ha menester medicina. —
¿Pues qué ha menester? - *Marido.*

¿Qué querrá doña Matea,

Que espanta de puro fea,
Y aun no renuncia á Cupido,
Y da bailes y conciertos,
Y mesas de cien cubiertos? —
Claro está: quiere *marido*.

Con tanto rezar Martina,
Con su ayuno y disciplina,
Con su rostro compungido,
Su Biblia, su Año cristiano,
Y su hábito franciscano,
¿Que pide al cielo? — *Marido*.

La constante y la coqueta,
La que ha nacido discreta,
Y la que simple ha nacido,
La duquesa, la fregona,
La jóven, la sesentona; —
Todas rabian por *marido*.

### III.

Pretender que venturoso
Se juzgue torpe usurero
Aunque de inútil dinero
Llene su arcon hasta el colmo,
Es « pedir peras al olmo. »

Pedir á una viuda linda
Que no se asome al balcon,
Y se pudra en un rincon
Sollozando por el muerto,
Es « predicar en desierto. »

Trabaje, trabaje, hermano,
Y sacuda la pereza;
Que no saldrá de pobreza
Maldiciendo su fortuna,
Eso es « ladrar á la luna. »

No te quedes sin cenar
Cuando riñas con Ines
Por darle pesar. ¿ No ves
Que eso es echar, majadero,
« La soga tras el caldero? »

Limitarse á suspirar
Habiendo en la corte blondas,
Confiterías y fondas,
Es no entender á las damas;
Es « andarse por las ramas. »

Pedir que no mienta á un sastre,
Que no finja á una muger,
Que no robe á un mercader,
Y que no jure á un sargento;
Eso es « arar en el viento. »

Pedir perdon á quien lea
Tu librejo, Bonifacio,
En un humilde prefacio,
Es lo mismo que enseñar
« La horca antes del lugar. »

Con satirillas vengarse
De un ilustrado censor,
Es ser ingrato á un favor,
Es ser ruin, ser indio bravo,
Y « apearse por el rabo. »

## CUENTO EN VERSO.

### A Dorila.

*Recuerdos de un baile de máscaras.*

Yo no sé cómo mi acento
Te diga que al ciego niño
Por tí rendido me siento,
Porque me sobra cariño,
Y me falta atrevimiento.

Por mas que el temor me enfrena
Callar no puedo la pena
En que por tus ojos vivo;
Que el mas humilde cautivo
Gime al son de la cadena.

¿ Mas quién me asegura, dí,
Que si te digo : « ¡ Ay hermosa !
Muero de amores por tí, »
Con sonrisa desdeñosa
No te has de mofar de mí ?

Mientras halla mi talento
Algun término á esta lucha
Que me da fiero tormento,
Hermosa Dorila, escucha,
Que voy á contarte un cuento.

Érase que se era un baile
Donde yo tambien dancé,
( Si danzar aquello fué )
Porque nunca he sido fraile,
Ni lo soy, ni lo seré.

Allí estaba media Europa,
Medio mundo. ¡ Qué de trages !
Y entre *galopa* y *galopa*
Cegríes y Abencerrages
Bebian en una copa.

Abriendo paso los codos
Corrian de ceca en meca,
Alegres y no beodos,
Dido, Cleopatra, Rebeca,
Cimbros, lombardos y godos.

La música hacia son
Y bailaban la *mazurca*
Sin maldita la aprension
Un paleto y una turca,
Una china y un valon.

Otros van al ambigú,
Y entre damas y clientes
Consumen medio Perú. —
¡ Y qué llaneza de gentes !
Todos se hablaban de tú.

Allí el gigante, el enano,
La ochentona, la pupila,
El agreste, el cortesano;
Todos, ¿ lo creerás, Dorila ?
Tenian voz de *soprano*.

¡ Cuánta cabeza al traves !
¡ Cuánta farsa de entremes !

¡ Oh qué de figuras raras !...
Todas, todas con dos caras. —
Y algunas tenian tres.

No se andaban por las ramas
Mas de cuatro mozalvetes,
Y entre galanes y damas
Llovian los epigramas
Y los dimes y diretes.

Te digo á fé de varon
Que no sé cómo describa
Tan amable confusion,
Y tanto dulce empellon
Por activa y por pasiva.

No faltó algun colegial
Que viendo tanto bullicio
Dijo con voz doctoral:
Este es *el final del juicio*,
Si no es *el juicio final*.

Dudé yo si aquel salon
De palaciegos seria;
Y no extrañes mi opinion,
Porque á millares habia
Semblantes de quita y pon.

¿Cuándo se ha visto en Iberia
Reir con la cara seria?
¿Quién muestra el rostro sereno
Con un áspid en el seno?...
Pues de todo hubo en la feria.

¡ Qué estrepitosa alegría!
¡ Qué broma! ¡ Qué algarabía!
¿ Quién no estaba divertido?
Solo algun sandio marido
O bostezaba ó gruñia.

Muchas hembras con teson
Conservaban el carton,
Y otras muchas al instante
Lo apartaban del semblante: —
Todas con mucha razon.

Todo allí se confundia:
La viuda con la doncella;
La sobrina con la tia;
La horrorosa con la bella,
La paloma con la arpía.

¡ Oh! Si te contara yo
Milagros de una careta,
Prodigios de un dominó...
Detente, lengua indiscreta.
Chismecillos? Eso no.

« Farsas, caretas... ¿ Hay tal?
En vez de pintar su amor,
Un baile de carnaval
Me pinta ese buen señor, »
Dirás tú ahora. — Cabal.

Temo que un *no* me escarmiente
Y busco rodeos mil;
¿ Mas qué amador es prudente?
Huyendo del peregil
Me va á salir en la frente. —

Has de saber que en la sala,
Volviendo al baile y al cuento,
Me embromó cierta zagala
Que era de gracia un portento
Y de hermosura y de gala.

Desnudo el brazo de nieve,
Ceñia airoso corpiño
Aquella cintura leve. —
La madre del ciego niño
Con menos gracia la mueve.

Peina de plata labrada
Con gentileza prendia
Su cabellera trenzada,
Y el propio metal lucia
En una y otra arracada.

No pintaré su primor;
Que aquel dorado cabello
Me parecia mejor,
Y aquel torneado cuello
Es plata de mas valor.

De matizado percal
Era el limpio zagalejo,
Y á su talle celestial
Daba mas brio y gracejo
El ligero delantal.

Aunque envidioso cubria
Cándido cendal su pecho,
¡Ay! yo ví como latia,
Y en mi amoroso despecho
¡Mal haya el cendal! decia.

Mostraba el pie sin cautela,
Y algo mas, la alegre saya;
Y, aunque soy buen centinela,
Aun decia yo: ¡mal haya
Tanta abundancia de tela!

La careta que llevaba
Apenas sus labios rojos
Como al descuido enseñaba,
Y dos rayos en sus ojos
Con que mil almas llagaba.

¡Cuán grato y suave su aliento
Llenaba de aroma el aire,
Mi corazon de contento!
¡Cuál brillaba su donaire
En el menor movimiento!

No se muestra tan lozana
Al despuntar la mañana
La gaya rosa de abril,
Cual mi máscara gentil,
Cual mi fresca valenciana.

¡Qué garbo! ¡Qué bizarría!
¡Qué despejo de mozuela!
¡A cuántas sonrojaria
En la huerta de Orihuela,
Y en la playa de Gandía!

Yo la dije mil amores,
Que no tuvo por agravios,
Porque, grata á mis loores,
Las palabras de sus labios
Fueron otras tantas flores.

La mórbida mano hermosa
Me abandonó generosa;
Yo en las mias la estreché,
Y aun en mi fiebre amorosa
Jurara que la besé.

Depuesto el carton esquivo,
Ví luego en su cara bella
Tan poderoso atractivo,
Que desde entonces sin ella,

Dorila hermosa, no vivo.

Y este iman de mi deseo,
Tesoro de los placeres,
Envidia de las mugeres
Y de los hombres recreo...
Dorila amable, tú eres.

He aquí mi cuento acabado.
¡Ah! No me muestres ahora
El lindo rostro enojado;
No la que esperaba aurora
Se torne fiero nublado.

Si eres conmigo inhumana,
Si mi esperanza aniquila
Tu tibieza cortesana,
Me quejaré de *Dorila*
A mi dulce *valenciana*.

Otra vez dame la mano,
Y tú verás cuán ufano
El néctar en ella bebo...,
Aunque te cubras de nuevo
Ese rostro soberano.

Niégueme *Dorila* el sí
Y, pues mi bien solo fundo
En la máscara que ví,
Sé *Dorila* para el mundo;
*Valenciana* para mí.

¡Ah! No imites por mi mal,
Pues tu hermosura me hechiza,
Esa costumbre fatal
De convertir en *ceniza*
Las glorias del carnaval;

Y si al fin me has de afligir
Con un no; si desdeñado
Decretas verme morir...,
Haz cuenta que te he contado
Un cuento para dormir.

## SATIRA

### *contra la mania contagiosa de escribir para el público.*

> ¡Qué! ¿No hay mas sino meterse á escribir
> á salga lo que salga, y ya soy autor?
> MORATIN.

¡Oh qué sabio es Madrid! ¡Oh cuál rechina
Aquí y allá la trabajada imprenta!
¡Oh cuán en posta el pueblo se ilumina!

¡Oh cuán rápida crece vuestra renta,
Fabricantes de Alcoy! ¡Oh qué de pliegos
El ansia de escribir consume hambrienta!

¿Y dónde, dónde estan los hombres legos
Si hasta los necios son hijos de Apolo?
Si todo es luces hoy, ¿dó estan los ciegos?

Cada rio en España es un Pactolo;
Cada coplero un Píndaro y un Dante
Que al mundo ha de asombrar de polo á polo.

¿Cuándo una prensa yacerá vacante?
¿Cuándo veré una esquina sin carteles?
¿Dónde iré sin topar con un pedante?

¿En qué archivo cabrán tantos papeles
Que embadurnan sin Dios y sin conciencia
Escritores adultos y noveles?

Ese *pio lector*, cuya paciencia
Ya excede á la de Job, ¿en dónde vive?
¿Quién me dará razon de su existencia?

Mi anheloso mirar no lo percibe.
¿Qué mucho? ¿A quién se guarda la lectura,
Si todo el mundo sin cesar escribe?

Tanto cundes, feliz literatura,
Que no en estraza, sino en prosa y verso
Se envuelve por acá la confitura.

Y cuando á tanto cálamo perverso
De escribir acomete la manía,
¿Privas del tuyo, o Fabio, al universo?

Tú, iniciado en la dulce poesía,
Tú, que haces redondillas de repente,
¿Porqué no escribes, Fabio, noche y dia?

No tu suma ignorancia te amedrente.

Menos sabe don Próspero, y gallea
Porque no hay un *Boileau* que le escarmiente.

De cierto literato fué albacea:
Con esto y un destierro, y un diploma,
Cátale ya escritor de alta ralea.

Por ahí dicen las gentes, será broma,
Que de tanto frances como ha aprendido
Ya no sabe escribir en nuestro idioma.

¿Y qué importa? Su nombre mete ruido
Como el de tanto cuervo literario
Que osada presuncion sacó del nido.

Solo algun nuevo Zoilo temerario
Pudiera condenarle porque agrega
Cien voces cada dia al diccionario.

¿Y el crítico furor á tanto llega?
No es moda ya que la española pluma
De castiza blasone y solariega.

Loco será quien destruir presuma
La gálica irrupcion. Antes podria
Al piélago quitar la blanca espuma.

Escribe, escribe, Fabio, que á fé mia,
Si observas mi leccion imperturbable,
El vulgo aplaudirá tu algarabía.

¿Qué es vivir de una renta miserable,
De un honrado taller, ó de un empleo,
A no ser de Castilla condestable?

Petulante, embrollon, mordaz te creo:
Hablas á chorros y el frances traduces...
Serás hombre de pro. Ya lo preveo.

Tú coplea, y verás como te luces;
Que entre cisnes tambien hasta el Parnaso
Trepan desde Madrid los avestruces.

Vate conozco yo que del Pegaso
Ni un relincho merece, y es leido
Mas que Rioja y el tierno Garcilaso.

No me seas modesto y comedido,
Que irás al hospital. Dice un adagio
Que ayuda la fortuna al atrevido.

Si no hay propio caudal, acude al plagio.
¿Uno lo atrapa? Bien. Lo ignoran ciento,
Y de los cientos ganas el sufragio.

Sobre todo, tu pluma siga el viento
De la fortuna, en su favor ó saña
Ya apacible, ya raudo y turbulento.

¿Cambió la suerte? Válgate la maña:
Adula al poderoso, intriga, sopla,
Y tendrás, Fabio mio, una cucaña.

Ayer hubiera honrado la manopla
Al descarado Anton, que hoy paga coche.
¿Y cómo lo adquirió? Con una copla.

Deja que otro pacato dia y noche
Torne al yunque y retorne sus escritos.
Tú escribe á norte y sur, á troche y moche.

Los fatuos en Madrid son infinitos:
De autor entre ellos cobrarás la fama,
Y en vano gruñirán los eruditos.

Tal vez sobre los sabios encarama
La ignara plebe al fantasmon pedante

Que merecia estar paciendo grama.

Otro los hechos de Gonzalo cante;
Otro al buen Cid en numerosa rima:
Tú no emprendas locura semejante.

Ni esperes que del hambre se redima,
Bien que le paguen con aplauso vano,
Quien buenos versos en España imprima.

¿No es mejor en lenguaje chabacano
Del frances traducir un melodrama,
Y venderlo despues por castellano?

Muda el nombre al gracioso y á la dama;
Nuevo título inventa, y juro á cribas
Que el público por nuevo se lo mama.

No creas que á la tumba sobrevivas;
Y pues solo el dinero aquí se aprecia,
Nunca leas á Horacio cuando escribas.

Ciertas voces oriundas de la Grecia
Basta que aprendas, Fabio, de memoria:
Como *epitasis*, *ritmo*, *peripecia*...

Y aunque mover debieras una noria,
Lléveme Satanas si el populacho
No te cubre de aplauso y de gloria.

Ni hablar sin propiedad te cause empacho;
Que *sintáxis*, *prosodia*, *analogía*...,
Son frívolos estudios de muchacho.

Ni el carecer de libros, que en el dia
Basta con un *Rengifo* y el *Taboada*
Para escribir en prosa y poesía.

Te dirán que es forzoso ¡ qué bobada!
Escribiendo crear. Fileno crea ;
¿ Y qué gana con eso? Poco ó nada.

Se afana el infeliz ; suda ; patea ;
Mil desaires le cuestan sus porfías
Primero que la luz su obrilla vea :

Y despues de tan fieras agonías
¿ En limpio que le dan ? Quince doblones,
¡ Y agotan la edicion en ocho dias !

De estos genios, honor de las naciones,
No envidies el infausto privilegio,
Y vive de morralla y traducciones.

Allá en el Sena de laurel egregio
Se ciñen y riquezas acumulan :
Aquí van á la sopa de un colegio ;

Si no es que á hinchados próceres adulan,
O engañando á inocentes suscriptores
Con falaces prospectos especulan.

¡ Y el teatro !... ¡ Gran Dios ! Tus borradores,
Si no son de algun lírico programa,
Te valdrán menos plata que sudores.

Necio el que gracias y moral derrama,
O Talía, en tus aras, do Celenio
De los Terencios eclipsó la fama.

¿ Qué vale ya el saber ? ¿ Qué vale el genio ?
A la solfa consagre sus tareas
Quien pretenda brillar en el proscenio.

El fuerte Aquíles, el prudente Eneas

Si codician aplausos y dinero,
Acudan al *mi do* y á las *corcheas.*

En otro tiempo al ínclito guerrero
El varonil talante distinguia
Y aterraba en sus manos el acero.

Hoy al compas de blanda sinfonía
Virtuosa le esgrime ultramontana
Que solo el triunfo á su garganta fia.

Ya no se estila en rima castellana
Escuchar los furores de un Atreo,
Ni á Pelayo afrentado por su hermana.

¿No es mejor en henchido coliseo
Del contralto admirar las pantorrillas
Que en Paris le vendió marchante hebreo?

Mas, o Pindo español, en vano chillas;
Que sin dolerse de tu amarga pena
De Orfeo triunfarán las maravillas.

Ni porque á tantas almas enagena
El encanto de muelle cabatina
Desierta vemos la española escena;

Que, si bien se consigue sin propina
El mugriento carton, ve todo el mundo
A *Cabeza de Buey* y á *Juan de Espina.*

Y el mismo elegantuelo nauseabundo
Que á Moratin y á Calderon desdeña,
Aplaude un melodrama furibundo.

Lo repito: es muy necio quien enseña
Verdad, buen gusto, y de la insana plebe

En derrocar los ídolos se empeña.

Traducir es mas fácil y mas breve;
Y quizas el librero mas te pague
Cuanto sea tu escrito mas aleve.

En tanto, si pretendes que te halague
El aura popular, dí que has estado
En Paris, en Antuerpia, en Copenhague.

¡ Cuánto vale en Madrid quien ha viajado;
Y si sabe mentir con cierta gracia,
Cuál se ve de los bobos celebrado!

Con tono magistral, con suma audacia
Donde quiera que estés habla de todo:
De historia, de blason, de diplomacia...

Mucho rebuznarás. — No me incomodo;
Ni aunque digas que al centro de la Iberia
Vino desde el Japon el visogodo.

Sin gran lujo no salgas á la feria;
Que hoy se juzga á los sabios por la ropa.
¡ Guárdate, Fabio, de ostentar miseria!

Si en lugar de batista ruda estopa
Cubre tus carnes, se acabó el prestigio:
Ni en San Francisco te darán la sopa.

Mas de tu fama crecerá el prodigio
Si el mercader, el sastre y la patrona
De litigio te llevan en litigio.

¡ Ea! Papel sin término emborrona,
Aunque sea con fárrago y basura,
Que el pueblo es un bendito, y Dios perdona.

Aunque es tu frente como el hierro dura,
No temas carecer de materiales;
Que quien sabe copiar jamas se apura.

Establece en Paris corresponsales.
¡ Se escribe tanto allí !... Por el correo
Cien rasgos te vendrán originales.

Si copiar te parece pobre empleo,
Agregando algun frio comentario
Reimprime á los difuntos; y *laus Deo*.

O échate á criticon atrabiliario,
Aunque te expongas á cruel mordaza
Y te llamen procaz y temerario.

Si de otro mas dichoso te amostaza
El reiterado lauro, en él te ceba.
Su opinion y sus obras despedaza.

Crímen reputa que á agradar se atreva
Tal escritor al público sencillo.
Dí que es digno de cárcel y de leva.

No gemirá por eso en un castillo;
Que el gobierno solícito bien sabe
Quién es hombre de honor, y quién es pillo.

Mas el pobre escritor acaso agrave
Su imaginario mal, y acobardado
De componer y de brillar acabe.

Si natura el talento no te ha dado,
Que al bachiller *Juan Perez de Munguia*
Y su pincel maestro te ha negado :

No como él con donaire y valentía
A escarnecer abusos te limites

Que jamas ley humana extirparia.

Mejor es que á gritar te desgañites
Contra todo mortal que te haga frente,
Y el pan si puedes y el honor le quites.

Ni en todos claves el dañino diente.
El opúsculo ensalza de Fabricio,
Aunque á las Musas tu descaro afrente.

Hoy está en candelero, y tu servicio
Puede galardonar. Adula y muerde;
Que es socorrido y cómodo el oficio.

Jamas tu pluma de seguir se acuerde
De un veraz escritor el ardua senda
Donde se atolla el mísero y se pierde.

Si alguno hubiere que impugnar pretenda
Tu sátira cruel, de nuevo ripio
Te servirá la crítica contienda.

¡Y no hay que desmayar! Desde el principio
Échala de doctor, por mas que ignores
Lo que es interjeccion y participio;

Que á fuerza de sofismas y de errores
Fatigar lograrás á tu enemigo,
Y de paso á los cándidos lectores.

O te haces redactor... ¿Pero qué digo?
¿A qué por dar á luz un pedantuelo,
Donde tantos pululan me fatigo?

¿Quién enseñó á escribir á don Marcelo
Que hace para halagar á un cortesano
En vez de un panegírico un libelo?

¿No echó á volar sin guia don Ulpiano
Su enfático poema que aun de balde
No lo quiere leer ningun cristiano?

¿No escribe con permiso del alcalde
Tratados de farmacia don Benito,
Sin conocer siquiera el albayalde?

¿No imprime como propio el manuscrito
Que al prójimo robó don Celedonio,
Y te llaman las gentes erudito?

¿Dónde estudió don Blas el muy bolonio,
Autor de esa novela fementida
Que apesta á mundo, á carne y á demonio?

¿Ha pisado una cátedra en su vida
Don Cosme que en su plan estrafalario
Con el oro y el moro al rey convida?

¿Supo lo que escribia don Macario
Que aunque dijo á Madrid: «Yo lo he compuesto,»
Encuadernó, y no mas, un diccionario?

¿Qué ciencia ha requerido ese indigesto
Almacen de inexactas colecciones
En letra infame y en papel funesto?

Tantas y tan inicuas traducciones
Que no se entienden ya ni aquí ni en Francia;
Tantos dramas exóticos, ramplones;

Tanto epítome ruin para la infancia;
Tanta refundicion bárbara, impía;
Tantas y tantas coplas sin sustancia;

¿Son partos del talento? No, á fé mia:

Abortos son del rudo pedantismo
Que al extremo llevó su tiranía.

Hay hombres cuyo ciego fanatismo
Por ver su nombre impreso á tanto llega
Que imprimieran la fé de su bautismo.

Hay necio que á Maron llama colega,
Si publicar consigue una charada
*En versos crudos de gaita gallega.*

Hay quien desea que á la tumba helada,
Por imprimir la esquela de su entierro,
Súbito baje su consorte amado.

Y hay quien se juzga autor siendo un becerro,
Porque en letras de molde el buen diario
La filiacion estampa de su perro. —

¡Qué! ¿Solo puebla el mundo literario
Esa plaga de autores ignorantes
Que denuncia tu cáustico inventario?

¿Todos somos plagiarios y pedantes?
¿No hay ya quién libros de honra y de provecho
En el idioma escriba de Cervantes?

¿No hay sabios en historia, y en derecho,
Y en lenguas, y... — Sí tal. Hay grandes hombres:
Lo sé de unos, y de otros... lo sospecho. —

Bien pudieras citar algunos nombres... —
¿Escribo acaso yo contra los sabios? —
No. — Pues si no los cito, no te asombres.

Y algunos tomarian por agravios
Mis elogios tal vez. Sí; su modestia...
¡Hay tanta en sus escritos y en sus labios!...

Pero aunque sé que es vana mi molestia,
Pues yo no he de quitarles su talento,
Ni está en mi mano el dárselo á una bestia;

Quiero decirlo; que si no, reviento:
Muchos se llaman doctos en el dia
Porque atestan de libros su aposento.

Y si culpo y maldigo la osadía
Del que escribe en materias que no entiende,
Y á diestro y á siniestro desvaria;

El huraño doctor tambien me ofende
Que, mirando de lejos la batalla,
O sabe mucho, y todo se lo calla,
O nada sabe, y todo lo reprende.

# NOTICIA DE D. M. BRETON DE LOS HERREROS.

De las circunstancias de su vida solo sabemos que nació en la villa de Quel, provincia de Soria, á principios del siglo en que vivimos; que sirvió en el ejército, que está empleado actualmente en el ministerio de lo interior; y que entre los autores cómicos del dia es uno de los mas señalados.

Ha escrito las comedias originales: *A Madrid me vuelvo; Marcela, ó ¿A cuál de los tres? Un tercero en discordia; Un novio para la niña;* y *Todo es farsa en este mundo;* todas ellas representadas con aplauso en los teatros de Madrid, é impresas en los años 1829–1835; ha compuesto la tragedia original de *Mérope*, la que se estrenó en Madrid en el teatro del Príncipe en 27 de abril de 1835; ha traducido muchas comedias del frances; y ha publicado un tomo de *Poesías* (Madrid, 1831, en-12); las *Sátiras : Contra el furor filarmónico*, ó mas bien contra los que desprecian el teatro español (Madrid, 1828, en-12); *Contra los hombres en defensa de las mugeres* (Madrid, 1829, en-12); *El Carnaval,* (Madrid, 1833, en-12); *Contra la manía contagiosa de escribir para el público* (Madrid, 1833, en-12); *La Hipocresía* (Madrid, 1834, en-12); *Contra los abusos y despropósitos introducidos en el arte de la declamacion teatral* (Madrid, 1834, en-12); y *Recuerdos de un baile de máscaras*, cuento en verso (Madrid, 1834, en-12).

No se puede menos de conocer que Breton se ha formado con el estudio de los poetas clásicos de los siglos XVI y XVIII, y que en especial como poeta lírico ha tenido por modelos á Melendez é Iglesias, asi que está en el caso, segun hemos entendido, de colocarse al frente de la escuela antiromántica en España. Por eso tienen sus poesías poca originalidad y profundidad de pensamientos, y las serias, pastoriles y anacreónticas no son mas que meras imitaciones que andan por la senda trillada; aunque todas lucen una prodigiosa facilidad, y sobresalen por la fluidez, armonía y gracia de la versificacion. Pero los géneros festivo y satírico son los que cuadran mas con su ingenio; tiene toda la ligereza y malicia que requieren: en el abandono jovial con que estan escritas sus letrillas satíricas, pueden competir con lo mejor de Iglesias y Baltasar de Alcázar cuyo sabor tienen, y sus sátiras estan llenas de agudeza, chiste, viveza y donaire, aunque agradan mas cuando punza con el despuntado aguijon de Horacio que cuando chasquea el látigo mordaz de Juvenal.

# TABLA ALFABETICA

DE LAS

## POESIAS CONTENIDAS EN LOS DOS TOMOS DE LA FLORESTA.

A cierto pueblo llegó. II, 306.
Acudid, zagalas. II, 377.
Admiróse un portugues. I, 93.
¿Adónde, adónde los dolientes ojos. II, 63.
¿Adónde incauto desde el ancha vega. I, 329.
¿Adónde ¡o Musa! de tu soplo ardiente. II, 204.
¿Adónde rápidos fueron. II, 49.
¿Adónde vas furtiva y tortuosa. II, 271.
¿Adónde vas vestida. I, 366.
¿A dó se encumbra con altivo vuelo. II, 467.
Aguanta, sufre y espera. I, 212.
Aguas, que descendiendo desta altura. II, 308.
A Job el diablo tentó. II, 314.
Alaba y engrandece. I, 416.
A la espuma se parecen. I, 225.
A la orilla de un pozo. I, 184.
A las armas, valientes astúres. I, 397.
A las bodas de Júpiter estaban. I, 189.
Al bosque fué Ines por rosas. II, 18.
Al compas de atambores. I, 219.
Alegre y sano conmigo. I, 225.
Al ir á saltar las aguas. I, 223.
Al ir tendiendo los montes. II. 45.
Al pie nace de una cuna. II, 391.
Al punto que te casaste. I, 224.
Al salir un buen hombre de una corte. I, 221.
Al sonante bramido. II, 142.
Al tiempo que la aurora rubicunda. II, 194.
Al viento las penas. I, 259.
Amaba el bien de la tierra. II, 17.
Amor manda cuando ruega. II, 378.
Amoroso suspiro. II, 370.
Anda, mi zagal, anda. II, 5.
A par del grito universal que llena. II, 150.
A predicar se puso. II, 439.
Aquella placentera. II, 404.
Aquella Zapaquilda melindrosa. II, 434.
Aquí yace un tabernero. I, 213.
Ardí de amor por la voluble Elfrida. II, 260.
A solas en su aposento. II, 16.
A soldado de marina. I, 226.
Atravesaba el hórrido desierto. II, 436.
Aunque la culebra arrastra. I, 227.
A un viejo quiero y á un mozo. I, 214.
Ausentábase Alboraya. I, 64.
A Virgilio has traducido. II, 315.

¡Ay! ¿á dó está? ¿dó súbito se ha huido. II, 231.
¡Ay! ¿cuándo brillarás, felice dia. II, 357.
¡Ay Dios! ¿qué se hicieron. II, 128.
Ayer don Ermeguncio, aquel pedante. II, 160.
Ayer salí de mi casa. II, 172.

Bajo el álamo que hojoso. I, 264.
Batilo, échame vino. II, 14.
Bebe, bebe, mi Nise. II, 14.
Bebiendo un Perro en el Nilo. I, 197.
Bien habrá visto el lector. I, 162.

Cada dia este mi númen. II, 20.
Caiga el que caiga, y si el númen. II, 22.
Calma un momento tus soberbias ondas. II, 88.
Caminaban juntos. II, 445.
Cansada nunca de tu vano intento. II, 191.
Cantando la Cigarra. I, 183.
Cantar victorias mi ambicion seria. II, 275.
Canto el valor del capitan hispano. I, 94.
Caro lector, cualquiera que tú seas. I, 125.
Cavia, escribano infernal. II, 433.
Cediendo un dia un señor. II, 15.
Cesa en la octava noche el ronco estruendo. II, 170.
Cien veces ciento. II, 377.
Cierto artífice pintó. I, 185.
Cierto Gato en poblado descontento. I, 201.
Cierto jóven que á casarse. II, 309.
Cítara áurea de Apolo á quien los dioses. I, 88.
Cogieron en un lugar. II, 305.
Como con rabia interna. II, 281.
Como el asnillo é Isis, tú y tu esposa. I, 222.
Como enfermase el Leon. II, 302.
Como era tan niño Amor. II, 304.
¿Cómo ha ganado don Mendo. II, 433.
Con dulce y triste acento. I, 368.
Con estas cosas del dia. II, 417.
Con mas sabrosito humor. II, 23.
Conmigo Ines se jugaba. II, 16.
Con once heridas mortales. II, 450.
¡Con qué indecible gracia. I, 248.
Con su paloma estaba. I, 253.
Contra los semieruditos. II, 37
Con un cristal Cupidillo. II, 377.
Convidados estaban á un banquete. I, 174.
Corte, corte en buen hora. II, 15.
Cortó un cabello Nise. II, 13.
Cosas pretenden de mí. II, 180.
Creced y floreced, plantas hermosas. II, 93.
Cree el Portugues finchado. I, 209.
¿Cuál desusado canto, lira mia. II, 323.
Cual nacen blandas risas. II, 410.
Cual un claro arroyuelo. I, 250.
Cuando á mi pobre aldea. I, 247.
Cuando da la fortuna. II, 431.
Cuando de formar trataste. II, 36.
Cuando de la ventura. II, 402.
¿Cuándo el cielo piadoso. I, 348.
Cuando el horror de su traicion impía. II, 150.
Cuando en la flor de mis risueños dias. II, 79.
Cuando un pobre doctor se desgañita. II, 437.
Cuatro horas gasta en peinarse. II, 35.

Dame segunda vez, Euterpe amiga. I, 27.
Damon, ya su carrera. II, 29.
Dando continuas vueltas en la cama. II, 442.
De agudo mal el golpe no esperado. I, 370.
De Aliatar y de Zulema. II, 411.
Debajo de aquel árbol. II, 14.

Déjame, Arnesto, déjame que llore. I, 377.
Deja que estalle el trueno. II, 376.
De la hermosa Belerifa. I, 51.
Delante el vencedor del gran Darío. II, 444.
De la pasion del amor. I, 223.
De la regia amistad por fruto adquiere. II, 361.
De la sierra eminente. II, 235.
Del precio de las mugeres. I, 136.
Del sol llevaba la lumbre. I, 261.
Dentro de un bosque oscuro y silencioso. I, 195.
De que el señor cura tenga. II, 21.
¿De qué se queja, Arnesto, el débil hombre. II, 393.
De Reliquias cargado. I, 195.
Descanso pide al cielo el navegante. II, 355.
Desciende á mi, consolador Morfeo. II, 343.
Desde el oculto y venerable asilo. I, 371.
Despierta, Elpin; y guarda que al hambriento. II, 33.
Despues de haber bebido. I, 131.
Despues de haber corrido. I, 197.
Despues de tan larga ausencia. II, 367.
De su arresto tan violento. I, 213.
De tu madre en el seno. II, 477.
De tus doradas hebras, mi señora. I, 296.
Diabólica refriega. I, 172.
Diana cazadora y diosa. II, 314.
Dieron los Brutos un baile. II, 302.
Dijome Ines: Esta tarde. II, 18.
Dijo Paula á su velado. II, 17.
Dime, dime, muchacho. I, 130.
Dime por todos los dioses. II, 364.
Discipulo de Apéles. I, 129.
Dó arrebatada con divino aliento. II, 237.
¿Dó estoy? ¿qué presto vuelo. I, 342.
¿Dónde hallarás quien resistirse pueda. I, 137.
Dos dias tienen buenos los casados. I, 222.
Dos tórtolas tiernas. II, 2.
Dos veces vi la hermosa primavera. I, 93.
¿Duermes, Germano, y el rosado oriente. II, 59.
Dulce Esperanza, del prestigio amado. II, 362.
Dulce y amable Belisa. II, 486.

El africano alarido. I, 149.
El caso que ha pasado. I, 414.
El Español es honrado. I, 209.
El Grajo fué á la ciudad. II, 306.
El *non plus* del genio humano. II, 429.
El que pretende con osado vuelo. II, 401.
El rayo severo. I, 132.
En aquella galería. II, 461.
En casa, en palacio, en calles. II, 35.
En cierta ocasion un cuero. I, 171.
En el cuarto de un célebre Erudito. I, 166.
En la baraja del Prado. I, 214.
En la floresta un pastor. II, 6.
En la márgen florida. I, 230.
En la orilla del Tajo. I, 164.
En la villa que Pisuerga. I, 67.
En mi cunita pobre. II, 41.
En mis versos, Iriarte. I, 181.
En todos sus rosales. II, 42.
En tu escasa fortuna te imagino. I, 215.
En una yegua tordilla. II, 451.
Envuelve al mundo extenso triste noche. II, 474.
Era Ines de Gil querida. II, 36.
Escondido en el tronco de un árbol. I, 170.
Escribió cierto poeta. II, 310.
Escritor de cuentos. II, 426.
Esperanza solicita, á mi ruego. I, 321.
Esporo, ese poder, esa grandeza. II, 34.
Estaba Mirta bella. I, 409.
Estábase una Cabra muy atenta. I, 165.
Está en la Plaza Mayor. II, 451.

Esta que me inspiró fácil Talia. II, 158.
Es tarde ya para que amor me prenda. II, 362.
Estos cañones de bronce. I, 213.
Es tu graciosa boca. I, 230.
Expuesto fué del Nilo en la corriente. II, 360.

Fabio, cuya fé constante. I, 152.
Fausto consuelo de mi triste vida. I, 328.
Filis, ingrata Filis. I, 253.
Fingi quitarle á Leonor. II, 18.
Flor modesta y delicada. II, 408.
Fugaz otoño, tente. I, 322.

Gil tras huracan furioso. II, 424.
Guarda, Olimpia, esa boca seductora. II, 249.
Guárdete Dios, zagaleja. II, 9.

Hacer gala placenteros. I, 208.
Ha dado en decir la gente. II, 314.
Hallar piedad con llantos lastimeros. II, 192.
Hay una gruta. I, 91.
Hermana Juanilla. II, 464.
Hija de la inocencia y la alegría. II, 262.
Huia una Zorra. I, 212.
Huyó del polo el Aquilon sombrío. II, 334.

Juan y Juana, de paseo. II, 425.
Junto á un negro Buey cantaban. II, 297.

La Discordia levanta su cabeza. I, 234.
La Duquesa murió. La luz brillante. II, 121.
La fidedigna historia de los gatos. II, 433.
La gloria de Dios vivo. II, 322.
La mañana de San Juan. II, 7.
La mi queridita. I, 261.
La moral es tan vieja como el mundo. II, 440.
La noche y el dia. I, 258.
La parda nube con fragor tremendo. II, 466.
Las cuatro mas necesarias. I, 214.
Las lides, por tantos años. II, 368.
Las rosas que ya marchitas. II, 44.
Las zagalas me dicen. I, 244.
La zagaleja Cloë. I, 229.
Lazo de blandas flores. II, 370.
Levantando el campesino. II, 446.
Levantóme á las mil, como quien soy. I, 176.
Lo que jamas se ha visto, ni se ha oido. I, 192.
Los tontos me asedian. II, 432.
Llegóse á mí con el semblante adusto. I, 128.
Llevando Juan del mercado. II, 312.

Madrid, castillo famoso. I, 76.
Mal á su muger queria. I, 215.
Mal haya quien sabe. II, 464.
Mañanita alegre. II, 2.
Mañanita de San Juan. I, 268.
Mi abuela me dice. II, 3.
Mientras en guerras. II, 301.
Mientras que la monarquía. II, 458.
Mi epigramático genio. I, 215.
Mi florido huerto. II, 3.
Mi númen parlero. II, 19.
Mira, Fili adorada. I, 254.
Misero leño, destrozado y roto. II, 465.
Morfeo, el Amor y yo. II, 313.
Motejaron á un soldado. II, 17.
Mucho ofreces, nada das. I, 226.
¡Muger, muger! ¿Qué mas quieres de mí. I, 175.
Murió Espurco el avariento. II, 37.
Musas, á todos decid. I, 214.
Muy llenos de proyecto de reforma. II, 443.

Nace la aurora, y el hermoso dia. II, 363.
Naci de honesta madre: dióme el cielo. II, 171.
Niega estar enamorada. II, 291.

Ninfas, la lira es esta que algun dia. II, 171.
Niña de las redes. II, 376.
Niño temido por los dioses y hombres. I, 144.
Ni tú quitarme puedes. II, 5.
No á pares, á docenas encontraba. I, 186.
Noble eres, Don Sebastian. I, 225.
No canto á las orillas. I, 219.
Noche, lóbrega noche, eterno asilo. II, 133.
No de árbol frondoso. II, 1.
No dudo, Gil, que eres sabio. II, 36.
¡No es completa desgracia. II, 166.
No es, Julio, la riqueza. I, 325.
No juzgues, bella aldeana. I, 272.
No, Lisi: esa constancia. I, 251.
No mas, no mas callar, ya es imposible. I, 41.
No muere el genio, no. Pudo la tumba. II, 340.
No porque congojoso. I, 318.
No sé como hay jumento. I, 193.
No sin misterio toga en Salamanca. I, 221.
No te contentes, Fabio. II, 371.
No temas, simplecilla: del dichoso. I, 296.
No teniendo hijos García. II, 311.
No vengas, dulce sombra. II, 253.
¿No ves, Fileno, en la florida espalda. II, 351.

O amiga noche, o noche deliciosa. II, 466.
¡Oh! ¡cómo, gayas flores. I, 246.
¡Oh, qué bien ante mis ojos. I, 283.
¡Oh qué sabio es Madrid! ¡Oh cuál rechina. II, 491.
¡O loca ceguedad! ¿Será que rompa. I, 351.
O Mosca, que revuelas. I, 229.
Opilada está Antoñita. I, 227.
O refulgentes astros, cuya lumbre. II, 471.
Orillas del Abendaño. II, 308.
Orillas del mar tendido. II, 251.
¡O si explicar pudiera mi contento. I, 222.
O sueño delicioso. II, 472.
O tú, almacen general. I, 207.
Oye, Júpiter sumo, mis querellas. I, 192.
Oye, mora desabrida. II, 415.
¿Oyes, Cintia, los plácidos acentos. II, 84.

Paced, mansas ovejas. I, 297.
Padre del universo. I, 365.
Parad, airecillos. I, 257.
Para mí da la tierra tantos frutos. II, 391.
Para pasar el tiempo congregada. I, 167.
¿Para qué, atrevidilla. I, 255.
Pende en el foro, triunfo de un malvado. II, 191.
Pensativo está don Opas. II, 418.
Pensativo y lloroso. I, 242.
¿Pero á mí qué se me da? I, 133.
Perros, borricos y machos. I, 208.
Por adquirir fama expones. I, 225.
Por el espeso bosque. II, 192.
Por enero Ines se halló. II, 17.
Por ganar fama de honesta. II, 313.
Por la feria todo el dia. I, 226.
Por la ribera del Duero. I, 54.
Por los jardines de Páfos. II, 379.
Por no ir á Oran te has casado. I, 226.
¿Porqué con falsa risa. II, 164.
¿Porqué consultas, díme. I, 367.
¿Porqué revuelta en espantoso velo. II, 137.
Por un prado florido. I, 315.
Pregúntame Licimnia. I, 220.
Pregúntasme, don Roque, ¿cuándo pienso. I, 221.
Preguntó á su esposo Irene. II, 15.
Preñada está Catalina. I, 227.
Pretender que venturoso. II, 487.
Primer año de leyes estudiaba. II, 441.
Pues Baco me ha nombrado. I, 130.
Pues tu beldad me enagena. II, 409.

Pues vienen navidades. I, 244.

¿Qué buscas aquí? ¿qué quieres? II, 313.
¡Qué célicos placeres. II, 228.
Quédate á Dios, o cristalina fuente. II, 248.
¡Qué divino esplendor el alto cielo. II, 223.
¡Qué dolor! por un descuido. I, 196.
¿Qué era, decidme, la nacion, que un dia. II, 113.
¿Qué es esto, colorin mio. I, 276.
¿Qué fuerza, mi madre. II, 3.
¿Qué importa que del cielo disparado. II, 250.
Quejándome de Isabel. II, 312.
Que quiera que yo haga cuenta. II, 24.
¿Qué será que habiendo sido. II, 176.
Que siempre lastime y hiera. II, 35.
¿Qué te importa, si el galo belicoso. II, 354.
Que un sabio de mal humor. I, 133.
¿Quién bebió en esta copa? II, 376.
¿Quién fué, quién fué el primero. II, 345.
¿Quién me dará que pueda. I, 369.
Quieres con Don Juan casar. I, 223.
Quiero contarte. II, 162.
Quince años tienes, zagala. II, 10.
Quita, quita, Clori mia. I, 273.
*Quotiescunque* mi cara Galatea. I, 36.

Rayo de la elocuencia, ¿porqué truenas. II, 361.
Recibe, o buen Dalmiro, por tributo. I, 157.
Reclinado está el Amor. II, 365.
Red en los árboles veo. II, 380.
Rompe la niebla el sonrosado dia. II, 349.
Rosas, naced; que á la mansion del Toro. II, 51.

¿Sabes quién está loco de remate? II, 420.
Sabrás, caro Manuel, que aquel destino. II, 422.
Salicio usaba tañer. I, 202.
Salud, o sol glorioso. I, 338.
¡Salve, suelo glorioso! ¡Oh! eternamente. II, 210.
Sé dócil, Fabio, atiende á mis razones. II, 382.
Segun Juan es comedor. I, 224.
Sentir de una pasion viva y ardiente. I, 370.
Señor, á cuyos dias son los siglos. I, 347.
Señor de encomienda. II, 19.
¿Será que siempre la ambicion sangrienta. II, 103.
Ser brigadier Don Rodrigo. I, 228.
Servir y amar á los reyes. I, 226.
Si alguna vez del cielo. II, 197.
Si amistad se vuelve amor. II, 262.
Si contamos tu edad por tus cabellos. I, 222.
Si con tanta plata pesa. I, 213.
Si cualquiera de ustedes. I, 190.
Si Dios omnipotente me mandara. II, 250.
Siendo yo niño tierno. I, 243.
Siendo yo niño tierno. II, 13.
Si es niño y loco Amor, ¿en qué consiste. II, 307.
Siete duros al mes de peluquero. II, 170.
Si fuera mio, como fué de Fidias. II, 292.
Sigue con dulce lira. I, 143.
Siguió el festejo á la tarde. II, 455.
Si: la pura amistad, que en dulce nudo. II, 155.
Silencio y soledad, fuentes ocultas. II, 287.
Silvia, ya raya el dia, y juntamente. II, 247.
Si mi dolor ¡o patria! si mi llanto. II, 200.
Si pretendes por despojos. I, 153.
Si quiero atreverme. I, 255.

Sirvió en muchos combates una Espada. I, 168.
Si un avaro me oyera. II, 426.
Si un horadado cuerno de carnero. I, 221.
Sobre una peña estribando. II, 377.
Son como los relojes. I, 228.
Sonó la trompa, y al llano. II, 405.
Suave seria al labio de mi Musa. II, 243.
Suele tal vez, venciendo los rigores. II, 247.
Suelen tener los malos el capricho. II, 436.
Sus: alerta, Bermudo, y pon en vela. I, 389.
Suspiró el Deseo. II, 306.

Tan mal cantó el *Pater noster*. I, 214.
Tanta es niña mi ternura. II, 485.
Temiendo que mal de ojo. I, 227.
Tenian dos Ranas. I, 191.
¡Te vas, mi dulce amigo. II, 168.
Tiempo, adorada, fué cuando abrazado. I, 295.
Tiende, noche benigna. II, 371.
Tocando ayer Luisa un pito. II, 16.
Trages de moda y muy finos. II, 433.
Trampas, redes y perros. I, 199.
Tras una mariposa. I, 241.
Tronó la alzada cumbre de Pirene. II, 335.
Tú del bien de mi vida. II, 370.
Tus ojuelos, niña. I, 256.

Una contradanza, en misa. I, 224.
Un Aguila anidó sobre una encina. I, 188.
Una noche de mayo. I, 200.
Una palma, Luisa, tienes. I, 224.
Una paloma blanca. II, 4.
Una Rana sosegada. I, 211.
Un colorin hermoso. II, 13.
Un Gato y una Zorra. II, 438.
Un Herrero tenia. I, 185.
Un Labrador miraba. I, 187.
Un Perro se encontró con un Cordero. I, 209.
Un Rio salió de madre. I, 210.
Un triste Raposo. I, 202.

Vais á escuchar mas de un cuento. II, 427.
Venid á mis voces, doncellas hermosas. II, 381.
Venid, venid piadosos. II, 43.
¡Ven, plácido Favonio! I, 246.
Vénus divina, madre de placeres. II, 248.
Ven, ven, Filena mia. II, 12.
Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas. I, 381.
¿Ves, Lauso, desalado un vulgo impío. II, 34.
¿Ves, o dichoso Licidas, el cielo. I, 319.
¿Ves, Olimpia encantadora. II, 449.
Vida honesta y arreglada. I, 207.
Viendo el Amor los males. II, 194.
Viendo el Amor un dia. I, 241.
Viendo la madre de Amor. II, 311.
Vió en una huerta. I, 169.
¡Virgen del mundo, América inocente! II, 75.
Volviendo de un viage Agudo. II, 312.

Ya cabalga Abdelcadir. I, 58.
Yace aqui un mal matrimonio. II, 385.
Yacia envuelto en polvo y sangre yerta. II, 226.
Ya con lira sonora. II, 109.
Ya de mis zagales. II, 2.
Ya dió alegre el fresco otoño. I, 290.
Ya el Héspero delicioso. I, 280.
Ya la rosada aurora. II, 12.
Ya llegó el instante fiero. II, 254.
Ya silba el viento en la nevada cumbre. II, 33.
Ya vuelve el triste invierno. I, 30.
Yendo un Muchacho á la escuela. II, 303.
¿Y eres tú el que velando. II, 319.

¿Y nos dejas, infiel? ¿y asi abandonas. II, 96.
Yo desdeñé zeloso. II, 371.
Yo lei, no sé donde, que en la lengua herbolaria. I, 164.
Yo no sé cómo mi acento. II, 488.
Yo no sé con que haga. II, 4.
Yo vi que se anublaba. II, 407.
Yo vi una fuentecilla. I, 413.
Yo vi, vecino al templo. II, 251.

Zagala donosa. II, 375.
Zagalas crueles. II, 378.
Zagalas del valle. II, 6.

# INDICE CRONOLOGICO

DE LOS

AUTORES CONTENIDOS EN LOS DOS TOMOS DE LA FLORESTA.

## TOMO PRIMERO.

Pág.

ADVERTENCIA DEL EDITOR . . . . . . . . . . . . . . V

INTRODUCCION. . . . . . . . . . . . . . . . . . 1

Poesías de D. Ignacio de Luzan. . . . . . . . . . . . 27
  Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . 37

Sátira de Jorge Pitillas contra los malos escritores de su tiempo. . 41

Poesías de D. Nicolas Fernandez de Moratin. . . . . . . . 51
  Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . 119

Poesías de D. José de Cadalso. . . . . . . . . . . . 125
  Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . 147

Poesías de D. Vicente García de la Huerta. . . . . . . . 149
  Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . 155

Poesías de D. Tomas de Iriarte. . . . . . . . . . . . 157
  Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . 177

Poesías de D. Felix María de Samaniego. . . . . . . . . 181
  Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . 204

Poesías de D. Francisco Gregorio de Salas. . . . . . . . 207
  Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . 217

Poesías de D. Leon de Arroyal. . . . . . . . . . . . 219

Poesías del conde de Noroña. . . . . . . . . . . . 229
  Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . 239

Pág.
Poesías de D. Juan Melendez Valdes. . . . . . . . . . . . . . 241
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . 354
Poesías de D. Gaspar Melchor de Jovellanos. . . . . . . . . . 365
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . 401
Poesías del maestro Fray Diego Gonzalez. . . . . . . . . . 409
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 418

## TOMO SEGUNDO.

Poesías de D. José Iglesias de la Casa. . . . . . . . . . . . . 1
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 26
Poesías de D. Juan Pablo Forner. . . . . . . . . . . . . . 29
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 38
Poesías de D. Nicasio Cienfuegos. . . . . . . . . . . . . . 41
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 72
Poesías de D. Manuel José Quintana. . . . . . . . . . . . . 75
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 118
Poesías de D. Francisco Sanchez Barbero. . . . . . . . . . . 121
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 131
Poesías de D. Juan Nicasio Gallego. . . . . . . . . . . . . 133
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 152
Poesías de D. Leandro Fernandez de Moratin. . . . . . . . . 156
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 186
Poesías de D. Manuel de Arjona. . . . . . . . . . . . . . 191
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 222
Poesías de D. Josef María Roldan. . . . . . . . . . . . . 223
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 230
Poesías de D. Francisco de Castro. . . . . . . . . . . . . 231
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 242
Poesías de D. Juan Bautista de Arriaza. . . . . . . . . . . 243
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 296
Poesías de D. Pablo de Xérica. . . . . . . . . . . . . . 301
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 316
Poesías de D. Alberto Lista. . . . . . . . . . . . . . . 319
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . 372

Pág.
Poesías de D. Francisco Martinez de la Rosa. . . . . . . . . . 375
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 396
Poesías de D. José Joaquin de Mora. . . . . . . . . . . . . 401
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 447
Poesías de D. Angel de Saavedra, duque de Rivas. . . . . . . 449
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 480
Poesías de D. Manuel Breton de los Herreros. . . . . . . . . 485
Noticia del mismo. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 504